



**Xabier
Gutiérrez** De entre
el humo

DESTINO

Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
Citas	
0	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	

22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51

52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81

82

83

84

85

86

87

88

89

90

91

92

93

94

95

96

97

98

99

100

101

102

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Después de un tiroteo que casi acaba con su vida, el subcomisario de la Ertzaintza Vicente Parra se reincorpora a su puesto. Ya en su primer día, se topa con un caso duro de roer: acaban de hallar un cadáver sin identificar dentro de un contenedor en llamas a las afueras de San Sebastián.

Cuando averiguan que la víctima trabajaba para dos empresas de *catering* rivales, la investigación se centra en el mundo de los extras, las personas que trabajan en eventos para la hostelería. Mientras, una de estas empresas recibe el suculento encargo de preparar una lujosa boda inspirada en la clásica película *Vértigo (De entre los muertos)*. Todo empieza a complicarse cuando el equipo de Vicente descubre, precisamente, que la víctima creía en la comunicación con el más allá. El cine, la cocina, los rituales mágicos y uno de los enclaves más excepcionales del País Vasco serán los principales ingredientes para desentrañar las claves de un crimen en el que todos son sospechosos.

DE ENTRE EL HUMO

Xabier Gutiérrez

Ediciones Destino

Para las sonrisas de Mateo

Nunca entendemos la muerte porque somos los vivos los que hablamos de ella.

Madeleine permaneció sujeta a su vestido verde oscuro.

La bahía de San Francisco, anclada al mar, removía embravecida su memoria. El fuerte viento hacía oscilar su pelo desde su mente confundida.

Tengo que saltar — imaginó —. No hay más salida.

*Halfeti (Turquía oriental), a orillas del río Éufrates.
Principios de febrero de 2021*

La mujer de ojos zarcos se agachó lentamente y recogió del suelo un puñado de tierra. Olfateó su perfume arenoso. La humedad del río le recordó la última parte de su vida. Miró a su alrededor. Nadie allí era testigo de su presencia. La brisa era un extraño manto de esperanza.

Dejó sobre dos hojas de papel una rosa negra recién cortada. La imagen le pareció mágica. Onírica. Tocó la textura aterciopelada de los pétalos. Al frotarla con suavidad, su fragancia inundó de aroma el ambiente. Un bálsamo de silencio atravesó el umbral sensitivo de la mujer. Después miró al cielo. El azul del atardecer contrastaba con el color de la flor. Pareció que aquella persona dialogaba con el más allá.

Cuando guardó la rosa en la bolsa de tela, el olor se difuminó. Su figura menuda alejándose, también.

*Bosque de Oma, Reserva Natural de Urdaibai (Euskadi).
Un año antes. Al atardecer*

Las sombras de los árboles pintados, inmóviles, eran estilizadas. El sol se despedía de su jornada de trabajo jugando al escondite con algunas nubes. Pasados unos minutos cerró la puerta de luz del horizonte como si fuera la de su oficina. Una especie de balconada, delante del bosque, hacía de las pinturas un espectáculo de arte y naturaleza a partes iguales. La penumbra se estaba apoderando del espacio con rapidez.

La textura de los ojos pintados en los árboles era eterna de musgo. Una visión de coral. Sus distintas alturas componían una estructura de vigías atentos al visitante. Parecían alargadas esculturas, y desafiantes. La delicada textura de la corteza de los árboles daba a las figuras aspereza y bondad. El hombre se sentía, en todo momento, indiscretamente vigilado por ellos.

El tono rojizo del anochecer era palpitante y melancólico. Potente y frágil.

La humedad de la hierba hizo levantarse a Miguel, que permaneció con la mirada puesta en los enormes troncos pintados. Parecía que aquellos ojos lo miraban con temor. Sintió que solo lo observaban a él.

Hacía dos horas que había coincidido con un grupo de turistas que visitaba el bosque. No soportaba más compañía que aquellos árboles dramáticos que ahora actuaban como escoltas. Había rehuído a los visitantes con discreción.

Miró a su alrededor y vio cómo el último de los autobuses donde habían venido los turistas abandonaba el lugar. El polvo del camino se fue disipando mientras el vehículo se alejaba traqueteando por la rampa de piedra de acceso al lugar. Unos segundos más tarde solo quedaba ya la pequeña nube de polvo

disipándose mientras dejaba espacio al sonido de la brisa. El colorido de aquel escenario, cada vez más rojo oscuro.

El bosque de ramas mecidas por el viento insistía en poner su relajante y repetitiva música.

La oscuridad fue llegando.

Miguel ya lo había previsto, y palpó por encima del bolsillo del pantalón su linterna para asegurarse de que el camino de vuelta al aparcamiento no fuera un problema. Pero todavía no. Volvió a sentarse y pensó en deleitarse con aquel momento a oscuras, a sabiendas de que los árboles lo estaban protegiendo. Sintió la emoción del momento en una comunión extrasensorial con el pasado de un bosque humanizado, repleto de miradas inexplicables representadas en aquellos enigmáticos árboles pintados con ojos. Y también de figuras antropomórficas partidas por la mitad que, dependiendo de la distancia, cambiaban, completándose o destruyéndose entre ellas en un juego irreal y sugerente. Un escenario teatral y misterioso.

Sintió una soledad absoluta. Atrás quedaron en su mente todos los demás pensamientos. Aquel lugar lo atraía como un imán. Respiró con profundidad.

El ladrido de un perro cruzó el espacio sonoro. Se escuchó muy a lo lejos, pero no lo suficiente como para que Miguel no volviera la cabeza. La oscuridad lo interrogó desafiante. El ladrido provenía de la ladera de la montaña, donde se encontraba el comienzo de los impresionantes ojos pintados en los árboles: la entrada a aquel misterioso lugar, armonía litúrgica del pensamiento humano con la naturaleza.

El cielo estrellado enmarcaba las esculturas dibujadas sobre los árboles. Sus siluetas contra el azul rojizo, muy oscuro, habían hecho que todos sus detalles se borrarán. Los árboles parecieron murmurar algo, pero no fue más que el ulular del viento.

Otro ladrido resonó en el aire. Esta vez se oyó un poco más cerca. Por primera vez desde que estaba allí, se inquietó.

La tranquilidad de la que había disfrutado mientras realizaba sus habituales

paseos por la zona se estaba evaporando con rapidez. Ver el anochecer con la única compañía de la mezcla entre pintura y escultura del Bosque de Oma le estaba empezando a dar malas vibraciones.

Se levantó con diligencia. La oscuridad ya era casi total. Entornó los ojos, pero ni siquiera ese gesto logró que se esclareciera el paisaje. Solo consiguió que se volviera aún más enigmático. En unos minutos la senda se había vuelto casi imperceptible. El camino se mimetizaba con el campo y diluía sus límites. En ese momento encendió la linterna. Todas las sombras requerían luz. Miguel giró las manos en dirección a la madera pintada. Las miradas pintadas se cruzaron. Los árboles parecían atraerlo.

Se mantuvo así unos segundos. Los que tardó en oír de nuevo un ladrido. Pero esta vez, bastante más cercano que los anteriores. Casi a la par, se oyó otro más.

El matiz había sido distinto, y Miguel pensó que había más perros y que se comunicaban entre ellos.

Recordó, en un intento de calmarse, que a veces solía ver perros sueltos por las inmediaciones, aunque nunca le había dado la menor importancia. Hasta ahora. Señaló el sendero con el haz de su linterna y comenzó a caminar cuesta arriba.

Después de unos minutos se paró a cierta distancia y echó un vistazo rápido a las siluetas de las esculturas pintadas sobre los árboles vivos. Pero fue, más que nada, una recreación mental, porque se encontraba demasiado lejos como para distinguirlos.

Comenzó un tramo de leve bajada. Por unos instantes, los árboles pintados desaparecieron de su campo visual. Unos metros más adelante pasó ante la primera indicación en madera que señalaba la proximidad de la salida del bosque. Hacía ya un buen rato que no oía más ladridos y eso lo relajó.

Pero la calma duró unos instantes.

El siguiente ladrido fue muy cercano. Lo suficiente como para girar la mitad del cuerpo con rapidez y dirigir la linterna hacia el lugar de donde creyó

que provenía el sonido. Pero no fue capaz de ver nada. Solo cuando movió el haz de su linterna pudo intuir algo. Una sombra que desapareció por entre uno de los matorrales que escoltaban el camino.

Aquello le estaba poniendo especialmente nervioso. Las pulsaciones se le habían disparado. Notó una opresión en el pecho que acrecentó su nerviosismo.

Aceleró el paso y continuó siguiendo la línea del sendero. Esperaba llegar cuanto antes a la zona de asfaltado y encontrar allí su coche. Los escasos minutos de noche habían sido suficientes para darse cuenta de que aquel lugar le estaba siendo hostil. Pensó que la noche pertenecía a los espíritus del lugar. Que él era un intruso. Y, por alguna razón que desconocía, no era bienvenido. Imaginó que la noche era el momento íntimo de los antiguos habitantes del lugar, lejos de las miradas de los turistas. Se convenció de que estaba profanando aquel instante sagrado. Y de que los perros eran los cancheros de un averno verde que le estaban enseñando el camino de salida.

O algo más.

El corazón le latía desbocado. Mientras intentaba borrar de su mente aquellas elucubraciones, que eran fruto de un temor que iba en aumento, aceleró aún más el paso. Pero enseguida se dio cuenta de que era demasiado tarde.

Esta vez el ladrido fue ronco, y llegó acompañado por un tremendo gruñido que dejó clara la intención del animal.

Miguel enfocó la figura del pastor belga. El tono negro azabache y brillante de su pelo tenía el mismo color de la noche. La blancura de sus desafiantes incisivos resaltó en aquella oscuridad. Se encontraba delante de él. Diez metros escasos los separaban. Sus ojos brillaban y no dejaba de gruñir.

Miguel retrocedió. Su ritmo cardíaco era desacompañado. Sintió un dolor extremo en el pecho, que le recorrió el brazo izquierdo.

Una réplica del gruñido en el lado opuesto le hizo volver la mano e iluminar otra zona del camino. Esta vez fue incapaz de saber de qué raza era el

perro. Solo vio sus ojos brillantes.

Volvió la vista hacia el primer perro, pero este había desaparecido. El dolor del pecho era tan intenso que hizo que Miguel se arrodillase.

Al cabo de dos segundos, sintió un golpe terrible en el cuello. Y vino desde la izquierda. Ni siquiera lo vio venir. Terminó de caer al suelo con brusquedad y, en el envite, perdió la linterna. Esta se quedó enfocando la mitad de la escena, matizada por varias piedras que jalonaban el camino. Pareció iluminar solo una esquina del dantesco proscenio. El dolor había hecho que Miguel casi perdiera el conocimiento.

Intentó liberarse sujetando la mandíbula del perro. Pero no fue capaz. Solo lo pensó inconexamente. El perro había hecho presa en su delgado cuello. Su complexión poco corpulenta y desgarrada no contribuyó a que fuera capaz de deshacerse del animal.

La presión en la tráquea lo dejó sin respiración en pocos segundos. Su final fue sobrecogedor, con los perros encima de él. Le desgarraron una parte pequeña del brazo derecho.

Sus últimas fuerzas las utilizó para intentar separar al perro que le apesaba el cuello. Sintió que el dolor agudo en el pecho lo había abatido por completo.

La última visión de los ojos de Miguel fue la del pastor belga malinois. El hocico oscuro y muy brillante del animal se reflejó en el haz de la linterna. Después todo fue un fundido a negro.

A los pocos instantes se oyó un silbido y los dos perros obedecieron al instante. Soltaron a su presa y se acercaron sumisos al pie de su dueño.

Una segunda linterna se encendió e iluminó el cadáver de Miguel para cerciorarse de la eficacia de la acción de los perros. La sangre le resbaló por el cuello.

Se oyeron las pisadas alejándose del lugar. La magia de aquel paraje permanecía intacta.

San Sebastián, enero de 2021

Claude Miraud aspiró el humo de su pipa. El perfume del tabaco, aromatizado por él mismo con hierbabuena y tequila añejo, inundó su garganta y parte de la estancia. Había terminado de desayunar. Estiró la mano y tocó el cristal cercano de la ventana del balcón de la habitación. Estaba caliente. A pesar de estar cerrada, el olor de una taquería cercana se filtraba por algún resquicio, dando un toque de maíz tostado a toda la estancia. Desde allí podía observarse, al fondo y doblando la esquina, en el paseo de Montejo, el ajetreo de personas. La ciudad de Mérida, en plena península de Yucatán, había amanecido con el sol típico de México. Sincero y abrasador. Lleno de color.

Miró hacia la habitación que compartía con su mujer, Françoise Clavert. Experta en arte mesoamericano, trabajaba en unas excavaciones cercanas. Llevaban casados poco tiempo. Una historia de amor a primera vista, joven y profunda, sería el resumen preciso. El calor del país había añadido color a su relación.

En la habitación de al lado se encontraba su hijo, de casi cuatro años, Pierre. Tanto él como Françoise dormían profundamente. La noche anterior, la fiebre del niño había hecho que el matrimonio se levantara para atenderlo bastantes más veces de las deseadas.

Claude imaginó con seguridad que cuando volviera del trabajo el niño estaría dando brincos por la casa. Casi siempre pasa así. Los chavales enferman y sanan con rapidez.

Recogió la taza y la dejó en la cocina. Con delicadeza, se acercó al lecho y le dio un beso en la cabeza, que apenas asomaba por entre las sábanas. Le

puso la mano en la frente y notó con agrado que su temperatura era normal. Sonrió para sí mismo. Mantuvo la puerta medio abierta y se acercó a la habitación de su mujer. Se inclinó hacia su cara pensando que todavía dormía. Ella lo agarró por el cuello casi por sorpresa y lo besó en los labios con mucho cariño y una sonrisa sincera.

—Creía que dormías —dijo Claude.

—Te he notado entrar. ¿Has mirado a Pierre? ¿Cómo se encuentra?

—Está durmiendo. Ahora no tiene fiebre. Le iba a dar algo para bajársela, pero creo que no es necesario. Ya verás como se despierta mejor. Los críos son así.

—Claro.

—No vendré hasta la noche —dijo él—. Tú hoy no trabajas, ¿verdad?

La mujer negó con la cabeza.

—Perfecto para cuidar del niño.

Françoise asintió con una sonrisa a escasos centímetros de los labios de su marido.

—Pero espero que para mañana esté bien porque tengo que ir a Uxmal sin falta. Me esperan varias reuniones sobre las nuevas excavaciones. Hay un arqueólogo nuevo que ha venido de Perú con el que tengo que cotejar datos. Ya sabes que soy la única historiadora del arte del grupo de trabajo —dijo Françoise—. No puedo dejar mis tareas en manos de los arqueólogos o los antropólogos —añadió sonriendo burlescamente.

—Seguro que estará bien —dijo el hombre, amagando un beso en la mejilla. Ella lo redireccionó hacia sus labios.

—Tampoco me preocupa mucho porque si tenemos problemas podemos llamar a Alejandra para que haga de canguro. Es una mujer encantadora y sé que lo cuida como si fuera su propio hijo. A Pierre le encanta estar con ella. Me lo dice en cuanto pasamos más de dos días sin llamarla.

Françoise lo vio alejarse de la cama con un aire de francés exquisito acentuado por su figura delgada y su pelo casi rubio. Claude era diez años

mayor que ella. Apenas se oyó la puerta cerrándose. Tuvo mucho cuidado para no molestar al pequeño.

La mujer se volvió a dormir sin saber que esta sería la última vez que lo vería con vida. Sus más terribles pesadillas acabarían haciéndose realidad, zarandeando con violencia su mente.

Y el resto de su vida.

El impacto lateral que recibió el coche conducido por Claude fue monstruoso. De sonido seco y salpicado de cristales tintineantes. El vehículo dio tres vueltas de campana antes de terminar su errático trayecto cayendo por un barranco cercano. El cinturón de seguridad, a pesar de que Claude lo llevaba abrochado, no sirvió de nada. El coche quedó irreconocible. Él tenía preferencia. El cruce estaba sin señalizar.

Después, una lacónica llamada de teléfono desde el hospital y la salida apresurada de Françoise de casa intentando pensar que solo estaría herido.

Pero se equivocaba.

La mano fría la notó también áspera. Solo la dejaron estar en el depósito el tiempo necesario para que reconociese lo que quedaba de su marido, Claude. A pesar de la violencia del choque entre los dos vehículos, el cuerpo tenía buen aspecto. Todo lo bueno que cabía esperar, eso sí, de un cadáver en el frigorífico de una morgue. Françoise, con semblante impasible y ausente, tuvo tiempo de notar el frío intenso de la mano de su marido, y la agarró con desesperación contenida. El médico que la acompañaba se la hizo soltar con cuidado. La hicieron salir de la sala y se sentó en un banco próximo. Se tapó la cara y comenzó a llorar con amargura. Sus pensamientos la llenaron de un profundo miedo. Sus peores pesadillas se habían hecho realidad.

Esa mano fría había logrado que Françoise, de un respingo, se despertara sobresaltada junto a la cama del Hospital Universitario de San Sebastián, donde en realidad se hallaba.

Aquella cabezada —que en realidad había durado apenas un par de minutos

—, sentada en una diminuta silla a un lado de la cama del centro sanitario donde se encontraba su pareja, era fruto del intenso cansancio acumulado durante los últimos días. Lejos habían quedado, en unos segundos, los sueños inconexos del accidente que le había costado la vida a su primer marido, Claude, hacía más de treinta años.

Miró a su alrededor con la respiración alterada. Su actual marido, el subcomisario de la Ertzaintza Vicente Parra, que estaba destinado a la comisaría del barrio del Antiguo de San Sebastián, se encontraba tumbado en la cama rodeado de aparatos médicos llenos de tubos que lo mantenían con vida. Su semblante, con los ojos cerrados y la boca levemente abierta, parecía el de una persona más fuera que dentro de este mundo. La habitación era blanca. La ventana no daba al campo de fútbol de Anoeta, sino a la parte trasera. Unos cuantos árboles anónimos otorgaban el toque cromático del color de la esperanza.

La mujer miró a su alrededor para confirmar dónde estaba. Respiró con más tranquilidad. Tenía su mano sobre la de Vicente y la estaba notando fría. Pensó que igual esa había sido la razón por la que había tenido aquella pesadilla.

La puerta se abrió con delicadeza. El doctor Álvaro Odriozola le hizo señas para que saliera un momento.

—Hola, Françoise —le dijo con una sonrisa.

Ella se levantó con rapidez.

—Dame buenas noticias, por favor —le dijo la mujer en un tono bajo e implorante nada normal en ella.

—Tranquilízate —dijo el doctor agarrándola de una mano—. Está estable y, aunque sigue grave, cada vez hay más razones para estar esperanzados. Ya lleva setenta y dos horas.

Álvaro y Françoise se sentaron en los bancos del pasillo.

—La cosa pinta bien, pero hay que esperar. No podemos decir nada más. La bala podría haber sido letal. Por fortuna, no ha sido así. Ha pasado a

escasos milímetros de sus órganos vitales. Un milagro. Parece que su estado de inconsciencia es solamente debido al golpe que se dio cuando se cayó al suelo después del disparo. Ahora solo hay que tener un poco de paciencia. No te puedo decir nada más. Ya sabes que yo no llevo a Vicente, pero en el equipo de médicos que lo hace tengo muchos amigos y prefieren que, por amistad, te cuente yo las cosas.

—Cómo puede alguien disparar contra una persona como Vicente —dijo la mujer con la voz entrecortada.

—No te preocupes, el que ha hecho esto está a buen recaudo. Seguro que le caerá una buena tacada de años. No saldrá de prisión en mucho tiempo. Disparar a un *ertzaina* no sale gratis —dijo—. No debe salir gratis —se reafirmó.

Françoise se retiró la media melena de la cara. Sus ojos no lagrimeaban, pero estaban a punto de hacerlo.

—Mañana le hacen una prueba para despertarle. Estoy seguro de que funcionará —dijo el doctor—. Solo hay que tener paciencia y un pelín de suerte. Estamos casi seguros de que se recuperará.

»Ah, por cierto, Paula me ha dado recuerdos para ti —añadió el doctor intentando distraerla.

Françoise agradeció el detalle.

—Tu mujer es un encanto. Le das recuerdos también —contestó.

—Por cierto, ¿cómo están tu nieto y tu nuera? ¿Ha ido todo bien después del parto?

—Ayer le disteis el alta a Amaia —contestó Françoise secándose los ojos—. Está muy bien, y el bebé también. Alberto y Amaia están muy contentos, y eso es lo más importante. Han decidido llamarlo Martín, como el padre de Vicente. Alberto idolatraba a su abuelo. Ha estado conmigo hasta hace muy poco, pero tenía que trabajar. Se ha ido a abrir la LIBRE RÍA. Y mi otro hijo, Pierre, el que vive en París, me ha dicho que en cuanto pueda cogerá el TGV y se vendrá para aquí para hacerme compañía.

—Tienes dos hijos ejemplares.

—Lo que acabas de decir es la pura verdad —dijo la mujer entre lágrimas contenidas.

—Vaya tres días que llevas —dijo el doctor agarrándola de la mano—. Primero el nieto y después el disparo a Vicente. Todo en un lapso de seis horas, más o menos.

Ella sonrió con esfuerzo.

—Mañana volvemos a estar —le dijo el doctor Odriozola—. Mucho ánimo —insistió—. Verás como todo se soluciona —añadió mientras se marchaba.

Françoise se quedó sola en el banco del pasillo, abandonada de calor y con un hilo de esperanza muy delgado agarrado a su corazón. Era lo único que tenía. Pero algo en su interior le decía que la inmensa fuerza de la que ella hacía gala cuando se trataba de su familia se estaba de nuevo juntando y arremolinándose en lo más profundo de su ser. Se lo repitió a sí misma, en silencio, varias veces.

—No quiero volver a ser viuda —dijo finalmente con un hilo de voz casi imperceptible mientras miraba el suelo de baldosas grises con una mezcla de rabia y determinación. Tenía la cabeza entre las manos—. No —repitió en un tono levemente más alto cerrando las cortinas de su melena corta.

San Sebastián, finales de enero de 2021

Andoni Armendáriz gritó de manera contenida. La camarera extra que había contratado abrió los ojos desmesuradamente con cara de temor.

—Joder, esta última bandeja de carne es para la gente que está al fondo. ¡Hostia!, te lo he dicho antes —añadió señalando con el dedo un lugar indeterminado a lo lejos—. No puedes ofrecerla a los que están justo aquí. Tenemos que llegar a todos los grupos. Es la clave para dar un buen evento. Que luego me vienen diciendo que no les ha llegado comida. Venga, vete por el pasillo de atrás para que llegue intacta. Y caliente. Recuérdalo para decirlo cuando lo ofrezcas, vacío de ternera con pimientos confitados en azúcar de caña.

La mujer hizo ademán de marcharse, pero él la sujetó del brazo.

—Espera, espera. A ver, apoya aquí la bandeja.

La camarera, nerviosa, dejó su carga sin saber con certeza qué pasaba. Se trataba de una bandeja de madera pulida y con hermosos nudos a todo lo largo. No pesaba tanto como aparentaba. Encima, había dos docenas de pequeñas rabaneras individuales, con la carne en medio, que todavía humeaban. El jefe la miró con aire interrogante.

—¿Qué pasa? —dijo la camarera con voz dubitativa. Andoni lo miró con aire condescendiente.

—El delantal —dijo con cara seria—. Cámbiatelo. ¿No ves que lo tienes sucio? Ahí tienes uno nuevo —agregó señalando un montón de delantales apilados en una caja de cartón—. ¡Venga, rápido! Tenéis que cuidar vuestro aspecto cada vez que volvéis a por más género. Eso también te lo he dicho

muchas veces —remató alzando la voz. Varios camareros cruzaron con rapidez la escena y esquivaron al jefe con habilidad mientras se miraban sus propios delantales con el rabillo del ojo.

La camarera se ató el delantal limpio, de color gris muy oscuro y con las dos primeras letras del *catering* bordadas en un extremo. Avocado tenía como logotipo las dos primeras letras entrelazadas. Un diseño muy moderno de la figura de un aguacate se silueteaba sobre ambas letras. Los tonos verdes del interior daban un toque muy ecológico. El fondo oscuro del conjunto otorgaba elegancia.

—Venga, arrea que esto se enfría. Vuelve en cuanto puedas.

La camarera se perdió por detrás de una de las lonas blancas.

Andoni se apresuró a volver a la cocina de campaña, instalada en el jardín de una hermosa mansión situada a las afueras de Irún. El lugar estaba abarrotado de gente. La actividad era frenética. Dos hornos daban salida a parte de la comida caliente. Dos freidoras humeaban en la parte más escondida y apartada de la gigantesca carpa. La parte fría ya estaba de vuelta hacía rato. Tres personas se afanaban en recogerlo todo y apilarlo en cajas de plástico. Camareros y cocineros se movían con rapidez.

El jefe de la cocina —su hermano Eduardo— se acercó a Andoni al verlo llegar.

—¿Qué pasa?

—Tengo la carne preparada. Al final ¿cuántos han sido?

—Pues lo de siempre. Eran trescientos cincuenta, pero creo que andaremos por los trescientos ochenta. Me lo ha dicho la dueña. Yo creo que incluso alguno más.

—No importa, tengo para eso y para más, no te preocupes. Pero date prisa, que esto no puede esperar. Al ser una comida de pie, los trozos los tengo que hacer de bocado y se enfría antes.

Andoni se dio media vuelta y habló con sus dos responsables por el pinganillo. No tardaron en aparecer. Iban vestidos de negro. Un diseño clásico

y a la vez atrevido que combinaba las americanas con los delantales. El conjunto era muy elegante. El logo de Avocado estaba situado en la parte inferior del delantal y, más pequeño, en una esquina de la chaqueta.

—Venga, necesito por lo menos seis camareras para sacar todo esto —dijo Andoni alzando la voz—. Nos está pillando el toro al final, ¡coño! No sé si poner dos tipos de carne ha sido buena idea.

—¡Tonterías! —contestó su hermano con cara de enfado—. Lo que necesito aquí son camareros para que la saquen. —Acompañó su queja de repetidos gestos con la mano indicando que se acercaran.

La carrillera de cerdo asada con vainilla, en trozos pequeños, estaba ya preparada para servir. Humeaba.

En diez minutos toda la carne estaba repartida. Algunas bandejas empezaron a llegar de vuelta. Andoni salió al jardín y vio que el *disc-jockey* estaba empezando a poner música muy suave. Era lo establecido en banquetes así. Enseguida se fijó en que una de sus empleadas volvía. Se acercó a ella.

—¿Qué pasa? ¿No quieren más?

—Los de la carpa del fondo dicen que ya no pueden más —dijo una de las camareras—. Han preguntado por algún dulce.

—Yo necesito una bandeja más para la carpa del medio —replicó un camarero que había vuelto con una bandeja completamente vacía.

—Pregunta en cocina a ver si hay calientes. ¡Pero date prisa, joder!

La aplicación que Andoni llevaba en el móvil sonó: alarma de lluvia inminente. Observó la pantalla con preocupación: Intensidad 3 %, área 7 %, cercanía 6 km. Andoni miró hacia arriba, pero en la oscuridad del cielo negro poco se podía distinguir. Devolvió el móvil a su bolsillo.

La cocina central estaba preparando los postres. Tres tableros tenían los trescientos ochenta platos pequeños extendidos. Sobre cada uno de ellos, dos rosquillas pequeñas rellenas de piña asada con canela. Cuatro cocineros se afanaban en poner pequeñas bolas de helado de levadura a un lado. Según terminaban de ponerlo, una cola de camareros se llevaba las bandejas,

cargadas con veinte platitos negros cada una. Empezaba a oler a vainilla. El aroma provenía de la salsa que acompañaba el plato del final del banquete. El café de puchero empezó a hacerse notar.

Eduardo respiró aliviado viendo salir los últimos postres. Observó con atención a su hermano Andoni, que hablaba con uno de los camareros en la barra del bar. La pista de baile empezaba a animarse. Las luces de la pista se reflejaban en la bola de espejos que colgaba del techo y esta, a su vez, en la fachada de la villa, lo que le daba mucho colorido. La lluvia, aunque débilmente, apareció. Eso provocó que los invitados se concentraran bajo las carpas.

«El tiempo nos ha respetado», pensó Andoni mirando su reloj. Las tres menos cuarto de la madrugada. Se acercó a su hermano, que permanecía en la cocina vacía, ya casi completamente recogida. Sopló para probar la sopa de ajo que debía dejar preparada para que los más marchosos aguantaran. Tenía la melosidad exacta del pan embebido con el ajo tostado.

Cuando los dos hermanos volvían en la furgoneta, decorada con el logo de la empresa, era noche cerrada. Chispeaba a ratos. Andoni iba al volante y su hermano Eduardo estaba casi acostado en el asiento del copiloto. Daba la impresión de que se acabaría durmiendo en cualquier momento. En la parte de atrás del enorme vehículo se apilaban algunas ollas grandes y dos contenedores isotérmicos que necesitaban con urgencia para el evento de mañana.

—¿Tú sabes quién es la persona con la que tengo cita el lunes por la mañana? —preguntó Andoni.

—Ni idea. Vivo más al día que tú —contestó su hermano Eduardo entre dientes y sin abrir los párpados—. Solo me preocupa cómo vamos a dar el evento de seiscientas personas de mañana domingo teniendo en cuenta que son casi las cuatro de la madrugada —añadió con cierta acritud—. El veranito que hemos pasado ha sido de los que hacen historia. A pesar de que sigas diciendo

que el año va muy por debajo del anterior en número de clientes, nunca había currado tanto. Ha sido una pasada. Estoy en el estadio siguiente a estar cansadísimo. Cercano a la muerte —agregó con cinismo.

—¿Que cómo vamos a darlo? Como siempre. Bien y rápido. Pero mañana puedes venir más tarde —añadió Andoni, ejerciendo de hermano mayor.

—Sí, seguro, con el indocumentado que me has traído como responsable voy a ir mañana a las doce, como si no pasase nada. Venga, no me hagas reír —añadió Eduardo sin cambiar un ápice su postura—. Entre el restaurante y el *catering* estoy que no doy más de sí. Pero como perdamos la estrella Michelin del restaurante no te lo perdono.

—No exageres con el pobre chaval... —intervino Andoni—. Pero lo que dices es verdad: las cifras de este año están por debajo de las del año pasado. No sé muy bien lo que pasa.

—Sí. Eso lo tengo que mirar. Pero en lo del nuevo no tienes ninguna razón. ¿No te das cuenta de que ha empezado hace apenas un mes? No me fío. Espero que tengas extras suficientes. Con esta cantidad de gente es fundamental.

Andoni eludió sus protestas y volvió a su tema:

—Una persona que quiere hablar solo conmigo... me parece extraño.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Eduardo tocándose la incipiente coronilla. Seguía manteniendo los ojos cerrados y su postura casi tumbada con la cabeza apoyada en el cinturón de seguridad.

—Quiere hacer un evento para un número de personas que todavía no me ha dicho.

—Será que por ahora no sabe cuántos vendrán. Mira qué sencillo. Te lías tú solito, eres un don misterios —le dijo entre dientes.

—No, no, no es eso. Noto algo raro.

—¿Por qué dices «raro»? —respondió su hermano sin abrir los ojos.

—Me ha pedido hacer un banquete basado en una película.

—¿En una peli? —preguntó su hermano sonriendo ligeramente, sin apenas mover un músculo. Ni siquiera abrió los ojos, pero la curiosidad hizo que se

incorporase un poco y los abriera por fin.

—Qué gracioso. Y ¿en cuál?

—No me lo ha dicho.

—*Vértigo* —dijo el hombre.

Andoni hizo un extraño gesto de asentimiento cuando oyó el título de la película. Llevaba un par de minutos hablando con él en su despacho, situado junto a las instalaciones de la cocina central que Avocado tenía en las afueras de Tolosa. Se habían citado a primera hora de la mañana del lunes.

El hombre había llegado allí diez minutos antes de la hora de la cita. Tenía un aspecto impoluto. Traje y corbata. Una edad en torno a los sesenta y el cabello bastante escaso y plateado. Fuera llovía a ratos y la humedad se podía apreciar en los cristales de la salita. Un día gris de otoño no podía traer nada más jugoso que una buena oferta de trabajo en forma de evento multitudinario. «Eso después de un año a la baja en el número de clientes», pensó el jefe de Avocado antes de preguntar con una simpatía no exenta de cierto tono de recelo:

—*¿Vértigo?* ¿Se refiere a la mítica película de Hitchcock? —preguntó Andoni Armendáriz frunciendo levemente el ceño.

—Efectivamente —respondió el hombre, notando cierta empatía en la pregunta—. *Vértigo, de entre los muertos*, creo que fue el título exacto con el que se presentó en España.

Andoni sonrió de medio lado.

—Me han dicho que ustedes son los mejores en el mundo del *catering* —agregó con cierto grado de peloteo y una sonrisa que pareció sincera.

Andoni no contestó al cumplido, aunque su rostro delató comodidad y algo de complicidad.

—Tendrá que darme más datos. Estoy un poco sorprendido, no es una

petición habitual. Cuénteme más cosas —agregó con interés.

—Es la boda de mi hijo mayor. Trabaja en una productora de cine y quería hacerle algo especial. Algo que no olvide fácilmente. Algo inimaginable —agregó con énfasis.

—La petición es muy especial.

—Usted lo puede hacer, ¿verdad? —preguntó con seriedad.

Andoni se incorporó sobre la silla intentando sopesar el ofrecimiento. Resopló para demostrar que podía controlar la situación, pero solo consiguió dar la sensación opuesta. Se hizo de rogar y habló con la boca pequeña.

—Lo que me pide es complicado. Muy complejo. Tendría que valorarlo. Le podría hacer un boceto de lo que podríamos diseñarle para que una cosa semejante llegue a buen puerto.

—Quiero que también la ceremonia religiosa se oficie allí mismo.

—Eso no supondría ningún problema. No sería la primera vez que lo hacemos —respondió Andoni—. El problema es el resto. Diseñar una cosa así es hacer un *catering* tan personalizado que todo lo que yo diseñe y elabore solo lo voy a poder usar para ese evento. Eso encarecería mucho el cubierto. Y si además la boda no es para mucha gente...

—Calcule trescientas cincuenta personas. No lo sé exactamente, pero de esa cifra no bajaría. Estoy dándole vueltas todavía a la lista. Al final siempre salen más personas de las previstas.

Andoni torció el morro al oír la cantidad de asistentes.

—Le saldría muy caro. La única manera de que estos eventos sean rentables es hacerlos para mucha gente. Yo le cobraría por comensal. Y con esa cifra, no sé.

—Eso no me importa. No he venido a regatear.

Andoni sonrió al escuchar esa frase y se echó hacia atrás.

—Lo tengo que pensar. ¿Para cuándo sería?

Al oír la fecha sí que abrió los ojos con preocupación y respondió con rapidez.

—Es muy poco tiempo.

El tono de control que Andoni había tratado de ofrecer durante el encuentro fue cambiando por uno de extrañeza mezclada con algo de preocupación.

—Es lo que hay —contestó el hombre con seriedad.

Andoni se apoyó en la mesa de su despacho, jugueteando con un boli y sin decir nada.

—¿Qué me dice? Como verá, no dispongo de mucho tiempo.

Andoni se incorporó y se acercó al hombre.

—No lo sé. Tengo que hablarlo con mi hermano para poder decidirlo. Lo que me pide es difícil y muy laborioso. También tendría que hablarlo con mi jefe de eventos. Esto requeriría una puesta en escena a lo grande. No sé...

Lo miró a los ojos. Continuó hablando después de una ligera pausa.

—Tendría que adelantarme algo de dinero para poder diseñarlo todo.

—Ya le he dicho que el dinero no es problema.

Andoni intentó llevar el asunto hacia su terreno.

—El tema no es fácil. Yo le podría ofrecer eventos que ya tenemos preparados y que están muy bien. Tenemos uno de la representación de un mercado... cada vez que lo hacemos lo elogian un montón y es muy divertido. Otro en el que recreamos un recinto medieval, las camareras van vestidas de...

—No, no, no —interrumpió el hombre—. No me ha entendido. Lo que quiero es que haga algo único y que se comprometa por escrito a que no volverá a repetirlo en diez años como mínimo. Quiero algo muy especial.

Andoni resopló con cara de sincera preocupación y los ojos levemente en blanco. Pensó que aquella oferta no entraba dentro de sus planes. Que lo superaba.

—Creo que lo que me pide está fuera de nuestro alcance —confesó el jefe de Avocado con seriedad.

El hombre lo miró con cara de circunstancias. No dio otra opción. No insistió. Se levantó casi de inmediato con el rostro inexpresivo y le ofreció la

mano con educación. Andoni se levantó y se la estrechó un poco sorprendido al ver aquella rápida reacción, que no dejaba resquicio para la negociación.

—Creo que me he equivocado de sitio —dijo el hombre con media sonrisa—. Le pido disculpas por robarle su tiempo. Veremos si el otro gran *catering* de esta zona está dispuesto a hacerlo —agregó en voz muy baja.

La expresión de Andoni no varió, pero su interior se revolvió con aspereza al oír la última frase. No le soltó la mano. Al hombre le sorprendió ese gesto. Andoni lo obligó a sentarse de nuevo con suma educación. Respiró profundamente antes de volver a hablar.

—Voy a hacer una cosa. No haga nada. Déjeme pensarlo dos días y le contesto. Entiéndalo, no es una petición habitual. Quizá necesitemos reunirnos de nuevo antes de poder garantizarle nada.

Su interlocutor asintió con una sonrisa.

—Las que usted necesite. Solo quiero que se haga muy bien —respondió—. Es algo muy importante para mí —añadió con cara amable.

Cuando aquel hombre abandonó el despacho, Andoni miró por el ventanal que daba al *parking* y vio a su interlocutor montarse en un Mercedes último modelo de color gris con los cristales tintados. Llamó a su hermano Eduardo. Sonaron varios tonos, pero no contestó. Dudó en dejarle un mensaje. Al final, decidió no insistir. «Lo llamaré más tarde —pensó—. Esto tenemos que sopesarlo con mucho cuidado.»

Bajó la cabeza y miró la pantalla del móvil. Tenía puestos de fondo de pantalla los aguacates del logotipo de Avocado. Pero su imaginación lo engañó y, por unos instantes, lo que vio con nitidez fue el logo de su competencia más directa, la empresa de *catering* Delicius, donde todo empezó. Delicius era propiedad —ahora en exclusiva— de su antigua socia, Susana Sánchez. Aquella D grande y tan caligráfica se le quedó pegada a la mente.

San Sebastián, principios de febrero de 2021

Había un humo denso que poco a poco se iba disipando. Los árboles emergían entre una bruma chamuscada y rancia.

—¿Sabemos quién es? —preguntó el oficial instructor de la Ertzaintza, Jon Ander Etxeberria, que acababa de llegar.

—Todavía no. El cadáver está muy quemado. Casi calcinado por completo —contestó su compañera de trabajo, la también oficial instructora Jaione Egia. Ella llevaba ya una hora en el lugar. El acceso a la calle donde se hallaban, poco transitada, estaba acordonado por la cinta roja y blanca de la policía.

El olor a quemado invadía la zona de la arboleda. El humo casi se había disipado, pero aún persistía la pequeña columna del contenedor de basura. Entre los árboles seguía instalada una niebla de humo que, debido a la fuerza del incendio, todavía se podía notar con claridad.

—¿Qué ha pasado?

—Hemos recibido una llamada diciendo que había un contenedor ardiendo. Los bomberos han sido los primeros en acercarse. Al parecer llevaba un buen rato en llamas. Esta zona está bastante alejada de todo. Ellos han sido los que, después de apagar el fuego, se han acercado y han encontrado el cuerpo. Lo que parece un cuerpo —matizó con seriedad—, porque apenas se intuye.

—¿Podemos hablar con alguien? —preguntó Jon Ander.

—Sí, el jefe de bomberos está ahí —dijo Jaione girando sobre sí misma y señalando una esquina del camión de bomberos. Ambos se acercaron hacia donde se encontraba.

En aquel momento, el jefe de bomberos estaba quitándose el traje de

protección. Dio la impresión de que pesaba mucho. Bajo la camiseta de manga larga ceñida que llevaba podía intuirse una musculatura bien definida. El pelo blanco se le alborotó al quitarse el casco. Hablaron en voz baja.

—Cuando hemos llegado ardía como una tea. Con una virulencia increíble —dijo el jefe de bomberos—. Las paredes del contenedor estaban ya derretidas. Va a ser un problema sacar el cadáver de ahí. Al principio pensé que era de algún nostálgico de la *kale borroka*, pero enseguida me di cuenta de que no era el sitio para eso.

—¿Cuánto tiempo calculas que ha estado ardiendo?

—Por lo menos dos horas. Igual menos. Y las llamas no han cogido la arboleda de aquí al lado de chiripa. Mira —dijo el bombero señalando los árboles cercanos. Se podía ver con claridad que algunas ramas estaban negras—. No han ardido, pero han estado muy cerca.

Los *ertzainas* escuchaban con atención al experto del fuego.

—El plástico, al derretirse, lo ha guardado todo en su interior —añadió—. Ha hecho una especie de sarcófago. De no ser por ese extraño agujero de la parte superior, el cuerpo habría pasado desapercibido. Desde ahí se puede observar algo de lo que creo que es el cráneo, ¿veis? Es una persona, seguro —agregó el bombero.

—Huele a gasolina —dijo el *ertzaina*.

—Ah, sí, seguro que tiene algún acelerante, gasolina u otra cosa. Si no, no podría haber ardido así. Nosotros hemos echado agua. Pensábamos que era una gamberrada. Al llegar nos hemos quedado de piedra.

Los policías se acercaron con curiosidad. El bombero los acompañó.

—Todavía humea, pero no creo que se avive. Nos quedaremos aquí un rato por si acaso. Cuando se apague del todo tendréis que abrir el plástico con algo como una cortadora mecánica para poder llegar al cadáver —agregó el jefe de bomberos con seriedad—. Ese tipo de material es muy grueso y en frío es durísimo.

Los tres se agacharon y se quedaron en cuclillas muy cerca del único

agujero por el que se podía observar aquel macabro espectáculo. El olor intenso hacía muy molesto estar tan cerca. La columna de humo había desaparecido casi por completo.

—¿Veis lo que os decía? —se reafirmó el bombero—. Se ve el cráneo con restos de algo desde esta esquina —dijo señalándolo.

El atardecer estaba llegando, así que Jon Ander encendió su inseparable linterna. Con esa luz se pudo apreciar bastante mejor lo que el bombero les había señalado. La parte superior de un cráneo, a pesar de las condiciones, era fácilmente identificable.

—¿Habéis encontrado algo alrededor? —preguntó Jaione—. Algún objeto extraño o cualquier cosa que pudiera ayudarnos. Me refiero a cuando habéis llegado.

El bombero negó con la cabeza y algo de condescendencia.

—La verdad, cuando llegas a un incendio el fuego te embruja. Te absorbe por completo. No te fijas en nada más. La luz y el calor lo llenan todo. Así que no, yo no he visto nada en especial —respondió.

—Está bien. Nosotros nos llevaremos este regalito para la comisaría en cuanto nos deis permiso —dijo Jon Ander señalando el amasijo de plástico verde y restos humanos humeantes que tenía ante él.

—Creo que enseguida. Es difícil que se reavive —dijo el jefe de la dotación de bomberos.

—Pues vosotros os podéis ir cuando creáis oportuno —respondió Jon Ander.

Durante casi una hora varios agentes de la Ertzaintza estuvieron recorriendo las inmediaciones del contenedor quemado en aquel recóndito lugar de las afueras de la ciudad de San Sebastián. Cualquier pista podía ser importante. El baile de las linternas de los policías parecía estar acompasado. A pesar de la minuciosidad con la que habían rastreado el terreno, apenas encontraron una colilla y una botella de plástico de coca-cola vacía. No era mucho. Y ambos daban la impresión de llevar allí bastante tiempo. Por si

acaso, Jaione ordenó guardar los objetos. Tomaron muestras de manchas de sangre. Había, pero no demasiada.

Cuando llegó el juez, ordenaron levantar el cadáver. Ahora quedaba la delicada operación de sacarlo del ataúd de plástico verde derretido.

Pero, justo en el momento en el que cargaban el amasijo ennegrecido de lo que había sido un contenedor de basura en una furgoneta de la policía autonómica, Jon Ander levantó el brazo haciendo señales para que detuvieran la operación. El operario de la grúa lo miró con extrañeza.

Jon Ander se acercó a lo que, por su aspecto, era un bulto que asomaba por la parte de atrás de lo que quedaba del contenedor. Lo intentó sacar, pero estaba demasiado pegado al resto. Con las manos enfundadas en unos guantes de látex, lo sacó y lo metió en una bolsa de plástico. Estaba todavía caliente. Algo tan calcinado... era imposible que hubiera resistido el interior, pensó. Pero se equivocaba.

Era un carnet de identidad todavía legible, aunque a duras penas. Protegido dentro de su cartera de piel, se había salvado milagrosamente de arder por completo. Caprichos del fuego. Al abrirlo, casi se desintegra por completo. Por eso, Jon Ander lo sujetó con una bolsa más grande. El centro del documento todavía tenía restos del nombre de su propietario. Se podía leer con relativa facilidad algo parecido a «aite» y «basolo». Por la situación de las letras en el documento se podía intuir que solo faltaban dos letras. Las primeras de cada línea. La adivinanza no era difícil.

Jaione y Jon Ander se miraron con la misma idea. «Maite Abasolo» podría ser el nombre escrito en ese DNI casi calcinado. Y muy probablemente el del ennegrecido cadáver que habían encontrado. Eso estaba todavía por comprobar.

Los dos policías volvieron juntos en el coche camuflado. Ya de noche, antes de finalizar su jornada, comentaron que su jefe, el subcomisario Vicente Parra, los había llamado informándolos de que al día siguiente se reincorporaría al trabajo después de su baja forzosa. Una baja que había

durado un mes y medio y que había sido causada por un tiroteo que lo había mantenido al borde de la muerte durante varios días.

Susana Sánchez se estiró, a medio camino de un bostezo, en la cama de matrimonio que hasta hacía un tiempo había compartido con el que fuera su marido durante veinticinco años. Al principio lo había echado en falta, pero con el tiempo lo había ido apartando poco a poco de su memoria. Su trabajo la había absorbido lo suficiente para conseguir olvidarlo.

Se sentó en el borde de la cama, y la imagen del hombre con el que había estado parte de su vida se le quedó enganchada por unos instantes. Sí, se había largado con una mocosa que, por edad, podía ser su hija, y eso le impresionó en su momento. Nunca se habría imaginado que su marido se la iba a jugar de esa manera. Y cada día que pasaba le importaba un poquito menos. Sobre todo, desde que firmaron el divorcio. Y de eso hacía ya un tiempo. Con la distancia, pensaba que la había hecho más fuerte.

Nada más levantarse de la cama su mente empezó a trabajar. Pensó en llamar a su jefa de personal, Manuela Cortázar, para retomar la conversación del día anterior, relativa a las camareras extras para las bodas que tenían que dar este fin de semana. Necesitaba casi veinte.

Miró el reloj. Se percató de lo temprano que era. Las siete menos cuarto de la mañana. Al pasar por la habitación de su hijo cerró la puerta intentando no despertarlo. A veces, dependiendo de las circunstancias, el joven venía a pasar el fin de semana con ella. No siempre. En una esquina del pasillo vio la mochila preparada para marcharse a Madrid en un par de horas.

Desde que Pedro empezó a estudiar empresariales allí, en Madrid, la casa le parecía más grande todavía. Aquel enorme piso le daba esa impresión, como de soledad. No le gustaba darse cuenta de que su hijo le recordaba a su

exmarido, pero había veces, como esta, en que no podía evitarlo. Su rostro y algunas de sus maneras eran muy parecidas. A pesar de ello, el amor que sentía por su hijo seguía intacto. Con el tiempo había aprendido a vivir con esa dualidad.

Desayunó con parsimonia. Sentada a una esquina de la mesa de la cocina, se abrigó con la bata. El té verde humeaba muy caliente en una taza blanca de cerámica con una D caligráfica negra. Sopló para que esos vahos desaparecieran de su vista y de su mente.

Mordió distraídamente una magdalena de vainilla de las que ella misma vendía en el DTA (Delicious Take Away), el pequeño establecimiento que complementaba su actividad principal, el *catering*. Se trataba de un local coqueto en el centro de la ciudad de San Sebastián. Lo mantenía abierto porque de esa manera sostenía los meses malos de los eventos del *catering*, que comenzaban en noviembre y terminaban en marzo. En invierno había tan pocos clientes como celebraciones. El clima forjaba la personalidad y costumbres de sus habitantes, habituados a la persistente lluvia del norte. Aunque eso estaba cambiando. San Sebastián era una ciudad en constante crecimiento. Los congresos y eventos eran cada vez más habituales durante todo el año.

Una vez en el baño, dejó que el agua caliente le recorriera el cuerpo. El teléfono sonó nada más salir de la ducha. Se estaba secando el pelo y el ruido del secador casi oculta el del móvil. Lo oyó porque el aparato estaba en el baño. Descolgó en el último tono.

—Hola, Susana —saludó Manuela Cortázar desde el otro extremo de la línea—. ¿Puedes hablar?

—Sí, espera, que me pongo delante del ordenador. Estaba en la ducha.

Se acercó al portátil, que casi nunca apagaba. Se encontraba en una habitación habilitada como un pequeño despacho. Susana solo llevaba puesta una toalla. El gran espejo de la esquina de la entrada consiguió que se detuviera delante un par de segundos. Su figura levemente regordeta le hizo

pensar en ese eterno régimen que seguía desde que tenía memoria y que nunca funcionaba. Pero hoy se había visto mejor. Haber cumplido cincuenta años recientemente no le había sentado tan mal como había imaginado. Su melena húmeda y rubia oscura le pareció más larga de lo deseable.

—Estoy lista —dijo poniendo el dispositivo de manos libres del teléfono mientras movía el ratón del ordenador.

—No tengo más que quince extras —dijo Manuela sin dar mayores explicaciones.

—Creo que no nos llega para todo —contestó Susana.

—Ya, pues habrá que sacarlas de algún lado —dijo su empleada con seriedad.

—Me da miedo que andemos cojas. Todo nuestro trabajo se basa en que podamos llegar a todas las esquinas de los recintos donde se celebran los banquetes. Qué te voy a contar, lo de siempre —respondió Susana.

—Tendríamos que diseñar un sistema distinto para conseguirlas. No sé. Tenemos que hablarlo en invierno, cuando baje el trabajo —la conminó Manuela.

—Tienes razón —contestó la jefa—. Es que, además, últimamente están subiendo los eventos mucho.

—Eso es bueno, no te preocupes. Ah, otra cosa: Maite Abasolo sigue sin contestar al teléfono. Ella me dijo en el último evento que tenía tres amigas más que estarían dispuestas a hacer de extras. Ayer no contestó en todo el día. Volveré a intentarlo a lo largo de la mañana a ver si la localizo.

—¿Te dijo si tenían experiencia?

—En bares.

Susana resopló sonoramente.

—Tenemos que conseguir extras que estén con nosotros con asiduidad. Y de las que podamos fiarnos. No solo estudiantes de fin de semana. Gente más profesional.

—Maite lleva con nosotros varios años —rebató Manuela.

—Ya, ya, pero hay veces que nos falla.

—Como todas. ¿Qué quieres?, ¿que dependan de un trabajo tan inestable como el nuestro? —Susana calló unos instantes. Luego prosiguió—: Sigue insistiendo con Maite. Si conseguimos hablar con ella, yo creo que lo tendremos solucionado. Las dos bodas del fin de semana no son excesivamente grandes. Igual no hacen falta tantas extras como decías antes.

—No sé. Si encuentro a Maite, igual sí que tenemos suficiente. Si no, habrá que llamar a Txiki.

Hubo un silencio.

—Claro. Lo llamaré.

—Te veo en la oficina en una hora. Venga, un beso.

—Otro para ti.

La comunicación se cortó, pero los pensamientos de Susana, jefa y propietaria de Delicius, siguieron fluyendo mientras ella permanecía allí sentada delante del portátil. Tenía las piernas cruzadas. Al sentir frío, se tapó los hombros con una esquina de la toalla. Estaba húmeda, y pensó en vestirse con rapidez, así que se levantó y fue hacia su habitación.

Se habían apoyado mucho en Maite los últimos años para buscar extras. Y conseguirlas se había convertido en la piedra angular de su trabajo. Personas que trabajasen para ti solo cuando fueran necesarias. Una especie de trabajo a destajo, pero intermitente, desubicado en el tiempo. Y Maite había hecho eso con habilidad. Pero también había hecho otras cosas que prefirió olvidar.

Los pensamientos recurrentes de Susana acerca de Maite se repetían. Era una persona muy abierta y comunicativa. Lo que menos le gustaba de ella era que trabajase indistintamente para Delicius y para su directa competencia, Avocado, la empresa de su exsocio. Lo cierto era que gracias a sus numerosas amistades se había convertido en una pieza clave para proporcionar extras para los eventos de su empresa. Eso era lo más importante. Y siempre contestaba al teléfono. Pero aquel día no. Susana se quitó la toalla y empezó a vestirse.

La casa de Françoise Clavert y Vicente Parra era un hervidero de animada actividad nocturna. La cocina humeaba olor de victoria sobre la muerte. Una especie de armisticio del que el subcomisario de la Ertzaintza había salido airoso. A punto estuvo de no hacerlo, recordó el propio Vicente sentado en el sillón del salón principal de su casa. Leía con calma una de las pocas novelas de Agatha Christie que por alguna razón no había caído antes en sus manos. A un lado del sofá, una mesa con un gigantesco puzle de dos mil piezas. Faltaba por completar más de la mitad. Durante la convalecencia había retomado su afición a resolverlos. Un trabajo concienzudo que lo distraía de su obligado reposo en casa.

En el otro extremo de la salita estaba su nieto recién nacido, Martín Parra, dormido profundamente en su cunita. A veces se movía, pero acababa de tomar y había vuelto a su agradecida ignorancia del mundo que lo rodeaba.

El policía respiró profundamente mirando hacia la cuna y volvió a tocarse la herida. Todavía le picaba la cicatriz que le había dejado la única bala que le había atravesado el pecho. A veces, sin darse cuenta, se rascaba hasta hacerla enrojecer. Recordó que todavía tendría que testificar en el proceso abierto a la persona responsable de la agresión; sin embargo, eso, por ahora, no lo preocupaba demasiado. Todavía faltaba un tiempo para el juicio. Y la situación había sido tan clara que el asunto sería un mero trámite. A pesar de todo, no había sentido ni odio ni rencor. Solo indiferencia y grandes dosis de culpabilidad por su garrafal fallo de principiante. De pronto, el hilo de su pensamiento se rompió.

—¿Sigue dormido? —preguntó en voz muy baja Amaia, su nuera, mientras

entraba en la sala y se acercaba a la cuna.

—De vez en cuando se da la vuelta —contestó el abuelo—, pero duerme bien.

—Sí —dijo la mujer—, no nos podemos quejar. En casa duerme durante toda la noche. Casi de un tirón.

Su madre lo arropó un poco más. Le parecía que la habitación estaba fría. La mirada de la mujer sobre su bebé se mantuvo como quien se relame con un dulce. Después se dirigió a su suegro.

—Dice Alberto que la cena está lista. Cuando quieras.

Dejaron la puerta de la sala abierta para controlar al niño y se sentaron a la mesa de la cocina. El olor a pimienta recién molida impregnaba el ambiente.

—Una cena sencilla. Un buen producto —anunció Alberto a su público. Habló en voz alta dirigiéndose a todos. Su hermanastro, Pierre Miraud, su compañera, Amaia, su madre, Françoise Clavert, y su padre, Vicente Parra, lo miraron complacidos.

—Detállanos el menú, venga —le dijo su madre—. Yo acabo de llegar de currar, así que ni he hecho la compra ni, por supuesto, he cocinado.

—Más sencillo imposible. Tomate en ensalada con semillas de cannabis tostadas y de segundo un espectacular rodaballo que he comprado esta mañana. Pesa dos kilos trescientos. Es salvaje.

Alberto empezó a pedir platos y fue repartiendo la comida.

—¿Le has puesto patatitas debajo? —preguntó Amaia con una sonrisa—. Cuando están medio doradas, con la gelatina del pescado y los ajitos tostados están de muerte.

Su compañero esbozó una sonrisa mientras asentía con complicidad.

—Por cierto, podéis estar tranquilos —volvió a decir Alberto—: el cannabis es sin THC.

—Justo era eso lo que nos estaba preocupando —comentó jocosamente su hermanastro. El resto de la mesa rio casi al unísono.

La cena terminó con un postre hecho a base de helado de castañas con gajos

de naranjas pasados por la plancha y menta. El cava sirvió para brindar en copa aflautada.

—Por la familia más maravillosa que tengo y tendré nunca, por el nuevo Martín y porque el más veterano se jubile pronto —dijo Françoise dirigiendo la mirada a Vicente.

Las copas chocaron en medio de la mesa. El tintineo tuvo un tono de alegría. Con el café y los bombones se abrió el ruego de preguntas y respuestas.

—¿Qué tal ha ido la LIBRE RÍA esta semana? —preguntó el subcomisario.

—Bien —contestó Alberto—. He empezado a hacer lecturas compartidas todos los jueves por la noche y la gente está respondiendo bien. Lo mezclamos con vídeos y cinefórum de películas antiguas.

—Qué interesante...

—Pues sí. Y damos algún pincho de vez en cuando. El otro día vino una mujer con una tarta. Le estamos sacando jugo al local —dijo Alberto con tono animado—. Ayer vino Pierre conmigo. Hemos colgado cuatro de sus cuadros en la pared del fondo.

—Y con el precio debajo, a ver si hay suerte —añadió Pierre en un tono distendido.

—No sabía que vendías los cuadros —dijo Françoise con una sonrisa—. Pensé que la pintura era solo un *hobby*.

—Qué pasa, ¿a un biólogo no puede gustarle la pintura? —contestó Pierre con amabilidad—. Son unos cuadros de hace mucho tiempo que pinté allí, en París. Pero también hay varios más recientes. Cada vez me atrae más la pintura. Y, además, le traje a Alberto tres películas francesas muy difíciles de encontrar; me olvidé de que ahora le tira casi más la lectura —añadió en tono muy cercano hacia su hermanastro—. Lo que te hizo cambiar el abuelo Martín... Quién lo hubiera dicho, ¿eh, hermano? —exclamó dándole una pequeña palmada a su Alberto.

—¿Cuándo vuelves a París? —preguntó el subcomisario.

Su hijastro tardó en contestar.

—Pasado mañana. Tengo que sacar el billete enseguida.

—Gracias por haber venido —dijo el policía dirigiéndose a su hijastro Pierre. Su mujer le puso la mano en la pierna en un gesto de cariño y reconocimiento. La notó caliente. Todos los demás miraron en silencio al patriarca.

La francesa mantuvo la mirada en los ojos de su marido con seriedad. Con el tiempo se había vuelto más celosa de la seguridad de los que la rodeaban, y el empleo de su marido nunca le había gustado en exceso. Solo en la medida en la que a él le gustaba y se sentía realizado haciéndolo, lo aguantaba. Siempre había sido así. Pero desde que le dispararon, había pasado a aborrecer el trabajo de Vicente. Los fantasmas de su pasado como viuda, con su primer hijo muy pequeño y teniendo que hacer de padre y de madre al mismo tiempo, habían regresado; y era un recuerdo que pensó que nunca más tendría que volver a ver reverdecir. Para colmo, hacía tres días que Vicente le había dicho que ya se encontraba bien y que pensaba reincorporarse al trabajo. Ella insistió en que se quedara un mes más de baja, pero su cuadriculado cerebro le había dicho que ya era hora de empezar a hacer vida normal. Y su rasgo más característico era ese, dejarse atrapar por la rutina de la comisaría.

Françoise no se había atrevido a ponerse seria y obligarlo a descansar al menos una semana más. Lo había visto muy débil. Había adelgazado mucho y ese terrible episodio le había dejado un aspecto muy demacrado. Pero lo peor era que tenía la impresión, aunque sonara extraño, de que no era el mismo de antes.

«Le hace falta tiempo», recordó la francesa sin dejar de mirar sus ojos. Eso le había comentado su amigo, el doctor Álvaro Odriozola, cuando abandonaron el hospital. En todos los episodios de esa gravedad ocurría lo mismo. Vicente necesitaría adaptarse y digerir mentalmente lo que le acababa de pasar.

Le agarró la mano por debajo de la mesa, ajena a la intrascendente

conversación, que cambió de tono de manera casual, acercándose a los pensamientos de Françoise:

—¿Tienes ganas de meterte de nuevo en la comisaría? —preguntó Pierre.

Pero fue su hermanastro quien contestó:

—Hace falta algo más que una bala para parar al *aita* —sentenció con una sonrisa.

El subcomisario sonrió.

—Sí, no sé estar sin hacer nada —dijo Vicente—. Solo espero que la primera semana no haya excesivo curro para que pueda ir aclimatándome —añadió.

La mirada que le dirigió Françoise fue seria, cosa que no pasó desapercibida a Amaia, que intervino.

—Tal vez sí es verdad que tenías que haberte esperado unas semanas más. Por lo menos hasta que cogieras tu peso habitual.

—Me encuentro bien. Y no dejo de pensar en cosas del trabajo. Cómo estarán y qué novedades habrá cuando vuelva.

—Nadie es imprescindible. Tú mismo lo dices a menudo —le rebatió su mujer con acritud—. ¿O te crees que si no estás tú allí la comisaría se colapsa? Pues te contesto yo misma por si tienes alguna duda: No.

—Lo sé, tienes razón, pero mi trabajo es mi vida.

—Y tu familia también, ¿no? —respondió con inmediatez Françoise. El resto de la mesa observó el cruce de palabras sin mediar.

—Claro —contestó Vicente evitando su mirada.

—Me parece muy bien. Recuerda una cosa, por si no te has dado cuenta. La comisaría funciona igual sin ti, pero esta casa no —sentenció Françoise.

Nada más terminar de decirlo, la mujer se dio cuenta de que realmente no era así. Todo el mundo, incluido su marido, era sustituible, y, de hecho, ella ya lo había hecho una vez, ya se había casado después de enviudar. Mantuvo su cabeza en sus primeras palabras, aunque concluyó que la segunda frase, la que solo había pensado, era tan cierta como la primera.

Vicente la miró fijamente. La afirmación de su mujer, que había sonado lacónica y sin ambigüedades, lo había dejado sin respuesta. Quizás era algo injusta, pensó Vicente. La muerte era parte de su profesión. Y los riesgos aumentaban exponencialmente si se cometían errores. Y el fallo que había tenido al intentar solucionar él solo aquel caso era de bulto. Había recordado tantas veces aquel error durante su estancia en el hospital que llegó a parecerle increíble haberlo cometido.

El reloj dio doce campanadas monocordes y armónicas casi en el mismo instante en que Alberto y Amaia salían de casa de los padres de él. Llegaron hasta el coche, que estaba aparcado cerca de allí, y Alberto ancló el cochecito de su hijo en la trasera del vehículo. Al volante, arrancó el motor, y aquel sonido le recordó vagamente al que hacía su moto. Por su mente pasó el episodio de hace unos meses, cuando había vendido su Ducati y la había cambiado por un modesto utilitario, y le pareció que fue ayer. Intentó convencerse a sí mismo de que en cuanto pudiera se volvería a comprar una. Pensó con algo de tristeza que quizás el tiempo de hacer esas cosas había pasado y no volvería más. Se dirigieron a su casa.

Arriba, en el piso, Pierre cerró la puerta de la habitación que había compartido con Alberto cuando eran jóvenes. Desde que se fue a París, primero a estudiar y luego a trabajar, solía ocuparla cuando venía de visita. Ya en la cama, se puso a leer con ayuda de la luz de la lamparita que había sobre la mesilla. Pierre había notado la desazón de las palabras de su madre hacia su padrastro. Lo distraían de la lectura por completo. Para él, su verdadero padre siempre sería Vicente. Y como sus abuelos maternos también murieron hacía mucho, su abuelo de verdad había sido Martín Parra. De Claude, su padre biológico, apenas tenía recuerdos. Algunos de su casa de México, pero filtrados por las escasas historias que su madre le contó para intentar superar aquella desgraciada situación cuanto antes. A veces se lo había reprochado. Pero ella siempre respondía con evasivas. Con el tiempo se había hecho a la idea de que había algo de misterio en la muerte de su padre y de que Françoise

se empecinaba en mantenerlo oculto sin más razón, en apariencia, que la simple necesidad de retirar de su mente aquel asunto tan doloroso.

Françoise tocó dos veces a su puerta y la abrió un poco. Se asomó desde el quicio y le dio las buenas noches a su hijo.

Pierre se sumergió en la lectura retirando momentáneamente de su imaginación la imagen de su padre. Tuvo el presentimiento de que pronto conocería más de él. Estaba convencido de que sería así.

Françoise volvió a su habitación y se durmió abrazada a Vicente con un solo pensamiento. Ojalá la vuelta de su marido a la comisaría mañana fuera suave y no hubiera excesivo trabajo.

Aquella enorme marmita, con capacidad para más de un centenar de kilos de rabo de buey, hervía en medio de un caldo atestado de verduras. El aroma era fuerte y denso. La mayoría del vapor desaparecía por la campana de extracción de las instalaciones de Avocado. El resto se concentraba condensándose en los cristales y haciéndolos opacos. La cocina central hervía también de actividad. Más de diez personas trabajaban allí a diario para surtir el gran almacén de reserva de productos congelados que necesitaban para los numerosos eventos que organizaba el restaurante.

Eduardo Armendáriz removía aquel enorme recipiente con una cosa más parecida, por su tamaño, al remo de una canoa que a un instrumento de cocina. Bajó el fuego y, con la ayuda de una espumadera, probó uno de los trozos de carne para comprobar su punto de cocción. La punta de un cuchillo se hundió en ella sin oponer resistencia. Ya estaba lista. Apagó el fuego y ordenó a uno de sus cocineros que se hiciera cargo del plato.

—Con cuidado, que no se rompan —le pidió—. Cuando se enfríen las dividiremos en raciones.

—Muy bien —respondió su empleado.

—En cuanto tenga temperatura y se pueda manipular hay que deshuesarlo y trocearlo en cuadrados bonitos y dejarlo preparado en bandejas y racionado —añadió Eduardo mientras se alejaba—. Mételo en el abatidor de temperatura —ordenó.

Volvió a su pequeño despacho. Una cristalera dejaba ver la actividad de la cocina central. Todos los cocineros se afanaban en avanzar trabajo para la multitud de eventos que tenían cerrados para ese mes. Dio un sorbo a su *gin-*

tonic, que empezaba a estar un poco aguado, y comenzó a revisar los eventos en la pantalla del ordenador cotejándolos con los folios que tenía pinchados en un corcho colgado en una pared lateral.

Su hermano Andoni entró y lo interrumpió con un saludo. Su figura regordeta y su abundante pelo negro corto enmarcaron una sonrisa apenas esbozada. Dejó la zamarra en el colgador. Cogió una silla y se acercó a la mesa. Su hermano lo miró e intuyó en décimas de segundo cuál sería su pregunta. Y no se equivocó.

—¿Has pensado en lo que hablamos ayer?

Le costó contestar. Su hermano insistió con la mirada.

—No sé, ya te lo dije, a mí me parece una locura. Además, no nos va a resultar rentable. Tenemos que centrarnos en cosas guapas, claro que sí, pero que al mismo tiempo sean lógicas y que al final nos dejen algo de tela. Si no, además de no sacar rendimiento, le estaremos robando el tiempo a otros eventos que sí son rentables. Y estamos de trabajo hasta aquí —añadió haciendo un gesto con la mano sobre la frente—. No creo que te lo tenga que recordar.

—Yo no pienso igual —dijo Andoni.

—Me lo imaginaba. Cada vez estamos más de acuerdo en cómo llevar este negocio —ironizó Eduardo.

—Venga, no empieces. Yo creo que es una oportunidad increíble de hacer algo muy distinto. He estado pensando en cómo hacerlo y creo que puede ser genial, aunque no ganemos dinero. Una representación de una película mítica: *Vértigo*.

—Subtitulada *De entre los muertos*. No me gusta. Además, esa frase de no ganar dinero... no la entiendo. —La mirada de su hermano era inquisitiva—. Yo ni siquiera he visto esa película —contestó Eduardo con algo de desprecio—. Y esas teorías tuyas de la rentabilidad me dan cada vez más miedo —razonó el cocinero—. Y sabes que yo no entiendo mucho de números.

—Tú déjame a mí. Verás cómo diseño un evento inolvidable. He estado

hablando con el de decorados y le ha molado mucho la idea. Y dice que es factible. Está entusiasmado.

—Sí, claro, porque si se nos va de presupuesto, que seguro que se nos irá, él no será el que ponga la pasta. Carlos Salvador es otro optimista —repuso Eduardo.

Andoni lo miró con recelo. Detrás de su discurso huraño pudo entrever su mirada cómplice. Sabía cómo tratar a su hermano. Lo conocía a fondo. Cascarrabias, pero, en el fondo, una buena persona.

—Y, además, es que no es solo por el dinero —insistió Eduardo—. Un evento así nos quitaría tiempo de todos los lados. Y, con la cantidad de bodas y banquetes que tenemos cerrados, yo prefiero centrarme en hacer los de siempre bien hechos que meterme en quimeras que me multiplicarían el curro solo para un evento.

—Pero será una publicidad increíble. Tengo pensado hacer una grabación del montaje y el evento en sí y utilizarla luego en nuestra web.

—La mejor publicidad es la que hacemos cada día, cada vez que damos una boda y todo sale caliente, rico, en cantidad suficiente y a tiempo. Eso sí es buena publicidad. La gente hablando maravillas de nuestro servicio. «Hemos comido de puta madre en la boda de fulano y todo estaba en su sitio.» «¿Quién daba el *catering*?» «Avocado.» Eso sí es publicidad buena. El resto son ínfulas de grandeza que nunca he llegado a entender.

—Yo siempre pienso más a lo grande.

—Sí, claro, y cada vez que hacemos alguna de este tipo palmamos pasta.

—Nunca hemos hecho nada como lo que nos han propuesto esta vez —sentenció con laconismo Andoni.

—Hombre, algunas gordas sí hemos hecho. Acuérdate de la de hace unos años, cuando hicimos la representación en las cuevas de Sara en Francia. La que montamos en atrezo fue bestial. Montar el aquelarre allí nos supuso trabajar más de dos meses para ese evento casi en exclusiva. Te lo recuerdo por si lo has olvidado.

—Salió muy bien —contestó Andoni bajando la cabeza con media sonrisa instalada en su rostro.

—Sí, fenomenal, no digo que no, pero el presupuesto que pasaste lo hiciste adrede bastante más barato para poder llevárnoslo nosotros y que no te lo quitara el Delicius de tu exsocio. Y ¿para qué? Para nada. Después tardamos dos meses de eventos y bodas para recuperarnos del descalabro. Eso no me parece muy normal. Así no se hacen las cosas. Como las hago yo tienen bastante más fundamento, querido hermanito —añadió socarrón.

—Pero la publicidad dio resultado —rebatía Andoni—. Te has olvidado del dato final. Tuvimos unos picos de trabajo muy grandes después de aquello —argumentó—. Y bueno, lo de ahora es distinto y más fácil de lo que pensábamos.

—Sabes que eso no es verdad. Ya solo a nivel de decorados es peligroso. Si lo hacemos, será una liada.

—No te creas —objetó Andoni—. Parecida a la de las cuevas.

Eduardo negó con la cabeza.

—No digas bobadas. Será bastante más. No, muchísimo más —enfaticó.

Andoni utilizó su mejor tono para tratar de camelar a su hermano:

—Tengo pensadas cuatro estaciones de comida relacionadas con la película que no son tan difíciles de hacer. Lo basaré todo en fotografías gigantescas y decorados que envuelvan a los invitados. Y más cosas que me rondan por la cabeza —añadió entornando los ojos y haciéndose el interesante—. Todavía no lo tengo del todo definido, pero será espectacular.

Eduardo lo miró con cierta distancia y le sonrió de medio lado. Encendió un cigarro. Sorbió su *gin-tonic*. El intervalo le sirvió para recostarse en la butaca. Andoni notó en la mirada de su hermano, por primera vez desde que habían empezado a hablar de este asunto, que comenzaba a interesarle:

—¿Dónde quieres hacerlo? ¿El tipo este te ha pedido que sea en algún sitio en concreto?

—No, todavía no hemos hablado de eso —respondió Andoni—, pero lo

haremos en la fábrica de siempre. Eso nos facilitará el trabajo. Es un sitio muy sugerente. La gente, cuando va allí, se queda con la boca abierta cuando iluminamos el exterior con los focos grandes. Una fábrica abandonada es inquietante.

La antigua fábrica de la que hablaba Andoni ofrecía cerca de mil metros cuadrados llenos de encanto para sus eventos.

—Sí, pero recuerda no hablar tan bien de ella delante del dueño, no vaya a ser que nos suba el alquiler —le sugirió Eduardo—. Para algunas cosas eres un inocente.

—Qué va. El viejo está encantado de sacarle rendimiento a un lugar tan grande. Ni se le hubiera pasado por la imaginación que a la antigua empresa de su padre le pudiera sacar rendimiento sin ni siquiera pintarla. Lo tengo engatusado. Aún recuerdo la primera vez que le entramos. Se quedó boquiabierto cuando le dijimos que queríamos alquilársela tal y como estaba para hacer eventos. ¿Te acuerdas?

Eduardo asintió sin decir palabra. Su hermano se recostó en la silla.

—Si es que el problema está en la base —insistió Eduardo, todavía reticente, pero esta vez bastante más abierto—. Un evento de estas características no es posible hacerlo a precio real porque el cubierto le saldría a un huevo de dinero. No puedes llegar a cobrar lo que de verdad nos cuesta porque no querría pagarlo.

—Me dijo que el dinero no era obstáculo.

—Sí, claro, y ¿qué le vas a cobrar?, ¿mil euros por comensal? Si lo paga, el que creo que no está bien de la cabeza es él.

—Tengo que hacer números —respondió—. Trescientos cincuenta comensales multiplicados por una buena cifra... podemos sacar dinero.

—¿Qué pasa? ¿El tipo este es del centro de Bilbao?

Los dos hermanos sonrieron distendiendo un poco la conversación.

—Eso no lo sé, pero sí que es vizcaíno. Me lo dijo nada más llegar.

Volvieron a reír con cierta empatía.

—¿Y has pensado qué les vamos a dar de comer? Eso es lo que más me interesa, claro.

—La película transcurre en San Francisco —dijo Andoni.

—Joder. ¿La peli esa transcurre allí? —preguntó su hermano sorprendido—. Lo que me faltaba, cocina americana. Prepararé bocatas, es lo único que saben hacer. Estarás de broma, ¿no?

—No, no. De verdad. Ayer la volví a ver. Es una película muy misteriosa y mantiene el intrínquilis hasta el final. Se estrenó en 1958. Había muchas cosas de las que no me acordaba. Transcurre en la costa Oeste de Estados Unidos. Habrá que pensar en la cocina de allí.

—Joder, una película de época.

—Bueno, es de ese año. No es exactamente de época. Y eso ya lo he pensado. No creo que nos suponga mucho problema. Igual algo con el vestuario de las camareras. No sé, tengo que pensarlo, pero insisto en que se puede hacer. No es tan difícil como parece a primera vista.

—Pero no me has contestado. Será cocina de allí, ¿no? ¿En la película aparece algo relacionado con la cocina? —insistió Eduardo.

—Nada. Ni un solo plano. En ese sentido está muy bien. Tenemos bastante margen de actuación. Tengo ya alguna idea que tengo que comentarte para poder hacer el menú y escandallarlo contigo.

—Verás, terminaremos dando hamburguesas, perritos calientes y *muffins*, y todo nuestro prestigio por la borda —dijo el cocinero—. No sé si será buena publicidad.

—No seas agorero, verás qué platos más guapos diseñas —añadió Andoni regalándole la mejor de sus sonrisas.

Eduardo suspiró poniendo los ojos en blanco.

—Qué, entonces, ¿qué le contesto? —se atrevió a preguntar Andoni.

—No sé por qué me lo preguntas si ya lo tienes decidido. Y el tipo este, ¿quién es?

—Me dijo que vivía entre Bilbao y Donosti. Un empresario con negocios

en Estados Unidos. El próximo día que nos reunamos le preguntaré más cosas y, sobre todo, le pediré un adelanto.

—¿Y no hablasteis de dónde hacerla?

—No.

—Pues eso es lo primero que tenemos que concretar. Que no es lo mismo hacerla aquí cerca que en Moscú... o en San Francisco.

Eduardo mantuvo la palabra en la boca, sostenida en el borde mismo de sus labios. Se quedó mirando hacia un lado con aire pensativo.

—Podríamos dar la comida bajo el puente ese, el Golden Gate —añadió, con algo de fascinación por el lugar, implicándose por primera vez en el evento; pero no pudo evitar una media sonrisa divertida.

—Una de las escenas más importantes de la película transcurre bajo ese dichoso puente.

—¿En serio? Bueno, tampoco era difícil imaginárselo hablando de San Francisco —se contestó a sí mismo.

Andoni asintió con la cabeza.

—Intentaremos hacerlo en el sitio de siempre —concluyó—. Cuando le diga lo de la fábrica abandonada va a flipar, verás —respondió Andoni enfatizando sus palabras con las manos.

—Espero que sea así. No me gustaría que diese una vuelta de tuerca con lo del lugar y tuviéramos que hacerlo lejos.

—No creo —añadió Andoni confiado.

El edificio de la comisaría de la Ertzaintza le pareció más grande que nunca. Casi había perdido la cuenta de los años que llevaba trabajando en ella, pero aquella mañana gris perdida en el calendario le pareció distinta. Tras casi dos meses sin venir, pensó que nunca había estado tanto tiempo ausente de su segunda casa. Por unos instantes, Vicente Parra dudó si de verdad no era esta su verdadera residencia. Las palabras del otro día de Françoise echándole en cara su obsesión por el trabajo le habían sonado amargas y muy duras. Dentro de unos años estaría jubilado e imaginó que, cuando llegara el momento, tendría que pensar de manera muy distinta a como lo hacía ahora. «Si todavía sigo colgado del trabajo, lo pasaré mal», se dijo.

Esa actitud era un asunto que no llegaba a controlar del todo. Él se consideraba un profesional muy eficaz, pero la línea que separaba su vida personal de su trabajo era muy delgada y a veces se volvía borrosa. Tantas veces la traspasaba que había empezado a ser una constante. Y los mensajes de su mujer eran cada vez más claros. Esa frontera tiene que ser nítida, como si estuviera trazada con un tiralíneas.

Aparcó su viejo coche cerca del edificio y volvió a mirar la comisaría. Eran las ocho menos diez de la mañana. Su hora de entrada desde que empezó a trabajar siempre había sido las nueve. Pero eso era una cosa que le había ocultado a su mujer desde el comienzo. Françoise siempre había pensado que su jornada laboral empezaba una hora antes, a las ocho. Y la mentira había sido tan grande y continuada que ni se acordaba de cuándo había dejado de entrar a la hora correcta.

«Empiezo mal», pensó allí de pie, detenido y mirando absorto la comisaría.

El edificio le pareció el barco de siempre, con la proa orientada a su pequeña figura. No hacía frío, pero él se cerró su eterna cazadora tres cuartos; más que por la temperatura, porque se sentía indefenso. Tuvo la sensación de que su trabajo había sido un calabozo. No le gustó. La prisión de los carceleros que vigilan a los que están allí por propia decisión. Aquel pensamiento le provocó una sensación nada agradable.

Sabía que alguien lo estaba mirando a través de las cámaras de seguridad que rodeaban el edificio. Se mantuvo parado mirando hacia una de ellas.

La bala que le había atravesado el tórax en aquel tiroteo hacía apenas dos meses no había traspasado solo su cuerpo. Quizá también lo había hecho con sus pensamientos, y había empezado a cambiarlos de manera radical.

Estar al borde de la muerte te hacía cambiar mucho la percepción de las cosas; recordó haberlo hablado con su mujer durante su convalecencia. Y él mismo había sido el que había sacado el tema. Françoise se había alegrado de charlar de eso en un intento de que se tomara su trabajo con más distancia y sin tanta implicación.

«Cuando mueres, ¿qué es lo que queda? ¿Cuál es tu legado?», se preguntó en silencio, detenido ante la fachada de aquel edificio. En el territorio de su pasado. En el de tantas y tantas horas pasadas sin saber muy bien la razón exacta. Horas extras regaladas sin una razón de peso que no fuese la de su propia obsesión por el trabajo bien hecho.

Volvió a convencerse de que aquella bala le había hecho empezar a pensar de otra manera. Un disparo que había servido para más cosas de lo que creyó en un primer momento. Imaginó que a lo mejor este era el momento adecuado para dejarlo, pero algo en su interior le decía que cualquier momento era bueno para empezar a cambiar las cosas. Y estaba siendo así por encima del enorme sentido de la responsabilidad que le provocaba su trabajo.

Sin saber muy bien cómo, empezó a caminar alejándose de aquellas instalaciones.

Tardó tres minutos en llegar a la cercana playa de Ondarreta, que amanecía

manteniendo una leve bruma que, junto con la escasa luz ambiental, difuminaba aún más el entorno. El agua rompía con calma sobre la orilla en pequeñas olas. El olor a mar y a algas era pronunciado. El cuello subido de la zamarra le hacía evadirse aún más del entorno y de los escasos viandantes que lo acompañaban a tan temprana hora. La luz melancólica del amanecer le había hecho sentirse cómodo. La segunda mitad del año era su estación preferida. La de la reflexión.

Respiró profundamente, y la cicatriz de la espalda, bastante mayor que la del pecho, le dio un pinchazo fuerte y le recordó que gracias a ella estaba disfrutando de aquel pequeño momento delante del mar, con su pensamiento navegando por aguas hasta ahora inexploradas. Las del placer de pasear sin más.

Permaneció allí contemplando el paisaje hasta que se dio cuenta de que la hora real de entrar a trabajar reclamaba su atención.

Se despidió de aquella sensación con la mirada fija en las olas y con la intención firme de repetir al día siguiente la operación. Regalarse a sí mismo una hora para caminar por la arena prieta de la playa solitaria de otoño, para oler las algas expuestas sobre las rocas, para mirar el horizonte sin pensar en nada más que en las pequeñas cosas de su alrededor. Estas le estaban dando ya una satisfacción mayor que la que cualquiera de sus casi inexistentes *hobbies* le proporcionaban.

Cuando llegó a la comisaría saludó a dos agentes que le preguntaron con interés por su estado.

Subió en ascensor hasta la planta donde se encontraba su despacho. Nada más llegar, se acercaron por detrás sus dos ayudantes. Jaione Egia lo saludó con dos besos. Jon Ander Etxeberria lo abrazó con efusión y aquella mirada de pillo habitual en él.

—Cuidado Jon, la herida de la espalda todavía me duele —dijo sonriendo. Este lo soltó sujetándolo del brazo.

—Estamos muy contentos de tenerte otra vez entre nosotros —añadió Jon

Ander con gran ceremonia—. Te esperábamos a las ocho —dijo con ironía. Vicente contestó con una sonrisa apenas esbozada.

—Sigues delgado. Pero no tanto como cuando estuvimos visitándote en el hospital —agregó la mujer.

—Sí, me han cuidado bien en casa —dijo mientras se sentaba en la butaca de su despacho—. Todavía tengo que recuperar unos cuantos kilos. ¿Todo sigue igual? —agregó el subcomisario mirando a su alrededor. Antes de que le contestaran, intuyó que la respuesta iba a ser de compromiso, pero con un matiz.

—Todo bajo control —dijo Jon Ander.

Pero la mirada de la mujer transmitía un mensaje bien distinto.

—Bueno, tenemos un caso... Nos lo encomendaron ayer por la tarde —añadió con laxitud el propio Jon Ander.

La expresión del subcomisario cambió por completo.

—Ayer encontramos un cadáver quemado en un contenedor —añadió Jaione. Vicente se incorporó sobre su asiento atento a sus palabras. Ella prosiguió—. Todavía no tenemos nada. El cadáver está siendo analizado. Estaba muy deteriorado. Había ardidido durante varias horas dentro de un contenedor de basura. Acudimos allí y, al levantar el amasijo de plástico, Jon Ander vio algo extraño. Había una cartera o algo parecido. Y, efectivamente, era una cartera. El interior había aguantado el fuego. Digamos que lo había hecho más que el resto. El jefe de bomberos nos dijo que ellos lo llamaban los «caprichos del fuego». Así que teníamos todo el escenario quemado a conciencia menos una parte que, por increíble que parezca, había soportado el fuego bastante bien.

—¿Qué había dentro?

—El DNI del cadáver; bueno, eso intuimos, porque hasta que no lo analicen no podemos saber con certeza si le pertenece. Como te he dicho, el contenido estaba medio quemado, pero suficientemente protegido como para poder leer algo. Además del DNI, encontramos lo que parecía una tarjeta de un banco,

pero muy deteriorada. La están analizando, pero me han dicho que es casi imposible saber siquiera si es una tarjeta de crédito o una tarjeta de descuentos y esas cosas.

La mente de Vicente empezó a sentirse de nuevo en marcha y eso le produjo la sensación de que volvía a esa rutina que tanto había echado en falta desde su paso por el hospital.

—El chip del DNI también estaba destruido, y el número del carnet no se veía. Y las iniciales del nombre y del apellido estaban totalmente quemadas. Maite Abasolo es el nombre que hemos podido sacar del DNI —añadió Jaione.

—Si hubiese ardidado un poco más incluso eso habría desaparecido —añadió Jon Ander.

—Y vosotros habéis deducido que las iniciales que faltan son esas. Podría ser —afirmó el subcomisario.

Sus ayudantes asintieron.

—Claro, «aite» y «basolo» no dan muchas opciones. El hueco del documento solo dejaba un espacio para dos letras.

—¿No había nada más? —preguntó el subcomisario.

—Hay una cosa que nos han pasado hace media hora escasa y estábamos esperando a que llegaras para decírtelo. Ha sido un milagro que no ardiera.

—Había un papel como de un pósito muy deteriorado, casi prensado entre dos plásticos de los restos de alguna tarjeta, con un número de teléfono. Hemos mandado un aviso para que localicen el teléfono antes de hacer nada. Insisto, esto ha sido hace nada. Era un pliegue de la cartera donde ayer no habíamos mirado. Los de la científica están todavía analizando por si hubiera algún dato más. El papel estaba casi por completo chamuscado, pero se podía leer —dijo la mujer—. Lo tengo aquí anotado —añadió acercándole a Vicente el número escrito en un papel.

Este lo miró de reojo. El teléfono era de un móvil.

—¿Sabemos quién era la tal Maite Abasolo?

—Estamos en ello —contestó Jon Ander—. Es un pequeño contratiempo que no tengamos el segundo apellido. Eso hubiera cerrado la búsqueda mucho. Maite Abasolo hay unas cuantas. Pero no creo que tardemos.

—¿Denuncias de desaparición?

—Nada de nada en nuestra jurisdicción... —añadió Jaione— por ahora.

—Bueno, os veo un poco perdidos... —dijo Vicente con pragmatismo—. Pues ya sabéis lo que hay que hacer —añadió sonriendo, aunque escasamente, por primera vez desde que llegó—. Lo evidente. Llamar a ese número de teléfono, ¿no?

Los dos oficiales instructores le devolvieron la sonrisa de forma empática.

—Pero inmediatamente. Aunque, si estaba escrito en un papel aparte, tal vez la tal Abasolo no conozca demasiado al propietario. Si es un pariente o amigo cercano, por lo general te lo sabes de memoria o lo tienes en la agenda del teléfono. Por cierto, ¿se ha encontrado el teléfono?

—Sí, te lo íbamos a decir ahora. Nos acaban de decir los compañeros que encontraron los restos absolutamente calcinados de lo que pudiera ser la carcasa; y creen que el interior de un móvil también. Pero ya me han avanzado que, aunque ese sea el teléfono de la víctima, será imposible sacar nada. Está absolutamente destrozado. Ni siquiera puede reconocerse qué forma tiene. Eso descartado. El fuego lo ha dejado inservible.

—*Okey*. Venga llama —lo instó Vicente.

Jon Ander descolgó el teléfono de la centralita y marcó el número de teléfono.

—¿Quiere hablar usted?

—¿Qué pasa? ¿Hace tanto tiempo que no me ves que ya no me tuteas? —preguntó Vicente mientras, con un gesto de la mano, indicaba que fuese el propio Jon Ander quien mantuviera la conversación.

—Tienes razón Vicente, no sé por qué me ha salido así. Igual es que un policía que burla la muerte, como lo has hecho tú, tiene un estatus mayor —dijo casi de corrido sonriendo abiertamente.

El subcomisario sonrió.

—Pero eso no conlleva el tratamiento de usted.

Se hizo el silencio mientras las miradas de Jaione y de Vicente se centraban en Jon Ander. Unos segundos más tarde, este negó con la cabeza intuyendo que la línea se iba a cortar sin conseguir comunicación. Pero se equivocó.

—Sí, ¿quién es?

—Buenos días. Soy el oficial instructor de la Ertzaintza Jon Ander Etxeberria. ¿Con quién estoy hablando por favor?

La respuesta se hizo esperar, pero no demasiado.

—Soy Susana Sánchez.

Susana Sánchez colgó el teléfono con aire ausente. La comunicación con la Ertzaintza había sido parca y misteriosa. El policía le había dicho simplemente que quería hablar con ella y la había citado en su lugar de trabajo dentro de una hora escasa.

Desde su despacho se podía ver su empresa justo en el lado opuesto del pabellón. En medio, un pequeño almacén, también de su propiedad, y una pequeña carretera de acceso.

La central de la empresa de *catering* Delicius se encontraba a las afueras de la población de Irún. Un pabellón de grandes dimensiones impoluto y de blanca apariencia. En mitad de la entrada, una gigantesca puerta permitía el acceso a las furgonetas frigoríficas de la empresa. Eran de color gris plata, con el dibujo serigrafiado de la letra «d» mayúscula de su logotipo ocupando ambos laterales.

Susana se levantó y se dirigió al despacho contiguo al suyo. Manuela Cortázar levantó la vista al verla entrar. Su pelo negro, muy corto, y su camiseta de tirantes le daban un aspecto más joven de lo que ya de por sí aparentaba. Y los piercings en la parte superior de la oreja y en el labio remarcaban su aspecto.

—¿Has vuelto a llamar a Maite? —preguntó Susana desde el umbral de la puerta.

Manuela respondió afirmativamente con la cabeza mirando de reojo la pantalla de su móvil como confirmando su respuesta.

—Le he dejado recado de que nos llame, pero no he tenido respuesta.

—No sé dónde se habrá metido esta mujer —dijo Susana con cara de

preocupación—. Si para el mediodía no la hemos localizado tendremos que pensar en un plan alternativo. Acabo de hablar con la Ertzaintza —soltó de sopetón.

—¿Cómo?, ¿con la policía?, ¿qué pasa? —preguntó Manuela con cara de extrañeza—. ¿Qué ocurre? ¿Qué quieren?

—No sé. Me han dicho que estarán aquí en una hora.

Susana encendió un cigarrillo y el humo se dispersó por la estancia.

El vapor del café recién hecho se dispersó por el despacho cuando el *ertzaina* Jon Ander Etxeberria sopló sobre la taza.

—Usted dirá —dijo Susana sentada en su sillón.

—Voy a ser breve. Solo necesito que me diga si usted conoce a una persona que se llama Maite. Maite Abasolo.

—Claro —contestó incorporándose sobre el asiento—. De hecho, estamos intentando localizarla desde hace un par de días y no contesta al teléfono. ¿Le ha sucedido algo?

El oficial respondió con cautela.

—Hemos encontrado una cartera que presumimos puede ser de ella.

—¿De qué está hablando? Habrá sido un robo —añadió sin abandonar un tono de cierto nerviosismo.

La cara de póker de Jon Ander se acentuó.

—No lo sabemos.

—¿Por qué me pregunta por ella? ¿Es que le ha pasado algo? —insistió Susana Sánchez con un tono de voz que delató su preocupación—. ¿Dónde está Maite?

—Tranquilícese. Todavía no sabemos qué responder a sus preguntas. ¿Cuánto tiempo hace que se conocen?

La mujer resopló.

—Desde hace muchos años, no le podría decir cuántos con exactitud, pero calcule casi diez años.

—¿Y qué relación les une?

—Solo laboral. Es una de las dos personas que controla las extras que solemos necesitar cuando hay eventos.

—¿Sabe cuál es su domicilio?

—Sí, tengo su dirección. Y si quiere su número de teléfono también se lo puedo dar, pero lleva dos días sin contestar.

—Sí, por favor.

La mujer miró en su móvil y le repitió la secuencia de números y su domicilio. El policía lo anotó en su agenda. Observó que coincidía con parte de la dirección recuperada del DNI que habían encontrado.

—¿Usted ha cambiado de número de teléfono recientemente?

La pregunta le sorprendió y contestó afirmativamente.

—Lo perdí hace unas semanas. ¿Cómo sabe eso? —preguntó con curiosidad.

—En la cartera hemos encontrado muchas cosas, y una de ellas era el teléfono de usted escrito en un pequeño pósit. Y he pensado que si se conocían de hace mucho no era normal que lo llevara escrito en un papel. Estaría en la agenda de su teléfono.

—Ah... —acertó a decir Susana Sánchez sorprendida.

—¿Sabe usted si la señora Abasolo tiene familia o pareja? —prosiguió el policía.

—¿Familia? Su padre murió hace un par de años y su madre vive sola. Además, es hija única. Y bueno... Ahora estaba sola —dijo—. Desde que se divorció de su... marido, creo que vivía sola —dijo Susana Sánchez mientras se disponía a hablar por el interfono. Llamó a Manuela, que apareció al cabo de unos segundos.

—¿Sabes cómo se apellida el ex de Maite? —le preguntó a bocajarro—. Disculpe —añadió casi de corrido—. Le presento a mi jefa de eventos, Manuela Cortázar.

Jon Ander se levantó y le dio la mano a la mujer.

—Sé que se llamaba Alfonso, pero el apellido no. Trabajaba en la protectora, creo.

Jon Ander terminó de anotar los datos. Susana Sánchez apenas cambió su expresión para decir:

—¿Cree que le ha pasado algo a Maite? ¿Tienen alguna denuncia de desaparición?

—Por ahora no tenemos nada. Solo una cartera abandonada. Le agradezco su información y su tiempo —dijo Jon Ander, evasivo, mientras abandonaba su asiento.

—¿Y por una simple cartera abandonada se desplaza usted hasta aquí? —preguntó Susana con ironía, pero con respeto. El policía le contestó en el mismo tono, pero aún más fino:

—Usted dijo que estaba muy ocupada. Era por no molestarle —añadió.

La mujer acusó el elegante resto con una sonrisa de compromiso. Pero tomó la iniciativa.

—Manuela, intenta llamar de nuevo a Maite —dijo la jefa.

Manuela, con el móvil en la mano y el manos libres conectado, protagonizó un momento extraño. El policía de pie y la jefa de Delicius, todavía sentada, miraron sostenidamente a Manuela esperando un desenlace que confirmara la desaparición de la mujer. Pero todos se equivocaron.

—Sí, dígame —se oyó desde el otro lado de las ondas. La mirada del policía cambió con brusquedad.

—Maite, menos mal, llevamos dos días intentando localizarte —dijo Manuela con vehemencia.

Andoni Armendáriz llevaba ya una semana rumiando acerca de la propuesta de hacer el *catering* de la película *Vértigo* a requerimiento de aquel atípico cliente. Pero ya tenía la decisión avanzada y consensuada, a pesar de las reticencias iniciales de su hermano Eduardo. Incluso un boceto terminado de lo que sería el evento en cuanto al diseño. Faltaba por concretar todos los detalles, claro. Uno en especial, que había creído tener controlado, le estaba empezando a hacer dudar. El lugar para celebrarlo. Intuía algo raro, pero no sabía muy bien el qué.

El jefe de Avocado apagó su cigarro y sintió cierto nerviosismo al no saber muy bien de dónde provenía ese pensamiento. Miró su reloj. Desde la ventana de su despacho se podía divisar la explanada del *parking*. No había movimiento, y la puntualidad de la que había hecho gala aquel individuo en su primera reunión se estaba haciendo añicos. A partir de quince minutos se consideraba una descortesía, pensó Andoni.

Ojeó distraídamente el libro que tenía encima de la mesa. Era la novela en la que se basaba la película. La había obtenido en la biblioteca ayer mismo. *Sudores fríos (de entre los muertos)*, de los autores Pierre Boileau y Pierre Ayraud, conocido como Thomas Narcejac. Su portada ajada por el paso de los años daba una pátina de leyenda al texto.

Un minuto antes de que ese plazo máximo de quince minutos se cumpliera apareció por el lugar el Mercedes con los cristales tintados. Pensó que era el mismo del otro día. El coche aparcó al lado de la salida de las furgonetas. Cuando el hombre salió de su coche, Andoni se apartó de la ventana y se sentó en la silla de su despacho. Oyó el timbre de la puerta de acceso y cómo la

secretaria y mano derecha de todo aquel tinglado lo acompañaba escaleras arriba al piso primero. La puerta más oscura era la suya. Oyó los pasos y una pequeña frase de la mujer que no llegó a entender. Dos golpecitos en la puerta, y su empleada asomó con su melena morena y su cuerpecito enjuto, pero bien proporcionado. La chica realizó el gesto habitual con el que avisaba de la presencia de un invitado. Se apartó para dejarlo pasar mientras Andoni se levantaba y se acercaba a él con una sonrisa. La puerta se cerró tras ella.

El hombre, esta vez, llevaba un traje sencillo y una corbata granate. Su pelo, levemente gris, combinado con su vestimenta, lo hacía más joven de lo que le pareció la primera vez que Andoni lo había visto. Se le notó más distendido.

Estrecharon las manos y el jefe de Avocado lo invitó a sentarse.

—Siento el retraso —dijo mientras se abría la americana—. Iba distraído y me he saltado la salida de la autopista.

—No se preocupe. Tengo la mañana bastante controlada —agregó Andoni.

Sus miradas sonrientes se cruzaron mientras el hombre se arrellanaba en el asiento. Fue él mismo el que atacó.

—¿Qué me puede decir del asunto? Necesito saberlo cuanto antes. Tengo muchas cosas que organizar.

—Como le adelanté por teléfono, tengo buenas noticias. Después de hablarlo con mi hermano Eduardo, hemos decidido embarcarnos en esta aventura.

—Bien —contestó el hombre con una sonrisa contenida.

—Incluso he abocetado un pequeño diseño de lo que será el evento —añadió Andoni mientras extendía sobre la mesa un gran papel de tamaño parecido a dos folios. Rayas y dibujos con letreros escritos a mano inundaban aquella superficie en blanco y negro.

El hombre se acercó con interés.

—Mire —dijo Andoni señalando con la punta de un bolígrafo—. Instalaremos cuatro centrales que estarán en todo momento rodeando a los

invitados. Arropándolos. Llamamos centrales a los lugares desde donde se genera comida en directo. Aparte tenemos una pequeña cocina de apoyo en el *backstage* que se encarga de proveer comida de otro tipo y de controlar a las centrales para que estén bien abastecidas.

El hombre se fijaba en todos los detalles del esquema.

—Después he diseñado el lugar de celebración de la ceremonia como usted me propuso. Será una representación de la misión que sale en la película. ¿Qué le parece?

El hombre asintió con la cabeza, pero sin decir palabra.

—Habrá, además, una zona de reunión con la música más baja, y otra zona donde se pueda formar una pista de baile con una música adecuada para mover el esqueleto —añadió con media sonrisa.

El hombre asentía con seriedad y cierta fascinación.

—Tendremos también una unidad móvil de aseos decorados para la ocasión. Suele ser un tráiler con capacidad para diez baños para hombres y otros tantos para mujeres. Todo muy higiénico. Esta unidad suele quedar algo apartada del centro de todo. Digamos que queda a la entrada, en un lugar discreto. En el centro de todo esto habrá una zona de barra de bar, que en todo momento estará operativa.

Andoni estaba hablando con convicción y vehemencia. Tenía al hombre absorto, completamente concentrado en sus palabras y en el diseño de aquella pequeña locura.

—Cuatro pantallas gigantes rodearán en todo momento a los invitados —dijo sintiendo que controlaba la situación—. Proyectarán siempre escenas de la película. No sabemos si al azar o haremos una selección. Eso lo estamos estudiando también. El vestuario del servicio lo estamos diseñando todavía. Y seguramente algún atrezo que será una sorpresa. Creemos que es posible, pero todavía no lo sé seguro, o sea que prefiero no adelantar nada más.

Andoni se acordó del presupuesto, pero prefirió dejarlo para el final. El hombre preguntó por primera vez.

—Usted ha dicho cuatro centrales de salida de comida. —Andoni afirmó intuyendo la pregunta—. ¿Y cómo serán? —añadió el hombre con curiosidad.

—La primera estará dedicada al Golden Gate.

El hombre se apoyó sobre el respaldo y afirmó sonriente con un leve movimiento de la cabeza. La idea pareció gustarle.

—La segunda estará dedicada al bosque de las secuoyas. Esa es la parte más misteriosa de la película, donde ella dice haber vivido otra vida. ¿Se acuerda? Esos árboles rezuman un no sé qué tan especial... El otro día, revisando de nuevo la película, se me puso la carne de gallina imaginando la representación en el bosque, con la luz tenue y siguiendo lo que está contando el protagonista.

—Tiene usted razón, la parte más onírica —respondió el hombre con aplomo.

—La tercera estará dedicada a la famosísima calle Lombard de San Francisco. La que baja serpenteando con una inclinación alucinante. ¿Sabe?

—Conozco muy bien la ciudad —respondió el hombre—. Me parece una idea excelente.

—Una calle con un atractivo muy especial y, sobre todo, muy cromática —dijo Andoni.

—Me parece perfecto.

—Y la cuarta...

Andoni mantuvo el suspense, lo que hizo que el hombre permaneciera muy atento.

—... sobre la misión Dolores, la antigua misión en la que transcurre la impactante escena del cementerio. Será algo inolvidable —remató Andoni.

—Pero ¿y la parte de la misión española?

—Sí, claro. La misión San Juan Bautista. ¡No se le escapa nada! —exclamó Andoni—. Será la parte más importante. Todavía no la hemos acabado. Estamos en ello.

El hombre mantuvo una expresión ausente.

—¿Cuánto me costará esto? —soltó de corrido.

—¿Mantendríamos los trescientos cincuenta invitados?

El hombre asintió, aunque matizó:

—Me temo que llegaremos casi a los quinientos. Ya sabe, te pones sobre la mesa a hacer la lista y empieza a salir gente a la que no puedes dejar de invitar.

—Calcule doscientos cincuenta euros por comensal. Más de la mitad se va a ir en la puesta en escena. —El hombre mantuvo una cara sin expresión—. Y, como le comenté en su momento, necesitaría un adelanto.

—Dígame cuánto. Ya le dije que en ese sentido no hay problema.

Andoni no se encontraba cómodo ante la presencia de aquella persona. Aunque había habido un momento en el que parecía tenerlo en el bote, solo había sido un instante.

—¿Me deja que le haga una pregunta? —Se aventuró el jefe de Avocado.

El hombre asintió.

—No es muy habitual que sea el padre el que organice la boda. Lo normal es que sean los novios los que hablen conmigo. Los que decidan qué se va a hacer. No sé qué opina al respecto...

Tardó más de lo esperado en contestar. Sus respuestas siempre parecían muy medidas.

—Digamos que tiene usted razón. No es lo normal. Pero lo hemos decidido así. Mi hijo es muy especial. Y mi relación con ellos también. Será una sorpresa. Lo he hablado con los dos y están muy contentos con la idea. La parte de no saber cómo se va a desarrollar les parece muy excitante. Se iban a casar, al fin y al cabo, y esto no va a ser más que una boda...

Andoni sonrió arqueando las cejas.

—Una boda impresionante —añadió. Su rostro rezumó empatía—. Voy a seguir avanzando en el diseño de todo, y en cuanto tenga también el menú hablaré con usted de nuevo, ¿le parece?

—De acuerdo.

—Una última cosa —añadió el jefe de Avocado—. También hemos pensado en contratar una performance con dos actores de teatro disfrazados de los dos protagonistas, Kim Novak y James Stewart, que actuarán cerca de varios de los escenarios. Todavía estamos perfilándolo.

—¿Eso no sería quitar protagonismo a los novios?

—De acuerdo, lo valoraremos. Son detalles que iremos viendo. Una cosa más —dijo Andoni.

—Creo que ya sé de qué va a hablar —dijo el hombre, adelantándosele, con seguridad.

Andoni se sintió de nuevo incómodo ante las palabras de su cliente, y empezó a hablar con un poco menos de entusiasmo. A pesar de eso, puso toda su pasión para explicárselo:

—Todo este tinglado lo solemos hacer en un sitio muy especial. De esto aún no hemos hablado. Es un lugar muy sugerente. —Enfatizó sus palabras con un gesto de las manos—. Una antigua fábrica de máquinas herramienta. Es muy seductora. Está a las afueras de Tolosa. La solemos iluminar con focos, y el interior lo decoramos en función de lo que necesitemos en cada ocasión; y la altura de los techos nos da muchas posibilidades y además...

Las palabras de Andoni se cortaron al ver al hombre negar con la cabeza con rotundidad.

—¿Qué sucede? Confíe en mí, se lo ruego, si quiere lo podemos ir a ver ahora mismo —dijo Andoni viendo su expresión, pero el hombre siguió negando.

—No dudo de que el lugar del que habla sea adecuado, pero yo ya tengo pensado el sitio.

—Pues usted dirá —dijo Andoni con seriedad y cierta cara de decepción mientras se echaba para atrás y se apoyaba en el respaldo de su butaca.

El hombre se incorporó para dar más énfasis a sus palabras. Mantuvo el suspense sin abrir la boca, por lo que Andoni se apresuró a intervenir:

—Este asunto es importante aclararlo cuanto antes porque el presupuesto

también depende de este extremo. Y, claro, de que nosotros seamos capaces de hacerlo donde usted dice.

—Es un sitio único —afirmó con contundencia el hombre—. No existe ningún lugar en el mundo donde haya *otra* como esa. Apenas una en Alemania, y no sé si alguna más. Fíjese bien lo que estoy diciéndole. Un lugar con vida propia. Anclado en el tiempo y abandonado. Quizá con más historia que todas las catedrales del mundo juntas —exageró—. Ruinas de un calado sin parangón.

—¿Ruinas? —Andoni lo miró con atención. Había despertado su interés—. ¿Es una iglesia?

—Se le podría llamar así. Pero no en el sentido al que usted se está refiriendo.

—Me está intrigando. Pero ¿es por aquí cerca?

—No, un poco más lejos de lo que habían pensado, seguro. Sería en Vizcaya. En un pueblecito delante de la costa —añadió con una naturalidad no exenta de fascinación—. No hay nada que se le parezca ni por asomo. Un lugar donde sucedieron muchas cosas...

Andoni lo miró expectante mientras esperaba a que aquel hombre desvelara el misterio. Extrañamente, estaba convencido de que lo iba a incomodar.

—Lemóniz.

El nombre de ese lugar rebotó en la mente de Andoni cargado de simbolismo. Su cara era de perplejidad.

—Ya —respondió alargando la palabra—, está hablando de... Lemóniz —dijo sin percatarse de la obviedad—. ¿No se estará usted refiriendo a ese lugar de Lemóniz donde...?

El hombre asintió con la cabeza.

Maite Abasolo se echó el pelo para atrás y se lo recogió en una coleta. La goma de color amarillo resaltaba sobre su pelo negro en un juego cromático acertado. La parte de atrás del autobús de línea estaba extrañamente vacía para un día desapacible como este. La lluvia caía incesantemente. Los cristales parapetaban su pensamiento. Las gotas resbalaban por el cristal con cierta regularidad. Apenas se veía la bahía de la Concha tras la gruesa capa de lluvia. Atravesar el pequeño túnel de acceso al barrio del Antiguo fue el único momento de tregua.

La parada del autobús estaba cerca de la comisaría. El paraguas lo abrió nada más bajar. El viento racheado hizo que la mujer lo tuviera que poner casi paralelo a su cuerpo. Como un escudo.

En la entrada de la comisaría se sacudió el abrigo y avanzó hasta un agente. Este la acompañó hasta el despacho de la oficial instructora Jaione Egia. Esta la saludó y, con amabilidad, la invitó a sentarse. El recinto era sobrio y la mujer lo observó con cierta expresión de recelo.

—No se preocupe. No sucede nada. Solo queremos hacerle unas preguntas —dijo la policía.

La mujer se sentó dejando su abrigo mojado en el colgador del fondo.

—¿Sería tan amable de dejarme su documento nacional de identidad?

La mujer negó con la cabeza. Abrió su bolso para mostrárselo y se lo acercó.

—No lo tengo, pero llevo el permiso de conducir.

—El permiso de conducir también me sirve —dijo Jaione con una sonrisa—. Pero ¿no tiene usted el DNI?

—Me robaron la cartera hace unas semanas.

—Ya —dijo Jaione mientras levantaba la cabeza—. ¿Puso usted una denuncia?

—Bueno, es que no sé si me la robaron o la perdí.

—Y ¿cuándo sucedió eso?

—Hace un par de semanas, más o menos.

—¿Ha pedido que le hagan uno nuevo?

—No, estaba esperando a que, con un poco de suerte, apareciera. Y, por lo que veo, es así. Por eso me han llamado, ¿no?

Jaione la miró sin saber muy bien qué pensar. Era su primera toma de contacto con ella, y no tenía datos para hacer valoraciones. La mujer parecía muy segura de sí misma.

—Me ha dicho que perdió, o se la robaron, la cartera. ¿No suele llevar todos los documentos juntos?

—Sí, menos el de conducir que lo suelo llevar en el coche... —dijo. Pero enseguida añadió—: pero, ahora, con lo del DNI... desde hace unos días lo llevo conmigo.

Aquello sonó raro, pero no imposible.

—Además, solo conduzco mi coche. No me gusta hacerlo y solo lo hago si es imprescindible. En días como hoy, de lluvia, no lo suelo sacar. Prefiero el autobús. En esta ciudad aparcar es una quimera.

La explicación era plausible, pero la *ertzaina* pensó que le estaba mintiendo. El tráfico siempre aumenta en los días de lluvia, pero ese detalle no se lo explicó.

—Ustedes han encontrado mi DNI. ¿Verdad?

Jaione contestó afirmativamente con la cabeza.

—Se lo vamos a traer enseguida. Lo tiene mi compañero. Viene enseguida. Pero antes me gustaría hacerle algunas preguntas, si no le importa.

Maite la miró con desconfianza. La misma expresión que tenía cuando llegó.

—No se preocupe —insistió la *ertzaina* al verla—. Serán solo unos minutos. ¿En qué trabaja? —preguntó con amabilidad.

—Hago extras para hostelería.

—¿Para algún restaurante o empresa en especial?

—Bueno, para lo que se tercié. A veces en restaurantes, pero donde más me muevo es en el mundo del *catering*. Últimamente, casi en exclusiva.

—¿Puede decirme en concreto para qué empresas?

—Hago muchas para Delicius. Es una empresa de *catering* que está en Irún. Me llaman muchas veces. Sobre todo en verano. Cuando empieza el frío no tenemos tanto trabajo. Pero tampoco es exactamente así. En esta ciudad hay saraos cada dos por tres.

—¿Solo para esa empresa?

—A veces me llaman también de la empresa de *catering* Avocado. Está en Tolosa. Depende. Va por épocas. La próxima la haré con Delicius, si mal no recuerdo. No tengo aquí la agenda de trabajo.

Jaione anotó los datos y prosiguió.

—¿Usted vive en...?

La mujer contestó con una réplica:

—Eso ya lo sabrán, ¿no? Si tienen mi DNI... —concluyó Maite con un punto de arrogancia que no gustó nada a Jaione.

—Mire, le voy a ser sincera. Su cartera la hemos encontrado quemada. Y su DNI, en un estado tan lamentable que justo se podía ver parte de su nombre. El resto de los datos los desconocemos.

—¿Quemada? ¿Dónde?

—Sí, alguna gamberrada. Eso no nos preocupa. En las afueras de aquí.

—Sí, pero ¿dónde?

—Eso no tiene importancia. Alguien la debió de tirar por ahí a una papelería después de llevarse lo que tuviera de valor.

—Me tendrán que explicar algo más —dijo la mujer con aire de preocupación.

—Insisto, no se preocupe; y me gustaría que me respondiera a la pregunta anterior.

La mujer le dio su dirección.

—¿Es propietaria del piso?

—Estoy de alquiler. Vivo con una amiga.

—¿Le importaría decirme quién es esa persona?

—Irene Arrizabalaga.

—Y ¿desde cuándo comparten el piso?

—Más o menos dos años.

—¿Me podría dejar el teléfono de su compañera de piso?

La mujer dijo el número de corrido. Jaione lo anotó.

—Pero ahora está fuera —aclaró—. Se ha ido de vacaciones. De todas maneras, creo que regresa ya mañana. Ella trabaja conmigo, y como el trabajo baja por estas fechas, aprovechamos en estos días. Aunque, como ya le he dicho, tampoco es así. Eventos y banquetes hay todo el año.

—Entonces, ella trabaja con usted. Me refiero en el mismo sector. ¿Es así?

La mujer afirmó con la cabeza.

—¿Se lleva bien con ella?

—Sí, claro, ella es soltera, por ahora, y yo estoy separada. Parece que los hombres no encajan muy bien con nosotras.

—¿Ha estado con su exmarido últimamente?

—No.

—¿Desde cuándo está usted divorciada?

—No es un episodio de mi vida que me guste recordar. Mi ex era una persona que bebía y eso implicaba muchas cosas. Nos divorciamos hace ya unos años, pero no me gusta hablar de ello. Mi ex era una persona muy... compleja —insistió.

Jaione se congratuló por dentro de que todos los datos coincidieran. Eso hizo que enlazara la conversación con la siguiente frase.

—Cuando hablamos con la persona que lleva Delicius, Susana Sánchez,

nos dijo que llevaba varios días sin saber de usted.

—Tuve un problema con la batería del móvil y tuve que cambiarla. Tardaron en traerme una nueva.

Jaione dudó de la veracidad del dato, pero solo fue una intuición. Bien podía ser cierto.

En ese momento, Jon Ander interrumpió la conversación con dos golpes en la puerta. Entró en el despacho.

—Esto es lo que queda de su DNI —dijo enseñando una bolsita de plástico. La abrió con cuidado y, con un pañuelo, extrajo el trozo de plástico quemado de la bolsita y lo dejó sobre la mesa.

La mujer se acercó con cierta incredulidad.

—Le ruego que no lo toque —insistió Jon Ander—. Podría ser el suyo, ¿verdad?

—Podría, pero está irreconocible. Se ve parte de mi nombre y de mi apellido —dijo acercándose al resto calcinado. En la bolsita había más trocitos negros.

—De acuerdo. Eso es todo. Me lo llevaré —dijo Jon Ander desapareciendo de escena.

—¿Para eso me han llamado? —preguntó con gran seriedad y con un leve tono de desprecio—. Creía que pasaba algo de verdad —agregó Maite—. ¿Me quiere alguien decir qué es lo que pasa?

—Es rutina. No le podemos decir nada más. Le recomiendo que se haga cuanto antes un documento nuevo.

El olor en la casa de Manuela Cortázar era dulce. Olía al suavizante mareado de la lavadora acabando su ciclo. La luz estaba encendida, pero su intensidad era suave y delicada.

La ropa de la cama cobijaba a las dos mujeres. Las sábanas tenían ese aspecto y ese color cariñoso que adquieren cuando hay trájín debajo de ellas. La habitación tenía la puerta entreabierta. Las luces del pasillo iluminaban la escena con una claridad afectuosa.

Manuela tenía su cuerpo ajustado al de su amante con una mezcla de fuerza y sutileza, a la vez que tenía dos dedos metidos en su interior. El resto de la mano trabajaba en hacer que el momento se dilatara en el tiempo. Su brazo se encargaba de mantener el torso de la otra mujer cerca del suyo.

Susana Sánchez no dejaba de respirar con un ritmo superior al de su compañera de juegos. Manuela intentó chuparle los pezones, pero ella hizo un movimiento con el brazo e intensificó la presión sobre su cuerpo. Los jadeos subían de frecuencia e intensidad. Las caricias se alargaban. Los besos se mantenían en la humedad de sus lenguas.

Ahora era Manuela la que intentaba zafarse del envite unos segundos. Lo consiguió de manera armoniosa. El tiempo necesario para alargar la mano y coger de la mesilla cercana unas uvas desgranadas. Aplastó dos en la mano y las restregó sobre el pecho de Susana. Chupó el zumo rústico y jugó con el jugo sobre su piel. Masticó algún trozo de piel de uva y se lo pasó a Susana con la boca. Mordió alguna pepita y esta le respondió con un toque aceitoso y amargo.

—Estoy haciendo vino —le susurró al oído.

Las mujeres se fundieron en un abrazo de uvas, pieles, pepitas y sonrisas. Manuela comenzó a chupar el zumo y las gotas dulces que caían por el cuello y por el resto del cuerpo de su amante. Cuando intuyó que estaba llegando al final, la avisó para que se uniera a ella.

Las dos mujeres tuvieron el orgasmo a la vez. Habían perfeccionado la técnica con muy pocos ensayos.

El olor era profundo. El tacto de sus cuerpos era dulce, y el momento de después, prolongado durante varios minutos, más sensual aún que todo lo anterior.

La noche invitaba a dejarse llevar en esa misma posición. El silencio sudoroso se rompió.

—Se me hace difícil pensar en la cantidad de años que perdí con mi marido —dijo Susana al oído de Manuela. Sonó débil, pero esta agradeció el sencillo piropo. Sus dedos lo transformaron en una sensación de lenguaje braille. Sonrió en aquella casi completa oscuridad. Besó sus yemas.

—Tardaste en darte cuenta —murmuró Manuela.

—Si es verdad lo que cuentas, algún día tendremos que gritarlo a los cuatro vientos. Empieza a no gustarme este asunto de la clandestinidad. Estoy un poquito harta de este armario que nos hemos construido nosotras solas —dijo sonriendo, pero con un trasfondo de dureza instalado en la cara.

Susana se quedó solo con el principio de la frase.

—Puedes estar segura de que es verdad. Tan verdad...

—Vale —la interrumpió Manuela—, pero yo hablaba de lo otro. Siempre te quedas con lo que te interesa. Ya me has oído.

De nuevo, el silencio.

—Yo por ahora no puedo hacer eso. He llegado a *este mundo* hace muy poco y sí, es verdad que estoy muy a gusto, pero no puedo imaginarme qué dirá la gente cuando se entere.

—Al principio, eso solo sucede al comienzo, pero luego se olvidarán, siempre pasa igual —aclaró Manuela mientras le besaba el pelo—. Te lo

aseguro, lo he visto miles de veces.

—Yo soy la dueña de un *catering* y...

—Pero ¿por qué te preocupa?, ¿por tu vida, o por tu trabajo?

—Por ambas cosas, no seas ingenua, Manuela. Vivimos en un mundo donde la censura está instalada de por vida. Por todos los lados nos atacarían.

—Solo hay que dar un puñetazo en la mesa y enseñar lo que hay. Es así de simple —dijo Manuela con vehemencia.

—Pero no te quejes tanto —añadió Susana con una sonrisa—. Si últimamente estoy aquí cada dos por tres.

—No te engañes a ti misma —replicó Manuela—. Eso es porque tu hijo está estudiando fuera. ¿Te crees que no me he dado cuenta? Siempre que el chaval vuelve a casa, la cosa cambia. Me sueles dar disculpas peregrinas para no pasar la noche aquí. Y nunca nos quedamos en tu casa si él está.

Susana calló y cerró los ojos. Manuela insistió.

—Nunca pasas una noche fuera cuando él está en tu casa para no tener que darle explicaciones. Para no exponerle con claridad que su madre pasa algunas noches fuera de casa. De pendoneo. Y, encima, no es con un ligue cualquiera, no. Es con una mujer.

Susana no supo reaccionar ante aquella verdad que le acababa de decir. Solo fueron unos segundos, tras los que Manuela retomó su discurso:

—Pero no me extraña. Tu hijo es bastante, digamos, conservador. De eso ya te habrás dado cuenta. Igual ha salido demasiado parecido a tu exmarido.

Susana volvió a digerir mal las verdades que le estaba lanzando su compañera de cama.

—Mi hijo es un encanto y mis padres no sabrían cómo asimilar una noticia de semejante calado. Ya se llevaron una buena desilusión con el asunto de mi ex —respondió Susana.

—¡No te jode! ¡Como si tú tuvieras la culpa!

—No te creas que no lo pensé.

Manuela escuchó aquella confesión con mucha seriedad.

—Deja de culpabilizarte. No creo que eso fuera así. Ya sabemos perfectamente cómo actuaba tu ex. Lo demostró con creces al final. Y, además, tus padres son muy mayores, pero, si te descuidas, tienen la mente bastante más abierta que tú —espetó Manuela—. Más que tu hijo, seguro. Los viejos son unos salados.

—Eso algunos. Pero, en cualquier caso, son mis padres y los quiero con locura. No creo que se merezcan eso. No lo entenderían.

—Estás exagerando. Por fortuna, vivimos en un lugar donde nuestra relación no conlleva la exclusión social —dijo Manuela con convicción.

—Eso es lo que tú te crees. No nos encierran como en otros países, vale, pero de ahí a decir que se acepta con normalidad va un tramo, por desgracia, muy grande. Y, además, con nuestra diferencia de edad, que nos llevamos más de veinte años, la cosa no mejora. Dirían que estoy loca, que el divorcio me ha trastornado, que a ver qué hago yo con una cría como tú. Eso para empezar. A la gente le gusta despellejar sin piedad a los demás cuando se salen de lo establecido. Es un deporte tristemente extendido.

—Treinta y tres años no es precisamente la edad de una cría.

—Lo sé, pero ya sabes lo que quiero decir.

Manuela calló.

—Y, además, tú siempre has sabido que eras así, pero yo lo he descubierto no hace tanto y todavía no sé hacer otro análisis que no sea lo bien que estoy cada vez que me acuesto contigo. Es una reflexión simplista, lo sé, pero por ahora no me pidas más —agregó mientras pasaba los dedos por la espalda de Manuela silueteando con suavidad un gran tatuaje de un águila ardiendo.

—Ya sabes, yo he estado con algunas mujeres, pero también te puedo decir que es como aquella primera vez. Noto que me he enamorado —dijo Manuela dulcificando su tono.

—Ahí estamos de acuerdo, pero con reservas —dijo Susana—. No te fíes. Yo también creí estar enamorada de mi ex. Y eso no sirvió de nada. Cuando las cosas se tuercen es difícil enderezarlas.

—Ya, pero esto no es lo mismo.

—El amor no se define, se siente —sentenció Susana.

La propietaria de Delicius se incorporó en la cama y besó la espalda de Manuela. Después mesó su corto pelo negro. Le masajeó la cabeza con dulzura. Sus dedos acariciaron su pelo casi como un cepillo. Ambas tenían los ojos cerrados.

—Además, no consigo quitarme de la cabeza la sensación de estar haciendo algo prohibido. Y aunque eso no me preocupa demasiado, la verdad, también es cierto que no puedo quitármelo de la cabeza. —Dejó de hablar unos instantes, como si sopesara sus palabras. Luego, prosiguió—: Y cada vez que nos acostamos tengo la sensación de tener entre los brazos a una chiquilla que podría ser mi hija.

Manuela la interrumpió con una delicadeza no exenta de determinación. La besó en los labios y la dejó con la palabra en la boca. Su lengua dijo más palabras que la reflexión más sesuda. Susana la rodeó y siguió jugando con la imagen del águila.

—Nunca me has contado lo que significa este tatuaje de la espalda.

—Te dije que te lo contaría cuando te decidieras a venir a vivir conmigo. A mí, con estos encuentros en mi piso, en plan fuera de la ley, sin que nadie lo sepa, no me basta.

Susana tardó en contestar.

—Prometo que algún día lo haré, vendré a vivir contigo, pero me tienes que dar algo de tiempo. De verdad que lo haré.

—No prometas lo que no puedas cumplir —replicó Manuela.

Susana no dejaba de tocar el dibujo.

—Y ahora cuéntame esto de la espalda. Es muy bonito.

—Hay cosas de las que a mí tampoco me gusta hablar.

—Venga —le suplicó su jefa en forma de susurro—, cuéntamelo.

—No es nada. Un recordatorio de lo gilipollas que se puede llegar a ser con diecinueve años. Es solo eso. Nada más. Me lo hice en dos partes.

—Eso no lo sabía. ¿Cómo en dos partes?

—Sí, primero me tatué el águila. Y al cabo de un año, las llamas.

Susana sonrió.

—¿Y eso por qué?

Manuela cogió aire en profundidad.

—Mi primera novia formal era entrenadora de caballos en el hipódromo. También llegó a tener una empresa de adiestramiento de perros, y después trabajó de cetrera. Sí, suena raro, lo sé, pero era así. Los animales le encantaban. Me enseñó muchas cosas de las aves. Y me tatué un águila. Ella era mayor que yo, también. Al año me dejó por otra —dijo en tono apenas audible.

—Voló.

Susana escuchaba su relato con atención.

—Sin la más mínima explicación. Como quien cambia de coche. Yo estaba muy colgada de ella. Lo pasé muy mal. ¿Tú sabes lo cabrón que es moverse en este mundo? Vivimos en un mundo proscrito. Es aún peor que el de los gais. Los tíos lo llevan mejor. Se les permite más. A nosotras, la gente en general nos ve con ojos aún peores. De desprecio. No sé por qué es así, pero es un hecho. Y encontrar una persona que se enamore de ti es muy difícil... Me hizo mucho daño. Cuando me enteré de que me había sido infiel, quise quemar el pasado, así que me tatué las llamas. Un recordatorio de lo efímero que es todo. Quise que nunca se me olvidara. Nunca volví a dirigirle la palabra.

—La palabra infidelidad en tus labios suena rara. Con el aspecto que tienes, tan duro —dijo Susana.

—Estás muy equivocada. Una cosa es que yo, como mujer, me acueste con mujeres, y otra cosa muy distinta es que mi compañera se largue con otra. A ti tampoco te gusta que te pongan los cuernos.

La mujer asintió con la cabeza.

—¿Por qué iba a ser diferente entre nosotras? Yo te quiero para mí, y no me apetece nada compartirte. No soportaría verte en brazos de otra mujer o que un

hombre te echara los tejos. Solo definiendo lo mío. Mi territorio. Nada más. No creo que sea extraño —remató.

Manuela se dio la vuelta y se abrazó a su jefa. La noche se echó sobre las dos mujeres. Susana olió el cuerpo de su amante y percibió algo del aroma de las uvas aún en su cuello. Lo hizo antes de caer profundamente dormida.

A la mañana siguiente, Manuela se despertó y percibió el aroma de la panadería justo debajo de su piso.

Desayunaron juntas cruasanes abiertos y pasados a la plancha con mantequilla. Encima, extendieron una mermelada de ruibarbo dulce y ácida a la vez. El calor de la mantequilla fundiéndose se mezcló con el aroma del café recién hecho.

—Te veo en el currelo —dijo Susana terminando de vestirse.

—Se me olvidó decirte —dijo Manuela—. Después de hablar con la policía estuve hablando con Maite y me dijo que también podríamos contar con su compañera de piso, que estaba de vacaciones pero volvía hoy o ayer, no recuerdo. Hablaré con ella.

—¿Con Irene?

—Sí. Me ha dicho que ella conoce a otras dos. Con eso cumpliríamos para este fin de semana.

—Perfecto. Llama a Irene. No ha trabajado mucho con nosotros, pero es eficaz. Y más constante que Maite. No es normal que estuviéramos casi tres días detrás de ella sin poder localizarla. Es un poco cabra loca.

Mientras Susana hablaba, Manuela tecleó el número de Irene, pero el aparato dio desconectado.

—Es un poco pronto, igual no lo ha encendido todavía. La llamaré más tarde.

—No se te olvide hacerlo. Si no, llamas a casa de Maite y que te la pase —dijo Susana.

—No te preocupes. Llamo a Txiki directamente y asunto solucionado.

—De acuerdo.

Ambas terminaron de desayunar y recogieron la pequeña cocina.

—¿En la central nuclear de Lemóniz? ¿Me estás hablando en serio o me estás vacilando? —afirmó más que preguntó Eduardo sin dejar de remover una gigantesca perola de bechamel hirviendo. Los trocitos de jamón punteaban el conjunto, que humeaba y formaba globitos divertidos en la superficie, de una forma parecida a como lo hace un *jacuzzi*.

Andoni asintió con la cabeza y con cierto grado de preocupación instalado en su rostro.

Eduardo apagó el fuego y vertió el contenido en un enorme recipiente, que introdujo casi de inmediato en el abatidor de temperatura que tenía al fondo de la cocina. Lo cerró y ajustó el tiempo de desconexión de la máquina. Después dirigió su mirada a su hermano. Se secó las manos con el trapo que colgaba de las tiras del delantal que rodeaban su cintura y se lo llevó a su despacho en la central de Avocado. Cerró la puerta y se sentaron frente a frente.

—Vamos a ver. Este asunto empezó torcido desde el principio. —dijo Eduardo—. No sé. Igual habría que decirle a este listo que no. Dile que no y ya está —insistió—. Así de claro. Me está dando miedo.

Al ver a su hermano tan negativo, Andoni intentó centrarlo fingiendo tenerlo todo controlado. Sabía que, en el fondo, la idea le estaba gustando, pero tenía tan interiorizado su papel de poli malo que no dejaba de interpretarlo nunca. De momento, no lo conseguía. Eduardo siguió mostrando su inquietud:

—¿Y el edificio en qué estado se encuentra? Yo no he pasado por allí en mi vida. Estará abandonado, ¿no?

—Yo tampoco. Me ha dicho que está totalmente vallado y protegido por guardias de seguridad. Todo el perímetro de la central nuclear lo está y no se

puede entrar.

—¿Y dónde exactamente está pidiendo hacerlo?

—Justo a un lado, entre el muelle que se preparó expresamente para la central y las dos edificaciones que deberían haber albergado los reactores. Me ha contado que pasado un edificio alargado que iba a servir de almacén de residuos nucleares hay una explanada enorme que muere en un gigantesco muro de contención que sujeta el mar Cantábrico. Me dijo que tiene una altura de casi diez metros y un grosor de más de quince. Me ha asegurado que hay espacio suficiente. Todo a la sombra de los dos gigantes reactores nucleares. Eso es lo que me ha contado.

—Te haré una pregunta a riesgo de que suene sarcástica: ¿de dónde coño sacamos la electricidad?

Andoni sonrió. Disfrutaba con la ironía de su hermano.

—Grupos electrógenos, sin problemas

—Pero vamos a ver. ¿Cómo narices conseguimos el permiso para meternos allí? Y encima diciendo que es para un cachondeo de boda. ¡Hostia!, que no deja de ser eso —añadió Eduardo con acritud.

—Es una propiedad privada. Dice que la autorización ya la tiene. Según me ha dicho, tiene amistades muy gordas en Iberdrola, que es la actual propietaria de los terrenos y de lo que queda del edificio.

—O sea, que, además, sería a cielo abierto, perfecto, menos problemas —añadió con cinismo.

—Bueno, eso no sería problema. Ya lo hemos hecho muchas veces.

—Sí, claro —contestó Eduardo—. ¡Doy banquetes todos los días en centrales nucleares abandonadas! ¡Lo hago con asiduidad! —insistió, recreándose con las manos en su mordacidad.

—Estoy pensando en que antes que nada tendría que ver el sitio y estudiarlo en profundidad sobre el terreno para ver si es viable.

—De eso no te quepa la menor duda. ¿Al edificio en sí se puede entrar? —preguntó Eduardo con desdén.

—No tengo ni idea.

—Mira, querido hermano, te voy a resumir la situación, a ver si nos entendemos de una puta vez. Quieres meter a más de quinientas personas, entre invitados y personal de currelo, en una central nuclear abandonada, con cosas alrededor en ruinas que medio se caen, delante del mar y, encima, con altas probabilidades de que, a partir de medianoche, estén casi todos mamados. ¿Eso es lo que quieres? Pues tú lo verás, pero yo no. Y te diré más: espera a que alguno de los borrachos se caiga al mar o se cuele por las instalaciones y haga alguna y salgamos en los periódicos. La publicidad esa que tanto ansías la íbamos a tener gratuita.

—Ya he quedado con él para ver el recinto —contestó Andoni.

—¿Ya? Joder, Andoni, tomas decisiones sin tenerme en cuenta para nada. Esto no me gusta. Pasas de mí como de la mierda. Te lo vuelvo a decir: ni un pelo, me apetece esto. Siempre hacemos lo que tú dices.

—Tú haces lo mismo a veces.

—Además, ¿qué cojones tiene que ver la película de marras con una central nuclear? No entiendo nada.

—Eso mismo le he preguntado yo —respondió Andoni mirando al suelo—. Y me ha contestado que necesitaba un lugar único para un evento único.

—Eso es una gilipollez. ¿Sabes lo que te digo?, que creo que este tipo está majareta y que con toda seguridad nos vamos a pillar los dedos con este asunto. Yo me desvivo por llevar nuestro pequeño restaurante y el *catering*, y estoy pensando que esto me sobrepasa. Te lo cuento como lo siento. Con pulcritud.

—Me ha hecho un adelanto de diez mil euros. En metálico.

Eduardo escuchó la cifra sin decir nada. La frase había cortado sus quejas de raíz. Ni siquiera parpadeó. Se recostó sobre el respaldo como quien aprueba sin palabras. Durante unos segundos notó que sus argumentos se estaban diluyendo. Al fin, reaccionó:

—Esto habría que hablarlo con Carlos —dijo—. ¿Lo has hecho? —añadió

con expresión seria.

Andoni afirmó con la cabeza.

—Solo le he bocetado el asunto. De los detalles concretos no sabe nada.

—Yo sigo sin entender por qué lo quiere hacer allí, en concreto —agregó Eduardo bajando la mirada.

—Creo que tengo la respuesta —dijo Carlos Salvador levantando la mirada y delatando complicidad.

Andoni lo miró en la distancia. Dio dos pasos hacia donde su empleado se encontraba pintando.

—La central nuclear de Lemóniz es un lugar ritual moderno —dijo Carlos—. Protocolario. Van a celebrar una boda y necesitan una nueva catedral. Es como si lo hicieran en las termas de Caracalla, en Machu Picchu, o en la isla de Pascua. ¿Te imaginas hacerlo entre moáis? —agregó con entusiasmo—. En este caso es lo mismo. Ese edificio representa el arte del hombre al servicio de la energía. Es un espacio grandioso y tiene esa estética tan cautivadora de la arqueología industrial. Un lugar mágico. Cuántas veces decimos que los nuevos edificios que vemos en las grandes ciudades son las nuevas catedrales de este siglo. Muchas. Pues este es uno de ellos. Con el agravante (digamos, en este caso, privilegio) de que está en ruinas, como el coliseo romano o como la ciudad perdida de Petra. Vestigios de antiguas civilizaciones. Y este es un claro ejemplo.

—¿Y eso qué tiene que ver con la película de Hitchcock?

—Nada de nada. No tiene por qué. Pero eso carece de importancia. La representación de la película *Vértigo* no tiene nada que ver con el sitio donde vayamos a hacerla —insistió—. Te pongo un ejemplo —añadió—. Las termas de Caracalla que te he dicho antes eran baños y ahora se utilizan a veces para dar conciertos de música clásica, que no tienen nada que ver con su uso original. Y te puedo asegurar que se lo rifan como escenario. En este caso ocurre lo mismo —insistió. Andoni escuchaba atento a su empleado—. En la

central nuclear de Lemóniz se iba a generar energía y lo que nosotros tenemos pensado hacer tiene mucho que ver con eso. Generar emociones. Energía, al fin y al cabo. En las catedrales se genera energía espiritual. Pero, lo llames como lo llames, en esencia, es lo mismo.

El entusiasmo del encargado de atrezo de la empresa Avocado era digno de un orador experto y convincente.

—¿Tú has estado en ese lugar? —preguntó Andoni.

Carlos Salvador dejó de retocar con pintura unas lámparas que tenía en el gigantesco almacén de Avocado. Depositó el pincel con el que estaba haciéndolo en un vaso con agua. Se limpió las manos con un trapo y se centró en la conversación con su jefe.

—Sí, Andoni, lo que este tipo propone es descabellado, aunque tiene su lógica. Va a celebrar la boda de su hijo en una iglesia. Laica, pero iglesia. Un lugar ceremonial con una carga escénica importante. Digamos única —remató—. Iglesias hay muchas. Cristianas, ortodoxas o luteranas. Muchas. Centrales nucleares abandonadas... igual existen, creo que hay una también en Alemania, pero yo no conozco ninguna más, aparte de la famosa central de Chernóbil. —Sonrió—. Y en esta sería un poco complicado hacerlo.

—No has contestado a mi pregunta —insistió Andoni.

Carlos tardó en contestar.

—La vi una vez y desde fuera. Intenté entrar, pero me denegaron la entrada. Saqué mogollón de fotos. Es un sitio muy especial. La arqueología industrial es un fenómeno que me llama mucho la atención. Te recuerdo que soy licenciado en Historia del Arte y en Bellas Artes. Me gustan las ruinas, tengan la edad que tengan. Y las que están fuera del catálogo de visitas programadas para turistas, bastante más. ¿Por qué crees que trabajo para ti? —Sonrió—. El arte es mi vida y desde aquí hago algo de eso... Pero, si quieres mi opinión, cuando vienen ocasiones como estas, no creo que las debamos dejar pasar. Nunca nos habían propuesto algo así —dijo con suavidad—. Este es un

trabajo muy concreto. Crear situaciones únicas. Irrepetibles. Generar mundos paralelos —filosofó.

—He quedado para verla mañana y necesito que vengas conmigo. Tú eres clave para saber cómo enfocar esto.

Carlos y Andoni se miraron. El artista respondió a la inexistente pregunta.

—Claro que iré —respondió con media sonrisa el encargado de atrezo de Avocado—. ¿Qué ha dicho tu hermano del asunto?

—Que no le gusta un pelo. Pero creo que, como siempre, lo dice con la boca pequeña. Es un cascarrabias. Sin embargo, creo que la idea, en el fondo, le gusta. Ya sabes cómo es.

Carlos volvió a mirar las pantallas en las que estaba trabajando.

—Mañana he quedado en Bilbao para ir hasta Lemóniz. Vendrá con nosotros también el antiguo jefe de ingenieros de la central. Hablé con él. Me dijo que no le importaba enseñármela. Te recogeré a primera hora. A las ocho, ¿te parece?

—Perfecto.

—Habrá que andar atento. Llevamos dos días con el aviso naranja por fuertes vientos, lluvias y oleaje de hasta cinco metros —dijo Andoni—. Y mañana han dicho que viene aún peor.

—Un escenario perfecto para una primera toma de contacto —contestó Carlos.

Vicente se sacudió el abrigo. Gotas de lluvia salpicaron el portal de su casa. La imagen del cadáver quemado dentro del contenedor lo acompañó mientras subía en el ascensor. Y eso que solo lo había visto en las fotografías que sus compañeros le habían enseñado.

Por ahora no tenían nada de nada, pensó. Y el extraño documento nacional de identidad aparecido junto al cadáver no había hecho sino despistarlos momentáneamente. Su dueña había resultado ser una persona esquiva y un poco prepotente. Y no sabían qué relación tenía con el cadáver, porque simplemente todavía desconocían quién era el muerto calcinado. Ni siquiera sabían si era hombre o mujer. No tenían nada más. Pensó que al día siguiente se entrevistaría con el forense para una primera toma de contacto a la espera de los análisis definitivos. Todo hacía prever que serían largos. Intentó apartarlo de su cabeza. Pero se convenció de que no iba a ser fácil.

El subcomisario entró haciendo ruido con las llaves. Abrió la puerta con una sensación extraña.

—Hola a todos. ¿Hay alguien en casa?

Françoise salió de su habitación y lo besó con una sonrisa abierta. Pero su cara delataba preocupación. A pesar de eso, ella fue la primera que preguntó.

—¿Qué tal el primer día?

—Bien. No tan tranquilo como hubiera deseado, pero bien —repitió—. La comisaría sigue en su sitio —ironizó con media sonrisa—. Un poco cansado, nada más.

—Bueno...

—Y tú, ¿ya has acabado de corregir los exámenes?

—Todavía no.

Conocía a la perfección la sonrisa de la francesa, y enseguida se dio cuenta de que aquella no era la suya.

—¿Qué te pasa? —preguntó Vicente al verla sentarse en la silla de la cocina.

—Nada. Acabo de hablar con Pierre. Se ha ido hace unos minutos. Casi te tropiezas con él.

El subcomisario se sentó enfrente de Françoise.

Françoise se sentó enfrente de su hijo Pierre. Atacó directamente.

—No irás a pensar que después de llevar en casa varias semanas no he intuido que sucede algo. Tú no has venido solo por ver a tu padre.

—*Maman*, siempre has tenido fama de lamia. Pero no —dijo—. Sí que he venido por eso —agregó.

—Bien, no dudo de que sea verdad —dijo la madre—. Sin embargo, a pesar de eso, creo que detrás hay algo más. Y no creo que me equivoque.

Pierre bajó la mirada con cara de circunstancias.

—Mi novia y yo lo hemos dejado.

—Eso lo intuía. No te he visto llamarla desde que estás aquí. La última vez que os vi no estabais mal. Eso me pareció. ¿Qué ha pasado?

—No, nada. Ha sido de común acuerdo. Nos fuimos distanciando cada vez más. Casi nos lo decimos al unísono. —Sonrió sin convicción.

—Se me fue una compañera en la familia de los licenciados en Historia del Arte. Vaya lástima —dijo intentando suavizar el relato de su hijo y añadió—: Tranquilo, no es la primera vez que sucede. ¿Estás bien? Pero por tu mirada creo que hay algo más. ¿Me equivoco?

—También he dejado el trabajo en la fábrica.

—Ostras, ¿qué ha pasado? Llevabas varios años. ¿No habías cogido vacaciones?

—No. Te lo dije así porque quería decírtelo en persona y no por teléfono.

Creo que estaba perdiendo el tiempo. También he decidido dejar París y venirme para aquí.

Françoise lo miró con preocupación.

—No me mires así, en casa no me quedo. Tengo ahorrado algo y me han dado dinero por los años que estuve en la fábrica. Por ahora me voy a dar un viaje. Estaré fuera un par de meses. Llevo demasiado tiempo encerrado. Necesito libertad. El trabajo me ha absorbido demasiado y eso no pienso permitirlo.

La frase resonó en el interior de su madre como un fiel reflejo de la diferencia entre el esquemático y pragmático Vicente y la mente abierta y soñadora de su otro hijo, Alberto. Pero solo fue capaz de decir una frase sincera que Pierre ya había escuchado con anterioridad:

—Esta es tu casa, lo sabes bien —dijo su madre con total seriedad—. Puedes estar el tiempo que necesites. Como si no quieres irte nunca.

—Lo sé —dijo Pierre con cara de circunstancias—. No te preocupes. Por ahora me marcho a recorrer Sudamérica desde México hasta Tierra del Fuego. No lo tengo del todo decidido. Tengo la sensación de que mi vida ha ido demasiado deprisa. Empezaré desde México y luego ya veré por dónde tirar. Igual simplemente me quedo allí —añadió.

—¿Solo?

—Sí, pero estoy convencido de que encontraré amistades. Seguro que las haré.

La mujer sabía lo sociable que era su hijo, así que pensó que sería como lo estaba contando, pero también le preocupó que fuera a hacer aquel viaje sin compañía. Y, además, el lugar desde donde comenzaría esa turné le hizo sentir un pequeño escalofrío.

—Empezaré desde Mérida. Después bajaré a Uxmal y, desde allí, hacia abajo —dijo con extrema lentitud—. Eso sí lo tengo claro. Creo.

Su madre lo miró sorprendida.

—Sí, apenas me has contado la historia de mi padre un par de veces, y

porque yo te lo sonsaqué. Es un pequeño homenaje a él. Yo nunca he vuelto allí desde que era pequeño.

La francesa tardó mucho tiempo en responder. Su silencio era muy denso.

—No había mucho que contar. Un estúpido accidente. Tu padre, Claude, se marchó sin despedirse —ironizó—. Tú eras muy pequeño. Es imposible que te acuerdes de nada. No es un recuerdo que me guste remover, la verdad. Solo sucedió. Sin más. Algún día lo superaré del todo.

Nada más terminar aquella frase, la piel de gallina le recorrió la espalda.

La francesa alargó la mano y apartó el flequillo de su hijo en un ademán cariñoso y casi instintivo y volvió a percatarse de que cuanto mayor se hacía Pierre más se parecía a Claude. Siempre había pensado eso, aunque esta vez la impresión fue mayor. Le pareció la viva imagen de su primer marido. Era un poco más alto que él, pero su cara, sus rasgos y el color castaño de su pelo eran clavados. Y su mirada profunda de ojos muy negros, también. Incluso sus gestos. Por un momento, la imagen de Claude se le hizo presente. Su rostro no cambió un ápice. Sin embargo, aquella presencia la revolvió por dentro. Imaginó su vuelta a la vida como quien sueña un imposible. Por unos instantes abrigó la posibilidad de tener a sus dos maridos en casa.

Su mirada perdida parecía una invitación para que su Pierre retomase la palabra.

—Por eso necesito empezar ese viaje allí —continuó su hijo—, en la tierra que me vio nacer. Tiene que ser así. De mi padre solo me acuerdo de un día estando enfermo. De otro día que estuvimos en las excavaciones. Y tú me estuviste enseñando algo... pero creo que es más objetivo pensar que lo hago porque tú me lo recordaste alguna vez.

—Podría ser. Eras muy pequeño. A veces te llevaba a las zonas arqueológicas donde yo trabajaba. Eso sí es verdad. Pero solo si, por alguna razón, Alejandra, la mujer que te cuidaba, me fallaba y no encontraba a nadie con quien dejarte. No creo que fuesen más de una o dos veces. Alejandra era una mujer muy formal y creo recordar que casi nunca faltó. Entonces te llevaba

en una mochila a la espalda. Fueron unos años mágicos. No sé si ya habrá muerto —añadió su madre entre dientes—. Me hubiera gustado verla de nuevo.

Por unos instantes, la conversación se había vuelto muy densa.

—Yo también estoy buscando esa magia. Ojalá la encuentre. Estoy bien, no te preocupes —insistió Pierre.

—No lo sé —suspiró su madre—, no lo sé —repitió.

«Igual deberías pensar en centrar tu vida...», quiso añadir, pero solo lo pensó. No se atrevió a pronunciarlo porque ni siquiera ella pensaba eso de verdad.

—Solo he decidido dar un pequeño cambio a mi vida —dijo Pierre desde sus ojos negros—. París es una ciudad maravillosa, pero es dura. Yo no vivo en el centro mismo, y las distancias son muy grandes. No sé, ha llegado el momento de cambiar de aires. Lo noto. No me ata nadie. Siempre he querido estar en Francia, pero pasados los años no lo tengo tan claro. Yo estudié allí y pensé que siempre estaría allí. Desde que murió el abuelo Martín, y aunque yo llevaba tiempo allí, noté una pérdida de alguien muy importante.

Françoise pensó, sin dejar de mirarlo a los ojos, que la enorme personalidad de Martín Parra, el abuelastro de Pierre, le había dejado una semilla que estaba empezando a germinar. Al principio pensó que solo había calado en Alberto. Pero ahora estaba descubriendo que no solo había dejado huella en su segundo hijo, sino también en Pierre.

—Dentro de unos días tengo el vuelo que me lleva al D.F. Allí mismo tengo un amigo que trabajó en la empresa donde yo estaba, y empezaré pasando tres o cuatro días con él. Cuando me encuentre a gusto, empezaré a decidir qué hacer.

—¿Y después?

—No te preocupes, *maman*. Encontraré algo.

Françoise se echó para atrás y pensó egoístamente que su hijo, después de ese viaje, cuando volviera, estaría más cerca de ella, y eso contrarrestó la

sensación desagradable que había tenido al conocer la noticia. «Pero nadie me asegura que sea así», se respondió a sí misma.

—Y voy a retomar los cuadros y la pintura.

—De eso no se puede vivir —respondió su madre sin apenas dejarle terminar la frase—. Pensaba que solo era un *hobby*. —Enseguida se contradijo —: También es verdad que tus cuadros son buenos. Si lo intentas y, sobre todo, si te sabes vender... El arte es en gran parte subjetivo y depende mucho de cómo lo sepas vender.

Madre e hijo se miraron.

—Vivir es ser feliz —respondió Pierre—. Si no lo eres, desperdicias tu vida. Y eso no lo voy a consentir. Pero no te preocupes, lo compaginaré con mi trabajo de biólogo.

Su madre sonrió forzosamente.

—Sí, bueno, menos mal, porque te recuerdo que el dinero no llueve por las tardes como si estuviéramos en el trópico. Para eso te cascaste tantos años para sacar la carrera de biólogo... —dijo la madre aportando cierto realismo.

—Eso estará siempre en mi haber —respondió Pierre con frialdad.

Françoise cogió la mano de Pierre y la notó caliente.

Vicente tomó la mano de Françoise y la sintió fría.

—Bueno, no pasa nada. Estamos descubriendo una faceta de Pierre distinta a la que conocíamos.

—Bastante parecida a la de Alberto —respondió la mujer.

—De ser cierta tu teoría, tendrías tú los genes responsables —dijo el subcomisario con una sonrisa.

Una lágrima solitaria apareció en la mejilla de Françoise.

—Yo siempre he dicho que los cuadros de tu hijo tenían algo especial.

—Sí, pero eso no da de comer. Tienes que ser muy bueno para vivir de la pintura.

—Un poco aspecto de bohemio sí tiene, el parisino, sí —dijo sonriendo

Vicente para intentar arrancar una sonrisa de su mujer. No lo consiguió.

—No me gusta que haga el viaje solo. México es un sitio muy *especial*.

—No te preocupes, mujer. Seguro que sabe lo que hace.

—No sé. Espero que sea así.

Antigua cala de Basordas. Central nuclear de Lemóniz.

El tiempo era muy desapacible. Llovía a intervalos, pero, cuando lo hacía, la intensidad era muy alta.

La carretera de la costa, que serpenteaba delante del mar en dirección a Lemóniz, tenía charcos peligrosos. Andoni Armendáriz conducía con mucho cuidado la furgoneta pequeña de Avocado. A veces, con la doble velocidad del limpiaparabrisas en marcha. Otras, poniendo el parasol del coche. El astro jugueteón asomaba por entre algunos de los nubarrones, creando esporádicamente algún arco iris que hacía más impredecible el camino. Cuando el sol se dejaba ver la luz era intensa y la superficie del Cantábrico resultaba dramática. Con picos de olas embravecidas, el reflejo sobre aquel azul marino casi negro era, a veces, cegador. Los embates de las olas creaban una espuma blanca que contrastaba sobre la roca oscura. El viento, en cambio, era constante. Golpeaba la cornisa cantábrica con violencia. Por la emisora del vehículo, Radio Euskadi informaba de que los despegues y aterrizajes que se estaban produciendo en el cercano aeropuerto de Loiu llevaban retraso. Y que ya se habían desviado a otros aeropuertos un total de tres vuelos en lo que llevaban de mañana.

—Estamos casi en la central —avisó Carlos Salvador, desde el asiento del copiloto, mientras intentaba vislumbrar algo entre los vaivenes de los limpiaparabrisas.

—Vaya día que hemos elegido —murmuró Andoni.

Tres curvas más adelante, la desviación, que no estaba señalizada, hizo que giraran hacia una carretera cuesta abajo. Un par de curvas más adelante,

rodeada de una arboleda baja, asomó la visión de un edificio pequeño protegido por una valla de seguridad. Delante de la puerta de acceso, una amplia garita. A su derecha, un *parking* pequeño. Había tres vehículos. Andoni aparcó en batería al lado de ellos. Desde allí se podían observar ya los dos reactores de la central nuclear de Lemóniz.

—Parece que está parando de llover —dijo Carlos mirando el cielo—. A ver si nos da una tregua —añadió mientras se subía la cremallera del abrigo hasta bien arriba y sujetaba el paraguas con la otra.

—Si nos toca un día como este no podremos hacer el evento.

—Esperemos que no sea así.

Bajaron del vehículo y se acercaron a la garita. Un guarda uniformado y armado les salió al paso. Al otro lado de la valla se podía ver a otro vigilante.

—A juzgar por la furgoneta, es usted Andoni de Avocado, ¿verdad? Le estábamos esperando. Me dieron el aviso ayer.

Andoni asintió.

—Sí, hemos quedado con Rafael González.

—Sí, lo sé. Don Rafael acaba de llegar. Está dentro, tomando un café. Tengo una máquina pequeñita. ¿Les apetece uno?

Rehusaron la invitación con educación.

Carlos, Andoni y el vigilante entraron en la caseta.

—Don Rafael, las personas de Avocado que estaba esperando —le dijo el guardia acercándose ostensiblemente a su oído.

Rafael González se giró sobre sí mismo y saludó a Carlos y a Andoni. Su pelo era blanco y tenía el bastón de madera labrada en la empuñadura cruzado sobre una de sus piernas. Una bufanda gruesa azul marino rodeaba el cuello del anciano. A pesar de que permaneció sentado, se podía apreciar que el ingeniero tenía una estatura considerable. Después se dieron la mano.

—Nos ha enviado...

—Lo sé, lo sé —interrumpió Rafael—. No se crea que estoy muy de acuerdo con la idea de hacer una boda aquí —contestó de sopetón, frunciendo

el ceño y con gesto malhumorado. Carlos y Andoni se miraron—. Pero no se preocupe ni se asuste. Por mí no va a quedar. Yo no soy el dueño de este tinglado. Simplemente, soy la persona que mejor conoce este lugar. Solo eso. Lo hice yo —agregó con orgullo.

Rafael apuró su taza de café y se incorporó con ayuda del bastón.

—Don Rafael, ¿quiere que los lleve en coche hasta allí? Dejo a mi compañero a cargo de la entrada. No me cuesta nada acercarlos.

—No, no se preocupe. Solo es un paseo y me gusta andar. Me viene bien para la cadera —contestó de corrido mientras se ceñía la boina sobre la calva. Sus cabellos laterales blancos, más largos de lo normal, le daban un aspecto de genio loco.

El vigilante les abrió la puerta y los tres se adentraron en el recinto. El *parking* que había nada más pasar la valla era muy grande.

El tiempo parecía haberse apaciguado, y aunque el viento se mantenía, la lluvia pareció ausentarse, escondida entre tanto nubarrón, durante la siguiente hora. Carlos se alejó unos momentos y empezó a sacar fotos desde todos los ángulos.

Después de andar casi cien metros, llegaron al edificio rectangular. En el suelo asfaltado había hierbas crecidas en las juntas. También había algunas grietas, pero el aspecto, a pesar del tiempo transcurrido desde la construcción y de la falta de conservación, era bueno.

El primer edificio estaba situado perpendicular a la línea formada por los reactores. Era alargado y sin ningún tipo de ventana.

—Esto iba a ser el edificio que albergaría los residuos nucleares —explicó Rafael—. Después se llevarían a algún lugar. Como ven, era un buen edificio. Está como el primer día, y eso que no se le ha hecho ningún mantenimiento en las últimas décadas. Los residuos de uranio de un año de funcionamiento no ocuparían ni el volumen de una maleta de viaje. Teníamos espacio de sobra —rio.

Anduvieron otros cien metros y llegaron a una explanada en la zona

izquierda. En la opuesta, los dos reactores se alzaban imponentes. Uno estaba más cerca del mar que otro. Más a la izquierda aún, un túnel de más de cinco metros de altura horadado en la roca. De frente, un inmenso muro de cemento protegía la central de los embates del mar. Su altura era considerable. Iba de lado a lado de la cala y debía de tener más de trescientos metros de largo. Protegía el lugar por completo.

—Les enseñaré el muelle de carga que hay al final del túnel —dijo Rafael.

El fuerte viento hizo que apenas se asomaran al final del túnel, lo vieran y se dieran media vuelta. Carlos no dejaba de sacar fotos de todos los rincones.

—Estén atentos con las vallas. La mayoría están oxidadas. Mejor que no se apoyen.

Cuando volvieron al espacio central se percataron de que era la zona más protegida. Y, además, el tamaño de más de tres campos de fútbol les daba margen para todo. Andoni le indicó a Carlos por señas el lugar y este asintió con la cabeza.

—Tendrán sitio para lo que quieran —dijo el anciano mirándolos a los dos.

Carlos imaginó la representación de la película *Vértigo* en un sitio así y solo fue capaz de asentir con la cabeza. Sus palabras habían sido absorbidas por aquel lugar.

—Era una enorme cala natural, Basordas se llamaba, que transformamos nosotros —dijo con nostalgia Rafael—. Lo primero que hicimos fue este gigantesco muro y después drenarla. Yo prefiero no enterarme de lo que van a hacer aquí —añadió el jefe de ingenieros de la central nuclear.

En ese momento se encontraban justo tras el muro que protegía el complejo del mar. Carlos, a causa de la incomodidad que le supuso aquel comentario, aclaró:

—Respetaremos el lugar. Se lo aseguro. No se notará en ningún lado que hemos estado aquí. No se preocupe.

El anciano sonrió por primera vez desde que empezaron la visita guiada.

—Eso espero —respondió—. Por desgracia, por dar vida a este lugar

murieron varias personas —añadió con solemnidad.

Andoni y Carlos se miraron con seriedad.

Se acercaron a la base y entraron en una de las zonas interiores del reactor. Les llamó la atención que el edificio, tres metros más abajo, estaba lleno de agua hasta una profundidad respetable.

—Tengan cuidado. No pasen de este punto —avisó Rafael.

La belleza de la zona era sobrecogedora y Carlos estaba literalmente con la boca abierta.

—¿Y esto? —fue lo único que dijo el diseñador de Avocado señalando todo aquel mar en calma, de color levemente turquesa, que se extendía bajo sus pies.

—Es lógico. No se ha roto nada y ha entrado el mar ¿no? —dijo el ingeniero jefe—. Necesitábamos refrigeración. Esto conecta con el muelle y el mar entra directamente. Con cada marea se renueva por completo. No son aguas estancadas.

El color azul turquesa y algo verdoso del agua remansada parecía onírico y remarcaba las palabras del anciano. La escena era irreal. De una belleza cautivadora. Los trozos de hormigón desconchados con los hierros a la vista parecían arrecifes coralinos artificiales. La profundidad del agua era considerable. Parecía haberse convertido en un acuario. La paz podía palpase.

Salieron de nuevo al muro delante del mar y comenzaron a volver por la parte derecha. Se oía cómo las olas rompían con fuerza sobre el muro. Ahora los reactores quedaban al otro lado. Antes de llegar a la parte que albergaba las oficinas se detuvieron para mirar desde otra perspectiva.

—Los reactores parecen la cúpula del Duomo de Florencia —dijo Carlos—. Tienen algo que atrae —añadió con embeleso.

Rafael agradeció el piropo y se acercó a Carlos ante la atenta mirada de Andoni.

—Sí, tiene usted razón, son bellas, ¿verdad?

—Esos remates de arriba ¿para qué son? ¿De decoración?

Rafael lanzó una risita condescendiente poniéndole la mano sobre el hombro.

—No, no. Claro que no. Nada de lo que ve usted aquí está para hacer bonito. Eso son unos remaches enormes que la refuerzan y hacen que la cúpula del reactor sea una estructura a prueba de aviones —aclaró el jefe de ingenieros—. Si uno chocara contra el reactor, le aseguro que no le pasaría nada. Eso tiene un espesor de más de cuatro metros de hormigón de la mejor calidad, y armado con una estructura interior muy especial, a prueba de terremotos —añadió con aire ufano—. Eso sin contar con la otra cúpula interior, que desde aquí no se ve, pero que también está hecha a prueba de los peores desastres naturales. Y humanos.

Rafael se acercó aún más a Carlos y lo cogió del brazo como si fueran amigos de toda la vida. Empatizó con él al ver que su invitado estaba embelesado con la visión de su edificio.

—Mire. Se lo digo en confianza. Esto hubiese sido una central muy buena. Hecha a conciencia. Y sé de lo que hablo. Además, no era tan peligrosa como se empeñaron en decir. Bastantes más muertos provocan las centrales hidroeléctricas o las de carbón. Y contaminan bastante más. Está seguro de eso.

Los tres miraban la cúpula del reactor número uno con aire de estar viendo una obra mágica.

—Esto son ruinas de arte. Eso se lo puedo asegurar. Cuando esto se paró yo tenía quince años, y me acuerdo de que todo el mundo se oponía a su construcción —dijo Carlos—. Pero muchas de las grandes construcciones de la humanidad han tenido oposición al principio —razonó.

—Bobadas de los de siempre, de los que solo saben hacer ruido —respondió el ingeniero jefe levantando su bastón para dar más énfasis a sus palabras.

—Aquí pasaron muchas cosas —añadió Carlos—. Hubo muchos muertos.

Como pasaba en las catedrales antiguas. ¿Sabe cuántas vidas costó la construcción de la catedral de Santiago, por ejemplo?

Rafael bajó la mirada y habló desentendiéndose de la pregunta:

—Empezamos a construir la central en tiempos de Franco. Si hubiera durado unos años más la hubiéramos terminado. Estuvimos a punto de hacerlo. Solo faltaba el uranio.

Andoni y Carlos advirtieron cómo su particular cicerone se iba viniendo arriba.

—Necesitábamos la energía. Había muchas empresas entonces. Y dependíamos de otros para darles electricidad. Intentamos solucionar eso por el bien de todos. Así de simple. Y mire usted ahora. Seguimos igual, mendigándola. Dependiendo de otros para conseguirla. Una mierda —dijo con acritud—. Euskadi se merecía ser independiente. De energía, me refiero —agregó socarronamente el jefe de ingenieros—. Y con esta central lo hubiésemos conseguido. Esté seguro de que sí.

Anduvieron otro centenar de metros y, con ayuda de una linterna, los tres se adentraron en las oficinas abandonadas. Vieron una maqueta del lugar. Todo estaba tirado. Ordenadores antiguos, sillas, planos, llaves. Carlos hizo varias fotos. Cuando acabaron, el cielo amenazaba lluvia de nuevo y la luz se había desvanecido. El viento se mantenía. Rafael tenía que sujetarse la boina para que no volara.

—El interior del reactor no se lo enseñé —dijo Rafael con calma—. Es un laberinto estrecho, y en algunas zonas hay amianto. Les recomiendo que no se metan por ahí, aunque algún descerebrado les dé permiso.

—Solo utilizaremos la explanada entre los reactores y el túnel del muelle. Creo que es lo más seguro.

—Tendrán previsto personal de seguridad...

—Sí, por supuesto —contestó rápidamente Andoni—. Acotaremos la zona y habrá personal que se encargará de que nadie monte ningún numerito fuera del recinto.

Volvieron con lentitud. Carlos giró varias veces la cabeza parándose para mirar. Parecía que aquel lugar lo llamaba. El gris de las cúpulas de los reactores se mimetizaba con el cielo amenazante. Empezó a llover tímidamente y, cuando llegaron a la valla, la persona de seguridad les abrió la puerta. Después, cerró con un grueso candado. Rafael todavía tuvo tiempo de volver a mirar con nostalgia su obra. El anciano se mantuvo unos segundos mirando el lugar apoyado en su bastón. Con la otra mano, descansó parte de su peso sobre la verja. La lluvia punteaba de brillos su boina. Carlos y Andoni se lo quedaron mirando.

—Hubiera sido una buena central —murmuró entre dientes.

El olor a plástico quemado invadía la estancia a pesar de que los extractores estaban funcionando a su máxima potencia. Los laboratorios científico-forenses de la Ertzaintza, de donde emanaba el aroma del crimen, continuaban pintados con el blanco inútil de la impotencia.

Vicente Parra pensó que aquel lugar tenía, normalmente, el perfume a productos químicos habitual de las autopsias, pero ese día, no. El *bouquet* denso y penetrante de la acción del fuego sobre el plástico se podía apreciar incluso antes de entrar en la sala. El subcomisario respiró con cautela. Recordó el olor del desayuno compartido con su mujer, Françoise, hacía unas horas. Se había diluido por completo ante la potencia de aquel olor a chamuscado.

El espacio disponía de varias mesas. Curiosamente, ese día no había ninguna ocupada. Sobre un enorme plástico transparente, situado en el fondo de la sala, descansaban en el suelo los restos fundidos de un contenedor de basura casi calcinado en su totalidad. Se podía apreciar con dificultad que era verde. La combinación con los tonos negros de la acción del fuego le daba un atípico toque de camuflaje.

Vicente saludó a los médicos forenses que se encontraban en la sala.

—Ahora estoy contigo —le dijo uno de ellos.

—De acuerdo —contestó el subcomisario acercándose al contenedor por primera vez.

Se desabrochó dos botones de la cazadora y se agachó para verlo más de cerca. Notó una mezcla aún más agresiva de olores penetrantes. Por debajo del imponente hedor a quemado estaba el de la propia basura que,

presumiblemente, tendría en su interior aquel improvisado sarcófago. Las bisagras de la tapa eran visibles. También lo eran las ruedas, que parecían haber aguantado las llamas de manera heroica. Su eje de metal todavía podía girar, pero las gomas de las ruedas estaban también fundidas. Aun así, esta era la parte más reconocible. El resto era un ataúd verdinegro amorfo hecho casi a medida del cadáver que se encontraba en su interior.

Parra se percató de un nuevo tufo que creyó reconocer enseguida. El de la gasolina. Se levantó y miró desde otro ángulo. El aspecto no varió, pero sí percibió el pequeño agujero por donde sus oficiales habían sacado la escasa información que tenían hasta ahora del cadáver. O que podrían haber tenido, pensó el subcomisario después de recordar que la cartera, en principio, no pertenecía al cuerpo encontrado. Igual sí tenía relación, se convenció.

—Acabamos de traerlo. Hemos hecho unas radiografías. El olor es inaguantable. Aquí no hay quien resista. Gasolina, plástico quemado, basura... —dijo el forense con hastío.

—Y una persona calcinada —añadió con seriedad el policía.

—Sí, claro.

—¿Qué habéis visto en las radiografías?

—Cosas que tendremos que refrendar ahora. Las hemos hecho por si acaso. En realidad, ha sido solamente para trazar con seguridad la línea por la que hay que cortar el plástico sin dañar el interior. Solo así podremos sacar todo en el mejor estado posible. Nada más.

Vicente afirmaba con la cabeza en silencio.

—No va a ser fácil —dijo el forense.

—¿Sabemos el sexo?

—Por la cadera y la complexión yo diría que es una mujer. Pero eso te lo confirmaré hoy mismo. En cuanto abramos el plástico y podamos acceder al cadáver. Está en una posición extraña.

—¿Extraña?

—Yo diría que estaba atada. Los brazos, por lo menos.

Vicente miró el contenedor de nuevo sin cambiar de expresión.

—¿Cómo vais a acceder al interior?

—¿Cómo? Con cuidado y con una buena rotaflex —dijo el médico taxativamente—. No hay otro sistema. Este plástico de los contenedores es muy duro.

—Pues ya podéis tener cuidado, porque me interesa hasta la última brizna de polvo que este maldito regalo tenga en su interior —dijo el policía.

—Lo tengo preparado para hacerlo ya. Pero tardaré en darte resultados porque no sé nada de cómo le ha afectado el fuego. Presumo que ha sido intenso. Ha habido un acelerante. Seguro. Y, por el olor, creo que es gasolina. Unos cuantos litros, por lo menos.

—¿Cuándo podré tener los resultados?

—No lo sé, en cuanto pueda.

—Tengo prisa —replicó Vicente con seriedad.

—Lo sé, lo sé —contestó el forense acercándose y agachándose a los requerimientos de su compañero. Cotejó las radiografías y señaló con el dedo el sitio exacto por donde debían empezar a cortar.

Vicente miró con curiosidad y se apartó un poco del lugar. Un ayudante se unió a la operación colocándose sobre la cabeza un protector. Bajó la pantalla transparente.

—¿La prensa sabe algo de esto? —preguntó el forense.

Parra negó.

—Espero que no trascienda por lo menos hasta que sepamos algo más de este asunto.

El sonido de la rotaflex girando al máximo de su potencia llenó el lugar. Su propio ventilador esparció los olores por la estancia haciéndolos más patentes.

Jon Ander intentó conseguir línea otra vez. Desconectado o fuera de cobertura, ese fue el resultado que le anunció una voz mecánica en todas las ocasiones en que había marcado ese número. Dejó de intentarlo. Estaba sentado en el despacho que compartía con su compañera Jaione Egia. Esta lo miró intuyendo el resultado.

—Tampoco encuentro a la tal Irene Arrizabalaga —comentó el policía—. Es la cuarta vez que la llamo.

—¿Qué te hace pensar que nos puede decir algo? Por ahora ni siquiera sabemos de quién es el cadáver que encontramos dentro del contenedor, igual estamos muy lejos del meollo del asunto —dijo Jaione.

—Intento avanzar hasta que tengamos la identificación de los restos quemados. Parto de la hipótesis de que sea una persona cercana que podría tener acceso al documento que...

—A lo mejor la cartera que encontramos en el contenedor no tiene nada que ver con el cadáver —interrumpió Jaione—. No parecía haber restos de dinero en ella. Igual es verdad que alguien se la robó, se llevó el dinero y la tiró al contenedor. Después vino alguien y tiró el cadáver al mismo lugar. Podría ser.

—Bueno, intento tirar del otro detalle que al final nos llevó hasta ella: el número de teléfono en el pósito que milagrosamente se salvó. Y, si quieres mi opinión, no creo en las casualidades. Esa cartera tiene algo que ver con el cadáver. Yo creo que sí.

—No lo sé, ya hemos comprobado que es de una persona que está viva. Y el teléfono escrito pertenecía a la dueña de la empresa Delicius, Susana

Sánchez. Y nos dio una explicación que, por ahora, me sigue pareciendo lógica para que estuviese escrito en un papel.

—Ya.

—Una cosa es el cadáver sin identificar y otra es una cartera. Igual cuando abran el contenedor encontramos más detalles —concluyó Jaione—. Yo, por ahora, esperaré.

Jon Ander se quedó en silencio pensando en lo que acababa de decir su compañera. Pero se mantuvo en sus trece.

—Lo que voy a hacer es que, si Irene Arrizabalaga sigue sin contestar, voy a llamar a Maite Abasolo, la compañera de piso. No sé por qué, pero algo me dice que tengo que hablar con ella.

—De acuerdo —contestó Jaione—. Pero te recuerdo que el hecho de que fuese un poco borde con nosotros no significa nada. Inténtalo más tarde. Creo que nos dijo que su compañera Irene volvía de vacaciones ayer.

El subcomisario Vicente Parra irrumpió en el despacho de ambos sin llamar a la puerta.

—*Arratsalde on* —dijo lacónicamente.

Ambos miraron al recién llegado expectantes. Jaione fue la primera en preguntar.

—¿Vienes del depósito? ¿Alguna novedad?

—No sé, os cuento.

—Poco no creo que sea lo que vamos a sacar de aquí —dijo el forense—. Lo intuyo.

Después de los preparativos de rigor, sus ayudantes se dispusieron a abrir una brecha en el contenedor convertido en ataúd por la acción del fuego. Vicente pensó, al ver el primer corte a lo largo, que se estaba separando con más facilidad de lo esperado. La acción de la máquina intensificó los olores. A pesar de la facilidad del primer corte con la rotaflex, el segundo fue bastante más complicado porque en esa parte el plástico se había juntado con

la otra pared del contenedor y era más grueso. Cuando terminaron de cortar, separaron ambas partes por completo.

La visión del interior era muy dura. El cuerpo estaba totalmente calcinado. Irreconocible por completo. Los dos ayudantes del forense lo elevaron con cuidado y lo dejaron sobre la mesa contigua. El forense se acercó a ese lugar. No se podía saber nada a primera vista. Varias zonas estaban tapadas por restos de plástico calcinados. En otras, capas de cenizas ocultaban parte de la superficie. Los huesos sobresalían por varias zonas y lo que bien podrían ser unos pantalones se habían mimetizado con lo que quedaba de carne. El olor a gasolina era fuerte.

—El trabajo de algún hijo de puta ha sido a conciencia —dijo el forense.

Vicente no contestó y volvió a mirar el suelo mientras se alejaba de la mesa donde ahora se hallaba el cadáver. Se agachó y empezó a observar con detenimiento el resto del contenedor. A primera vista, el asunto estaba muy negro. Se podía intuir que había restos de latas medio fundidas. Cartones y trozos de lo que parecían maderas. También cúmulos de lo que podrían haber sido bolsas de basura. Los restos de acero de una silla. Trozos amorfos de lo que podían ser cajas de cartón también se intuían en una esquina.

—A pesar de la primera impresión, te puedo decir que no ha ardidado tanto como creíamos. Fíjate, hay cosas que aún son reconocibles. Digamos que lo que veo por ahora es más alentador de lo que esperaba. Había unas cuantas bolsas de basura debajo a las que no ha afectado el fuego tanto como al cuerpo. Digamos que las bolsas ya estaban debajo y alguien echó el cadáver dentro, lo roció de gasolina y le prendió fuego. Por eso la parte de abajo está algo menos calcinada. Es lo que veo por ahora. Dame dos días y te podré decir muchas más cosas. Igual las bolsas de abajo no tienen nada que ver con el cuerpo.

—Eso lo decidiré yo —dijo el subcomisario con seriedad—. Por ahora, puede que tengas razón, pero hay que confirmarlo —añadió intentando que la frase anterior no sonase tan dura.

Vicente seguía de cuclillas sin dejar de mirar el amasijo negro que había quedado situado bajo el cadáver. Señaló una zona con tanta fijeza que hizo que el forense se uniera a él.

—¿Ves algo? —preguntó Vicente.

Se acercó aún más. El olor se intensificó.

—¿Qué crees que puede ser esto? —dijo señalando lo que parecía un cuadrado negro—. ¿Te parece lo mismo que a mí?

—Sí. Creo que bien podría ser una agenda. Y no está muy deteriorada. Supongo que el cuerpo la habrá protegido. El papel desaparece con rapidez, pero bastante más despacio si está resguardado por más papel.

—Sí, quemar un libro, por fortuna, es una ardua tarea —ironizó el subcomisario.

—¿Seguimos sin tener denuncias de desaparición? —preguntó Vicente manteniendo en su mano un sobre blanco.

—Que sepamos nosotros, no hay nada. Acabo de comprobarlo de nuevo —dijo Jaione—. Por lo menos en nuestra jurisdicción.

—Yo sigo intentando hablar con la compañera de piso de Maite Abasolo, la dueña del DNI chamuscado —añadió Jon Ander.

—¿Y qué te hace pensar que te puede decir algo? —preguntó su jefe.

—No tengo nada, efectivamente, tienes razón —contestó Jon Ander con pragmatismo—. Pero si veo que tienes algo nuevo empiezo a ponerlo en marcha. Si me das algo, lo dejo todo para empezar con ello —añadió con un respeto no ausente de cierta ironía.

Vicente continuó explicándoles su visita al forense, y sacó del sobre que sostenía entre las manos dos fotografías impresas. Sus dos oficiales se acercaron.

—He encontrado esto debajo del cuerpo calcinado. Era una agenda. Había muchas hojas quemadas, pero no todas. He sacado fotos a las tres únicas páginas que aún son legibles. Aparecen escritos nombres y números de

teléfono, simplemente. El resto se lo han quedado en el laboratorio para ver si pueden sacar algo más.

—¿Cuántas referencias hay?

—He contado ocho. Debía de haber bastantes más, pero se han perdido entre las llamas.

—Son todo mujeres —dijo Jaione, mirando la imagen de cerca.

—Sí. Ya veis —dijo el jefe—, un nombre con apellido y, a su lado, un número de teléfono.

—Habría que identificarlas y saber quiénes son estas personas. Por ahora parece fácil. Un nombre y un número de teléfono. Y, sobre todo, por qué están todas juntas en esta libreta.

—Porque conocían a la víctima —dijo Jon Ander.

—Ya —dijo Jaione—, pero no necesariamente. A veces tu pragmatismo me sacude por dentro —respondió la mujer cortante pero no exenta de simpatía.

Jon Ander y Vicente se miraron. Este último sonrió de medio lado.

—Me ocupo yo —dijo Jon Ander—. Pero antes voy a llamar a la tal Irene por última vez.

Vicente y Jaione miraron con curiosidad las fotos mientras Jon Ander volvía a la carga con el teléfono. Pero, antes de hacerlo, pensó en cambiar de estrategia. La llamada la hizo desde su propio móvil. El resultado fue el mismo. Nadie contestó.

—¿Por qué estás tan empeñado en la tal Irene? —dijo su compañera Jaione levantando la vista de las fotografías.

Vicente lo miró uniéndose con la mirada a la pregunta de su subordinada.

—Yo lo he pensado desde el primer momento, desde que descartamos que el cuerpo correspondiera a la dueña del DNI.

—¿Y qué te hace pensar que el cuerpo que encontramos en el contenedor pertenece entonces a su compañera de piso Irene? —preguntó Vicente—. Porque es eso lo que estás pensando, ¿no?

El oficial instructor Jon Ander afirmó con la cabeza y se contradijo con sus

palabras.

—Nada.

—El sitio es una pasada —dijo con vehemencia Carlos Salvador sin levantar la cabeza—. Tiene vida propia. Magia de la buena.

—Creo que podemos hacer algo muy bonito —le contestó Andoni Armendáriz con una sonrisa que iluminaba su rostro.

El jefe de Avocado no perdía detalle de lo que dibujaba su acompañante. Después levantó el rostro de la mesa y le indicó a su hermano, con la mano y a través de la cristalera, que se acercara.

Eduardo los miró de lejos y dejó sus quehaceres. Se secó las manos con un trapo de color oscuro. La chaquetilla de cocinero que llevaba puesta tenía unos lamparones desiguales recientes de salsa de tomate. Su más que redondeada figura hacía que la línea del delantal tuviera una circunferencia grande. Su bigote poblado le daba un aspecto de cocinero de otro siglo. Sus canas se mezclaban con sus cabellos negros, dando una pátina gris plateada a su cabeza. Se acercó a la oficina. Su hermano y el encargado de eventos de Avocado estaban sentados esperándolo. Este último no dejaba de dibujar con un lápiz un croquis en una cartulina blanca.

—¿Cómo os ha ido en Lemóniz? Os noto radioactivos —dijo Eduardo con retintín sin esbozar sonrisa alguna.

Carlos sonrió sin dejar de dibujar. Andoni lo invitó a sentarse.

—Vale, pero sed breves, porque tengo una liada con la carne de caza que acaba de llegar que ni te cuento.

—¡Tenía que llegar mañana! —dijo su hermano Andoni sorprendido.

—Efectivamente, y ha llegado hoy y me ha alterado todo el plan del día. Mañana es fiesta en no sé dónde y el repartidor me la ha dejado hoy.

Doscientos kilos de paloma. Hay que guisarlas y dejarlas hechas para hoy mismo, y eso que adelanto para mañana. Tengo a tres solo limpiándolas y cortando la verdura.

—¿No podías haberlo hecho mañana? —le preguntó su hermano—. Eres un cuadrulado.

—La caza me gusta guisarla cuanto antes, nada más llegar, y dejar que repose en la propia salsa. Sabes que queda bastante mejor así. Congelándola en su propia salsa. Y, además, así mañana me libro de...

—Cada vez estás más maniático —le espetó Andoni—. Un día, tus manías te van a dar un susto...

—Tienes que ver el sitio —dijo Carlos interrumpiendo con pasión la conversación entre hermanos y haciendo caso omiso a lo que hablaban.

Terminó de dibujar en la cartulina. La alejó dando perspectiva a lo que acababa de diseñar.

—Lo primero que hay que hacer es desbrozar el suelo de matojos. Y dejarlo bien limpio —dijo Carlos—. Al estar abandonado, entre las juntas de cemento han crecido hierbas que, en algún caso, son bastante altas. Todo eso hay que quitarlo. Hemos hablado con ellos y han dicho que no hay problema.

Eduardo, por primera vez, miró con curiosidad el croquis de Carlos. Este siguió intentando contagiarles su entusiasmo.

—Concentraremos todo el tinglado en la parte izquierda, a la sombra de los dos reactores nucleares y protegidos por el muro que defiende el lugar de las olas. Delimitaremos alrededor un área de algo más de dos hectáreas. A lo mejor menos. Para todos los invitados será más que suficiente.

Eduardo se quitó el delantal y acercó la vista al boceto que estaba haciendo Carlos. Este señaló los lugares con el lápiz. La zona exterior de la central nuclear estaba ya dibujada.

—Necesitaremos una cocina de campaña que no esté a la vista —dijo Eduardo barriendo para su trabajo—. Y luego ocho puestos de comida al cliente. Dos en cada central.

—Tranquilo, vamos a cosas más generales. Por ahora, ese detalle es lo que menos me preocupa —respondió Carlos—. Tengo pensado poner tres carpas cuadradas de cuarenta metros. Las carpas serán de las de a dos aguas, de tal manera que podamos instalar dos pantallas gigantes en su interior con dos proyectores. Una en cada agua del techo. Y en todo momento estarán dando imágenes de la película *Vértigo*. En bucle de repetición y sin sonido. La altura de la carpa en la zona central sería de seis metros; o sea, que nos da margen más que suficiente para proyectar una imagen de doce metros por seis, más o menos. Veremos cómo va. Yo ya he quedado con el de las carpas.

—Los invitados serán alrededor de quinientos. Había olvidado decíroslo. Ha aumentado el asunto —dijo Andoni.

Su hermano lo miró sin decir nada.

—Es decir, cuatro carpas con comida —prosiguió Carlos—. Una para cada central. Una, la del puente Golden Gate de San Francisco, será la que esté más cerca de las piscinas de refrigeración de la central nuclear que están conectadas con el mar. Protegeré la barandilla por si acaso. La segunda, que estará dedicada a la calle Lombard, la situaré en el otro extremo y la tercera, dedicada al bosque de las secuoyas, la más cercana a la misión. La cuarta estará contra el muro, fuera y también a cubierto. Allí solo se servirá comida dulce porque será la más importante. La representación de la misión Dolores. Allí se celebrará la ceremonia.

—¿Vas a hacer un edificio? —preguntó Eduardo abriendo los ojos ostensiblemente.

—De cartón. Un decorado. Esto es como en el cine. Un teatro. Todo es trampa. Todo son comparsas. Lo pondremos cerca del enorme muro que protege la central nuclear. Allí podré sujetarlo con seguridad y buenos anclajes. Tiene la altura suficiente. Las tres carpas estarán mirando hacia la misión Dolores, rodeándola. Y, al fondo, la otra misión, la de San Juan Bautista. En total serán cinco espacios. Pero este último solo será de decoración. Es donde se desarrolla la parte más tensa de la película. Donde se

produce el suicidio. Las arcadas de la misión irán pintadas sobre el muro. Como si fuese un fresco. Y lo único que será en relieve será la torre del campanario.

Eduardo lo miró con atención y preocupación. Andoni lo hizo con una mezcla contradictoria de complicidad y extrañeza.

—Habíamos hablado de una proyección de la misión —dijo Andoni al ver tan entusiasmado a Carlos—. Nada más que eso.

—Podemos hacerla real. Un decorado sobre el muro que protege la central del mar. No nos va a costar mucho más. Y para pintar las arcadas necesito un andamio. Lo hago un poco más alto, lo rodeo de placas de cartón pluma plastificado y ya tengo listo el campanario.

Eduardo resopló. Su hermano no dijo nada.

—¿Hará falta calefacción? —preguntó Andoni.

—Si es de noche, no lo dudes. Pero eso ya lo tengo previsto. Sabes que lo hemos hecho a menudo. En los lugares que sean visibles, las calefacciones de fuego en llama, que son muy bonitas y cogen una altura respetable. Y en sitios más discretos, las típicas setas de calor. Y todas irán tuneadas.

—¿La logística del exterior? —preguntó Eduardo.

—Eso ya lo tenemos diseñado —dijo Andoni.

—Todos los invitados vendrán en autobús —comenzó a explicar Carlos—. Esa es la idea que nos ha comentado el hombre. Calculo diez autobuses. Tenemos un espacio al principio para que entren. Junto a la caseta de seguridad de entrada a la central nuclear. Hay sitio para aparcar más que suficiente. Ahí también dejaremos todas nuestras furgonetas de trabajo. Desde donde se bajen los invitados hasta el lugar donde estarán las carpas, entre los reactores y el muro, hay unos doscientos o trescientos metros. Tiraremos un pasillo de madera escoltado por velas eléctricas que parpadean desde el aparcamiento hasta la zona del evento. Será un comienzo muy enigmático y misterioso.

—Es mucha distancia —observó Eduardo.

—No te creas. Sin embargo, tengo algo pensado. Tendremos dos coches eléctricos, parecidos a los carritos de golf, para llevar a las personas mayores que lo necesiten, o a alguien que aparezca con silla de ruedas o lo que sea. Para que los coches no se nos colapsen, cada cincuenta metros habrá personas uniformadas invitando ya a coger una copa de cava. Una especie de atril con varias botellas de cava enterradas en hielos. Cada una con un monitor grande en el que se proyectarán imágenes de la película.

—Vaya pasada —dijo Eduardo.

—¿Y los baños?

—Son autónomos. Al principio había pensado en un solo tráiler, pero ahora, sabiendo que el número de invitados ha subido, no me cuesta nada un segundo camión. Para la cantidad de gente que se prevé, creo que será mejor. No hay nada más desagradable que hacer cola para mear. Estarán situados cerca del edificio alargado de los residuos nucleares.

—Un lugar muy adecuado —señaló Eduardo socarronamente.

—Son los camiones que usamos habitualmente —dijo Andoni.

—Esta vez irán tuneados. Vamos a ir a por todas —dijo Carlos—. Estoy harto de ver esas imágenes de bosque tan verde y ñoño. Parecen de desodorante cutre, joder.

—He hablado con ellos y se puede hacer —apoyó Andoni—. Llevarán el logo de la película.

—¿Logo?, ¿qué logo?

—El del cartel de la película —explicó Andoni—. La imagen silueteada de una persona con una espiral tras ella. Todo sobre fondo rojo. Es el cartel original. El que realizó en la época el mítico diseñador Saul Bass. No será exactamente esa imagen. Estará basada en el cartel. Modificaremos algo y lo haremos un poco más sencillo. Nada más. Ya lo estoy diseñando.

—Por cierto, se me olvidaba —dijo Carlos—, el sonido. Cuando comiencen a llegar los invitados, la megafonía recorrerá todo el lugar con una música muy cautivadora, como de suspense. Una de *La chaqueta metálica*, la

película de Kubrick, titulada *Ruins*. Creo que sería muy apropiada para crear ambiente al principio. Habrá cambios para cada momento, por supuesto. La de suspense no es apropiada para depende qué momentos. Y también está el vestuario, que esa es otra gorda. Y un atrezo que igual conseguimos. Estamos en ello. Estoy hablando con una persona. Si lo consigo, será un puntazo. Solo si lo consigo te lo diré. Es una buena sorpresa.

—¿Y la seguridad? —preguntó Eduardo.

—Hemos pensado en diez personas. Conectadas con pinganillo y todas ellas a su vez con uno de nosotros. Supongo que, como siempre, lo querrás tener tú —dijo mirando a Andoni.

Este asintió con la cabeza.

—Serán los de la empresa de seguridad de Vizcaya que a veces ha trabajado con nosotros —aclaró Carlos—. Tendrán órdenes de que nadie se salga del espacio acotado por nosotros. Fuera hay muchos peligros. No nos la podemos jugar.

—Eso me parece bien —dijo Andoni mirando a su hermano. Este asintió con la cabeza.

—Y luego, la iluminación. Esto es la clave de la puesta en escena. La noche es cómplice para estas historias. Tiraremos focos enormes a cada cúpula de cada reactor. Será espectacular. Como si la central nuclear reviviera. El pasillo de acceso de los invitados, por supuesto, tendrá algo más de luz que las velas, pero no lo sé seguro. En el ensayo general, un día antes del evento, decidiremos si necesita más o no. Después, claro está, habrá iluminación sobre las carpas y sobre algún detalle más. Tenemos un espacio escondido para los grupos electrógenos en la parte de las oficinas abandonadas de la central. Tiraremos cable hasta donde sea necesario. No quiero que armen ruido. El sonido de después de la ceremonia también será importante. Estoy preparando música que irá distribuida por todas las carpas. Será muy discreta y variada y, como os acabo de decir, en general, de suspense.

Silencio.

—Focos —murmuró Eduardo—. De los de llamar a Batman —dijo con sorna.

—Esos, esos. Serán muy potentes —respondió su hermano.

—Por cierto, ya sabéis que el estreno mundial de la película en cuestión fue precisamente aquí, en San Sebastián. En el Festival de Cine de 1958. He estado viendo fotos en blanco y negro de cuando llegó Hitchcock al teatro Victoria Eugenia.

Andoni sonrió:

—No lo sabía.

Eduardo resopló ostensiblemente.

—No sé, qué miedo me da esto —dijo finalmente—. Todavía ando con dudas. A ver, me parece una pasada. Nunca habíamos hecho una cosa igual —añadió cambiando la expresión de su cara. Por momentos, la fascinación asomó por su rostro.

—¿Cuántos extras necesitaremos? —murmuró Andoni intentando apoyar el atisbo de entusiasmo de su hermano.

—Eso no me preocupa. Txiki nos lo solucionaría —dijo Eduardo.

Los dos hermanos miraron con curiosidad la habilidad con la que Carlos dibujaba. En unos minutos había perfilado todo el escenario. Con dibujos detallados. Era un artista.

—Esto es la gozada del *catering* que no tienen los restaurantes aburridos —intervino Carlos con vehemencia terminando el croquis de la central.

Los hermanos lo miraron absorbidos por su entusiasmo.

—Creamos mundos. Y yo mataría por engendrar este.

Alberto Parra Clavert terminó la conversación con su mujer, Amaia, con un beso muy cariñoso. Esta empujó el cochecito, con su hijo Martín dentro, que dormía profundamente, hasta llegar a la puerta de salida de la LIBRE RÍA. Cuando empezó el movimiento, la criatura pareció desperezarse asomando los bracitos de entre las sábanas. Pero fue solo para seguir durmiendo. Se oyó la puerta de la calle al cerrarse. El silencio se apoderó de la estancia. Entonces, Alberto conectó la música, y los acordes invadieron el local haciéndolo menos solitario.

Comenzó a ordenar las novedades de la semana sobre el mostrador. Varias novelas, algún ensayo y, sobre todo, un libro de cocina india que todavía mantenía abierto. Un tratado de fusión entre cocina francesa y cocina del sur de la India. Lo había hojeado con tranquilidad durante toda la tarde de ayer. Y le había interesado.

Antes de cerrarlo copió en un folio una receta del estado de Goa, en la mitad sur del país. Cerdo *vindaloo*. La fotografía del preparado era apetitosa. Antes de hacerlo, pensó en lo simplistas que somos a veces cuando hablamos de cosas que no conocemos. La cocina del sur de la India no tenía nada que ver con la del norte. Igual que si pensáramos que la cocina andaluza es igual que la vasca. La receta no era solo su elaboración. El autor había mezclado sabiamente las instrucciones con anécdotas y detalles de la cocina de aquel país. El libro parecía un paseo agradecido por los mercados de la ciudad, Vasco de Gama.

El picante de uno de los ingredientes descrito en la receta unido a la hora, pasado el mediodía, le hizo salivar. Y también recordar su época de cocinero,

cuando comían a las doce como si fueran europeos. Los años en la cocina fueron muchos, recordó con algo de nostalgia. Pero su interior le dijo que estaba mejor donde estaba. A pesar de que cada vez que cocinaba se acordaba de cuando, a pesar de su juventud, llegó a ser jefe de cocina de un restaurante con estrella Michelin. Pero las estrellas no dan la felicidad, se respondía sistemáticamente.

El joven levantó la cabeza cuando oyó la puerta abrirse. Guardó la receta en un bolsillo, cerró el libro de cocina y lo apiló junto a cuatro más. Alargó un poco el cuello para ver quién era. Su hermanastro, Pierre Miraud Clavert, levantó la mano desde la entrada. Se acercó y se abrazaron.

—Llevabas días sin aparecer —le recriminó Alberto—. No pensarías irte sin despedirte.

—Qué dices, hermano. ¿Luego vas a ir a comer a casa? Vámonos por ahí. Te invito.

—Yo voy a pedir cocido de garbanzos, y de segundo, bacalao con tomate.

—Para mí, de primero, la ensalada de tomate y *mozzarella* y, después, conejo guisado.

—¿Para beber?

—Tráenos un par de cervecitas bien frías.

La camarera se alejó y dejó en una esquina del fondo de la terraza a los dos hermanastros. El tiempo fresco pero soleado invitaba a estar en ella.

—Todavía no me acostumbro a comer tan tarde —dijo Alberto.

—A mí me pasa igual. En Francia siempre comíamos a las doce, más o menos. En la empresa donde trabajaba en París el comedor a las dos y media estaba ya cerrado desde hacía rato —respondió Pierre.

La camarera se acercó con el pan y las cervezas. Los dos brindaron.

—Por tu nueva andadura —dijo Alberto.

—Por el nuevo Martín Parra —respondió Pierre—. Esperemos que salga tan salado como nuestro abuelo —dijo Pierre manteniendo la copa en alto.

—Que así sea —replicó Alberto.

Entre el queso y la legumbre comenzó la conversación. Eran los primeros platos.

—El otro día estuve hablando con *maman* —dijo Pierre—. Le conté lo que quiero hacer.

—¿Qué te dijo...? Aunque me lo podría imaginar al detalle —se contestó a sí mismo Alberto.

—Ya sabes cómo es nuestra madre. No parpadeó. Para algunas cosas es de una frialdad que flipas. Pero no le gustó mucho. Sobre todo, lo de dejar el trabajo.

Pierre masticó el tomate y notó la acidez del aceite de oliva.

—Pero es que estaba hasta las narices en la empresa. Este último año se me ha hecho muy largo. Me sentía un número en la cadena. Nunca pensé que trabajando como biólogo pudiera sentirme así. Y, además, en un sitio que no era del todo adecuado. Cuando acabé la carrera, creo que me precipité. Lo supe desde el principio. No era la empresa que buscaba. Me confundí. Sí, ganaba dinero, y tal vez fue eso lo que me nubló la vista, aunque yo buscaba otra cosa. Y ahora lo tengo muy claro, que lo que yo quería era otra cosa bien distinta. He estado allí muchos años, pero aquello se ha acabado. Los últimos años me he dejado llevar por la inercia. —Se mesó la barba y continuó—. Lo decidí hace ya tiempo, pero me daba miedo. Ahora me siento libre, y eso me da una sensación muy placentera. Lo de la novia, no sé, es mi destino. Las mujeres no me aguantan mucho. —Sonrió—. Seguro que *maman* está sorprendida de que su hijo más joven le haya dado un nieto antes que yo.

Alberto sonrió mientras notaba el dulzor del tomate contrarrestando la sal del bacalao. Acababan de empezar a comer el plato fuerte.

—La *ama* estaba muy contenta de que tu última novia fuese licenciada en arte, eso te lo aseguro.

—Ya lo sé. La última vez que *maman* estuvo en París estaba encantada con ella. No se separaban ni un instante. Hicieron buenas migas. Pero qué te voy a

decir. No funcionó y punto. No tengo la sensación de que fuera culpa de nadie. Cuando las cosas no salen no hay que forzarlas. La responsabilidad del fin del amor no la tiene nadie.

—¿Y has quedado bien con ella?

—Sí, claro. Me llevo bien con todas mis exnovias —dijo con una sonrisa.

Alberto rebañó parte de la salsa de tomate con un poco de pan.

—Tengo una frase del abuelo Martín clavada en la cabeza —comenzó a explicar Pierre—. Me la dijo poco antes de morir. Aunque no fuera realmente mi abuelo, yo también pasé buena parte de mi infancia con él —añadió Pierre—. Para mí fue un abuelo en todos los sentidos. Una persona entrañable y rara como él solo. —Rio—. Tampoco era eso exactamente. Era un *anarco* convencido —remató al borde de la risa.

—No me has dicho la frase —aclaró Alberto.

—Es mejor hacer las cosas mal que no intentar hacerlas.

Alberto sonrió al acordarse de su abuelo.

—Creo que nos influyó a los dos —respondió con empatía.

—Nos influyó a todos —dijo su hermano con cierta melancolía—. Incluso al *aita*. Creo que nunca digirió que su hijo se metiera a policía.

—Igual fue uno de sus pocos errores —dijo Pierre—, no entender a papá.

—Bueno, eso ya no importa. Cuando vuelvas de tu gira sudamericana, volverás a París, ¿no?

—No creo —contestó Pierre—. También he cancelado el alquiler del piso. En este momento no me queda nada allí que no sean recuerdos. —Alberto lo miró sorprendido—. No me ata nada a ningún sitio, y me estoy dando cuenta de que San Sebastián me atrae más de lo que pensaba. Los años que pasé aquí, en esta ciudad, hasta que me fui a estudiar a París me dejaron más huella de lo que creía. Y al dejarlo con mi novia... No sé. Igual es el momento ese que decía el abuelo. Ese que no debes dejar escapar. El instante exacto de intentar dejarme llevar por lo que siento. Y creo que tengo que aprovecharlo.

—Pero tú estás bien, ¿verdad?

—Con un poco de vértigo, pero sí, bien. Siento que necesito conocer el lugar donde murió mi padre —contestó Pierre—. Vicente se portó muy bien conmigo hasta que me marché a París. A pesar de su obsesión por el trabajo, fue un padre que supo sobreponerse a la historia de *maman*. Teniéndonos a los dos en casa. Nunca noté que Vicente no fuera mi padre. Lo fue para lo bueno y para lo malo.

Alberto escuchaba con atención mientras saboreaba el final de la salsa que acompañaba al bacalao rojo.

—Desde que te fuiste, el *aita* está cada vez más obsesionado con el curro. Eso, como tú llevas fuera tantos años, no lo has visto. Igual el accidente le hace cambiar.

Pierre estaba terminando su plato chupando las costillas del conejo. Se limpió con la servilleta y miró a su hermanastro.

—*Maman* hizo un viaje a Mérida con el *aita*. Tú eras muy pequeño. Y yo ya estaba en París. Yo casi tendría diecinueve y tú, que eras un mocoso, unos once. Te quedaste con los abuelos.

—Sí, me acuerdo, más por lo que la *ama* me contó que por mi propio recuerdo. Y eso que no se explayó mucho. En esencia, me contó que quería reunirse con antiguas amistades. De tu padre no me dijo nada.

—Claro, tú eras un enano. ¿Tú sabes a qué fue a México?

Alberto negó con la cabeza.

—Nunca se lo he preguntado. Supongo que...

—A mí sí me lo contó. Necesitaba estar en la tierra donde yo nací. Pero, sobre todo, en la tierra que vio morir a papá. Y necesitaba hacerlo con el *aita* para conseguir olvidarse de aquel episodio que ha marcado la vida de *maman* para siempre. Sin embargo, yo creo que había algo más. He decidido ir a buscarlo.

Alberto torció el morro al oír la última frase, sin embargo, no preguntó.

—Desde que he vuelto, tiene una relación extraña conmigo —continuó Pierre—. Siempre me dice que me parezco a papá.

—¿Extraña? Pero eres su hijo. Eso no es verdad. Creo que te estás montando una película que no es cierta —replicó Alberto.

Pierre miró a su hermanastro fijamente, como si analizara lo que le acababa de decir. Dio un sorbo a la cerveza.

—Igual tienes razón, pero yo necesito regresar a Mérida —contestó Pierre—. Algo me está llamando desde allí. Yo también necesito volver a tocar aquella tierra. Francia y España son mis segundas patrias, pero México me llama. Y a *maman* le he contado que voy a hacer una gira por todo Sudamérica para no contarle que voy solo a México.

—La *ama* está muy bien con el *aita* —razonó Alberto volviendo a esa extraña actitud que, según Pierre, Françoise tenía hacia él—. No hay más que verles. Además, todos los años va a verte a París. Y tú también vienes casi todos los años.

—Sí, lo sé. Pero creo que una cosa es verme esporádicamente y otra cosa es tenerme aquí todos los días, y con el *aita* al borde de la muerte. No me lo dijo explícitamente, pero se lo leí en los ojos. Estas semanas ha sido como si estuviera a punto de repetirse la muerte de mi padre —dijo Pierre—. *Maman* me lo dijo así de claro nada más llegar.

—No sé, igual tienes razón, aunque yo a la *ama* la veo como siempre. Está muy preocupada por el *aita* desde lo del disparo, y con el nieto está como loca. La señora Françoise, ya sabes cómo es —añadió en tono jocoso—. Una mujer muy poderosa y muy visceral para muchas cosas. De rompe y rasga. Lo que dices, lo podrá sentir, pero no creo que tenga que decirte que te quiere con locura. Y lo que tú ves como algo peyorativo, creo que ella lo ve como algo positivo. Pierre, tú eres la prolongación de tu padre Claude.

—Sí, igual tienes razón y es una proyección mía y el que está muy sensible soy yo —dijo Pierre terminando su plato.

Los postres llegaron. Habían pedido natillas aromatizadas, con los puntitos típicos de la vainilla. Alberto mordisqueó un trocito pequeño de los restos de

la orquídea que flotaba a media altura en el pequeño bol. Sus dientes crujieron en respuesta al delicado estímulo.

—¿Qué tal vas con los cuadros?

—Bien —contestó Pierre con entusiasmo—. Muy bien. Me he traído algunos y otros los tengo que traer cuando me instale aquí. He pensado en hacer uno para la habitación de Martín. Va a ser un óleo. Estoy deseando empezar. Lo tengo todo en la cabeza.

—Ostras. Eso sí que me hace ilusión. Otro cuadro tuyo, además de los que quedamos que colgaríamos en la librería. Ya te lo dije el otro día, pero te recuerdo que el local de la LIBRE RÍA, aunque yo la explote, es de los dos.

—Lo sé, lo sé. Tengo preparados los cuadros que te comenté. Igual mañana mismo voy a colgarlos.

—Perfecto.

—Sí, cuando vuelva alquilaré un piso donde pueda tener un hueco grande para poder tener mi estudio de pintor. Los cuadros ocupan mucho espacio. Y así podré trabajar cómodamente. Intentaré ganarme la vida con eso.

—No se lo cuentes tan explícitamente a la *ama*. Se preocupará.

—Bueno, se lo he contado dulcificado. Veré si entre eso y lo que tengo ahorrado puedo instalarme aquí. Luego ya valoraré si puedo continuar. Todo será diferente. Cuando vuelva de México me podré encargar de mi sobrino si necesitas algo. No solo a *maman* le ha hecho ilusión el niño. A mí también me apetece pasear a mi... ¿*sobrinaastro*?

—Cuando quieras, y las veces que te apetezca, pero no lo llames así —respondió Alberto—. Suena aún peor que lo de hermanastro.

—Yo sería su *tiaastro*. —Rio ostensiblemente—. No te preocupes —añadió—. Siempre será mi sobrino, y para mí tú siempre serás mi hermano —concluyó Pierre.

Era de noche, pero el reloj apenas marcaba las seis y media de la tarde. Las nubes habían adelantado el crepúsculo casi una hora.

Vicente dejó el coche en el garaje y estuvo pensando en la historia que le explicaría mañana el forense sobre el bonzo obligado encontrado en el contenedor de basura. Hizo tintinear su llavero en el descansillo. Las dos vueltas de llave le adelantaron que no había nadie en casa.

Hacía mucho tiempo que no había hecho esto: dejar a sus dos compañeros de trabajo, Jaione y Jon Ander, adelantando trabajo con la lista de teléfonos que habían encontrado en la agenda. Y él, marcharse a casa. Algo en su interior estaba cambiando. Y pensó que la razón de su actitud podía ser que Françoise le dijera que esa tarde no curraba y que se iba a ocupar de su nieto hasta la noche. Se lo había pedido Amaia y lo había aceptado de mil amores. Era la primera vez que lo haría, y ayer ya la había notado algo nerviosa, aunque ella no lo dijera. Pensó que estaría paseando. Y por un momento imaginó que le hubiera gustado acompañarla. Se convenció de que era así.

Ese día había llegado muy pronto a casa, pero su mente no había dejado por completo el trabajo. Se sentó en su sillón favorito del salón y oyó la puerta de la calle. Antes de levantarse a saludar a su nieto, la imaginación lo devolvió a la comisaría. Y lo prioritario era saber de quién era el extraño cadáver del contenedor. El forense le había adelantado que casi seguro que era una mujer.

—Me había equivocado —respondió el forense desde el fondo del respaldo de su mesa de trabajo—. Es un hombre —dijo lacónicamente—. Era chiquitín, y entre eso y la posición en la que estaba, pensé otra cosa. Lo siento. Lo vimos enseguida y por eso te he llamado. Te pido disculpas. Me precipité.

—Perdone la pregunta —dijo Jon Ander—, ¿está seguro?

El forense tardó en contestar, y durante ese lapso, Jon Ander pensó en la incomodidad que la pregunta habría provocado al forense más veterano que trabajaba para ellos.

—Sí, tengo ya todo. Dije lo de la mujer porque a primera vista lo parecía. También porque la violencia sobre las mujeres es bastante mayor, y una víctima femenina habría sido más común. Un patinazo. Suelo ser bastante más cauteloso. Mi dilatada carrera lo demuestra. Creo que es la edad lo que te hace pensar como si lo supieras todo —dijo sonriendo para sí mismo.

—*Okey*, no se preocupe. El subcomisario nos acaba de telefonar diciendo que estará con usted en unos instantes. Tardará en llegar menos de media hora.

—No te preocupes. Todavía no tenemos ninguna denuncia de desaparición. Por ahora andamos a ciegas. Dime todo lo que tengas para que pueda ir avanzando —le dijo el subcomisario Vicente Parra con seriedad—. No podemos dormirnos. Ya vamos tarde.

—Te resumo —contestó el forense—. Después de aclarar lo del patinazo de confundirlo con una mujer, las cosas han mejorado notablemente. Sí, estaba calcinado como pudiste observar. Pero no lo suficiente como para destruir su ADN. Ojo, todavía no lo he sacado. Ya hemos visto que los dientes tienen

cavidad pulpar, aparentemente intacta, de la cual se podrá extraer. Aunque no creo que tengamos que llegar a ese extremo. Necesitaré un poco más de tiempo. El cuerpo parecía totalmente calcinado, pero si miras con detenimiento no es del todo cierto.

—Bien.

—Eso ya sabes que es valioso, pero solo hasta que tengamos un perfil de ADN en el que encaje. Por lo demás, se trata de un varón de unos cuarenta años.

—Bien —respondió Vicente anotando este extremo.

—Antes de que se me olvide. ¿Recuerdas que pensé que podía estar atado? No es así. Lo que había visto era otra cosa que luego te explico. Este cadáver me ha engañado desde el primer momento, pero ya lo estoy metiendo en vereda —dijo con una sonrisa el forense.

Vicente asintió con la cabeza.

—Si no estaba atado podríamos decir que el cuerpo venía ya muerto, probablemente en el maletero de un coche o de algún tipo de vehículo. Lo tiró al contenedor y le prendió fuego. O puede que el agresor lo matara allí mismo después de una discusión y luego lo echara al contenedor.

—Todo eso son hipótesis —respondió el forense—. Es posible que lo matara en otro sitio y lo llevara hasta allí porque el asesino no estaba seguro de que estuviera fiambre. Para rematarlo si aún estaba vivo. Ambas hipótesis son posibles.

—No dejan de ser eso, meras hipótesis —respondió el policía—. No sabemos si lo mató allí o si venía muerto de lejos. Pero ¿murió por la acción del fuego o no?

—Espera. Te cuento más cosas —dijo el médico—. Las mediciones antropométricas son muy difíciles de hacer porque todo el cuerpo encoge al quemarse. En algunos casos, considerablemente. Esto es lógico. Un pollo es más grande cuando está vivo que cuando está asado —dijo el forense con la suficiente ironía como para hacer sonreír al policía.

—Bastante más.

—Un cuerpo humano funciona de una forma parecida. Dicho esto, y con cautela, te podría avanzar una altura, aproximada repito, de un metro sesenta y cinco. Y un peso aproximado de setenta kilos. De la ropa no puedo saber nada. Estaba totalmente calcinada. Cuando lo echaron al contenedor, por fortuna para él, estaba muerto. Sus pulmones no contienen los gases típicos de la combustión. No hemos encontrado disparos en el cuerpo ni rastros que puedan hacer pensar en ello. Tampoco erosiones en la piel, aunque estas últimas, en superficies tan quemadas, son prácticamente imposibles de reconocer a no ser que sean muy profundas.

—¿Alguna pista de cómo murió? —se adelantó el subcomisario.

—A eso iba. Tiene dos hendiduras profundas en el cráneo. Justo en la parte posterior. Casi con toda seguridad fueron producidas con un objeto muy sólido. Tipo un palo o una herramienta que el asesino blandiera con fuerza. Pero lo más curioso es que es en forma de doble línea. El arma podría tener forma de uve cerrada. Es una hipótesis. No es un instrumento corriente. Tiene por lo menos una arista. —Vicente lo miró con preocupación—. Sí, son dos hundimientos craneales que podrían haber sido hechos con un objeto muy particular. Los dos tienen la misma doble marca.

—Encontrar esa herramienta podría ser clave —murmuró el policía.

—Por lo demás, estoy esperando a saber cuál fue el acelerante que utilizaron. Lo están analizando. En cuanto tenga los resultados te los daré. Pero casi seguro que es gasolina.

El forense se levantó y se acercó a los restos del cuerpo. Pidió a Vicente que le acompañara. La mesa de trabajo estaba llena de restos del cadáver.

—Como verás, las partes de un cadáver calcinado se fragmentan a nada que las manipules. Pero, por fortuna, la cabeza y la huella dental, creo que van a ser claves. Sobre todo las muelas, que son las que mejor aguantan el calor. Eso sí, no vendría nada mal encontrar a su dentista —dijo con una mueca de preocupación—. Comparar la mordedura y la situación de los dientes nos

ayudaría. Tendremos que hacer una radiografía panorámica de toda la boca. En cualquier caso, es una novedad, porque al principio pensé que no sería así. — Vicente miró con atención—. He visto que hay otras zonas desde donde se puede sacar algo. Como te decía antes, no está tan calcinado como pensamos al principio.

«Bueno, a ver si hay luz por algún lado», pensó Vicente.

—Tengo un par de sorpresas más —dijo el forense acercándose a lo que podía ser un brazo.

Vicente se agachó para observarlo más de cerca. La visión era estremecedora.

—Sí, sé lo que vas a decir. La forma de garra que se les queda a las manos es impresionante. Es típico de los cuerpos calcinados —añadió el forense—. La razón es sencilla. Aguanta más el fuego la musculatura flexora que la extensora.

—Nunca me había tocado un caso con un cuerpo así de quemado —dijo Vicente.

—No te fijes en los dedos, fijate en la muñeca.

—Parece un reloj. Lo que queda de él.

—Lo intentaremos sacar lo más entero posible para ver si podéis hacer algo con él. Se ve lo que podría ser el armazón de plástico, y el mecanismo de metal ha aguantado, pero no mucho. Ese era el detalle que al principio me hizo pensar que pudiera estar atado. Y no era así.

Vicente lo miró con detenimiento. El olor de la sala era diferente del día anterior. La atmósfera mantenía el aroma a quemado pero los productos químicos le estaban ganando la partida. Ese perfume aséptico se hacía cada vez más patente.

—¿Esto es la mano izquierda? —preguntó el subcomisario.

—No, no. Es la mano derecha.

—Ya, pero el reloj se suele llevar en la izquierda. Los mecanismos están hechos para que se manejen desde la derecha.

—Sí, yo mismo lo llevo en la derecha —dijo señalando su propio reloj. — Vicente se quedó pensativo—. Lo voy a quitar con cuidado, pero antes quería que lo viesen. Haremos lo que podamos, aunque te garantizo que saldrá a trozos. Lo pasaré a los de la científica para que lo analicen. Igual sacan algo digno de reseñar.

—Hará falta. No tengo mucho —añadió el policía—. Me has dicho que tenías un par de detalles. ¿Cuál es el otro?

El forense se movió por la mesa y le pidió a Vicente que lo acompañara al otro extremo. Acercó una enorme lupa móvil con luz incorporada y fijada a la mesa de autopsias.

—En una situación como esta hay que ir con cuidado. Mira. Lo hemos visto después de limpiarlo a conciencia. No está muy claro, pero, si te fijas de cerca, lo reconoces.

El inspector se acercó a la lupa. Iluminaba con claridad el lienzo negro. No era fácil, pero se veía lo suficiente como para identificarlo.

—Un tatuaje.

—Son los caprichos del fuego. No todo es lo que parece a primera vista. En muchas ocasiones no todo está quemado al cien por cien.

La frase le sonó familiar. Se sintió a gusto al pensar que, como siempre, no todo es blanco o negro, aunque en este caso hubiera mucho de lo último.

—Los tintes que se usan en los tatuajes pueden aguantar visibles dependiendo de un montón de factores. De la composición química de las tintas y, claro está, de la intensidad del fuego que ha quemado el cuerpo. La luz de esta lupa es muy especial. Resalta las diferencias entre los colores, y por eso puedes ver el contorno con más detalle. Sin ella sería más difícil apreciarlo.

El inspector se retiró hacia atrás intentando saber a qué parte del cuerpo correspondía el tatuaje.

—Ya sé lo que estás mirando. Corresponde a la parte posterior del omoplato. Está justo en el comienzo de la parte posterior del hombro. Lo han

protegido la camisa y el jersey que llevaba puestos. Eso ha hecho que el cuerpo no se haya quemado lo suficiente como para que no se pudiera ver el tatuaje. Además, la espalda estaba sobre las bolsas de basura. Estaba boca arriba.

El forense miró por la enorme lupa y dirigió su mano a la zona señalando con la punta de un bolígrafo.

—Es el dibujo...

—Lo veo a simple vista —dijo Vicente—. De un cangrejo.

—Bueno, es la silueta de un *txangurro*. Eso parece —matizó—. Y a juzgar por los tonos que se intuyen, bien hecho. Con color dentro. No solo silueteado. Parece un buen trabajo.

—A mí me llamó la atención porque vi las pinzas.

—Sí, se ven con claridad. A pesar del fuego, se puede apreciar el contorno del caparazón de un cangrejo. Y el tamaño es casi el real.

—Sí, podría ser real —confirmó Vicente—. Me imagino que cuando llevase puesta una camiseta de tiras se le vería la mitad del cangrejo asomando por el hombro.

—Sí, le quedaría chulo —añadió el forense—. Voy a sacar muestras de la piel para, si es posible, poder analizarlas y ver qué tipo de pigmentos tenía la tinta que utilizaron para hacérselo. Hemos sacado fotos desde todos los ángulos. Luego te las doy.

La mirada del subcomisario permaneció embelesada contemplando la figura del crustáceo. Y lo miraba tan fijamente que provocó la pregunta del médico.

—¿Ves algo más?

—Creo que sí —respondió Vicente—. Mira.

Los oficiales Jaione y Jon Ander estaban mirando las fotografías que Vicente les había proporcionado. La comisaría del barrio del Antiguo había empezado a conectar la calefacción. El ambiente se había caldeado.

—El forense fue muy avisado al ver el tatuaje. No era nada fácil. Pero luego no acertó a ver lo que había debajo de la figura del *txangurro* —añadió Vicente.

—Se ve claro —dijo Jaione.

—Bueno, diré en su defensa que en las fotos se ve mejor que en la mesa de autopsias. Para sacar las imágenes, han forzado el contraste con una luz especial. De esa manera hace que la imagen resalte bastante más.

—Se puede leer con total claridad. Por lo menos aquí —dijo Jon Ander.

La palabra «extra», en mayúsculas, aparecía justo debajo de la figura tatuada del cangrejo.

El teléfono de la comisaría de la Ertzaintza sonó.

—Te paso una llamada, Jon Ander —dijo la voz del agente que la cogió—. Una tal Irene Arrizabalaga.

«Mierda —pensó—. Me había olvidado de esta desde que sabemos que el cadáver es un tío.»

Hizo un gesto de que esperara un segundo, pero enseguida le dijo que le pasara la comunicación.

—Sí, buenos días. Le habla el oficial instructor de la Ertzaintza Jon Ander Etxeberria.

—Tengo un mensaje suyo en el móvil. Soy Irene Arrizabalaga. ¿Qué sucede?

—Nada, nada. No se preocupe. Sí, le había llamado porque encontramos el DNI de su compañera de piso en un contenedor de basura quemado. Lo más seguro es que se trate de un acto de violencia callejera sin más importancia. O de un robo. Nada digno de reseñar.

El policía se encontró a gusto con la voz dulce de la mujer e intentó seguir la conversación para cortarla de manera amable.

—... Y como no la localizábamos, le dejé el mensaje. Pero insisto en que no tiene mayor trascendencia.

—Acabo de llegar de vacaciones —dijo la mujer—, y he estado toda la semana sin teléfono. Lo olvidé en casa. Lo he encendido ahora y tengo muchos mensajes y llamadas perdidas.

—No se preocupe —insistió. Nada más terminar la frase, se aventuró a preguntar—. Usted comparte piso con Maite Abasolo, ¿verdad?

—Sí. Desde hace ya un tiempo. Cuando he llegado a casa, Maite no estaba. ¿Le ha sucedido algo? —preguntó la mujer cambiando el tono de su voz.

—No, no. Estuvo hace unos días aquí, en la comisaría. Y nos contó que le habían robado la cartera o la había perdido. Nada de importancia. ¿Usted sabe quién más podría tener acceso a la cartera de su compañera de piso? Estoy suponiendo que alguien se la pudiera quitar y no la perdiera.

—Ni idea. Desde que se divorció está muy centrada en el trabajo y sale poco —respondió Irene—. Pero no sé qué responder a su pregunta. Tenemos amigos, claro. No le puedo decir mucho más. Me parece extraño lo que me pregunta. ¿Investigan ustedes con este ahínco la simple pérdida de una cartera?

—A veces sí —respondió evasivo. El tono de la pregunta de la mujer, a pesar del contenido, era una mezcla de curiosidad y dulzura. El policía decidió finalizar la conversación—. Gracias por su tiempo —dijo Jon Ander—, y por haber llamado —añadió.

La mujer colgó. Desde su habitación, el silencio de la casa se hizo palpable. Irene no supo qué pensar. La conversación con el policía le había dejado una sensación extraña. Miró hacia su maleta y decidió tumbarse en la cama. A través de la ventana, que daba a un patio interior, le llegaban las voces de una conversación ajena a ella. Se levantó a cerrarla sin dejar de mirar el móvil. El ir y venir de la semana se acumulaban en él. Se volvió a recostar sobre la cama.

El sonido de la puerta de la calle abriéndose sonó desde el fondo de la casa. Se oyó el ruido de las llaves al dejarlas sobre la mesita de la entrada.

—¿Irene? —gritó Maite desde la entrada.

Ella se levantó de la cama. Ambas se encontraron en el pasillo y se abrazaron.

—¿Dónde estabas? —preguntó Maite después de besar a su amiga.

—Me olvidé el móvil. Me di cuenta en Barajas. He estado todo el tiempo desconectada. Siete días de desconexión total en Roma. Ya ves. No podía

hacer otra cosa.

—Podrías haberme llamado desde el hotel.

—Sí, tienes razón, pero como no pasaba nada en especial, me relajé y no lo hice —añadió Irene sin excesiva convicción.

—Ya, pero los extras de este fin de semana no los he podido confirmar porque no sabía si volverías. Eres una cachonda. Te importa todo tres pepinos —dijo su compañera de espaldas a ella.

—No exageres. No estamos en época de trabajo. Por cierto, la que has liado con el DNI —dijo Irene con cara de asombro.

Maite volvió la cabeza sorprendida.

—¿Cómo sabes eso?

—Me llamó la poli. ¿Qué ha pasado exactamente?

—¿Te ha llamado la poli? —repitió Maite.

—Hace unos minutos —respondió Irene.

—Ya sabes, estos polis encuentran un DNI y piensan que has hecho algo. No sé, me lo robaron o lo perdí, no sé.

La mujer le contó la conversación con el *ertzaina*.

—Hubo un momento en que no me localizaban y pensaron algo raro. No sé exactamente por qué —agregó Maite—. Sin más. Y después me hicieron preguntas de con quién vivía y les tuve que decir tu nombre.

—A mí también me ha parecido un poco exagerado. Un DNI perdido o robado... No sé.

—Y tu novio tampoco contesta. ¿Te fuiste sola?

—Sí, sí. Yo le acabo de llamar y tampoco responde al teléfono. Tendré que ir a su casa —añadió soltándose el pelo.

—¿Qué tal has estado por Roma?

—Estuve en casa de mi amiga. Está en el centro. Me he puesto de *pizzas* hasta arriba, y la ciudad es una maravilla —dijo dirigiéndose al baño—. Me doy una ducha y voy a casa de Txiki.

Maite la vio desaparecer por el pasillo. Le pareció que su figura se había

redondeado, pero no podía afirmarlo con rotundidad. Su melena castaña también le pareció muy larga. Asimismo, le dio la sensación de que su maleta era pequeña para lo que ella habitualmente solía llevar de viaje.

—Por cierto —gritó Maite desde el salón, donde se había acomodado en el sofá—, dile a Txiki que a ver cómo tenemos la semana que viene. No te olvides. Yo hoy tengo un evento en el palacio de Miramar. Ahora, al mediodía. Volveré a la noche y hablamos.

—*Okey*, se lo diré.

El almacén que el grupo de *catering* Avocado poseía en las afueras de San Sebastián se parecía más a un estudio de producción de atrezzo para películas que a una empresa de alimentación. Se hallaba en una nave contigua a las propias instalaciones de cocina, y el olor a comida se filtraba a menudo. Había un aroma constante a comida en todo el lugar que competía con el propio, más parecido al de una carpintería con toques de pintura y pinceladas de productos de encolado.

El espacio ocupaba más de quinientos metros cuadrados y su altura era considerable. A ambos lados de un pasillo central se apilaban estanterías repletas de los más variopintos objetos. Algunos parecían perdidos en el tiempo. Muchos tenían una pátina de polvo. Otros se notaba que habían sido usados recientemente.

La sección de iluminación era grande. Lámparas de colores para recrear ambientes. Focos de gran potencia con sus trípodes correspondientes. Lámparas para crear escenarios y velas artificiales. Leds de apoyo enrollados en cintas de más de diez metros de longitud. Bombillas tan grandes que hacían de lámparas por sí mismas.

A su lado, todo tipo de telas y rollos de alfombras rojas y negras. Mamparas de madera conglomerada se apilaban por todos los rincones. Se podían observar en algunas esquinas de estas mamparas varias manos de pintura de distintos colores, testigos de distintos trabajos almacenados en su superficie.

La sección de plantas ornamentales, tanto naturales como artificiales, era una colección de tiestos grandes alineados. A su lado, dos secciones bien

diferenciadas: el taller de pintura y el de carpintería. Botes de pintura usados y nuevos. Una gran sierra mecánica presidía la sección, alfombrada con viruta de madera a su alrededor.

En la parte del fondo, un gran servicio y junto a este un set de maquillaje con todo lo necesario. Grandes espejos y mucha luz a su alrededor. Colorete, pintalabios y algodones desmaquilladores desordenados sobre la mesa. Brochas kabuki y lápices de ojos. Rizadores y pestañas postizas.

La sección de vajilla estaba dividida en cubertería de acero y de plástico. Platos de calidad se apilaban en enormes cajas de cartón. A su lado, y embalados en plástico, soportes pequeños para los banquetes de pie de diseños modernos. Mesas y sillas altas. Estas últimas, las más abundantes.

La sección de vestuario y delantales estaba tapada con plásticos transparentes y se podían reconocer desde los clásicos uniformes de camarera que se usaban en los eventos hasta trajes de goyescas, fracs, vestidos medievales, trajes de carnaval, vestidos de la tamborrada, calzado de fiesta, pamelas, chisteras y bombines.

Eso en cuanto a la parte bien organizada, porque, salpicados por todas las esquinas, los objetos más aparentemente inútiles daban el toque anárquico al lugar. Dos relojes de pared, rosas de plástico en jarrones del mismo material, cascos de la guerra de las galaxias y alguna espada láser, caretas de noches de Halloween, mesas altas de apoyo, mesas plegables, sillas de colores, paraguas con el logo de Avocado, cajas de pescado de madera, vitrinas de bombones, casetas de perro, máquinas de palomitas de feria enormes, bufandas blanquiazules de la Real Sociedad, platos de madera para servir el pulpo, cadenas, barras alargadoras de mesas, cuerdas y libros. Repartidos aquí y allá, equipos de música y bafles. Paelleras, cuadros pintados y lienzos en blanco.

Cada objeto tenía su pequeña historia. Un trocito de vida para el que fueron usados y diseñados. Un efímero momento. Segundos de inmortalidad en el recuerdo de los invitados que se fijaron en ellos. Después, el polvo se

encargaría de almacenarlo hasta que en algún momento se pudiera reciclar para otra actividad. Cosa que sucedía en contadas ocasiones. Permanecían allí como mudos testigos de un momento aislado en el tiempo. La mayoría tenía un destino incierto.

Andoni y Eduardo avanzaron hasta la parte final del recinto. Se oía a Carlos Salvador trabajar sobre la sierra calada en mitad del pabellón. El sonido del motor hizo que no se diera cuenta de la llegada de sus jefes. El cocinero le tocó la mano. El jefe de eventos se levantó las gafas de seguridad y apagó la máquina.

—¿Tienes unos minutos? —dijo Andoni sentándose a una mesa cercana a la sección de maquillaje.

Carlos se quitó los guantes y se acercó a la mesa.

—Tenemos el menú del *evento nuclear* —añadió con seriedad Andoni.

Los tres acercaron sus sillas.

—Bien. Venga, ¿qué has diseñado para el viaje a San Francisco? —dijo con entusiasmo.

—Creo que mi hermano ha sabido sacarle jugo —dijo Andoni con admiración al referirse a Eduardo—. Pero solo es un borrador. Todo está aún por decidir.

Eduardo suspiró ufano y comenzó a hablar:

—Serán veinte platos, más o menos, incluidos los postres. Y saldrán de las cuatro centrales —dijo—. He incluido la famosa sopa de almejas típica de San Francisco. Solo que la he miniaturizado —añadió con cara de complicidad—. El panadero nos hará los panes especiales.

Las reticencias iniciales al proyecto se reflejaron en su rostro como agua pasada.

—Sí, pequeños bollitos de pan vaciados y guardando la tapa, que irá rellena de sopa espesa de almejas. Un clásico de San Francisco, pero bien hecho —dijo con una sonrisa—. Según me he informado por gente que sí ha estado en la ciudad, la que hacen allí no sabe a nada. La nuestra sí sabrá. Os lo

aseguro. La rellenarán en una de las centrales según la vayan pidiendo. En la preparación previa, cada uno de los panecillos llevará unas tres almejas guapas. Es la caraba —dijo Eduardo—. He hecho una prueba, y después de zamparse la sopa se queda una especie de torrija con lo que queda del pan que casi está más rica que la sopa en sí misma.

—No es recomendable hablar de comida a estas horas —recordó Carlos. Eduardo sonrió.

—Además, haremos un cangrejo relleno. Otro clásico de los muelles de la ciudad americana. Con una pequeña diferencia. Aquí, trabajado a conciencia. Una especie de *txangurro* a la donostiarra. Igual lo hacemos sobre la cáscara de una nécora y así será individual. Ellos lo hacen sobre un cangrejo que no tiene la calidad del nuestro. El buey de mar tiene una profundidad de sabor alucinante.

—Eso sí que estará bueno —afirmó Andoni.

—Vamos con la segunda, la del puente Golden Gate. He visto la película, y en ningún momento sale nada de comida. Eso nos da un margen de maniobra amplio. Aquí nos apañaremos con un cocedero de marisco al momento y una plancha de marisco para contrarrestar el producto cocinado en agua. Habrá también una persona abriendo ostras al momento. Langostinos frescos, camarones gigantes, navajas (estas solo para la plancha) y cigalas grandes. Habrá bogavantes cocidos en una especie de salpicón. Esto último ya pelado y troceado. Preparado para que las personas que se acerquen se lo lleven sin tener que esperar. Esa central tendrá movimiento. Es la del marisco, normal. La que más afluencia tendrá, os lo garantizo —dijo Eduardo con una amplia sonrisa—. Estéticamente será como una gran pescadería.

—Eso es fácil, sin problemas —contestó Carlos Salvador.

—La siguiente central será la de la calle Lombard. Esta es fácil. He visto en fotos que en San Francisco hay muchos puestos callejeros de frutas frescas. Algunos cerca del puerto. Haremos eso y, a un lado, verdura cocida y pasada

por la plancha. Pero para preservar el sitio de humos lo pasaré por la plancha desde la cocina central, en el *backstage* —dijo Eduardo.

—Esta central será la más fácil de hacer —dijo Carlos—. Por mi parte, ya la tengo pensada. Flores por todos los lados en forma de zigzag. Y en cuesta. Las flores más cercanas al público serán las frescas y las alejadas, de plástico.

—Acuérdate de las hortensias —dijo Andoni.

—Sí, serán la mayoría. He hablado con el de la floristería y me ha dicho que esa cantidad de flores es complicada, pero que con antelación no habrá problema. En las fotos que me han pasado se ve que toda la calle Lombard está llena de ellas.

—Perfecto. ¿Y la central de los arbolitos?, ¿qué has preparado para la central de las secuoyas? Yo por mi parte ya lo tengo planificado —dijo Carlos.

—El de los árboles estará dedicado a vegetales y cosas que se encuentran en el bosque. Desde setas hasta caza. Acompañadas de bayas del bosque. Tendré también un plato de pasta rellena de hongos. Eso gusta a todo el mundo. Necesitaré bandejas de troncos de árbol donde se vean los círculos concéntricos de la madera.

—Sin problemas —dijo Carlos—. Las que me digas.

Eduardo, después de que Carlos hablara, se echó para atrás.

—¿Qué es lo que tienes preparado para esta central, Carlos? —preguntó Eduardo.

—Tú en ese contexto te imaginas cosas para comer —dijo el jefe de eventos—. Pero yo no. En el bosque, yo veo duendes, enanitos y seres mitológicos y criaturas mágicas. No te asustes, de ahí tendré que decidir cómo lo enfoco. Iré con cuidado para que no sea ñoño ni friki.

—Bien, confiamos en ti, pero primero decide todo bien.

—Tranquilos —dijo Carlos al ver a sus jefes con una mirada dubitativa—. Habrá también, y sobre todo, imágenes enormes de secuoyas. Al que más me

apetece ver cómo quedan es a mí.

—Bien, continúo. La central de la misión Dolores es la más difícil de concretar en cuanto a la comida. He pensado algo para compensar lo tétrico. La misión está al lado de un cementerio. Será la parte de los dulces y las frutas. Las típicas galletas de la fortuna, que, por cierto, nacieron en aquella ciudad, pero con envidia, que las originales son más sosas que ni sé. Todo el tema de helados. Torrijas y más cosas. Una tarta, o varias, con algo representativo de San Francisco. Todavía no lo sé. Algo divertido hecho con pastillaje o *fondant*.

—Yo, por mi parte, estoy diseñando también el atrezo de los uniformes de las camareras.

—Eso va a ser un *show*.

—Sí, habrá que vestir a más de cincuenta personas —dijo Andoni.

—Y peinarlas y maquillarlas.

—¿Ya has pensado cómo? —preguntó Eduardo.

Andoni y Carlos se miraron con complicidad. Eduardo los miró complacido y con curiosidad.

—Veo que ya lo habéis hablado.

Ambos afirmaron con la cabeza.

—Déjame que lo remate, solo lo tengo bocetado. El uniforme es una pasada.

Ese ambiente eufórico siempre se daba durante los prolegómenos de la preparación de los eventos. Y este era especialmente intenso. Después venían los cambios de humor, cuando había que pasar de la teoría a la práctica. Y cuando se conseguía el objetivo, volvían a tener otro subidón aún más intenso. Era el ciclo de siempre.

Salvo en las contadas ocasiones en las que las cosas no salían como habían esperado.

El informe sobre la aparición de un cadáver en el interior de un contenedor de basura calcinado dejaba claro que aquel acto era toda una declaración de principios —resumida ahora en varios folios— sobre lo que el autor del hecho pensaba sobre su víctima. Que era basura desechable. Pero había olvidado que, desde hacía tiempo, casi todo el residuo era reciclable.

Eso pensaba el subcomisario de la Ertzaintza Vicente Parra, que sostenía el informe como tantas y tantas veces había hecho con anterioridad en casos similares. Una serie de papeles con detalles técnicos de lo sucedido. Fotografías y croquis que mostraban con cierta asepsia un mundo interior tan oscuro como intrincado. El que lleva a una persona a decidir asesinar a un semejante.

Volvió a extender las últimas fotografías del cadáver sobre la mesa esperando a que sus dos colaboradores más cercanos, convocados para dentro de una hora, llegaran. Siempre lo había hecho, pero cada vez apreciaba más la soledad de su círculo más cercano. Y este era realmente escaso porque él lo había decidido así.

Pasó ese intervalo de espera mirando los detalles de las fotografías y releendo los datos que resumían el informe. Se detuvo en varios de los detalles finales. Eran taxativos y fríos:

Causa de la muerte: doble traumatismo craneoencefálico severo con hundimiento en ambos casos de la bóveda craneal. Origen del trauma: desconocido. Incineración *post mortem* provocada con líquido acelerante. Identificación del cadáver: negativa. Impresión de huellas dactilares: negativo. Reconstrucción del ADN: positiva sin coincidencias.

El resto de los datos se almacenaban en forma de detalles más precisos referentes al ADN y a otros parámetros médicos que el policía siguió también con interés.

La puerta sonó e hizo que Vicente levantara la mirada.

—Pasar, por favor.

Jaione y Jon Ander se acomodaron delante de él. No hubo prolegómenos.

—Este es el informe completo de nuestro calcinado amigo —dijo señalando el portafolio—. Tenéis un par de copias aquí —añadió señalando una esquina de la mesa—. Pero antes de que empecéis a trabajar en él vamos a ver si avanzamos algo con lo que ya tenemos. Con lo poquito que ya tenemos —remarcó.

—Bueno —dijo Jon Ander—. Hay varias cosas que ya hemos hecho —añadió con rapidez.

—Estamos filtrando la lista con los ocho nombres que aparecían en la libreta —dijo Jaione—. He contactado con tres. Otros tres no contestan. Y los que faltan, me dicen que ese número no existe. Tengo que contrastar la información. He quedado para mañana con dos de ellos. Pero me han adelantado que trabajan haciendo extras en restaurantes.

—Bien. Desconocemos el arma del crimen —dijo Vicente—. No han encontrado en el contenedor nada parecido al objeto que pudo ser el causante de las dos heridas en la cabeza, el que dejó la marca en forma de dos rayas de la que hemos hablado. —Se detuvo un momento y prosiguió—: Había multitud de objetos y desperdicios. Tenéis todo en el informe. Pero no había nada parecido a una barra de hierro con dos cantos o algún objeto contundente con esas características tan particulares. Podría ser que el homicida huyera con el arma en vez de abandonarla. No suele ser lo habitual pero no es imposible. Por ahora, esa curiosa marca en la cabeza en forma de doble línea es lo único que tenemos.

—¿Y el reloj de muñeca que encontramos en su antebrazo? ¿Puede servirnos de algo? —preguntó Jaione.

—Lo están mirando, pero me temo que no es nada exclusivo. Habrá que esperar a que lo analicen en profundidad.

—Pienso que, por ahora, la clave está en esta lista de nombres —dijo Jon Ander señalando las fotografías de la agenda—. Y en la cartera de Maite Abasolo.

—Espero que sea así, porque por ahora no tenemos nada más —lamentó Jaione—. Tú insististe con su amiga Irene, pero no nos aclaró nada. Son dos mujeres que trabajan de extras en hostelería. Nada más.

—Sí, y el número aparte es el de Susana Sánchez, la dueña de la empresa de *catering*. Y otra cosa a tener en cuenta es que nadie ha denunciado nada.

—Estamos en punto muerto. El cadáver podría ser que trabajara de extra, pero nada más. Si no hay denuncias de desaparición, tendremos que tomarnos con calma el asunto. La prensa por ahora no ha filtrado nada. Solo saben que un contenedor ardió hace unos días. Y, con toda lógica, no se han hecho eco de ello. Igual hace unos años sí habrían informado. Ahora no. Pero nada más. Tenemos que conseguir algo antes de que alguien descubra lo que tenemos entre manos.

—Irene, Maite y Susana son las personas que, aunque sea de manera casual, están relacionadas con el cadáver. Sin embargo, una estaba de vacaciones en Roma y las otras estaban trabajando en el momento del incendio.

—Que, según el informe, ocurre casi a la vez que la muerte. La hipótesis más plausible es que las dos personas, la víctima y quien lo asesinó, estuvieran cerca del contenedor vivas. Es decir, la hora de la muerte facilitada por el forense coincide más o menos con la del incendio del contenedor.

—Dos personas o más —replicó Vicente.

—Sí, claro, estamos hablando de un agresor, pero bien podría haber habido más gente —argumentó Jon Ander—. Podrían ser dos o tres, los agresores. Vamos a suponer que solo hubiera dos. Víctima y agresor. Por los tiempos que nos han dado el forense y el hallazgo del fuego, la víctima casi seguro que llegó viva al contenedor, o, por lo menos, murió cerca de él.

Jaione y Vicente atendían con interés a su compañero.

—Si tiene golpes en la cabeza, igual estamos hablando simplemente de una discusión que acabó mal. No parece un caso premeditado. Alguien se calentó y le golpeó. Entró en pánico y quiso deshacerse del cadáver al ver lo que había hecho.

—Pero eso no creo que sea así. Tú, por lo general, no tienes gasolina a mano para incendiar nada...

—... A no ser que tengas el asunto preparado —dijo Jaione.

—Efectivamente, hay una contradicción. Tú no tienes a mano gasolina para incinerar un cadáver. Si tenía un bidón a mano es que tenía preparada la acción de antemano.

Jaione afirmó con la cabeza.

—Porque no me creo que tuviera la sangre fría de después de matar a ¿un amigo o un compañero de trabajo?, o cualquiera que fuera la relación que los unía, bajar a la gasolinera más cercana, comprar un bidón de gasolina y volver a aquel lugar y acabar lo que dejó a medio hacer.

—Sí, lo que dices es verdad, pero no imposible. Yo mato a golpes a un tipo después de una discusión acalorada por las razones que sean. Lo meto en un contenedor presa de un gran nerviosismo. Pienso lo que ha pasado. Voy a una gasolinera y compro el combustible necesario para acabar la acción y destruir las pruebas que me pudieran incriminar. Siempre que se quema un cadáver es por esa razón.

—Podría ser —apostilló Jaione—. Lo meto desde el primer momento dentro del contenedor y, si actúo rápido y no tardo mucho, pienso que puedo solucionarlo quemando el cadáver.

—En ese caso, Jaione, tendríamos un pequeño hilo del que tirar —dijo Vicente al tiempo que se le iluminaba un poco el rostro—. Pero si el asesinato fue premeditado, esa pista se diluye. Eso, por desgracia es así. La gasolina, la tendría preparada. Pudo comprar la gasolina hace un mes o tres en cualquier gasolinera. Punto.

Jaione y Jon Ander escucharon con atención al jefe.

—Pero si no fuera así, la cosa se centra en que golpeó a nuestra víctima por un enfado gordo, la metió en el contenedor y después, a toda prisa, bajó a la gasolinera más cercana y compró combustible para deshacerse de posibles pruebas.

—Es clave el dato que nos ha dado el forense. Junto con los informes que nos dio el jefe de bomberos sobre la duración del incendio. Con ellos en la mano podemos afirmar que la muerte del individuo y su posterior quema coinciden con un margen de error muy pequeño. Nuestra hipótesis podría ser viable.

—¿Cuántas gasolineras hay alrededor del lugar donde quemaron el contenedor? —preguntó el subcomisario.

—Varias.

—La más cercana, la de la bajada de hospitales.

—La de la salida hacia Hernani por la misma carretera antigua en dirección a Galarreta, también —añadió Jon Ander—. Estará casi a la misma distancia.

—Y un poco más adelante, la que está a la altura del museo del escultor Eduardo Chillida. De Chillida Leku. Pero esa está más lejos.

—Sí, hasta allí tienes más distancia.

—¿Todas tendrán cámaras?

—Casi seguro que sí.

Txiki cayó desplomado sobre el asfalto. Perdido en el espacio. Los sonidos del entorno ahogaron cualquier ruido. «No puede estar pasando. Me habría podido defender », pensó haciendo caso omiso al intenso dolor que sentía. El segundo golpe se lo quitó de un plumazo. El escaso intervalo entre uno y otro golpe fue el resumen de su vida a cámara lenta. Su cuerpo pareció más pequeño aún. Sin embargo, el tiempo que tardó en recibir ese segundo golpe en la cabeza no superó un par de segundos. Curiosamente sus pensamientos duraron unos instantes más. Pocos. Suficiente para ser consciente, entre tinieblas, de la llegada de la muerte. También la de no haber llegado a sospechar que las personas que tenía tan cerca fueran capaces de hacer algo semejante.

Fueron sus últimos pensamientos. La muerte vino a buscarle y lo recogió entre sus brazos con la delicadeza que sus verdugos no habían tenido.

Después, las llamas lo inundaron todo. El resplandor anaranjado parpadeó a su ritmo.

Françoise se levantó y palpó el lado izquierdo de la cama. Estaba vacío. Miró su reloj. Vicente hacía un buen rato que se había ido a trabajar. Se levantó.

El sonido de la ducha del baño del fondo era constante, aunque Françoise no se percató del olor a jabón hasta el mismo momento en que pasó delante de la puerta. Un perfume de coco y un ligero vaho salía por la rendija de la puerta, que no estaba cerrada del todo. El agua llevaba un rato repiqueteando rítmicamente en el fondo de la bañera y no le gustó que dejara de hacerlo. Aquel sonido la relajaba.

De todas maneras, a ella también le apetecía una ducha. Así que Françoise repitió el ritual de todas las mañanas, pero con más rapidez. Después de ducharse en el baño pequeño y ponerse la ropa de calle, se reunió con su hijo en la cocina. Este, todavía con el pelo mojado y alguna gota de agua que había sobrevivido en los pelos de su barba, sorbía café de la taza. Las tostadas con mantequilla y mermelada de arándanos estaban recién hechas y se mezclaban con el aroma del café todavía humeante. Trozos de manzana reineta pelada y cortada se amontonaban sobre un plato sopero acompañados de un yogur líquido de fruta de la pasión. «La combinación perfecta», pensó Pierre, hundiendo la cuchara en el pequeño bol. Las mandarinas lucían con algo de brillo sobre un frutero, pero ninguno de los dos las probó.

Desayunaron en silencio casi hasta el final. Solo a requerimiento de su madre, por la hora que era, aquel silencio se rompió.

—Vamos bien de hora, *maman*, tenemos margen. Estate tranquila.

—Sí, pero no me fío del trayecto por la autopista. Y acercarse a la frontera a estas horas suele ser complicado. El tráfico es muy denso. Créeme, lo hago

todos los días. Venga, vámonos ya. ¿Tienes todo listo? El pasaporte, el dinero, el teléfono...

—Que sí, *maman* —dijo con suficiencia.

—¿Solo llevas esta mochila?, ¿nada más?

—No es pequeña —respondió Pierre medio riéndose—. Y lo que necesite de más lo compraré allí. Saldrá más barato que facturar una segunda maleta.

El coche, conducido por Françoise, se deslizó por el asfalto de la autopista en dirección a Irún. Fue más complicado circular por las salidas de San Sebastián que atravesar los escasos veinte kilómetros hasta el aeropuerto de Fuenterrabía. El ir y venir de vehículos fue bastante más fluido de lo que habían supuesto.

Alrededor del monte de Jaizquíbel, que escoltaba uno de los lados del aeropuerto, había una ligera bruma. El día estaba gris y fresco. Había llovido por la noche, pero la luz del día parecía haber detenido el agua. Durante el trayecto, madre e hijo no hablaron. Dejaron el coche en el *parking* del mismo aeropuerto. Pierre sacó la tarjeta de embarque y facturó su escasa mochila.

Madre e hijo se sentaron en los asientos de la terminal. Al fondo se podía distinguir con claridad, a través de un enorme ventanal, la pista de aterrizaje. Las escasas operaciones del pequeño aeropuerto daban una imagen de tranquilidad nada habitual en este tipo de lugares.

—No es necesario que esperes —dijo Pierre—. Vete ya para el curro si quieres. El avión está en hora y me han dicho que no lleva retraso.

—No tengo la clase hasta el mediodía. Y de aquí hasta la Kunsthal tengo solo cinco minutos —respondió la madre.

—Hemos venido un poco pronto.

—Es mejor esperar que perderlo. ¿Cuándo volverás? —añadió la mujer con una seriedad no exenta de preocupación.

—No lo sé. Lo pensaré desde allí. Depende de lo que haga. Tengo que ordenar mi vida —dijo Pierre con laxitud.

Su madre le cogió la mano y se la apretó. La acercó a sus labios y besó sus

dedos.

—*Maman*, no me voy a la guerra. Tendría que haber venido en taxi.

—No digas chorradas —replicó Françoise.

Hubo unos instantes de silencio, durante los que permanecieron con las manos cogidas.

—¿Tienes bien el enlace en Madrid? —agregó la mujer—. ¿O está muy ajustado?

—Bien. Tengo casi tres horas de margen. El vuelo de Aeroméxico sale diez minutos antes de las tres. Y los dos vuelos están en un mismo billete. Me han dado las dos tarjetas de embarque. Y la mochila va facturada hasta el aeropuerto de México. En Barajas no tengo que hacer nada que no sea leer este libro —dijo señalando la edición de bolsillo de *El secreto de Vesalio*.

Pierre miró a su madre. Tenía la mirada ausente.

—No sé por qué estás triste. Llevo mucho tiempo viviendo en París y todos estos años hemos estado viéndonos un par de veces al año. A veces, solo una.

Françoise no contestó. Su hijo la miró inquisitivo y le volvió a coger la mano.

—Me había vuelto a acostumbrar a ti —constató lacónicamente la madre.

La dureza, el pragmatismo y el optimismo que rezumaba la francesa eran siempre muy altos. Por eso, en los contados casos en los que la melancolía se adueñaba de ella, sorprendía aún más. Y su punto débil seguía siendo Mérida, Uxmal, su primer marido y el increíble parecido físico de este con su hijo Pierre, un parecido que, cuanto más tiempo pasaba, más se acentuaba.

Y Pierre ya conocía el percal. Cuando su madre se casó con Vicente, él era todavía un niño. Aquel día, sus abuelos se quedaron a su cargo. Y Françoise no quiso que asistiera a la boda con su segundo marido. Al principio no supo la razón, y, con el tiempo, Françoise se arrepintió de aquello. Y al joven le chocó ver aparecer a su madre con otro hombre. Que, aunque ya conocía de alguna ocasión, nunca se hubiera imaginado que pudiera llegar a ser el segundo marido de su madre.

Desde entonces, el camino había sido casi liso y sin baches. Pero desde hacía unos meses el orden de la mujer se había revuelto como una marejada. El volcán había vuelto a entrar en erupción porque nunca se había apagado completamente. Vicente, al borde de la muerte, y su hijo Pierre, en casa. Con su barbita y sus ojos negros y su mirada atrayente como la de su padre. Igualita. Y, lo que es peor, con una edad parecida a la que tenía su marido cuando murió. La sensación de estar al borde del abismo se había recrudecido.

El sonido del avión aterrizando rompió el momento con un estruendo sordo. Avisaron por megafonía de que la salida del vuelo a Madrid era inminente.

Françoise miró a su hijo.

—¿Estás bien, *maman*?

—Sí —dijo sonriendo.

—Como nunca te veo así de triste, me alarma. Y, además, sin motivo. Tú eres la persona más positiva que conozco.

Ella volvió a sonreír y se secó una lágrima incipiente del ojo.

—No pasa nada —dijo Françoise respirando hondo—. Es solo que te vas al lugar donde todo empezó y se me revuelve un poco el interior. Nada más. Desde aquel viaje con Vicente no he vuelto a aquella tierra.

Su hijo le pasó el brazo por el hombro.

—Y el recuerdo de lo bueno y lo malo que allí pasó —continuó la madre— es como una cicatriz que nunca dejas de perder de vista por completo. Ahí está, con los puntos laterales del zurcido. Se puede vivir con ella, claro. No afecta a tu vida. A veces hasta te olvidas por completo de su presencia. Pero de vez en cuando le da el sol y pica. Escuece por mucho tiempo que pase.

Pierre controlaba la cola de acceso al escáner de revisión de equipajes y dejó que su madre terminara de hablar. Ella se secó otras dos lágrimas que resbalaban ya por sus mejillas.

—Pásalo bien —dijo cogiéndolo la mano de nuevo—. Y ten muchísimo cuidado.

—Que sí, *maman*. No te preocupes —dijo apretando más fuerte la mano.

Ambos se levantaron y se despidieron en el control de pasaportes, y agitaron sus manos en alto en la distancia.

Françoise esperó hasta verlo desaparecer camino al avión atravesando la pista. Miró el reloj y vio que todavía tenía tiempo.

Subió las escaleras para ver desde la cristalera de la parte superior de la terminal. Se pegó al cristal como un niño viendo los aviones por primera vez. Observó, casi sin parpadear, cómo el avión aceleraba desde el final de la pequeña pista de despegue. El ruido del motor atronó, y el avión cogió velocidad. Justo en el momento exacto en que las ruedas soltaron el asfalto, Françoise notó que su cicatriz le escocía un poco más.

«Ojalá no encuentre lo que estoy segura que ha ido a buscar allí. No sería justo», pensó Françoise mientras veía alejarse la aeronave.

Dos lágrimas volvieron a asomar por sus ojos tímidamente.

Dos lágrimas volvieron a asomar por los ojos de Irene tímidamente. Maite dejó el bolso en la mesita después de llegar de trabajar del evento del palacio de Miramar.

—No sé dónde está —dijo Irene.

—¿Has llamado a alguno de sus amigos? No sé, estará por ahí. Aparecerá seguro.

—No sé qué hacer.

—¿No has hablado con él en ningún momento durante esta semana que has estado en Roma?

—Le he llamado tres veces. Solo la primera respondió.

—Vaya, para llamarle a él sí te has acordado de que existe el teléfono, pero para llamarme a mí, no tanto —le recriminó Maite con dureza.

—Tienes razón —dijo Irene con cara de culpabilidad.

—¿Has hablado con su padre?

—Sí, pero está muy mayor y se le va la cabeza. No sabe si la última vez que le vio fue ayer o hace un mes. Confunde los días, y la señora que le cuida me ha dicho que mientras ha estado con ella no ha venido nadie. Ha sido una conversación demencial. Su padre no sabe si es lunes o martes o sábado. No me ha aclarado nada.

Irene Arrizabalaga se sentó nerviosa en el sofá del piso que compartía con Maite Abasolo. Esta intentó tranquilizarla.

—Bueno, estará por ahí. Seguro que está por ahí.

Maite intentó tranquilizarla, pero su discurso era muy distante y opuesto a sus intenciones.

—¿Pero tú no tenías llaves de su casa?

—Hubo un robo en la vecindad no hace mucho y cambiaron las cerraduras. Eso me contó, por lo menos. No sé si será verdad o una engañifa.

—Y qué casualidad, se le olvidó darte las llaves nuevas —respondió Maite con ironía.

Silencio. Irene suspiró profundamente y volvió a hablar mientras se secaba las lágrimas:

—Ninguno de los amigos que a veces están con él sabe nada.

Maite trataba de calmarla, pero a su manera. El tono que usó fue duro y algo despectivo.

—No le des más vueltas, igual es este el momento. Aprovéchalo, por tu propio bien. Es una buena oportunidad.

—No sé de qué estás hablando.

—Joder Irene, de lo que muchas veces hemos hablado, coño. De dejarlo, hostia. De mandarle a tomar viento fresco. Este tipo es un impresentable. ¿No te das cuenta? Todavía no sé cómo puedes estar con él. Tú te mereces algo mejor.

Irene la miró y se secó las lágrimas.

—La mayoría de nuestros enfados son bobadas. Conmigo es muy cariñoso —dijo lacónicamente.

—Irene, tú eres una blanda. Un tipo te da un beso o te manda un corazoncito por el puto WhatsApp y tu cerebritito piensa que deberías estarle agradecida durante toda la vida. Un día tienes que espabilar, porque, si no, la vida lo va a hacer a golpes.

Irene no supo qué responder. Seguía sentada y en actitud bastante recogida.

—Una relación es un toma y daca. No una entrega sumisa a lo que la otra parte dice. Se puede bailar un rato al ritmo del otro, claro, pero no siempre. Tú tienes que tener tu propia vida, no una vida prestada y pendiente de las actividades de tu compañero. Lo hemos hablado mil veces. A mí, el tal Txiki...

nos viene muy bien porque colaboramos juntos en el asunto de las extras. Nada más. Como persona... es otra cosa.

Maite se sentó a su lado y le pasó un brazo por el hombro. Le acercó otro pañuelo de papel desde el centro de la mesa.

—Vamos, Irene, las cosas no son así. Cálmate y verás como Txiki aparece, pero me tienes que prometer que de ahora en adelante tienes que ser más dura. En general. Soy tu amiga y siempre pienso que la gente te pisa.

Irene no respondió y se volvió a tapar la cara con las manos.

—Venga. Ya verás como todo se arregla.

—Siento que esta vez es diferente —dijo secándose las lágrimas—. Los astros están en una confluencia extraña. Hoy no hay nada positivo. Igual mañana es diferente.

—Mira, Irene. Nunca te lo he dicho tan claro. Igual tienes razón en que hoy es un día cabrón. No lo sé. Pero puedes estar segura de que la razón no es porque los astros están alineados de ninguna manera. Eso son chorradas. No sé cómo una persona con estudios como tú puede creer en esas cosas. Los astros no nos influyen una mierda. ¿Me entiendes? —dijo alzando la voz y levantándose de la mesa enfadada.

Irene la miró con incredulidad. Maite pensaba que Irene, desde siempre, se había dejado llevar por el primero que le hablara de términos como adivinadores de futuro, horóscopos y energías. Maite siguió atacando:

—Eso no es ciencia. Por Dios, qué te hace pensar de esa manera. El grupo de yoga te está comiendo la cabeza. Si se dedicaran solo al yoga, harían bastante mejor. El proselitismo barato que hay aparejado a eso es simplemente una burla.

—A mí me sirve. Yo he encontrado mi energía interior. Y eso me ayuda.

Maite puso los ojos en blanco sin que su amiga la viera. Irene levantó la mirada. Respiró profundamente pensando en esas palabras, que Maite le había repetido una y mil veces, pero que nunca llegaban a calar en ella. El tono de voz que utilizaba su amiga era demasiado brusco para convencerla.

Irene siguió sin decir una palabra. Se secó las lágrimas y se acercó a la ventana con la mirada perdida.

—Verás como aparece para esta noche —dijo Maite—. Déjalo estar. Aparecerá, seguro.

Irene se dio la vuelta. Estaba seria. Ese cambio de expresión en su mirada fue inesperado para Maite. Lo que dijo a continuación sonó templado y convincente. Con aplomo.

—Me voy a denunciarlo a la Ertzaintza. Ya.

—¿Qué es lo que quiere denunciar? —le preguntó el agente de la Ertzaintza en la garita de acceso de la comisaría del barrio del Antiguo.

Irene informó al agente de sus intenciones. El policía la miró, pero no cambió su gesto ni un ápice.

—Me va a dejar su nombre y sus dos apellidos, y el número de su DNI, si es tan amable —requirió el agente—. Siéntese en los bancos del fondo, por favor, y enseguida la atenderá un compañero —dijo con una sonrisa amable pero seria.

El aviso, realizado a través del teléfono interno de la comisaría de la Ertzaintza, de que alguien había denunciado la desaparición de una persona hizo levantarse como un resorte al oficial instructor Jon Ander.

—Vamos a ver si hay suerte —le dijo a Jaione, su compañera de despacho, casi al mismo tiempo que salía.

—Llámame si me necesitas —dijo la mujer. Jon Ander asintió antes de cerrar la puerta.

Atravesó los pasillos de la comisaría y bajó a la planta baja, donde tenían los despachos de atención a la ciudadanía. Habló con uno de los agentes y se introdujo en un despacho. El agente hizo pasar a Irene.

La mujer vestía un pantalón vaquero y una cazadora granate. Su pelo estaba recogido en un pequeño moño. Su sonrisa era forzada. El DNI de ella estaba sobre la mesa del policía. Lo había tenido que dejar cuando entró en las dependencias policiales. Un requisito habitual en las denuncias.

—Usted es Irene... —dijo Jon Ander, parándose en seco al leer el primer apellido.

La miró de frente.

—Sí, Arrizabalaga —matizó la mujer.

—Sí, sí, lo estoy leyendo... Usted llamó aquí hace muy poco. ¿Me equivoco? Yo soy el oficial instructor Jon Ander Etxeberria. Creo que no es la primera vez que hablamos —añadió con amabilidad.

La mujer afirmó con expresión de sorpresa.

—Sí, ¿hablé con usted? —preguntó—. Claro, su voz me resulta familiar.

—Sí, efectivamente. Sobre el asunto de un DNI extraviado.

—El de mi compañera de piso. Me dijeron que lo habían encontrado. Usted me hizo una llamada perdida.

—¿Tiene algún dato nuevo que aportarnos? —preguntó el policía.

—No, no. He venido por otro asunto. Denunciar una desaparición. No tiene nada que ver con su llamada.

—Dígame.

—No puedo localizar a mi compañero.

El *ertzaina* pensó muchas cosas a la vez. Pero intentó ordenarlas mientras su cabeza trataba de empezar por el principio.

—Su compañero...

—Sí, llevamos saliendo ya un tiempo. Tenemos pensado casarnos dentro de poco.

—El nombre de su compañero es...

—Asier Ruiz. Le llamamos Txiki.

El policía anotó datos y empezó a preguntar.

—¿Qué le hace pensar que ha desaparecido?

—Llevo llamándole desde que he llegado de vacaciones. En su casa no está, y el móvil es como si no existiera. He estado hablando con más gente y nadie sabe dónde está. Tengo un mal presentimiento. Estoy muy preocupada. Txiki es mi vida. La persona que me apoya en todo —se sinceró—. Creo que le ha pasado algo. Tengo un mal presentimiento.

—No se preocupe. Va a ver cómo lo vamos a... trabajar —dijo Jon Ander

con la mejor de sus sonrisas—. Cállese. Cuando habla de presentimientos puede que tenga algo en concreto. ¿Es así?

—No. Solo una mala sensación.

—Prefiere esperar o quiere que cursemos la denuncia de desaparición. En muchos casos, la gente aparece —dijo el policía sonriendo—. La mayoría de las veces. Por desgracia, no siempre es así —se contradijo—, pero le pido que mantenga la calma. Empezaremos a trabajar cuanto antes.

—No lo sé. Estoy confusa.

—Tranquila. ¿Tiene usted alguna foto de Txiki?

—Sí, en el móvil —dijo la mujer mientras lo sacaba de su bolso.

Irene le pasó el móvil al policía. La imagen de Txiki era muy de cerca. Un selfi con la propia mujer. El fondo era irreconocible.

—Búsqueme otra en la que lo pueda ver de cuerpo entero. Seguro que alguna más tendrá.

La siguiente fotografía estaba sacada delante de una playa, pero el policía no reconoció el entorno exacto. El tal Asier era una persona bajita, de complexión musculosa y bastante calvo. Mirando con detalle, se apreciaba que estaba afeitado. Se podía intuir que era invierno. Un abrigo oscuro y una bufanda sin atar era su atuendo. Sonreía a la cámara. En la mano sostenía un paraguas.

—Está sacada en las playas de Normandía. Estuvimos de vacaciones hace un año. En invierno.

El policía resopló por dentro sin cambiar su expresión.

Pasados unos momentos, el *ertzaina* le pidió que enviase ambas fotos a una dirección de correo que le facilitó. La mujer lo hizo casi al momento.

—Deme más datos —insistió Jon Ander—. Edad, su trabajo, sus aficiones, en fin, todo lo que pueda ayudar a hacernos una idea de él. Detalles que usted crea que pueden ser relevantes. A nosotros podrían servirnos.

—Mide casi lo mismo que yo, y yo tengo un metro sesenta y siete. No suelo llevar tacones —dijo con una sonrisa—. Le llaman Txiki desde siempre. Tiene

un año más que yo. Treinta y tres.

Jon Ander seguía anotando en su libreta.

—¿Siempre lleva el pelo afeitado?

—No tiene mucho, y el poco que tiene, se lo afeita. Siempre le he conocido así. No llevaba bien las entradas que le suben por los laterales. Dice que afeitado está mejor. Y nunca se ha dejado barba.

—¿Alguna pertenencia que pudiera llevar encima siempre? O, por lo menos, habitualmente. No sé, calzado especial, ropa concreta, *piercings*. Pendientes o pulseras...

—Lleva siempre un reloj, es lo único. Lo lleva en la mano derecha. Nunca se separa de él. No tiene nada de lo otro que usted ha dicho.

Jon Ander anotó el dato. El siguiente dato que le dio la mujer no fue necesario que lo apuntara. Hizo que Jon Ander levantara la mirada, aunque supo mantener una expresión neutra.

—Tiene un tatuaje —dijo la mujer—. En el hombro derecho. En la parte de arriba de la espalda. Bajo el hombro.

El policía se recostó sobre el respaldo y escuchó con atención. Su expresión no cambió.

—Es un cangrejo grande. Un *txangurro*. Es muy bonito. Tiene unos colores muy logrados. Y debajo, la palabra «extra».

Jon Ander siguió sin anotar nada. Pero estaba perplejo. La mujer levantó la vista al verlo parado.

—¿Extra?

—Sí, es un juego de palabras entre los comienzos de su trabajo y su condición de aficionado al judo. Dice que siendo tan pequeñito le venía muy bien haberlo sido. Va mucho al gimnasio. Entrena casi todos los días. La palabra «extra» la utiliza como sinónimo de persona especial.

—¿Sabe dónde le hicieron ese tatuaje?

—Cuando yo le conocí ya lo tenía. Creo que fue en una tienda que hay cerca de su casa.

La mujer miró al policía. Empezó a sentirse cómoda. Guardó el pañuelo que tenía en la mano.

—Prosiga, por favor. Hábleme de su trabajo.

—Es camarero. Trabaja desde hace mucho tiempo en hostelería. Yo le conocí en ese ambiente. Dirigía un evento que tuvimos que hacer para una empresa de *catering* —añadió la mujer mientras, por primera vez, se le cortaba la voz—. Desde entonces hemos estado saliendo. Con nuestros altibajos, pero siempre hemos estado juntos.

La mujer se calló, y se produjo un silencio denso solo roto por el murmullo suave de la calefacción del lugar.

—¿Sabe de alguien que quisiera hacerle daño? —preguntó Jon Ander en tono muy serio—. Amistades que pudieran estar relacionadas con asuntos turbios o extraños o algo parecido. Alguien a quien le debiera dinero. Por asuntos de juego o apuestas, no sé. ¿Podría estar metido en algún asunto de drogas?

La respuesta de la mujer sonó triste.

—Txiki y yo lo único que hemos hecho ha sido trabajar. Partirnos el lomo para sacar unas perras —respondió con extrema seriedad.

Jon Ander notó mucha rabia contenida en la respuesta, pero prefirió no insistir. Imaginaba que ya habría tiempo para hacerlo. Solo lo anotó en una esquina de su libreta. Después tiró de frases hechas y de las palabras de ánimo absurdas y vacías habituales en estas circunstancias, aunque tan medidas que su discurso rayó en la frialdad.

—Irene, esté tranquila —dijo el *ertzaina*—. Verá como esto se soluciona. Vamos a hacer una cosa. La voy a citar a usted para mañana a la misma hora y podré darle más datos. Con lo que nos ha contado podemos empezar a trabajar. Esté localizable en todo momento por el teléfono —le pidió el policía—. En cuanto sepamos algo, se lo haremos saber. Le voy a pasar con un compañero para que termine de darle datos y para que rellene una pequeña

ficha con la denuncia. Insisto, esté con el teléfono activado en todo momento. Se lo ruego.

Ambos se levantaron y se dieron la mano.

Al despedirse, ante la puerta de entrada al despacho, Jon Ander no se atrevió a repetirle la frase de ánimo habitual que se les dice a todas las personas que pasan por el trance de tener un familiar desaparecido: «La gran mayoría aparecen sanos y salvos al poco tiempo».

Susana Sánchez apoyó la cara sobre el hombro de Manuela Cortázar. Esta le besó el pelo sin mirarla. El reflejo de la omnipresente pantalla del televisor mostraba un anodino concurso televisivo. Ninguna de las dos le prestaba la más mínima atención. Daba la sensación de ser un incómodo invitado al que se deja hablar, pero sin escucharlo.

El salón de la casa de Susana era grande, y desde allí podía verse la entrada de la puerta de la calle. Dos enormes sofás de tres plazas de cuero negro hacían ángulo frente al aparato de televisión.

Los ojos de Manuela absorbían la información de un libro. Los de Susana miraban ahora hacia la pantalla. Era incapaz de saber lo que estaba viendo. Su mente estaba a bastante distancia de la realidad virtual prestada por el aparato.

El evento de la semana que viene la tenía atrapada por completo. Una boda pequeña, de ciento veinte invitados. Pero lo habían tenido que preparar a conciencia. Un trabajo distinto. El novio le había pedido que ubicara la ceremonia en un lugar alejado por completo de los estándares. La boda se celebraría con una ambientación que reprodujera el Castillo del Inglés. En el rito intervendría un coro y la ceremonia se celebraría bajo el ritual de las lamias. Brujas buenas de la mitología vasca.

El viaje de novios de los recién casados saldría en dirección a varios lugares relacionados con el lugar de nacimiento de grandes poetas, justo al día siguiente del evento. Acabarían ese periplo en la capital de Chile, Santiago. Después pasarían varios días delante del mar. En Isla Negra. Él era poeta, y pasar parte de su luna de miel en uno de los refugios de Pablo Neruda había

sido una obsesión para él desde que empezó a ganarse parte de su vida escribiendo en verso. Le había contado, en las charlas previas que tuvo con él para contratar el evento, que el Pacífico rompe delante de la casa del poeta chileno con una virulencia asombrosa. El joven publicaba con una pequeña editorial. Y además, trabajaba en una asesoría laboral. Sus versos tenían una melancolía hermosa y densa, pero por sí solos no daban para comer. El viaje de novios era un ritual para conseguir que su magia se trasladase a sus letras. Y a su futuro matrimonio.

Susana recordó el menú que habían pensado para la ocasión, que se había preparado cuidando con esmero los platos de la cocina vasca tradicional.

A pesar de lo intrincado de la puesta en escena, Susana había aceptado encantada la propuesta. Esta había sido relativamente sencilla. El presupuesto, dentro de lo estipulado, era ajustado. Y los novios habían aceptado de buen grado el lugar para celebrarla. Se había intentado que el ayuntamiento les diera permiso para celebrarlo entre las ruinas del Castillo del Inglés, pero no se había conseguido.

La opción final que se había decidido era levantar una carpa sencilla en mitad del jardín de uno de los caseríos que la empresa Delicius alquilaba con frecuencia para celebrar los eventos para los que los contrataban. Eso era un punto de seguridad que permitía tenerlo todo más controlado. La ceremonia se haría en la catedral del Buen Pastor. Los novios le contaron a Susana que no se habían atrevido a hacerla en otro lado. Muchos familiares mayores no hubieran entendido que no se hiciera en una iglesia católica. Después, la cena sería otra cosa. Se celebraría a la sombra de una representación de las ruinas del Castillo del Inglés en un enorme mural. Desde ahí, los camareros, vestidos con sobriedad, darían la bienvenida y recibirían a los invitados. Los platos y la música, acordes al evento, harían de él un bolo relativamente sencillo y controlado.

Pareció como si Manuela le estuviese leyendo el pensamiento a su jefa.

—¿Estás pensando en el evento de...?

—Sí.

Ella abandonó la lectura dejando un dedo entre las páginas y miró a Susana.

—Está todo bajo control. ¿Te preocupa algo?

—No, no. Solo estaba pensando en la idea tan bonita que tuvo el poeta este. Qué tío más especial. Me da un poco de envidia. Se les ve tan enamorados.

—Por lo menos eso aparentan —replicó Manuela.

Susana la miró fijamente. Pareció que la estuviera escuchando con los ojos.

—Muchas de las veces que vinieron a hablar con nosotros se daban la mano como si fueran adolescentes. Se les veía con una empatía increíble.

—Luego vendrá la rutina. Por muy poeta que seas —repuso Manuela con realismo.

Susana la miró fingiendo sorpresa.

—Qué dura eres a veces, Manuela.

—No te creas. Solo vivo con los pies en la tierra. La rutina es el enemigo número uno de una relación. Por encima de cualquier otro. Seguro que, si saben superar eso, es entonces cuando serán felices.

La dueña de Delicius acusó sus palabras, aunque quiso pensar que no las decía de verdad.

—Veo que te has puesto la coraza de nuevo.

Manuela se acercó a su compañera y la besó en los labios con delicadeza.

—Soy así, lo sabes de sobra. He visto demasiado, así que procuro aprovechar el presente. Mi condición no pasa por alto nada de lo que he vivido. Digamos que estoy siempre en guardia. Me creo muy pocas cosas. Y cada vez menos. Pero intento no hacer una tragedia de nada de lo que pasa a mi alrededor. Solo vivo el presente. Para mí, el futuro es un regalo que sucede cada vez que, como cada día, el sol sale de nuevo por el oriente y todo sigue más o menos igual. Agradable.

—Eso es contradictorio con lo que has dicho antes. Es rutina.

Susana volvió a besar en los labios a Manuela. Casi interrumpe su última frase.

—Es tal la cantidad de cosas que pueden suceder para que la realidad de siempre cambie... que tengo la sensación de que, en mi caso, la rutina no existe. Procuero no adelantar nada.

Dejó el libro apoyado en el brazo del sofá.

—Y no te creas que no me da miedo estar tan a gusto contigo. Siento bastante vértigo. Pero he aprendido a vivir con eso. Existen tantas variables que, por encima de todo, vivo el presente.

—¿Y qué es lo que puede pasar? —preguntó Susana.

Manuela sonrió con suficiencia.

—Muchas cosas, de las más insignificantes a las más profundas. La relación de pareja es un invento del proceso reproductivo. Nada más. Los genes que nos hacen emparejarnos son instintos básicos. Contra eso, poco se puede hacer. En nuestro caso, un poco atípicos, nada más. Pero el amor y la fidelidad no son más que un invento adaptado para controlarnos y favorecer que eso suceda. Si no ves eso es que eres un poco ingenua —agregó Manuela.

—Deja de decir chorradas. Lo que dices es absurdo —respondió Susana.

—No lo es. ¿Por qué crees que a nosotras nos ven como nos ven? ¿Cuál es la lógica de eso? Ninguna. No existe. Somos egoístas y estar en pareja estable es, siempre, ceder en muchas cosas.

—Te diré una cosa. La rutina que tenemos nosotras, por ahora, me encanta. Ojalá dure mucho.

Susana se acercó y besó a Manuela en los labios con suavidad.

—¿Qué te parece si nos vamos a la cama? —dijo Manuela. Su sonrisa fue sincera.

Duró lo que ambas tardaron en darse cuenta de que algo sucedía.

Las llaves de la puerta de la casa de Susana sonaron afuera y, en un lapso extremadamente pequeño, la puerta se abrió. La acción real debió de durar unos ocho segundos. Pero a ellas dos les pareció menos de la mitad. Los segundos que tardó Susana en incorporarse, levemente sobresaltada, del regazo de Manuela y en abrocharse los dos botones superiores de la camisa.

Susana miró la hora en el reloj que presidía uno de los rincones de la estancia. Las diez y treinta y cinco de la noche.

—Pedro, no te esperaba hasta mañana —dijo su madre acercándose a su hijo y besándolo en la mejilla. El joven dejó la mochila en el suelo mientras besaba a su madre.

—Algunas clases de mañana se han retrasado. Uno de los profesores está de baja. Y las otras clases las adelanté yo ayer para no tener que quedarme mañana solo por esas —contestó Pedro.

El hijo de Susana observó a Manuela, que permaneció sentada en el sofá, de reojo por encima del hombro de ella. Volvió la cabeza y se saludaron sin alharacas. Madre e hijo desaparecieron en dirección a la cocina.

—¿Has cenado? ¿Quieres que te prepare algo? Tengo un poco de pisto que me ha sobrado de esta mañana. Te lo caliento —insistió mientras abría el frigorífico y sacaba el táper.

—No, no, mamá. He tomado un bocadillo en una gasolinera. No tengo hambre —respondió su hijo—. Igual algo dulce. Un yogur de esos de fruta de la pasión.

Su madre se lo ofreció solícita.

—Por cierto, me tienes que dejar algo de tela, tengo las ruedas traseras del coche ya para cambiar.

—¿Cuánto necesitas?

—Cien euros por cada una más o menos. Son las de atrás. Consume mucha rueda en la tracción.

—Luego te doy.

—¿Por qué está Manuela aquí? —preguntó su hijo Pedro.

Su madre tardó en contestar un segundo, pero fue el tiempo necesario para responder con incomodidad.

—Estábamos repasando un evento que tenemos que dar dentro de unos días y que es un poco complicado.

—¿A las once de la noche? —preguntó el joven con seriedad estirando la

hora hacia el lado que le interesaba.

—No son las once —respondió la madre con una sonrisa—. Son apenas las diez y media —aclaró contrarrestando el tiempo para dirigirlo hacia sus intereses.

—¿Con el televisor encendido repasáis el currelo?

—Acabábamos de encenderla. Ya hemos terminado. Se va ahora.

—No concuerda esto con lo que hablamos el otro día de empezar a trabajar menos.

La voz de su hijo le recordó a la de su padre. Sobre todo, el tono. Era tan parecido al de su exmarido...

—Y lo estoy haciendo, pero el trabajo está subiendo y hay que aprovechar y...

—¡Susana! —interrumpió la voz de Manuela desde el fondo de la sala. Esta se levantó cuando la vio llegar por el pasillo. Se había puesto el abrigo y la bufanda gris con rayitas blancas—. ¡Que aproveche! —dijo con media sonrisa al pasar por la cocina. Pedro asintió con la cucharilla en la mano—. Yo me voy ya —dijo dirigiendo su mirada a Susana.

—Te acompaño —respondió esta bajando los ojos.

—Buenas noches —añadió Manuela dirigiéndose al joven. Este levantó la mano para decirle adiós. Ellas se alejaron por el largo pasillo hasta la entrada de la casa. Susana se aseguró de que su hijo estuviera todavía en la cocina antes de hablar. Aun así, miró una vez más a hurtadillas desde el fondo del pasillo antes de hablar:

—Ya lo siento, Manuela. Siempre viene los viernes a la tarde. Siempre. Estos chavales son imprevisibles —añadió Susana en voz extremadamente baja mirando de soslayo el final del pasillo.

—El mundo gira a su bola. Un claro ejemplo de lo que estábamos hablando hace un ratito.

Susana afirmó con la cabeza y sonrió ligeramente.

—Tendría que haber llegado una hora más tarde y habernos pillado en la

cama —afirmó con seriedad Manuela—. Hubiéramos solucionado el problema. De un plumazo.

—Igual hubiéramos creado otro mayor.

—Si de verdad crees eso es que a lo mejor tu hijo tiene uno bastante más grande de lo que pienso. Y tú también.

Susana resopló e hizo un gesto con la mano para que bajara el tono de voz. La miró y se percató de sus ojos lánguidos.

—No te vayas seria.

—No me voy seria. Hace cinco minutos lo decíamos. Yo pensaba pasar la noche contigo. Estaba todo bajo control. Pero no. Hoy no va a poder ser. ¿Ves como es difícil? Todo cambia en una décima de segundo. Adelantarse a los acontecimientos es una locura que casi nunca funciona.

Susana escuchaba con cara de circunstancias, pero se mantenía pendiente del pasillo.

—Esto es lo que hablábamos el otro día —insistió Manuela en voz muy baja—. Hace ya unos años que pasé de los treinta y no me gusta andar así. Nada más. Me apetecía pasar la noche contigo. No estar como unas adolescentes que se esconden de sus padres. ¡En este caso, de sus hijos! —Rio forzosamente.

Susana la cogió de la mano, pero no dijo palabra.

—Solo eso. No creo que sea pedir demasiado. ¿No te parece?

Susana volvió la cabeza al oír ruido al final del pasillo. Estaba iluminado por la luz de la cocina y, desde allí, se podía oír la voz de su hijo, que había empezado a hablar por el móvil.

—Hablaremos mañana —respondió Susana volviendo su mirada hacia la casa nuevamente.

—Mañana he quedado con Maite. Ha dicho que intentará venir con Txiki. Para el bolo del Castillo del Inglés —se excusó Manuela.

Manuela se acercó para darle un beso, pero Susana la rechazó volviendo su mirada al final del pasillo, donde se hallaba su hijo.

Manuela comenzó a bajar las escaleras con gesto arisco.

Solo bajó dos escalones. Susana, en un rápido movimiento, la alcanzó y la sujetó por la espalda. En décimas de segundo, la giró sobre sí misma y la besó en los labios furtivamente. Después volvió sobre sus pasos y le lanzó un beso con la mano, mirando antes si su hijo seguía en el fondo del pasillo. Manuela sonrió de medio lado con la mano apoyada en la barandilla.

Susana cerró la puerta de su casa con una expresión de felicidad en la mirada. A pesar del incidente, seguía sintiéndose cómoda en aquella situación. El comentario de su hijo, desde la cocina, al verla aparecer de vuelta, le hizo perder esa sensación de control:

—¿Ahora te traes el trabajo a casa?

El llanto del bebé se apaciguó con el suave traqueteo del cochecito nada más salir del portal. Françoise miró al cielo desconfiada, pero, para su alivio, confirmó sus pronósticos. Algo de frío, pero nada de lluvia. Estaba siendo un final de otoño muy seco.

Avanzó por la calle con la mirada puesta en su nieto Martín. Pensó que el curioso mecanismo de balanceo para callar a los bebés era efectivo. «A estos chiquitines les va la marcha», concluyó mientras le subía la mantita y le ajustaba el gorro. Parecía un enanito durmiendo en su seta preferida. Levantó algo la capota para evitar la brisa y prosiguió.

A la altura de la LIBRE RÍA, su nieto estaba ya profundamente dormido. Françoise sujetó con cuidado la puerta para entrar sin que diera golpe. La bisagra chirrió levemente.

Se oyó el mecanismo automático que se activaba cada vez que alguien entraba. Alberto reconoció la música esperanzadora de un posible cliente. Ese sonido le hizo levantar la mirada. Cerró el libro de cocina que estaba leyendo y sonrió. Saludó con la mano desde el mostrador.

Su madre dejó el pequeño vehículo en una esquina y le puso el freno. Avanzó cuatro metros. Se giró para asegurarse de que estaba bien aparcado. Dos mujeres y un hombre husmeaban entre las estanterías del local ajenos a su entrada.

—Ese *txoko* es perfecto —le dijo Alberto mientras besaba a su madre.

—¿Cómo por aquí? Es un poco pronto.

—No, tranquilo, no pasa nada, es porque me ha llamado tu padre —respondió su madre girándose sobre sí misma para no perder de vista el

cochecito en ningún momento—. Me ha dicho que ha salido antes de la comisaría y que quería que saliéramos a dar una vuelta con él —respondió señalando el cochecito.

—¿Has quedado con el *aita* para pasear? —preguntó sorprendido.

Ambos se miraron con complicidad.

—Algo está cambiando en la cabeza del señor subcomisario —añadió con retintín Alberto. Su madre le devolvió la expresión y afirmó con la cabeza.

—Nunca es tarde —respondió su madre—. Parece que la llegada de Martín le ha hecho ver las cosas de diferente manera.

—No sé si ha sido eso o lo de haberle visto las orejas al lobo en la visita obligada que tuvo que hacer a la UVI del hospital.

—Probablemente, será una mezcla de las dos cosas.

—¿Cómo ha ido esta mañana en el aeropuerto?

—Bien, ha salido a la hora, y al mediodía me ha mandado un mensaje desde Madrid. Que estaba en la cola del embarque hacia México —respondió Françoise—. Y que cortaba porque ya estaba entrando en la pasarela de acceso. Tardará en llegar, aquello está muy lejos.

Esto último lo dijo en un tono apagado.

—Estará bien. No te preocupes, *ama*. Él nació allí y tenía que volver. Me lo dijo así de claro el otro día.

«Él es mexicano solo de casualidad», pensó su madre, pero por unos instantes supuso que parte de su personalidad se debe al olor y el calor de aquel país. Y eso puede no ser tan nimio como parece a primera vista.

—No sé, me da miedo que se vaya allí —respondió después de haber meditado su respuesta—. Supongo que sabe lo que hace —agregó sin excesiva convicción.

—Lo estaba necesitando —insistió Alberto—. Lo hemos estado hablando todo este último mes. Mi hermano mayor lo es en todos los sentidos, y lo que ha hecho es de valientes.

—O de inconscientes.

—Venga, *ama*. No seas injusta.

—No sé muy bien a qué va allí. Tiene una edad para haber sentado la cabeza —añadió con expresión adusta—. Y el asunto de dejar el trabajo me parece una locura. Después de tantos años dedicados a sacarse la licenciatura. De la pintura, a no ser que sea la de brocha gorda, no se puede vivir. Él es biólogo. No sé...

—Él sabrá encontrar su camino. Además, ha dicho que tiene un remanente para estar un tiempo pensándolo. Que lo que estaba haciendo se lo podía permitir.

—El dinero se esfuma si no lo repones. Por muy abultada que esté la cartera. La vida, si todo va bien, dura demasiado. Y, si no quieres trabajar, hay que vivir de lo acumulado. No sabes lo larga e incómoda que se puede hacer si no te llega el dinero.

Vicente asomó por la puerta en cuanto Françoise terminó aquella frase. Saludó levantando la mano, pero no se acercó inmediatamente a ellos. Se quedó un buen rato mirando a su nieto. La baba de ambos, la real y la ficticia, se cruzó por la comisura de los labios del bebé y por la de los pensamientos del subcomisario. Françoise se acercó por detrás y besó a Vicente por la espalda.

—Las dudas de cuando te enteraste de la paternidad de tu hijo parece que se han disuelto —le susurró su mujer sin dejar de mirar también a su nieto.

Vicente afirmó compartiendo la mirada con la de su mujer.

—Nunca pude imaginar que el sentimiento fuera a ser como cuando nace un hijo tuyo. Es distinto, pero igual de intenso.

Dejó a la abuela mirando al bebé y se acercó al mostrador. Besó a su hijo. Chocaron sus manos como buenos colegas.

Desde que murió su padre, Vicente tenía la sensación de que debía recuperar el tiempo que no supo dedicarle a sus hijos, sobre todo al pequeño Alberto. Su afán por el trabajo en la policía autonómica y su meticulosidad en la realización de su cometido en ella lo habían absorbido demasiado. Y,

cuando descubrió muchas de las cosas que su padre, Martín, mantenía escondidas, fue demasiado tarde. Y aquello le dio rabia por no haber sido capaz de verlo antes. Solo fue capaz de hacerlo cuando no tenía remedio. Con su padre fue siempre muy distante.

Ver nacer a su nieto le había hecho cambiar la forma de ver muchas cosas, y tenía la sensación placentera de que a través de él podía arreglarlas.

—¿Cómo va la comisaría? —preguntó su hijo.

—Funciona sin mí casi tan bien que conmigo. Igualito.

Alberto sonrió.

—Nunca te había oído esa frase —añadió.

Aquella contestación delicadamente irónica hizo que Vicente pensara que iba por el buen camino.

—Me llevo a tu madre a pasear. Volveremos a la hora de cerrar —agregó mientras se alejaba.

—Y esta, tampoco —añadió su hijo casi entre dientes.

Françoise se despidió de Alberto con la mano mientras ella y Vicente salían. Se alejaron en dirección al cauce del río Urumea, que estaba cerca de la librería.

Las hojas se amontonaban en una esquina del paseo del río. Hablaron de sus dos hijos, y Françoise volvió a recordar a su hijo Pierre que, de la noche a la mañana, y teniendo ya la edad para no hacerlo, había pasado a ser una de sus preocupaciones.

—Tu hijo tiene la edad suficiente para saber los riesgos que corre con sus acciones. Es su vida y son sus decisiones —respondió en voz alta el subcomisario a los pensamientos de su mujer.

Françoise tiraba del carrito de su nieto y lo hacía sin dejar de mirarlo y a la vez sin dejar de escuchar a su marido. En silencio. Un silencio solo roto por el tráfico cercano al río.

Anduvieron por el paseo hasta el final del cauce fluvial. El espigón que escoltaba la parte derecha de la desembocadura frenaba el ímpetu del mar

Cantábrico. Llegaron hasta la parte final y olieron el aroma a salitre. Justo detrás de ellos, los cubos del palacio de congresos del Kursaal se alzaban desafiantes. Se detuvieron a ver el espectáculo de las olas, que por cotidiano no dejaba de ser atrayente.

—Tienes razón. Pierre representa una parte de mi vida muy especial —se sinceró la francesa—, y el celo que tengo con él igual no lo tengo con nadie más de la familia. Los momentos más duros de mi vida los pasé cuando él era un niño.

Vicente miraba la canasta de su nieto fijamente. Pero no perdía detalle de las palabras de su mujer.

—Tú llegaste en el momento oportuno —le dijo su mujer con la mejor de las sonrisas—. Pero, hasta llegar tú, lo pasé muy mal. Es muy difícil contar a un hijo que su padre ha... muerto. En aquellas circunstancias. Y más cuando solo tiene cuatro años. Y convivir con él como si no hubiera pasado nada. Las sonrisas las tienes que sacar de las tripas para que no se te note que por dentro estás muerta. Y además...

Vicente la miró con atención, pero sin despegar los labios. Solo asentía con la cabeza mientras veía las olas romper en el espigón. Pocas veces la francesa hablaba de eso. Pero, al sentir que su primer hijo estaba en aquellas lejanas tierras, las brasas de parte de su vida se habían vuelto a reavivar. Y más aún al presentir que Pierre iba en busca de algo que intuía, pero que solo ella sabía.

—Es injusto y cruel, pero es así —dijo agarrando a su marido por la cintura.

El batir de las olas contra las rocas del espigón se sumó al momento. Apoyados en el muro, y con la playa de la Zurriola a escasos metros a sus pies, divisaron a los surfistas esforzándose en coger las olas, y ambos pensaron que estas eran una metáfora de los momentos buenos de la propia vida. Qué difícil era cogerlas y qué poco duraban. Pero, si lo hacías bien, el placer que te proporcionaban era muy grande. Y debías volver a nadar y a

esforzarte para intentarlo de nuevo. Tenías que aprovechar el momento. Igual que sucedía en la vida, cada ola era distinta y tenías que adaptarte a ella, porque si no te engulliría y te lo haría pasar mal.

Martín se despertó y asomó una mano por encima de la mantita que lo tapaba. Su abuela lo cogió en brazos mientras lo tapaba con la misma manta.

—Mira, Martín, esto es el mar —le dijo ajustándole el gorrito—. Se llama Cantábrico, y es tan bruto como noble. Igualito que los habitantes a los que moja.

Vicente miraba absorto la escena, con sus ojos puestos en aquellas diminutas manitas y en los patucos que asomaban por debajo de la mantita. Eran azules.

El sonido vibrante del teléfono de Vicente interrumpió aquel momento. Al ver la procedencia de la llamada, se apartó un par de metros. Françoise lo miró pensando que la actitud de su marido al querer acompañar a pasear a su nieto era muy positiva y prometía. Pero también que todavía quedaba mucho por hacer.

El oficial instructor Jon Ander habló sin preámbulos.

—Tenemos la identidad del hombre que encontramos en el contenedor. Su nombre es Asier Ruiz. Hay que confirmarlo, pero creo que ya está.

Después de que Jon Ander le contara brevemente la denuncia de desaparición, Vicente se apoyó en el muro de piedra pensativo.

—Hemos quedado para mañana con su novia, la tal Irene, que es la que ha puesto la denuncia —agregó su ayudante.

—¿Le habéis dicho algo?

Jon Ander resopló con desgana.

—No, todavía no sabe nada. Mañana se lo diremos. No he querido adelantarle nada sin comentártelo antes. Jaione se ha puesto a buscar datos de la identidad del tal Asier, cosas que no nos hubiera dicho su novia, y acaba de empezar.

—Hoy ya no podemos hacer nada —dijo Vicente—. ¿A qué hora has citado

a la mujer?

—A las doce del mediodía. Lo he hecho para que nos dé tiempo a averiguar algo más.

—Bien. ¿Tiene familiares más directos? ¿Padres, hermanos...?

—Irene me ha dicho que no. Solo el padre, pero está en una residencia con alzhéimer. Por ahí poco podemos hacer.

—De acuerdo. Mañana hablamos.

Colgó el teléfono y lo guardó en el bolsillo de la cazadora. Pensó de nuevo que, efectivamente, sin él, la comisaría funcionaba.

«—¿Qué antigüedad tienen?

—Unos dos mil años o más.

—¿Los seres vivientes más viejos que existen?

—Creo que sí. ¿No había estado aquí antes?

—No.

—¿En qué está pensando?

—En todas las personas que han nacido y han muerto mientras los árboles seguían viviendo.

—Su verdadero nombre es *Sequoia sempervirens*.

—Siempre verdes. Siempre vivos.

—No me gusta.

—¿Por qué?

—Porque me recuerdan que tengo que morir.

—Aquí está el tocón de una de estas secuoyas. Con su historia.

—En algún momento de estos nací yo... Y aquí he muerto. Solo fue un instante. Una vida. Nadie lo advirtió.

—Madeleine, ¿Dónde está usted ahora?

—Aquí, con usted.

—¿Dónde?

—Entre los árboles altos. Aquí nací.

—¿Estuvo aquí antes?

—Sí.

—¿Cuándo nació?

—Hace mucho tiempo.

—¿Dónde? ¿Cuándo? Hábleme Madeleine, hábleme.

—No.

—Dígame qué le sucede ¿Adónde va?

—No puedo decírselo.

—¿Qué la aleja de aquí?

—Cuando se arrojó a la bahía de San Francisco no sabía dónde estaba. Lo adivinaba, pero no lo sabía.

—No me tiré, no. Usted dijo que me caí. Dijo que me caí.

—¿Por qué se arrojó? ¿Por qué se arrojó?

—No puedo decírselo.

—¿Qué había dentro de usted que la hizo saltar? ¿Qué?

—No, por favor, Scottie.

—¿Qué? Madeleine. ¿Qué?

—Por favor, no me pregunte. Lléveme lejos de aquí.

—¿La llevo a su casa?

—A algún lado donde haya luz. Y prométame que no me volverá a preguntar. Prométamelo.»

Un ruido. Al oírlo, Carlos Salvador detuvo con el botón de pausa la película. Desde su antiguo DVD, la imagen de los actores James Stewart y Kim Novak quedó congelada en el bosque de los árboles milenarios en la pantalla del televisor. El diálogo se detuvo. Cerró la carátula de la película. La palabra *Vértigo* resaltaba sobre una espiral roja.

Miró a la persona que estaba entrando en el taller. Andoni Armendáriz saludó con la mano a su empleado. El jefe del taller de Avocado terminaba de anotar detalles de las imágenes que acababa de ver. Tenía dibujos de los vestidos que usaba la protagonista en varias de las escenas de la película. En otro grupo de papeles aparte, encima de la mesa contigua, tenía apuntes relacionados con uno de los edificios. Y también de los coches que se habían usado en la película y un póster muy grande y alargado de la revista *National*

Geographic en el que explicaban los micromundos que se formaban en las secuoyas.

—Estaba revisando la película. Había algún detalle que se me había escapado.

—¿Cómo vamos de tiempo?

—Bueno, lo tengo casi todo muy avanzado. Te resumo: de las cinco centrales que habrá en total, está casi todo completo. La de la calle Lombard y la del Golden Gate están ya listas. De la de las secuoyas me falta un par de detalles, y la de la misión Dolores está también casi terminada. Estoy empezando a pintar parte de las secuoyas cortadas. Y el holograma de los dos árboles gigantes está casi terminado. Será impresionante.

Andoni miró alguno de los dibujos.

—Y estamos dentro del presupuesto que planteamos entre nosotros, para sacar algo de rendimiento a esto.

—Espero —respondió su jefe.

—Todo eso ya está avanzado. Lo que me está dando problemas es cómo representar la famosa misión española donde se desarrolla la última escena de la película, la del suicidio. La misión San Juan Bautista.

—La del asesinato.

Ambos se miraron fijamente. La frase les sonó dura. Inusual para la preparación de una celebración.

—Eso quería decir. La manera más fácil será un andamio en forma de torre del campanario y de una altura de unos diez metros. Los planos ya los tengo acabados. Luego rodearemos todo con planchas dibujadas, así que la torre quedará muy resultona. Las arcadas de delante del campanario irán dibujadas sobre el muro de la central nuclear. Primero pintaré la parte que vaya a utilizar del muro con pintura blanca y, cuando se haya secado, haremos los arcos. Con una buena pintura resaltarán y tendrán profundidad. Estoy pensando que deberíamos empezar a trabajar en el lugar bastantes días antes del evento.

—Sí, unos cuantos. Y lo podemos hacer. Me dijo que podíamos estar en la

central los días que necesitemos. A mí me preocupan muchas cosas. Sobre todo, los grupos electrógenos. Sin ellos, no hay evento.

Carlos lo miró y vio en su rostro una mueca de preocupación.

—Eso y un millón de cosas más —dijo sonriendo con empatía—. Pero estate tranquilo, que todo va saliendo.

—Claro que sí.

—Otra cosa. Te he terminado el diseño de los vestidos de las camareras —dijo Carlos hurgando entre grandes papeles—. Mira.

Andoni sostuvo el diseño de los vestidos de las camareras.

—Son los que usa Kim Novak en la película.

—Usa muchos —rebató Andoni.

—Creo que este es uno de los más bonitos y, además, el más práctico para lo que estamos buscando. Está sacado de los diseños que hizo la diseñadora de vestuario de la peli, Edith Head. También colaboró Roselle Novello... Edith Head fue una de las grandes modistas del Hollywood de aquellos años. Tenía la magia típica de la época. Puro glamur. Toda la película es una exhibición de esa modista, y eso se refleja especialmente en los vestidos de Kim Novak. Cuando ves las cosas en profundidad, encuentras muchas más. Ocurre en todo.

—Eso no lo sabía. ¿A qué vestido te refieres, en concreto?

—Justo al de la escena que estaba viendo ahora —dijo señalando la pantalla—. Esa en la que están en el bosque de las secuoyas. Es un vestido elegantísimo de color negro y con guantes largos a juego. El abrigo es blanco y contrasta a la perfección. Lo llevaremos, pero será un poco más ligero del que aparece en la película. Ah, y un fular negro. Vaporoso y muy elegante también.

—¿Calzado?

—Zapato de tacón no muy alto. Negro.

—Claro, pues si no protestarán las camareras.

—Acuérdate, el suelo es de asfalto, no tendremos problemas. Andaremos con cuidado con la altura del tacón. No quiero que nadie se haga un esguince.

Andoni tomó en la mano el dibujo del vestido.

—¡Qué preciosidad! —exclamó—. Y, sobre todo, qué elegancia. Flipa con los vestidos de la época. Eran puro atractivo. Glamur de primera.

—Tienes toda la razón. La modista era una artista. Hay muchos vestidos en la película. La primera vez que sale Kim Novak, lo hace con un vestido largo alucinante. De color verde y con un escote palabra de honor que quitaba el hipo, pero no muy práctico para trabajar de camarera —dijo con una sonrisa Carlos.

—Habrá que hablar con Txiki para cerrar las extras ya y poder ajustar las tallas.

—Sí, eso es clave. Lo del peinado lo tengo ya hablado. Será el recurrente peinado que sale en el retrato de Carlota Valdez y que James Stewart obliga a Kim Novak a llevarlo al final de la película. Ese con el pequeño remolino a un lado. Sale en la película como seña de identidad de la protagonista. Y es un guiño al vértigo que sufre el policía, por el parecido visual.

Silencio.

—Va a salir de la hostia —afirmó Andoni con la mirada perdida en el dibujo del vestido tras haberse mantenido callado un buen rato.

Los trazos de Carlos sobre el papel, copiados del diseño original del vestuario de la película, daban al traje unos vuelos y una plasticidad que atraía.

—Otra cosa. He conseguido algo muy especial.

Andoni lo miró con curiosidad.

—A estas alturas no me asusto de nada. Suéltalo. Otra sorpresita. ¿Qué es?

—He conseguido el coche que conduce Kim Novak en la película. Pero tengo un problema de presupuesto. Me piden quince mil euros por disponer de él durante el día del evento.

—¡Joder! ¿Has conseguido el coche de la película?

—No es la misma unidad, claro, pero sí es el mismo modelo. Del mismo año e idéntico color. Una reliquia de coleccionista. Un tipo de Madrid que es

un pirado de los coches de época me lo ha ofrecido. Lo encontré en internet, por casualidad, mirando cosas de la peli. En la foto que me ha mandado se ve que es el mismo. ¿Sabías que después del estreno de la película el color que más se vendió de ese modelo era precisamente el verde caqui? Es un Jaguar MK VIII de color verde oscuro de 1957. Pero no solo pasó con los coches de esa marca. Ese tono verde tan concreto se puso de moda en aquellos años. Mucha gente cambió la tonalidad de sus coches por esta en concreto —dijo señalando la fotografía del vehículo—. Y no solamente de sus coches. Fue una buena publicidad para el verde caqui.

Carlos hizo una pausa, tras la cual, concluyó:

—Por lo demás, está casi todo muy avanzado.

—Esto del coche es mucho dinero. Lo tengo que hablar con el pirado que paga todo esto. A ver qué dice —respondió el jefe.

—Hacer este evento está siendo una locura desde el primer momento. Una maravillosa locura —dijo Carlos.

Andoni lo miró con preocupación.

—Tienes razón, pero ya estamos embarcados en el proyecto y no podemos echarnos para atrás —respondió el jefe.

—Sí, y además me gusta. El entorno es un poco tétrico. Mezcla de gótico y algo más. Me recuerda a las películas de Tim Burton. Cóctel de modernidad y negrura misteriosa.

El jefe de Avocado levantó la mirada. Carlos prosiguió:

—Yo ya había visto *Vértigo*, claro, pero ahora que he tenido que verla con detenimiento me ha dejado pensativo.

—No sé qué quieres decir —afirmó Andoni—. Aunque lo intuyo.

—Joder, yo estoy encantado de diseñarlo, eso que quede bien claro. Pero me parece una locura preparar una boda que tenga como ambientación una película que habla de traición, asesinatos, premoniciones y reencarnaciones. Es muy morboso, ¿no te parece? Te recuerdo que el subtítulo de la peli es *De entre los muertos*. Es morboso.

—Hay gente muy rara. Pero, si te soy sincero, a mí me pareció lo mismo que a ti desde el primer momento. Vamos a hacer una cosa, Carlos. Y lo vamos a hacer sobre todo de cara al imprevisible de mi hermano Eduardo. Es muy sensible a todo esto. Prométeme que no vamos a hablar de estas cosas hasta que hayamos terminado el evento. Prométemelo.

Carlos afirmó con la cabeza y le ofreció a su jefe una mirada tranquilizadora.

—Sabes que no me gusta la palabra premonición —añadió su jefe—. Casi siempre se refiere a cosas malas. Pero, desde que contratamos este evento, tengo una bien positiva y te la voy a decir ahora mismo: esto va a salir fenomenal.

—Claro que sí —dijo Carlos—. El día se acerca.

La noche había transcurrido de manera muy tranquila. Pero el día había comenzado de manera muy rara. Nunca el subcomisario de la Ertzaintza Vicente Parra se había levantado pensando en la jubilación. Ni un solo día lo había hecho desde que entró a formar parte de la policía autonómica. Y para él fue una sorpresa. No se lo creía del todo. Incluso había pensado en querer conocer desde ya con cuánta pensión se quedaría si se jubilara anticipadamente. Sonrió sentado en el borde de la cama. Se sintió cansado. Le estaba costando recuperar el tono después del disparo. Una verdad evidente. El paso forzado por la UVI de un hospital no te deja en forma, precisamente.

Se mesó los cabellos. Los alborotó con ganas de no creerse lo que estaba pensando. Él, un doctorado *cum laude* en obsesión por el trabajo, estaba mirándose a sí mismo al espejo y con la mente situada en cuándo debería llegarle la jubilación. Vislumbrando la meta de su vida laboral cuando jamás se lo había ni siquiera planteado.

La ausencia de sonidos en la casa le recordó la recientísima marcha de su hijastro Pierre. Volvió a pensar que, después de haber estado con él unas semanas, la casa volvía a sostenerse sobre su mujer y sobre él.

Recordó que Françoise le había comentado que iba a empezar a insinuar a su hijo Alberto que se tomasen un fin de semana de descanso. Que con su novia se fueran a descansar a algún hotel rural. Que ellos se encargarían de su nieto. Y le había parecido una buena idea. Nunca se hubiera imaginado eso de sí mismo. El día anterior había empujado el carrito por primera vez y se había notado a gusto haciéndolo.

El silencio se rompió al ver aparecer a su mujer, que acababa de salir de la

ducha. Françoise llevaba una escueta toalla blanca rodeando su cuerpo. La melena corta y de color caoba estaba mojada. La toalla apenas le tapaba las piernas. Sus hombros al descubierto brillaban con el aceite corporal que se acababa de extender. La mujer dijo, con cara risueña:

—Me acaba de mandar un mensaje Pierre. Que ya está allí, en el DF, y que lo ha ido a recibir su amigo al aeropuerto. Que se iba a meter en la cama ya.

—Creía que te habías ido, no te había oído.

—Ayer me confundí al mirarlo. Creía que tenía clase a primera hora, pero hasta las once no entro.

Vicente se fijó en su figura, y su mirada llevaba sensaciones añadidas. La mujer se acercó y, abriendo las piernas, se sentó entre las suyas.

—Pero a lo mejor a ti te apetece entrar en otro sitio —dijo ella—. Podemos jugar a ver si el motor funciona. Lo pondremos al ralenti y después confirmamos que podemos ir más rápido. Sin llegar a la zona roja. No es necesario que aceleremos como si estuviéramos en carrera. Si tienes el permiso del médico para ir a currar también puedes conseguir el permiso para echar un polvete. Lo último te lo doy yo misma.

Vicente la besó en los labios con suavidad.

—Creo que tienes razón.

—¿No te he dicho que desde que tienes la titulación de abuelo estás más interesante que antes? Bastante más.

Vicente sonrió con cierta picardía y abrazó a su mujer sin contestarle. Esta se deshizo de la toalla, que cayó al suelo con bastante más aplomo que si estuviera seca. Su cuerpo desnudo se pegó contra su torso con delicadeza.

Vicente pensó que el cuerpo de su mujer había envejecido de manera increíblemente dulce. Le pareció bastante más atractiva que cuando la conoció. Con la mayor delicadeza, le besó los dos pechos. Los lamió como quien saborea un chocolate. El cuerpo de ella respondió, y sus pezones contestaron contrayéndose. Olía a gel de ducha y a aceite corporal de coco y canela. Su preferido.

Vicente le arañó la espalda. Uno de los puntos débiles de su amante. Esta le quitó la camiseta y comenzó a jugar con el pecho del policía.

—Dile a tu camarada de ahí abajo que se ponga a tono, que la voy a poner a trabajar —dijo acariciándole el cuello—. Espero que no se haya olvidado de cómo se hace —añadió con provocación.

—Está preparada —respondió el policía con una sonrisa—. Dale un minuto. No más.

—Tienes tiempo, ¿verdad? —le dijo la mujer.

—Hasta las nueve tengo tiempo. Más que suficiente.

Vicente notó la carne de gallina recorriéndole todo el cuerpo. Los mechones húmedos de Françoise tocaron con sensación de frío sus hombros mientras ella lo besaba en los labios. Pequeños mordiscos se juntaron entre el ruido de la calle y con las humedades, todavía mantenidas en forma de pequeñas gotas del agua de la lluvia enlatada del cuarto de baño. Y el gel de baño, con el aroma graso del coco y de la picante canela envolviendo curvas de blancura en un cuerpo rendido sobre las piernas de Vicente. Y las caricias en los lóbulos de la oreja daban cosquillas y risitas contenidas. Los dedos señalaban sin marcar. Rozaban sin escocer.

Aquello se volvió muy duro y juguetón. La escena tuvo mucho de primera vez. De haber pasado por el infierno y volver a vivir y a gozar.

Françoise notó que le costaba menos rodearlo con los brazos. Pasó las manos por todo su cuerpo, y la sensación de hacer el amor con su marido por primera vez tras el disparo fue una percepción renovada que casi había olvidado desde entonces. Tras décadas de placer habitual, estaban retomando una sensación nueva y extremadamente placentera. El juguete con el que estuvo a punto de dejar de jugar había vuelto. Y funcionaba, brillante y engrasado.

El aceite de oliva aromatizado con pétalos de rosa lubricaba la situación. Y también servía para chupar omegas saludables en cualquier esquina donde se posase. Una comunión entre salud y placer.

Pero ambos se dieron cuenta enseguida de que, pasados los primeros

momentos, el ritmo de los movimientos estaban acomodados a años de experiencia de la buena. Ella se mantuvo encima de él y lo obligó a tumbarse en la cama medio tapado por una de las sábanas.

Se fundieron en uno prestándose mutuamente los cuerpos. Era la primera vez que lo hacían desde la visita a la antesala de la muerte de Vicente, y la mujer lo estaba tanteando. Le chupó la cicatriz del pecho y pasó la lengua por aquella barba medio cana sin afeitar. Raspando y curando heridas del pasado. Y notó el tacto maduro de su hombre sobre su piel recién duchada y pulcramente pulida.

Los jadeos acabaron en grititos juguetones y cómplices, gracias a la experiencia de saber qué botón tocar, qué palanca subir, qué caricia deslizar por qué sitio en concreto. Y funcionaba como un reloj suizo.

El final fue un intercambio de posturas, y él acabó encima de ella. Al cabo de unos instantes, Françoise se incorporó sobre él y pasó su melena casi seca por la herida del pecho.

—Era lo último que me quedaba por comprobar para saber si el coche estaba del todo arreglado. Por lo que acabo de ver, lo está —comentó la mujer con simpatía.

Vicente, tumbado de lado, afirmó con una sonrisa.

Desayunaron en la cocina unos huevos fritos, zumo de naranja y yogur líquido de fruta de la pasión. El subcomisario se levantó nada más terminar, pensando con recelo que igual ese podría ser el primer día de toda su dilatada vida laboral que llegara tarde al trabajo.

Pero en un segundo, pero poco a poco, como si fuera a cámara lenta, toda la cocina se fundió a negro.

Françoise no tuvo tiempo de sujetar su cuerpo. Intentó hacerlo, de manera instintiva, pero no lo consiguió. Al estirar el brazo en un movimiento brusco, lo único que logró fue tirar de un manotazo el vaso con zumo que había cerca de Vicente. Gotas naranjas cayeron desde el borde de la mesa encima del

cuerpo inerte del policía, manchando el centro de la camiseta que llevaba puesta.

Françoise se agachó al suelo gritando contenidamente su nombre. Apartó la silla de un empujón y agarró su cabeza. Volvió a gritar su nombre, pero bastante más fuerte.

—¡Vicente! —repitió varias veces sin saber qué era exactamente lo que estaba ocurriendo.

Solo fueron unos segundos los que tardó en abrir los ojos, pero a Françoise le parecieron horas. A duras penas consiguió que caminara para sentarse en la cama donde hacía unos minutos habían estado jugando e imaginando que todo estaba superado.

—Estoy bien —dijo el subcomisario, tumbado sobre el lecho—. Solo ha sido un mareo. No me acuerdo.

—Ha sido nada más levantarte —dijo la mujer con la preocupación instalada en su rostro.

Vicente resopló varias veces.

—He visto cómo perdía pie, y no podía hacer nada. Ha sido una sensación muy extraña. Como si me quedara sin fuerzas y fuera a caer desde una altura. Me duele aquí —dijo señalándose en un costado.

Françoise le levantó la camiseta y pudo observar un rasponazo y algo de un moratón que se estaba formando. Estaba cerca de su cicatriz.

—Lo he visto. Te has dado contra la esquina de la mesa. El moratón es por eso. ¿Te encuentras bien?

—Sí. Solo ha sido un mareo. De verdad, estoy bien.

—Vas a subir ahora mismo a urgencias a que te miren.

—Ni hablar, imposible, no puedo, tengo muchas cosas que hacer. Voy a llegar tarde a la comisaría.

—Bien, mire —dijo la médico de urgencias—, todas las pruebas que le hemos hecho han dado negativo. Habrá sido un mareo sin importancia al cambiar de

posición o algo parecido. Con estos análisis en la mano, por ahora, no puedo decirle más. No veo nada fuera de lugar. Que se tome las cosas con más calma aún de lo que lo está haciendo. Que vaya poco a poco ganando peso y se acerque a sus ochenta kilos habituales. Todavía está muy delgado —dijo la doctora con seriedad—. Le recomiendo que se tome de nuevo la baja.

Françoise y Vicente escuchaban en silencio en una pequeña consulta de urgencias del Hospital Universitario de San Sebastián.

—Las cosas, a veces, van más lentas de lo que parece. Hay veces que pensamos que estamos al cien por cien, pero no es así. Relax y buena alimentación. Le sugiero que vaya a su médico de cabecera... digamos... en un mes. Por supuesto, en caso de que no vuelva a tener un episodio como el de hoy. En ese caso, no dude en volver. Creo que se recuperará por completo en poco tiempo —insistió la médico con la mejor de sus sonrisas.

La pareja salió del recinto hospitalario. Françoise ayudó a su marido a subir al coche. Condujo ella de vuelta a casa. E hicieron todo el camino en silencio. Llegaron a casa, y el subcomisario se sentó en el sofá.

—Me he saltado la primera clase, pero creo que llego a impartir la segunda. ¿Sobrevivirás sin mí? —dijo Françoise acercándose y besándolo en la mejilla.

Este le sonrió de medio lado.

—Yo comeré allí en la escuela, pero tú tienes comida en el frigo. Hay un poco de *tabulé* y filetes de lomo de cerdo para freír. También unas naranjas muy dulces —añadió la mujer mientras se alejaba—. Volveré a la tarde.

El subcomisario levantó la mano.

—Y ni se te ocurra moverte de ahí —agregó con media sonrisa.

Después de que se oyera el sonido de la puerta de la calle cerrándose, la casa se sumió inmediatamente en el silencio.

Vicente sintió que el piso se le hacía muy grande y no supo qué pensar. El episodio de hacía unas horas lo había dejado pensativo.

Tardó en reaccionar cinco minutos, que se le hicieron muy largos. Pero,

enseguida, su cabeza se marchó a la comisaría y sus manos se abalanzaron sobre el móvil. El teléfono de su lugar de trabajo solo emitió dos tonos.

—Comisaría de la Ertzaintza, *ezadazu*.

—*Kaixo*. Soy Vicente. Pásame con Jaione Egia o con Jon Ander Etxeberria. La musiquita de espera sonó mientras la llamada se transfería.

—Vicente. ¿Qué tal estás? —Se oyó la voz de Jaione desde el otro lado de la línea—. Desde que me llamó tu mujer han pasado casi tres horas y estaba preocupada. ¿Estás todavía en urgencias?

—No, ya no. Todo controlado —contestó su jefe—. Estoy en casa hace un rato. Estoy bien. Solo ha sido un mareo. Ha sido al levantarme. Me han hecho pruebas. Que todavía estoy muy flaco —dijo con una sonrisa—. No te preocupes. Casi seguro que iré mañana. El médico quería darme la baja. Le he dicho que no.

—Sí, claro. Si tienes que cogerla, hazlo, no te preocupes. Yo prefiero que estés aquí, pero esto funciona sin ti —agregó Jaione.

Al terminar la frase, le sonó áspera, y la agente intentó suavizarla. Unas palabras alejadas por completo de la imagen dura de los policías. Una frase que le recordaba que los policías son, además, personas. Y ríen y lloran como todo el mundo.

—Contigo las cosas van mejor engrasadas y se ven más diáfanas. Pero primero es tu salud.

—Gracias, Jaione —respondió Vicente al cumplido.

La frase le sonó familiar, y pensó que se lo habían dicho ya varias veces. La misma oración para decirle a su interior que el trabajo era una especie de engaño, que lo puede hacer cualquiera. Que nadie es imprescindible. Y eso no le gustó, y menos que se lo dijera una persona más joven. A pesar de que esa persona fuera Jaione, una de sus compañeras más brillantes. Posiblemente, en un futuro no muy lejano, la persona que se haría cargo del puesto de subcomisario que ostentaba Vicente ahora.

—Habéis estado hablando con Irene Arrizabalaga, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y?

—Jaione, Irene Arrizabalaga acaba de llegar. Habíais quedado, ¿verdad? — preguntó a través del teléfono interior del recinto el agente de la Ertzaintza que se encontraba en la entrada de la comisaría—. Creo que es la misma que vino ayer, ¿no?, la de la desaparición.

—Sí, es la misma. Hazla pasar a la sala uno. Enseguida bajamos.

—Viene acompañada —dijo la agente.

—Sí, lo sé. Se lo he pedido yo.

Jaione se quedó pensativa. Se sentó en la silla del despacho de Vicente y recogió varios papeles que tenía allí. Pensó que igual un día ocuparía ese cargo. Pero lo hizo sin ninguna sensación especialmente placentera. Su cabeza volvió al comienzo de la mañana. Su marido, Pello, le había vuelto a decir que la familia tenía que aumentar. Y lo hizo justo cuando ella salía de casa y él se quedaba a cargo de su único hijo. Hoy no tenía guardería, así que los dos hombres de su vida se habían quedado en el caserío que Jaione tenía a medias con su hermana. Aquel caserío en Andoain era el lugar ideal para criar a su hijo. Rodeado de manzanos. También para que su marido encontrara la calma y ensayara con el carísimo piano que habían instalado en una de aquellas enormes habitaciones. Su cargo de solista en la orquesta de Euskadi lo requería. Pero Jaione no lo veía claro. Su trabajo era muy importante para ella, y no se sentía preparada para un nuevo embarazo que la mantuviera alejada de su puesto.

Esa intimidad familiar de los pensamientos que tenía en esos momentos era inoportuna. Pero aquello no era más que un mecanismo de defensa frente a la dura entrevista que la esperaba. Había notado que siempre ocurría así. Ante

una conversación de este tipo con los familiares más allegados de una víctima mortal, en la que las escenas desgarradoras estaban aseguradas, Jaione se evadía un momento minutos antes del chaparrón que la esperaba.

Respiró hondo, aún con la imagen de su marido y su hijo en la cabeza. Cuando abrió la puerta, ambos desaparecieron de un plumazo. Se dirigió hacia el despacho de Jon Ander y llamó. Este levantó la mirada.

—Ya han llegado.

—Te acompaño, ¿verdad?

—Sí. Yo creo que sí.

Jon Ander recogió unos papeles y se unió a su compañera. Ambos oficiales salieron del despacho y recorrieron el largo pasillo. Después, un ascensor los llevó a ambos hasta la planta baja. El número uno en la puerta los detuvo durante un momento. Luego, Jaione accionó la manilla y la puerta se abrió. El telón que oculta a los vivos, sufriendo y llorando bastante más que los muertos, se abría.

Irene estaba sentada en una de las dos sillas con reposabrazos situadas ante la mesa de la oficina. La otra la ocupaba su compañera de piso Maite.

Los cuatro se saludaron con seriedad dándose la mano. Los ojos de Irene delataban unas ojeras incipientes. Los policías se sentaron al lado de ellas, sin el parapeto de la mesa en medio. Una posición de las sillas que se prepara de esa manera, sin obstáculos, siempre que hay que dar noticias de ese calado. La «posición de la muerte», la llamaban entre ellos. Los psicólogos de la policía, entre ellos Jaione, la conocían muy bien.

—¿Han encontrado a Txiki? —preguntó a bocajarro Irene.

La expresión de los dos *ertzainas*, extremadamente seria, hizo que ambas mujeres los miraran con el rostro temeroso.

—Le he pedido que venga acompañada porque no tengo buenas noticias que darle —dijo Jaione con mucha seriedad al tiempo que se inclinaba para estar lo más cerca posible de las dos mujeres. No fue necesario decir ninguna palabra más.

—¿Está muerto? —preguntó Irene.

Maite la miró cogiéndola de la mano.

—¿Es eso? —insistió la mujer apretando la mano de su compañera—. Joder, está muerto —añadió con el rostro desencajado.

El silencio de los policías hablaba por sí solo.

Maite la rodeó con el otro brazo mientras la mujer rompía a llorar tapándose la cara. El silencio de los agentes no hacía sino acrecentar la sensación de derrota total. Pero no se podía hacer otra cosa. Cuando se dan estas noticias, las posibilidades de hacerlo de otra manera eran inexistentes. La habitación blanca y anodina de una comisaría era el escenario del teatro habitual donde se comunicaban las muertes violentas. Alejadas por completo de las muertes consensuadas en el lecho de la vejez. Pero los actores no eran personajes, sino personas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Maite intentando consolar a su compañera de piso—. ¿Están ustedes seguros de que es Txiki? ¿Qué ha pasado? —insistió Maite.

Los policías asintieron con la cabeza respondiendo a Irene.

—Tenemos incluso su ADN. También la certeza de que es la persona que estábamos buscando desde hacía unos días —dijo Jon Ander interviniendo por primera vez.

—¿Cómo desde hacía unos días? Pero si yo puse la denuncia ayer. ¿Por qué dice eso? —preguntó Irene con la voz entrecortada y deshecha en un mar de lágrimas—. Igual no es él.

—Tenemos datos suficientes para asegurar que sí es él.

—Quiero ver el cadáver —dijo Irene en un tono apenas audible.

Los policías se miraron.

—En cuanto se pueda, lo harán. No se preocupe. ¿Tiene algún familiar más directo? Padres o hermanos a los que podamos avisar —preguntó el policía.

Irene no dejaba de sollozar.

—No. Solo vive su padre, pero se le ha ido la cabeza y está en una

residencia. Él solía ir a verla muy a menudo —intervino Maite mientras a su vez contenía las lágrimas y la voz se le cortaba.

Solo tuvo tiempo de abrazar con más ahínco a su amiga. Acabaron por derrumbarse las dos. Unidas como una sola persona.

La voz de Maite cambió después de respirar en profundidad. Sonó muy dura e intentó desafiar a los policías diciendo, con rabia contenida y con voz pétrea:

—Ustedes sabían esto desde hace tiempo. Desde que me llamaron con la pérdida de mi carnet. ¿Quieren hacer el favor de decirme lo que de verdad ha pasado?

El relato duró muy poco. Jaione contó con sinceridad parte de lo que hasta ahora sabían. Explicarlo se hizo especialmente doloroso cuando los policías tuvieron que relatar el estado de calcinación en que se encontraron el cuerpo.

—Queremos ver el cuerpo —dijo de nuevo con rabia Irene secándose las mejillas—. Lo quiero ver ahora mismo. Ahora mismo —repitió agachándose sobre sus rodillas y empezando a llorar de nuevo.

—Eso por ahora no va a poder ser. Pero le garantizo que en cuanto lo podamos hacer se lo permitiremos. Confíen en nosotros. Todavía está siendo sometido a pruebas forenses.

—¿Quién ha podido hacerle esto a mi Txiki? —Irene golpeó con rabia su rodilla con el pañuelo que tenía entre las manos.

Tras varios minutos, ambas mujeres se sintieron un poco más relajadas. Jaione aprovechó el momento.

—Solo quiero que vean esta fotografía. Le ruego solo que me diga si el tatuaje que se ve en la espalda y la palabra que hay justo debajo corresponden a su novio.

Maite sujetó la fotografía y se la acercó a su compañera de piso. Las dos se quedaron petrificadas, y solo pudieron asentir con la cabeza. A Irene se le quebró la voz al intentar afirmar con palabras. Sin embargo, pronto su interior lo aceptó, con una extraña serenidad, y empezó a hablar:

—Fue una persona muy cercana —empezó a decir Irene bajo la atenta mirada de su amiga—. Y cariñosa, muy cariñosa. Un cáncer auténtico. Personas locas y soñadoras, pero leales. La constelación de cáncer se ha quedado huérfana —añadió con una inquietante quietud—. Él era pequeño, igual que su constelación —añadió de corrido.

Maite la volvió a agarrar poniendo los ojos en blanco. Los *ertzainas*, por su parte, se miraron sin comprender exactamente de qué hablaba. La situación era muy tensa y no daba para más, así que Jaione decidió cortarla. Con su mejor tono, dijo:

—Necesitamos más datos de su novio, pero vamos a emplazarles para mañana a la misma hora, que estarán más tranquilas. Sé que no es agradable en estos instantes, pero necesitamos su ayuda para encontrar a la persona que ha hecho esto. Y tenemos que darnos prisa.

Maite asintió con la cabeza, mientras que su amiga no dejaba de sollozar en tono contenido.

—Solo una pregunta más. ¿Saben dónde vivía Asier Ruiz?

Al escuchar la dirección, Irene asintió y dejó de llorar.

—Sí, es esa.

—Pero ¿usted no tiene llave de su domicilio?

La mujer negó con la cabeza.

—¿Te parece normal que Irene no tenga la llave de la casa de su novio? — preguntó Jon Ander mientras jugueteaba con el sobre que contenía la orden del juez que les permitía el acceso al domicilio de Asier Ruiz.

El coche camuflado de la Ertzaintza, conducido por Jaione Egia, circulaba por la estrecha carretera cuesta arriba en dirección al barrio de Igueldo, en la cima del monte del mismo nombre. Llovía un sirimiri extremadamente fino, que salpicaba de brillos los pequeños charcos que reflejaban los faros del coche. Había anochecido muy pronto. Pensaron dejar el registro para más adelante, pero ambos habían preferido tener algo más que ofrecer para cuando su jefe, Vicente Parra, volviera al día siguiente.

—No lo sé. Desconozco demasiadas cosas de este asunto para poder contestarte.

—A mí me parece un poco extraño.

—No es imposible.

—Lo sé, pero me parece raro. Salían juntos. Lo lógico es que tuvieran llaves. No son críos.

—Puede ser. Pero a lo mejor esta mujer no nos ha contado toda la verdad. O, aunque no fuera mentira, simplemente es su particular versión de los hechos. Hay veces que una parte dice que son novios y la otra parte te cuenta que solo salían de vez en cuando. Lo habrás visto muchas veces.

—En este caso concreto, la otra parte no contará nada —afirmó Jon Ander con brusquedad.

Jaione afirmó con la cabeza y en silencio.

Aparcaron al comienzo de una calle. Solo se cruzaron con un hombre con el

paraguas abierto que ni siquiera los miró. El barrio de Igueldo estaba casi desierto. Se respiraba la tranquilidad de un día entre semana de finales de otoño.

Se detuvieron delante de una fila de villas adosadas y estuvieron hablando un rato con el encargado del mantenimiento. Él tenía acceso a las llaves de toda la comunidad, que guardaba en una caja fuerte. Con las llaves de las dos cerraduras de la puerta de casa de Txiki en la mano, prometieron avisarlo cuando terminaran. Contestaron con sequedad evasiva a las preguntas indiscretas de la persona que cuidaba el entorno.

—En una hora estaremos de vuelta y le devolveremos la llave —le dijeron al encargado mientras se alejaban.

Todas las villas tenían un pequeño jardín en la entrada. Unos treinta metros cuadrados de rellano rodeado de seto alto hasta llegar a la puerta de entrada, a la que se accedía subiendo un par de escalones. La fachada era blanca y algo horadada por la acción del mar cercano. Desde allí se podía observar la oscuridad total del Cantábrico, apenas salpicado por algún faro y por las luces de los barcos en la lejanía.

La villa contigua tenía una luz encendida, pero la casa a la que se dirigían estaba completamente a oscuras. El pequeño jardín de la entrada tenía un aspecto impoluto. Jon Ander se lo hizo notar a Jaione, y su compañera asintió sin dejar de mirar nada a su alrededor. Tenía en un lado un pequeño mandarino, pero sin fruto. La iluminación se volvió aún más escasa cuando llegaron ante la casa. La mujer sacó una linterna e iluminó el pomo de la puerta. Se pusieron unos guantes de látex y se protegieron los zapatos con una bolsita de plástico preparada para ello. Jon Ander sacó también su linterna. Jaione se acercó a la cerradura. Jon Ander miró la hiedra que escalaba por una de las paredes. Las sombras se movieron al vaivén del foco de la linterna.

—No parece que pase nada extraño —dijo Jon Ander. Llamó varias veces al timbre de la casa. La campanilla de la puerta sonó con un tono alegre nada acorde con el momento.

—Vamos a entrar —le dijo la mujer a su compañero.

La cerradura de la parte superior se abrió sin oposición. La del medio estaba más dura, pero también cedió al hacer algo más de fuerza con un ligero apoyo sobre su pomo. La puerta se abrió con suavidad. El interior estaba muy oscuro. Los haces de la linterna iluminaron el interior.

—Somos *ertzainas* —dijo Jaione en voz alta.

El silencio solo era interrumpido por el sonido que provocaba un pequeño chorro de agua de lluvia que caía por el canalón cercano a la puerta de la entrada. Jon Ander repitió la frase de su compañera en el mismo tono, pero nadie respondió. Tras ese segundo aviso, él mismo iluminó el interruptor de la luz con su linterna y, con la punta de un bolígrafo en la otra mano —y apoyándose en una esquina— lo conectó. La luz de dos pequeñas arañas iluminó el salón principal.

Era grande, y las láminas de madera del suelo eran claras. Una alfombra de dibujos presidía la sala. Bajo esta se veían cuatro líneas de mármol negro que parecían juntarse bajo la alfombra.

Al fondo había una mesita y, tras ella, una puerta cerrada. A la derecha, un mostrador por donde se podía observar la entrada a la cocina. A su izquierda, la escalera que daba acceso al piso superior.

—Vamos a mirar en la cocina —dijo Jaione.

La cocina estaba limpia y todo estaba recogido. Jon Ander abrió algún armario empujando las puertas desde el sitio menos habitual para no borrar ninguna posible huella. Su contenido no llamó nada la atención de los policías. El frigorífico tampoco tenía nada reseñable. Era grande y con congelador lateral. Alguna naranja, leche sin abrir y un par de puerros mustios. Yogures sin caducar. Latas de anchoas y un trozo de queso envuelto en papel film.

—No veo nada que me llame la atención. No hay nada sucio. Y en la basura hay una bolsa nueva sin nada en su interior —añadió Jon Ander.

—¿Estás pensando lo que yo?

—Sí —respondió Jaione—. Toda la casa está demasiado limpia.

—Vamos a ver la parte del salón.

Este era grande, y lo presidía un gran ventanal. Al fondo, se intuía el mar.

—Las vistas deben de ser grandiosas de día —dijo Jon Ander.

El sofá estaba con los cojines alineados. El policía se acercó a una estantería y pasó un dedo en una zona apartada. Ni rastro de polvo.

—Vamos a la parte superior.

La escalera dobló sobre sí misma hasta llevarlos al piso superior. Jon Ander pasó el dedo también por la barandilla, pero el resultado fue el mismo. Pulcritud absoluta.

El pasillo de la parte superior daba a tres habitaciones y un baño grande con bañera. Todas daban al frente marítimo.

—Las vistas serán aún mejor desde aquí al estar más altas —dijo Jon Ander señalando la enorme terraza con dos hamacas.

La primera habitación tenía dos camas individuales. La otra era más grande y tenía una cama enorme de matrimonio. Todas estaban hechas y el olor general de la casa era a limpio y a algún ambientador que no supieron identificar.

—Posiblemente lavanda —dijo Jaione.

En los cajones, ropa de hombre. Trajes y camisas. Pero en la tercera habitación, la cosa cambió. La habitación era más pequeña y la cama era de matrimonio, pero bastante más pequeña. También estaba hecha.

Un vestido de mujer a un lado. Al otro, dos faldas y varias blusas.

En el último cajón, un sujetador y dos bragas de color negro. Medias y pantis. Varias pulseras y un coletero.

—Esta ropa está limpia. Olvídate del ADN.

—Este tío no vivía solo, ¿no crees?

Jaione sacó una media con la ayuda de un bolígrafo.

—No lo sé. Es ropa de mujer, eso está claro, pero tampoco me parece una cantidad suficiente como para afirmarlo.

—¿La ropa será de Irene?

—Podría ser.

La última puerta les deparó una sorpresa.

—Está cerrada con llave.

—¿Una habitación con llave? —preguntó Jon Ander.

—Sí, no es muy normal, pero tampoco imposible.

—Tendríamos que haber venido con un cerrajero —dijo con rabia la mujer.

—Déjame —dijo Jon Ander acercándose.

—¿Qué vas a hacer?

Jon Ander sacó una especie de ganzúa.

—Esto no es muy ortodoxo —advirtió Jaione—. ¿Siempre vas con ese artilugio encima? —preguntó ella señalando el instrumento.

Su compañero hizo caso omiso a los comentarios de Jaione. Ella insistió y, al fin, obtuvo respuesta:

—Siempre. Siempre que, intentando atrapar a un cabrón, entro a registrar una casa. El tiempo me ha hecho previsor.

—Olvídalo. Tenemos una orden de registro, no permiso para forzar cerraduras —dijo ella con seriedad—. ¡Déjalo ya!

—Cuanto antes averigüemos quién es el hijo de puta que se dedica a hacer piras funerarias con personas, mejor. Y si detrás de esta puerta tengo la respuesta o una pequeña pista para averiguarlo, no pienso irme de aquí sin saberlo —contestó con dureza Jon Ander, haciendo oídos sordos a las palabras de su compañera—. Recuerda que no se me dan mal las cerraduras. Esta no es de las más difíciles que he visto. No creo que se me resista demasiado.

—Joder, Jon Ander, ¿quieres parar ya?, lo que estamos haciendo no está...

Clac.

El gozne cedió a los hábiles movimientos del *ertzaina* a la vez que cortaba en seco la frase de reproche de su compañera. La puerta quedó medio abierta. La oscuridad de un pequeño pasillo se apoderó de los dos. El policía empujó para terminar de abrirla. Solo daba acceso a un pasillo con otra puerta. En las

paredes, el vacío más absoluto. Un olor acre a cerrado las recorría anodinamente. Los policías avanzaron por el estrecho pasillo y se detuvieron ante el nuevo obstáculo. El dintel estaba presidido por un letrero escrito en letra caligráfica. Dos palabras: «Nación Nerecar».

—¿Qué coño significa esto? —preguntó.

—No lo sé. No había leído eso en mi vida.

—¿Has visto eso? —dijo Jaione señalando algo un par de palmos por encima del extraño nombre.

Jon Ander negó con la cabeza.

Una cámara de vigilancia barría por completo el pasillo de la entrada. Era pequeña y parecía nueva. Un cable salía de la base y se perdía en dirección a la habitación contigua.

—Esperemos que en este momento no esté funcionando.

—Luego miraremos a qué está conectada —dijo Jaione.

La segunda puerta también tenía cerradura, pero enseguida se dieron cuenta de que la llave no estaba echada. Cedió con suavidad a las manos enfundadas en guantes de Jon Ander.

La habitación era grande y se parecía más a una sala. No había camas. La luz era también muy tenue. Los visillos eran negros y ocultaban casi por completo la escasa luz exterior. Una estantería atesoraba una docena de libros en la pared. Ambos policías miraron por encima los libros. No había mobiliario. Solo una mesa apoyada en la pared tapada con una tela negra. Y, encima de la mesa, colgado sobre la pared y enmarcado en un paspartú de madera, un anagrama de cinco puntas en color entre rojo y granate. Su tamaño, mediano.

—¡Ostras!

—¿Qué?

—El sigilo de Baphomet —dijo Jaione con solemnidad no exenta de intranquilidad.

—Llama a los de la científica. Hay que peinar la casa entera. Necesitamos

saber con exactitud quién vivía en esta casa aparte del dueño. O, por lo menos, quien la frecuentaba.

Susana Sánchez se despertó con el trasteo de su hijo en la cocina. Se levantó de la cama. Llegó a la cocina sin apenas hacer ruido.

—Buenos días, Pedro. Qué pronto te has levantado.

—Hola, es que tengo que hacer cosas. He quedado con un amigo para ir a mirar el proyecto de fin de carrera que está preparando. Y después he quedado con el *aita*. Hace más de un mes que no le veo. Cada vez que le digo de quedar para comer juntos, me da largas. Está enganchado al trabajo. Como un drogadicto —añadió con acritud.

La mujer asintió sin decir nada. Se fue a su esquina y empezó a prepararse el té.

—¿Cuándo vuelves a Madrid? ¿El domingo a la tarde?

—Claro, como siempre.

La mujer se acercó y le dio un beso en la mejilla. Pero, al notar la distancia, sintió que se lo había robado.

—Te dejaré cena en el frigorífico. Hoy tenemos dos bodas y andaré muy liada.

El joven terminó el café y untó con mermelada el interior de un cruasán de los de la tienda de su madre, abierto y hecho a la sartén. Miró la figura de su madre y le pareció que se estaba haciendo mayor. Recordó las discusiones y los gritos con su padre cuando llegó el divorcio, y cómo parecía que su madre los había superado.

Sorbió de la taza sin dejar de mirarla. Por su cabeza pasaban pensamientos que tenía que aclarar cuanto antes. Nunca había sentido tal urgencia.

—¿Has quedado con Manuela?

Su madre se dio media vuelta despacio. Se apoyó en la encimera y sopló la infusión de té verde que se acababa de preparar.

—Claro. Estará en los dos eventos.

Sus miradas se cruzaron en silencio. Cada uno pensó su propia versión de lo que sucedería después y de cómo decirlo, pero solo uno de los dos la expresó:

—Y a la noche vendrá aquí —dijo el joven con un retintín tan medido que sonó lógico.

La madre miró a su hijo con seriedad.

—Se irá a su casa. ¿A qué viene esa pregunta? —respondió la madre—. A veces viene si tenemos que hablar algo del trabajo. Nada más.

—Últimamente se la ve mucho por aquí.

Susana tardó en responder.

—Trabajamos juntas. No sé a qué te refieres.

—Eso ya lo sé. Pero no te pienses que soy un niño —agregó Pedro sin que sonara a enfado.

—Es mi mano derecha. Una persona que controla con mucha habilidad todo lo relacionado con la empresa. Por cierto, la empresa que nos da de comer, te recuerdo. La que paga tus estudios y nos permite vivir en un sitio como este — se explayó Susana.

—Esto es un pueblo, *ama*. Un amigo mío me ha contado que se os ve todo el día juntas.

—Ya. Insisto, trabajo con ella. Tiene un aspecto duro, ya lo sé, con los tatuajes y los piercings, pero es una buena profesional. Tendrías que seleccionar mejor tus amistades. Además, no sé muy bien qué quieres decir. Mis amistades son las que yo decido. Si no te gustan, tendrás que respetarlas. Lo mismo que hago yo con las tuyas. Me caigan bien o no. Eso es lo que te hemos enseñado desde que naciste.

El joven cogió aire, pero no dijo nada.

El teléfono vibró, interrumpiendo aquel momento con cierto descaro. La

llamada era precisamente de Manuela. Susana descolgó el teléfono sin dejar de mirar el rostro de su hijo, que ahora permanecía impasible. La madre se alejó a una esquina de la cocina.

—Susana. Siéntate por favor —dijo Manuela con un tono de voz que delataba su angustia desde el otro lado de la línea telefónica—. He estado hablando con Maite. Txiki está muerto. Lo han encontrado quemado en un contenedor.

La mujer se sentó en una silla sin responder.

—Susana, ¿estás ahí?

Su cara de estupefacción hizo cambiar el tono de la mirada de su hijo, que preguntó con gestos que pasaba.

—¿Qué estás diciendo?

—Ayer a la tarde se lo comunicó la Ertzaintza a las dos. Maite está en casa con Irene, que está muy mal.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó la mujer con un tono que hizo que su hijo se levantara y le preguntara por señas. Susana le contestó con el mismo idioma que no pasaba nada.

Manuela le explicó lo que sabía durante unos minutos en los que Susana solo asintió con la cabeza en silencio.

—Nos vemos en una hora —dijo la mujer cortando la comunicación.

Su hijo la interrogó con la mirada. Su madre tenía la mirada perdida.

—No pasa nada. Una persona que trabajaba para nosotras. Lo han encontrado muerto.

Su hijo se volvió a sentar. Con parsimonia, volvió a dar un mordisco a su cruasán.

—¿Y quién era? ¿Yo lo conocía? ¿Es alguien de la tienda?

—No, no. La persona que nos conseguía las extras, era el novio de una de las camareras que trabaja con nosotros.

—¿Ha tenido un accidente?

—Lo han encontrado en un contenedor tirado.

—Ostras. No se ha muerto. Eso es un asesinato, claro

—No lo sé.

Susana desapareció por el pasillo pensativa. Sentada en la cama, sus pensamientos volaron hasta la última ocasión en que había estado con Txiki. Un evento de hacía un par de semanas. Él había ejercido como metre. Fue un favor de última hora. Las extras que le consiguió habían sido claves para sacar el trabajo adelante. Pero, a última hora, le falló la persona que dirigía la boda. Un puesto de mucha responsabilidad y que no puede ser ocupado por cualquiera. Él se ofreció con una hora de margen a hacerse cargo de aquel evento.

«Una persona siempre dispuesta a ayudar. Quemado. Contenedor de basura. Cadáver», pensó la mujer de modo inconexo.

Susana levantó la cabeza al ver acercarse a su hijo. Estaba ya vestido y, con el ordenador portátil metido en una bolsa, hizo ademán de marcharse.

—¿Estás bien, *ama*?

—Sí. No pasa nada.

—Te recuerdo que al mediodía comeré con el *aita*.

—Me parece bien. No le digas nada a tu padre de este asunto. Él también lo conocía. A veces hacía también extras para él.

—No te preocupes. Últimamente el señor Andoni Armendáriz está muy ocupado —dijo con sorna—. No se entera de las cosas que le cuento. Crea sus propios mundos y vive en ellos. El acceso a él está muy restringido.

Susana miró a su hijo alejarse por el pasillo. Pensó que su exsocio y exmarido Andoni, dueño del *catering* Avocado, tal vez ya se habría enterado. Incluso antes que ella.

Pierre Miraud recogió el taco con las dos manos. En su interior, la cochinita pibil se estrujó levemente y goteó por uno de los extremos. Se acercó al plato de cartón que tenía cerca para no mancharse. La cebolla morada daba un contrapunto crudo al guiso. La coronita, con un trocito de limón encajado en la boca del botellín, estaba bien fría y contrastaba con el calor del ambiente. Notó el picante del taco, que le pareció abrasador, pero le gustó. Llevaba ya unos días en Mérida y empezaba a apreciar el sabor por encima de la acción de la capsaicina de los chiles. Detrás de aquella sensación cercana al dolor había sabor.

Terminó de almorzar en la taquería y salió a la calle principal en la zona antigua de la ciudad. Avanzó por sus calles estrechas durante más de media hora. Se confundió un par de veces hasta llegar al número que buscaba. Miró el dintel y comprobó que era el lugar. Era la segunda vez que lo intentaba. Había malgastado todo el día anterior buscando una dirección que resultó ser errónea. Pero esta vez presentía que era distinto.

El portal era grande y las casas de dos alturas eran un denominador de la zona. Los colores de las paredes les otorgaban ese aspecto tan característico de aquellas tierras. Daba la impresión de que las casas se habían remozado no hacía mucho tiempo. «Yo ya he estado aquí —pensó—. Lo siento.» La sensación de *déjà vu* era intensa.

El calor le hizo quitarse el sudor de la frente. Sostuvo el gorro que llevaba en la mano. Una especie de sombrero de Panamá que se había comprado nada más llegar a la segunda tierra de su padre.

El portal dejó en su rostro una sensación de frescor que agradeció.

Cualquier tregua en la temperatura era bien recibida. Su camisa comenzaba a delatar su transpiración. Pierre pensó que su nerviosismo también estaba influyendo en su excesiva sudoración.

El porche estaba rodeado de flores. Tenía unas arcadas pequeñas de piedra y un suelo adoquinado, con toda probabilidad para albergar los caballos cuando se usaban como transporte. Se cruzó con una joven que lo miró con curiosidad. Pierre la paró.

—Perdone, estoy buscando a una persona que se llama Alejandra. Me han dicho que puede vivir aquí.

—Pregunte en el primer piso —dijo señalando la escalera—. Igual ellos le pueden decir algo. Ahí vive una señora muy mayor. Pruebe. A lo mejor tiene suerte.

La joven se despidió con una sonrisa.

Pierre comenzó a subir en la dirección que le había indicado y sintió que había llegado al lugar correcto. Algo en su interior se lo estaba diciendo. Las escaleras tenían la solera de los sitios que han recibido muchas pisadas. Olía a pozole. Y ese olor para él era reconocible. Pura memoria gastronómica. Un pensamiento recurrente volvía a la carga, como si lo que estaba viendo se comportara como un *déjà vu*: «Yo he estado aquí».

La puerta de la única casa que había en el rellano estaba cerrada. La piedra gastada por el tiempo contrarrestaba el calor.

Llamó a la puerta con algo de miedo. Las frases que no estaba deseando oír se le vinieron encima en forma de cascada. Lo inundaron por dentro.

«Quién es usted, qué quiere, qué me está contando, desde hace cuánto, no sé de qué me habla, quiere hacer el favor de marcharse...» se le amontonaron en la cabeza según golpeaba con los nudillos la puerta. La madera tendría la edad de la casa. La antigüedad de sus recuerdos.

Respiró con cierto recelo por saber si lo que estaba haciendo era o no una tontería. Eran las doce del mediodía, y, en caso de ser cierta la información

que le habían pasado, ella debía vivir aquí. Y seguía notando la familiaridad del lugar. Aquel sitio había tenido algo que ver en su vida.

La puerta necesitó dos golpecitos más. Y fueron los justos.

—¿Sí? ¿Qué desea? —preguntó una mujer que abrió la puerta. Morena y de una edad que le pareció similar a la suya. Quizá un poco menor.

—Mire, me llamo Pierre y estoy buscando a una mujer que se llama Alejandra. He olvidado su apellido, y cuidado que me lo repitió mi madre —apostilló con su mejor sonrisa—. ¿Sabría decirme dónde podría encontrarla o si vive cerca de aquí?

La mujer sonrió y miró hacia atrás. Un chiquillo salió correteando por detrás de ella y se agarró a las piernas de su madre. Tendría unos cuatro años.

—¿Para qué quiere hablar con ella? —preguntó con un tono de recelo.

—Guau. Es una historia un poco larga. Yo nací aquí. En Mérida. ¿La conoce?

—No tiene aspecto de ser mexicano —replicó la mujer con desconfianza sobre el dintel de su puerta mientras se subía el niño a las caderas. Este mordisqueaba entre distraído y curioso un regaliz de palo. La mujer hizo ademán de entornar la puerta, pero Pierre la retuvo con sus palabras.

—Espere, espere. Mi padre era francés y mi madre también. Pero yo nací aquí hace ya más de treinta años.

La mujer bajó al suelo a la criatura, que desapareció por el pasillo de la casa. Miró la figura de Pierre con algo de descaro. Él le aguantó la mirada y su expresión cambió. De pronto, sintió que la historia que apenas había esbozado su extraño visitante le sonaba familiar.

—Creo que usted está en el sitio exacto —dijo la mujer morena con algo de empatía—. Yo soy María, la hija de Alejandra. ¿Usted no será el hijo del francés? No recuerdo cómo se llamaba. El que se mató en un accidente. Se lo he oído contar a mi madre muchas veces —dijo la mujer con un tono amable.

Pierre abrió los ojos y esbozó media sonrisa pensando que lo había conseguido. Lo había pensado hasta la saciedad allá en París durante muchos

años. Se sintió bien.

—Efectivamente. Mi padre se llamaba Claude Miraud. Yo soy Pierre Miraud Clavert. Solo quería saludar a Alejandra. No sé si seré capaz de reconocerla. Han pasado treinta y tantos años. Si mal no recuerdo, fue la persona que me cuidó durante todo el tiempo en que viví en esta ciudad. Mi *nanny*.

La mujer abrió más la gruesa puerta en una clara muestra de que su historia había calado.

—Creo que cuando se entere mi madre de quién es usted le va a hacer mucha ilusión.

Pierre notó cercanía y hospitalidad, pero se mantuvo bajo el dintel sin atreverse a avanzar.

—Pase, pase —dijo con amabilidad—. Mi madre está muy mayor y hay veces que se le olvidan algunas cosas. Pero todavía está bien. La cabeza le funciona, pero le da por momentos. Hay veces que se acuerda de cosas increíbles.

La cocina se abrió al final del pasillo. Alejandra se encontraba delante de la mesa. Tenía un molcajete encima del delantal. Lo sostenía con ambas piernas y con la piedra machacaba una mezcla de cacao, sal, chocolate y chile.

Pierre sonrió al entrar en la espaciosa estancia. Al fondo, justo detrás de la mujer, una cocina económica hacía que un puchero hirviera de manera uniforme. Pierre pensó que el olor que había detectado antes podía provenir de ahí. Por debajo se podía observar el color rojo de algunas brasas. La ventana, que estaba muy cerca de la cocina, hacía de tiro natural del vapor.

—Madre, ¿a que no sabe quién es este güey?

La anciana miró por encima de sus gafas y fue entonces cuando Pierre se dio cuenta de que su rostro le resultaba familiar. Le había costado reconocerla. Él era muy pequeño cuando se marchó. Pero el rostro de aquella mujer anciana empezó a tirar del hilo de su memoria, y este resultó ser duro, pero a la vez flexible. A prueba del paso de los años. A pesar de las arrugas que inundaban

aquella cara, sus rasgos eran inconfundibles. El pelo era grisáceo y estaba sujeto por una goma. El tiempo la había tratado con dulzura.

En cambio, a ella no le costó reconocerlo. Cuando lo hizo, dejó el recipiente de piedra sobre la mesa. Se acercó con media sonrisa. No lo llegó a tocar.

—¡No mames! Tú eres el hijo de Françoise. Dime que lo eres. Dímelo — repitió acercándose—. No existe duda alguna —afirmó la mujer—. Eres su vivo retrato.

Pierre asintió con la cabeza y la mejor de sus sonrisas. Le dio un beso en la mejilla y la mujer lo retuvo para sí unos instantes.

—Dios mío. No lo puedo creer. Eres la viva imagen de tu padre —repitió sin dejar de mirarlo—. Te pareces a él muchísimo. Como dos gotas de agua. Es increíble el parecido. La misma barbita. La misma estatura. Y los ojos son iguales también.

Lo miró deteniéndose en sus rasgos fijamente, casi con descaro.

—Iguales.

La anciana se acercó aún más limpiándose las manos y lo estrujó contra sí.

—No te has olvidado de nosotros. ¿Cómo nos has encontrado? —dijo la mujer con la voz entrecortada.

—Alejandra, la última vez que nos vimos fue en...

—Tú eras un chiquillo —interrumpió la mujer.

—Tendría menos de cuatro años cuando nos volvimos de aquí a Francia.

—Tu madre. Cómo me acuerdo de ella. Siéntate —dijo la mujer ofreciéndole una silla—. No puedo decir que no has cambiado desde la última vez que te vi. Este es el hijo de los franceses del que tanto te he hablado —dijo la anciana dirigiéndose a su hija María.

—Siempre me imaginaba un niño —dijo la mujer volviendo a coger a su hijo en brazos. El chaval no dejaba de mirar con curiosidad a la visita.

—Pero cuéntame cosas. Qué fue de tu vida. La última vez que vi a tu madre, ella apenas podía disimular su tristeza. De aquí salió huyendo del

recuerdo de tu padre. Tuve que apapacharla. Era una gran persona. Dura y con una vitalidad increíble. Yo me quedé contigo cuando el accidente de tu padre. Bueno, con la muerte de tu padre. Fueron momentos muy malos. Hacían una pareja estupenda.

—Más o menos al año de salir de aquí conoció a un policía. Se casó con la persona que para mí fue como mi segundo o incluso como mi único padre. No tengo queja alguna —añadió—. Viven en San Sebastián. Y tienen un hijo. Mi hermanastro Alberto. Un tío genial.

—No sabes lo que me alegro de oír eso. Me dio mucha pena que os fuerais de aquella manera tan precipitada. Tú eras para mí como mi hijo. Te cuidé casi desde que naciste. Tu madre trabajaba en unas excavaciones por aquí cerca y yo me iba a tu casa. Había veces que pasaba toda la tarde o la mañana contigo. Te preparaba la cena si tus padres tardaban en venir.

Pierre sonrió al ver que la anciana le había extendido la mano y la cogía con fuerza. Notó las arrugas de sus manos.

—Casi al mes de marcharos me quedé embarazada de María —dijo sin soltarle la mano—. Pero cuéntame cosas de ti. ¿De qué trabajas? ¿Has estudiado?

Pierre empezó el relato resumido de su vida.

—Viví en San Sebastián desde que mi madre se volvió a casar. Y después me fui a París a estudiar y luego me quedé allí a trabajar. Pero ahora he vuelto a San Sebastián. Soy biólogo y pintor. Digamos mejor pintor, y para ganarme la vida estudié biología y de eso he trabajado desde que acabé la carrera.

—¿Pintas cuadros? —preguntó la mujer haciendo caso omiso a sus estudios de biología.

—Cuando el trabajo me deja —contestó con simpatía—. Pero ahora he dejado la empresa y estoy pintando más. Mire —dijo Pierre acercándole el teléfono con fotografías de algunos de sus cuadros.

La anciana miró la pantalla poniéndose las gafas.

—¡Qué chingón! Ojalá pudiera tener yo uno —dijo mientras Pierre le

pasaba alguna fotografía más—. Me gustaría mucho.

—Prometo regalarle uno —dijo Pierre.

—Pero cuéntame más cosas. ¿Qué te ha traído por aquí?

—Algo me ha movido a venir aquí y a intentar encontrarte y saludarte, claro —respondió Pierre con una convicción fuera de toda duda.

—¿Solo a eso? —preguntó la mujer con seriedad.

—Necesitaba unas vacaciones y pensé que la mejor manera de pasarlas era por estos lares. Mi madre estuvo aquí hace muchos años después de casarse con Vicente. Y me contó que pasó por aquí y no te encontró.

—Puede ser. Hace años tuvimos que vivir un tiempo fuera para que arreglasen la estructura de la casa. Estaba muy deteriorada. Nos obligaron a hacer una reforma muy grande. Igual coincidió. Estuvimos casi un año fuera de aquí.

—Bueno. No importa.

—Sí que importa —contestó la mujer—. Me hubiera gustado estar con ella.

—Igual en otra ocasión. No se preocupe. Mi madre tiene un buen recuerdo suyo.

La anciana se mantuvo en silencio con expresión triste.

—Me apetecía venir porque quería que me contases cosas de mi padre. Apenas tengo recuerdos de él.

La mujer tardó en contestar como si estuviese meditando en profundidad su respuesta.

—El francés era una buena persona, pero...

—Escuchadme bien —dijo el subcomisario.

Los tres agentes de la policía científica de la Ertzaintza se reunieron en torno a Vicente a la entrada de la casa de Asier Ruiz.

—Después de hablar con el encargado del mantenimiento de las villas, nos ha dado un detalle importante que con anterioridad no había hecho. La persona de la limpieza viene dos veces a la semana, y ayer al mediodía hizo su turno por la casa con normalidad. Lo que quiere decir que vais a tener muchas dificultades en encontrar huellas.

Los *ertzainas* asintieron. Iban enfundados en unos trajes blancos con capucha y guantes. Botas ceñidas a bolsas de plástico para no contaminar la escena que podía llegar a esclarecer un asesinato. Mantenían en sus manos todo el material para poder peinar la casa. Bolsas de plástico de todos los tamaños. Cartoncitos para la toma de huellas. Cámaras de fotos con macro objetivos para sacar con todo detalle cualquier objeto sospechoso de poder contener información.

—En la casa vivía un tal Asier Ruiz. Bueno, eso es lo que creemos por ahora. De él encontraremos huellas, supongo, casi seguro. Lo que me importa de verdad es saber qué otras personas frecuentaban esta casa.

—La única habitación que no se limpiaba era la que estaba bajo llave. Examinadla a fondo y con sumo cuidado. ¿De acuerdo? La empresa de limpieza llevaba contratada en esta casa dos años y la persona que venía casi siempre era la misma. Nunca accedió a la salita en cuestión, según nos ha contado. Habrá que saber si es verdad. Bueno, el caso es que nos contó que el dueño le dijo que era el acceso a un almacén y que no debía preocuparse por

limpiarla. Siempre estaba cerrada con llave. Necesito todo lo que podáis sacar de allí.

El subcomisario vio alejarse a los agentes en dirección al interior de la casa.

El pequeño jardín de la entrada tenía hojas otoñales caídas. Desde allí se podía observar una vista alucinante. El mar estaba en la falda del monte y se mantenía azul y en calma.

Jaione y Jon Ander se acercaron a Vicente. Habían estado mirando el exterior de la casa, cosa que la noche anterior no pudieron hacer. La luz del sol de la mañana era nítida e iluminaba la escena con fuerza. Estaba secando los charcos que quedaban del sirimiri del día anterior.

—En el exterior de la casa no se ve nada anormal. Las ventanas del piso superior y las de la cocina, que son oscilobatientes, están en posición de ventilación.

—Las paredes exteriores no dicen nada —dijo Jaione—. Hay hiedra por muchos sitios, pero está entera y no hay marcas de huellas de zapatos. Mi opinión es que nadie ha podido entrar desde fuera. Lo digo por si existiera la posibilidad de que el individuo que mató al dueño supiera dónde vivía y pudiera haber venido después a la casa a por algo que le interesara mucho y le involucrara y hubiera tenido que entrar por alguna ventana. No sé.

—Bien pensado —afirmó Vicente. Jon Ander se mantuvo en silencio.

—Ayer, cuando vinimos por la noche, nos llamó mucho la atención la habitación con llave. Digamos... más que una habitación, el pequeño salón. Y, sobre todo, la tela a modo de póster que había encima de la mesa.

—Están mirando el ordenador de la entrada, el que está conectado a la cámara de vigilancia de la entrada a la sala —añadió Jaione—. Estaba medio escondido en un armarito de la habitación de al lado. Llevará un tiempo. No sabemos si habrá algo.

—De acuerdo. Bien. Yo voy a ir a la comisaría. Si hay algo, me avisáis —dijo Vicente.

Jaione y Jon Ander se quedaron mirando la casa mientras su jefe se alejaba. Su figura de espaldas se veía muy delgada. Y su calva también se había extendido. Jaione pensó que el disparo lo había envejecido. A pesar de ello, la cazadora que llevaba era nueva y le daba un aire de maduro interesante.

Los agentes de la científica tardaron una media hora en requerir su presencia.

En ese momento, ambos oficiales estaban mirando los distintos artilugios que, metidos en bolsas de plástico, iban a ser examinados en los laboratorios con más profundidad. Estaban encima de una pequeña mesa dispuesta por la propia policía a la entrada de la casa. No hacía falta poner ninguna mampara para evitar a los curiosos. El seto parapetaba el trabajo de la policía. El agente se quitó la mascarilla blanca de trabajo y habló con los oficiales.

—Puede que algunos de esos cacharros contengan restos de piel o huellas latentes que a primera vista no se ven —les dijo—. La máquina de la ninhidrina sigue siendo eficaz para ver lo que a primera vista no podemos observar. Pero os repito que la señora de la limpieza era eficaz en su trabajo. La casa está muy limpia. Y en la habitación esa cerrada de arriba no hay nada. Por lo menos visible.

La voz de uno de sus compañeros desde la habitación hizo que se girara. El agente desapareció apresuradamente subiendo las escaleras de la casa. Un minuto después, él mismo solicitó la presencia de los oficiales asomándose por el hueco del acceso al piso superior.

Llegaron a la habitación y vieron a dos agentes agachados en el suelo, al fondo, inspeccionando aquella zona con curiosidad.

—Creo que hemos encontrado algo.

Los dos agentes habían movido la única mesa que ocupaba el lugar.

—Mirad —dijo uno de ellos señalando el hueco—. Este hueco estaba tapado por la mesa.

Estas esquinas están modificadas —dijo el otro de rodillas y acercándose todo lo que podía. Una lupa confirmó sus sospechas. Presionó con el dedo y se

movió un poco.

—Parece una trampilla —dijo Jaione.

—Pero demasiado pequeña para que por ahí pueda pasar nadie.

—No. No. Más bien parece un lugar oculto. No un pasadizo a algún lado. Para eso sería muy pequeño.

—Muy bien oculto —matizó—. Llevábamos mirando un buen rato y solo lo he visto porque me he acercado para intentar retirar polvo de la esquina del zócalo. Si no, no la habría visto.

—Mirando de cerca se ve mejor, pero está encajada perfectamente. Y, por lo que veo, en ninguno de los lados tiene ningún sistema para abrirla. Aquí, en cambio, hay huellas circulares en la madera. Bien podría ser una ventosa. Creo que es la manera como abrían esto. Está demasiado encajado y no veo bisagras sobre las que pueda pivotar la trampilla.

El agente requirió de su compañero que fuese a buscar una ventosa de las de cristal que llevaban en la furgoneta. Al rato, volvió con una. Maniobró con ella disponiéndola bien en el centro. Hizo el vacío con la palanca y, al verla bien sujeta, tiró de ella con fuerza.

Jaione, Jon Ander y los dos agentes miraron con curiosidad la apertura. A pesar de que disponían de luz ambiental, uno de los agentes enfocó con la linterna el pequeño habitáculo que se abría ante ellos.

—Aquí hay un libro —exclamó el agente que se había encargado de mirar hacia dentro.

El hueco, ahora que habían dado con aquel descubrimiento, parecía hecho a medida para el libro. Encajaba perfectamente y había un pequeño espacio a la izquierda para poder meter las manos y sacarlo. Los dos oficiales se miraron con cierta sensación de desconcierto. Uno de los agentes lo sacó intentando hacerlo de la manera menos invasiva posible. Lo dejó encima de una bolsa de plástico antes de introducirlo en ella y miró a los oficiales. Estos se acercaron con curiosidad. El libro era grueso y tenía las tapas duras y de color marrón.

Parecían de cuero. El ribete daba la impresión de estar zurcido con un hilo grueso. No tenía título. Por lo menos, en la portada. Solo triángulos.

—Parece muy antiguo —dijo Jon Ander.

Los cinco triángulos del medio eran una inscripción que no parecía nada a primera vista. Uno de los agentes lo abrió con cuidado.

—No está en español.

Jaione se acercó a la página que el agente había abierto al azar.

—Esto parece... latín. Mira en las primeras páginas —dijo Jon Ander—, a ver si tiene título.

El agente obedeció. En la primera no había nada. El agente pasó tres páginas más. Apareció lo que bien podría ser un título.

—¿Qué pone? —preguntó.

Jaione leyó para sí misma.

Las letras eran caligráficas, y el papel era grueso y con la consistencia de un pergamino. Calculó la *ertzaina* que tendría por lo menos trescientas páginas. El título era rotundo. El tema pareció claro a pesar del idioma. No parecía haber duda de qué tipo de libro tenían entre las manos. Volvió a leer el título, pero esta vez la mujer lo hizo en voz alta.

—*Occultorum Cognitio Consideratur.*

El joven Pedro Armendáriz salió de casa de su amigo muy pensativo. Dejó que el aire le diera en la cara antes de empezar a desandar la distancia que había entre su casa y la de su amigo, donde había estado cotejando asuntos de sus estudios. La parte vieja de San Sebastián estaba gris, y la concurrencia de gente era más bien escasa. Salió por el lateral del puerto deportivo tras pasar por la zona de Portaletas. Después de llegar al Club Náutico se paró, con su ordenador en la mochila —que llevaba anclada a su espalda—, delante de la barandilla de hierro forjado y pintada de blanco que circunvalaba casi todo el perímetro de la bahía. Se apoyó en ella. La playa de la Concha estaba solitaria y con la marea baja. Apenas media docena de personas paseaban vestidas por la arena, mojada y muy dura. Había un aroma en el ambiente, un perfume embotado de algas. La mar de fondo de los últimos días había arrastrado cientos de ellas, que se encontraban esparcidas sobre la arena formando pequeños túmulos.

Pedro no estaba pensando en nada. El mar estaba azul cielo, diáfano, dulce y sincero. La maquinaria de su propio cerebro se había olvidado durante unos instantes del reciente encuentro con su compañero de universidad. Aquel momento de tarde anodina le estaba llevando de vuelta, casi sin darse cuenta, a la comida de hacía unas horas con su padre. La noticia todavía rondaba en su cabeza: la joven con la que su padre se había liado había desaparecido por completo de la vida de su progenitor. «Como era de esperar», pensó. Pero esa había sido la parte más amable de la comida con su padre.

—¿Cómo vas en clase? —preguntó Andoni.

Pedro tardó en responder. Se limpió con la servilleta, pero no miró a su padre a la cara para hacerlo.

—Bien. Empezando nuevas materias. Hay programas nuevos de ingeniería aplicada que son jodidos. Pero enseguida me haré a ellos.

Su padre sabía que su hijo era muy bueno en los estudios. Una impecable nota media de sobresaliente le había hecho poder acceder a la especialidad que había escogido. Pensó que igual era una coraza para no aparecer ni siquiera por casualidad en el trabajo de *catering* de su padre. Ni en su vida.

Pedro terminó de comer su plato de espaguetis. Su padre hizo lo mismo con el suyo. Tomate en ensalada salpicado con trocitos de queso de Roncal y sardinas ahumadas. Se limpió los labios con la servilleta doblada por la mitad.

Su hijo seguía cavilando lo que su padre le acababa de contar, y no dejó que este cambiara de conversación.

—Pero ¿estás bien? —preguntó Pedro con un rostro y un tono tan serio que contradecía por completo su verdadero interés por el estado anímico de su padre.

—Sí, no tenía que haberte contado esto —respondió el padre.

Su hijo se mantuvo en silencio, sin comer, pero solo fueron unos segundos. Bajó el tenedor que sostenía en la mano para no parecer tan incisivo.

—Sigues sin hablarte con mamá.

El padre se sintió incómodo al tener que hablar de eso con su hijo. Su rostro se hizo eco de su malestar. Pareció una respuesta.

—No creas que me es fácil preguntarte esto a mí. No pongas esa cara —le recriminó el joven con seriedad adulta—. Te recuerdo que tú has empezado.

Andoni cogió aire para explicarse, pero su hijo le interrumpió sin darle opción. El tono que utilizó para hablar con él seguía siendo muy tenso.

—No creas que me es fácil a mí —repitió—. Andar de prestado buscándote y mendigar tu compañía. No, no es fácil. Lo hago solo y exclusivamente porque la *ama* me lo pide. Que, a pesar de lo que ha pasado,

soy tu hijo y esas mandangas, me repite. Los asuntos entre tú y ella también me incumben a mí. Y la *ama* y yo somos personas muy distintas, aunque yo viva en su casa. Eso supongo que ya te imaginarás que es así. ¿O no?

—Susana es una persona muy complicada —fue la única respuesta que se le ocurrió a Andoni al no tan solapado ataque de su hijo.

—Ella dice lo mismo de ti. Y tampoco me quiero posicionar, pero largarte con una tipa que puede ser tu hija o casi tu nieta no dice mucho en tu favor.

—Eso son asuntos míos que...

—Que me incumben a mí también —dijo Pedro con ironía.

—No tengo la sensación de que te falte nada.

—Bueno, la compañía de mi padre no está incluida entre las cosas que se pueda decir que tengo. Pero no te preocupes, me importa una mierda.

Andoni bajó la cabeza y buscó refugio en su plato. Pero aquello no fue más que una inútil barricada ante los golpes de su hijo.

—Y si quieres mi opinión sobre lo que me acabas de contar, te la voy a decir a riesgo de que no te guste.

Justo en ese instante, ambos se apartaron para dejar pasar a la camarera con los segundos platos. Bacalao frito para Andoni y lengua en salsa para su hijo Pedro. La mujer se alejó y la frase sonó aún más dura.

—Me alegro de que la gilipollas esta te haya dejado.

Su padre lo miró delante del plato humeante del guiso.

—No es muy amable de tu parte —fue la respuesta de su padre.

Había veces que la dureza de su hijo lo descentraba, sobre todo al pensar que eso formaba parte de lo que había visto en casa. Su hijo tenía una personalidad férrea y no se callaba ante nada. El joven iba disparado.

—No te preocupes —dijo con sorna—. Hay muchas mujeres en el planeta. Abundan. Millones —añadió en el mismo tono.

Andoni bajó la cabeza.

—Tú, *aita*, es que creo que has perdido la chaveta. Lo que ha pasado es lo normal. Ella se ha ido por ahí con otro, imagino. No con un viejo. No me jodas

que no se te pasaba por la cabeza que eso pudiera suceder. Contigo alucino — dijo con el mismo tono—. La sensación de abandono que sufrió la *ama* me la tuve que comer yo solito. Igual eso no te interesa, perdón —remató con sorna—. Pero mira. A lo mejor voy a ver el lado positivo en todo esto. Podremos quedar más veces. Si es que te apetece —añadió con desprecio.

—Joder, Pedro, soy tu padre. Y no tienes ningún derecho a hablarme de esta manera. Tienes que saber respetar a la gente que te rodea. Esta asignatura creo que la tienes pendiente. Deberías dejar un poco toda esa pila de sobresalientes y matrículas de honor que te dan en la universidad y ponerte a intentar aprobar esta materia, que te puedo asegurar que la tienes suspendida y que igual es más importante de lo que crees.

—Te estoy diciendo lo que pienso. Si es duro, te aguantas —dijo su hijo con frialdad—. Los demás también tenemos nuestros problemas. A veces piensas que solo eres tú el que vive en este maldito planeta. No creo que decirte lo que pienso sea faltarte al respeto después de todo lo que me has hecho.

—Tú acuérdate de lo que te digo. Creo que deberías empatizar algo más con todos los que te rodean. No todo es como tú lo ves. Lo que pasa por tu cabeza es solo tu opinión. Respetable. Pero no estás en posesión de la verdad absoluta. Y los entresijos de cada maldito ser humano deben ser respetados. Tienes una personalidad muy agresiva.

—La que he visto en casa —dijo Pedro casi de inmediato.

—No exageres, tu madre y yo teníamos alguna discusión, pero nos cuidábamos mucho de que tú estuvieses en casa.

—No digas chorradas. Creo que no te vi una sola vez darle un beso a la *ama*. Eras dos témpanos. Por lo menos, en mi presencia. Por qué te crees que preferí estudiar fuera habiendo estudios de lo mío aquí.

Andoni lo miró con frialdad y confirmó lo que algunas veces había sospechado.

—Me dio rabia haberlo hecho antes de enterarme de que te habías largado

de casa con esa y la *ama* iba a quedarse sola. Pero aquello ya pasó, y ahora parece que está muy entretenida —añadió con cinismo medido.

—No te entiendo ¿Qué quieres decir?

—Nada.

Silencio.

—Te voy a decir una cosa. Igual tienes razón, pero creo que hemos criado a un pequeño intransigente incapaz de generar empatía con los demás. En vez de centrarte tanto en los estudios, tendrías que ver más cosas a tu alrededor. No todo es la universidad.

Aquella última frase le sonó tan extraña y contradictoria a él mismo que Andoni reflexionó sobre ella, pero solo después de haberla dicho.

—Entiendo perfectamente a los demás. Pero no me gusta ni que me mientan ni que me ignoren. Podemos hacer un pacto —dijo tensando aún más la conversación—. Dejaré que seas tú el que llame para quedar. Voy a borrar ahora mismo tu número de teléfono de la agenda —dijo sacando el teléfono móvil del bolsillo—. Si quieres, me llamas. Yo te contestaré, eso te lo puedo asegurar. Siempre. Pero tendrás que hacerlo tú. Desde hoy no te vuelvo a llamar para quedar —añadió Pedro.

Andoni suspiró profundamente poniendo los ojos en blanco.

—Deja de hacer bobadas, ¿quieres?

El joven maniobró resuelto con el dispositivo electrónico en la mano. Después de ver a su hijo teclear, Andoni intentó mediar, pero Pedro fue tan rápido que no le dio tiempo.

—Ya está. Eliminado tu número de teléfono de la agenda. Si quieres llamarme, te contestaré. Por eso no tienes que preocuparte. A pesar de lo que me has hecho, lo haré siempre. Pero yo no podré hacerlo. Aunque quiera.

—Estás siendo muy injusto. ¿De dónde crees que sale el dinero para que tú estés estudiando y viviendo?

—La señora Susana Sánchez se encarga de eso —dijo socarronamente.

—A medias con la pensión que yo le paso a tu madre, te recuerdo.

Andoni Armendáriz pensó cuánto lo descolocaba la sensación de dureza que su hijo emanaba. A veces reflexionaba sobre por qué actuaba así con su hijo, y llegaba a la conclusión de que, aunque se acordaba de él, no lo llamaba porque él lo llevaba, con un automatismo lógico, al recuerdo de su exmujer y de su pasajera novia. Además, desde que él y Susana se habían separado, tenía la percepción de que Pedro se había endurecido aún más. Y las pocas veces que quedaban para verse terminaban igual. Un lanzamiento a bocajarro de reproches por parte de Pedro, que no había digerido bien la situación desde que su padre se fuera de casa.

Camino a la central de Avocado, pensó en los comienzos de la empresa, que al principio había compartido con su mujer. Desde que tomaron rumbos distintos, su hijo Pedro había quedado en medio y teniendo que, de alguna manera, decidir hacia qué lado decantarse. El chaval quedó en tierra de nadie, pero él mismo decidió desde muy pronto quedarse con su madre.

Durante un instante recordó la otra parte de la conversación con su hijo. Le había hablado de la muerte de una persona que trabajaba para ellos. Absorbido en sus pensamientos dentro del coche, que de manera casi automática, como si él no condujera, lo llevaba de vuelta a su empresa. Recordó a Txiki, la persona que había aparecido muerta en un contenedor, y que se encargaba de controlar las extras para el servicio. Se relacionaba indistintamente con Susana y con él a intervalos. De alguna manera, se le ocurrió que era un símil de la posición de su hijo.

Carlos Salvador levantó la cabeza al oír de lejos las salpicaduras del mar. A pesar de que el muro que lo protegía de los embistes del mar Cantábrico era alto y muy grueso, se mantenía alerta para no tener que ducharse por segunda vez aquel día. En esta ocasión, vestido. Cuando la ola entraba con fuerza, el agua del mar asomaba tímidamente por la parte superior. El salitre se podía respirar. Su carga salina flotaba como una nube durante unos segundos en el ambiente. El ciclo se repetía cada varios minutos.

La actividad en la central nuclear de Lemóniz era inusual. Varios coches estaban aparcados en la parte final del gigantesco recinto. Justo delante del muro que lo resguardaba del mar. Dos furgonetas de limpieza se afanaban por recoger la basura de la tarea del día. Rastrojos, casi en su totalidad, retirados para dejar diáfano el lugar. El inminente atardecer dejaría sin luz natural el energético recinto.

El jefe de eventos oyó el ruido de una furgoneta que conocía bien. El símbolo de medio aguacate de Avocado, pintado en ambos laterales, se paseó por el recinto mientras él dejaba el pincel sobre una esquina del andamio donde estaba subido y miraba el vehículo, que aparcó a diez metros de donde él se encontraba.

Andoni salió y se detuvo sin cerrar el coche. Carlos se soltó del arnés de seguridad y bajó por la escalerita lateral del entramado provisional. Antes, instó a sus dos acompañantes a que siguieran con el trabajo.

—Daros prisa, esta parte tiene que estar acabada antes de que se vaya la luz—dijo en voz alta.

Llegó a la altura de su jefe limpiándose las manos de pintura con un trapo.

El jefe se paró en seco mirando la obra de Carlos.

—Guau —exclamó Andoni—. Impresionante. Esto está tomando vida —dijo absorto en aquella visión—. Qué maravilla.

—Y espérate cuando termine de dar el tono a los arcos de piedra.

—Está quedando chulísimo.

—Sí, lo he pintado sobre el fondo negro, y las arcadas están en un tono blanco que resalta mogollón. Da profundidad. Parece que esté hueco. Es un efecto visual alucinante. De lejos parece que sale de la misma piedra.

»Ven, vamos a verlo de más lejos —dijo Carlos—. La impresión es mayor. Recuerda que esto llevará una iluminación que resaltará más el conjunto. En estas cosas, las luces son la clave.

Ambos se alejaron veinte metros desde donde estaban. La visión de la misión San Juan Bautista era poderosa. La fachada del edificio pintada sobre el muro hacía las veces de un fresco. Ocupaba más de quince metros de largo por cuatro de alto y, en medio, y justo delante, doblando casi la altura, una estructura de hierro que haría de campanario, y que por ahora se utilizaba para ayudar a los pintores en su trabajo. Después se cubriría con paneles para recrearla por completo.

—Con un poco de suerte, para mañana estará terminado. Después anclaré el andamio a la pared y lo cubriré con los paneles que tenemos preparados. La parte superior del campanario cogerá una altura de casi diez metros.

—Todo va viento en popa. Ya han desbrozado todos los hierbajos y se los han llevado —añadió señalando parte del entorno—. La superficie ya está preparada para que vengan las carpas. Igual pasado mañana están aquí.

—¿Han venido los de seguridad?

—Sí. Han estado toda la mañana. Han delimitado el lugar. El tipo estaba flipado solo por el hecho de estar aquí. Un señor mayor me ha empezado a contar cosas del lugar. Un rollista. Después me ha dicho que ya tenía todos los datos y que mañana te llamaría.

—Bien.

—Pero hay algo más. Tengo buenas noticias —dijo Carlos—. Una batería de tres buenas nuevas.

Andoni sonrió.

—Empieza —lo instó el jefe.

—El asunto del coche para el evento. He vuelto a hablar con el dueño y me ha dicho que me lo pone bastante más barato. Casi la mitad de lo que pidió. Me he enterado de que es un jubilado con pasta. He intuido que le apetecía un montón traerlo. Ha dicho que lo cargará hasta aquí y de paso se pasará un fin de semana visitando la zona. Asunto resuelto. Es un flipado de los coches y de la película. Se ha enrollado y me ha empezado a contar historias. Que si su padre trabajó de extra cuando era jovencito en el rodaje de *Cleopatra* que se hizo aquí en España y no sé qué más batallitas.

—Bien. El míster se hubiera puesto contento. Había aceptado el precio inicial. Este va a por todas, pero bien.

—¿Se *hubiera* puesto?

Andoni respondió con rapidez.

—A lo mejor no le digo nada y eso de tela que tenemos de margen, se queda para nosotros.

Carlos miró a su jefe con sonrisa sarcástica. Este, cómplice, se la devolvió.

—Pero espera, no he terminado. Ya tengo los uniformes de las camareras. Mañana tenemos una reunión con el diseñador. Me ha dicho que nos hace un precio especial a cambio de poder enseñarlos en una publicidad dedicada al evento que está preparando. Literalmente regalados. Está preparando una campaña de promoción con ellos. Parece como si todo el mundo pidiera un sitio en este mundo virtual que estamos preparando —añadió Carlos con énfasis.

—Fenomenal. Después del evento puede hacer lo que quiera. Incluso filmar aquí justo al día siguiente, si lo necesita.

—El míster este, ¿no se enfadará?

—Una vez que haya pasado todo, será distinto. Me ha dicho que no puedo

hacer nada con el material que use en la boda, pero eso nos lo pasaremos por el arco del triunfo —dijo Andoni con autoridad—. No he firmado nada de esto con él. Solo le he preparado un presupuesto que luego se convertirá en factura y punto. Solo me dijo lo de la exclusividad de palabra. Y fue en las primeras reuniones. Después no hemos vuelto a hablar de ello. Y ya sabes qué pasa con las palabras cuando les da el viento. Se esfuman. Tampoco tiene por qué enterarse —añadió con desdén.

Carlos miró con preocupación a su jefe.

—¿Alguna noticia más? —preguntó Andoni.

—Sí, la última y más importante. Acaba de salir la predicción del tiempo para el día D —ironizó Carlos—. Hoy la he mirado. Estamos a catorce días del evento y ya la han puesto en la web. Dan tiempo soleado y temperaturas máximas de veintidós grados con mínimas suaves de dieciséis. Perfecto. Rogaremos que no cambien la predicción en los días que faltan. Parece que el viento nos está llevando por el buen camino.

Una ola muy pequeña cayó de nuevo, salpicando levemente la parte superior de un lateral del muro. Ambos se miraron y esbozaron una pequeña sonrisa.

—Esperemos que no se equivoquen —dijo Andoni al notar un poco del salitre esparcido en el ambiente.

—Otra cosa, el asunto del pasillo de luces tintineantes que llevarán desde el aparcamiento hasta la zona. Podemos aromatizarlo con vainilla a través de difusores cada diez metros. Me lo acaba de confirmar la empresa de perfumes con la que hablamos. Y será automático. Una más. El libreto con las cosas de comer que le daremos a cada comensal está ya terminado también.

—Muy bien.

—Hemos aprovechado imágenes de la película e imágenes de los novios que nos han mandado. Son diez hojas y una portada imitando el cartel de *Vértigo*. Ha quedado impactante. En cuanto lo veas y des el visto bueno, lo mandamos a imprimir.

—Perfecto.

El teléfono de Andoni sonó, interrumpiendo su conversación con el artesano. Su hermano Eduardo requería su atención. Se alejó dejando a Carlos Salvador en sus quehaceres.

—¿Qué sucede, hermanito?

—Nada, el jefe de cocina. El hijo de puta de Ricardo me ha dicho que solo va a trabajar por las mañanas.

—¿Cómo? ¿Otra vez?

—Es muy simple —dijo Ricardo—. Llevo más de cinco años trabajando para vosotros y estoy hasta aquí de regalaros horas de trabajo. Voy a currar solo lo que me corresponde.

—Eso son bobadas —dijo Eduardo—, la hostelería es así.

—Venga, no me hagas reír. Esa cantinela ya no cuela. Estoy muy cansado de que me explotéis. La frasecita de que la hostelería es así no es más que una puta excusa del pasado. Pero las cosas cambian. Vosotros sois los dueños y podéis meter veinticuatro horas diarias o veintiséis si os da la gana, pero yo soy un puto empleado de mierda. Jefe de cocina, sí, pero nada más. Perfectamente sustituible. Si me quedo en esta casa será con mis condiciones. Si no aceptas, cojo y me largo. De cocinero no falta trabajo. Y de paso, me doy un garbeo por magistratura y les informo de cómo están las cosas por aquí, que seguro que les interesa un huevo. Y otra cosa...

—Pues prepárate para una bajada de sueldo —interrumpió Eduardo.

—Por mis cojones. Vosotros queréis ser los más ricos del cementerio, pero eso no va a ser a mi costa. Y lo otro es el asunto de las camareras y las propinas. O se reparten con los cocineros o te monto un paro de cocineros de una hora. Solo de una hora, pero no te preocupes —dijo con ironía—. De dos a tres de la tarde. En medio de todo el cristo. Y esto último te lo digo muy en serio. Coño, que una camarera se levanta una pasta extra muy grande por la comida que yo preparo. Esto, o lo arreglas o un día paro la cocina de dos a

tres o, si prefieres, a la noche, de nueve a diez, sería una buena hora —añadió el jefe de cocina en tono socarrón.

—Eso está así desde hace muchos años. No puedo tocar a las camareras. Meten muchas horas. Me matarían.

—Tonterías. Nosotros metemos igual o más. No lo haces porque no te da la gana. Porque no tienes huevos de enfrentarte a ellas.

—Yo tengo pelotas para hacer muchas cosas. Escucha, Ricardo, pero escucha bien —dijo alzando la voz—. No pienso hacer nada de todo eso que me dices, y como me toques más los cojones te echo y me encargo de que no te contraten en ningún sitio. Te garantizo que lo hago.

—Veremos —dijo Ricardo marchándose y dejándolo a mitad de la siguiente frase.

—La solución es fácil —añadió en la distancia—. Dejaros de tanto *catering* extraño y prestad más atención a este restaurante, que es vuestro y que también genera beneficios. ¿O no?

—Ya ves, tocando los cojones es un artista.

—Joder, hermano, tienes un tacto para negociar que da gusto. Ya hablaré yo con él. Ricardo es muy bueno dirigiendo —sentenció Andoni.

—Solo hago el trabajo que tú no quieres hacer. Lo hago a mi manera.

—Vale, vale, déjalo, ya estaré con él. ¿Algo más?

—No. ¿Te parece poco? —Silencio tenso—. ¿Cómo va la central nuclear? —preguntó Eduardo.

—Bien, pero el asunto de las extras está complicado.

—¿Por qué? ¿No has hablado con Txiki?

—He estado comiendo con mi hijo. Hacía bastante que no lo hacía. Desde que su madre lo convenció para estudiar en Madrid, lo veo poco.

—¿Y?

—He tenido una comida, digamos, entretenida —dijo con ironía—. Me ha contado que Susana le ha dicho que han encontrado a una persona muerta en

una cuneta. Quemado. Y, según me ha dicho, era la persona que se encargaba de hacer los extras para su madre —agregó en voz alta para que se enterase también Carlos. Su mirada de perplejidad no le sorprendió.

—Pero ¿qué dices? ¿Estás hablando de Txiki? —preguntó Eduardo con cara de preocupación.

—No lo sé. Me acabo de enterar. Igual no es él. Pero Txiki no contesta al teléfono.

—Llama a la novia de Txiki, igual sabe algo.

—Eso venía pensando —dijo jugando con unas llaves en la mano.

—O también puedes hacer lo obvio.

Andoni permaneció en silencio sin cambiar de expresión.

—Llama a tu ex.

—A la bruja de Susana no la llamo para nada —contestó con rapidez—. Y, además, eso implicaría a mi hijo. Le pidió que no contara nada.

El silencio entre hermanos se hizo patente.

—Ni siquiera me he atrevido a contarle a Pedro la que estamos montando aquí. No quiero que vaya con el cuento donde su madre y nos la vuelva a hacer.

—¡Qué pasada! Txiki muerto.

—Y parece ser que quemado. Una locura —dijo Andoni—. Por el asunto de las extras no te preocupes —le dijo a Eduardo—. Estaba bastante perfilado con Maite. Ahora mismo voy a ponerme a ello en serio.

Cortó la comunicación. Estuvo hablando más tiempo con su jefe de eventos. La cara de asombro de este no desapareció de su rostro en ningún momento.

Después, Andoni se alejó en dirección a la furgoneta. Nada más entrar en el vehículo, respiró profundamente. El habitáculo hizo de burbuja para sus pensamientos. La comida con su hijo no había sido distendida, desde luego. Pero allí mismo se arrepintió de un detalle que él mismo había aportado a la conversación con Pedro.

—Mierda —dijo con vehemencia en voz alta.

No tendría que haberle contado que hacía un tiempo que lo había dejado con la que había sido su compañera. Una niña a la que él le doblaba holgadamente la edad y por la que había dejado a su madre. Se quedó quieto, con la mano puesta en la llave de contacto del vehículo. Una jovencita de apenas veintiún años. Y que durante los últimos tiempos lo había hechizado. Tanto como para llegar a romper su matrimonio, de tantos años, con Susana.

—¿Vas a ir a la comisaría? —preguntó con el ceño fruncido su mujer, Françoise.

Vicente Parra, vestido con un *boxer* y con la camiseta de dormir, tardó en contestar. Dejó de leer el periódico en el portátil que tenía en una esquina de la sala.

—Iré, pero después. Sobre las once y media. Tengo una entrevista con alguien muy importante y quiero estar presente. Vendré a comer —le dijo sin mucha convicción.

—Te esperaré —dijo la francesa.

La frase pareció más un requerimiento que una respuesta.

La mujer se acercó y lo besó en los labios con una sonrisa para suavizar la frase. Él la vio alejarse mirando el reloj de la cocina. Las nueve menos cuarto de la mañana. Poco después, la puerta de la calle se cerró con un pequeño portazo, y aquello fue el pistoletazo de salida. Sin demora, apagó el ordenador y se dirigió a su habitación. Se puso la ropa de calle. Se afeitó con premura y en apenas un cuarto de hora estaba subido en su coche en dirección a la comisaría. El caso lo estaba empezando a atraer como en los viejos tiempos.

Tardó en llegar a su despacho unos minutos. El tráfico por el paseo de la Concha era inusualmente escaso. Jaione notó su llegada y llamó a la puerta. Casi al mismo tiempo, entró.

—¿Qué tal estás? —preguntó la mujer—. Has venido muy pronto. La hemos citado a las once y media, te recuerdo.

—Lo sé. Pero no pensarás que voy a oír la versión de esta mujer sin antes haber hablado con vosotros. —¿Jon Ander está por ahí?

—Me ha dicho que viene ya. Le acabo de decir que has llegado.

—Además, lo que me avanzaste ayer no me gustó un pelo —agregó el subcomisario.

Jaione afirmó con la cabeza. Había una expresión de preocupación instalada en su rostro. El oficial instructor Jon Ander llegó con una abultada carpeta bajo el brazo. Repitió la pregunta de su compañera interesándose por la salud de su jefe. Se sentó en la silla y extendió papeles y fotografías de lo que hasta entonces había dado de sí el asunto del cuerpo calcinado de Asier Ruiz.

—¿Vamos al principio?

Jon Ander asintió y se dispuso a tomar la palabra.

—El tema de las gasolineras no ha dado los frutos que esperábamos — interrumpió Jaione—. Ninguna cámara de seguridad de las gasolineras más cercanas tiene imágenes de ninguna persona comprando gasolina aparte en un bidón o algo parecido. Todas cargan combustible en sus vehículos. Por lo menos, en el lapso que hemos calculado desde la muerte de Asier.

—Y no pensamos que fuese uno de ellos que después, con una goma, se dedicase a rescatar el líquido desde los tanques de sus coches. ¿No crees?

—Imposible no es —agregó el subcomisario—. Pero sí un poco raro. Y si fuera así, no necesitaría pasar por una gasolinera. Simplemente, tiraría de la que ya tuviera en el depósito. Muy rebuscado. Vamos a descartar, por ahora, ojo, no del todo, que fuese un calentón. Me suena más bien a algo premeditado.

—¿Quieres que amplíemos la búsqueda y revisemos las cámaras de más gasolineras? —preguntó Jaione.

—Por ahora no. Contarme cosas de lo que encontrasteis ayer en la casa de Asier Ruiz. Lo que me avanzasteis anoche ha hecho que estuviese dándole vueltas a la cabeza. Y no me gustó nada.

—La casa estaba limpia. La habían limpiado a fondo. Creo que encontraron una sola huella de Asier. La han cotejado y sí, es de él. Estaba en una manilla.

—¿No han encontrado ninguna más?

Ambos policías negaron con la cabeza. Vicente se incorporó sobre las fotos de encima de la mesa de su despacho.

—Joder —respondió con sequedad el jefe—. ¿Podría ser que se haya limpiado adrede?

—En principio, todo parece indicar que no. El encargado que cuida las villas dijo que todas las semanas venía la de la limpieza dos veces y hacía su trabajo. Después le devolvía la llave a él y punto.

—¿Habéis hablado con ella?

—Por ahora, no, solo con el encargado que cuida las villas. Una especie de portero. Pero vamos a hacerlo en cuanto podamos identificarla. Solo sabemos su nombre, Carla, y que trabaja para una empresa de limpieza.

—¿Qué pasa? ¿El tipo nunca estaba en casa? Para tener que pedir siempre la llave al encargado...

—Eso mismo le preguntamos, y nos respondió que a las horas que venía la chica a limpiar casi nunca estaba en casa. Fueron las palabras del encargado.

—Hay que hablar con la tal Carla, ya.

—Si podemos, esta misma tarde —respondió Jaione con autoridad.

—Vale, más cosas. ¿Qué es eso del libro? Y, sobre todo, ¿dónde está?

—Se lo llevaron los de la científica. Están analizándolo y buscando huellas y algún detalle que pueda resultarnos de interés. Parece un libro muy antiguo. Yo solo le saqué unas cuantas fotos para que lo vieras —dijo Jon Ander.

Las fotos de la portada del libro con los cinco triángulos en medio fueron observadas por el subcomisario con curiosidad. Las demás fotos eran de páginas interiores y de la cuarta, que era donde estaba el título.

—El título está claro —dijo el jefe revisando una de las fotografías—: *Occultorum Cognitio Consideratur*.

—Tratado del conocimiento de lo oculto. O algo así —dijo Jon Ander.

—Sí, eso es.

—¿Y todo el texto interior está en latín también?

—Sí, en efecto —dijo Jaione.

—Hemos estado hablando con personas expertas en tratados antiguos y que igual nos pueden ayudar a saber de qué trata el libro...

—O, por lo menos, que nos den alguna pista de qué es exactamente —interrumpió Jaione.

—Aunque, con ese título, parece obvio —concluyó Jon Ander.

—Igual tenemos que traducirlo entero.

—Esperemos que no haga falta —respondió el jefe de ambos con cautela.

—¿Y el ordenador que estaba conectado al pasillo de entrada? ¿Han sacado algo?

—Lo están mirando los informáticos. Por ahora, no han dicho nada. Tendremos que esperar —respondió Jon Ander.

—Hay una cosa que nos ha llamado mucho la atención, pero esta no estaba en la salita cerrada con llave, sino en una de las habitaciones. Casi una docena de libros, juntos y sobre un tema muy concreto —dijo Jaione—. Adivina cuál...

Vicente la miró con atención.

—Todos estaban relacionados con el tema de las ciencias ocultas. Y tenía concretamente doce. Los hemos mirado a fondo y están usados, pero no tienen ninguna anotación ni nada dentro. Aparte, había otros libros de ocultismo e invocación de espíritus, y también novelas.

Vicente se interesó por el asunto mientras Jon Ander escuchaba la conversación, aunque parecía absorto en sus propios pensamientos.

—¿Qué puede significar eso?

—No lo sé, pueden ser muchas cosas.

—El tema de las ciencias ocultas no tiene mucho de científico —intervino Jon Ander.

—Igual no todo es ciencia —rebató Jaione.

—Esas palabras, viniendo de ti, me suenan raras —dijo Vicente con una sonrisa.

—En este caso, igual tendríamos que creer más allá de lo que nos dice la ciencia —respondió la oficial instructora.

—Podría ser —admitió Vicente—. Pero el caso lo debemos resolver desde la ciencia. De eso estoy convencido —añadió con realismo—. A un juez no le puedes venir más que con datos fehacientes de sucesos demostrados.

Jaione no respondió, e inclinó la cabeza pensativa.

—El tal Asier Ruiz era alguien muy especial —dijo—. Tendremos que averiguar quién era exactamente. Y, sobre todo, por qué le interesaban tanto estos temas. Y, además, tengo un dato curioso. Te lo digo por si pudiera ser interesante.

Vicente la miró con atención.

—Uno de los doce libros sobre el asunto tienen el sello de la librería de tu hijo. LIBRE RÍA.

Vicente se sorprendió con el dato.

—Al lado está lo que yo creo que es la fecha en que lo compró. Pero no sé si se refiere a ese dato.

—Ya lo tengo —interrumpió Jon Ander con una sonrisa y cara de niño travieso.

Jaione y Vicente lo miraron sorprendidos sin saber a qué se refería. Jon Ander era un policía atípico. Tanto en sus expresiones como en su método de trabajar. Ocurrente, intuitivo, un poco impulsivo y con mucha imaginación. A menudo no parecía un agente de la ley.

—Ya lo tengo —repitió.

—¿De qué estás hablando?

—El letrero de la entrada, ya lo tengo.

—Olvidamos decirte ayer que en la entrada a la misteriosa habitación había un letrero que no sabíamos lo que significaba —aclaró Jaione, dirigiéndose a su jefe mientras le enseñaba la foto del dintel de la puerta—. Es esto —dijo señalando una de ellas. Vicente leyó con extrañeza.

—«Nación Nerecar.» ¿Y qué narices significa esto de «Nación Nerecar»?

Jaione se encogió de hombros y desvió su mirada hacia su compañero Jon Ander.

—Ayer me volví loco metiendo en internet la palabrita para saber su significado y no encontré nada, y mira que busqué —dijo Jon Ander—. Rastreeé incluso países, estados, imperios o naciones que antiguamente pudieran haberse llamado Nerecar. No encontré nada.

Sus compañeros lo miraban con algo de incredulidad. Su lógica a veces era extraña pero aplastante.

—Pero ya lo tengo —repitió—. Claro, claro, es eso —añadió levantándose con mucho ánimo—. Lo acabo de ver —prosiguió—. Ahora mismito. No son dos palabras, es solo una. Es solo un juego de letras. Una especie de anagrama, pero con dos palabras. Como sabéis, para ser un auténtico anagrama tendría que ser de una sola palabra. Mismas letras, dos significados distintos o incluso más. Según algunos lingüistas y filósofos, un método de ocultar la identidad. Eso es, todo casa. A veces lo utilizan ciertas sectas. Dicen que el interior de las palabras tiene muchas más acepciones que las evidentes. Solo es cuestión de jugar con ellas. Creen que las palabras ocultan dentro de sí mismas significados distintos. Como si fueran máscaras para acceder a sus reuniones. Algo parecido a puertas hacia lugares desconocidos o prohibidos. Piensan que dentro de uno mismo vive más de un ente. Varias vidas en el interior de una sola persona. Y yo había supuesto que, en este caso, «nación» sería sinónimo de mundo o tal vez de entorno o por lo menos de espacio acotado distinto. Y «Nerecar» podría tener un significado oculto. Podría ser perfectamente una metáfora.

El silencio se hizo absoluto.

—Pero, en realidad son una sola... ¡Ostras! No, no, «Nerecar» es un anagrama también en sí mismo. «Creerán.» ¡Qué guapo! Son las dos cosas a la vez. Me encantan las letras. ¡Coño! ¡Y «nación» también podría ser un anagrama! «No nació.» Un ser que todavía no ha llegado a esta tierra. Un

nonato. Parece un credo de alguna religión o algo parecido. «Creerán en el no nacido.» Esto cuadra. Me encanta. No es solo lo que pensaba al principio...

Vicente y Jaione escuchaban con curiosidad a su oficial instructor más joven.

—Bien, bien, pero ¿qué?, ¿de qué te habías dado cuenta ahora mismo? — preguntó la mujer.

—«Nación Nerecar» no son dos palabras, es simplemente una —repitió—: Reencarnación.

—¿Usted sabe qué significa «Nación Nerecar»?

Irene bajó suavemente la cabeza. Sus ojos permanecieron sin pestañear. La mujer miró a Jaione con cara de extrañeza y encogió los hombros. Vestía una camisa de color negro y un abrigo claro. Tenía ojeras de haber estado durmiendo menos horas de las necesarias. A pesar de ello, su aspecto era bastante mejor de lo que la oficial había imaginado que tendría después de la noticia que tuvieron que darle ayer. Tenía el pelo recogido con un coiletero y unos pendientes de aro negro muy elegantes.

En la habitación de la comisaría de la Ertzaintza del barrio del Antiguo de San Sebastián, donde ambas mujeres se hallaban, había una mesa blanca. Las paredes eran del mismo color. La oficial había colocado las dos sillas a poca distancia, con una cercanía muy medida.

Mientras tanto, en la habitación contigua, Vicente había terminado de leer de nuevo el dato que le habían pasado sobre el origen de los libros de reencarnación y, en concreto, sobre el que posiblemente había sido comprado en la propia librería de su hijo, y se imaginaba yendo cuanto antes allí.

Después cerró la agenda y se unió a Jon Ander. Ambos veían a través de un espejo unidireccional todo lo que estaba pasando en la otra sala. Unos pequeños altavoces complementaban su *presencia virtual* en el lugar contiguo. Estaban sentados y no perdían ripio del interrogatorio que Jaione llevaba a cabo a la novia de Asier Ruiz, el cadáver calcinado.

La mujer negó con la cabeza, pero a la vez respondió con una pregunta.

—No sé, ¿será algún país? En cualquier caso, no lo conozco. ¿Qué tiene que ver eso con la muerte de mi Txiki?

—Son cosas que hemos encontrado después de registrar la casa. No se preocupe —respondió Jaione evasiva—. Usted no conoce el significado de esas dos palabras, ¿verdad?

La mujer volvió a negar en silencio y se volvió a reubicar en la silla cruzando las piernas. Hizo lo mismo con sus brazos. Después, sacó un pañuelo de un bolsillo y se lo acercó a la nariz. Desde la otra habitación, Jon Ander observó el monitor que grababa todos los movimientos de Irene. Miró al subcomisario, pero este no quitó la mirada de la pantalla. La alternaba con la visión en directo.

—Usted no tenía llaves de la casa, según nos dijo el otro día —preguntó la *ertzaina*.

La mujer respondió con frialdad.

—Desde que cambiaron la cerradura, no.

—¿Por qué cambió la cerradura?

—Me dijo que había habido un robo en la vecindad.

—Ya. Y eso, ¿cuándo paso?

La mujer hizo gesto de recordar.

—Igual hará como unos seis meses.

—Bien, y ¿cuándo estuvo allí por última vez?

—Yo nunca he estado allí.

La *ertzaina* se incorporó con cierta expresión de no creerse lo que Irene le acababa de decir. Cambió el tono correcto de toda la conversación por otro más cercano y con un punto de ironía.

—Vamos a ver. ¿Usted dice que era su novia y quiere hacerme creer que nunca había estado en esa casa? Eso sin contar incluso que, por lo menos durante un tiempo, usted estuvo en posesión de las llaves de la villa. Le recuerdo que estoy intentando ayudarla. Explíqueme algo más, se lo ruego, porque, en principio, me resulta extraño lo que me está contando. Era una relación entre personas adultas, ¿verdad? Y aun así... ¿nunca estuvo en su casa?

La mujer lo negó con la cabeza mientras miraba al suelo evasiva.

—¿Ni cuando tenía las llaves?

La respuesta fue la misma.

Vicente suspiró con preocupación desde la habitación contigua. Jon Ander anotó cosas en su libreta. Jaione intentó cambiar de tercio.

—¿Cómo se relacionaban?

—A veces venía a mi casa.

—¿La que usted comparte con Maite Abasolo?

Irene afirmó con la cabeza.

—Él vivía solo en una villa más que acomodada y, en cambio, se veían en una casa pequeña, que encima usted comparte con otra persona. ¿Es eso lo que pretende que me crea? —agregó Jaione en tono muy duro.

—Txiki era una persona muy celosa de su vida privada.

—Joder, ya veo —dijo la *ertzaina*.

Ambas mujeres cruzaron sus miradas en silencio, pero fue Irene la que enseguida la apartó.

—Lo que me cuenta es contradictorio. Usted tiene las llaves, al menos durante un periodo de tiempo, y no visita esa casa nunca.

—Fue un lapso muy pequeño. Me las pidió después de lo del robo en la vecindad diciendo que las iba a cambiar y que en unos días no servirían. Después no me volvió a decir nada.

Jaione la miró en silencio y pensó en cambiar de tema. Estaba claro que la mujer estaba a la defensiva. Aquello era evidente. Intentaría recabar más datos, y después analizarían lo que aquella pájara le estaba contando.

—Sabía que vivía por el barrio de Igueldo, aunque nunca estuve allí —insistió.

—De acuerdo. No se preocupe. Cuénteme, ¿cómo se llevaba con su novio?

—Bien —respondió sin más.

—¿Estaba usted enamorada de él? —preguntó Jaione en un intento de la *ertzaina* de meterse en su interior.

La mujer mantuvo la misma actitud. Piernas y brazos cruzados. Bajó la cabeza como una manera de aislarse aún más.

—Ya se lo he dicho, era su novia. ¿No le basta? Íbamos al cine, sacábamos a los perros, a restaurantes a cenar por ahí cuando no trabajábamos. A veces de viaje...

—¿Tenían perros?

—Hubo una época en que sí.

—Bien. Usted ha vuelto de un viaje a Roma, ¿verdad?

La mujer tardó en contestar.

—Sí.

—¿No quiso irse de vacaciones con él?

—Ya me hubiera gustado, pero él no podía. Estaba trabajando. El trabajo de los extras es muy cabrón —se explayó—. Dependemos del trabajo real. Somos los últimos reductos del trabajo a destajo. Solo nos piden trabajar si hay eventos. Si no, esperas en tu casa y punto. Y solo cobramos si trabajamos. Eso te da siempre una sensación de eventualidad de mierda. Vas a pedir un crédito a un banco y se ríen de ti en tu cara. «¿Usted no tiene nómina?», y te tuercen el morro.

Jaione se sintió bien al observar que la mujer había descruzado los brazos y hablaba de corrido.

—El trabajo de camarera no lo quiere nadie. Es muy esclavo. Tiene ese punto de servilismo que algunos no entienden.

—Pero eso no es así —intentó mediar la *ertzaina*. Quería romper la barrera entre ella y los oscuros pensamientos de Irene.

—Usted qué sabrá —respondió cambiando su relato a un tono despectivo. Enseguida se percató de ello y lo suavizó—. Disculpe —dijo Irene—. Estoy muy nerviosa —añadió secándose con el pañuelo los ojos, que por momentos parecieron dejar asomar unas lágrimas.

Con un tono más comedido, la mujer prosiguió. A Jaione le pareció haber tocado el botón adecuado.

—Yo nunca he tenido nómina. Siempre he trabajado de extra. Usted, trabaje en lo que trabaje, tiene su sueldo a fin de mes. Tiene estabilidad. Yo no. La sociedad confía en usted. Puede pedir un crédito, puede crecer. A mí eso me es muy difícil de hacer. Muchas veces te pagan en negro, ya le he dicho que el mundo de las extras es cabrón —agregó con acritud.

Jaione intentó tirar de ella un poco más.

—Se conocieron en el entorno de los eventos y el *catering*. ¿Sospecha que alguien le quisiera hacer daño a Asier? Pudiera ser que tuviera enemigos o que estuviera metido en algún asunto sucio. De dinero, o drogas, tal vez de apuestas.

Al ver que Irene subía la cabeza la policía paró de hablar.

—Mi Txiki era una persona muy buena. No me lo puedo imaginar metido en cosas así.

—Txiki era un bala —dijo Maite con un tono de tristeza—. Pero, ante todo, un buen amigo.

La situación no había variado en exceso. Solo la del protagonista. Ahora era Irene la que esperaba aparte en un recibidor de la comisaría. Jaione interrogaba a su compañera de piso, Maite Abasolo. En la habitación de al lado, Vicente y Jon Ander seguían sin perder detalle de lo que sucedía en su interior. Apenas se movían. Anotaban hasta el último movimiento.

—¿Podría darme más datos? —preguntó la *ertzaina*—. Su afirmación nos interesa.

—Txiki era el novio de mi amiga y yo lo apreciaba mucho. Eso que quede bien clarito. Pero era un tirado para adelante. Un cáncer muy lunático. Una persona que creía en lo que hacía. Iba a por todas.

Maite sonrió al ver que la frase le había quedado bordada y con un doble sentido claro. Jaione no entendió lo poco oportuno de su sonrisa y su cara se mantuvo muy seria.

—Sí. Iba a por todas las que se le cruzaban —matizó—. Las faldas le atraían demasiado. Era un conquistador nato.

—¿Cree usted que podría tener enemigos?

—Igual algún novio despechado —dijo sonriendo con malicia.

De nuevo, Jaione notó lo inoportuno de su tono. A la *ertzaina* le pareció que a Maite no le importaba estar delante de un policía. Y que, a pesar de toda la situación, seguía teniendo un punto extraño de comicidad.

—¿Frecuentaba Irene la casa de Asier? —tanteó Jaione.

—No lo sé. Supongo que sí. Supongo que iría a sacar a los perros o yo qué

sé. Lo que sí le puedo decir es que Asier venía por la nuestra con cierta frecuencia.

—¿Y se quedaba a dormir con Irene?

—Sí, claro, pero no veo que eso le pueda interesar —protestó Maite.

—Solo intento establecer qué tipo de relación tenían.

—Venía porque estaba con Irene, aunque también hablábamos de currelo.

Él nos conseguía los extras. Hacía como de proxeneta.

La policía anotó la expresión, que le pareció muy dura.

—¿Los ingresos que ustedes generaban se los daban a él? —preguntó con bastante seriedad.

—No, mujer —respondió con media sonrisa—. No se lo tome al pie de la letra. Era solo un símil.

—No muy acertado —respondió la *ertzaina* con gesto adusto.

Maite cambió su rostro alegre por un gesto de seriedad de inmediato.

—Vamos a hablar de su DNI. ¿Cómo puede explicar que lo encontráramos en posesión de Asier?

—No lo sé. Yo estoy segura de que me robaron la cartera.

—¿Quién? ¿Asier?

—No lo sé. No creo —respondió Maite mirando al techo.

—Ya. Usted sigue pensando que se la robaron.

Maite afirmó con la cabeza.

—Vamos a ver, usted quiere hacerme creer que, de los trescientos noventa y tres contenedores de basura que hay en esta santa ciudad, hay uno en concreto en el que coincidieron el supuesto ladrón de su cartera y la persona que le quitó la vida a su amigo, compañero de trabajo y novio de su compañera de piso... Ah, y luego lo quemó todo, claro. ¿No pretenderá decirme que eso es así?

—No es imposible —respondió Maite a la defensiva.

—Tiene usted razón. Pero muy poco probable —añadió enfatizando las palabras—. Eso también. Y a mí no me gustan las coincidencias, casi nunca

son ciertas —atacó la policía con un gesto que rayaba en lo agresivo.

La mujer se sintió sorprendida por el tono que utilizó la *ertzaina*.

—Vamos a hablar clarito, y le pido sinceridad. Solo quiero que me responda a una cosa. ¿Por qué llevaba Asier una cosa tan personal y casi intransferible como su cartera?

La mujer cambió de registro al verse atacada tan directamente. Y se cerró sobre sí misma. Respiró con un nerviosismo que podía parecer delatador. Se pasó la mano por la frente y se tocó la coleta. Después, cruzó los brazos.

—No lo sé. Mire, yo también siento mucho la desaparición de Txiki. Era un buen amigo y tengo una sensación de vacío terrible desde que ya no está. Sí, era un bala, pero un bala adorable. Se hacía querer. No sé por qué me pregunta estas cosas —agregó al borde de las lágrimas—. Fue un buen amigo y no puedo ni pensar en lo que le ha ocurrido —dijo. Se le entrecortaba la voz.

Jaione sintió que por ahora no debía seguir por ese camino. Respiró profundamente y miró varias veces su agenda.

—Enseguida termino —añadió sin dar mayores explicaciones.

La mujer sacó un pañuelo y se ocultó con él parte del rostro.

—Usted me acaba de contar que Asier venía con relativa frecuencia a su casa. Y digo yo que, en contrapartida, usted iría a su casa también. No sé, de vez en cuando.

—Yo nunca estuve en su casa.

—¿Jamás?

La mujer negó con la cabeza.

Jaione resopló, con gesto entre adusto y sorprendido.

—Es extraño, porque su amiga Irene nos acaba de decir lo contrario.

Maite enseguida cambió su versión.

—Se referiría a la casa que tenía antes. Yo conocía a Asier desde hace mucho, y antes vivía de alquiler. Después se mudó a la de Igueldo. No sé lo que le habrán contado, pero a su casa, donde vivía ahora, yo nunca he ido.

«Vaya, nuestro protagonista parece que era muy celoso de su vida privada»,

pensó Jaione con ironía.

—¿Ni siquiera a su novia la dejaba entrar en la casa?

—Eso tampoco lo sé. ¿Por qué no se lo pregunta a ella?

—Bien, olvídelo. Una última pregunta. ¿Cuándo fue la última vez que vio con vida a Asier?

—El mismo día que Irene se fue de vacaciones.

—¿Dónde quedaron?

—En un pub, a la noche.

—¿Estaban solos o con alguien más?

—No, solo los dos. Quedamos para hablar de trabajo.

—¿Para hablar de trabajo quedan en un pub a la noche? —preguntó inquisitivamente.

—También éramos amigos.

—¿Podría ser que fuera ahí donde se quedara con su cartera? Digamos... ¿por casualidad? —ironizó.

—No lo sé.

De mujer a mujer, la policía no se anduvo con medias tintas. Fue una pregunta, pero no sonó como tal. Pareció que a la oficial Jaione, en la misma entonación, se le hubiera olvidado situar las dos interrogaciones.

—Asier estaba liado también con usted. Admítalo. No pasa nada. Tiene toda la pinta de que sea así.

Vicente y Jon Ander observaban sin parpadear el monitor esperando la respuesta. Antes, se miraron entre ellos.

Maite lo negó mirando primero a la derecha y después hacia al techo.

—¿Pero?

El calor de la cocina económica seguía soltando una sabia mezcla de aromas embriagadores. A maíz, tortitas y mole. En uno de los rincones de la cocina, los chiles cascabel, morita y chipotle colgaban enrojecidos de un cordel fino. Estaban ordenados por clases. Eran como un ambientador que se encargaba de dulcificar el calor de la estancia. Los rayos de sol que entraban por la ventana del fondo eran fuertes, y al reflejarse sobre el suelo de baldosa antigua daban la luz necesaria. Al mismo tiempo, el grosor de los tabiques mantenía fuera el calor que los fuertes rayos del mediodía imponían. La ciudad mexicana de Mérida se preparaba para el mediodía cargado de nubes solitarias. Y de altas temperaturas.

—Sí, hubo un gran pero...

Pierre Miraud miró a la anciana Alejandra con la mejor de sus expresiones, aunque sin poder disimular una curiosidad espontánea. No sabía qué significaba ese «pero». Ni siquiera si su interlocutora tenía la carga de memoria suficiente para aclárselo. Su hija María la miró con recelo, pensando que la mujer entraba en un bucle en el que su memoria jugaba al escondite con ella.

Ambos se estaban equivocando.

—Tu padre fue una persona muy especial. Yo le enseñé a aromatizar el tabaco de su pipa con tequila —dijo Alejandra con claridad y recreándose en el recuerdo—. Hay que saberlo secar bien —prosiguió—, si no, la mezcla prende con demasiado humo y pareces una chimenea —añadió sonriendo—. Después, el aroma del aguardiente que desprende es embriagador. Hay que

saber proporcionar con cuidado la menta y el alcohol. De ello depende la aspereza de su sabor.

María se levantó acercándose al puchero y lo alejó de la zona central. La intensidad de los borbotones bajó de inmediato. El vapor de la cazuela cedió. María se sintió interesada por su madre. Miró con suavidad al recién llegado y le ofreció una cerveza. Pierre la aceptó sintiendo una hospitalidad cercana. Tuvo un presentimiento extraño. Seguro que la anciana iría más allá de lo que nunca se hubiera imaginado. No sabía por qué estaba pensando eso.

Pierre no se atrevió a preguntar. Lo hizo María mientras se unía a la mesa sin dejar de observar a su hijo correteando por la habitación de al lado. Se echó hacia atrás la melena, muy oscura, y los rayos de luz natural atravesaron su mata de pelo dejándola a contraluz. Tenía una belleza arcillosa, muy de la tierra.

—Mamá, ¿qué estabas contando? —preguntó con amabilidad. La mujer los miró, pero no dejó de rebuscar en su memoria. Sus ojos se entornaron, pero no fue por el esfuerzo, sino por el modo en el que la tristeza la estaba invadiendo. Como cuando llega una ola rota a la orilla. Con calma.

—La historia de Claude no la he podido olvidar —repitió la mujer con la mirada cercana—. Y creo que, por muy mayor que me haga, jamás podré hacerlo. Claude era una persona maravillosa. Tenía pinta de francés estirado y distante, pero era solo una fachada. Por dentro era muy cercano y, sobre todo, un luchador nato.

Pierre sintió algo muy especial al oír el nombre de su padre. Nadie, anteriormente, le había hablado así de él. Ni siquiera su madre.

—Y hacían una pareja muy cercana —apuntó la mujer—. Era alto como tu madre —agregó la anciana mirándose las manos.

—Estoy muy contento de haberla encontrado —dijo Pierre dando un sorbo a su cerveza—. Mi padre estaría contento de que lo haya hecho. Lo que pasa es que me acuerdo poco de él. Solo sé que compartía trabajo con mi madre y que fue allí donde se conocieron.

—¿Por qué dices que compartían trabajo? —preguntó la anciana.

—Bueno, mi padre era arqueólogo y mi madre es historiadora del arte especializada en culturas de aquí. Así fue como se conocieron.

—Tu padre no era arqueólogo —dijo con seriedad Alejandra.

María y Pierre la miraron y, por un momento, pensaron que igual no sabía lo que estaba diciendo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó su hija mirándola con extrañeza.

—Tu padre no era arqueólogo —repitió con suficiencia—. Lo digo porque lo sé. Era médico.

—¿Cómo? —preguntó Pierre con cara de sorpresa—. Creo que se equivoca —dijo con la mejor de sus sonrisas. Después miró a María intentando entender algo, pero la cara de esta era también de sorpresa. Pierre insistió, con amabilidad, en que estaba confundida.

Pero la anciana se mantuvo en sus trece, y negó con la cabeza con cierto aire de suficiencia.

—¿Qué vais a saber vosotros? —agregó la anciana con desparpajo.

Pierre, al principio, creyó que la anciana desvariaba.

—Tus padres se conocieron en unas excavaciones, pero fue por casualidad. Tu padre era médico de muchas de las comunidades de indígenas que hay por aquí cerca. Y, sobre todo, muy solidario. Iba allí donde lo necesitaban con aquel coche pequeño, pero más que suficiente para llegar a todos los rincones. El mismo que conducía cuando... lo sacaron de la carretera.

Pierre no salía de su asombro. Las palabras de Alejandra lo habían descolocado al darse cuenta de que lo que estaba contando la anciana rezumaba más verdad que alzhéimer.

—Mi madre me dijo que era arqueólogo y que...

—Sí, y que murió en un accidente. Nada de eso es verdad —insistió la anciana—. Fue provocado.

Pierre seguía sin entender nada de lo que la anciana le estaba contando.

—Tú eras solo un escuincle que no sabía ni sorberse los mocos. Nadie

podía contarte lo que de verdad había pasado. Lo hablé con Françoise en esta misma mesa. ¡Cómo puedes contarle a un chamaco algo así! —exclamó con un tono de tristeza en la mirada—. Tú correteabas ajeno a todo por la misma habitación por la que lo hace ahora mi nieto —añadió mirando de reojo a la estancia contigua—. Casi con la misma edad que tiene él ahora. Con apenas tres años recién cumplidos. Tu madre te mantuvo en la ignorancia que tu infancia necesitaba para no crearte un dolor añadido.

La anciana dejó de hablar durante un momento con la mirada perdida en el pasado. Al cabo de un rato, prosiguió:

—Tu madre lo sabía todo, pero no se terminaba de creer que aquellos hijos de la chingada fueran en serio. Ni siquiera te contaba lo que de verdad hacía tu padre. Arqueólogo... —dijo con una sonrisa con suficiencia.

La olla de la comida había dejado de hervir. La ausencia de vapor estaba dejando más clara la estancia.

—Françoise estaba rota por la mitad. No se la podía consolar. Estaba muy enamorada de tu padre. No había nada más que verlo. El cariño que había entre ellos era mágico. Me quedaba embobada viendo con qué dulzura se trataban tus padres. Y eso que ella era dura. Supongo que lo seguirá siendo si ha sabido rehacer su vida. Nunca he visto a nadie sufrir como lo hizo tu madre. De esta tierra salió huyendo, agarrándote de la mano con fuerza. No le quedaba otra —añadió con acritud—. Me dijo que huir era una cosa que no le gustaba hacer, que nunca lo había hecho. Pero pensar que también tu vida podía peligrar era una cosa que no podía pasar por alto. No hizo nada por aclarar el asesinato de tu padre... por ti —continuó la anciana—. Solo por eso. Únicamente por esa razón.

Pierre no daba crédito al relato de la mujer, pero, cuanto más dejaba hablar a Alejandra, más se convencía de su veracidad.

—¿Qué le pasó a mi padre?

—¡Qué le va a pasar! Que era una persona íntegra. Y eso trae consecuencias. Todo funciona con la mierda del dinero. Aquí y en cualquier

sitio.

La anciana pareció coger aire y soltar lastre como si aquella historia fuera algo que ella también había mantenido en secreto casi por inercia.

—El francés era médico, y de los buenos. De los que se arremangaba e iba y venía con su pequeño coche. Y no se callaba. Era un güey chingón, con las pelotas bien puestas. No se arredraba ante nadie. Siempre con educación, nunca alzando la voz, pero un valiente. Igual era eso lo que más irritaba de él, que decía las cosas y las razonaba. No cantinfleaba, aunque le escociera, y mucho, al que lo estaba escuchando. Y, además, muy guapo. Tenía a todas las viejas detrás de él —dijo sonriendo con una mueca—. Pero, sobre todo, muy solidario. Siempre del lado de los más necesitados. Eso, en todas partes del mundo, tiene sus riesgos. Estaba pendiente de mí y de mi alergia. A veces, incluso se ocupaba de mis ancianos padres. Eso fue antes de que murieran —dijo Alejandra.

Pierre y María no dejaban de escuchar cautivados por el relato de la anciana. Esta aspiró profundamente, con la nostalgia instalada en sus ojos.

—A la gente del dinero no le importa más que eso. Pendejos, son capaces de todo por conseguir sus objetivos.

—No fue un accidente —dijo Pierre sin interrogaciones.

—Tu padre secundaba a los habitantes de un pueblo de por aquí cerca que se oponían a las expropiaciones que una empresa maderera quería llevar a cabo en sus tierras. Claude los apoyaba sin ambigüedades. Les estaba tocando las pelotas demasiado. De nada sirvió. Le amenazaron. No sé si tu madre conocía el verdadero alcance de las amenazas. Creo recordar que sí, pero nunca se lo tomó en serio del todo. Era médico. Qué podía temer. Seguro que, en el fondo, desconocía la gravedad de las amenazas. Decía que no pasaba nada. Nunca quiso preocupar a tu madre. Pero esto pasó hace mucho tiempo. Ahora te veo a ti bien y eso es lo que importa. Eres guapo, tienes el porte de tu padre —añadió extendiendo su mano y tocándole la barbita de la cara—. Parece que se ha reencarnado en ti.

Pierre no sabía qué responder. Aquella historia lo estaba sobrepasando como la subida de la marea. Algo en su interior le decía que debía haber hecho ese viaje hacía tiempo. Pero nunca se imaginó que descubriría una historia así.

—No sé si he hecho bien en contarte esto. Pero venías a esto, ¿no? —preguntó Alejandra apoyada en la silla de mimbre.

—No lo sé —respondió Pierre.

—Es normal que tu madre te lo ocultara. Pero igual ahora, de mayor, a lo mejor sí tenía que habértelo dicho. Es posible que no lo tenga superado del todo. Salir huyendo de aquí y no pelear por tu padre tal vez todavía le pesa.

—Solo venía a... no sé a qué venía —dijo Pierre sin salir aún de su asombro—. No pensaba encontrar esto —añadió.

—Saber las cosas no las cambia. Sin embargo, tranquiliza. Yo estaría muy orgullosa de tener un padre íntegro. Y el francés lo era. Tu madre también lo era. Estoy segura de que no habrá cambiado.

Pierre se trasladó a aquellos días, de los cuales recordaba lo justo, y tan matizado que era imposible hacerse una idea clara. Pensó en su madre, en aquella joven Françoise llorando de manera parecida a como lo hizo hace apenas un par de meses, cuando su actual marido, el subcomisario Vicente Parra, había sido herido de gravedad durante un operativo policial.

—Aunque la integridad y la decencia sirven de bien poco delante de una pistola —dijo Alejandra con acritud.

Pierre escuchaba absorto sus palabras.

—Aquello pasó hace más de treinta años. Hubo revuelo en su momento y se investigó. Pero, al poco, todo se sumió en el silencio. Aunque tu madre no se calló, empezó a denunciar el asunto. Primero, en la policía, y, después, en público. Aquello lo cambió todo. Llegó a contarle en varias radios. Iba en serio, y estaba muy decidida a llegar hasta el final. Era muy brava, la francesa. No se arredraba con facilidad. Pero algo la hizo cambiar de raíz.

—¿Algo?

—Sí, hay un detalle que había callado, pero ya no me importa contártelo. Un día, a las pocas semanas de empezar a denunciarlo públicamente, recibí una fotografía. Aquello la destrozó. Ni por asomo se habría imaginado algo así.

—¿Una fotografía? —preguntó Pierre.

—Tú y tu madre saliendo del portal de casa. Te llevaba de la mano. Estaba hecha a distancia, tal vez con un teleobjetivo o algo así, y se apreciaba con detalle una diana dibujada con bolígrafo sobre tu cabeza. Sin letra alguna escrita al margen, ni en el reverso. Una amenaza dejada anónimamente en vuestro buzón. No sé cuándo la habrían tomado. Me la enseñó con la mirada perdida. Podía notar su nerviosismo solo con mirarla. Le temblaba la mano. Tuve que sujetársela para verla. Aquello fue demasiado para tu madre. Después, algunos se encargaron de enterrar el asunto junto al cadáver de tu padre. Por completo.

Pierre se estremeció.

—Françoise no podía hacer otra cosa. Tu vida estaba en juego.

El niño apareció correteando por la estancia. Se subió a los brazos de su madre. La anciana le sonrió mirándolo.

—A los chamacos hay que contarles historias paralelas para que no sufran más de lo necesario. Ya tendrán tiempo de hacerlo cuando la vida adulta los deje sin protección.

—Tu madre esparció las cenizas de Claude en Uxmal. No quiso que salieran de aquí. Lo hizo a la sombra de la pirámide del Adivino. Yo siempre la he llamado la pirámide del Hechicero. Tu madre me dijo un día que se fiaba más de los hechiceros que de los adivinos —dijo con una sonrisa—. También dijo que Uxmal siempre sería parte de su vida.

El niño miró ajeno a la conversación.

El silencio de después fue largo y contenido. Pierre sintió como su propia mirada se perdía en un pasado que parecía haberse apoderado de la estancia. Fueron unos segundos cargados de emoción.

—¿Quiere quedarse a comer? —preguntó María rompiendo aquel momento con la mejor de sus sonrisas—. Vaya historia que le has contado, mamá. No quiero que se vaya con ese sabor de boca.

—La que hay. Lo siento. Es la verdad letra a letra. Pero sí. Quédese a comer, tenemos un mole muy rico. Lo preparo yo, lo hago con guajalote, y nunca me olvido del ajonjolí —agregó sonriendo.

—Hágale caso —intervino María desde el puchero—. Está muy rico. Le prepararé también alguna botana.

La conversación, a pesar de la gravedad de lo que la anciana había relatado, se relajó y se fue diluyendo entre otras cosas más nimias. El olor de la comida acabó de disolver la parte más densa del relato.

Pero el recuerdo de aquel día se quedaría instalado en la memoria de Pierre durante toda su vida. Pensó que entendía mejor a su madre, que se casó poco después con un policía. Pero aquella era una manera demasiado simple de explicarlo. Pierre estaba convencido de que su madre siempre había adorado a su actual marido. «Tengo esa sensación», se reafirmó pensativo en su interior.

Lo que Pierre no imaginaba era que la sobremesa que se disponía a compartir a continuación con las dos mujeres y el niño le cambiaría la vida. Por completo.

Susana dejó las facturas y presupuestos del último evento y miró el ordenador. Observó la subida de trabajo del último año y la tendencia al alza que mantenía su negocio. Apenas quedaba personal en la oficina. La noche se había echado encima con rapidez. Los eventos de días anteriores habían salido milimetrados. Pero no dejaba de pensar en Txiki. Su figura, bajita y amable, y su calva prematura transpiraban por los poros de su memoria. Durante aquellos días de trabajo había suplido su ausencia gracias a Maite y no había ido tan mal. Las extras que ella había conseguido habían funcionado correctamente.

Pero su mente seguía enganchada en el trágico final de Txiki. Calcinado en un contenedor de basura. Las últimas referencias se las había dado Irene a través de la propia Maite. Esta le había contado que la Ertzaintza no dejaba por el momento disponer del cuerpo de Asier Ruiz, y esto, lo único que estaba haciendo era prolongar la pesadilla de la gente que lo conocía. Imaginó que especialmente la de su novia Irene. Apagó el ordenador y se quedó observando la pantalla. Se levantó y se acercó al despacho contiguo. Manuela la miró.

—¿Nos vamos? —le preguntó su jefa.

Manuela asintió con la cabeza y dejó de escribir en el teclado. Su cara era de extrema seriedad.

—¿Estás bien?

Manuela dijo que sí con la cabeza. Sus labios permanecieron pegados. Contradecían la afirmación que acababa de hacer. Hacía una hora que había

vuelto de revisar unos menús con el jefe de cocina y el saludo con Susana había sido tan efímero que rayó en la mala educación.

—Le he dejado el coche a mi hijo. Tenía que cambiarle las ruedas al suyo —añadió—. ¿Me llevas?

Manuela se levantó y ambas se dirigieron al *parking*. La noche era fría y los charcos salpicaban la superficie de brillo metálico. Habían anunciado subidas de temperatura a partir de mañana. Lo habían oído nada más conectar la radio. El coche arrancó y los faros iluminaron el exterior. El interior seguía, en todos los sentidos, en la oscuridad.

—¿Estás bien? —insistió Susana, tocándole la mano, que reposaba sobre el cambio de marchas.

—No, no estoy bien. Creo que se me nota, ¿no? —respondió Manuela con una dureza afilada.

Susana la miró extrañada. Como el silencio seguía imperando, intuyó ingenuamente el motivo.

—Txiki era una persona amable y siempre dispuesta. ¿Qué le habrá pasado?

—Susana, todos teníamos relación con Txiki. Tú tenías mucha relación con él, pero también Irene y Maite —respondió Manuela—. Y, en este momento, no me preocupa nada Txiki —añadió con desprecio—. Me importa un pimiento, en concreto.

Susana retiró la mano de la de su amante sorprendida por su durísimo comentario.

El sirimiri estaba haciendo funcionar el limpiaparabrisas a un ritmo que no terminaba de ser acompasado.

—Susana, esto lo voy a cortar.

—¿Cortar? ¿A qué te refieres?

—Me ha llamado tu hijo.

—¿Pedro?

—¿Tienes alguno más que yo no sepa? —respondió casi al instante con el

gesto muy fruncido.

Susana se imaginó muchas cosas con temor, pero no fue capaz de articular palabra. Se limitó a cerrarse el abrigo a pesar del calor que hacía en aquel habitáculo. Su pulso comenzó a acelerarse.

—¿No quieres saber de qué hemos hablado? —dijo Manuela tocándose nerviosa el *piercing* que llevaba en la parte superior de la oreja. Un arito plateado muy pequeño a juego con el pendiente.

Manuela se calló. Susana se preocupó más aún a causa de ese silencio.

—Susana, te advierto que no voy a dejar que tu hijo me hable en ese tono —soltó casi de corrido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con preocupación.

—Me ha llamado al móvil. Desconozco por qué lo tiene.

—¿Sí?, ¿quién es? —preguntó al ver que el número de la llamada entrante no estaba entre los contactos de su agenda.

—Soy Pedro Armendáriz.

La voz le sonó familiar, pero tardó unos instantes en reconocerlo, a pesar de haber oído su nombre. Nunca la había llamado.

—Vaya sorpresa —agregó Manuela con cierta simpatía y algo de precaución.

El joven fue al grano. Directo.

—Manuela, me gustaría hablar contigo.

Imaginó que sería algo relacionado con Susana. Pero nunca que acertaría tan de pleno.

—¿Pasa algo? Tu madre no ha venido todavía, pero estará al llegar. ¿Qué sucede?

—No, no quiero hablar con Susana.

Oír al hijo de su jefa hablar de su madre utilizando su nombre propio le sonó distante. También preocupante.

—No, no, no pasa nada. Solo que quiero que nos veamos.

—Va a ser difícil. Estoy hasta arriba de curro. ¿No me lo puedes decir ahora? ¿Qué pasa? —insistió la mujer.

El tono de dureza del joven era palpable, y sus palabras tenían la aspereza y el tacto denteroso de una piedra pómez.

El despacho que Manuela tenía en Delicius se hizo pequeño cuando el joven empezó a largar. Y, aunque al principio Pedro titubeó, delatando cierto nerviosismo, después empezó a hablar de corrido.

—No apruebo la relación que tienes con mi madre. Es más, me parece una pasada cómo has podido engañarla de esta manera. Quiero que te alejes de ella. Y lo vas a hacer ya. Cíñete a tu trabajo y, si puedes, ni siquiera a eso. No me imagino cómo has podido enredar a mi madre de esa manera. Te has aprovechado de ella después del divorcio. No quiero que nadie vaya diciendo por ahí que mi madre se ha vuelto una... ¿Me has entendido? No me gusta dar rodeos.

Manuela lo negó con vehemencia. El pulso se le disparó como si hubiera visto a una alimaña suelta a un palmo de su cara.

—Chaval, te estás metiendo en camisa ajena. Ahora me vas a escuchar tú a mí. Nada de lo que estás diciendo es verdad. Tu madre y yo trabajamos juntas y nada más.

—Veo que no me entiendes. No te estoy pidiendo nada extraño. Solo que dejes a mi madre en paz, ¿qué parte no entiendes? —respondió él, ajeno a las palabras de su interlocutora.

—Mi vida es una cosa que no te importa en absoluto.

—Cuando incluyes en ella a mi madre, sí.

—Te equivocas en todo —reiteró Manuela.

—No te lo voy a repetir —insistió el joven desde el otro lado de la línea telefónica.

Manuela reaccionó.

—Mira chaval, no sé qué relé te ha saltado en tu brillante cerebritito, pero sí te puedo decir que yo también te voy a hablar clarito. Tu madre y yo llevamos

saliendo hace ya un tiempo, y tú no eres nadie para decirme lo que tengo que hacer o dejar de hacer. Somos dos personas adultas que han optado por algo tan decente o indecente como la relación que puedas tener tú con tu novia si es que tienes alguna. Y, de paso, me compadezco de la que se líe contigo. Si, con la edad que tienes, eres tan intransigente, no quiero ni imaginarme cómo vas a ser dentro de unos años.

Pero el joven mantuvo su discurso con firmeza, ajeno a lo que acababa de escuchar.

—Quiero que dejes de andar con mi madre. Mi madre es una buenaza. Y te estás aprovechando de ella. ¿No ves que se ha liado contigo para darle en los morros a mi padre? Por despecho.

—Tienes demasiados pájaros en la cabeza. En concreto, cuervos. Además, eso es una absurdez de muy mal gusto. Convendría que pensases en los demás. Ya sé que no es fácil ponerse en la piel del vecino. Tiene nombre, el principio de la empatía, se llama.

El lado telefónico más joven de la línea se mantuvo en silencio.

—No tengo nada más que hablar contigo —dijo Manuela.

—Aléjate de ella —añadió él con brusquedad.

—Trabajamos juntas. No puedo hacer nada. Y lo más claro de todo: no quiero hacerlo —añadió enfatizando las tres últimas palabras.

Pedro tardó en contestar, pero la respuesta pareció que la tenía preparada.

—Si quieres, hablo con mi padre. Él tiene muchos empleados. Me encargo yo de que Avocado te contrate. Siempre anda quejándose de que le falta personal. De extra podrías trabajar sin problemas. Pero no te preocupes. Después te podrá conseguir un puesto más digno.

—Yo dirijo la empresa de tu madre, jovenzuelo. Soy la segunda de a bordo. ¿Quieres dejar de decir tonterías? Y las extras son tan dignas como el que más manda. ¿Ya te escuchas las sandeces que dices?

Pedro rasgó el silencio con su última intervención:

—Haz lo que te he dicho. Si no, atente a las consecuencias —amenazó—.

Y, de esto, ni una sola palabra a mi madre. En cuanto hable con mi padre soluciono tu asunto.

—Te librarás mucho de hacerlo —respondió Manuela.

El sonido del móvil indicando que la comunicación se había cortado hizo dudar a la mujer de que Pedro hubiera oído la última frase.

La misma frase que había hecho a Susana comenzar a lagrimear. Se secó con un pañuelo.

—Tienes un hijo muy... especial —dijo Manuela con el gesto adusto—. Y digo lo de «especial» por no utilizar otro adjetivo.

—No puedo creerme que mi hijo te haya hablado así —dijo Susana con voz serena.

—Hasta la última palabra que has oído —aseguró Manuela.

—Pedro lo pasó mal durante el divorcio. Él no era así antes. Siempre ha sido una persona con mucho carácter pero, a la vez, abierto. Yo creo que lo de su padre lo descolocó.

—¿Sí?, pues convendría contarle al chaval que las cosas no son así por mucho que lo pasase mal. Descargar las culpas en el vecino es un deporte muy extendido en este país, pero no por eso esa actitud es decente. Todos, en algún momento de nuestras vidas, las hemos pasado putas.

La lluvia se había transformado, y su finura había pasado a ser un aguacero intenso. Algo que suele suceder con frecuencia. El coche avanzaba por las calles del centro de San Sebastián ajeno a la densidad de la conversación. Al llegar a la altura de la casa de Susana, Manuela se detuvo en una esquina cercana al portal. Nada más hacerlo, un coche las adelantó por la izquierda y puso el intermitente para meterse en el garaje particular que la comunidad tenía justo debajo del edificio. Desapareció bajando la cuesta de acceso. Manuela reconoció el coche de su jefa. Por un momento, pensó que el vehículo las había venido siguiendo desde hacía rato. No lo habría podido asegurar. La

fuerte lluvia hacía imposible identificar quién era el conductor. Pero no podía ser otro.

—Supongo que ahí va tu querido hijo —dijo Manuela con retintín—. Imagino.

Susana afirmó con la cabeza.

—Es mi coche, sí —añadió con la mirada perdida. Aún tenía el pañuelo en la mano. Totalmente arrugado.

—También preveo que la noche la pasaré sola —añadió Manuela parada en doble fila mientras esperaba a que su jefa se bajara del vehículo—. Tu hijo me ha amenazado, y yo no voy a hacer lo mismo contigo, pero una cosa es cierta. Esto hay que solucionarlo enseguida. Tenemos que hacerlo juntas. Ahora es cuando más nos necesitamos la una de la otra. Eso, si la historia que hay entre nosotras es cierta y no una puta milonga.

Manuela cogió la mano de Susana. Era su primer gesto de cariño desde que se habían montado en el coche. La dueña de Delicius correspondió ese movimiento y se la apretó. Después, Manuela se acercó y le besó la mano.

—Vamos a tomar algo a algún sitio —añadió Susana—. No tengo ganas de estar con mi hijo. A ver si mañana hablo con él.

La jefa de Delicius intentó secarse las lágrimas con el pañuelo mientras los limpiaparabrisas trataban de borrar la lluvia depositada en la luna. En ninguno de los casos lo consiguieron del todo.

—¡A ver, listo! La cocina no es matemática pura. ¿Todavía no te has enterado?
—bramó Eduardo Armendáriz a escasos centímetros del oído de uno de sus cocineros. El papel con la receta para elaborar sopa ligera de guisantes y menta para diez personas reposaba, encima de la mesa enfundada en un plástico transparente, ajeno a la escena.

El joven cocinero miró a su jefe con cara de incrédula inocencia. Solo llevaba con ellos un par de semanas.

—Esta es la receta para diez personas. Y no es lo mismo hacer para diez que para trescientos.

—Solo hay que multiplicar por... ¿treinta? —balbuceó.

—Joder, que no, hostia, que no. ¿Todavía no te has enterado de que tenemos tres tipos de proporciones para la misma receta?

—Esta receta no la he hecho nunca. Y eso no lo entiendo.

—Pues muchas de las recetas las tenemos organizadas así, y esta es una de ellas. Tenemos tres clases. Para diez, para cien y para trescientos. Y son diferentes, ¡coño!

—¿Para elaborar la misma receta? Entonces... saldrán distintas —razonó.

—Efectivamente —ironizó el jefe—. Precisamente porque son distintas el resultado es siempre el mismo. Vete a buscar la otra. Venga, vuela.

El joven cocinero se alejó, pero seguía con sus dudas: «¿Son distintas para hacer lo mismo? No entiendo nada», pensó mientras se alejaba.

Los guisantes congelados en paquetes de un kilo se quedaron en el congelador a la espera de refuerzos.

Eduardo, a través de la ventana de la cocina, vio llegar a su hermano

Andoni junto al jefe de eventos. El primero le hizo un gesto con la mano para que se acercara mientras él y Carlos Salvador se metían en el despacho de Eduardo. Este miró la hora y pensó que la mañana había pasado deprisa. La reunión con su hermano para el tema del evento de Lemóniz se le había echado encima y no había tenido tiempo de comer. Llegó a su despacho con el delantal en la mano. Sin este, su barriga resaltaba aún más. Los saludó a ambos y se sentó en su sillón. Andoni traía un montón de papeles. Carlos, bastantes fotografías.

—¿Habéis comido? —preguntó Eduardo.

Los dos asintieron.

—¿Tú no? —preguntó su hermano. Eduardo negó con la cabeza.

Pidió a uno de sus ayudantes que le trajera un bocadillo de albóndigas de ternera en salsa de carne y canela que acababan de preparar. Eran pequeñas y muy apropiadas para poner entre panes. Tardó cinco minutos en llevárselo a la boca acompañado de un *gin-tonic*.

—Joder hermano, ¿comes con *gin-tonic*?

—No. Casi nunca. Solo cuando tengo eventos que me estresan —respondió Eduardo socarrón, dando el primer sorbo al combinado.

—Esto es todo lo que ya está avanzado —dijo Carlos extendiendo fotografías sobre la mesa—. Las he impreso en vez de traerlas en el móvil porque están como para hacer un póster.

—¡Está guapísimo! —exclamó Andoni a pesar de conocerlas desde ayer y haberlas visto varias veces.

Eduardo se incorporó sin soltar el vaso. Había varias fotos generales en las que se podía observar el conjunto. Era espectacular. Todos los recintos estaban casi acabados, y la misión San Juan Bautista se alzaba desafiante al final del recinto. Los arcos dibujados en la pared le daban mucha profundidad al conjunto. El recinto de la misión Dolores, donde se desarrollaría la ceremonia, también estaba acabado. Las tres carpas blancas estaban terminadas.

—Falta llevar los proyectores desde donde se emitirán las imágenes de la película —dijo Carlos—, pero ya los he probado aquí y van fenómeno. Hemos creado un mundo increíble. Somos dioses —añadió subiendo el tono.

Habían hecho una prueba de luz por la noche, y el conjunto desprendía poder y exclusividad. Pero también mucho misterio. Incluso a Eduardo, no dado a los elogios, se le escapó uno.

—Nunca hemos hecho una cosa así. Ha quedado genial.

—Y los focos sobre los dos reactores nucleares están increíbles —apoyó Andoni—. Mira —dijo señalando una de las fotos.

—Sí. Y eso que hemos tenido que bajarlos un poco de intensidad. A veces robaban protagonismo a la zona del evento. En la prueba de ayer lo vimos claro. Así están mejor —dijo señalando la foto—. Les hemos dado un matiz con filtros anaranjados a los principales, y así parece que los reactores están, no sé, como funcionando. Es alucinante.

El conjunto rezumaba algo muy especial. Parecía que la central estuviera tomando una vida que nunca llegó a tener.

—¿Qué es lo que queda? —preguntó Eduardo—. Parece que todo está terminado. Yo, por mi parte, ya tengo toda la comida preparada. Solo me falta lo fresco, que hasta el día antes no llegará. Pero ya está pedido y confirmado.

—Falta el acotado de seguridad —apreció Carlos—. Desde hoy ya hay dos seguratas dentro del recinto. No quiero que ningún gamberro nos dé un susto. Pero el grueso de la seguridad que vigilará el terreno vendrá mañana. Por lo demás, hemos andado bien y las previsiones meteorológicas no han cambiado. Tiempo estable y temperaturas suaves. Y también falta todo el mobiliario. Pasado mañana llegará. No sé. Nunca habíamos hecho un evento tan complicado en tan poco tiempo —dijo con una sensación de victoria.

—El tema de las extras, ¿cómo está?

Carlos y Eduardo miraron a Andoni.

—Ya está. Me lo ha preparado Maite. Es tan eficaz como Txiki.

El silencio que siguió duró mucho. El nombre de Asier había atravesado el

lugar como una flecha. Rasgándolo.

—Tenemos a todas las camareras listas. Incluso ha habido que echar gente para atrás de reserva. Serán setenta. Veinte por central y diez más apoyando todo el recinto y controlando todo. Parece que un evento así ha despertado mucha expectación. Todo el mundo quiere estar cuando la central nuclear vuelva a funcionar —dijo Andoni sonriendo—. Incluso ha habido dos extras que querían estar sin cobrar. Solo por aprender.

—Sí, pues aprenderán en eventos menos complicados —cortó con sequedad Eduardo—. Esto es una fiesta para los invitados, no para los currelas.

—No es la primera vez que pasa esto —dijo Andoni—. Recuerda la de las cuevas. Había extras que se ofrecieron de ayudantes sin cobrar. No es muy habitual, pero a veces sucede.

—Crear mundos distintos atrae curiosidad —dijo Carlos con cierto grado de soberbia.

Eduardo terminó su bocadillo entre las explicaciones sobre la intendencia de la boda, que se alargaron más de media hora. Carlos empezó a recoger, pero se detuvo al oír a Andoni decir lo siguiente:

—No todo van a ser buenas noticias. Tengo una llamada de un *ertzaina* para hablar de la muerte de Txiki —dijo con extrema seriedad—. Les he dicho que ahora es imposible, que estamos hasta aquí de currelo y que lo deje para la semana que viene por lo menos, cuando hayamos terminado el evento este de *Vértigo*.

—¿Y?

—Que *nanainas*.

—Joder. ¿Qué pasa? —bufó Eduardo—. ¿No pueden esperar?

Andoni negó sin hablar.

—Diles que no, que ni pa' Dios.

—No he podido, me ha dicho que tenía que hablar conmigo. Sin opciones.

—No sé qué cojones quiere esta gente. Nosotros a Txiki solo le pedíamos

extras. No pensarán que lo hemos matado nosotros, ¿no? Diles que más tarde. Que no me vengan con historias.

—No sé qué es lo que quieren, hermanito. Supongo que hacer preguntas al entorno más cercano de Asier.

—Pues que miren primero en otros lugares —dijo Eduardo con desprecio.

—Mira, si ves tan fácil librarte de ellos, no tengo ningún problema. Te lo paso yo mañana y así me quito el muerto de encima —respondió con acritud Andoni—. Le cuentas todos los detalles sobre nuestra relación con Txiki y listo. Pero te advierto que cuando he empezado a decirle al *ertzaina* que me era imposible hablar con ellos me ha dicho que tenía la obligación de hacerlo, y con un tono que no dejaba espacio a la duda.

—Estoy hasta los huevos de tus historias. Yo lo hubiera solucionado.

—Hazlo tú y punto. Son las historias de los dos, te lo recuerdo.

Carlos observaba el rifirrafe entre hermanos mientras se afanaba en recoger las fotografías. Pensó que, como siempre, el tono iría subiendo hasta que alguno de ellos soltara un exabrupto que rayara en la grosería y, a juzgar por el segundo *gin- tonic* que Eduardo estaba terminando de tomar, no tardaría en llegar.

—Joder, diles que mejor la semana que viene.

—No te preocupes, haré un hueco. No me queda otro remedio —dijo Andoni—. Yo me he encargado siempre de los imprevistos. Ya está. No hace falta que te pongas como un energúmeno.

—Los imprevistos con la policía de por medio no me gustan nada.

La *ertzaina* Jaione Egia se asomó a la habitación de su hijo. Dormía plácidamente en su cama, suspendido en los sueños de su ignorancia celeste. El día estaba sombrío cuando la mujer miró por la ventana. Bajó por las escaleras hasta llegar al primer piso, donde se encontraba la enorme sala. Al fondo, a un lado, la cocina. Observó a través de la ventana de esta última sus manzanos, cargados de *errezilla* todavía verde.

Se sentó en la banqueta e intentó hacer algo que la ducha de hacía unos segundos no había conseguido. Despejarse del letargo de sus horas de sueño. La imagen dulce de su único hijo se le volvió a enredar entre los dedos pensativos y la taza de té humeante. El cazo con leche caliente también desprendía vapor. Oyó a su hermana en la parte del vallado exterior del caserío que compartía con ella.

Se acordó de la conversación con su marido. Había sido muy dulce, de las más íntimas que dos personas pueden tener. Pero ella, por ahora, no podía detener su actividad profesional con un nuevo embarazo. Y Pello se lo había pedido sin dejar de ensayar en su enorme piano. Había sido casi cómico. Ella estaba muy cerca de su marido. Tocándole la espalda. Se lo había dicho casi canturreando, mientras mecía sus palabras por los compases que sus dedos marcaban apretando las teclas del piano y las del interior de su mujer. Todas al mismo tiempo.

Había hecho que se riera, pero el mensaje de fondo era bien concreto. Su marido apostaba a un caballo muy concreto que iba a hacer girar por completo su vida de nuevo. Y se lo estaba pidiendo con música. Rogando como quien pide un dulce más, un caramelo duro, de los que tardan en disolverse. La

música que estaba interpretando al piano era la *Primavera* de Vivaldi. Casi había improvisado una letra completa para la ocasión. Una letra que hablaba de ellos dos y de un nuevo retoño. Ella, entre risas, había salido de la habitación al oír que el niño la llamaba desde la estancia contigua. Al cabo de unos instantes había vuelto con la criatura en brazos. El momento más cómico fue cuando el chaval se bajó de los brazos de su madre y comenzó a acompañar a su padre tocando alguna tecla discordante. Pero también se unió a la letra de la canción que su padre canturreaba, aunque sin saber su significado exacto.

La escena había sido tan dulce que Jaione todavía la tenía enganchada al té que estaba tomando. La duda no dejaba que se marchara. El vapor de la infusión no se terminaba de evaporar. Sopló, y el vaho se diluyó en el aire.

Notó el frío de la mañana en el garaje del propio caserío. Un frío que se hizo más patente cuando abrió el portón y el motor de su Fazer 1000 arrancó a la primera. El aire conectado hizo acelerar el vehículo en vacío, pero enseguida estranguló su paso con la pequeña palanca situada en la parte izquierda del manillar. Las revoluciones del motor disminuyeron a la mitad. Se puso los guantes, el casco y la braga más gruesa que encontró. Al salir a la carretera sin asfaltar, cerró la entrada del portón y saludó con la mano a su hermana pequeña, que estaba asomada a la ventana de su mitad del caserío. Un ritual que no le gustaba pasar por alto. Ella era la menor de las dos, y fue su compañera de juegos en la infancia. Recordó que apenas se llevaban unos años. Su propia infancia inundó sus recuerdos. Vio con claridad la imagen de ambas peleándose, riéndose, llorando y gozando juntas. Viviendo a la par. Como si fueran gemelas. Su infancia les había dejado un poso tan profundo que las había hecho inseparables. Miles de veces, su confidente. Su cómplice. Su aliada. Ahora, de adultas, aún más. Habían llegado incluso a comprar el caserío a medias. La imagen de su propio hijo se enredó también a sus pensamientos afianzando sus dudas. «¿Tengo derecho a dejar a mi hijo con la titulación de único?», dudó.

Era casi de noche. «Está costando que amanezca», pensó Jaione. Al sentir el frío, supuso que, si se quedaba embarazada de nuevo, no iba a poder desplazarse en moto durante unos cuantos meses. La idea no le gustó.

Aceleró al llegar a la variante e intentó convencerse de que la conversación que iba a tener con Irene iba a ser relajada. Indagar en la violenta muerte de su novio no era tarea fácil. Tenía que sacar las mejores armas que su licenciatura en Psicología le había proporcionado para tratar de tirar de ella. El único sedal del que disponía, por el momento. Podía empezar preguntándole cómo empezaron a relacionarse, pensó entre el tráfico denso que, a primera hora de la mañana, se formaba en la entrada a San Sebastián.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó Jaione.

—Yo le había visto alguna vez en varios eventos —respondió Irene Arrizabalaga—. No pasaba desapercibido. Tenía don de gentes, la verdad.

—Cuénteme algo de Txiki que no sepamos. Alguna anécdota de su relación con él. Estoy aquí para esclarecer este asunto. Cuanto antes lo hagamos, antes podremos descansar todos. Usted la primera.

La relación entre las dos mujeres había cambiado en apenas unos días. Irene estaba más tranquila y había dejado de cruzar los brazos ante la *ertzaina*. Parecía haber asimilado parte del horror de aquel macabro asunto.

—Era una buena persona. Yo era su novia. Es lógico que hable así.

—¿Notó usted algo distinto en los últimos días? Algo que le hiciera pensar que tal vez había tenido una discusión o un enfado con alguien.

—No, siempre mantenía un tono amable conmigo. Era un pequeñín muy cercano —añadió sonriendo—. Compartíamos aficiones. A mí me gusta la astrología. Creo en esas cosas. No todo es lo que nos cuentan los científicos. Los nuevos censores de este siglo. Los sabelotodo. Si no es ciencia, no existe, no funciona, no es bueno, no es real. No, las cosas no son así. Puede haber poderes interiores que ellos no controlan. Yo creo en muchas cosas que no se

ven. Se llama fe, ¿sabe? Y tiene tanto poder o más que la propia ciencia — afirmó al tiempo que hacía un gesto con sus manos—. Se lo aseguro.

Jaione, a pesar de la seriedad con la que Irene hablaba, notó cierto relajamiento en sus palabras y pensó que era el momento de atacar, aunque con suavidad.

—Ya sé que esto es duro, y agradezco su sinceridad —dijo la policía—. ¿Podría ser que tuviera alguna mujer más con él? Sabe por dónde voy, ¿verdad?

—No lo creo. Ya lo he pensado. Pero yo creo que no.

—Usted me dijo que no tenía llaves de su casa. Y que nunca estuvo en su casa. Eso a mí me parece extraño. ¿No cree usted que a lo mejor quería ocultarle algo? Y no vamos a pensar solo que pudiera tener otra mujer. Digamos que pudiera tener un círculo de amistades que preferiría tener oculto.

—No creo. No creo que fuera así. Pero sí es verdad que, desde lo de su hermano, se volvió un poco más... no sé, triste.

—¿Lo de su hermano? ¿A qué se refiere? No me había dicho que tenía un hermano. Ese detalle me lo debería haber comentado antes, porque me gustaría hablar con él —dijo la *ertzaina*.

—Eso va a ser imposible. Murió hace un año más o menos. Eran gemelos. Como dos gotas de agua.

Jaione se incorporó con todos los resortes accionados y cara de sorpresa contenida.

—Pero, entonces, también murió muy joven, más joven que Asier. ¿Qué le pasó?

—Lo encontraron muerto en Oma.

—¿Se refiere al Bosque de Oma, donde se encuentra la escultura del *Bosque animado*, la de Agustín Ibarrola?

—Sí.

—¿Y sabe usted qué le sucedió?

—Le dio un infarto estando allí. Lo encontraron muerto a la mañana siguiente.

—¿A su edad? No es muy normal. ¿Estaba enfermo?

Irene se echó la melena hacia atrás sin dejar de mirar al suelo.

—No lo sé. No creo.

—Pero ¿no sabe usted nada más? ¿Qué pasó?, ¿estaba solo?

—No sé. Lo único que le puedo decir es que Txiki estuvo muy triste. — Jaione estaba escuchando con el máximo interés el relato. Irene prosiguió—. Miguel era una persona muy unida a él. Estaban obsesionados con el Bosque de Oma. Decía que era el lugar ceremonial por excelencia. Un bosque con vida propia oculta tras los árboles. Un lugar cerrado donde te sentías observado. En ningún lugar del mundo existía una magia tan concentrada, solía decir.

—Ya.

—Sus cenizas reposan allí. Txiki no quiso traerlas. Las enterraron en uno de los recodos, junto a uno de los árboles —dijo con tristeza—. Uno en el que hay dibujados unos ojos.

—Pero ¿cómo sucedió? ¿Nadie le atendió?

—Según me contó Txiki, su hermano debía de estar paseando solo por una zona cercana al *Bosque animado*. Estaba oscureciendo. Él dio la alarma de su desaparición ya de madrugada, y hasta que no amaneció no lo encontraron. Eso me contó Txiki. Además...

Jaione no dejaba de anotar cosas en su agenda. Pero esos puntos suspensivos tan sonoros le hicieron levantar la vista. La mujer notó los ojos de la *ertzaina* y bajó la vista.

—... Cuando lo encontraron, el cadáver estaba medio mordido en algunas zonas por unos perros —agregó con una voz quebradiza. Sacó un pañuelo de su bolso.

El silencio fue largo y tuvo la consistencia de una madera mojada. Incómoda y dura. La mujer respiró.

—Debe de haber algunos perros sin dueño en la zona —añadió Irene—. Aquí nadie se hizo eco de la noticia. Una persona que había muerto mientras

paseaba. Nadie preguntó por él. Yo lo conocía poco. Solo le llegué a ver una vez.

—Bueno, es normal que después de un episodio así Asier estuviera bajo de ánimo.

Irene asintió pasándose el pañuelo por la nariz.

—Y Txiki era cáncer, y su hermano, también, claro.

Jaione suspiró profundamente y mordió su inseparable lápiz sin ser consciente de ello.

—¿Está usted bien?

Irene afirmó con la cabeza.

—Enseguida termino —añadió Jaione—: ¿Desde dónde salió el avión que le llevó a Roma?

La mujer levantó la cabeza al oír tan claro el cambio de tercio.

—Desde Fuenterrabía. Luego enlazaba con un vuelo desde Madrid que me llevaba allí.

—¿Fue con su coche hasta el aeropuerto?

La mujer tardó en contestar. Y, al final, lo hizo con el monosílabo afirmativo.

—¿Cuándo fue la última vez que vio con vida a su novio?

—Yo me iba al día siguiente a Roma. Estuve con él en mi casa. Estuvimos cenando. Después se quedó a dormir. A la mañana siguiente salimos los dos juntos. Él se marchó para su casa y yo hacia el aeropuerto. Me dijo que tuviera cuidado —añadió con tristeza—. Esa fue la última vez que le vi. Aquella noche hicimos el amor —añadió con la mirada perdida—. Fue la última —añadió cortándosele la voz.

Jaione la miró con empatía, pero sin responder ante ese detalle tan íntimo que acababa de contar su invitada forzosa. La notaba más segura de sí misma y, a pesar de algún momento puntual de tristeza, bastante más animada. Parecía haber asimilado casi por completo la fatal noticia. Tal vez demasiado rápido. Sin que Jaione volviese a preguntar, ella prosiguió.

—Sí. Ahora solo espero tener suerte y volver a encontrarle. Y sé que voy a tener suerte. Estoy convencida —añadió con determinación.

—¿Encontrarle?

—Sí, estará en algún lado. Seguro que lo encontraré —repitió Irene con media sonrisa.

Jaione imaginó a qué podía referirse su interrogada, pero tenía dudas. Solo la interrogó con la mirada. La mujer la miró condescendiente. Y, por primera vez, Irene usó el nombre de pila en vez de su apodo para referirse a su novio. Aquello fue un detalle que no pasó desapercibido para la *ertzaina*.

—Asier ya se habrá reencarnado en otra persona. Suele ser un proceso casi automático. Solo es cuestión de encontrarle. —La policía la miró con una sonrisa comedida—. Está usted segura de que lo haré —remató.

—Quiero saber si esta mujer estuvo de verdad en Roma. Y necesito saberlo con urgencia —dijo Jaione—. Esto es una prioridad absoluta. Noto algo raro en su relato.

—No poder comprobar dónde estuvo una persona en la tarde que ardió el contenedor de basura no implica que se convierta en sospechosa —rebató Jon Ander—. Ella ha dicho que estaba de viaje. No tenemos nada más.

—No, pero lo que dice Jaione es verdad. Hay que comprobar si esta mujer estuvo en Roma de verdad —añadió Vicente—. Por lo menos, para ir descartando sospechosos. Te recuerdo que no tenemos nada de nada. Una novia, una amiga y dos empresas para las que el difunto Asier Ruiz trabajaba.

—¿Qué os parece lo de su hermano? —preguntó Jaione.

—Digamos que anecdótico. Un señor que va, pasea por un bosque y se muere. Punto.

—Demasiado joven.

—Puede que sí. Pero no es imposible. Por desgracia, pasa.

—Ni siquiera salió en los periódicos —dijo Jon Ander—. He tenido a varios agentes mirando eso y me lo han dicho hace una hora. En esas fechas no salió nada en la prensa.

Los tres policías se miraron pensativos. Vicente intentaba recopilar toda la información que tenían.

—¿Qué os parece lo del asunto de los libros sobre reencarnación? —dijo Jaione.

—Bueno, es algo de lo que me voy a encargar mañana mismo. Uno de los libros, a juzgar por el sello interior, lo ha comprado en la librería de mi hijo.

Sería muy interesante que nos dijera si lo compró solo o si le acompañaba alguien. A ver qué me dice mañana Alberto —dijo Vicente.

Después los tres se miraron indecisos, pero fue Jon Ander el que cortó el silencio.

—Yo creo que esta mujer tiene una pedrada importante —respondió casi de inmediato.

—¿Tú no crees en la reencarnación? Hay muchas religiones que sí lo hacen —preguntó el subcomisario con cierto tono divertido y amable.

—Eso son gilipollecés. Si te mueres, te has muerto y punto —dijo con rotundidad—. El más allá más cercano que conozco es el más acá —añadió—. Fuera de ahí, no hay nada.

Jaione sonrió con desgana y sin querer implicarse.

—El más allá está en la gente que intenta convencernos de ello —prosiguió Jon Ander—. Ellos sí que son como de otra galaxia. Tienen un mérito increíble. En la era del conocimiento y la ciencia, que te intenten persuadir de esas cosas y lo consigan tiene un mérito de narices, no creas. Bastante mayor que en la antigüedad.

—No todo es blanco o negro —intervino la mujer—. Pecas de demasiado pragmatismo, Jon Ander —añadió mirando a su compañero. Vicente se mantuvo al margen, pero le resultó divertido aquel conato de reflexión.

—Mira, no voy a entrar en profundidades, pero sí te diré que el asunto de la reencarnación en concreto me parece una gilipollez.

—Las religiones hablan mucho de eso. De fe sin razón aparente. Y, aunque tienen distintos matices en la base, son todas muy parecidas. Creer en lo que no se ve —concluyó Jaione.

Vicente asistía con curiosidad al intercambio de opiniones entre el ocurrente Jon Ander y la psicóloga, pero también experta en karate, Jaione. Sus oficiales instructores más cercanos eran dos referencias de opinión que se contrarrestaban de manera eficaz. Pero lo cortó enseguida.

—Señores, vamos a centrarnos en lo que tenemos. Y resumamos lo que hay.

Jaione fue la primera en hablar.

—Del asunto de la agenda no hemos podido sacar nada en claro. Estaba muy quemada y no se ha podido ni siquiera identificar una posible referencia sobre el establecimiento donde se compró. La lista con los teléfonos, la que encontramos en el interior de la cartera, era una lista de gente nueva que hacía de extras con él. Gente muy joven. Hemos hablado con todos ellos. Al principio no contestaban un par de ellos, pero al final se les ha localizado. Todos son estudiantes de universidad. No hemos llegado ni siquiera a preguntar dónde estaban la tarde que encontramos el cadáver. Todos coincidían en decir que llevaban haciendo extras apenas un mes. Y, entre ellos, algunos incluso se conocían porque unos habían hecho a su vez de portavoces del trabajo de camareros para poder sacarse unas perras. Yo no veo nada sospechoso en ninguno de ellos.

Vicente resopló con una expresión hosca. Jon Ander tomó la palabra.

—Del reloj quemado que llevaba puesto Asier, el que en un primer momento hizo creer al forense que estaba maniatado, no se ha podido sacar nada. Los restos analizados han llevado a la conclusión de que era un aparato barato que se puede comprar en cualquier establecimiento. El resto de las cosas del contenedor no nos dan una pista clara. Había restos calcinados de basura, pero nada reseñable. Y de la supuesta arma o instrumento que provocó las famosas marcas paralelas de la cabeza, nada. Dos marcas paralelas que son sin duda el origen de la muerte de Asier. Pero ni idea de qué instrumento pudiera llegar a dejar semejante marca.

—Joder.

—Los resultados de la casa de Asier —cortó Jon Ander—. Estamos pendientes de hablar con la persona encargada de hacer la limpieza. Nos ha costado contactar con ella, pero ya está. La he citado para mañana.

—No hay que olvidar el número de teléfono escrito en un pósito, el que encontramos en la cartera. Era de la jefa de una de las empresas de *catering*, ¿verdad?

—Sí, exacto. Pero eso coincidía con que la tal Susana Sánchez acababa de cambiar de teléfono y era hasta cierto punto lógico que el nuevo número pudiera tenerlo apuntado en cualquier parte si se lo había dado y en ese momento no tenía el móvil en la mano —rebatío el jefe—. La propia Susana Sánchez nos confirmó que hacía poco que había cambiado de teléfono. Lo dejamos aparcado por ahora. O... ¿miramos más a Susana Sánchez?

—Lo apunto como posible —dijo Jaione—. Hablar con la tal Susana.

Los tres volvieron a estar en silencio.

—¿Qué pensáis de su novia Irene? —sondeó el jefe.

Jaione tomó aire, pero Jon Ander se le adelantó.

—Yo creo que, cuando preguntas esto, no debemos olvidar a Maite, amiga de ambos y compañera de piso de Irene. Cada una da versiones distintas de la personalidad de Asier.

—Bueno, en concreto, bien distintas —intervino Jaione.

—Sí, es verdad —prosiguió Jon Ander—. Lo que nos contó Maite sobre él contradecía lo que su novia nos ha contado. Su afición por las faldas no casa con el relato de Irene. Mucha gente no quiere ver lo que tiene delante de sus narices, aunque sea grande y evidente. Acuérdate de que la cartera de Maite se encontró en el contenedor, aunque ella sigue sosteniendo que se la robaron.

—Ya, pero eso no nos lleva a ningún lado. Y no me creo lo del robo —puntualizó Jaione.

—¿No pensaste que Maite y Asier podían estar dándosela con queso a Irene? Por los detalles de su declaración no se puede descartar que fuera así. Para mí —argumentó Jon Ander—, la clave podría estar ahí. Muchas veces, si te ponen los cuernos, el último en enterarse es el interesado o interesada.

—Ya, claro que lo pensé, pero eso no quiere decir nada. Si los celos son la causa de este embrollo, por ahora, no podemos situar a ninguna de las dos en la escena del crimen. Y os voy a decir otra cosa —añadió Vicente reflexionando en voz alta—. El tal Asier era pequeñito, pero no era un bebé. Según los datos que tenemos en la mano, pesaba alrededor de setenta kilos.

Eso una persona sola no lo hace. Te lo puedo asegurar. Tendría que ser muy fuerte para subirlo al contenedor.

—A no ser que tuviera la ayuda de una segunda persona —añadió Jon Ander.

—Probablemente tenemos a dos personas implicadas en este asunto. Mínimo.

—Maite e Irene no son personas flaquitas. Ambas tienen una complexión atlética. También parecido porte. Por este sencillo detalle podríamos perfectamente no descartar a ninguna de ellas.

Los tres policías se miraron entre ellos unos instantes en silencio. Jon Ander retomó la palabra:

—O sea, que podríamos pensar que ambas querían deshacerse de Asier. Dos mujeres dando cuenta de un hombre que las estaba volviendo locas. Podría ser.

—Podría haber una tercera persona, claro —intervino Jaione.

—Hay muchas combinaciones, pero creo que tendríamos que barajar la más que probable opción de que una persona sola no es capaz de subir un cuerpo al casi metro cincuenta de altura al que se encuentra el borde de un contenedor de basura.

—Ambas podían estar hasta las narices del tal Txiki y habérselo llevado al escenario del crimen con alguna excusa y haberlo golpeado hasta matarlo. Ambas son más altas de lo que era Asier. Entre las dos lo meten en el contenedor de basura y le pegan fuego con un bidón que ya tenían preparado. Por la razón que fuera, se deshacen del incómodo Asier.

—Olvidas que a la hora del asesinato una está en Roma y otra está trabajando en un evento de Avocado.

—Estamos trabajando para comprobar esas coartadas. Pero nos falta sacar a relucir el móvil, y no estoy hablando de su teléfono, precisamente. La posible razón por la cual estas dos mujeres deciden librarse de su compañía.

—Creo que vais demasiado deprisa —cortó el jefe—. No tenemos nada, os

lo recuerdo. ¿Celos? A ver, señores, seamos más prácticos. ¿Unos cuernos? No digo que no, pero lo veo difícil. No veo maldad en ninguna de estas dos mujeres. Yo creo que la clave está en la casa de Asier. ¿Qué se sabe del libro que encontramos allí?

—Están trabajando en él. Tienen algo traducido, pero les está siendo muy laborioso. En cuanto sepa algo, te lo paso —respondió Jaione mientras rebuscaba entre los papeles de su carpeta—. Me han dado un avance sobre lo que podría contener ese libro —añadió entre dientes.

—La entrada a la habitación es turbadora. El símbolo del diablo y eso siempre me da respeto —dijo Jon Ander.

—Vaya, en algunas cosas sí cree el señor escéptico —respondió Jaione con retintín.

El oficial sonrió de medio lado.

—Sí, no sé, la gente que está en esos rollos es, cuando menos, inquietante.

—Aquí está —dijo la mujer—. Es solo un avance. La primera inspección visual nos dice que podría ser una biblia satánica que se escribió hacia el siglo XIV. Pero no lo saben seguro. Por ahora, no tienen más, están traduciéndolo. Pero esto solo es la primera apreciación que nos han pasado. El primer vistazo de nuestro experto en literatura antigua por ahora no ha servido para ofrecer nada concluyente. Me ha comentado, eso sí, que, en 1968, un americano, basándose en textos antiguos, escribió una biblia satánica. Nuestro libro podría ser una versión basada en un texto antiguo, pero todavía tienen que datar el manuscrito.

Jon Ander y Vicente escuchaban a la mujer con curiosidad.

—También han pedido opinión a un experto en libros antiguos y están esperando a que lleguen sus conclusiones. Es uno de los filólogos que tenemos en la universidad de aquí. Tiene buena reputación y lo ha cogido con interés. Si te descuidas, para mañana sabemos algo. Por ahora, lo único que me han avanzado es lo que os he dicho.

—No sé, el ambiente de la casa no era ese. Yo creo que estos hacían algo,

pero tengo la impresión de que no es más que una cortina de humo para ocultar algo más sencillo, que es lo que verdaderamente hay detrás —dijo Vicente.

—Faltan solo cuatro días —dijo el hombre en la soledad de su habitación con un tono de voz apenas audible. Pareció que tenía una conversación consigo mismo. Una sensación de miedo escénico se apoderó de él durante unos segundos. Después, esa sensación desapareció como había llegado. Suspiró.

—Está todo preparado —añadió mientras ojeaba unos papeles.

Volvió a ordenar las invitaciones a la boda que le habían sobrado y observó de nuevo una copia de la lista de invitados pormenorizada que le había mandado a Andoni hacía ya un tiempo. Ocupaba bastantes folios y estaban grapados. Cada invitado tenía su nombre y su apellido anotado al lado de un código con su DNI para identificarlos en la entrada al recinto. A un lado, y resumidas en un folio aparte, estaban las especificaciones para cada uno de los invitados. Desde personas con discapacidades hasta alérgicos a ciertos alimentos. También estaban detalladas las paradas de autobuses desde donde saldrían los invitados. Se había citado a la concurrencia a primera hora de la tarde. Desde allí tardarían una hora aproximadamente hasta llegar a la central de Lemóniz. Ningún invitado sabía dónde se llevaría a cabo el evento. El hombre pensó que tal vez alguien ya se habría chivado. Sonrió al pensarlo. El secreto formaba parte del misterio que rodeaba al evento. Eso no haría más que acrecentar los rumores, y predisponía a que la gente estuviera más receptiva. En el teatro pasa lo mismo, nadie sabe lo que va a suceder en el escenario.

Después ordenó varios de los folios que le había pasado a Andoni para la preparación del evento. Fotocopias de gran valor del cartel de la película *Vértigo* cuando se estrenó. Detalles pormenorizados del rodaje. Incluso un

libro que hablaba de cómo se hizo la mítica película, comprado en la misma misión Dolores, allí, a las afueras del San Francisco de verdad.

Imaginó qué diría la gente cuando viera el montaje que había preparado. La expectación que se crea antes de que suceda es a veces más placentera que el propio evento.

Leyó parte de la invitación casi sin mirar. La había diseñado él mismo y era muy bonita. Un tarjetón con los nombres de los contrayentes, la fecha de la boda y los mejores deseos para ellos. En una esquina había una pequeña espiral que recordaba el cartel de la película, pero era tan sutil que nadie podría haber averiguado de qué se trataba. Aunque luego pensó que la sorpresa no estaba del todo ahí. Era más bien una mezcla entre la temática y el lugar. El recinto más potente que podría haber imaginado para la celebración. Una central nuclear abandonada. Un monumento roto a la desmedida ambición humana.

Recordó todo lo que le vino a la mente cuando decidió poner en marcha aquel embolado. Sonrió para sí mismo. Imaginó que cualquier novia estaría encantada de sentirse la protagonista de un evento tan cuidado y de semejantes dimensiones. También pensó que todos estos montajes son bonitos si la pareja dura.

—Lo hemos preparado bien y no debemos fallar —dijo el hombre entre dientes—. La empresa de *catering* está haciendo un buen trabajo.

Volvió a leer la lista distraídamente y la guardó en un cajón cercano.

«Todo tiene que salir bien —pensó—. Hemos calculado con precisión toda la ceremonia. Y hemos revivido un episodio anclado en la memoria de cualquier buen cinéfilo.»

—Creo que está todo controlado —dijo.

«San Francisco nos espera. Nunca hubiera podido imaginar que esa mítica ciudad estuviera tan cerca», pensó con ironía.

—Esto me recuerda a algo —dijo Pierre.

María lo miró sin dejar de masticar. Después se secó los labios con la servilleta. Bebió de su vaso agua de chíá. Estaba fría y era muy ligera. Todavía se podían observar algunos granos de la semilla flotando curiosamente envueltos en su pulpa mucilaginosa.

El restaurante donde la pareja había ido a comer tenía fama de ser de los que mejor comida local daba de toda la ciudad de Mérida.

—Probablemente a algo que te preparaba mi madre. Le gustan los toques aromáticos cuando guisa. No sé, podría ser algún plato con epazote. Le da un olor muy característico. Y creo que esto lo tiene —añadió señalando a su plato y olfateando los vapores que salían de él.

—Está riquísimo.

—Es la especialidad de este sitio —dijo la mujer—. Pancita de res y mole rojo. Los xoconostles le dan un toque increíble. Y el epazote también. Da profundidad de sabor. La clave para poder exclamar: ¡qué rico está!

Pierre la miró divertido. Pero no era el guiso lo que le provocaba la risa.

—Unir la «t» con la «l» de vuestras palabras antiguas me resulta muy difícil. Xoconostles. —Río con suavidad.

María le sonrió sin hablar, con la boca llena de pancita.

—¿Cómo andas de hora? —dijo Pierre mirando el reloj—. Tendremos que volver pronto.

—No te preocupes. A mi madre le encanta quedarse con su nieto —añadió María—. Y vivir en casa de la señora Alejandra tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Entre las primeras está la de tener un canguro permanente.

Pero cuidar a mi madre mayor es la contrapartida. Aunque lo hago muy a gusto. Desde que me separé ha estado muy encima de mí y de mi hijo.

Pierre la miró fijamente. La mujer apartó la vista hacia su plato con algo de recato. Los ojos de Pierre eran muy negros y su mirada imponía.

—¿Tú estás bien ahora? —preguntó el hombre. Ella se apartó su melena para responderle.

—Sí. Lo pasé mal, pero ya lo he olvidado. Y la parte positiva de que mi exmarido haya desaparecido por completo es que no tengo que empezar con las visitas compartidas, los fines de semana alternos y todos esos rollos.

—¡Qué práctica eres!

—Siempre he sido así.

Pierre notó que, tal vez debido al bullicio que había en la sala, uno de los dos se había movido. El hecho era que sus sillas estaban más cerca que cuando habían empezado a comer. Y se sentía muy a gusto a esa escasa distancia de ella.

—Nunca sabes cómo te va a tratar la vida por mucho que cuides de ella.

El hombre no apartó los ojos de María. Todo él la estaba escuchando.

—Mi exmarido se largó de la noche a la mañana. No quiso saber nada de mí desde que mi hijo nació. Resultó ser un hijo de la chingada. Menos mal que tenía a mi madre cerca —añadió con serenidad.

María levantó la vista jugueteando con el tenedor y con un trozo de tortilla ya fría que quedaba en el plato. Untaba distraída el resto de la salsa con él.

Un camarero interrumpió sus confidencias retirando de la mesa la cestita de tortillas tapadas con un lito. Preguntó si querían más, pero los dos contestaron que no.

—Pero hay que levantarse y seguir adelante. Aquello pasó hace unos años, así que ya está superado. Mi hijo es mi prioridad. A mi exmarido no lo he vuelto a ver. Creo incluso que ya no vive aquí. Pero vamos a cambiar de tema... —continuó la mujer con media sonrisa—. Entre lo que te cuento yo y lo

del otro día de tu padre... Buf, espero que no te lleves mal recuerdo de tu viaje por mi tierra. Que también es la tuya.

—Claro que no. El tiempo es un individuo al que no le gusta que le zarandeen. Solo lo justo para que te cuente las cosas bonitas. El resto, que se las quede —añadió Pierre distendiendo el cruce de palabras.

La mujer tenía la mirada de ojos muy vivos, y unos rasgos faciales propios de su tierra, muy dulces.

—A menudo nos es muy difícil cambiar la percepción que tenemos de muchas de las cosas que nos suceden. A veces es imposible. Tienes que adecuarte a ellas. Y esperar que te hagan sufrir solo un poquito. La historia de mi padre es dura, pero no pensaba que tanto, y me ha hecho entender muchas de las situaciones que he visto durante estos años en mi madre. Françoise es una mujer fuerte y con mucho valor. Ahora entiendo por qué estaba triste cuando le dije que me venía aquí. Pensó que podía llegar a averiguar ese secreto que tenía en su corazón como una herida cerrada en falso sin sanar.

María tenía la melena morena caída hacia un lado. Ejercía de biombo contra el bullicio del local.

—Huir de una injusticia no es su estilo. Solo lo hizo por mí —añadió Pierre con mirada neutra respondiendo a muchas de las cosas que en su momento no había entendido.

La pareja pasaba desapercibida entre la algazara del restaurante, en pleno centro de la ciudad de Mérida. Los camareros subían y bajaban desde la cocina. La escalera de madera asistía impasible a un intenso tráfico. El lugar estaba lleno. Incluso tres personas esperaban en la entrada a que alguna mesa se librara. Eran casi las cuatro de la tarde. El sol entraba por varias de las ventanas y daba la luz exacta que el lugar necesitaba.

—Es impresionante lo que habló tu madre el otro día de mi padre —suspiró Pierre en voz alta.

La mujer no dijo nada. Solo arrimó su silla un pelín hacia la de él y bajó la cabeza. El espacio entre los dos seguía haciéndose cada vez más pequeño.

Milímetro a milímetro. Sin prisas, pero constantemente.

—Sí —continuó él—, estoy como si no hubiera digerido del todo el asunto. Pero me encuentro más tranquilo. El hecho de conocer episodios ocultos de tus antepasados, aunque sean lejanos y nada agradables, te da una sensación de tranquilidad. Es contradictorio, lo sé.

El helado de casia del fin de la comida rebajó el tono profundo de la conversación. Pierre terminó jugueteando con el resto derretido como si fuera una salsa espesa.

—El helado me encanta. La grasa que tiene es ideal para bajar el picante —dijo sin dejar de mirar el plato.

—Eso no lo sabía —dijo María con curiosidad.

—Sí —respondió Pierre—. El componente graso del helado diluye y arrastra las partículas responsables del picor. Creo que se llama capsaicina, y es liposoluble, pero no me hagas mucho caso. Se lo he oído a mi hermano. Mi familia allí, en España, son unos pirados de la cocina, y mi hermano es un cocinero de los de estrella. Bueno, ahora no. Atiende el negocio que tenía el abuelo Martín. El padre de mi padrastro. Falleció hace un tiempo. Mi hermano no vio del todo claro quedarse trabajando tantas horas para otros y dejó la cocina. Ahora se encarga de la librería de nuestro abuelo.

La distancia entre los dos se había evaporado de manera espontánea. Ahora parecía que sus confianzas necesitaban más cercanía. Daba la impresión de que ninguno de los dos era consciente del movimiento que se estaba produciendo entre ellos.

—Mi padre, quiero decir, mi padrastro, Vicente, es policía, ya te lo he contado. Y también es un *gourmet*, pero antes era un adicto a la comida rápida. Yo creo que entre mi hermanastro Alberto y *maman* lo hicieron cambiar. Françoise es francesa y ejerce como tal. Una *gourmet* declarada. Tengo una familia increíble. Y mi madre es asombrosa. Guapísima. Con mucha personalidad. Con clase de la buena. De ese tipo de personas que sabe estar

allá donde va. Y muy culta. Trabaja en algo que le gusta y le obsesiona. Ya sabes, vuestro arte —remató con la mirada muy fija en María.

Esta agarró la mano de Pierre en un gesto de cariño al oír aquellas palabras tan dulces que Pierre le estaba dedicando a su madre. Este se sorprendió, pero no la apartó. La distancia entre los dos era casi inexistente.

María pensó que el destino la había traído y llevado hasta aquí y que estaba descubriendo a alguien muy especial. Una persona sensible hasta la médula con un tono de voz sugerente. Que decía sus palabras como quien las acaricia en vez de pronunciarlas. Y con una barbita bien cuidada. La mujer pensó que el tiempo se estaba reconciliando con su pasado y que ante ella tenía la respuesta a muchas de las incógnitas que se habían sucedido desde que su exmarido desapareció de la escena de su vida repentinamente. Y lo que ella estaba sintiendo ahora mismo era un verdadero flechazo.

Después, la distancia entre ellos se derritió por completo, como los últimos restos de helado. Pierre sintió la lengua fría por la acción del helado. Ella lo sujetó por la nuca en una caricia tan delicada como el cristal fino.

Enredados con sus labios. Durante unos segundos, que parecieron durar una eternidad, los restos del dulzor del helado se fundieron y todo tomó temperatura. Mediante un sutil movimiento, una de las servilletas se cayó. Dibujó, en su corto vuelo, una grácil revolera. A cámara lenta. Se posó en el suelo sin querer hacer ruido alguno que interrumpiese aquel momento. El local quedó en un silencio virtual para los dos.

Después se separaron y estuvieron unos segundos mirándose. Fue la primera vez que ella le aguantó la mirada. Sus labios se acercaron de nuevo sin apenas rozarse, como una rúbrica de lo anterior. Rematando la faena con un pase más suave.

Pasaron el resto de la tarde juntos, y el atardecer llegó de la manera habitual en el trópico. Como si apagasen la luz. Terminaron llegando a casa de Alejandra caminando y cogidos de la mano. Al llegar al portal de la casa,

ambos se besaron de nuevo. El sabor fue muy dulce. Ambos pensaron que parecían adolescentes. Ella se alejó escaleras arriba.

—Me gustaría verte otra vez —dijo Pierre alzando un poco la voz en la distancia. La mujer se detuvo en uno de los peldaños.

—Ya sabes dónde vivo —fue su respuesta. Pareció medida.

Desde la ventana del piso superior, Alejandra, la anciana, observaba la escena en silencio con cierto descaro. Vio alejarse a Pierre calle abajo y tuvo la sensación de estar en un bucle temporal y estar viendo al padre de Pierre, Claude. Se distrajo un momento. Luego, volvió a mirarlo, ya muy lejos: volvió a pensar que era el propio médico.

—Dos personas en silla de ruedas. Tres personas con muletas. Tres alérgicos al marisco. Dos alérgicos a los frutos secos y otros dos a la lactosa. Cuatro intolerantes al apio.

—No me extraña que no lo toleren —intervino Andoni—. No hay cosa peor que el apio. —Rio para sí mismo.

—Tres alérgicos a la castaña. No te fastidia. Esto parece de broma. Buf.

Eduardo siguió leyendo con una mezcla de calma, escepticismo y grandes dosis de ironía.

—Joder, esto parece el listado del coro de un cotolengo... Tres vegetarianos. Cuatro veganos... estos serán de los más radicales, ¿no? De los que solo comen césped y alpiste —preguntó el cocinero Eduardo con desprecio—. O, peor aún, de los que declaran ser alérgicos sin serlo. Solo porque no les gusta.

Su hermano Andoni levantó la mirada, pero fueron unos instantes.

—Yo qué sé. Imagínate que sí y así menos problemas —respondió Andoni sin hacerle demasiado caso. Siguió escribiendo en su ordenador. Su hermano seguía repasando la lista en voz alta.

—Dieciséis niños y cuatrocientos noventa y dos invitados. Espero que sean de los normales —dijo alzando la voz—. Seguro que en el último momento saldrá alguno más. Que ya me sé yo estas cosas.

Andoni dejó de escribir y se quitó las gafas de ver de cerca.

—Porque sé que eres un pedazo de pan y soy tu hermano y te conozco bien. Cualquiera que te oiga... Personas normales. Joder. ¿Quieres dejar de decir

tonterías y dejarme trabajar? Con tanta gente es lógico que haya de todo. Que son casi medio millar.

—Solo repaso la lista de invitados. Como hacemos siempre. Me la mandó ayer el que paga todo este invento. Sabe lo que se trae entre manos. Pero esta liada que nos han hecho los de seguridad me parece un pelín exagerada.

—Lo sé, lo sé. Nos lo han pedido y lo he contrastado con la persona que organiza y no le ha parecido mal —dijo Andoni—. No es la primera vez que se controlan los accesos. Nos han dicho los de seguridad que desde que hemos montado los decorados la gente se para con los coches para mirar el *show*. Normal. De ahí a pensar que haya gente dispuesta a colarse en una boda como esta no hay nada. Sabes bien que hay profesionales dedicados al gorroneo en eventos. Y en las bodas donde todo el mundo está achispado, más.

Eduardo se sentó en la silla que había junto a la de su hermano. Llegaba un aroma a galletas de chocolate y regaliz. Las estaban horneando al lado.

—La empresa de seguridad se lo ha tomado en serio. Agradezco que sea así. Esto se ha convertido en algo muy gordo. He visto ya noticias en la red que lo están diciendo. Incluso alguna foto sacada desde fuera del recinto.

Su hermano seguía jugando con la lista de invitados.

—Darán una tarjeta de identificación para entrar al recinto con el nombre y el número del DNI incluido, y solo te la darán si te identificas con tu documento; me parece un poco sobrado. Y los niños tendrán que ir con un adulto también para identificarse. Mira, eso me parece mejor. Los niños siempre la lían.

—Es un evento un poco difícil, y en un recinto muy especial, así que todas las medidas de seguridad que se tomen me parecen adecuadas. No quiero que pase nada.

—Pues a mí me parece exagerado —insistió.

—¿Y el asunto de la guardería?

—He contratado a una mujer que se encargará de tenerlo todo preparado por si surge un posible problema con los niños. Pero me han dicho que en

principio no es necesario. El niño más pequeño que viene tiene cinco años y los padres han comunicado que prefieren tenerlo con ellos. Pero, ya sabes, yo, por si acaso, tengo un as debajo de la manga.

—Sí, es tu estilo. Tenerlo todo organizado. —Andoni pulsó una tecla—. Yo ya he terminado esto —dijo con cara de resignación hacia su hermano. Se oyó cómo la impresora escupía folios de tres en tres.

—¿Qué es esto?

—La otra lista. La de la gente que vamos a currar y que debemos tener paso prioritario al recinto. Se la tengo que mandar inmediatamente a los de seguridad. Creo que no me olvido de nadie. Cocineros, extras, camareros jefes, metes, limpieza, peluqueros, vestuario, un par de carpinteros por lo que pueda pasar, los de los baños de los camiones, los dos de los grupos electrógenos, los electricistas, el *disc-jockey* y el de las luces, la gente de atrezzo. ¡Ostras! Creo que me he olvidado del tipo del coche —dijo pasando las hojas con rapidez—. No, aquí está —añadió señalando con el dedo y poniendo cara de alivio.

El nombre y el apellido de la persona que traería el Jaguar de 1957 estaba al principio del segundo folio.

—Estamos a tres días del asunto y estoy un pelín nervioso —dijo Andoni dándole una copia.

—La cosa no mejorará con el paso de los días que quedan —añadió Eduardo, socarrón.

—Sabes bien que no.

Eduardo observaba cómo su hermano grapaba los papeles de su copia uniéndolos de tres en tres. Andoni comenzó a explicarle el asunto de la seguridad:

—Habrà dos filtros. Uno a la entrada de la central nuclear, donde van a aparcar los autobuses y algún particular que vendrà en coche y que ya lo ha notificado. Y un segundo control ya dentro del recinto. Cien metros antes de la entrada a nuestra zona. La lista de las matrículas de los vehículos que van a

llegar ya está entregada. Si hubiera alguno más, se lo tendríamos que comunicar a seguridad. Solo tendríamos que añadirla. Después, sus ocupantes pasarían los controles con su *txartela* y punto.

Andoni guardó silencio un instante. Enseguida, retomó su discurso:

—Y me han dicho los de seguridad que la cosa no va a ser de broma. El que no lleve la identificación, no entra. Les es igual quién sea. Tengo que repetir a todos que nadie vaya sin *txartela*. Y que la lista será clave para entrar. Si no estás en ella, no te dejan pasar. Ni siquiera a los invitados.

—¿Ni siquiera a la novia? —bromeó Eduardo.

—Espero que tengan un poco de manga ancha.

—Esto parece un congreso en vez de una boda —dijo el cocinero.

—No es la primera vez que hacemos eventos con entrada controlada. Si son de particulares y con mucha gente siempre es así. Tampoco es tan raro. Es como si llevases una invitación de las de siempre, pero más sofisticada... Y ya sabes lo de la unidad de primeros auxilios, ¿no?

—No. ¿Qué vamos a montar? ¿Un quirófano de campaña? Igual aprovecho para quitarme estas dos varices de la pierna.

Andoni negó con la cabeza cerrando los ojos y con una expresión de resignación.

—No te pases. Una unidad muy discreta con un médico y dos ayudantes. Solo eso. En una esquina de la entrada. Y, además, han habilitado una estancia de la casita de la entrada a la central. La vi ayer.

—¿No te da la impresión de que esto se nos ha ido de las manos? Joder es una boda. Solo eso.

—¿Lo dices por lo de la unidad medicalizada? Tranquilo. Solo es previsión. No significa nada.

—Bueno, está bien —dijo Eduardo con sorna—. Si alguien se atraganta, ya sabemos quién puede hacerle la maniobra de Heimlich —dijo con una sonrisa—. Esperemos no tener que llamarles.

—Calla, no seas agorero.

—Normal —respondió su hermano—. Ya sabes a lo que te arriesgas al hacer cosas así.

El coche serpenteó con rapidez dejando atrás las calles de la cercana población de Muna, en plena península de Yucatán. Al llegar a una de las curvas, Pierre observó la entrada al misterioso recinto ceremonial de Uxmal. Aparcó el coche a la sombra de un gran árbol. El ruido de la puerta del coche al cerrar sonó como un tambor.

El sombrero panamá ceñido lo protegía de los debilitados rayos del final de la tarde. Sus gafas de sol, también. Notaba su corazón latiendo con rapidez y algo de amargura. Aquel bucle en el tiempo estaba contándole sus propios orígenes, y tenía la impresión de sentirse aliviado al recordar la historia oculta de sus progenitores. Aunque dudó de que lo que sentía fuera alivio.

Recordó que María se había ofrecido a acompañarlo. No había querido. Un encuentro entre la memoria de su padre y la suya propia no aceptaba invitados. En la ceremonia no cabía nadie más. La memoria de aquella época, ceñida al dolor, era estrecha y áspera. Cualquier rasponazo haría sangrar los recuerdos.

Pensó que su padre solo era una evocación con muy pocos datos, anclada en el sube y baja de aquella memoria asesinada. Ahora sabía unos cuantos detalles más, pero, a pesar de ello, su imagen, la del padre, lejos de verse nítida, se hacía cada vez más borrosa.

Avanzó por el recinto justo cuando las hordas de turistas se estaban alejando. Casi a punto de cerrar. El molesto ruido del silencio se fue apoderando de aquel paraje. El lugar permanecía en una calma arenosa. Poco a poco, el polvo que el ir y venir de gente había levantado se fue asentando dando paso a una nitidez diáfana, aunque matizada por el color naranja del

atardecer. La gran pirámide del Adivino se erguía poderosa en mitad de la frondosidad del entorno. Asomaba por encima de algunos de los árboles.

Al llegar a la base, su imponente altura lo detuvo. La base de cuadrilátero se opuso a que entrara en ella. Se retiró el sombrero en un acto que pareció de respeto. Se enjugó el sudor de la frente con la mano. La expresión de Pierre era de serenidad. También de afirmación. Como si dialogara con el edificio y le estuviese explicando tantas cosas que él creía saber, pero que, en el fondo, desconocía por completo.

—*Maman*, no tenías derecho a ocultarme esto —susurró entre dientes—. Papá, ¿por qué te fuiste tan pronto? —Sonó a reproche, cuando no era su intención. Dudó de su afirmación nada más hacerla. Mirando de cara a la pirámide. De frente.

Tocó la piedra y la notó muy caliente. Parecía tener vida propia. Se agachó junto a la base y cogió un puñado de tierra suelta, que tenía una textura parecida a la de una arena muy fina. La miró fijamente. Notó que estaba muy caliente. La imagen de sus padres se le hizo corpórea. Françoise aventando un polvo parecido al que tenía en estos instantes en su mano. Quién sabe si el mismo. Dejando que el alma de Claude, volviera a volar hacia un lugar que solo el adivino podría conocer.

El tiempo se detuvo, y fue consciente de que entre sus dedos se encontraban las sombras de su pasado. Besó con exquisito respeto aquella tierra y volvió a depositarla despacio en su lugar. Se fue escurriendo entre los resquicios de su mano como si fuera agua en forma de nube densa.

Durante unos instantes, imaginó que él era su propio padre y que la tierra le estaba transmitiendo más cosas aparte de su tacto inerte y caliente. La cúspide de aquel poderoso edificio pareció afirmar con la cabeza que comprendía los pensamientos de Pierre. El pequeño funeral al que no lo habían dejado asistir cuando apenas llegaba a los cuatro años se estaba produciendo en mitad del lugar ceremonial más importante de su vida: Uxmal.

Volvió a secarse las gotitas de sudor de la frente. Respiró hondo. Pensó que

aquellas gotas eran en realidad sus lágrimas.

Manuela Cortázar terminó de sorber el café con leche que tenía en la mesita. Un trocito de *plum cake* de cáscara de naranja, limón y *yuzu* lo acompañaba. La cafetería, propiedad de Susana, en mitad del barrio de Amara Viejo, estaba repleta de gente. La mayoría, en silencio, apuraba su desayuno antes de incorporarse al trabajo en las tiendas y oficinas de los alrededores. La música de fondo era anodina y se mezclaba con el ajetreo del lugar. Miró la hora con cierto nerviosismo. El local estaba caldeado, pero en la calle la temperatura era fresca y llovía constantemente.

Se tocó los dos *piercings* de la oreja. Siempre lo hacía cuando no estaba cómoda. Le daba la impresión de que los aretes le daban seguridad. Se acordó de la conversación — extremadamente tensa— con Pedro, el hijo de su jefa. No le había dejado dormir en toda la noche. Sin compañía. Y estar en la cama sin el calor de una persona era una cosa que no llevaba bien. El momento más cariñoso del día, el viaje al mundo de los sueños, lo había tenido que pasar sola. Como tantas otras veces. Bastantes menos desde que se había enamorado de Susana. Y ella la había correspondido. Todo iba casi sobre ruedas hasta que aquel niño se había interpuesto. Y cómo se habría enterado. El cabrón del chaval solo se lo habría imaginado, pensó entre sorbos de café. Qué más daba.

La cafetería se fue vaciando, pero ella aguantó sentada a la mesita del fondo. Volvió a mirar la hora. Joder, ya llegaba tarde, y con la cantidad de cosas que tenía que hacer. Cinco minutos más y se largaba.

No fue necesario. El oficial instructor de la Ertzaintza, Jon Ander Etxeberria, entró por la puerta y avanzó con paso rápido. Se sentó a la mesa y

pidió disculpas.

—Lo siento. Casi llego puntual —dijo con la mejor de sus sonrisas mientras se quitaba la cazadora.

—No tengo mucho tiempo —respondió cortante la mujer.

—Lo sé, lo sé. Ya me lo avisó ayer. Vengo de recoger unos papeles en la comisaría y, como llovía, he sacado el coche. Los días así, el tráfico se dispara a esta hora. No le robaré más que unos minutos.

Manuela no respondió. Notó en el mordisco al pastel que este amargaba un poco. Por lo general, la causa de ese amargor radicaba en que el pastelero habría rallado no solo la piel, si no también parte del albedo del fruto: «Tendré que hablar con el pastelero otra vez, es la segunda vez que le pillo. Hay que estar encima de todo el mundo», pensó.

—¿Quiere un café? —preguntó Manuela al ver al *ertzaina* rebuscar entre su libreta.

—Sí. Un cortado. Gracias.

Manuela levantó la mirada, pero, al darse cuenta de que ninguno de los camareros la miraba, se levantó de inmediato y se dirigió hacia la máquina de café que había detrás de la barra. Una de las empleadas de la barra se acercó solícita a su jefa para hacérselo ella. Un gesto adusto de Manuela la paró en seco.

—Hay que mirar de vez en cuando si las mesas están atendidas —añadió con sequedad y evidente enfado—. Todo el rato, ¡coño! —matizó subiendo aún más el tono. La empleada no supo qué responder.

La máquina ya estaba soltando el hilillo de café recién hecho.

El policía observaba desde la silla la acción con curiosidad. La imagen de Manuela, con el pelo muy corto, pantalones ceñidos y unas botas Dr. Martens, negras y con florecillas discretas a los lados, le daban un aspecto de seguridad y control.

—Es igual, sigue con lo tuyo —le dijo a su empleada—. Ya está hecho —dijo maniobrando con extrema rapidez sobre la máquina. Puso la taza sobre el

platillo, dispuso los sobres de azúcar integral en un lado y, en unos instantes, estuvo de vuelta.

—Ya ve. Para hacer rápido las cosas es mejor hacerlas una misma —dijo la mujer sentándose a su lado.

Jon Ander sonrió ante el desparpajo de su anfitriona. Comenzó a remover el café. Y, mientras daba vueltas con la cucharilla al azúcar moreno que acababa de verter en su interior, empezó a hablar:

—Le seré franco. Intento averiguar qué relación tenía Asier Ruiz con la gente de su entorno —atacó el policía intentando centrar los pensamientos de la mujer.

Esta tardó en responder.

—Mire, Asier y Maite nos conseguían los extras. Yo no sé nada de la vida de Asier. Conocían a mucha gente, y eso es importante para nuestro trabajo. Muy importante.

—Su relación con...

—Puramente profesional —cortó Manuela con el ceño fruncido.

—¿Cómo empezaron a trabajar con él?

—No sé. Yo todavía no había empezado a trabajar para Delicius. Y eso que yo empecé al mes más o menos de quedarse Susana sola con el negocio. Era evidente que necesitaban a alguien. Él ya estaba allí con el asunto de las extras. Supongo que Txiki se pondría contento al ver que la empresa para la que trabajaba se dividía en dos, porque él seguiría currando para ambas. No lo sé.

El policía apuntó este extremo. «Desde ese momento trabajaba para las dos empresas de *catering* de esta ciudad. No le salió mal la jugada», pensó. Jon Ander también sintió que la mordacidad constante de la mujer estaba empezando a incomodarlo.

—¿Nunca tuvieron ningún altercado con él?

—Alguna vez. Conseguir extras en ciertos momentos no es fácil. Si son fechas señaladas, como verano o días concretos, todos necesitamos extras los

mismos días. Es como conseguir mesa en un restaurante. Todos queremos ir el sábado a la noche. Los martes no es tan difícil conseguirla.

Jon Ander percibió cierta acritud en sus palabras e intentó seguir por ese camino de manera distendida.

—Sí, supongo que las típicas fechas, como el quince de agosto, todos necesitarán gente para eventos.

—Claro.

—Y con Maite se llevan bien... —afirmó sin preguntar.

—Cuando nos manda los extras convenidos y no se los manda a Avocado, sí.

El policía notó que no había hecho falta mucho tiempo para obtener una respuesta jugosa.

—O sea, que la relación entre las dos empresas... digamos que es... tensa.

—Bueno, te acostumbras —dijo con cierto desdén—. A veces pasa. Pero sí, una vez fue muy descarado. Maite nos dejó sin extras para un evento muy grande. Ella lo negó y le echó la culpa a Txiki. Yo todavía no estaba. Eso pasó cuando las dos empresas se separaron. Y, para enredar aún más las cosas, Susana y Andoni, que llevaban un tiempo separados, estaban en pleno divorcio. Para mí que Andoni lo presionó para jodernos. Los tíos os entendéis mejor entre vosotros. Sois muy corporativistas —dijo sonriendo con amabilidad socarrona—. Nosotras, no tanto —remató.

Jon Ander sonrió a causa del comentario y pensó que lo que había dicho era muy cierto.

—Está usted hablando de Asier, pero ¿podría decir lo mismo de Maite?

—De los dos. Estaban muy unidos. Entre ellos trapicheaban con los extras. Pero en realidad es Andoni el que maneja todo esto. Andoni es una mala persona. Pasa por encima de todos. No le importa hacerlo, y creo que disfruta con ello. Y después va de víctima. Eso es una cosa que le encanta. Le priva recrearse en lo mal que le trata el mundo que le rodea. El victimismo es su fuerte. ¿Ya ha hablado con él?

Jon Ander sonrió sin entrar al trapo. «Las preguntas las hago yo», pensó el policía mientras anotaba la simpatía que Manuela le profesaba al dueño de la competencia.

—¿E Irene?

—¿Qué Irene?

—La novia de Asier.

—¿La que vive con Maite?

—Sí, claro.

La mujer sonrió con cara de circunstancias. Tardó en volver a hablar.

—No la conozco en profundidad. Es la novia de... era...

Manuela cogió aire y fue de corrido.

—Sí, le diré una cosa. Por lo que tengo oído, Asier no creo que fuera muy fiel. Pero le diré otra, no me lo creo del todo. La gente habla mucho. Yo creo que era un soñador, pero en el fondo era una buena persona, a pesar de todo lo que le he dicho antes. Y, cuando veo a una persona, no me suelo confundir. Con nosotros cada vez se portaba mejor.

El *ertzaina* supuso muchas cosas, pero no se atrevió a preguntar.

—Y Maite es una metomentodo. Es muy ambiciosa.

Jon Ander no dejaba de apuntar cosas.

—Nada de lo que está usted hablando conmigo debe salir de aquí. Esto es estrictamente confidencial, a pesar de estar en un lugar público —advirtió el policía preparándola para la siguiente pregunta.

Manuela lo miró volviéndose a tocar el *piercing*. Notó que el café con leche se había quedado frío al agarrar la taza.

—¿Usted cree que Maite y Asier podían estar saliendo juntos a espaldas de Irene?

—No les conozco tan a fondo —respondió con rapidez—. Sí le diré que la tal Maite es una persona muy seca, con la que nos relacionamos solo a nivel de trabajo. Era bastante más fácil hacerlo con Asier. Siempre te echaba una

mano. La anécdota de habernos robado extras aquel día era obra de Maite. Estoy convencida.

Jon Ander anotó varias cosas más en la agenda.

—Tampoco quiero que se forme una idea equivocada. El mundo del *catering*, como todo lo que se mueve entre humanos, es complicado. Tienes que dar codazos, porque si no te los dan a ti. Desde que mi jefa se separó de la gente de Avocado han estado siempre haciéndonos la puñeta. Yo miraría en esa dirección. Maite es muy suya, pero nada más —añadió quitándole hierro a sus palabras anteriores—. Donde igual tendrían que mirar más es en la empresa del ex de mi jefa. Esos sí pasan por encima de todo para conseguir las cosas. Y, si Asier les molestaba por algo, no descarte que el número de teléfono nuevo de mi jefa que ustedes encontraron en su cartera no lo hubiesen puesto ellos para involucrar de alguna manera a Susana en algo que no ha hecho.

Jon Ander anotó casi taquigráficamente las palabras de su interlocutora. Después la miró con cierto recelo, diluido en media sonrisa.

—Lo que está usted diciendo es grave. Deduzco de sus palabras que podría tener algo más que decirnos. ¿Tiene algún dato más que nosotros no sepamos? La desaparición de Asier podría estar relacionada con los dueños de Avocado...

Manuela volvió a tocarse el *piercing* de la oreja negando con la cabeza. Pero se contradijo con sus palabras.

—Esos han estado fastidiándonos desde que empezaron a trabajar por su cuenta. Y luego van diciendo por ahí su eslogan de mierda: «No hay más opciones. Abocados al *catering* más delicioso, Avocado». Como ve, es un estribillo que nos ataca de frente. Utilizan su nombre y la raíz del nuestro en la misma frase. ¿Cómo que no hay más opciones? Son unos hijos de puta.

Jon Ander sorbió lo que le quedaba de su café sin perder detalle de las expresiones de la mujer.

—Hacen cualquier cosa por llevarse todos los eventos. Lo sabemos. Son

gentuza. Mire, yo empecé a trabajar en Delicius nada más separarse y montar ellos su propia versión de la original. Eso usted igual no lo sabe, pero Delicius fue el origen de todo. Cuando los hermanitos se decidieron a volar solos y fundaron Avocado, los primeros meses se dedicaron exclusivamente a jodernos. Así de claro. Son muy finos. Y entraron en este mundo como le he dicho antes. Con malas artes. Su obsesión era quitarnos trabajo. Porque ellos tendrán su eslogan, que es muy resultón, pero se pierden en crear cosas raras y descuidan lo más importante, la cocina. Son capaces de todo por crear espacios. Eso no son más que fuegos fatuos, artificios sin base sólida. Aquí lo que la gente quiere es comer bien. Nosotros también montamos *shows*, pero con más clase y, sobre todo, con mejor comida.

Jon Ander miró a la mujer con atención. Las cosas que contaba estaban captando su atención.

—Las cocinas centrales de esos las llevan hombres —dijo con desprecio—. La nuestra no. En la nuestra hay mujeres. Las mujeres cocinamos mejor que los hombres. Los hombres se llevan la fama, pero nosotras tenemos más sensibilidad. Joder, eso sí que está claro. Viene de muy atrás. Las mujeres somos más cuidadosas y finas trabajando. En nuestras cocinas centrales tenemos mujeres en mayoría abrumadora.

Jon Ander la miró divertido porque Manuela había cambiado su expresión a una más amable, y ambos estaban casi riendo.

—Solo tenemos hombres para cargar pesos —remató divertida—. En eso, los hombres, por ahora, nos ganáis. Pero solo por ahora —repitió.

La conversación se había vuelto extrañamente distendida, y Jon Ander volvió a sonreír discretamente con aquella última frase. A pesar de eso, la cortó con cierta prisa. Pensó que, por ahora, era suficiente.

—Tengo aparcado el coche aquí al lado. ¿La llevo a algún lado? —preguntó Jon Ander.

—Yo me quedo. Tengo que hablar un momento con el pastelero del obrador —dijo señalando el fondo del establecimiento y cambiando su expresión por

una bastante más dura en décimas de segundo.

Jon Ander la vio alejarse y empezar a discutir con dureza con el pastelero. El aspecto de aquella mujer contrastaba con una dulzura de incierto origen, eso pensó el policía sin dejar de mirarla en la distancia. Una dicotomía extraña. No supo cuál de las dos vertientes prevalecía de verdad en su interior.

El policía miró su agenda, y comprobó que la siguiente persona con la que había que hablar era la que limpiaba la casa de Asier. Recordó que ese trabajo lo había hecho muy bien. Sospechó, sin base alguna, que igual demasiado bien. Pero de ello se iba a encargar su compañera, la oficial instructora Jaione Egia. Pensó que tal vez ya lo estuviera haciendo.

La motocicleta Yamaha Fazer 1000 de Jaione Egia atravesó la ciudad llevando a lomos a su propietaria, que no dejaba de pensar en cómo sería la empresa de limpieza, que se encontraba en los pabellones industriales de la población de Astigarraga. Apenas a doce kilómetros del centro de San Sebastián. El sirimiri apareció durante apenas unos minutos. Ni siquiera mojó el asfalto.

Llegó en muy poco tiempo. No le dio tiempo a pensar demasiado. Astigarraga era el sanctasanctorum de las sidrerías por excelencia, eso fue lo único que recordó cuando empezó a ver los innumerables establecimientos dedicados a ello. Los pabellones se hallaban a la derecha de la población según llegabas desde San Sebastián.

Disminuyó la marcha y callejeó un par de minutos hasta llegar a la empresa de limpieza. La mujer la estaba esperando en la entrada del pabellón mientras terminaba de cargar. Jaione dejó la moto a la entrada. La ficha que la empresa le había dado a la policía le había hecho reconocer a su interlocutora. Jaione se acercó sin que la mujer lo advirtiera.

—Soy la oficial instructora Egia, de la Ertzaintza —se presentó acercándose a la parte trasera del vehículo, que estaba repleto de cubos de limpieza, fregonas, escobas, bolsas de basura, líquidos abrillantadores, lejía y demás productos y utensilios. Estaban bien ordenados en pequeños departamentos hechos a propósito para su transporte. El logotipo de la empresa estaba serigrafado en ambos flancos del vehículo.

La mujer dejó en el suelo la caja de guantes de látex azules que sostenía y le ofreció la mano a su interlocutora. Pero lo primero que la *ertzaina* observó fue cierto nerviosismo en ella. El pabellón tenía el portón abierto, y se podía

observar que al fondo había varias furgonetas iguales y varias personas más trabajando.

La placa de identificación de la policía completó la presentación.

—¿Podemos hablar en algún sitio que no nos moleste nadie?

—No tengo mucho tiempo —la interrumpió la mujer, claramente nerviosa—. Dentro de media hora tengo que estar en unas oficinas en el barrio de Amara —añadió—. Si le parece dentro de la furgoneta... ¿Usted cree que en diez minutos habremos terminado? —preguntó con cierto temor.

Jaione recordó con extrañeza que, en la conversación de ayer, la jefa de la empresa de limpieza le había asegurado que su empleada estaba libre durante ese lapso, pero la propia mujer se lo aclaró.

—Ha surgido un imprevisto para limpiar un pabellón y no tengo mucho tiempo —se justificó la empleada de limpieza—. ¿Podemos hablar dentro? —insistió.

La *ertzaina* se sorprendió por su actitud, pero prefirió facilitarle las cosas. La estaba viendo muy nerviosa.

—De acuerdo, seré breve, se lo aseguro.

Ocuparon los dos únicos asientos disponibles en el vehículo.

—Su nombre es Sofía Muñoz, ¿verdad?

—Sí.

La agenda de la *ertzaina* se abrió con discreción en una página en blanco. Escribió su nombre y la fecha.

—Le aseguro que no sé nada de lo que le ha pasado al señor Asier. Se lo prometo —añadió visiblemente alterada.

—Haga el favor de estar tranquila, porque lo único que necesito de usted es que me cuente algunas cosas. Nada más. Relájese, se lo ruego. No se alarme, insisto, no tengo nada contra usted, de verdad —añadió utilizando toda su empatía.

La mujer jugueteaba nerviosa con las llaves del coche. El llavero de la empresa de limpieza oscilaba a cada movimiento. Dejó un par de veces el

llavero en la repisa del salpicadero y otras tantas lo recogió.

—¿Desde cuándo trabaja para esta empresa?

—Desde hace dos años. Desde que llegué a España he estado aquí. Me tratan bien. Yo soy de Venezuela. Tuve la suerte de encontrar trabajo nada más llegar. Algún día volveré a mi país. Pero por ahora no. Aquí estoy a gusto. Traje a mi hijo. Pero no pude traerme también a mi madre. Y criar a mi hijo sola no es fácil, se lo aseguro. Pero prefiero estar aquí. Lo último que me imaginé es que tuviera que hablar con la policía.

La presencia de la *ertzaina* había logrado que la mujer se tranquilizara un poco. Y notó que, según avanzaba la conversación, su empatía crecía.

—Llevaba unos cuantos meses trabajando en esa casa. Me llevé un disgusto... Parece que lo encontraron muerto, ¿no?

—Bueno... Digamos que está desaparecido —mintió la policía.

Sofía cambió de tono al escuchar que pudiera ser que solo estuviera desaparecido. Jaione notó que había funcionado. Su relato se hizo más fluido.

—Pero ¿qué quiere saber?

—Simplemente quiero que me cuente cosas de su trabajo en la casa de Asier. Para empezar, cómo lo hacía y con qué frecuencia.

—Dentro de nada hará un año. Por lo general vamos rotando, pero, si el cliente es fijo, y este lo era, el jefe nos mantiene en las mismas casas o empresas. Conocemos todas las esquinas y lo hacemos rápido y bien. Es de lo que se trata. El señor Asier era una persona muy cercana. Y muy amable conmigo, aunque no solíamos coincidir mucho. No más de media docena de veces. Yo solo cogía las llaves que me daba el encargado de las villas y, cuando acababa la limpieza, se las devolvía. Nada más.

—Las veces que coincidía con él, ¿hablaban de algo en concreto?

—No. De alguna zona que había que limpiar más. Nada en particular.

—¿Usted limpiaba toda la casa?

—Sí, claro, ya se lo he dicho. ¿Qué quiere decir?

—Me refería a si limpiaba incluso el desván.

—No. Ahí nunca entré. Estaba cerrado con llave. Cuando comencé le dije a Asier que, no siempre, pero sí de vez en cuando, habría que limpiarlo. Pero él me dijo muy seriamente que esa zona estaba llena de trastos y que no era necesario.

—Ya.

—Y, además, yo no tenía la llave del desván. Nunca llegué a tenerla. Ni siquiera sabía dónde estaba.

La mujer hablaba con más fluidez al ver que la historia no iba con ella.

—Una vez le oí hablar por teléfono con alguien. Entendí que habían perdido esa llave y estaba hablando con otra persona para conseguir una segunda copia. Me llamó la atención, porque hablaba en un tono de voz muy bajo.

La *ertzaina* se incorporó sobre el asiento del copiloto. Anotó ese dato en su agenda.

—¿Eso cuándo pasó?

—Hace como unos dos meses.

—Bien. ¿Y usted no sabía con quién estaba hablando sobre ese desván? Haga memoria, por favor, esto es muy importante.

—No. Me pareció que el señor Asier hablaba en un tono de voz un poco enfadado y que hablaban del desván, pero no le di importancia. Que lo hacía refiriéndose al desván es cierto. Ahora lo he recordado porque usted me lo ha nombrado.

—Usted va los lunes y los viernes.

Sofía afirmó con la cabeza.

—¿Sabría usted decirme cuál de los dos días fue el que oyó aquella conversación?

—No lo sé... imagínese, pasó hace alrededor de dos meses. —La mujer se quedó pensativa—. Creo que sería un lunes. Sí, porque las pocas veces que coincidía con él era el lunes. El viernes siempre trabajaba. Sí, eso es. Sería un lunes de hace dos meses... pero no se lo puedo asegurar.

—Un último detalle. ¿Usted sabría decirme si hablaba por el teléfono móvil o por la línea fija que había en la casa?

—Por el fijo.

—¿Por qué lo dice tan convencida? —interrogó la policía.

—Tiene usted razón. Podría ser por el móvil. Pero creo que era el teléfono fijo, casi con toda seguridad. Pero lo que no le puedo asegurar es la fecha — insistió—. Hablaban del desván. Eso es seguro.

Jaione Egia besó en los labios a su marido y se quedó tumbada boca arriba mientras su respiración se iba acompasando para regresar a su ritmo normal. Cubrió su cuerpo desnudo con una sábana y se puso un pequeño cojín bajo el comienzo de las piernas.

Su marido miró la hora. Volvió su mirada distraído y jugó con la melena de su mujer. Besó su mejilla y repasó con los dedos alargados uno de sus pechos. Ella lo miró sonriendo. Él simuló con delicadeza y una pequeña sonrisa estar tocando las teclas del piano.

Las luces exteriores del jardín eran muy tenues, pero se filtraban por las rendijas de la persiana. Muy al fondo, se oía la voz de alguien, que recogía las canastas donde apilaban las manzanas de los árboles que rodeaban el caserío que compartían con la hermana de Jaione. Ella pensó que era tarde para hacerlo.

La voz de su hijo desde la habitación contigua se coló por la puerta y rompió aquel momento delicado de después del ajeteo conyugal.

—Ve tú. Yo voy a estar aquí un rato —dijo Jaione.

—Este crío. Pensaba que ya se había dormido. Son casi las doce de la noche —añadió Pello con media sonrisa—. A ver qué le pasa —dijo mientras salía de la habitación.

El cuerpo desnudo de Pello hizo de parapeto cuando salía de la habitación. Se detuvo en el quicio de la puerta para ponerse el pantalón del pijama. Jaione lo miró a contraluz y le pareció que era increíblemente atractivo y que había tomado la decisión correcta. «Ciertas dudas tienes que resolverlas tú misma», se dijo.

Al rato, Pello volvió a la cama, y la noche inundó a los habitantes de la casa. La respiración de los tres parecía estar acompasada.

A la mañana siguiente, desayunaron todos juntos. Ella se marchó convencida de que en comisaría le esperaban nuevos datos sobre el caso que tenían entre manos. Algo en su interior se lo decía.

—Tengo datos nuevos —dijo Jon Ander a sus dos compañeros mientras se sentaba en una de las sillas que rodeaban la mesa de trabajo del subcomisario.

Vicente y Jaione estaban al otro lado. Ambos se dispusieron a escuchar atentamente.

—Asier tenía una herencia importante que había cobrado no hace mucho.

Los dos policías lo miraron.

—¿Cómo has averiguado eso? No lo habíamos hablado. Me parece muy bien cómo trabajas, pero tienes que informarme de todo lo que haces —replicó con seriedad el jefe—. Todo lo preparamos desde este despacho. Y, sobre todo, lo consensuamos entre los tres. Para bien o para mal.

—Se me ocurrió ayer. Lo sé. No estabais ninguno de los dos. Era por no molestaros. No me costó nada.

—Ya, pero no olvides lo que te acabo de decir —replicó el jefe con gesto adusto—. Explícate.

—Tiene que ver con su hermano Miguel... Cuando este murió, al ser Txiki su única familia, todas las posesiones de su hermano pasaron a él. Es una herencia. Miguel, el hermano de Txiki, no estaba casado y tenía hecho testamento. Uno clásico en el que cada uno dejaba al otro, en caso de fallecimiento, todos sus bienes. Era *mutilzarra*. Probablemente, al estar soltero, la relación con su hermano sería más profunda. Tal vez. Por lo que Jaione nos ha contado, estaban muy unidos y se llevaban bien.

—Eso contó Irene —dijo la policía refrendando sus palabras.

—¿Has mirado si tenían pólizas de seguro entre ellos?

—Lo estoy haciendo. Mañana me lo confirman, pero creo que no. Casi

seguro que no.

—Una herencia —repitió la mujer. Vicente resopló con suficiencia.

—Todas las familias están muy unidas hasta que aparece el dinero de una herencia. Entonces, la cosa cambia ostensiblemente —murmuró Vicente—. Recuerdo cosas increíbles de clanes muy unidos destruidos en el momento del reparto del dinero o los bienes —agregó—. Bueno, esto es una hipótesis que nos aleja de todo lo demás.

—¿Estás insinuando que Asier pudo matar a su hermano? —preguntó Jon Ander—. ¿Por la herencia?

—No descarto nada por ahora.

Vicente se inclinó en la mesa muy atento a las explicaciones de su subordinado. Pero fue Jaione la que lo interrumpió.

—Pero su padre vive. Está en una residencia y es bastante mayor. Nos lo dijeron Maite e Irene.

—Sí, lo sé. Y es lo primero que he comprobado. Parece ser que hace años, cuando le diagnosticaron alzhéimer, el hombre decidió repartir la herencia en vida. Y por los datos que he recabado, había mucho dinero. Y algunas posesiones que en su día se vendieron. El notario ha colaborado muy amablemente. Me ha dicho que ahora hay que actuar. La herencia, en este caso, recaería de nuevo sobre el padre enfermo. Parece ser que el dinero volvería a él. O a algún albacea que se encargara de administrar el asunto. O alguien, incluso, podría reclamar alguna parte de la herencia. No es probable, pero a veces pasa. Hay que esperar. Por ahora, esto es lo que me ha avanzado. Me ha dicho el notario que es un caso complicado y que, de fallecer el hombre, posiblemente se hará cargo el Estado de todos los bienes. Una declaración del padre en este estado a favor de donar sus bienes a cualquier persona o institución no sería válida. Todo esto me lo dijo de memoria, pero que tendría que revisarla.

—Y parece ser que al poco de morir el hermano de Asier, este se compró la villa que registramos el otro día. Una villa nada barata —apuntó Vicente.

Los tres *ertzainas* callaron durante un rato y permanecieron pensativos. El subcomisario reanudó la conversación:

—Pero esto nos hace volver al punto de partida. La muerte de Asier sigue siendo una incógnita.

—¿El dato de la herencia no os parece interesante? —dijo Jon Ander.

Vicente y Jaione se mantuvieron callados y Jon Ander los interrogó de nuevo con la mirada.

—Sí, claro que lo es. Pero intento pensar si es algo puramente anecdótico o no —contestó el subcomisario.

—Pero la muerte de su hermano fue accidental. ¿No? No tenemos nada que nos haga sospechar que fuera algo más que un accidente —añadió Jaione—. ¿Estamos pensando que nuestro asesinado, Txiki, podría ser a su vez el asesino de su propio hermano Miguel? ¿Es eso lo que estáis pensando? No sé si estamos yendo un poco lejos. No es más que una herencia legal. No veo nada sospechoso.

—Habría que informarse de la autopsia que se le realizó al hermano de Asier. Y comprobarlo todo de nuevo. Pero, si el caso se cerró, no habrá nada. Tendríamos que hablar con el forense que realizó la autopsia —afirmó el subcomisario y, luego, continuó hablando—: ¿Dónde se produjo la muerte del hermano?

—Encontraron el cadáver en el Bosque de Oma. Pero no hemos investigado ningún extremo relacionado con su muerte.

—Igual tendríamos que saber en profundidad qué es lo que de verdad le pasó a su hermano. Podría ayudarnos a resolver la incineración forzada de su hermano Asier.

—De eso me encargo yo —dijo Jon Ander—. Dadme un par de días.

—Jaione, ¿cómo llevamos los datos de las llamadas de teléfono de Asier? —preguntó el jefe.

—Estamos en ello. Se está barriendo el registro de llamadas en las fechas que nos sugirió la persona de la limpieza. Pero está complicado analizar todos

los números. Sobre todo, porque son dos los números sobre los que se está trabajando. El fijo y el móvil. Hay que filtrar la hora exacta, y no sabemos bien la fecha. Solo la intuimos. Hay que esperar. Cuando tenga algo, os digo.

La mujer recordó cómo había terminado de subir la cuesta que daba al sendero que llevaba a la entrada del arbolado. El *Bosque animado* de Oma se mantenía en un silencio cómplice de su presencia. Los árboles se movían en sus copas, pero la brisa era tan suave que parecían estáticos. Los dos perros se mantenían a su vera, expectantes. Pero se les notaba muy nerviosos. Olían el acelerado corazón de su dueña. La oscuridad estaba empezando a mimetizar el paisaje con el pelaje de los dos animales.

El pequeño montículo donde había llegado era una atalaya perfecta para observar el lugar. El momento que había elegido, entre semana, era el más celoso de compañía. Aquel paraje estaba casi vacío. La entrada era angosta. El lugar rezumaba tensión. Los árboles con ojos pintados no dejaban de mirar con una curiosidad boscosa.

El coche no tardó en llegar. Miguel Ruiz lo aparcó en la vereda. Fiel a su ritual, se puso a caminar y a esperar el atardecer como tantas y tantas veces había hecho. Pero esta iba a ser distinta.

La figura femenina observó su entrada y se mantuvo expectante, oculta tras la frondosidad de los árboles. Observó el lugar a mucha distancia, por lo que tuvo que utilizar sus pequeños pero potentes prismáticos. Las lentes le confirmaron lo que su vista le estaba diciendo.

Miguel se perdió en la espesura, y fue entonces cuando ella avanzó tras su rastro un centenar de metros para conseguir una mejor visión. Observó como un pequeño microbús con una docena de turistas se alejaba del lugar. El lugar quedó, ahora sí, vacío por completo.

Los perros ladraron dos veces, y la mujer los conminó al silencio

golpeándolos en el hocico. El atardecer avanzaba, y la oscuridad estaba llegando a ser casi completa. La escultura de uno de los árboles la miró inquisitivamente, y la mujer notó su mirada roja y blanca con preocupación. El bosque, que la estaba observando, sabía con certeza lo que se disponía a hacer. Todos los ojos pintados en los árboles tenían su mirada clavada sobre ella. El Bosque de Oma se preparaba para ser testigo mudo, pero no ciego, de aquella tragedia.

Los perros volvieron a ladrar.

La visión de la mujer sobre su objetivo mejoró cuando Miguel encendió su pequeña linterna. El blanco se volvió nítido y certero. Pasó un buen rato de espera tenso hasta que la mujer vio que Miguel se dirigía hacia la salida guiado por su linterna. Ella notó la suya en el bolsillo del pantalón, pero no la quiso encender para no delatar su posición.

Los animales, inquietos, volvieron a ladrar como si estuvieran oliendo la muerte. Su nerviosismo se podía palpar. La mujer los mantuvo cerca de ella. Las correas se tensaron. Estaban empujando demasiado. Miguel se estaba acercando hacia ella, y la situación estaba llegando a su fin. Lo último que vio la mujer fue a Miguel andar deprisa iluminando el camino.

Los perros salieron disparados hacia él.

Todo transcurrió con rapidez. Los gruñidos de los animales sonaron apagados y no duraron mucho. Ella pensó que necesitarían más tiempo, pero todo sucedió más rápido de lo que hubiera imaginado. Le pareció extraño que el hombre hubiera caído antes del ataque. Eso le pareció.

El Bosque de Oma contuvo la respiración.

Después, se acercó al cadáver. Lo iluminó con su propia linterna y no sintió nada.

Al alejarse, los ojos pintados en los árboles del Bosque de Oma la miraron. Le pareció que algunos parpadeaban incrédulos. Otros torcieron su mirada hacia el cadáver sin dar crédito a lo que había sucedido allí.

Los perros y su dueña abandonaron el lugar protegidos por la penumbra.

La mujer recordó el episodio como si fuera ayer mismo. Se sentó en la cocina de su casa. La banqueta en la que se apoyó era de madera. Aspiró el aroma del café recién hecho y volvió a recordar la imagen de Miguel muerto. Sus ojos permanecían muy abiertos sin dar lugar al parpadeo. La sensación de indiferencia inundó su cuerpo. Cerró los ojos.

—Estoy bien.

—¿Dónde estás ahora?

Varias caritas sonrientes se asomaron en la pantalla del móvil acompañando la pregunta. Alberto Parra apretó el botón de «enviar». Esperó la respuesta de su hermanastro Pierre.

—Sigo en Mérida.

—¿Cuándo vuelves?

—Por ahora, no tengo fecha. He encontrado a la *nanny* que me cuidó cuando vivía aquí. Estoy flipando.

—Guau, será mayor.

—Sí, pero me está contando un montón de cosas que yo no sabía.

—Fenomenal.

—No le cuentes a *maman* que la he encontrado. Se lo diré yo mismo cuando vuelva. Quiero que sea una sorpresa.

—*Okey*, de acuerdo. Tengo gente, te dejo. Besos.

La foto en el WhatsApp de su hermanastro era muy divertida, aparecía él con un pincel en la mano. Tenía un aire a Toulouse-Lautrec.

Alberto dejó el teléfono en el cajón del mostrador y atendió a una persona. Al salir, el cliente se tropezó con el padre de Alberto. Su hijo lo saludó con la mano y se acercó a darle un beso.

—Creo que estás volviendo a coger peso.

—Bueno, poco a poco. Tu madre me cuida bien.

—¿Estás trabajando?

—Sí, pero tomándome las cosas de diferente manera —respondió Vicente

—. De hecho, vengo por un asunto relacionado con el trabajo —añadió contradiciéndose.

Alberto frunció el ceño.

—¿Necesitas más libros sobre hipnosis?

Vicente sonrió al acordarse de un caso anterior, en el que la hipnosis les ayudó a resolverlo. Su puntilloso carácter le hizo leer un libro sobre el tema para comprender bien las técnicas de memoria diferida en el tiempo y sus procesos de ejecución.

—No necesito un libro. Te necesito a ti.

Ahora fue su hijo el que, arqueando las cejas, preguntó con la mirada.

—Yo no he hecho nada —respondió.

Vicente sonrió de medio lado.

—Te lo explico muy rápidamente.

Ambos se apartaron para evitar que una persona que ojeaba una de las estanterías pudiera escucharlos. Cerca del mostrador encontraron más privacidad. Vicente le enseñó dos fotografías que guardaba en su móvil. La primera era de la portada de un libro. La segunda, era de la página dos del mismo. Estaba en blanco, salvo por el sello de la propia librería de su hijo. La palabra separada que le daba nombre y daba lugar al juego de palabras se veía claramente en la esquina superior derecha. La palabra «LIBRE RÍA» lucía en tonos oscuros del tamaño de una chapa pequeña. Debajo, la fecha de la venta. Hacía unos seis meses.

—No te puedo contar muchas cosas, porque forman parte de una investigación, pero necesito que me eches un cable.

Alberto miraba a su padre con perplejidad.

—Este libro lo vendiste tú, ¿no? Lo recuerdas, ¿verdad? Por lo menos salió de aquí. Eso es seguro —interrogó.

Alberto afirmó con la cabeza.

—Esa fecha, ¿qué significa? ¿La fecha que entró en la librería o la fecha en que lo vendiste o qué?

—No, no, es la fecha en la que yo lo vendí. La pongo siempre que vendo un libro. Fue una cosa que me enseñó tu padre —dijo sonriendo—. El abuelo Martín me lo contó un día. Me dijo que era un truco para que a la gente que lo comprase le diera la impresión de que el libro se había escrito en esa fecha y así le pareciera más moderno, independientemente de cuando se hubiera impreso. A mí, al principio, me pareció una chorrada, pero desde que llevo la tienda siempre lo hago. Más por recuerdo al abuelo que por otra cosa. Yo no le veo ninguna utilidad. Esta es una edición del 2010. El original es bastante más antiguo.

—Pues igual ahora sí puede sernos útil —respondió el subcomisario.

—Pero ¿qué pasa con ese libro? Era bueno, yo lo ojeé cuando llegó. Era flipante ver cómo relataban los casos de reencarnación. Te hacía poner los pelos de punta. Y, sobre todo, pensar que fuesen ciertos. Sería la caña.

La portada de *Veinte casos que hacen pensar en la reencarnación* lucía en la pantalla del móvil del subcomisario.

Vicente respiró profundamente. La pregunta era evidente.

—¿Te acuerdas de quién era la persona que te compró este libro?

—Libros sobre esoterismo, reencarnación y ese tipo de cosas se venden más de lo que yo pensaba. Tampoco es que se vendan mucho —se contradijo—, pero, para lo que yo pensaba, sí. Hay mucha gente que cree en esas cosas. Pienso que no se atreven a decirlo. A lo mejor se avergüenzan —aventuró el joven.

—No lo sé —respondió su padre—. Podría ser.

Su hijo volvió a mirar la fotografía.

—¿Recuerdas a quién se lo vendiste? Tienes la fecha...

—Es de hace ya unos meses, pero... Espera. Sí.

Vicente lo miró con cara de sorpresa. Alberto abrió una agenda y empezó a mirar por distribuidores.

—Esa agenda no está comprada ayer —dijo con ironía—. ¿No usas el ordenador?

—Es la misma agenda que usaba el abuelo —dijo con nostalgia—. Tiene referencias de muchos proveedores.

Los lomos de la agenda verdosa, ajados por el tiempo, parecieron orgullosos de su pátina de memoria anclada al papel y encerrada entre sus poros.

—Sí. Ahora lo recuerdo. Este libro no lo tenía. Lo tuve que pedir al almacén y tardó unos días en llegar. Ahora me acuerdo —repitió.

El joven seguía mirando su agenda hasta llegar a la fecha indicada. Después, miró hacia atrás hasta encontrar la página del día donde estaba anotado el libro. Tres días antes.

—Aquí está. Me lo pidió un tal Asier Ruiz —dijo señalando su anotación—. ¿Te suena? Vino aquí y, después de mirar por las estanterías, me dijo que lo pidiera y que volvería a por él.

—Sí. Claro que me suena. Pero la pregunta es, ¿te acuerdas de cuando vino a buscarlo? Algún detalle. ¿Iba solo? Te dijo algo que te pudiera hacer pensar algo extraño o algo que pudieras recordar. Cualquier cosa que pudieras recordar nos serviría.

Alberto tardó en contestar. Y lo hizo cerrando los ojos.

—Joder. No sé. Fue hace unos meses. Espera, sí —dijo Alberto haciendo memoria.

Vicente contuvo la respiración.

—No vino a recogerlo la persona que me lo pidió. No. El que me lo pidió era un tipo pequeñito, ¿no?

—En efecto, lo era. ¿Quién vino entonces?

—Vino una mujer. Era una mujer. Recuerdo que preguntó por el libro. Sí. Eso es. Y me llamó la atención.

—¿Qué?

—Dijo que venía a recoger un libro que su novio había encargado. La recuerdo porque me gustó el tono de su pregunta.

El tráfico de personas en la central nuclear de Lemóniz era grande. Carlos Salvador colgó el teléfono con un gesto de preocupación. Miró la pantalla del móvil. Un lacónico WhatsApp daba a entender que habría problemas muy serios. Apretó los dientes y marcó varias cifras en la pantalla de su teléfono con enfado. Como si el teclado no fuera táctil. Su jefe respondió desde el otro lado de la línea. La conversación duró tres minutos.

Después de hablar con Andoni Armendáriz trató de volver a sus quehaceres, pero su imaginación y las malas vibraciones que le había dejado la llamada lo hicieron desistir de continuar. Se limpió la mano con un trapo que tenía cerca. Bajó con cuidado hasta la base. Después se alejó varios metros de la sombra de la torre de la misión San Juan Bautista. La iglesia se erigía entre las cuatro carpas, imponente. No habría imaginado que los días pudieran transcurrir tan rápido. Casi sin darse cuenta. La urgencia de generar mundos era una cosa que lo absorbía.

Se alejó unos metros más hacia atrás. Volvió a levantar la mirada. La propia estructura mantenía oculta una pequeña escalera para poder llegar hasta la parte superior. Sobre ella, desde una altura superior a los ocho metros, la visión del conjunto parecía onírica.

La cala que albergaba la central nuclear hervía de actividad. Varias zonas estaban ya desde hacía días copadas por grandes estructuras en forma de carpas. Los operarios ultimaban detalles por doquier. Allí trabajaban, con rapidez, más de veinte personas, que trataban de rematar todos los detalles. El camino acotado hasta la entrada ya se había instalado, y parecía una pasarela roja privada a la efímera fama de la celebración de un día de boda.

Por la mañana se habían probado los grupos electrógenos que darían luz a la central y todo estaba en orden. Por la noche se probarían, asimismo, las luces de todo el recinto acotado. Y también las que iluminarían los dos reactores por el lado derecho de la explanada. Era tal la potencia que los focos necesitaban que uno de los grupos electrógenos era utilizado exclusivamente para dar luz a aquella zona. Desde la entrada esa parte resaltaría de manera espectacular.

La entrada al túnel que daba acceso al muelle privado se había acotado ya con vallas. De igual manera se había actuado en el resto del recinto. A pesar de ello, el espacio era muy grande.

Los proyectores de las carpas se habían probado hasta la saciedad. Eran en alta definición. Las imágenes remasterizadas de la película se habían repetido una y otra vez. La figura rubia y heladora, anclada en el tiempo, de Kim Novak había impregnado de glamur las lonas del techo. La central de las secuoyas estaba preparada con enormes paneles con los árboles que representaban el desafío al paso del tiempo. El holograma central era imponente. Las flores artificiales para la calle Lombard ya copaban los sitios altos de aquel escenario. Las frescas estaban por llegar. Hasta la víspera no lo harían. Y eso sería al día siguiente.

Se habían hecho pruebas de las cocinas de gas y de los hornos. Varias bombonas de butano se apilaban en una esquina. También había llegado parte de la comida que no necesitaba mantenerse en frío. Estaba resguardada en parte de los pequeños armarios sin refrigeración que se habían instalado en cada una de las zonas.

Los dos sets de vestuarios para camareras eran grandes, y estaban ocultos detrás de cada una de las carpas. Múltiples espejos dejaban paso a los varios vestidos con los que se habían realizado los ensayos. Tres zonas dedicadas a los peluqueros los esperaban ya, invadidas por peines, lacas y maquillaje. El lugar del automóvil verde estaba señalado con una cruz.

Todo estaba funcionando de maravilla. El bolo parecía bajo control, o eso

había pensado Carlos, pero la llamada telefónica de hacía unos minutos lo había descentrado tanto que había dejado de hacer las pocas cosas que todavía estaban pendientes. Hasta mañana no podía adelantar mucho más. Dentro de cuarenta y ocho horas la central se inundaría de una vida que nunca llegó a tener.

Carlos sacó un cigarrillo y comenzó a fumar. Solo lo hacía cuando estaba nervioso, y esta era una de esas veces. Calculó que Andoni llegaría en una hora, pero aquel asunto lo había distraído tanto que no podía dejar de pensar en ello. Miró el reloj de nuevo. La hora de espera iba transcurriendo entre varias miradas a su muñeca. Diez minutos antes de la hora a la que suponía que Andoni llegaría, una persona que le resultó familiar apareció a lo lejos. Venía ayudándose de su bastón. Carlos se le acercó.

—Rafael. ¿Cómo está?

El antiguo jefe de ingenieros de la central nuclear le ofreció la mano con una sonrisa cómplice. Levantó el bastón antes de llegar.

—Vaya lío que tenéis montado —le respondió sin dejar de mirar el escenario—. Tenéis a todo el pueblo revolucionado. No se habla de otra cosa. Que si vais a hacer un teatro. Una ópera. He oído de todo. No podía dejar de pensar en qué era exactamente lo que ibais a montar aquí. Me lo han explicado a la entrada. Recuerdo perfectamente cuando estrenaron esta película. Fue una bomba en su época. Yo era un jovencuelo entonces. Y, mira por dónde, estáis recreándola por completo. Es increíble.

Carlos miró al anciano, y su imagen le recordó la única vez que se había tropezado con él, cuando les contó que aquella central había sido parte de su vida, y se imaginó que en realidad estaba al lado de un artista. Y aunque él no estaba de acuerdo con el uso que se le hubiera dado al edificio, sí pudo intuir la magia de aquel lugar. Enfrente del mar y con uno de sus autores junto a él. La voz del anciano interrumpió sus pensamientos.

—Eres un artista —dijo el anciano sin mirarlo.

—Ha sido el trabajo de muchos días. Pero ha quedado muy logrado.

—Tienes razón —afirmó con contundencia.

Carlos miró complacido su obra.

—Faltan por venir muchas cosas, para mañana estará todo montado. A la noche haremos la prueba de sonido y de luces. Los camiones de los baños están por llegar también.

Lo acompañó a todos los rincones y le hizo de cicerone por las cocinas de campaña. Después siguió informando al anciano de todos los pormenores, pero enseguida se dio cuenta de que no le estaba haciendo caso y se calló. Rafael estaba absorbido por el entorno.

—Ver este edificio es como observar a mi propio hijo. Y ahora que vais a hacerlo funcionar, aunque sea de esta manera, me entra una especie de morriña de los años que vivimos aquí.

Carlos lo miraba con admiración mientras tiraba el cigarrillo al suelo.

—Estoy orgulloso de que esto sirva para algo —añadió Rafael señalando con el bastón uno de los reactores.

El anciano se despidió después de varias alabanzas más al trabajo de Carlos. Pero antes de hacerlo, le dirigió unas palabras.

—Ver sus obras terminadas es la mayor recompensa que un artista puede tener. Me alegro de que veas tú la tuya terminada. Yo nunca tuve ese placer. Ojalá os salga todo bien —dijo alejándose por la alfombra roja, protegida hasta el día del estreno por un plástico transparente.

Su figura pareció hacerse pequeña de nostalgia, y su bastón, un leve y frágil cayado, lo sostenía para que contemplara su propia vida. El jefe de eventos lo observó un buen rato hasta que desapareció de su campo visual.

Casi al mismo tiempo apareció el coche de Andoni por el lado derecho. Carlos olvidó de un plumazo aquella amable visita. Se acercó a la ventanilla del vehículo.

—¿Ha venido ya?

—Me ha dicho que a las doce y media estaría por aquí.

—¿Sabes algo?

—Solo me ha dicho que quería hablar con el responsable de esto. Se ha identificado como inspector del Gobierno vasco experto en seguridad.

—¿Seguridad? Joder. ¿Pero no te ha dicho qué quería?

—Hablar contigo con urgencia.

—Ya, ya, pero ¿no te ha adelantado nada?

—Ni media. Solo ha dicho eso, que quería hablar contigo con urgencia — insistió sin cambiar una letra.

Andoni resopló, apagó el motor y se bajó del vehículo. Se tocó los bolsillos de la cazadora para asegurarse de su previsor contenido.

—Joder, qué bonito está quedando esto —dijo mirando el entorno. Ambos encendieron sendos cigarrillos y miraron nerviosos los relojes.

No les dio tiempo a terminarse los cigarrillos. Una figura delgada se acercó andando hasta donde ellos se encontraban. Nunca la habían visto. Hasta que no estuvo cerca no se dieron cuenta de que era una mujer. Se presentó con el mismo cargo que había utilizado por teléfono. Enseñó su carnet con el sello en una esquina, en elegante relieve dorado, del Gobierno vasco. Antes de hablar se notó en su mirada que el escenario la había impresionado, pero no fue capaz de expresarlo.

—¿Qué sucede? —preguntó Andoni.

La mujer no respondió, pero sacó varios papeles sobre una pequeña carpeta. Habló con voz seca y cortante.

—¿Es usted Andoni Armendáriz, el dueño de la empresa de *catering* Avocado y responsable de este evento? —preguntó de corrido.

Andoni afirmó y notó muy malas vibraciones.

—Bien. Voy a ser muy concisa. Este tinglado que tienen ustedes aquí montado es ilegal. Carecen ustedes de los permisos pertinentes para desarrollar esta actividad. Se lo digo muy en serio.

Los ojos de Carlos y Andoni se abrieron desmesuradamente.

—Ya pueden ir retirando todo este fregado. Esto quedará precintado en una hora. Dos patrullas de la Ertzaintza están en camino.

Andoni no supo qué responder. La central nuclear de Lemóniz pareció sorprenderse, pero también estremecerse. La conversación era muy tensa. Se oía a los operarios trabajar ajenos a lo que ocurría cerca de ellos. Las olas chocando al otro lado del muro se confundían con los martillazos.

La palabra «suspensión» lo hizo temblar. Andoni Armendáriz se acercó a ella, pero la funcionaria del Gobierno vasco se mantuvo firme. Su semblante era contenido. Su traje de chaqueta, también. Su pelo corto parecía el de una militar.

—Mire, yo lo siento de veras, pero estos eventos tienen unas características muy concretas. No pueden celebrarse sin un permiso especial autorizando la reunión de una cantidad de personas específicas. Esto es la ley y, como todas, de obligado cumplimiento. No puedo hacer nada. Si pasara algo en este evento, la responsabilidad recaería sobre las instituciones, y eso es, como usted bien comprenderá, inadmisibile. Por fortuna para todos, esto ha cambiado desde hace unos años y el control es exhaustivo.

El enfado de Andoni era muy visible. Su rostro estaba contraído, y, por dentro, su ritmo cardíaco era alto. Carlos se mantenía callado. Su asombro también era patente. Pero Andoni no se arredró.

—Tendrá que darme más explicaciones —afirmó el jefe de Abogado con un rictus muy serio y una voz especialmente profunda—. ¿Sabe usted lo que eso que me dice significa? Paralizar esto me arruina el negocio. Tengo a más de quinientas personas esperando una boda, y llevamos preparándola más de dos meses. No puede hacerme esto.

—Precisamente ahí radica el problema, en la cantidad de comensales —

agregó con desparpajo la funcionaria—. Los datos que da el Boletín Oficial del Gobierno Vasco, con fecha de febrero de 2018, son muy claros en ese sentido. Todas las reuniones que superen las trescientas personas necesitan un permiso especial llamado Autorización Especial de Eventos Multitudinarios. Entiéndame, todas las que se desarrollen en lugares que no estén autorizados de antemano como lugares de reunión. Léase teatros, palacios de congresos, etcétera. En estos recintos se pueden hacer sin problemas. Están preparados para ello. Este que tengo aquí delante es un claro ejemplo de lo contrario —añadió señalando con la cabeza las instalaciones—. Aquí se incluyen los típicos cotillones de Nochevieja en pabellones, garajes y demás recintos no preparados al efecto.

Andoni no daba crédito a las palabras de la funcionaria. Carlos sacó otro cigarrillo con cara de resignación.

—Es un tema de seguridad. Las grandes aglomeraciones están muy controladas desde esa fecha. Eso debería saberlo. Usted tiene un permiso de celebración de una boda. Tengo la copia aquí y firmada por usted —dijo señalando la carpeta—. Parece ser que nadie le avisó de este asunto, pero esto es como se lo estoy contando. Yo no puedo hacer nada más que constatar que los preparativos se están llevando a cabo. Y, confirmado este extremo, no tengo más remedio que pedirle que desalojen inmediatamente este lugar. Tengo autoridad para hacerlo. Ya mismo.

—No, no, no. Esto tenemos que arreglarlo. El permiso lo podemos solicitar ahora y me lo tiene usted que conceder. Esto es muy importante para nosotros. No puede suspender una boda así como así.

Las cámaras de vídeo que estaban grabando el *making of* del evento desde hacía dos días se acercaron a grabar el rifirrafe, pero Andoni los apartó de malos modos.

—No puedo hacer otra cosa —insistió la funcionaria.

Andoni notó que estaba en un callejón sin salida. Pero no iba a dejar de intentarlo. Carlos comenzó a alejarse y su jefe y la funcionaria del Gobierno

vasco se enzarzaron en una discusión donde el tono iba siendo cada vez más alto.

—Mire, se lo explico por última vez, para conseguir una autorización necesita que empleados de Industria revisen el local, en este caso en concreto, todo este recinto, y den su opinión sobre los extremos de seguridad que necesita el local. Elaborar un informe y proponer las modificaciones que ellos crean oportunas para garantizar la seguridad de los asistentes. Y esto no se hace en un día. Son ingenieros y expertos en materia de seguridad que evalúan el lugar y autorizan o no el evento. Este permiso necesita ser solicitado con una antelación mínima de treinta días hábiles —remató la mujer recitando sus tecnicismos—. Y, por lo que veo, este es un lugar muy especial. Estoy viendo algunas cosas que a simple vista podrían ser susceptibles de crear dudas respecto a la posibilidad de provocar distintas situaciones de peligro —dijo señalando con el bolígrafo todo el entorno de las carpas—. Mire, yo soy experta en esto, pero mis compañeros, los ingenieros que trabajan en el departamento, lo son aún más, y ellos le podrían asesorar. Hable con ellos, tramite el permiso y entonces hablaremos. Ellos están disponibles de lunes a jueves. El próximo lunes, hable con ellos. Yo no tengo autoridad para dar luz verde a este evento. Por ahora, no puedo hacer otra cosa que paralizarlo sin demora alguna.

—Tenemos una empresa de seguridad que se encargará de que no haya ningún problema —replicó Andoni en un tono muy áspero.

—Me parece muy bien, pero eso es una cosa privada que usted, con muy buen criterio, ha solicitado. Pero el permiso es una cosa oficial y no tiene nada que ver.

Andoni estaba contra las cuerdas, pero su cabeza seguía generando ideas muy adelantadas.

—Y ¿cómo sabe que seremos más de trescientos? Es posible que fallen algunos y no se llegue a esa cifra. Ante lo cual no necesitaríamos ese dichoso permiso.

—Mire, sabemos que son quinientos porque lo dice expresamente en la denuncia.

Los ojos de Andoni se entornaron de manera tan sutil que la funcionaria no se percató del movimiento.

—¿Cómo que «la denuncia»? ¿Qué denuncia?

—Esta —dijo enseñando una fotocopia que extrajo de su carpeta con una rapidez que pareció ensayada.

Los ojos de Andoni oscilaron casi al ritmo del movimiento del papel, y su interior subió de presión. La vena carótida se le hinchó visiblemente a lo largo del cuello.

—Una denuncia —repitió el jefe de Abogado—. ¡Qué hijos de puta!

—Le ruego que se calme y cuide su lenguaje. Yo soy una funcionaria y solo cumplo órdenes.

La mirada de Andoni podría haber atravesado el acero.

—Sí. Se cursó ayer, y hemos venido en cuanto ha llegado. La celebración es tan inminente que teníamos que darle una prioridad absoluta.

—¿Puedo ver esa denuncia?

La mujer se la acercó.

—Es una copia, puede quedársela —dijo.

Mientras Andoni la leía, la mujer siguió hablando.

—Además, la denuncia incide no solo en el asunto de la seguridad, sino que también lo hace en el tema laboral. Incluye algo relacionado con la situación de sus trabajadores. Un compañero del Área de Trabajo y Seguridad Social vendrá dentro de media hora para hablar con usted del asunto del alta de las extras —dijo con toda la seriedad de la que fue capaz.

—Pero falta el nombre de la persona que ha puesto la denuncia.

—En efecto —respondió la funcionaria—. Eso no se lo podemos decir. Esa parte es confidencial, en principio. Para saberlo, tendría que hablar con su abogado para que este rellenasen un impreso al efecto solicitando que usted

pueda tener acceso a esa información. En última instancia, sería el juez el que decidiera si eso es posible.

Andoni no supo reaccionar, y su cara era un fiel reflejo de la rabia contenida que albergaba desde hacía unos minutos. Respiró con profundidad e intentó tranquilizarse. Pero tardó solo un par de segundos en cambiar de actitud. Dirigiéndose hacia la salida, acompañó a la mujer con la mejor de sus sonrisas. Tardaron casi veinte minutos en llegar a la zona del aparcamiento. No pararon de hablar en ningún momento. Después, ya detenidos en la misma puerta, estuvieron hablando otros cinco minutos más. Se vio a Andoni y a la mujer llegar a sonreír.

Carlos observaba en la lejanía cómo su jefe realizaba un desesperado intento de arreglar el aparente callejón sin salida en que se habían metido. Sacando lo mejor de sí mismo para enmendar la complicada situación en la que se encontraban.

—Yo le garantizo que voy a redoblar la vigilancia. Usted me entiende. Confíe en mí. Llevo muchos años haciendo esto. Le garantizo que después del evento nada será igual. Ese permiso me lo tiene que otorgar.

—Veré lo que puedo hacer —respondió la mujer con amabilidad—. Le llamaré esta tarde para darle más datos.

—Déjeme por favor una tarjeta suya y, si se le olvida, le puedo llamar yo —intervino Andoni solícito.

La funcionaria mantuvo el silencio un poco, pero enseguida le acercó una tarjeta sacada de una esquina de su carpeta.

Joko eta Ikuskizun Zuzendaritza. Segurtasun Saila.
Eusko Jaurlaritza

Dirección de Juegos y espectáculos. Departamento de Seguridad.
Gobierno vasco
Miren Atutxa

Varios números de teléfono, rodeados de un borde plateado muy elegante, completaban la información.

—Yo soy Miren —refrendó la mujer.

Andoni leyó la tarjeta con detenimiento. Después le extendió la mano con la denuncia para devolvérsela. Bajo el papel, un sobre algo abultado sobresalía por una esquina indiscreta. La mujer se lo metió en el bolso con rapidez. La denuncia la introdujo en su carpeta con el logotipo del Gobierno vasco.

La mujer se alejó con paso firme y desapareció en su vehículo.

Andoni pensó en un símil gastronómico. Que unos cuantos billetes de quinientos ablandaban el pan más duro. También pensó que a lo mejor tendría que aumentar la cuenta de imprevistos. Igual todavía sacaba beneficio de este incidente.

Respiró hondo. Carlos se acercó al ver a la mujer alejarse y montarse en su automóvil.

—Mañana tenemos el permiso en la mano. Ha sido por una denuncia.

—¿Denuncia? Qué cabrones, ¿de quién?

—De alguien que nos quiere bien —ironizó Andoni—. No me lo ha querido decir.

—Joder, pero ¿quién?

—Imagínatelo. Pondría la puta mano en el fuego. Sé de sobra quién está detrás de esto.

—¿Cómo le has convencido? —preguntó Carlos sorprendido.

—Algunas cosas sé muy bien cómo se solucionan. El permiso lo tenemos asegurado. Pierde cuidado. Igual esta misma tarde lo tendremos. Puedes darlo por seguro —insistió alejándose hacia el coche y levantando la mano en señal de despedida.

—¿Mantenemos el ensayo general para mañana viernes por la noche? —preguntó Carlos.

Aquello hizo que Andoni parara en seco. Le contestó dándose la vuelta con media sonrisa.

—Mantenemos el *planning* previsto. Todo igual. Mañana a la noche ensayo general.

Ya dentro del coche, abrió el teléfono móvil y llamó a su jefe de recursos humanos, que hacía ya un tiempo que trabajaba en su empresa. No tardó en contestar el teléfono.

—¿Cómo llevamos el tema de las extras para el bolo de Lemóniz?

—Tenemos a todos ya desde hace unos días —respondió el psicólogo—. Maite nos terminó de conseguir los que faltaban. Tenemos un montón. Esta mujer siempre se porta. Nada que no sepas desde hace varias semanas. ¿Qué sucede?

—Sí, sí, claro, eso ya lo sé. No pasa nada. Me refiero a si están todos dados de alta en la Seguridad Social para ese día.

—Algunos, pero la mayoría no. Lo que hacemos a veces, y, sobre todo, cuando son muchos, es decirles que sí se les da de alta y luego no lo hacemos.

—La boda de Lemóniz es distinta. Dales a todos de alta.

—Nos va a costar una pasta —advirtió el psicólogo sin cambiar el tono de su voz.

—Esta vez no quiero riesgos. Ya te contaré luego. Ha habido un problemilla, que ya lo he solucionado, pero, por si acaso, tú haz lo que te he dicho y hazlo ya. Deja todo lo que estabas haciendo y dale prioridad a esto.

—Tú mandas, jefe —se oyó desde el otro lado de la línea a modo de epitafio.

El móvil enmudeció en las manos de Andoni, que lo mantuvo, muy pensativo, entre sus dedos. Varias hipótesis le vinieron a la cabeza. Y la imagen de una persona en concreto se mantuvo en su imaginación de manera obsesiva.

Los dos gigantescos reactores de la central nuclear de Lemóniz parecieron atalayas de vigilancia de un castillo en ruinas. El cielo estaba despejado, y anunciaban buen tiempo para el resto de la semana. El dueño de Avocado, por un momento, pensó que todo estaba en orden. Incluso que aquel clima tan

caprichoso del norte les estaba dando la bendición. Tuvo la sensación de que solamente le importaba pasado mañana, sábado. Que el mundo se acabaría para el domingo. El día después de la boda. Pensó que había hecho bien en no comunicar el asunto de la denuncia a su hermano Eduardo. Como siempre, habría puesto el grito en el cielo, y, sobre todo, no hubiera solucionado nada. Además, ya estaba resuelto. Una acción muy limpia. El dinero es un bálsamo al que muy pocos se resisten. Y decírselo a su hermano a toro pasado era bastante más fácil que si el asunto estaba todavía en el aire.

En el interior del vehículo, pensó que debía darse prisa en volver a San Sebastián. Una entrevista con la Ertzaintza lo estaba esperando. Recordó el nombre del oficial instructor. Jon Ander Etxeberria.

«Intentaré acabar cuanto antes —pensó—. Queda mucho por hacer.» Volvió a pensar en quién podría estar detrás de la denuncia y apretó los dientes al ver su imagen con claridad en su imaginación. Maldijo entre dientes el nombre de Susana varias veces. Arrancó el coche y desapareció por la estrecha carretera que daba a la cala de Lemóniz.

Se sintió bien después del susto.

—Sí, *arratsalde on*, he quedado con el oficial Jon Ander Etxeberria —dijo al agente de la ventanilla mirando la nota escrita sobre un pósito—. Soy Andoni Armendáriz.

La comisaría del barrio del Antiguo de San Sebastián se hallaba muy cerca de la playa y al entrar en el edificio le había parecido notar el aroma de las algas en marea baja.

El agente le solicitó el documento de identidad. Se lo enseñó mientras observaba la frialdad ambiental de la entrada. El policía recogió sus datos y se quedó con él.

—Haga el favor de esperar en aquella zona —le dijo con seriedad—. Luego le devolveré su carnet.

—Tengo un poquito de prisa —dijo con una sonrisa rayana en la zalamería.

—No se preocupe, enseguida estaremos con usted.

Andoni se dirigió a una sala de espera. Saludó a las dos personas que se encontraban allí. Imaginó al verlas que aquello no iría tan rápido como pensaba. Pero se equivocó. Una voz lo llamó desde el fondo sin que hubieran transcurrido tres minutos.

Le hicieron pasar a una salita. El oficial instructor Jon Ander Etxeberria lo recibió con la mejor de sus sonrisas y se presentó. Desde el otro lado del espejo unidireccional, el subcomisario Vicente Parra y su mano derecha, la oficial instructora Jaione Egia, observaban con atención todo lo que sucedía. Nada más sentarse, fue al grano sin preámbulos de ningún tipo:

—Estamos investigando la muerte de Asier Ruiz.

El *ertzaina* empezó hablando en un tono que le resultaba cómodo.

Andoni respondió solícito y con grandes dosis de seguridad.

—Yo trataba con él, pero solo al principio. Hacía mucho que no estaba con él en persona.

—Trabajaba para usted, ¿no?

—A ver, sí, trabajaba para mí, pero yo apenas me relacionaba con él. Sobre todo, trataba con mi jefe de recursos humanos y, la mayoría de las veces, por teléfono. Nos conseguía los extras para los eventos. A veces hacía de metre él mismo, pero no muchas. Yo coincidí con él en un par de ocasiones. No siempre coordino todos los eventos. Hay veces que tenemos varios banquetes a la vez.

—Sí, eso ya lo sabemos. Pues, entonces, cuénteme cosas de cómo empezaron a trabajar con él. ¿Dónde le conoció?

Andoni resopló varias veces.

—No me acuerdo mucho, pero lo conocíamos de cuando estábamos trabajando todos juntos.

Jon Ander lo interrogó con la mirada esperando mayor exactitud a sus palabras.

—¿Todos?

—Era amigo de mi antigua socia, Susana, que también fue mi mujer durante unos años.

—Se está refiriendo a la dueña de la empresa Delicius, Susana Sánchez —añadió el policía mirando sus papeles—, ¿verdad?

Andoni afirmó con la cabeza. Hurgar en el pasado no era una cosa que había imaginado que tendría que hacer en su visita a la comisaría, y empezó a sentirse incómodo en aquella silla. Creía que el *ertzaina* estaba saliéndose de sus competencias.

—Ustedes trabajaban juntos antes.

—Sí. Teníamos la empresa con ese nombre. Yo después me divorcié y monté mi propio *catering*.

—Se divorció laboral y personalmente —añadió el policía intentando

rebajar el tono al ver más tenso a su visitante.

Andoni afirmó con la cabeza.

—Y Asier seguía proveyendo de extras a las dos empresas después de la separación. ¿No es así?

—Creo que sí. A nosotros, por lo menos, sí. Lo que hiciera con la empresa de mi exmujer no es de mi incumbencia —añadió cortante—. Imagino que sí lo hacía.

—Por lo que deduzco de sus palabras, la separación, por lo menos la laboral, no fue en términos amistosos.

Andoni cruzó las piernas y tardó en responder. Exponer su vida privada le incomodó.

—No, no lo fue. Todos los divorcios son complicados, por mucho que nos vendan lo contrario. Y si, encima, hay que repartirse el negocio, la situación no mejora. Era una empresa que me pertenecía a mí tanto como a ella.

La sonrisa de complicidad que le regaló el policía hizo que Andoni notara algo de empatía hacia sus palabras. No fue necesario ahondar en detalles porque fue el propio Andoni el que prosiguió.

—Fue un follón, porque ella se negó a darme la parte que me correspondía del negocio. Una empresa que montamos los dos desde cero. Yo tuve que empezar la nueva desde la nada. Avocado es ahora la mejor empresa de *catering* de España. Nos llaman hasta desde fuera de nuestras fronteras. Tenemos bolos por los sitios más inesperados. Precisamente dentro de dos días tenemos uno bien gordo de más de quinientas personas —dijo con cierto orgullo.

Andoni tomó aire. El *ertzaina* lo miró complacido sin hablar. Su mirada lo seguía animando a que hablara.

—Y, además, estaba el chaval. Pero esto no creo que le interese.

—Me interesa en la medida en que lo pueda enlazar con amistades de la persona que estamos buscando. ¿A qué se refiere, en concreto? —preguntó el policía.

—Mi hijo cambió mucho desde el divorcio. Fue un daño colateral que no supe controlar en ningún momento. Eso no me lo perdonaré. Pedro tiene un carácter muy fuerte, pero, desde el divorcio, se le acentuó. Ahora estudia fuera y le veo poco.

—Pero él no tiene relación con la empresa Avocado, ¿verdad? Me refiero a que no trabaja con usted.

—No. Bueno, alguna vez. El verano pasado le invité a hacer extras con nosotros. Para que se interesase en el negocio, pero me rechazó. Me dijo que el verano era para descansar. No le pude decir nada. Es el primero de su clase. Saca una media de sobresaliente. Y ahora, en la universidad, incluso varias matrículas de honor. Me ha dicho muchas veces que no le interesa la hostelería.

—¿Pero no llegó a hacer ningún extra?

—Creo que hizo dos. Sí, un par de bodas. Entonces me llevaba mejor con él. Ahora la cosa está bastante peor —agregó con cierto halo de amargura.

—O sea, que pudo coincidir con Asier.

—Eso no lo sé.

Vicente, desde la habitación contigua, se acercó a Jaione y le susurró al oído unas palabras:

—Creo que se confunde. No debe seguir por ahí, ¿no te parece?

—Tienes razón —respondió la mujer.

El ambiente en la salita se enrareció un poco más. Andoni parecía cómodo, pero a la vez deseoso de acabar. Aunque fue solo un momento. Su rostro delataba una crispación controlada. El silencio pareció una pregunta, que Andoni respondió.

—Desde la otra empresa siempre están intentando boicotearnos. Mi exmujer tiene muy malas compañías.

El policía se congratuló de que su locuacidad se disparase sin pregunta alguna.

—Explíquese —le pidió el *ertzaina* frunciendo levemente el ceño.

Al ver el interés del policía por la empresa de su exsocio, Andoni suavizó su versión. Pensó que teniendo tan cerca el bolo de Lemóniz no debería contar nada. No fuera a ser que lo molestaran o que, simplemente, aquella entrevista se alargara en exceso. Esa misma tarde, la del jueves, tenía que ultimar tantos detalles que, por un momento, empezó a pensar en ellos y a olvidarse de dónde se encontraba. La mirada inquisitiva del policía requirió su presencia, no solo física, en aquella sala. Durante esos segundos cambió de opinión y no se calló.

—Sí, mire, malas influencias. Mi exsocio tiene a mi hijo contra mí y lo utiliza como arma arrojadiza. Lo tiene de rehén contra mí. La historia que le cuenta a Pedro es siempre conmigo en el lado del malo. Según ella, yo soy el responsable de todo lo malo que sucede a su alrededor. Y, además, está Manuela.

El policía le siguió el rollo.

—¿Quién es Manuela?

—La persona que dirige la empresa de Susana. Es una pájara de cuidado. Sería capaz de cualquier cosa porque nuestra empresa se fuera a pique. Y, además, ejerce una influencia sobre mi exmujer que es más letal aún.

Jon Ander escuchó con atención el relato sin interrumpirlo.

—Ella también se relacionaba con Asier. Probablemente, Txiki estuvo con ella unas horas antes de que lo encontraran muerto.

El policía cambió de actitud, e imaginó que, tanto Vicente como Jaione, a escasos metros, y detrás del cristal unidireccional, se habrían incorporado sobre sus asientos también, interesados por las últimas palabras del interrogado.

—¿Por qué dice eso?

—Txiki me lo contó.

—¿Cuándo?

—El día anterior a su muerte.

—Esto sí que me interesa —dijo el policía—. ¿Qué le dijo exactamente?

—Hablamos de los extras para el fin de semana. Y de cómo estábamos de

gente y esas cosas del trabajo.

—¿Y?

—Que al día siguiente había quedado con Manuela para un asunto parecido.

—¿Le informo de eso?

—Se lo sonsaqué.

—¿Y le dijo la hora exacta a la que había quedado con Manuela?

—No.

—Ya, pero eso no indica nada —rebatí el poli— si no centro la hora. ¿No recuerda ese extremo? Es muy importante.

Andoni seguía a lo suyo.

—Mire, Manuela fue la que más fomentó en mi exmujer la sensación de incomodidad de compartir empresa, y ha sido ella la que nos ha estado jodiendo desde entonces, y, siempre que puede, lo hace. Manuela provocó nuestro divorcio laboral y, de rebote, el familiar. Lo sé. Domina con mano dura la empresa por encima incluso de mi ex. Si está a su alcance, no duda en hacernos daño. No sería la primera vez. Esta tipa hace lo que está en su mano para acabar con nosotros.

—Como, por ejemplo, tener algo en contra de Asier... porque eso es lo que está insinuando, ¿en qué les perjudicaría? —apuntó Jon Ander.

—Cuidado —dijo Vicente en voz muy baja en la salita contigua—. Lo está dirigiendo. Tiene que tener cuidado con eso. —Jaione afirmó con la cabeza sin dejar de mirar el cristal unidireccional.

—Yo qué sé. Eso pregúnteselo a ella —añadió cortante.

—Txiki tenía conocimientos de judo. Me imagino que no es fácil derribar a alguien así —aventuró el policía.

—¿Por qué cree que le llamaban Txiki? —respondió con cierta condescendencia irónica—. No tenía ni media hostia, por mucho judo que supiera. Algunas veces nos reíamos juntos hablando de eso.

Jon Ander le dio un respiro mientras apuntaba un detalle anterior.

—Me acababa de decir antes que apenas hablaba con Asier. Se está usted contradiciendo.

Andoni tardó en responder, pero lo hizo con calma.

—Por teléfono, un poco más. Alguien tiene que coordinar los extras. A veces lo hace el de recursos humanos y otras veces, yo mismo. Parecemos una multinacional, pero en realidad somos una pequeña empresa de esas que abundan en Guipúzcoa, esa que son las responsables de hacer crecer el PIB a base de mucho esfuerzo personal y muy poca ayuda desde arriba. Además de crear empleo para muchas familias. Casi cincuenta dependen directamente de Avocado —agregó con falsa modestia—. Eso significa que en la empresa tienes que hacer de todo con mayúsculas. Desde limpieza hasta logística.

El *ertzaina* se tiró hacia atrás en la butaca.

—Hábleme de la novia de Asier Ruiz.

—Irene es una buena persona. No sé si él la correspondía mucho, pero insisto que no tenía relación con ellos como para opinar de eso. Irene es una buena extra, aunque no la conozco en profundidad.

—¿Qué me dice de su compañera de piso, Maite?

—Ahora nos está echando una mano, desde lo de Txiki. Es una mujer dura, pero está sabiendo tomar las riendas y distribuir las extras como lo hacía Txiki. Poco más le puedo decir.

—¿Usted estuvo alguna vez en casa de Txiki?

Andoni tardó una décima de segundo más de lo esperado en responder.

—No. Una vez me dijeron que, después de la muerte de su hermano, se había comprado o había heredado una villa o algo así, pero no sé dónde exactamente.

—Usted estaba la noche del jueves pasado en su oficina, ¿verdad?

El corazón de Andoni se aceleró como si hubiesen tocado un botón. Pero su rostro no cambió.

—Vamos, por favor. Yo no he matado a Txiki. ¡Por Dios! ¿Qué le hace pensar eso? Asier era una gran persona que nos ayudaba siempre que podía.

De él nunca tuve duda de su talla como persona —dijo Andoni con una sonrisa oblicua al ver el guiño de humor que había provocado sin querer.

—Yo no le he preguntado eso. Solo le he preguntado dónde se encontraba la tarde que encontramos el cadáver de Asier Ruiz. Nada más.

—Sí, estaba en la oficina. Cualquiera podrá corroborar eso. Casi todas las tardes entre semana estoy en mi oficina.

—Por favor, ¿quieres estarte quieto, aunque sea un poco? —dijo María sentada sobre la arena de la playa.

Pierre Miraud miraba divertido la escena. Las gafas de sol protegían su rostro, haciéndolo aún más atractivo. Su barbita recortaba sus facciones con deseo untado de aroma. Su cuerpo, presente en aquella playa, contrastaba con su pensamiento, anclado en el ritual que había celebrado en solitario en el yacimiento arqueológico de Uxmal. La siguiente frase lo hizo aterrizar.

—Espérate, Pancho, solo me queda la espalda —insistió su madre.

El olor a coco lo alcanzó de lleno y le hizo sentirse bien. El niño no dejaba de retorcerse para zafarse de las manos de su madre. María insistió. Le extendió el protector solar por la espalda dejando una gruesa capa. El niño terminó por escurrirse literalmente de las manos de su madre.

—Sin gorra no te dejo ir al agua.

—Mamá, con la gorra no puedo bañarme bien —protestó el chaval. Al final, salió disparado hacia la orilla. Pero la gorra la llevaba puesta.

La brisa del mediodía en el muelle de Sisal era engañosa. Soplaba sin parar, haciendo que pareciera que los rayos del sol no incidían tan agresivamente como en realidad lo hacían.

María se sentó en la toalla, al abrigo de una sombrilla. Sus piernas descendían del traje de baño azul turquesa dando armoniosos requiebros. Se situó detrás de Pierre. Tocó su espalda con delicadeza. Su bañador, que había comprado en una de las tiendas del pequeño pueblecito costero de Sisal, tenía un tono parecido al de María. Ceñido, con dos franjas amarillo suave a cada lado.

—El sol del trópico es traicionero. Te puede quemar incluso al abrigo de una sombrilla. Solo con el reflejo de la arena es suficiente para quemarse.

Pierre no dejaba de observar a Pancho jugando en la orilla. Este se revolcaba entre las escasas y pequeñas olas que rompían a sus pies. María dividía su atención, a intervalos regulares, entre la espalda de Pierre y la de su hijo chapoteando en la orilla del mar Caribe. Untaba su dedo en la crema y se la pasaba por la espalda. Después la extendía, en un ejercicio bastante más erótico que protector. Besaba las zonas antes de extender la crema.

—Hacía tiempo que nadie me daba la crema así —susurró Pierre.

—Tienes una espalda muy bonita —dijo ella acercando su cara al oído. La melena negra de María se posó distraídamente sobre su cuerpo y el hombre la notó fría.

Esbozó una sonrisa, pero María no pudo verla. Solo escuchó su respuesta.

—Tienes unas manos muy delicadas.

—Vamos a jugar —dijo la mujer—. Tienes que adivinar qué estoy escribiendo en tu espalda.

—Ostras, eso es muy difícil.

—Te daré una ayudita. Serán dos palabras. A ver si eres capaz de sentirlas.

Extendió un poco más de crema por la espalda de Pierre. Este cerró los ojos intentando que su espalda le transmitiera la máxima información posible. María señaló con fuerza sus palabras. Pareció que quisiera marcárselas. Después se pasó el dedo con restos de crema sobre uno de los brazos.

—¿Qué?

—Uf. Eso es imposible —respondió el hombre negando con la cabeza—. Dame una segunda oportunidad.

La mujer volvió a la carga y pasó el dedo por la escasa huella que había dejado la crema sobre la espalda de Pierre.

—Son dos palabras —dijo Pierre.

—Eso ya te lo había dicho yo. No te pases de listo.

Ambos rieron. El niño correteaba a escasos metros de distancia.

Chapoteaba en el agua azul turquesa.

—Dame una tercera oportunidad —pidió Pierre.

Nada más determinar lo que María había escrito sobre su piel, el hombre se dio la vuelta y la besó ligeramente en los labios.

—Yo también —le susurró a escasos centímetros de distancia.

La voz del niño requiriendo la presencia de ambos interrumpió aquel momento. Ambos se levantaron casi a la vez. Cuando salieron de la protección de la sombrilla, el letrero que Pierre llevaba en la espalda se intuía un poco más. María borró las palabras «te quiero» de su espalda pasándole la mano.

El día atravesó las horas ajetreado de gente. Algunas escasas nubes solitarias oscurecían de vez en cuando el sol, pero la tregua nunca duraba más de un minuto. Hicieron una parada para comer casi a las tres del mediodía. María abrió la pequeña nevera que le había preparado su madre.

Pierre abrió con el extremo de una navaja una Coronita. Se había mantenido lo suficientemente fría para que el cristal hiciera de receptor de miles de gotitas de agua que, fruto de la condensación de la humedad ambiental, se posaban en su superficie.

María abrió un táper con tortitas y puso sobre cada una de ellas una capa gruesa de guacamole. Extendió la preparación con un cuchillo como si fuera mantequilla en pomada. Después, un poco de cebolla morada por encima. Unos trocitos de chicharrón frito daban el toque crujiente. Cuando terminó las tres, le acercó una, protegida con una servilleta de papel, a su hijo Pancho. La tortilla de maíz recogía el alimento, que era muy jugoso. Enseguida se empezaría a resquebrajar.

—Ten cuidado al comer —le avisó. El niño lo devoró tan deprisa que tuvo que interrumpir el suyo para prepararle uno de la clase que más le gustaba. El niño expresó su alegría con los ojos al ver el táper.

—¡Tacos de escamoles! ¡Bien! —exclamó el niño.

María repitió la operación con los escamoles. El aroma del epazote inundó aquel pequeño mundo que habían creado bajo la sombrilla. La cebollita

cambray daba el contraste a las larvas de hormiga. El niño aplaudió cuando empezó a comer.

—Este escuincle se lo come todo.

Pierre miró sorprendido el apetito del niño.

—Este es un plato muy especial —dijo María—. Le gusta con locura. Pero sí, come de todo. Menos mal. No hay nada peor que ser tiquismiquis con la comida. Te pierdes la parte más divertida de la vida.

Pierre lo miró en silencio esbozando una sonrisa.

—Bueno, una de las dos más divertidas —matizó acercándose a él y dándole un beso en la mejilla.

Pancho asistió, divertido, al detalle de la mujer. Pero en ningún momento dejó de comer su taco de escamoles.

La tarde acabó en la furgoneta de vuelta a Mérida. Se les estaba echando el atardecer encima y el niño, en la parte posterior, estaba dormido por completo. La mujer, que iba al volante, miró a su hijo para comprobar que seguía roque.

—Vaya chaval que tienes más maravilloso —dijo Pierre girando la cabeza sobre sí mismo—. Es un torbellino fantástico.

María no respondió con palabras. Una de sus manos abandonó el volante y cogió con fuerza la mano de Pierre. Este se la acercó a los labios y la besó.

La carretera comarcal de vuelta a casa se estaba haciendo más sinuosa. Pierre comenzó a recordar que era parecida, casi igual, a aquella en la que se encontró a su padre sin vida después del *accidente forzado*. Notó que había pasado página de aquel capítulo ahora que tenía la respuesta. A pesar de haber conocido la noticia hacía unos días, se sentía más tranquilo. La muerte tenía una razón lógica. Aunque fuese un asesinato. Todo iba encajando en su sitio, y la necesidad de volver a San Sebastián y hablarlo con su madre Françoise volvió a aparecer. Conocer la verdadera razón de la muerte de su padre le había dado una sensación de tranquilidad extraña. Como si los restos de su padre descansasen mejor.

«Sé qué fue lo que pasó. Y, aunque no conozco a los autores, me encuentro bien. La justicia no devolverá la vida a mi padre», pensó.

María miraba a hurtadillas el rostro pensativo de Pierre.

—¿En qué piensas? —le interrogó la mujer.

—Uf, en nada y en todo. En la playa del muelle de Sisal. En el día tan bonito que hemos pasado. En los tacos, que estaban tan sabrosos. Y en el sol tan potente que tenéis... —Hizo una pausa. Enseguida continuó—: Pero también en que a lo mejor tengo que volver a San Sebastián y hablar con mi madre. Creo que tengo que hacerlo. Y eso ahora mismo es un problema.

La mujer lo miró con seriedad y curiosidad.

—Lo es porque pienso que me estoy enamorando de ti.

María no respondió. Solo le volvió a agarrar la mano.

—Y porque, además, me gusta hacer de padre de tu hijo.

—¿Que nos han puesto una denuncia? ¿Me estás hablando en serio? —bramó Eduardo mientras gesticulaba con los brazos—. No me gustan las bromas de última hora. Mira cómo tengo el frigorífico para el bolo de Lemóniz. No puedo ni cerrarlo de la cantidad de género que he acumulado esta última semana. No estoy para chistecitos.

—No es ningún chiste —respondió Andoni intentando que su hermano se calmara. Pensó que no había sido bueno decírselo, pero haberse convencido de que la situación estaba bajo control había hecho que cambiara de opinión.

—Son casi las nueve de la noche y llevo aquí cocinando desde las ocho de la mañana. ¿Estás seguro de que lo has arreglado y de que esa inspectora del Gobierno vasco no volverá mañana y nos dará la sorpresa definitiva? ¡La gran sorpresa! —añadió gesticulando—. A esos les importa un pimiento todo esto. Son funcionarios del Estado, y si quieren te paralizan el asunto y lo hacen sin miramientos.

—No volverá —afirmó con rotundidad Andoni alzando suavemente la voz—. De hecho, la patrulla de la Ertzaintza que dijo que iba a mandar a primera hora de la tarde no ha aparecido. Y el inspector de trabajo tampoco. Me lo confirmó Carlos hace unas horas. Por cierto, que ya han terminado todo lo que quedaba por hacer. Solo queda mañana.

Eduardo lo miró con recelo.

—Cuánto hijo de puta anda suelto —exclamó el cocinero—. Eso es lo más ruin que se puede hacer.

—No es la primera vez que lo hace. Acuérdate.

—¿Que lo hace? ¿Quién?

—Joder hermano, para algunas cosas eres más ingenuo que el copón. Las denuncias no se ponen solas. Yo la he visto. Me la ha enseñado. ¿No te acuerdas del primer bolo que hicimos para inaugurar Avocado?

—Cómo me voy a olvidar —respondió Eduardo dejándose caer sobre la silla de su despacho—. Fue el más estresante que he hecho en mi vida.

—Tuvimos una denuncia muy parecida. Y el inspector de trabajo nos pilló con cinco extras trabajando en negro. ¿Te he refrescado lo suficiente la memoria? Todo a través de una denuncia. Casi nos paraliza todo el evento. Fue de opereta.

—Ya, pero nunca llegamos a saber quién estaba detrás de eso —respondió Eduardo.

—No, claro —respondió, condescendiente—. Pero recuerda que yo entonces sí conseguí averiguar el apellido de la denunciante: «Sánchez». Demasiado sospechoso.

—Sí, pero solo pudiste leer el asunto de refilón; y, además, un apellido como el de tu ex... puede haber miles y miles. Ni siquiera supimos si era un hombre o una mujer. No pudimos demostrar que era Susana la autora de la denuncia.

—¡Qué ingenuo eres, Eduardo! A veces pienso que aparte de cocinar no sabes hacer otra cosa. El día que espabiles... ¡Qué más necesitas para darte cuenta de que estas dos vienen a por nosotros!

El tono de Eduardo fue una mezcla de resignación y cansancio.

—Mira, el asunto del trabajo con las extras está cada vez más cabrón. Los inspectores no pasan una. Y tú sigues funcionando a la antigua. Las cosas han cambiado. Hay que dar de alta a todo el mundo. Lo hemos hablado muchas veces. —Andoni permanecía callado—. Pero no, tú sigues a tu bola.

—Sí, mira, y si lo hago así es para que cuadren las cuentas y tú puedas tener un sueldo abultado. Que eso bien que te gusta —respondió Andoni con acritud.

El silencio se hizo patente. En el exterior había una temperatura fresca pero

muy agradable. Andoni se acercó a la ventana. La oscuridad del *parking* exterior era casi absoluta. El termómetro marcaba en el alféizar de la ventana de su despacho dieciocho grados. Las previsiones no habían cambiado. El fin de semana se mantendrían igual.

Eduardo intentó cortar la conversación.

—¿Qué queda por hacer?

—Mañana llega el del coche. Los baños estarán instalados desde mañana a la tarde. Las luces ya están listas. Los de seguridad lo tienen todo acotado. Los de los autobuses que traerán a la gente también están preparados. Los grupos electrógenos tienen depósitos de gasolina aparte por si lo necesitan. Los peluqueros y los de vestuario también están preparados. Los fuegos para las cocinas ya están también. Las parrillas se han probado hoy mismo. Las carpas han quedado bien. Los proyectores tienen una definición increíble, y eso que los he visto funcionando con la luz del día. Por la noche, mejorarán. La representación de la misión San Juan Bautista está impresionante. Carlos es un puñetero artista. La música la probamos esta mañana y, literalmente, atruena, pero donde se nota su calidad de verdad es en los momentos de baja intensidad... —Se detuvo un instante—. No sé, qué más... ¡ah, sí! Ha habido un problema con uno de los hornos portátiles, pero ya está solucionado. Las cartas a repartir entre los invitados están ya todas impresas. Ha quedado chulísimo. Y ayer probamos el aroma de vainilla por el pasillo. Queda delicado. Nada empalagoso.

—Fenomenal.

—Ha llegado toda la vajilla y la cristalería, junto con el vino y el cava, también. Las flores, hasta el viernes, es decir, mañana a la tarde, no las tendremos instaladas. Pero para el ensayo estarán listas.

—Genial...

—No sé. Todo está listo. Ah, los pinganillos entre nosotros están probados también. Son nuevos y no hacen el ruido de fondo que emitían a veces los antiguos.

—Bien hecho —dijo Eduardo con los ojos cerrados sobre su silla y la cabeza recostada hacia atrás. Pareció que en cualquier momento se fuera a quedar dormido. Su eterno *gin-tonic* permanecía, con los hielos derretidos, sobre la mesa. La cáscara de limón flotaba en medio, inerte, con su potente aroma casi derrotado.

—Vete a casa —le dijo Andoni—. Mañana te quiero fresco para el ensayo general. No puedes estar cansado. Estaremos allí al mediodía. ¿Okey?

—De acuerdo. No queda nada. En cuarenta y ocho horas estaremos en medio del follón.

—Todo va a salir bien.

Sin abrir los ojos, Eduardo preguntó.

—¿Cómo te ha ido con la Ertzaintza? ¿Qué querían de nosotros? Txiki solo era una persona que trabajaba para nosotros. No éramos sus guardianes.

—Intentan averiguar quién está detrás de su muerte. Nada más.

—Qué pasa, ¿sospechan de ti? —preguntó con desdén y una sonrisilla irónica.

A Andoni no le gustó el gesto de su hermano.

—Yo no le veo la gracia.

Eduardo levantó un solo ojo intentando suavizar el tono de su hermano. Terminó levantándose y pidiéndole, con un toque cariñoso en el hombro, que se fuera.

—Nos espera un fin de semana ajetreado. Vámonos de una vez —dijo Eduardo apagando la luz del despacho.

Al salir por la cocina, fue apagando luces. La noche estaba bien entrada. El aroma de la cocina era dulce. La última luz que apagó fue la que estaba al final del pasillo. Conectó la alarma central cerrando con varias vueltas la puerta de servicio de los pabellones y ambos salieron al *parking*. La calma tensa del interior se podía palpar.

El pequeño apartamento que ocupaba Manuela Cortázar en el centro de San Sebastián era alquilado. Un *loft* con mucha luz y, en algunas esquinas, abuhardillado. Rodeado de madera clara muy nórdica. Todo él olía a madera. El ordenador portátil estaba en una esquina, próximo a un ventanal que daba a una terraza casi tan grande como el propio apartamento. La cama estaba hecha, y su edredón era blanco y grueso. Manuela miró primero la cama y luego el reloj que había en la mesilla contigua. Las once de la noche.

Notó el frío nocturno a pesar de que las gruesas ventanas se empeñaban en mantenerlo alejado. Pero, sobre todo, le invadió una sensación de soledad bastante más grande que la que su pequeño piso le daba cuando estaba sola. Lo había elegido de esas dimensiones porque, hacía ya tiempo, había intuido que su vida sentimental iba a ser, siempre, una especie de montaña rusa. Y los espacios reducidos le daban una mayor sensación de protección. Hacía ya muchos años que había asumido que su existencia pasaría del jolgorio al desconsuelo casi automáticamente.

Aquella noche estaba especialmente sensible recordando todo su pasado. Ella era la «mujer lichi», recordó que un día su actual pareja le había susurrado al oído. Por fuera, coraza dura y áspera y, por dentro, blandita y con perfume a rosas. Pero cada día que pasaba, y a pesar de la dureza del camino elegido por ella misma, la vida le recordaba su posición.

Cerró el ordenador con parsimonia y apagó la luz. Se acercó a la cama y se desnudó. Miró su figura delgada y bien proporcionada. Su pelo corto era muy negro. Cruzó los brazos y se tapó el escaso pecho con decoro. Pareció insinuarse al opaco cristal. El segundo espejo, enfrente del anterior, le mostró

su espalda. El tatuaje del águila ocupaba parte de ella. El color de las llamas por encima del ave era muy realista. Le gustó aquella imagen y lo que representaba. Una buena parte de su vida se encontraba resumida en su espalda. Y siempre que se acostaba en su casa le recordaba sus andanzas.

Se abrazó a sí misma y con las puntas de los dedos tocó el tatuaje. Pareció como si quisiera acariciarse. El piso ahora le pareció grande. Se sentó en el borde de la cama apartando el edredón. Delante de ella, el armario: tenía la mitad prácticamente vacío. La parte que esperaba a que Susana se decidiera algún día a venir a compartir su vida, aparte de su trabajo, con ella. Solo una rebeca fina junto con una camisa simbolizaba la semilla de la relación que había comenzado con su jefa. Pensó que igual nunca germinaría. Aquellas dos prendas se habían convertido en un símbolo de algo que llevaba tiempo plantado, pero que todavía no había dado sus frutos. A veces solía tocarlas e intentaba que su presencia la transportase a través de su olor o, simplemente, de su tacto. Las veces que venía a su casa las escondía para que no las pudiera ver y no se acordase de ellas. Ambas tenían algo de trofeo de valor exclusivo. La relación con su jefa. Y llevaban ya un tiempo en una de las estanterías. Le gustaba dormirse con el armarito abierto sabiendo que estaban allí.

Por ahora, Manuela no podía hacer nada que no fuera estar a gusto con Susana mientras estuviesen juntas. Nada más. Se durmió mirando el armarito y abrazada a sí misma. El edredón la protegió del inexistente frío. Respiró tres veces profundamente. Intentó retirar de su mente todos los problemas que habían surgido a lo largo del día, que habían sido unos cuantos. La última vez que miró el reloj eran las once y media de la noche. Tardó cinco minutos escasos en caer profundamente dormida.

El timbre despertó a Manuela de manera abrupta. Le pareció que solo sonaba en sueños. Pero la insistencia la despejó por completo. El reloj marcaba las doce en punto de la noche. Se levantó muy sobresaltada y se acercó a la puerta mientras se ataba una bata parecida a un yukata.

El timbre sonó una vez más.

El corazón se le aceleró. La puerta estaba cerrada con la cadena. La cerradura tenía las llaves puestas y cruzadas.

—Manuela. Abre, soy Susana.

La mujer desbloqueó la puerta.

Susana entró con una tranquilidad fingida. Nada más cerrar la puerta, se abrazó a Manuela. Ambas mujeres se fundieron en una sola durante varios segundos.

—Qué visita más agradable —susurró Manuela. Pero enseguida se percató de que la visita traía lágrimas en el mismo *pack*.

—¿Qué pasa? —dijo apartándola.

Susana estaba callada. Manuela la ayudó a quitarse el abrigo. Pero el fular granate salpicado de pequeñas motas blancas lo mantuvo enrollado a su cuello a pesar de la agradable temperatura.

—¿Qué pasa? —insistió Manuela haciendo que se sentara en una esquina de la cama—. Es algo de tu hijo Pedro, ¿verdad? ¿Has hablado ya con él?

La dueña de Delicius negó con la cabeza.

—Todavía no. Acabo de hablar con Andoni.

Manuela cambió de expresión como si Susana hubiera tocado un resorte. Agarró su mano sin decirle nada.

—Por teléfono, desde casa, hace una hora.

El teléfono sonó en casa de Susana.

—Sí.

El silencio le pareció raro, pero no lo suficiente para desconfiar.

—¿Quién es? —insistió.

—Mira, Susana, te voy a hablar clarito. Más diáfano de lo que he hablado en mi vida a nadie.

—¿Andoni?

—¿Quién crees que puede ser, si no?

—¿Qué pasa?

—Ocurre que como me vuelvas a hacer la de esta mañana te juro que te acuerdas. Por mis muertos que no lo olvidarás en tu vida.

La frase le resultó desconcertante.

—¿De qué estás hablando? —preguntó la mujer visiblemente alterada—. No sé qué dices.

—Eres una... ¿Cómo has sido capaz de hacerme eso? Tú eres una vengativa y una sinvergüenza.

—Andoni, te voy a colgar. No sé de qué narices estás hablando —replicó la mujer con un tono de voz entre el enfado y las lágrimas. Fue a colgar, pero las palabras de su exmarido la obligaron a permanecer a la escucha.

—Eres una zorra. Sé que me has mandado un inspector de trabajo a un bolo superimportante que tengo para el sábado. De esta te vas a acordar. Como vuelvas a hacerme algo así, te juro que te reviento a ti y a todo lo que te rodea.

La actitud de Susana transmitía una calma nada acorde con la velocidad de sus latidos. El verbo «reventar» le sonó increíblemente agresivo. En cambio, el tono de su voz mantuvo la tranquilidad.

—Mira a tu alrededor. —La entereza de Susana desconcertó a Andoni. Su tono duro, también. Ella misma se sorprendió de lo que estaba preparando para decirle—. ¿En qué te has convertido en ese afán de ser el número uno? ¿Número uno en qué? Te piensas que eres alguien especial y no eres más que un banquetero de mierda. Crees que soy una mujer débil y solo lo soy, según tú, por la manera que tengo de responder ante tus ataques estúpidos y tu sinrazón. Tus fantasmas... el único sitio en el que existen es en tu interior. Soy bastante más fuerte que tú porque respondo a tus insultos y tus gritos con palabras y sin alzar la voz, y eso te hace más débil. Piénsalo bien. Tus andanzas no me interesan lo más mínimo. Yo no te he mandado a nadie a ningún lado. Te respeto bastante más que tú a mí. Y eso a pesar de tu espectacular currículum. Si estás enfadado por otras cosas, no lo pagues

conmigo. Y no vuelvas a llamarme. No volveré a hablar contigo en mi vida. Desaparece de la mía de una vez por todas.

—Te llamaré siempre que intentes boicotear mi trabajo. Que sepas que siempre estaré detrás de ti si me vuelves a agredir en mi trabajo.

—Por favor, Andoni, ¡yo no te he hecho nada! Te encanta ir de víctima. Eso te priva. Yo no te he mandado a nadie. Te voy a colgar —insistió la mujer, pero se mantuvo unos instantes más al teléfono.

—Como vuelvas a hacerme una cosa así te reviento —repitió Andoni.

Susana cortó la comunicación y apartó el teléfono inalámbrico de su vera.

Manuela la atrajo hacia ella. Susana aún temblaba después de aquella conversación con su exmarido. Sus lágrimas salían a borbotones. La tensión acumulada hasta llegar a casa de su amante hizo que se derrumbara. Durante un par de minutos, las dos mujeres se enfrentaron en silencio a los pensamientos de la otra mientras ninguna de las dos dejaba de imaginarse cosas.

—¿Estás mejor? ¿Quieres que te prepare un té?

—No, estoy bien. No sé cómo pude casarme con Andoni —dijo con la mirada perdida—. No lo sé —reiteró.

Ambas mujeres se acomodaron en el sofá, y la sensación de nerviosismo fue desapareciendo. Aquella angustiada sensación estaba llegando a su fin.

—Quédate a dormir. No pienso dejarte sola esta noche —dijo Manuela de sopetón y con autoridad—. No voy a permitir que estés sola.

Susana la miró pensativa.

Cinco minutos más tarde, el edredón blanco de la cama tapaba a ambas mujeres. El aroma de las sábanas limpias arropó también sus pensamientos. Antes, Manuela había escondido discretamente las dos prendas de ropa de Susana que, convertidas en amuleto, guardaba en el armario. Cerró las puertas con cuidado. Su figura se reflejó en el espejo.

Pero a Susana le costó dormirse. En la oscuridad, y abrazadas, iniciaron una conversación:

—¿Has hablado con la Ertzaintza? —preguntó Susana.

—Sí. Pero nada importante. El poli era muy amable. Hemos desayunado juntos. Ha preguntado cosas sobre Txiki. Nada más —le susurró, casi al oído, Manuela.

Susana mantenía su pensamiento en la llamada por teléfono de su exmarido. Pero ahora se le había enredado en medio la imagen de su hijo Pedro. Miró la hora. La una y media de la madrugada. Pensó que la estaría esperando.

—No sé qué le diré mañana a Pedro. Le he mandado un mensaje diciendo que no iré a dormir.

Manuela la abrazó sin decir nada.

—Igual es más fácil así.

—No sé. No sé.

Pero la conversación con su ex volvió a aflorar.

—No sé cómo Andoni puede pensar que yo le he mandado una inspectora de trabajo al evento ese muy gordo que debe de tener el sábado. Yo no he hecho nada. No sé quién ha podido hacerle eso.

Manuela besó la espalda de su jefa.

Los viernes, Françoise solo impartía una clase de una hora a media mañana en la escuela de diseño Kunsthal de Irún, donde trabajaba. Después, tenía todo el fin de semana por delante. Se duchó con agua templada y gel de coco. El olor penetrante del fruto inundó el baño. Salió de la ducha, se dirigió a su habitación y se vistió. Desayunó después de mirar el teléfono y confirmar que no había mensajes. Su hijo Pierre le había mandado uno escueto la noche anterior. Lo volvió a leer.

—*Maman*, estoy pensando en volver. Tengo que mirar un billete. Igual la semana que viene. Te lo confirmaré cuando lo haya comprado. Besos.

Dos caritas sonrientes remataban aquel breve mensaje.

Con la diferencia horaria, había recibido el mensaje casi de madrugada, y le hizo sonreír y dormir de manera más profunda. Intentar controlar la vida de los hijos a esas edades ya tan maduras, era una cosa que solo se podía hacer como mera espectadora. Nada más. Pero a ella le gustaba tener a sus hijos cerca. Supuso que a toda madre le pasaría lo mismo.

Vicente, por su parte, se levantó y se quedó sentado en la esquina de la cama durante un par de minutos. Un pequeño mareo al cambiar de posición e incorporarse hizo que su cabeza le transmitiera esa sensación de vacío tan desagradable que a veces conlleva ese tipo de sustos. Desde su paso por el hospital le estaba pasando. Pero era verdad que cada vez menos y con menor intensidad.

Las nueve de la mañana, y el sol irradiaba una luz poco común para esas tempranas horas. Había una claridad especial. En la cocina, Françoise estaba terminando de contestar a su hijo cuando su marido entró. Se levantó y lo besó.

—Es Pierre —dijo señalando el aparato y volviéndose a sentar—. Mandó ayer un mensaje. No te lo dije porque ya te habías dormido.

—¿Qué dice?

—Me dice que igual vuelve la semana que viene. Está buscando un billete.

—Hummm, qué bien. Pero ¿dónde está?

—Dice que no se ha movido de Mérida durante todo el viaje. Que no ha hecho la turné que esperaba. Este hijo mío es imprevisible.

—Mejor. A ver si cuando vuelva encuentra trabajo —dijo con seriedad el subcomisario.

—Sí, tienes razón. No creas que no me preocupa —dijo la francesa—. Pero yo creo que no tendrá problema. Los años de experiencia allí, en París, en una empresa tan importante como aquella, le servirán de mucho. Estoy segura de que sí.

Vicente se sentó a la mesa de la cocina y se sirvió el café que acababa de preparar su mujer.

—¿Qué tal estás?

—Bastante mejor. Cada vez que cambio de posición ya no me mareo. Salvo ahora, por las mañanas, pero solo un poco.

—Fenómeno. Ese café te vendrá de perlas. Acabo de prepararlo. Le he echado cardamomo.

—Ya lo noto —dijo el policía aspirando el aroma.

La camiseta del policía dejaba entrever sus brazos, y la mujer notó que estaba cogiendo su peso habitual. Pensó que la gente que le previno de que necesitaría un tiempo bastante mayor del previsto para recuperarse tenía razón.

—Hoy es viernes. ¿Vienes a comer? Solo tengo la clase de las once, y a las doce y media me cojo el tren para venir para aquí. Ayer preparé pollo guisado a los cuarenta ajos.

—Con ese menú, no puedo faltar. ¿Pero no era asado?

—Bueno, es una versión que me enseñó el otro día tu hijo. Queda bastante

más jugoso. Y, como buen guiso, de un día para otro, mejora —respondió la mujer.

Vicente sonrió.

—Y eso que a los franceses tanto ajo no nos gusta.

—¿Seguro que vienes a comer?

—Las cosas han cambiado —dijo Vicente acercándose a ella y besándola en la mejilla—. Pararé para comer y, con un poco de suerte, no vuelvo a la comisaría hasta el lunes. Ahora tengo una reunión a las diez y media, pero creo que terminaré pronto.

A Françoise, aquellas palabras del subcomisario le resultaban extrañas pero, a la vez, muy agradables. Le devolvió el beso, pero en la mano. Se comió un trozo de tarta de limón que había sobrado de la que le había traído su hijo Alberto. Le ofreció un trozo a Vicente mientras miraba el reloj. La gelatina superior estaba un poco más seca, pero la jugosidad interior había permanecido intacta.

Volvió a besar a su marido.

—Nos vemos al mediodía.

Vicente la observó alejarse en silencio mientras apuraba su taza de café. Las dos bayas de cardamomo flotaban en la superficie de la taza, dándole ese aroma perfumado tan característico y acompasando la visión de su mujer mientras se alejaba. La figura de Françoise le pareció increíblemente atractiva. Pensó que, con los años, había madurado con estilo. Y pensó en recuperar, desde aquel momento, un poco más su compañía, y dejar de lado ese trabajo que tanto lo había absorbido. Al fin y al cabo, no era más que eso. Un currelo con el cual poder sobrevivir. Igual que el de millones de personas.

Se puso la cazadora despacio y cerró la puerta de la casa a los quince minutos de haber salido su mujer. Mientras caminaba, pensó que en menos de tres cuartos de hora estaría en la comisaría. El sol invitaba a pasear. La brisa de la mañana, también.

Al llegar al edificio de la comisaría, volvió a mirarlo de manera diferente. Le recordó al primer día que volvió a trabajar después del tiroteo. Le resultó un poco ajena. Pero solo fue antes de entrar. En el interior, sus más cercanos colaboradores lo estaban esperando. Y sentarse en su despacho y empezar a hablar con ellos fue trasladarse a una rutina que en el fondo amaba. Investigar un crimen.

Traían varias carpetas.

—¿Cómo os ha ido? —preguntó Vicente mientras se sentaban ante la mesa de su despacho. Jon Ander fue el primero en hablar.

—Bueno, yo he estado hablando con Manuela, pero no me ha dicho nada interesante. Su relación con el otro grupo de *catering* ha sido la parte más entretenida. Lo ha definido como competencia complicada, pero no me ha parecido nada sospechoso. Y menos que tengan algo que ver con el asunto de Asier. Es una mujer muy dura, por lo menos de aspecto, pero eso no significa nada. Se relacionaba con él por el asunto de las extras, pero nada más.

—Yo estuve hablando con la persona que limpiaba la casa de Asier —dijo Jaione—, y seguimos intentando averiguar quién fue el destinatario de la llamada que hizo. Al parecer, estuvo hablando de algo relacionado con el desván cerrado. En cuanto sepa algo os lo comunico. Podríamos llegar a situar a alguien en el desván por primera vez en lo que llevamos de caso.

—El problema gordo —interrumpió Vicente—, realmente, lo tenemos en que todos niegan haber estado en la casa de Asier. Y no tenemos nada que demuestre lo contrario.

—Bueno, ahora sí. No me habías dejado acabar. Los compañeros de la científica me han dicho que tienen una huella que no pertenece a él en el misterioso desván de Asier. Me lo han dicho hace una hora.

—Bien.

—Pero no sabemos a quién pertenece...

—Perfecto. Que la cotejen con todo su entorno. Por ahora no vamos a descartar a nadie. Tenemos poca cosa y hay que ir muy suave para que no se

nos pase nada por alto.

—Del asunto de la cartera de Maite Abasolo... ¿qué tenemos?

—Nada por ahora. El hecho de que él la tuviera encima no significa nada. Por ahora, es una casualidad.

—Yo, las casualidades, no me las creo. Por principio —añadió el subcomisario.

—Vamos a esperar a esa huella —dijo Jon Ander—. Igual nos sitúa a alguien en la casa.

—En la casa, no. En el desván cerrado con llave.

—Un desván con la misteriosa inscripción «Nación Nerecar», es decir, «reencarnación».

Los tres policías callaron unos instantes.

—Yo, aparte, he estado leyendo cosas sobre la reencarnación —intervino Jon Ander—. Y hay un montón de teorías. Pero una de las que más me ha llamado la atención es una que defiende que la parte más amable de la propia reencarnación es la de tratar de encontrar a la persona que ha muerto y se ha reencarnado en otra. Y esa teoría me ha hecho pensar en Asier.

Sus compañeros lo escuchaban con curiosidad, pero también con un toque de incredulidad. A pesar de ello, continuó.

—Sí. Tu muerte no es baldía. Es decir, tu muerte hace que otra persona adquiera tu alma e, incluso, en algunos casos, hasta tu aspecto y, sobre todo, y esto es clave, tu personalidad. Puede estar naciendo en el momento de tu muerte, pero no necesariamente. También se puede forjar su pensamiento y su manera de ser, incluso su físico, a medida que vaya creciendo, para llegar a parecerse a la persona que se ha reencarnado en él. Y me baso en la creencia más extendida de esta teoría, no la única, claro, la que dice que un hombre se reencarna en otra persona, no en un animal o una planta.

Jaione y Vicente lo miraron con interés.

—Pero ¿a dónde quieres llegar? —preguntó Vicente con escepticismo.

—Lo que cuentas no tiene mucho que ver con la ciencia.

—Lo sé, no os intento convencer de nada. Solo estoy intentando ponerme en la piel de una persona que piensa así. Y, de esa manera, tener la posibilidad de resolver un asesinato. —Jon Ander prosiguió con su razonamiento—: El famoso Txiki tenía un cuarto presidido por el sigilo de Baphomet, y la habitación estaba cerrada con llave. El lugar, a pesar del juego de palabras, tenía nombre, se llamaba «reencarnación». He descartado que el sigilo tenga nada que ver aquí. No creo que los rituales satánicos tengan relación alguna. Es una intuición. Por ahora, vamos a pensar así sin descartar otras teorías por completo. De hecho, ya sabemos que el libro escondido en el suelo es un tratado antiguo sobre la reencarnación y otras cosas, pero, en especial, sobre la reencarnación. En latín. Ha sido interesante saber cómo piensan las personas que creen en estos mecanismos. Lo ciñen a la propia naturaleza. Para ellos, no todo el mundo se reencarna. Solo lo hacen aquellas almas que han dejado algo importante por hacer. No deja de ser una teoría bonita. Leyendo estas cosas, he pensado que bien podríamos incluir a nuestro compañero Kai, muerto hace más de un año en ella. Él necesitaría volver en forma de otra persona para terminar de hacer algo o, simplemente, para hacer compañía a la gente que lo necesita. Es bonito. Me gustaría que eso sucediese con algunas personas más.

El silencio se hizo extraño en aquella pragmática sala de la policía. La que lidia con la realidad más dura y descarnada de las personas.

Jaione y Vicente lo miraron sin mediar palabra. Finalmente, la mujer intervino.

—Hace unos días no pensabas así.

—Ya.

—Todo eso ya lo sabemos, y la teoría esa de que el difunto tiene que volver porque ha dejado algo por terminar está muy manida. Cualquier peli barata de serie B te habla de ella. Esto no nos aclara nada —replicó le jefe.

Jaione suspiró sin saber qué responder. Al fin, dijo:

—Creo que es muy descabellado.

—Yo no creo que Asier matara a su hermano Miguel como llegamos a decir el otro día. Al contrario. Creo que estaba intentando averiguar en quién se había reencarnado. Y, desde ese desván, estaba poniendo todo su empeño en averiguar qué le pasó y, sobre todo, dónde se encontraba ahora.

—¿Y el asunto de la herencia de Miguel, que recaía sobre su hermano Asier? Te recuerdo que se compró la casa al poco de convertirse en heredero. Y los dos motivos que se llevan el noventa y nueve por ciento de los móviles de asesinato en todo el mundo son el dinero y los celos.

—Ya, pero era una herencia. No un seguro millonario.

—La herencia no era millonaria, pero sí cuantiosa —intervino el subcomisario—. El padre les había dejado dinero en vida.

—Sí, de acuerdo, pero yo pienso que él estaba intentando averiguar quién era la persona en la que se había reencarnado su hermano. ¿Si a vosotros se os muriera un familiar cercano no os gustaría saber en quién se había reencarnado?

En cuanto Jon Ander terminó de decir aquella frase, Vicente recordó a su padre, fallecido no hacía mucho tiempo, pero también le vino a la memoria, de forma casi automática, la muerte de un auténtico desconocido, pero, paradójicamente, alguien muy cercano a él. La del primer esposo de Françoise. Por unos instantes supuso que él era también la reencarnación del primer marido de su mujer. Que le estaba dando a la francesa el cariño que el difunto ya no podía ofrecerle.

Los ojos de Vicente se ausentaron del lugar. Su pensamiento, al sopesar aquella hipótesis, también. En décimas de segundo se le apelotonaron varias personas en la memoria. Vicente miró a su pasado, y este le regaló la imagen de su padre, Martín. También la de su compañero de trabajo, el *ertzaina* Kai. Ambos podrían estar por ahí reencarnados en otra persona. Pero él era el maestro del pragmatismo y no creía en esas cosas. Sin embargo, que él no creyese en la reencarnación no quería decir que otros no pudieran hacerlo. Ni que no fueran capaces de asesinar o fueran asesinados por algo así.

La voz de la oficial instructora le hizo volver.

—A mí sí me gustaría creer —interrumpió Jaione—. De verdad, me gustaría hacerlo, pero no puedo. La muerte forma parte del proceso natural, y creer que hay algo después de ella no son más que sueños y absurdas justificaciones, mecanismos de defensa que algunas personas generan para no pensar en algo tan inevitable y humano como la muerte.

—No digo que tú tengas que creer o no. Pero, con los datos que tengo en la mano, pienso que Txiki estaba intentando, desde el famoso desván de su casa, encontrar a su hermano muerto en el Bosque de Oma. Conocer por lo menos en quién se había reencarnado.

—Uf. No sé qué decirte —replicó el jefe—. Vamos a suponer que sea verdad. ¿Quién puede querer hacerte daño por intentar hacer eso? Y ¿por qué?

—Averiguar eso es tarea nuestra —replicó Jon Ander.

El silencio volvió a instalarse en aquel despacho durante un rato.

—Otra cosa —dijo Jaione—. Según el testimonio de Andoni, Manuela había quedado con Asier la mañana antes de que encontráramos su cadáver en el contenedor. Podría ser la última persona que vio con vida a Asier.

Los tres *ertzainas* se miraron entre sí.

—Yo, por mi parte, le voy a llevar a mi hijo fotos del entorno de Asier, a ver si es capaz de reconocer a la persona que recogió el libro de la reencarnación —argumentó el jefe—. Dijo que era una mujer y se identificó como su novia. Pero este último dato podría no ser verdad.

—Yo creo que la cosa está más cerca —dijo la mujer policía.

Jaione revolvió varias carpetas buscando algún dato.

—Asier Ruiz estaba siendo un estorbo para alguien por alguna cuestión que desconocemos. Las personas más cercanas a él se reducen a seis. —Jon Ander y Vicente la miraron con interés. El subcomisario pensó que el pragmatismo de Jaione era la parte que más le gustaba de su pequeño equipo de tres. Sabía sintetizar los resultados del trabajo y no se iba por las ramas—. Los entornos más cercanos a nuestra víctima parecen ser las dos empresas para las cuales

Txiki trabajaba. Y ahí tenemos, por una parte, a los dos hermanos: Andoni y Eduardo Armendáriz. En el otro extremo tenemos a la otra empresa de *catering*, con las dos mujeres al mando, Manuela Cortázar y Susana Sánchez. Y, por último, tenemos a su novia Irene Arrizabalaga y a la persona con la que comparte su piso, la tal Maite Abasolo.

—Y el padre de Asier está muy mayor y con alzhéimer y no sale de la residencia —añadió el subcomisario—. Y las personas que hemos entrevistado en la lista encontrada en su cartera no nos han aclarado nada. Todas eran gente muy joven que, en principio, no descartamos del todo por cautela, pero no creo que tengamos nada por ahí.

—La clave está en esas seis personas. Quién de ellas quería hacer daño a Asier y, sobre todo, por qué —concluyó Jaione.

—Hay más teorías. Tal vez alguien más de la lista podría estar implicado —replicó Jon Ander.

—He dicho que no lo descarto del todo. Repito, simplemente tenemos que centrarnos, por ahora, en estos seis, y si se van descartando buscaremos en los otros lugares ampliando la zona. Nada más. Pero recuerda que se quiere o se odia, casi siempre, lo más cercano. Lo que tienes más a mano.

—Estoy de acuerdo en centrarnos en estos por ahora —afirmó el jefe. Su compañero asintió con la cabeza. Pero apuntó:

—Te recuerdo que todos tienen coartada para el momento de la muerte. El asesinato ocurrió de día. En este sentido, es más fácil tener coartada que si vives solo y ocurre por la noche.

—Por cierto, el juez ha autorizado la liberación del cadáver de Asier Ruiz —dijo Vicente—. Así que se podrá disponer de él de inmediato. Lo aprobaron ayer. Irene se encargará de todo. Lo incinerarán esta tarde en el tanatorio. El forense tiene todos los datos y la toma de muestras para posibles nuevas pruebas está terminada. Me lo acaban de comunicar. Todo lo que el cadáver tenía lo ha dicho ya.

Irene respiró profundamente al final de aquel aséptico pasillo. Salió con la mirada fija en la urna que sostenía entre las manos. Era oscura y de pequeñas dimensiones. Su tacto era frío. En el exterior, seis personas se acercaron a ella y la abrazaron efusivamente, varias con lágrimas en los ojos. Después, se dirigió a los allí presentes con increíble serenidad:

—Gracias por haber venido. No era necesario, pero sé que también a Txiki le hubiera gustado que estuvierais aquí. Os esperamos en el embarcadero del puerto. Os prometo que será un instante.

El recorrido hasta allí lo hicieron en coche. El ambiente de nubes cerradas presagiaba una lluvia que, al final, no hizo acto de presencia. Cuando llegaron, el grupo había aumentado ostensiblemente. Casi veinte personas esperaban a la pequeña comitiva. Aparcaron los coches en una esquina del *parking* cercano.

Irene saludó a cada uno de los presentes y, en esta ocasión, rompió a llorar varias veces. Los abrazos de algunos fueron sostenidos. Todos avanzaron por el muelle hasta llegar al final del primer espigón.

Desde el malecón contrario, y a una distancia suficiente como para pasar desapercibido, el *ertzaina* Jon Ander Etxeberria sacaba fotos de la comitiva. Un potente teleobjetivo le permitía hacerlo. Todos descendieron las escaleras con ayuda del conductor de la pequeña barcaza que esperaba en el agua. La penúltima en subirse al pequeño barco fue Maite Abasolo. Justo antes había ayudado a subir a bordo a Irene Arrizabalaga. Le dio la mano mientras esta sostenía, con algo de dificultad, la urna con las cenizas de Asier Ruiz.

Todos se sentaron en las bancadas del centro. El conductor avisó a todo el

mundo de que había que tener cuidado con las manos, debido a la cercanía de la pared del embarcadero. El ruido del motor sonó ronco y acompasado. La barca que Irene había alquilado para la ocasión era la que en la época de verano hacía el recorrido a la isla de Santa Clara. Y, aunque estaban fuera de temporada, la embarcación ya estaba preparada.

La lancha enfiló la salida del antiguo puerto de pescadores, transformado en puerto deportivo desde hacía unos años.

La foto que en ese preciso instante sacó el policía fue completa. La miró con detenimiento en la pantallita de la cámara. Se podían apreciar con claridad todas y cada una de las caras de las personas que acompañaban a Irene en la pequeña ceremonia. Aparte de Irene y Maite, reconoció a simple vista a dos de ellas, a las cuales había entrevistado hacía unos días. Ambas integrantes de la lista aparecida en la cartera medio quemada de Asier.

El bote avanzó despacio por la dársena y atravesó la salida natural del muelle hacia la bahía de la Concha. El *ertzaina* los perdió de vista, lo que lo obligó a subir unos escalones y asomarse al malecón del lado del Aquarium.

El mar estaba en calma. La bahía se mostraba majestuosamente redonda. La escasa actividad era patente. Por un momento pareció que la barcaza navegaba casi en solitario hasta llegar a la salida de la bahía. Justo entre el monte Urgull y la isla de Santa Clara. Tardó muy pocos minutos en hacerlo.

El policía se apoyó con los dos brazos en el muro del malecón y sostuvo la cámara intentando no perderse detalle. Era más por mera curiosidad. La foto con todos los asistentes ya la tenía.

El bote se detuvo. Fue en ese momento cuando todos sintieron el mar meciendo la embarcación. Irene se acercó a la popa y, ayudada por Maite, se puso de pie.

—Gracias a todos por haber venido. De corazón os lo digo —añadió con la voz quebrada—. Txiki me dijo que si un día le pasaba algo le gustaría que sus cenizas reposasen en las aguas de la bahía de la Concha. Uno de sus sitios

preferidos. Txiki nació aquí, muy cerca del muelle. Sabéis que el puerto fue su lugar de juegos y que su vida siempre tuvo el aroma del salitre cerca.

Tragó saliva y continuó, pero esta vez pareció que con más calma. Maite fue la que cogió su relevo y se secó las lágrimas con la mano que no sujetaba la cazadora de su amiga. El balanceo rítmico de la embarcación parada era suave.

—Sé que los que estáis aquí apreciabais a Txiki. Gracias a todos por venir —añadió sujetando la urna para abrirla. Pero las siguientes palabras de Irene sorprendieron a casi todos:

—Sé que cuando vierta las cenizas en este mar que Txiki tanto amó, se producirá el momento de la aparición de su nueva vida. Y podéis estar seguros de que encontraré al nuevo Txiki. Y me volveré a enamorar de él. Igual tardo un tiempo, lo sé, pero podéis estar seguros de que lo haré.

Los presentes la miraron con cierto halo de conexión con ella. Irene abrió la urna y lanzó su contenido por la popa hasta vaciarla por completo de un polvo gris muy oscuro.

La mancha que dejó en la superficie se fue disipando mientras se alejaba. El conductor de la embarcación esperó unos minutos más hasta que vio que la mancha se perdía en la marea. Interrogó con los ojos a Maite. Esta, a su vez, lo hizo con Irene, que acababa de sentarse en uno de los bancos. Asintió con la mirada perdida en la superficie del mar.

La embarcación aceleró con suavidad de vuelta al muelle.

Jon Ander pensó que lo que acababan de hacer estaba prohibido pero no le dio importancia. Guardó la cámara en la bolsa que llevaba. Después dio la vuelta al muelle. Contempló, desde una distancia de más de cien metros, las despedidas de los asistentes, ya en el malecón de salida del muelle. Varios abrazos y besos de ánimo se juntaron en la despedida. Irene, que se quedó junto a Maite, llevaba la urna metida en un bolso grande que colgaba de su hombro.

—¿Has preparado lo del evento de mañana? Si no estás bien te disculparé.

Lo entenderán.

—No, prefiero ir. Me apetece despejarme.

Las dos mujeres avanzaron por la calle Urbieta en dirección al barrio de Amara. El *ertzaina* las perdió de vista cuando llegaron a la confluencia con la calle San Martín. Después las recuperó. Las seguía. No supo muy bien por qué lo estaba haciendo. Las dos mujeres se relacionaban con amigos, pero nada de lo que vio le pareció sospechoso. Se quedó detenido en un semáforo mientras observaba a distancia cómo hablaban.

—Nunca hubiera imaginado verme en una situación así —dijo Irene con una calma que llamaba la atención.

Maite solo la miraba. Caminaban por la acera a la altura del parque de Amara.

—Txiki pasó gran parte de los últimos meses intentando encontrar a su hermano Miguel. Ahora me toca a mí encontrarle a él.

—Te respeto porque eres mi amiga, pero ya sabes que no comparto nada de lo que dices. Encuentra a otra persona, claro que sí, y a lo mejor en ella reconoces lo que te gustaba de Txiki. Pero será otra persona, simplemente eso, no la reencarnación de nadie.

Irene se mantuvo callada.

—Nadie puede demostrar que eso de la reencarnación existe —agregó Maite.

Irene subió la bolsa que llevaba en bandolera. Pareció que la abrazaba. Las dos mujeres se miraron a la cara con mucha seriedad.

—Demuéstrame tú que no existe —remató Irene.

Andoni Armendáriz se despertó en su casa. Era viernes. El día del ensayo general. Desayunó de prisa después de ducharse, y no tardó más de quince minutos en salir de casa. Había dormido mal, a trompicones, y, en vez de haber descansado, tenía la sensación de haber estado corriendo un maratón. Su cabeza no le dejaba tener en mente nada que no fuera el bolo del día siguiente. El coche lo llevó a la sede de Avocado casi sin darse cuenta.

Después de pasar más de dos horas ordenando cosas en la sede de su empresa, cargó un par de bultos más en una de las furgonetas. Eduardo terminó de colgar tres chaquetillas limpias en uno de los arneses de la parte posterior del vehículo. Una pequeña bolsa con ropa completaba su equipaje.

El sol lució durante el viaje, y apenas hablaron entre ellos. Las curvas sinuosas de acceso a la cala de Lemóniz parecieron querer demorar la llegada del vehículo a la central. Andoni disminuyó la velocidad hasta detenerse por completo. Esperaron a que el vigilante abriera la valla de acceso al recinto. Lo saludaron cordialmente. Su amistad, después de tantas idas y venidas, se había consolidado.

—Aúpa. Qué. Mañana ya, ¿eh? Está todo precioso. Y el tiempo es increíble, qué suerte han tenido. Acabo de oír el parte meteorológico y para mañana anuncian un par de grados más de los que estaban previstos —dijo el vigilante a los ocupantes de la furgoneta—. Parece un conjuro.

—Sí. Parece que sí. Te dejamos, que tenemos que hacer mil cosas —respondió Eduardo desde la ventanilla del copiloto.

El vehículo avanzó hasta las instalaciones. Todo parecía en calma. La actividad para terminar ciertos detalles marchaba casi en silencio. Varios

operarios remataban los últimos detalles del conjunto.

Las horas del día transcurrieron veloces mientras ultimaban los preparativos. El sol desapareció tras el muro de hormigón que protegía del mar la central. A las siete y media de la tarde comenzó el ensayo general.

Las luces de acceso desde el *parking* de los autobuses hasta la zona del evento se iluminaron como velas artificiales. Tintineaban como las de verdad. Algunas farolas daban luz de manera indirecta para facilitar la entrada. A un lado, y discretamente instalados, pero perfectamente visibles, dos camiones con doce servicios de aseo, con el logotipo de la película en tonos rojos y espirales en ambos laterales, daban el aspecto de ser el atrezzo del rodaje de la película.

Con la llegada del crepúsculo, la luz artificial hizo su poderosa aparición. Cuatro gigantescos focos iluminaron los dos reactores de la central desde tres puntos distintos. Los grupos electrógenos no se oían. La luz pareció resaltar los dos enormes edificios. Los filtros de los enormes focos cambiaban periódicamente. Del rojo al blanco, con algún tono amarillento dorado entre ambos. Todo de manera tan sutil que apenas se notaba la transformación. La claridad que reflejaban daba un aspecto poderoso al lugar.

Andoni sintió que el sitio lo estaba absorbiendo. Lo había hecho desde que comenzó aquella historia. Eduardo, vestido de cocinero, dejó los fogones y se unió a su hermano al ver encenderse la central. El hormigón de los reactores cambiaba de color lentamente, como un camaleón. Era impresionante.

El teléfono de Andoni vibró en el bolsillo de su cazadora, pero no se dio cuenta.

Casi todos los allí presentes dejaron sus quehaceres durante unos minutos para deleitarse con el sencillo y simbólico acto.

—Esto es la hostia —dijo Eduardo secándose las manos con el trapo que llevaba ceñido a la cintura. Su hermano no respondió.

Desde alrededor de la zona central también se acercaron varias camareras, ya vestidas para la ocasión. Los trajes eran de una elegancia digna del mejor

vestuario. Algún cocinero más se unió al momento en el que la central cogía vida virtual. Los haces de luz de los proyectores atravesaban la distancia aportando fuerza. Desde una de las carpas comenzaron a emitir la película *Vértigo* sin sonido. Solo las imágenes. Andoni conminó a todos a que se dirigieran hacia sus puestos.

La música misteriosa de partes de la película inundó el espacio a través de gigantescos altavoces. Resonó por todo el lugar. Después probaron distintos ritmos y melodías para las diferentes fases del evento.

Las luces complementarias y diversos contraluces iluminaron el escenario de la misión San Juan Bautista. La torre pareció más alta al estar iluminada a la contra. Desde lo alto, Carlos Salvador terminaba de apretar una zona del mismo borde de la balconada superior.

—Dile a este que baje —murmuró Eduardo.

Andoni agarró el pinganillo. Carlos respondió casi al instante.

—Bájate de ahí, no vayamos a tener una segunda parte de la película.

Se vio a Carlos bajando por las escaleras laterales de acceso al campanario. En unos segundos, se unió a la zona central.

—Desde arriba era impresionante —dijo con entusiasmo—. Esto parece un set de rodaje. Lo hemos conseguido.

—Me lo imagino, pero no quiero ver a nadie por aquella zona. Habrá alguien de seguridad expresamente para evitar eso.

El teléfono de Andoni volvió a vibrar. Tampoco se dio cuenta.

El Jaguar verde estaba aparcado justo en uno de los lados. Uno de los focos pequeños de la misión lo enfocaba, iluminándolo lateralmente, dando sombras y contraluces al vehículo. Los cromados lucían reflejando el haz de luz.

—Es una virguería el coche. He estado viéndolo antes por dentro. Increíble. Antes se hacían los coches de otra manera. ¡Qué tapicería!

Carlos sonrió complacido.

La central de la calle Lombard daba luz y claridad al escenario. Sus cientos de flores escalonadas hacían un pasillo en zigzag que bajaba por la ladera y

acentuaban aquella sensación.

El holograma del bosque de secuoyas estaba muy conseguido. A un lado, y ejerciendo de pasillo de acceso, dos enormes figuras de troncos cortados jalonaban la entrada por ambos lados.

La representación de la misión Dolores, donde se celebraría la ceremonia, estaba acabada y tenía el encanto de algo muy entrañable.

La central del Golden Gate era una proyección sobre una gigantesca lona. Una filmación real del puente durante cinco minutos, con algún barco pasando bajo su estructura, se repetía en un bucle sin fin.

Eduardo, Carlos y Andoni probaron toda la comida.

—El *txangurro* te ha quedado exquisito.

—Como buen guiso, mejora con el tiempo. Lo hicimos ayer y mañana estará aún mejor.

—El pan de esta sopa de almejas está un poco duro —dijo Andoni nada más llegar a la central del puente después de probar un poco.

—Es pan de ayer —intervino Eduardo—. Mañana llegarán a las doce del mediodía con el pan recién hecho. Habrá que vaciarlos enseguida y dejarlos preparados. Además, no me preocupa ese pan. Luego va embebido en la sopa. Y la sopa está muy lograda.

—Eso es verdad —dijo Andoni probando la sopa de nuevo. Su aroma a marisco contenido era muy sutil. Andoni pensó, sin dejar de probarla una y otra vez, que parecía una versión líquida y potente de ese arroz con almejas tan de la tierra.

Carlos y Eduardo lo miraron complacidos. En otra de las centrales probaron parte de los dulces.

—Ha sido muy buena idea lo de las magdalenas de casia.

—Hombre, claro, la protagonista de la película era ¡Madeleine! Me lo han servido en bandeja. Pero seguro que algún gilipollas las llama *muffins*.

Los tres rieron al unísono.

El teléfono de Andoni vibró por tercera vez. Después calló.

Probaron los mariscos recién llegados. Los puestos de ostras abiertas al momento estaban ya instalados. Las planchas para los bogavantes, también.

—Tendríamos que probar los solomillos —dijo Carlos medio en broma al ver parte de los frigoríficos con la carne preparada.

—Es ensayo general para que todo esté en su sitio. No se trata de vaciar de producto las cámaras —respondió Eduardo con cierta euforia.

—Las extras llegarán mañana a las doce. Quiero a los de peluquería...

—A las once, sí. He hablado con ellos hace una hora —cortó Carlos—. Los camerinos han quedado muy prácticos. He metido unas luces más y tienen una claridad muy cómoda para trabajar.

—¿Qué falta?

—Poca cosa.

—¿Cuántos de seguridad se quedan esta noche?

—Seis.

—Bien. Carlos, di a todos que se larguen. Que apaguen todo y se vayan a sus casas. Mañana sábado los quiero bien atentos.

Eduardo y Carlos recogieron parte de sus enseres. Las luces se apagaron y solo se mantenían encendidas las de trabajo.

Después, la oscuridad volvió a la central. Solo se veían un par de luces en la mitad de las carpas y los haces de las linternas de los empleados de seguridad que pasarían allí la noche.

Volviendo al coche, Andoni metió la mano en el bolsillo y rescató su móvil del interior. La pantalla se iluminó. Tres llamadas perdidas. Se paró en seco al ver el origen de las llamadas. No le gustó. El psicólogo que controlaba el departamento de recursos humanos de su empresa había insistido en hablar con él. No sabía por qué, pero se lo imaginaba. Llamó con recelo, aunque pensó que sería para decirle que tenía en su mano el famoso permiso para grandes eventos. En mitad del pasillo de vuelta al coche logró la conexión. Las luces tintineantes del pasillo se habían apagado.

—Sí.

—Hola, Andoni. Te he llamado varias veces.

—Lo sé, lo sé. Perdona. Tenía el móvil en silencio. Estaba absorto con el montaje. ¿Has hablado con ella?

—A ver. Me ha pasado una cosa muy rara. He llamado al número de la tarjeta que te dejó la tal Miren Atutxa. Dijimos que si no llamaba ella lo haríamos nosotros.

—Sí. Eso es. Así quedamos.

—Bueno, pues que nadie sabe quién es la tal Miren Atutxa.

—¿Perdona?

—Sí, como lo estás oyendo. He llamado al teléfono de la sede del Gobierno vasco y me han pasado con la sección de eventos y espectáculos y esas gaitas. El número que ponía en la tarjeta, vamos.

—¿Y?

—Nadie sabe quién es la tal Miren Atutxa. Allí no trabaja nadie con ese nombre.

El corazón de Andoni se aceleró casi instantáneamente.

—Me ha atendido un tío con una voz muy agradable y supersimpático. Me ha dicho que llevaba en el puesto de funcionario, en esa sección en concreto, más de diez años y que no tienen una inspectora con ese nombre. Que nunca la han tenido.

—Pero... —balbuceó el jefe.

—Y, además, se la he descrito como tú me dijiste y tampoco coincide con nadie. Incluso ha mirado a ver si en vez de Miren fuese María o algo parecido y tampoco.

—Joder. Hostia. No puede ser.

—Además, he llamado por mi cuenta a otras delegaciones en Álava y Guipúzcoa y me han dicho lo mismo. No tienen a nadie con ese nombre trabajando para ellos.

La comunicación pareció haberse cortado.

—¿Andoni? ¿Sigues ahí?

El jefe de Avocado se estaba mordiendo el labio ajeno a los requerimientos de su jefe de recursos humanos. Pensó que se lo podía llegar a hacer sangrar.

—Sí.

—¿Qué hago?

—Nada.

—Pero ¿el asunto del permiso?

—Nada. No hagas nada.

Al ver a su hermano tan callado, Eduardo se acercó y le preguntó con los ojos. Este lo rechazó con la mano dándose la vuelta.

—Me han dicho que hasta el lunes nadie contestará en las líneas. La persona con la que he hablado me lo ha asegurado. Y el teléfono del Gobierno vasco era de verdad. He hablado con ellos. Es así. Lo he cotejado aparte desde su web. Con los que he hablado son de verdad funcionarios del Gobierno vasco.

—Déjalo —dijo Andoni—. No hagas nada —repitió obsesivamente—. Ya hablaremos el lunes en la oficina.

Andoni cortó la llamada y se quedó pensativo delante de la verja de la central. Al fondo apenas se podían distinguir las carpas blancas y el campanario de la misión.

—Pero, pero... ¡qué hijas de puta! —dijo entre dientes—. ¡Pero qué hijas de la grandísima puta! —volvió a murmurar mordiéndose los labios con tanta fuerza que pareció que los pudiera partir—. Esta se la guardo —añadió—. Hostia que si se la guardo. Por mis muertos que no se van a olvidar de este día.

Eduardo se interesó por su hermano de nuevo. Este le contestó con una sonrisa muy poco acorde con sus pensamientos.

—Nada. Tenemos el permiso. Bueno, en realidad no tenemos nada —dijo Andoni haciendo una mueca extraña—. La tal Miren Atutxa no existe. Nos la han metido bien metida —repitió varias veces acordándose del sobre que la mujer se había llevado de la manera más tonta que hubiera podido imaginar.

Eduardo lo miró incrédulo. Andoni abrió de nuevo el teléfono y buscó en la agenda el número de su exsocio y exmujer, Susana Sánchez. A pesar de estar guardados por orden alfabético, apareció junto al número de Manuela. Ambos los había almacenado con el nombre de Delicius. Se mantuvo con el dedo muy cercano a la tecla de llamada, pero no se atrevió a pulsarla. El nombre de Susana atenazaba su mente y sus manos. El olor a salitre era penetrante.

La casa de Susana Sánchez se hallaba en un silencio absoluto. Pedro Armendáriz estaba pensativo delante de su ordenador. Las luces de la mañana se colaban por las rendijas de la persiana. Se recostó en la silla de su habitación con el pensamiento muy revuelto. La pantalla del móvil se iluminó de nuevo y volvió a leer el breve mensaje en el que su madre le avisaba de que no iría a dormir aquella noche. Ayer le pareció muy extraño, pero hoy aquella sensación había cambiado.

Era demasiado conciso y no especificaba dónde iba a pasarla. Había utilizado casi los mismos términos que él mismo usaba cuando, por alguna razón, se quedaba fuera de casa a dormir. Resumir el hecho a muy pocas palabras y remarcarlo con un «nos vemos mañana». A veces, hasta con alguna carita sonriente. Los emoticonos eran un arma muy eficaz. Lo sabía. Nadie podía enfadarse cuando alguien le dedicaba una carita guiñándole un ojo al mismo tiempo que de sus labios salía un pequeño corazoncito rojo.

Revolvió el Nesquik varias veces y mojó una galleta de jengibre en la taza. Apartó el tazón de la mesa y siguió escribiendo. La pantalla del ordenador mitigó sus pensamientos.

Las llaves de la puerta principal sonaron y el joven dejó de escribir. Fue a levantarse, pero enseguida rectificó y no se movió de su habitación. Escuchó el interruptor de la luz de la habitación de su madre. Parte de la claridad se coló por la parte baja de la puerta. Pasaron varios minutos. Pedro permaneció inmóvil. El ruido de tráfico del sábado era escaso en la calle. Esto hacía que el joven intuyera cada uno de los ruidos de su madre por la casa. Una

radiografía sonora y pormenorizada de los movimientos de su madre por su habitación que lo hizo distraerse por completo.

La imaginación de Pedro se desbordó. Su madre pasaba noches fuera de casa. Y sabía con quién lo hacía a pesar de que ella hubiera evitado decírselo. Aunque aquella mañana estaba pensando que igual el asunto de su madre no era tan grave como había imaginado. Sin embargo, la relación con sus padres volvió a inundar su mente. Y, para ser más exactos, las causas del divorcio de sus padres. Las broncas violentas entre ellos era algo que todavía recordaba con claridad diáfana, y sobre todo...

Su madre llamó a la puerta con los nudillos de una manera tan sutil que el joven dudó que alguien hubiera golpeado la puerta. Decidió no responder a tan delicada llamada. No sabía cómo iba a ser la conversación con su madre. Ni qué le iba a decir. Y, sobre todo, no le apetecía hacerlo. Pero la situación no tenía vuelta de hoja. Los nudillos volvieron a golpear la puerta, pero esta vez con más fuerza.

—Sí —respondió alargando la afirmación.

La puerta se abrió. Susana llevaba ropa nueva y el abrigo puesto.

—Me voy a trabajar —dijo la mujer con la mejor de sus sonrisas.

Se acercó y besó a su hijo en la mejilla.

—Te ha sentado bien la noche fuera —dijo de manera tan correcta y medida que la mujer se sintió descolocada. Su tono había sido amable y carente de ironía. Pero no se atrevió a ahondar en detalles.

—Me voy deprisa. Tenemos hoy dos eventos. Son pequeños. Un bautizo al mediodía y, a la noche, unas bodas de plata. Pero tengo que echar una mano. No volveré hasta la noche.

Pedro afirmó con la cabeza. Al ver a su hijo tan pensativo, la mujer le preguntó.

—¿Estás bien?

—Sí, intentando terminar un trabajo para la universidad —dijo señalando el ordenador—. A ver si hoy mismo lo acabo y puedo estar más tranquilo el

domingo.

Su madre le regaló otra sonrisa. Después levantó el teléfono móvil con una mano para mostrárselo.

—Si necesitas algo, ya sabes dónde estoy —dijo agitándolo en el aire.

El joven afirmó con la cabeza mientras su madre salía de su habitación echándole un beso al aire. Pedro sonrió un poco. Se oyó cómo la puerta de la calle se cerraba de un portazo controlado.

Pedro se quedó delante del ordenador y pensó que su madre estaba cambiando en apenas unos días. La cara risueña de hacía unos instantes denotaba tranquilidad y una pizca de felicidad. Algo que desde el divorcio no era fácil ver en ella. Pero él todavía no sabía si admitir que su madre hubiese optado por algo tan complicado como una relación con la jefa de su propia empresa. Le estaba costando mucho asimilarlo. También recordó la conversación con Manuela y le incomodó. No había cumplido su amenaza y no había hablado de ello con su padre. La imagen de su madre implicada en el asunto fue bastante más poderosa. Muy pensativo, agachó la cabeza. El recuerdo de ella se le quedó enganchado durante un buen rato. Pensó que había hecho bien en no decirle nada a su padre del asunto entre las dos. Su madre no se merecía una cosa así. Menos aún sin contar con su aprobación.

Cuando Susana salió del portal, arrastraba consigo un sentimiento de culpa por no haber pasado la noche en su casa estando su hijo en ella. Pero se sintió aún más culpable por haber pasado por alto echarle en cara la terrible conversación que él, su propio hijo, había tenido con Manuela.

«Igual mañana domingo lo hago», pensó sabiendo que, a nada que lo sopesase un poco, lo dejaría pasar. La mirada de esta mañana de su hijo le había parecido distinta. Él era lo máspreciado que tenía, y no habría soportado perderlo en el mismo lote que su marido.

—No sé qué responderte a eso —dijo María.

—Solo que lo pensarás. Solo te pido que lo hagas —dijo Pierre.

La mujer bajó la mirada.

—Eso lo llevo haciendo desde que llegaste aquí como un torbellino. Desde entonces has alterado mi vida. Lo has puesto todo patas arriba. Vivía muy tranquila hasta que llegaste tú. Me has descolocado por completo.

La mujer le cogió la mano izquierda con las suyas.

—No me apetece nada que te vayas —dijo María—. Por ahora, es lo único que tengo claro. Poco más puedo añadir a eso. Desde que llegaste todo ha ido tan rápido que necesito parar un poco a pensar.

Pierre se mesó pensativo la barba con la mano que tenía suelta. Un gesto muy suyo. Denotaba tranquilidad reflexiva.

—Tengo que volver. Ya te lo he contado —respondió con cierta languidez.

María lo miró muy de cerca. Sus palabras fueron tan suaves y tan intercaladas que dudó mucho dónde debía situar las interrogaciones:

—Y ¿para qué tienes que marcharte ya? —respondió María—. Para decirle a tu madre... ¿qué? Que actuó como debería haberlo hecho. Protegiéndote por encima de cualquier otra cosa. E intentar hacerlo de la manera más segura y que no corrieses ningún riesgo más. ¿Para qué quieres volver? ¿Para decirle eso? Que estás orgulloso de ella y que si actuó marchándose de esa manera fue solo por protegerte. Descuida. Todo eso ya lo sabe.

Pierre escuchaba sin decir palabra. El discurso que ofrecía la mujer denotaba una lógica sólida. También un temor denso a la posibilidad de que fuera un viaje sin retorno.

—Eso ya lo sabe. Puedes estar seguro —insistió María.

La mano de la mujer acarició la barba cortita de Pierre. La tarde se había instalado junto a ellos en un banco del parque cercano al paseo de Montejo. Hablaban con el mismo relax y la misma sinceridad que dos amantes en los primeros momentos de su relación.

—Y entonces ¿qué me dices de acompañarme y venirte a vivir conmigo a San Sebastián?

María pensó que sus palabras tenían poco de pregunta y mucho de solicitud imposible. De ruego de contestación sabida de antemano. Una quimera. Por lo menos, en ese momento.

—No puedo hacer lo que me dices. Eso ya lo hablamos ayer.

—¿Por qué no? Solo es cuestión de intentarlo.

—Mi madre es muy mayor y no puedo dejarla sola. Y Pancho, aquí, ya va a la escuela. No puedo cambiarlo de sitio. Él ha nacido aquí.

—Yo también —dijo Pierre en un tono divertido.

—Ya, tienes razón, pero mi vida está aquí. Y mi trabajo. Y, sobre todo, mi madre, que está muy mayor. Soy la única familia que tiene.

—Pues tráetela a ella también.

María sonrió levemente y jugó con un mechón de su melena. Había soltado la mano de Pierre.

—Eso no puede ser. Algunas personas pertenecen sin equívoco a una tierra. Mi madre es un claro ejemplo. Ha vivido aquí toda su vida, en la casa. Recuerdo que lo pasó mal aquel año que estuvimos fuera por las obras. Y eso que no nos fuimos muy lejos. Cuando volvió a la casa, recuperó los años de buen aspecto que había perdido mientras duraron las obras.

Pierre miró su pelo juguetón y no supo qué responder. María dejó que enredara los dedos entre su pelo como si estuviera jugando con su piel.

—Pero la gente no pertenece a los lugares. Son los sitios los que pertenecen a las personas. Hay algunas que piensan que solo pueden vivir en un lugar determinado cuando eso no es verdad. Cualquier lugar de la tierra

pertenece a todos. Yo eso lo aprendí hace muchos años. Prácticamente desde que nací.

María recostó su cabeza en él y dejó que su amante le regalara a sus oídos minutos de imposibles, quimeras y sueños.

—Yo nací aquí, en México. Después Francia me acogió, y donde mejor me encuentro en este momento es en San Sebastián. ¿Qué será lo siguiente? No lo sé.

María lo miraba con atención.

—La tierra no tiene dueño. Solo somos propietarios de nuestra voluntad, de que una tierra la hagamos nuestra. Y que la queramos. Yo no amo ninguna en concreto. Me la trae al paio. Hoy quiero vivir en San Sebastián, pero me temo que no seré fiel a esa ciudad. Casi seguro. No lo sé. Soy un apátrida convencido. —Dejó de hablar. Luego, añadió—: Las patrias no sirven más que para generar guerras y destrucción.

Aquella última frase hizo que la mujer levantara la cabeza. Lo miró con respeto, pero no dijo una sola palabra. Su mirada era suficiente para interrogarlo.

—Ninguna tierra es mejor que otra. Yo solo amo a las personas. La tierra no lo merece. No es más que polvo.

María lo besó en los labios de una manera tan sutil que fue como si rubricara sus palabras.

—Lo de mi hijo sí lo estoy considerando. Pero lo que me estás proponiendo es una aventura. Tú no tienes trabajo allí en San Sebastián. Yo tendría que dejar aquí el mío de enfermera. Lo de mi madre es también una cosa que no tengo clara.

Pero el discurso de Pierre no cambió.

—Tengo algo de dinero para empezar.

—Lo sé. Pero tú mismo me has dicho que no es tanto.

—Sacaremos algo, aunque sea de debajo de las piedras —insistió Pierre.

—Pero lo de mi madre me sujeta aquí. No puedo abandonarla. Ella fue la

que me apoyó cuando me quedé sin el padre de Pancho. Se lo debo por haberse quedado a mi lado en un momento muy malo. El peor de mi vida. Sin contar que la quiero con locura.

Pierre pensó en la situación que la mujer le estaba contando y le pareció increíblemente parecida a la suya. Una mujer abandonada con un hijo pequeño. Igual que lo que tuvo que pasar su madre después de que Claude muriese en aquel accidente provocado. Pierre calló y no supo qué responder. La tierra de sus pensamientos se hizo yerma ante la posibilidad de que María abandonase a su madre. Su cabeza lo envió de vuelta a la casilla de salida de aquel país donde en aquel momento se encontraba. Él, con apenas cuatro años, de la mano de Françoise intentando poner un océano por medio.

Bajó la cabeza en silencio.

Pensó que no tenía derecho a pedirle eso. Pero su corazón le estaba reclamando lo contrario.

—Y, además, ¿quién te ha dicho que lo nuestro no es una locura pasajera? Has llegado a mi vida hace muy poco, como un huracán —dijo María—. Me has revuelto por dentro y por fuera. No dejo de pensar en ti ni cuando duermo. Yo vivía muy tranquila hasta que llegaste —agregó ella con todo el cariño mientras besaba su barba.

Pierre no habló, pero durante unos segundos lo dijo todo con los ojos. Después lo rubricó con palabras:

—A mí me está pasando lo mismo. Desde que he llegado a tu ciudad tengo la vida patas arriba. La muerte y el amor me han encontrado al mismo tiempo. Pero algunas cosas sí tengo claras. Y te diré cuál sí tengo muy definida en mi cabeza. Me seduce el desasosiego de la vida, la tranquilidad se parece demasiado a la muerte.

María besó su mejilla instintivamente.

—Ha ido todo tan rápido. Nadie sabe lo que durará lo nuestro —insistió María agarrándolo de la mano.

—En efecto. Eso nadie lo sabe. Solo el tiempo lo conoce y no podemos

preguntárselo. Es por naturaleza juguetón. Seguro que nos mentiría.

Central Nuclear de Lemóniz, 18 °C. Sobremesa del sábado, 16.00 h.

—Ese último rizo te ha quedado niquelado.

El peluquero jefe se dio la vuelta y le guiñó un ojo a Carlos. La mujer se levantó y se miró en todos los espejos del camerino. Su sonrisa era sincera. Se recreó en su figura sintiéndose protagonista de la película. Abandonó la estancia bajo la atenta mirada de ambos. Dio la impresión de estar en una pasarela. Sabía que la estaban mirando.

—Tened cuidado con el vestido —dijo Carlos en voz alta—. No quiero manchas.

La camarera se alejó afirmando con la cabeza a la vez que mantenía la expresión risueña. El vestido le sentaba increíblemente bien. Los guantes hasta el codo le daban un aspecto de puro glamur. El fular se movía, vaporoso, anudado a su cuello.

—Buf. Creo que no habíamos peinado a tanta gente en tan poco tiempo en mi vida. Y jamás lo había hecho con el mismo peinado. Estoy de hacer el rizo ese hasta más arriba del moño... —añadió el peluquero haciendo un aspaviento con la mano.

Carlos rio con cierto nervosismo eufórico.

—Les he repetido a todas que si tienen algún problema con el peinado vuelvan pitando.

—Lo sé. Estaremos preparados. Revisión en cinco segundos, a sus órdenes.

Los tres peluqueros sonrieron al tiempo que el jefe empezaba a ordenar el caos que el paso de docenas de camareras había originado en su camerino en

las últimas horas. Sus ayudantes se afanaron en ayudarlo.

—Pero no creo que pase. Esa laca que hemos utilizado es muy resistente y, sobre todo, muy estable.

Carlos se alejó del lugar con aire de haber conseguido que el evento de la central fuera un éxito. De nuevo, la sensación de haber creado un mundo diferente lo invadió y le hizo sentir dueño del sueño y la obsesión en la que se había convertido el bolo de Lemóniz.

Miró toda la obra desde el centro del escenario. Varias luces estaban conectadas en el interior de las carpas. Todo estaba en su sitio. La última reunión sería a las cinco. Una hora antes de que empezaran a llegar los invitados. A pesar de no ser la hora, los trabajadores se estaban empezando a reunir en el punto de encuentro: la central de la calle Lombard. Aquel espacio era el más diáfano de todos los que había diseñado para el evento. Las flores escalonadas daban un ambiente y un olor muy especial. Vio a Andoni dirigirse hacia allí. Su hermano Eduardo se acercó también. Carlos avanzó hasta aquella zona. Las camareras uniformadas, los cocineros y varios metros rodearon a Andoni. Este comenzó a hablar.

—Gracias a todos por haber venido. —Su tono de voz era eufórico, pero levemente contenido. Parecido a cuando un entrenador de baloncesto pide tiempo muerto para dar ánimos a sus jugadores sabiéndose en posesión de la victoria. Para recrearse en su poder. Hizo gestos para que se acercaran un poco más—. Vamos a hacer un bolo que nadie olvidará. Quiero que todos estéis atentos a todo lo que pase. Estáis divididos por carpas —agregó señalando los distintos espacios—. Os necesito con los siete sentidos. Los cinco de siempre y dos más que deberéis sacar de donde queráis.

Varios de los nuevos sonrieron. Los habituales de la casa ya se sabían el chiste.

—¿Qué es lo más importante...?

Todas las camareras se miraron entre sí y tímidamente empezaron a comentar en voz baja la respuesta, de sobras conocida.

—Eso es. Sonreír. Siempre sonriendo. Esa es clave. La gente viene a pasárselo bien, y siempre que os dirigáis a ellos tiene que ser con una sonrisa. De las buenas, de un extremo a otro. Bien grande, pero ojo, que no resulte forzada. No hay nada más desagradable. Tiene que ser sincera. Estad seguros de que se nota cuando es falsa. No quiero ver a nadie con cara de cartón. Siempre con sonrisa. Pero de la de verdad. ¿Entendido?

Todas las camareras respondieron al unísono.

—Y muy atentas a todos los detalles. Que a ningún invitado le falte bebida. En cada central tenéis todo en frío y, si algo falta, lo que sea, lo pedís a vuestro jefe de central. Como siempre. Las que sois asiduas de Avocado ya lo sabéis. No es ninguna novedad.

Los jefes de central levantaron el brazo. El nerviosismo se estaba adueñando de los presentes y, al mismo tiempo, el ambiente era de una euforia comedia.

—Siempre al lado de vuestros compañeros por si algo pasa. No lo olvidéis. Somos una familia —añadió en tono paternalista—. Somos un equipo, y el triunfo de esta noche depende de todos los jugadores. ¡Todos sin excepción! —gritó—. No dudéis en avisar si veis algo raro. Y no os distraigáis con los detalles del evento. Tenéis ahora tiempo para verlo y sacaros fotos. Después, quiero que apaguéis todos los teléfonos móviles. Apagados, por favor. No en silencio o en modo vibración, no. Apagados. No quiero ver a nadie mirándolos, ¿queda claro? A nadie.

Todos los asistentes asintieron.

—En la parte trasera de la carpa del Golden Gate —dijo señalando en aquella dirección— tenéis agua, refrescos y bocadillos. Pero, por favor, no salgáis con migas después. Y, menos aún, masticando. Ojo a los chicles. No quiero ver a nadie ejercitando la mandíbula. Cuidad la indumentaria como si fuera vuestra.

Alguna camarera sonrió mirándose el increíble vestido que llevaba puesto.

—Cualquier incidente con el vestuario o con el peinado, id rápido a la

central donde os han maquillado. Cuidado con el fular, que no se os enganche con las bandejas. Y tenéis guantes de repuesto por si os mancháis. Cuando todo acabe, tenéis que dejar los vestidos en la percha de donde los habéis cogido.

»Los autobuses estarán preparados para llevaros de vuelta a casa a las cuatro de la madrugada. Después habrá un retén hasta las seis. No os olvidéis de quién va a qué hora. Tenéis números que os hemos dado a la entrada. No os confundáis.

Las palabras de Andoni ante aquella impresionante cantidad de extras eran las que siempre decía antes de eventos de estas dimensiones. Pero nunca habían asistido a uno de semejante tamaño.

—¿Alguna pregunta?

Nadie respondió.

—Todo el mundo tiene asignado una central. Sonreír y ayudar. Concentrados y sabiendo lo que se hace. Mucha suerte. Esta noche va a ser inolvidable. Quiero que deis lo mejor de vosotros. Tenéis media hora para sacaros fotos —repitió—. ¡Después os quiero muy muy concentrados!

Andoni puso la mano en el centro y todos se apresuraron a juntar las suyas y apretarlas con la de él al grito de «¡Avocado!». Solo los de las primeras filas lo consiguieron. Los demás juntaron las manos en el aire. Pura euforia.

El grupo se disolvió. Muchos fueron a sacarse fotos al lado de los reactores de la central. Varias mujeres, delante del Jaguar verde. Otros, a un lado de la misión. Muchos, a la par de las hortensias de la calle Lombard. Un buen puñado, delante del holograma de las secuoyas. La mayoría se hacían fotos entre ellos y abrazados, en un ambiente de excitación total.

Al cabo de media hora, todos estaban en sus puestos. Los curiosos, a casi un kilómetro de distancia, asomaban sus cabezas ante las rejas que daban acceso a aquella maravillosa cala. Años de historias se escondían en sus muros, y ellos estaban perplejos por aquella intensa actividad.

Andoni paseó nervioso por todas las cocinas. Cató el marisco a la plancha.

Gamba roja de Huelva y nécoras preparadas para cocerse al momento. Probó los hongos a la plancha.

—¿No habría que ir cociendo esto para que no nos pille el toro? —preguntó el jefe.

—Tengo tiempo, tranquilo —respondió Eduardo mirando el reloj—. Tú a lo tuyo. Son las cinco menos cinco. Hasta las seis y media no llegará nadie.

Comió una magdalena de otro de los puestos. Su aroma a casia con toques de jengibre le recordó muchos de los eventos que hasta entonces habían hecho. Un ritual que él mismo había interiorizado, conocedor de que su sabor le daba buena suerte.

Saludó a los dos fotógrafos y a los tres cámaras de televisión que grabarían el evento. De hecho, ya lo estaban haciendo desde unos días antes. Siempre terminaban sus reportajes con imágenes del *making of*.

—¡Qué bueno! La reunión con las extras —dijo uno de ellos—. Esta vez ha sido increíble. Parecía la reunión de los jugadores de baloncesto de la NBA en una final de los *play off*.

Andoni sonrió.

—No quiero que os perdáis detalle —les advirtió—. La película que después montaremos va a ser un buen soporte publicitario —añadió alejándose—. Y pasa de filmarme a mí —añadió con falsa modestia.

Uno de los cámaras asintió con la cabeza mientras filmaba un plano general de la central de la misión Dolores.

Andoni se reunió con Carlos.

—*Alea jacta est* —dijo este sonriendo levemente. Andoni lo miró sonriendo también.

—Sí, la suerte está echada. Estoy orgulloso del trabajo que has hecho.

La calma tensa se había instalado definitivamente en el lugar. Lo había empezado a hacer desde el mismo día en que se había contratado el bolo.

El jefe de Avocado miró hacia la entrada del *parking* en la distancia pensando que las luces estarían a punto de encenderse. Pero también lo hizo

con la denuncia de la inexistente funcionaria del Gobierno vasco en la cabeza. Miró pensativo a su alrededor y se sintió poderoso al haber sido capaz de montar un evento de semejantes dimensiones.

El del sonido interrumpió sus reflexiones con algo de música, estaba probando uno de los gigantescos altavoces repartidos a lo largo de todo el recinto. La melodía trasladó a Andoni a su exsocio y exmujer Susana y a la mirada inquisitiva de Manuela. «Os jodéis —pensó—, no habéis sido capaces de pararlo. No habéis tenido huevos suficientes para joderme.» También recordó las duras conversaciones con su hijo Pedro. De similar manera, pensó en su antigua novia. También apareció por su memoria la imagen de los *ertzainas* preguntando por Txiki y por Irene, su novia, y la amiga y compañera de piso Maite.

El teléfono móvil vibró en su bolsillo. Andoni no se percató de ello.

Pero, de nuevo, la imagen de Manuela y Susana mandándole una inspectora ficticia del Gobierno vasco hizo mella en él, y la sintió de manera especialmente corrosiva. Se apoyó en una de las torres de calefacción que, por ahora, y debido a la agradable temperatura reinante, no se iban a encender. La notó caliente, después de las pruebas de hacía unos minutos. Su mente estaba igual. Templada después del susto. Se alejó sin rumbo.

«Cuando todo este bolo acabe, las llamaré para obligarlas a que me devuelvan el dinero que estas dos listas me han levantado de la manera más inocente que nunca hubiera podido imaginar —pensó apoyado en una de las mesas del bar de la central del Golden Gate, ajeno a todo—. Y que no me tomen el pelo, porque pienso ir a por todas. No, esto no quedará así. El lunes mismo iré a haceros una visita —pensó con la mirada absorta en sus pensamientos—. Estas dos no se ríen de mí.»

El teléfono, siempre en el bolsillo de su cazadora, volvió a recibir una llamada entrante. Vibró varias veces. Él siguió sin notarlo.

«Sí, eso es. Ahora tengo la sensación de que lo hemos conseguido, pero no, yo ni olvido ni perdono. Estas dos se van a enterar de que yo no me chupo el

dedo.»

El teléfono vibró con insistencia de nuevo. Carlos se acercó en ese mismo momento y, al ver cómo se encendía una luz en el bolsillo de su cazadora, se lo hizo saber.

—Está vibrando tu móvil —dijo.

Andoni regresó de sus pensamientos de manera instantánea. Lo cogió con la mano derecha.

—No conozco este número... ¿Sí?

Carlos lo miró distraídamente, pero cambió de expresión casi a la par que lo hizo el rostro de Andoni después de escuchar en silencio a su interlocutor durante unos escasos veinte segundos.

Carlos miró el reloj. Las cinco y cinco de la tarde.

—¿Cómo dice? —preguntó Andoni.

Andoni pareció dejar de respirar.

—¿Qué estás diciendo? Hay un error. ¿Quién eres?

—Soy el conductor de uno de los cinco autobuses que salen de San Sebastián.

—Sí, ya deberías haber salido —replicó Andoni sorprendido.

—¿Con quién? Aquí no ha venido nadie.

Andoni miró la hora. Eran las cinco y cinco de la tarde.

—¿Qué hago?

—Vendrán ahora —dijo Andoni con un rictus de preocupación—. Espera un poco —añadió—. Habrá habido un retraso por algo. Espera.

Carlos lo miraba con cara de extrañeza, sin saber qué es lo que estaba pasando. Este lo interrogó con la cara, pero Andoni no quiso responderle. Lo apartó de malos modos, alejándose del lugar un par de metros.

Al colgar el teléfono, el dueño de Avocado sintió en su interior un escalofrío que hizo que se le erizara hasta el último vello del cuerpo. Con extremo nerviosismo, abrió la agenda de su móvil y rebuscó en ella hasta encontrar el teléfono de la empresa de autobuses que salía de Vitoria. A este sí lo conocía. Y pensó que se lo aclararía. Pero no fue así.

No tardó en encontrar respuesta.

—Hombre Andoni, te iba a llamar ahora. ¿A qué hora los habías convocado? Aquí no ha llegado nadie.

—Llegarán ahora —dijo con voz de autómatas. Colgó el teléfono dejando a su interlocutor casi con la palabra en la boca. Volvió a mirar la hora. Las cinco y siete minutos. El tiempo parecía haberse detenido. Habló por el móvil

casi al instante con la empresa de autobuses que salía de Bilbao y la respuesta fue la misma. Nadie había llegado al lugar de encuentro.

Andoni miró el teléfono con el rostro desencajado. Fue tal la mueca que hizo al cortar la comunicación que también su hermano Eduardo se acercó desde la cocina de la central del bosque de las secuoyas.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tienes esa cara? ¿Quién era?

Andoni estaba del color de su pensamiento: gris oscuro. Su silencio fue lo que hizo que su hermano se preocupara de verdad. Carlos fue el primero en entender lo que pasaba y se alejó, pero solo un metro. Dejó a los dos hermanos un poco de espacio.

—¿Qué sucede? —insistió Eduardo.

Andoni cogió el móvil de nuevo. Buscó apresuradamente el número de teléfono de la persona que le había encargado aquel gigantesco bolo. Recordó que el día anterior mismo había hablado con él. Los latidos de su corazón parecieron pararse. Las manos no dejaban de temblarle.

—*El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura.*

Llamó otra vez mientras la cara de su hermano empezaba a intuir la situación.

—*El teléfono al que llama esta apag...*

Andoni cortó la llamada con cara de espanto. Miró el reloj de nuevo. Las cinco y catorce minutos.

—No localizo al tipo que me hizo el pedido del evento —dijo Andoni blanco como la cera.

—Pero ¿cuál es el problema? —dijo Eduardo casi gritando.

—¿No entiendes? No ha llegado nadie a los autobuses de Donosti ni a los de Vitoria ni a los de Bilbao.

—¿Qué quieres decir?

—Joder, Eduardo. Que nos la han metido. Joder, hostia.

Volvió a intentar hablar con la persona que había contratado el evento. Pero la respuesta fue la misma. El teléfono no estaba operativo.

—¿Cuándo hablaste la última vez con ese tipo?

—¡Ayer, joder, ayer, hostia puta! Me dijo que igual había dos personas que no podían venir y que las tachara de la lista. Y le mandé una foto de la tarta de boda. La enorme sorpresa que hemos hecho con la estructura del puente del Golden Gate.

—A ver, calma. Vuelve a llamarle —dijo Eduardo cogiéndole el teléfono a su hermano.

Andoni miró la hora. Faltaban un par de minutos para que fueran las cinco y media de la tarde.

—Igual ha habido una confusión en la hora. O en el día. Podría ser en el día.

—No digas chorradas. Ayer hablé con él y nos despedimos hasta hoy a esta hora. No hay confusión que valga. Me llamó para eso y para decirme que antes de ayer me había ingresado treinta mil euros más en la cuenta.

Eduardo no lo dudó. Se fue al interior de uno de los camerinos donde estaba la ropa y agarró la tableta que llevaba en la cartera y volvió a los cinco minutos. Andoni estaba sentado en uno de los bancos de la central de la misión Dolores.

—No hay ningún ingreso con esa cantidad de dinero —dijo Eduardo—. Lo acabo de mirar a través de internet. Igual no ha llegado.

La sensación de abatimiento de Andoni era total. No de rabia, sino de derrota.

—Él me dio el adelanto en *cash*. A veces la gente lo hace para pagar este tipo de cosas. Dinero *black* al que dar salida. ¡Cómo no te vas a fiar de alguien que te da dinero! Después le di el número de cuenta para que pagara el resto a través de nuestra cuenta corriente habitual, pero yo no le di importancia.

—La segunda parte del pago, lo gordo, no la hizo. Joder, no me lo puedo creer.

—Diez mil euros en billetes de cien me largó. Todo en paquetes de mil.

—Vamos a esperar.

—¡Qué hostias vamos a esperar! —bramó Andoni con los ojos inyectados en sangre—. Nos la han jugado. ¿Qué parte no entiendes? Son casi las seis —dijo señalando el reloj.

Eduardo volvió a llamar a la empresa de autobuses y la respuesta que obtuvo fue la misma. Nadie había llegado al punto de reunión. Algún conductor había pedido irse de vuelta para casa.

Andoni cogió la lista de invitados. La expresión era de extrema rabia contenida. Miró el reloj. Las siete menos cinco de la tarde.

—¿Quiénes son todas estas personas? ¿Quiénes son? —dijo con los folios en la mano.

Andoni no supo qué responder. Él mismo pasaba las hojas nervioso.

—¿Quiénes son? —murmuró obsesivamente.

Pasó el listado de nombres con rapidez. Las manos le seguían temblando.

—Nadie. No son nadie. Solo nombres inexistentes escritos en un puto papel. Nos la han jugado bien jugada.

Andoni equilibraba su reacción entre la rabia y el desencanto.

—Han sido más artistas que nosotros —remató Eduardo con estupor reflejado en su rostro.

Andoni se alejó de su hermano y volvió a mirar el escenario. Imaginó un teatro con toda la representación preparada y lista para el estreno. Su único estreno. Pero el patio de butacas, la platea y el anfiteatro estaban vacíos. Y aquello no tenía visos de cambiar. Los acomodadores deambulaban sin rumbo fijo.

—Vacío —dijo.

Eduardo intentó tranquilizar a su hermano, y lo obligó a retirarse al banco justo debajo de la misión San Juan Bautista. Bajo el campanario y al lado del vehículo verde protagonista en otro tiempo de algo que fue y no volverá.

Pasó un tiempo indefinido en el que todo pareció haberse detenido. Andoni no estaba sintiendo rabia. Solo una calma tensa y una paz interior extraña. La

noche se había echado por completo. Se quedó sentado en una esquina. Ajeno a todo. Por su cabeza pasaron tantas cosas que le habían sucedido en los últimos años que pareció estar haciendo balance de su vida. Sintió en su interior, sin saberlo, que aquel compendio de imágenes parecía definitivo. En su cabeza aparecieron de nuevo hechos, eventos, anécdotas y, sobre todo, personas. Fríamente revivió todo lo que había sucedido en su vida. Pareció estar comprobando todos los extremos de lo que había vivido. Fue al llegar a sus más íntimos recuerdos cuando se dio cuenta de muchas cosas.

Volvió a mirar distraídamente el escenario, vacío de representación, y notó que aquello le había rebasado. Un luchador como él tenía una sensación de pérdida y abatimiento como nunca había sentido. Respiró profundamente dos veces. Estaba al lado del coche verde. Le pareció que el despampanante Jaguar que tenía a escasos metros le guiñaba un ojo cómplice. Tuvo la sensación de sentirse tan desubicado como el propio vehículo. Anclado en un tiempo que ya no existía. Intentando devolver la vida a algo que ya no la tenía. El retorno de algo que fue, pero que es imposible que vuelva. Por mucho que te empeñes.

Observó en la distancia cómo Eduardo y Carlos ordenaban el caos organizado por la suspensión del bolo. El reloj había corrido de manera tan rápida que no se había dado cuenta de que ya eran las diez de la noche. Las últimas llamadas nerviosas a los conductores de autobús no habían hecho sino confirmar sus más terribles sospechas. El patio de butacas, los palcos y el anfiteatro para la representación de la ópera bufa *Central Nuclear de Vértigo* estaría vacío. «Confirmado, función suspendida», leyó sobre sus ojos perdidos en un letrero ficticio que iluminaba su cerebro igual que un neón rojo.

Sintió un frío extremo y una gran paz interior. Andoni se levantó del banco y miró el campanario justo desde abajo. Aquel contrapicado le dio la sensación de que la maravilla de cartón piedra que había montado con andamios su jefe de eventos, Carlos Salvador, era una cosa tan bonita que lo estaba atrayendo de manera que era imposible resistirse. Poco después, la

percepción mutó, cuando comenzó a pensar que lo que tenía delante no era un decorado sino un patíbulo.

Rodeó el enorme torreón justo por la parte de atrás, pasando junto al gran muro de cemento que mantenía a la central nuclear fuera del alcance de los embistes del mar Cantábrico. Observó la tramoya que sujetaba la estructura. Más de diez metros de campanario se alzaban desafiantes sobre él. Una mínima escalera de mano en zigzag permitía el acceso hasta la parte de arriba.

Miró hacia arriba y volvió a observar los gigantescos reactores de la central nuclear. Hacía rato que no estaban iluminados. Todo estaba desmantelándose. Ojeó su teléfono móvil. Más de veinte llamadas perdidas al sinvergüenza que había organizado este tinglado se amontonaban en una esquina de la pantalla. Todas con idéntica respuesta. Desconectado.

Se sintió solo. Muy solo. También tranquilo. Pero, al mismo tiempo, avergonzado. Muy incómodo al observar con el rabillo del ojo a todo su personal, y ver como lo miraban de soslayo en la distancia. La sensación de ser el centro de atención fue potente. Estaba siendo muy observado. La vergüenza se estaba mezclando en sus pensamientos con el desánimo.

La escalera, en lo alto del campanario, lo estaba llamando con voz profunda pero amable. Sintió paz interior mientras, escalón a escalón, comenzó a subir hasta lo alto. No se le aceleró el pulso al hacerlo. Aquella escalera en espiral tenía vida propia y lo estaba llamando en voz alta. Él no respondió al requerimiento. Solo afirmó con la cabeza. Al llegar a la mitad agarró el comienzo de la estrecha barandilla, que subía serpenteando hasta la cima. La notó muy fría. Se sintió bien sujetándola. Miró desde uno de los peldaños y, según cogía altura, empezó a vislumbrar las carpas y la actividad de recogida a través de alguna junta del decorado. Llegó hasta la primera plataforma. Desde fuera no se podía ver a nadie. Los paneles que rodeaban el campanario no dejaban hacerlo. Solo la parte final. La más alta tenía una balconada abierta sobre todo el escenario. La empresa de seguridad había puesto cinta evitando el paso hacia la parte superior.

«No atravesar – Do not cross», rezaba lacónicamente la cinta de plástico amarillo con rayas negras que habían colocado en mitad de su trayecto.

Andoni le dio un manotazo a la cinta, que cayó, cediendo el paso a la parte final del campanario. Cada escalón le estaba diciendo que su decisión era correcta. Andoni sintió una increíble derrota en el corazón. Su espíritu batallador lo había abandonado por completo. Se encontraba perdido en su propio interior, y la decisión que estaba tomando le pareció la más fácil.

Cuando llegó a la parte final, casi diez metros lo separaban del suelo de cemento frío y gris. La altura de casi un cuarto piso lo estaba llamando con decisión. El espectáculo que vio desde arriba le impresionó y le hizo dudar de todo. Bajo sus pies, todo el teatro del engaño. Toda la frustración resumida en la balconada de la reencarnación de un lugar muy concreto. El campanario de la misión San Juan Bautista. El eje de una película que se había montado en el interior de su vida. Pensó, desde su lado más oscuro, que aquello era una metáfora bien definida sobre los engaños de su existencia. Pensó que, al igual que en el cine o en el teatro, todas las personas que lo habían rodeado habían sido simples comparsas.

Se situó al borde mismo de la balconada y respiró varias veces. Apenas era un actor secundario desconocido en un escenario casi a oscuras. Nadie se percató de su presencia allá arriba. Como tampoco nadie se percataría de lo que se disponía a hacer.

Las puntas de sus zapatos asomaron a escasos centímetros de la línea del vacío. Solo parte del empeine y el tacón de su calzado lo mantenían aún al borde de la tramoya. La derrota se había adueñado de su vida. Su respiración era de pura tranquilidad. Pareció que su alma ya se hubiera escapado de su interior.

«Total, mi vida ha sido una mierda», pensó.

Por su mente desfilaron todos los acompañantes de su vida. Su exmujer, Susana, ocupó su pensamiento, pero no sintió nada. Ni odio ni rencor. Nada. La más absoluta apatía. Su hijo Pedro se le quedó anclado en aquella última y

durísima conversación que habían tenido. Como si la cámara se hubiese bloqueado en un solo fotograma y la expresión de su vástago fuera parecida a una interrogación. «Un intransigente», pensó. Después, la joven de la que se había enamorado como un chiquillo desfiló ante él. Vio con claridad el día en que ella se cansó de él y lo abandonó como un trapo sucio. «¿Qué coño esperabas que hiciera? —se dijo a sí mismo entre dientes—. ¿Que siguiera follándose a un viejo?» Miró de nuevo hacia abajo. Aquella altura de vértigo pareció reclamarlo.

Pero se quedó quieto un segundo. Carlos y Eduardo se asomaron por su cabeza, y su último pensamiento fue para ellos. Después soltó la mano de uno de los extremos de la barandilla. Su figura se silueteaba, hierática, ante la escasa contraluz sobre la balconada de la misión.

Vicente Parra empujó el cochecito del niño a través del paseo de Francia. Se detuvo delante de la nueva estación de autobuses, junto a la del ferrocarril. La marea estaba muy baja, y el olor característico de esas situaciones inundaba las orillas del río Urumea. Las columnas del puente de María Cristina empezaban a iluminarse con la llegada del crepúsculo.

Antes de cruzar el río, Françoise hizo que detuviera el cochecito del bebé y lo arropó un poco. Le bajó el gorrito de lana azul, que tenía a medio camino de la frente. El chupete se le había quedado a un lado, y la mujer lo retiró a una pequeña funda que llevaba en el bolso del carrito. El pequeño Martín pareció desprezarse y volvió a asomar los brazos por encima de la mantita. Françoise se los ocultó debajo en cuanto acabó el movimiento. El niño ni siquiera abrió los ojos.

Atravesaron el puente, y el traqueteo del coche logró que el bebé se mantuviera dormido.

Vicente recordó el primer paseo que dio con su nieto, y el atardecer de aquel sábado le estaba gustando tanto que ya era el tercer fin de semana consecutivo que lo hacía. Los sábados estaban convirtiéndose en su jornada preferida de la semana. También había empezado a retomar la costumbre de ir al cine con su mujer y, sobre todo, a disfrutar con ello, dado que al principio solo lo hacía por no dejarla sola. Françoise había conseguido de nuevo cambiar sus gustos. Primero fue con la comida. Al principio, cuando se conocieron, el policía era un adicto a la comida rápida. Aquello cambió. Ahora estaba pasando lo mismo con el cine. Estaba disfrutando cada vez más.

Tantas cosas habían saltado por los aires desde que le habían disparado —

y pasear a un niño de muy corta edad estaba entre ellas— que nunca podría haber imaginado que cambiarían de manera tan radical. Pero en ese momento pensó que tal vez aquel disparo había sido una extraña bendición para huir de su pasado de obsesión por el trabajo. Al fin y al cabo, no era más que eso. Hacer cambiar los registros por los cuales eras feliz o desgraciado. Y el subcomisario pensó que esos fusibles se habían fundido. Todos. Los famosos, y tan incomprensidos, pequeños detalles de la vida los apreciabas de verdad cuando habías estado a punto de perderla. Recordó que su buen amigo el doctor Álvaro le había dicho que después de estar al borde de la muerte nada sería como antes. Estaba descubriendo que tenía toda la razón.

La visión de Amaia, su nuera, nada más terminar de cruzar el puente en dirección a la plaza de Bilbao, en pleno centro romántico de San Sebastián, hizo que volviera de sus cavilaciones de un plumazo.

Se saludaron efusivamente.

—Vaya casualidad. Iba hacia la librería. Queda poco para que cierre. Yo luego me tengo que largar a trabajar. Se me está haciendo duro, pero me estoy sintiendo muy apoyada por todos y eso me gusta. Todos queréis estar con el bebé. Alberto está como loco de contento.

Françoise sonrió por fuera, pero por dentro le hizo más ilusión aún oír eso después de las dudas que había generado al principio en su hijo la llegada de su nieto. Pensó que aquello era agua pasada, y todas las informaciones que le estaban llegando confirmaban que su hijo estaba encantado con la llegada del bebé.

—Hacia allí íbamos todos —replicó la abuela.

—¿Qué tal se ha portado?

—Como un bendito —replicó Françoise. Amaia bajó un pelín la capota para que las dos mujeres pudieran verlo.

—En cuanto nota la marcha del movimiento se queda dormido a una velocidad increíble. Hemos dado la vuelta al Paseo Nuevo con él. Después hemos bajado por el ascensor del Aquarium.

—Estoy deseando que pasen un par de años para poder llevarle a ver el Aquarium —dijo el policía.

Las dos mujeres sonrieron al escuchar su comentario.

El policía siguió empujando el cochecito mientras las dos mujeres se devolvían entre ellas el bolso con los pañales, los biberones y las toallitas.

Uno de los dos teléfonos que Vicente llevaba en el bolsillo de la cazadora sonó de manera un poco descarada. Françoise lo notó porque el tipo de sonido que emitía delataba su origen. No era el particular, sino el del trabajo. El metódico policía lo llevaba siempre en el mismo lugar. El derecho.

Françoise hizo ademán de coger el relevo, pero su nuera se le adelantó. Ambas mujeres se alejaron y dejaron al *ertzaina*, que empezó a caminar bastante más despacio, unos metros más atrás.

La pantalla del móvil le comunicó el origen de la llamada. El móvil de su compañero de trabajo Jon Ander requería su atención.

—¿Puedes hablar?

—Sí, claro. Dime.

—Tengo los resultados de las huellas halladas en la famosa habitación de la reencarnación de Asier Ruiz.

—Hablando.

—Han cotejado la huella que pillamos en el famoso desván y...

—¿Y?

—Pertenece a Irene. Sin lugar a dudas.

El silencio cortó el momento.

—¿Sigues ahí? —preguntó el joven policía.

—Sí.

—Te lo dije. Esta tía sabe algo más de lo que nos contó. Para empezar, estuvo allí, en contra de lo que nos ha dicho.

—No vayas tan deprisa, Jon Ander. Por ahora solo nos ha mentado. Por cierto, mi hijo ha reconocido a Irene como la mujer que vino a por el libro sobre la reencarnación.

—Es que era normal. Todo cuadra. Si era su novia, es normal —repitió—. Ella estuvo en el desván seguro. Tenemos la prueba.

—No tan deprisa. Te recuerdo que la huella estaba...

—En uno de los libros —interrumpió Jon Ander.

—Eso ya sabes qué significa. Que el libro pudo llegar allí desde fuera con la marca del dedo. No es lo mismo que si la huella se pilla en una pared. Las paredes no se mueven.

Jon Ander calló ante la cruda realidad de los comentarios de su jefe.

—Además, te recuerdo que el desván no es el lugar donde encontramos el cadáver. Fue en un contenedor de basura. Un sitio muy alejado de allí.

—Sí, pero esta mujer oculta algo.

—Puede. No lo sé.

—Mañana he quedado con ella.

—Bien. ¿A qué hora?

—A las tres de la tarde.

—Yo quiero estar allí.

—No es necesario que vengas. Grabaremos, como siempre, todo. Igual mejor lo vemos en las cintas todos juntos el lunes.

—Bueno, ya veré. Una cosa más. Hay que hacerle creer que sabemos que estuvo en la casa, aunque la situación de la huella sea dudosa. ¿De acuerdo? Sabes perfectamente cómo hacerlo. Luego dejas que se explique todo lo que quiera. A ver por dónde sale.

Se oyó asentir al oficial instructor.

Vicente cortó la comunicación y observó que su mujer y su nuera se habían adelantado tanto que le costó distinguir las entre el animado tráfico de personas que transitaba por aquella zona un sábado a aquellas horas, casi de noche. Miró la hora recordando que después de dejar a su nieto se irían a tomar algo y que mañana domingo irían al cine a la sesión de la tarde.

Avanzó hacia ellas levantando la mano, pero mientras lo hacía no pudo evitar que en su cabeza apareciera la visión del cadáver de Txiki, que le hizo

recordar que tal vez Irene supiera más de lo que contaba. Pero ella tenía coartada para el día que el contenedor ardió. Y sólida. Un billete de avión cotejado desde una agencia de viajes. Refrendado por las cámaras del aeropuerto confirmando que sí había tomado ese avión. También por la propia aerolínea.

La mano de Carlos Salvador hizo honor a su apellido y agarró del brazo a Andoni con fuerza casi en el último momento. Fue aquella mano la que lo hizo volver de sus oscuras pesadillas abruptamente.

—¿Qué haces? Nos vamos a ir. Llevamos más de media hora buscándote. Creíamos que te habías marchado. Ya se ha ido casi todo el mundo. Mañana a primera hora vendrán a recoger este desaguisado.

—Nada —respondió Andoni desde el mismísimo borde de la balconada más alta de la misión San Juan Bautista.

—Venga —dijo Carlos manteniendo su brazo—. Vámonos para abajo.

Andoni hizo ademán de soltarse, pero Carlos no lo dejó. Le acompañó hasta el borde de las escaleras y lo conminó a que fuese él el primero en comenzar a descender. Antes de hacerlo, el jefe de Avocado miró de soslayo hacia la balconada. La oscuridad exterior era casi total. Fue el último pensamiento derrotista y vencido que tuvo. Después, todo iría hacia arriba, se le ocurrió pensar con los ojos encendidos de rabia.

El trayecto en coche de vuelta hasta su casa de San Sebastián fue una olla a presión con la válvula de seguridad atorada.

—¡Te lo dije, te lo dije! —exclamó Eduardo al volante de la furgoneta. Carlos Salvador asistía al rifirrafe que desde el mismo momento en que habían dejado la central se había generado entre los dos hermanos.

De las atípicas tres horas de absoluta derrota por parte de su hermano Andoni no quedaba ni rastro. Su tono de voz era bronco, prepotente y de enfado, pero por todos lados asomaba una inflexión de venganza soterrada que estaba emergiendo por todos sus poros.

—No debimos aceptar este puñetero bolo —repitió Eduardo obsesivamente.

—No te preocupes —repetía Andoni—. Esto no va a quedar así.

—¡Claro que no va a quedar así! Vamos a ir a la Ertzaintza ahora mismo a poner una denuncia —bramó Eduardo—. ¿No ves que esto es una estafa? ¿No te das cuenta? —dijo dando varios puñetazos al salpicadero de la furgoneta.

—No vamos a hacer nada. Esto lo voy a solucionar yo solito. A mi manera.

—No digas chorradas —dijo Eduardo conduciendo por la AP-8 en dirección a casa. El tráfico por la autopista era muy escaso.

—Sí, lo voy a hacer. Sé perfectamente quién ha hecho esto. ¿Qué piensas?, ¿que esto no tiene relación con el asunto de la inspectora que apareció ayer por la central? Todo está unido. Y tiene mucho que ver.

—Me es igual lo que me estás contando. No puedes hacer nada que no sea ir a la policía y denunciar el hecho. Si no lo haces tú, lo voy a hacer yo.

—Tú te callas. Lo voy a hacer a mi manera —repitió obsesivamente Andoni—. Lo sé todo.

—Yo también lo sé todo —respondió airado Eduardo—. Hay una cabeza visible que fue el tipo que contrató el evento. Hay un número de teléfono. Joder ese tipo no se puede esfumar en el aire. Podríamos reconocer a la mujer que se hizo pasar por inspectora del Gobierno vasco.

—¡Esos no son más que títeres! ¿Es que no te das cuenta? ¡Detrás están ellas manejando los hilos! ¡Ellas, joder!

Carlos intervino de manera conciliadora.

—Eduardo tiene razón, hay que ir a la poli.

—Estate calladito, Carlos. La fiesta no va contigo —respondió Andoni.

Carlos no se sorprendió ante el tono de su respuesta.

—Sé perfectamente quién está detrás de esto, y por mis muertos que este bolo no va a quedar así.

—¿Sí? Y ¿qué vas a hacer? ¿Liarla parda con Susana? Tú no estás bien de la cabeza, hermanito.

—¿No te das cuenta de que esto hay que arreglarlo de una vez por todas?
¡Que siempre van a por nosotros!

—¡Deja de decir chorradas! Vamos a la poli y ponemos la denuncia y punto pelota.

—Y ¿qué coño vamos a contarles?

—Joder, ¡que nos han estafado! Creo que está bien clarito.

—Y ¿qué les vamos a decir? —insistió—. ¿Que nos han reservado una mesa enorme y que no han aparecido? Eso pasa muy a menudo.

—No digas bobadas, esto no es una mesa de un restaurante. Es un puto bolo que nos ha costado una fortuna poner en marcha.

—Además, no tengo ningún contrato con él. No tengo nada.

El silencioso rumor del motor pareció también callarse.

—¿No firmaste nada con él?

Tardó en responder.

—No, no lo hice. ¡Hostia, no, no lo hice! ¡Joder! Le allané todo el camino con tal de que no se fuera a la puta competencia —respondió Andoni—. Se lo ofrecí todo mascado.

El silencio se adueñó de la furgoneta. Solo el rumor del motor y el ruido de la ventanilla al bajar el cristal para pagar el peaje de Zarauz. Un taciturno empleado de la autopista les dio el *ticket* y los cambios. Cuando la ventanilla subió, la tormenta interna arreció.

Eduardo se estaba mordiendo el labio en todos los sentidos. Pasado un minuto, estalló de nuevo:

—¡Hostia! No tenemos nada, entonces —dijo—. ¡Tienes unas maneras de hacer las cosas! No sé, me vuelves loco. Me superas... ¿Quién consiguió dejarnos hacer el evento en la mierda de la central?

—Él mismo. Dijo que conocía a alguien y que no les importaba alquilárselo por unos días. No sé. Eso me contó. Ya no sé qué es verdad y qué no.

—Pero quién era el tipo este. ¿Quién? Joder, ¿quién?

—No lo sé.

—Pero ¿tendrás el nombre y los apellidos? Algo a lo que agarrarnos, ¿no?

—Sí, pero no sé si serán falsos. Casi seguro que sí.

—¡No me puedo creer lo que nos está pasando! Esto es un sueño. Una puta pesadilla que no me la hubiera podido ni imaginar. Bajo ningún concepto. Estamos en la mierda —respondió Eduardo—. Joder, ¡empantanados hasta el corvejón! ¡Pero bien hasta arriba! —prosiguió gesticulando—. Estoy hasta la polla de ti, hermanito. Me dejo la piel haciendo cosas que ni te imaginas para que esta empresa salga adelante y tú lo vas echando todo por la borda.

El rumor del motor parecía haber desaparecido. Andoni volvió a coger las riendas.

—Sí, pero vamos a salir de esta. Mañana mismo —respondió Andoni con una cara de extraña satisfacción. De la sensación de derrota de hace un par de horas no quedaba ni rastro.

—Deja de decir tonterías. Mañana mismo lo que hay que hacer es el balance de lo que nos ha costado todo esto y, aunque no hayamos firmado nada, poner una denuncia en la Ertzaintza. Primero, por el asunto del tipo que contrató el evento y, después, por la mujer de la inspección.

—Déjalo de mi cuenta. De acuerdo, iré a ponerla, no te preocupes —dijo Andoni con una entereza extraña—. Pero antes también me complaceré en aclarar otros asuntos.

Eduardo lo entendió a la primera.

—Te librarás mucho de hacerlo —respondió su hermano.

La mirada de Andoni estaba fija en las rayas discontinuas del asfalto de la carretera. El color del pavimento y el de sus pensamientos tenían el mismo tono grisáceo.

Asier Ruiz, Txiki, dejó encima de la mesa una copa de agua de mar. La tela que cubría por completo la mesa era negra y gruesa. Tenía un bordado dorado. Su tacto era áspero, parecido a la frisa. La oscuridad era casi total. Dos velas lo mantenían en una penumbra controlada. El olor que se palpaba en el ambiente era muy denso. Dos pequeñas urnas metálicas de color almagre estaban situadas en medio de la mesa. Una contenía dos rosas negras secas, dos lilas y la misma cantidad de pensamientos. La otra estaba vacía.

Vertió en la última urna trocitos de sándalo, ajeno en ramas pequeñas y absenta caliente. Notó el alcohol en el ambiente. Le acercó una cerilla larga que había prendido usando una de las velas y el contenido del recipiente ardió con rapidez. Las pequeñas llamaradas iluminaron el ambiente y la habitación con una mezcla de colores rojizos y azulados. Su propio rostro y el de Irene Arrizabalaga parpadearon acompasando el reflejo de las llamas. La mirada de la mujer no perdía un solo movimiento de él.

—No existe más que una reencarnación, y esta se está cumpliendo —repitió Txiki dos veces—. Todo va a volver al lugar donde empezó —añadió en voz baja ofreciéndole el vaso de agua marina. Ella dio un sorbo muy pequeño y notó la salinidad del líquido inundando su boca. Después se lo ofreció a él. Este bebió un trago similar.

—El bosque sabe dónde fue a parar mi hermano Miguel. Solo necesitamos eso. Conocer en quién habita ahora y poder comunicarme con él.

Los dos vasos permanecían inmóviles sobre la mesa. Todo era penumbra. La luz, que a duras penas entraba por la claraboya, solo se podía apreciar si mirabas hacia ella.

—La urna debe llenarse con la información. Hermano, sabemos que estás en algún lado. También sabemos que no te encuentras lejos. La muerte solo es un cambio de estado. Nada más. Tu bondad no ha podido desaparecer. Todavía tenemos que hacer muchas cosas juntos. Solo necesitamos saber dónde estás. Habla, Miguel. Háblanos.

Irene miró a Asier totalmente absorta en sus palabras.

El *ertzaina* Jon Ander miró a Irene totalmente absorto en sus palabras.

—¿Y con qué frecuencia hacían esas reuniones?

Irene se reubicó en la pequeña e incómoda silla de la comisaría de la Ertzaintza en San Sebastián. Jaione saludó a su jefe Vicente al verlo entrar en la salita contigua con espejos unidireccionales.

—No tenías que haber venido, mañana lunes la hubiéramos visto en las grabaciones —dijo la oficial instructora.

—No pasa nada. No me costaba nada venir —replicó Vicente sentándose a su lado. Lo hizo despacio, intentando hacer el menor ruido posible.

—Acabamos de empezar. Está contando qué hacían en el famoso desván —le informó la mujer policía en voz muy baja—. Lo ha admitido desde el principio.

—Cada vez que él me lo pedía. Desde lo de su hermano estaba extremadamente sensible. Yo le apoyaba en todo. Era el hombre de mi vida —explicó Irene.

—Vamos a ver, ¿llegaron en algún momento a entablar... digamos... contacto con el hermano de Asier?

La mujer tardó en contestar.

—Sí.

—Entonces ¿sabían en quién se había reencarnado?

—No, nos dijo otra cosa.

Jon Ander se incorporó en la butaca requiriendo la continuación de su escueta respuesta.

—¿Y?

—Nos dijo que había sido asesinado.

Los tres policías pusieron sus cabezas en estado de máxima atención al oír la palabra mágica.

—A ver, está usted hablando del hermano de su novio, el que murió en el Bosque de Oma, ¿verdad? ¿Se comunicó con ustedes y les dijo eso?

Irene afirmó con la cabeza.

—¿Usted estaba presente cuando lo dijo?

—Sí.

—Y ¿cómo sucedió? ¿Oyó voces, se lo dijo en sueños o cómo ocurrió? —añadió con una ironía extremadamente medida.

—Hablabá a través de Txiki —interrumpió.

—Ya. ¿Qué más les dijo?

—Solo eso.

—Le voy a ser sincero, y no se moleste si lo soy —atacó el *ertzaina*—. ¿Por qué nos mintió cuando le preguntamos si había estado en casa de Asier? Usted nos dijo que nunca la había visitado.

La mujer tardaba en contestar. Mucho. Los ojos del policía fueron muy inquisitivos.

—Le ruego que conteste a mi pregunta.

—Contar esto no es fácil.

Se recreó en sus palabras para darles una pátina de supuesta sinceridad.

—La gente se ríe de ti —comenzó a explicar—. Nada de lo que dices les parece correcto. No te respetan. Piensan que estás chalada. Piensan que deberías estar en un psiquiátrico. Que estás enferma porque crees en algo que los demás no. Y le aseguro que no estoy más loca que ninguno de los que me rodea —sentenció—. Estaba muy asustada. También avergonzada. Ahora lo estoy aún más. Estoy así desde que me enteré de que el hermano de Txiki tal vez pudo ser asesinado...

—Podría haber hecho lo evidente. Llamar a la policía.

—Es muy difícil hacerlo. Intento no hablar de esto. La gente, cuando cuentas estas historias, no te cree. Piensan que estás chalada. No es fácil vivir así. Y Miguel nos dijo que había sido asesinado.

—Bueno, eso es lo que usted dice. Tendremos que comprobar ese extremo.

—Para mí es suficiente. Lo dijo él mismo a través de Txiki —insistió.

Vicente y Jaione se miraron al oír la respuesta. La mujer resopló.

—¿Cómo les ayudaba el libro con el que se comunicaba con él?

—Lo solía leer yo. Muy despacio. Después lo guardábamos en el habitáculo del suelo. Es un pequeño ritual muy antiguo descrito en las páginas del texto, con las flores y el agua de mar y del río y la absenta. Se utiliza para comunicarse con el más allá. Mezclamos los dos elementos fabricados por la naturaleza, la tierra y el mar, con algo elaborado por el hombre como la absenta. El libro siempre tiene que estar debajo de la tierra y bajo el suelo del desván era suficiente para mantener el simbolismo. Ese tratado pertenece a la tierra. Es la propia tierra la que nos tiene que ayudar a dar la nueva vida. Todo lo da ella. Seguíamos a pies juntillas las indicaciones del libro.

—Qué me dice del inquietante sigilo de Baphomet que presidía el famoso desván. ¿Hacían ritos satánicos o algo parecido?

Irene negó con la cabeza.

—Me da mucha vergüenza hablar de esto. Yo no estoy loca. —Bajó la cabeza y su rostro se perdió entre su melena.

El policía esperó.

—Apareció con él en una ocasión. Lo colgó casi sin decirme nada. Después me dijo que, si hacía falta invocarle, estaría preparado para hacerlo. Que no se detendría ante nada para saber en quién se había reencarnado su hermano. Y, si eso incluía llamar a las puertas del diablo, no se cortaría en hacerlo. Pero nunca lo hicimos, por lo menos en mi presencia. Puede que él, cuando estuviera solo, lo hiciera. No lo sé.

—Te lo dije —dijo Vicente al oírlo. Jaione asintió con la mirada.

—Bien. ¿Usted sabía que había cámaras conectadas a la entrada del

desván?

—Sí. Las conectó hace un tiempo.

—¿Para qué las quería?

—Hay una teoría entre las personas que creemos en estos asuntos que dice que los ojos humanos no pueden ver lo que ciertas cámaras de televisión sí. Pasa lo mismo que con el sonido. Algunas grabadoras pueden captar sonidos que nosotros no somos capaces de oír. Esto creo que es ciencia —dijo con dudas—. Txiki estaba convencido de que cuando contactásemos con él podría salir en las imágenes y así reconoceríamos el aspecto que tenía ahora su hermano Miguel. Las cámaras fueron una de las primeras cosas que colocamos en el desván. Pero no recuerdo cuándo grababan con exactitud. Eso lo controlaba Txiki.

El *ertzaina* apuntó en su libreta. Después levantó la mirada con mucha seriedad.

—Usted sabe que tenemos imágenes, aparte de la suya, de gente entrando en el famoso desván... —aventuró el policía—. ¿Quién más solía estar con ustedes?

Jaione miró con sorpresa a Vicente. Ella, en silencio, hizo un movimiento negando con la cabeza.

—Ya está improvisando —dijo finalmente la *ertzaina* en voz baja. Vicente pensó que estaba haciendo lo correcto.

—Solo nosotros dos.

—Vamos, sincérese. ¿Quién más asistía a esos encuentros con el más allá? ¿Quiere que le enseñe las cintas? No me haga ponerla en evidencia. ¿Quién más? —insistió el policía. Su tono era conciliador.

—¿Qué coño está haciendo? —dijo Jaione.

—Déjale, déjale, a ver qué dice —dijo con una sonrisa Vicente—. Esto es una cosa habitual, ya lo sabes, Jaione.

—Claro que lo es. Pero si lo pactamos antes entre los del equipo. No soy amiga de las improvisaciones —respondió la policía.

La mujer, primero se echó la melena hacia atrás. Después se mantuvo en silencio y no contestó.

—Vamos, sea sincera. Solo quiero saber quién más asistía a sus congresos sobre el más allá —insistió Jon Ander socarrón.

—Utiliza un lenguaje que no es apropiado —dijo Jaione en voz muy baja. Vicente afirmó con la cabeza, pero con una ligera sonrisa instalada en su rostro.

—Tenemos las imágenes, y pronto sabremos quiénes son. Solo es cuestión de tiempo. Lo comento para poder ir más rápido —añadió con suficiencia.

Irene se había cerrado en banda. Permanecía en silencio con los brazos cruzados.

—Igual tendría que hablar con un abogado.

Jon Ander notó que el nailon de su caña estaba a punto de romperse e intentó solucionarlo.

—Lo que usted quiera, pero recuerde que, por ahora, no la estamos acusando de nada —dijo Jon Ander con mucha mano derecha—. Solo intentamos aclarar el asesinato de una persona muy cercana a usted. La más querida.

Aquella frase sencilla fue directa a su interior. Pareció haber hecho mella en la mujer. El *ertzaina* sintió con alivio que había destensado el sedal lo suficiente como para que no se partiera y que, al mismo tiempo, sujetara el pez. Esperó unos instantes.

—Es posible que tengan las imágenes de Maite —dijo Irene con un tono de voz ambiguo—. Una vez estuvo con nosotros. Pero ella no cree en estas cosas. Creo que lo hizo porque le pareció divertido.

Jaione y Vicente se miraron incrédulos ante el perfecto resultado que estaba obteniendo su compañero.

—Bien. Estaban los tres allí.

—Ella solo vino una vez. Dijo que lo hacía por ayudarnos, pero nunca la creí.

—Sabemos desde hace unas horas que usted sí estuvo en Roma. De vacaciones, ¿verdad?

La mujer mantuvo un silencio tenso. Luego, habló:

—Yo no tengo nada que ver con el asesinato de Txiki —dijo la mujer con cara muy seria.

Jon Ander, delante de la mujer, y sus compañeros, desde el otro lado del cristal, escucharon con detenimiento.

—A ver, insisto, nadie ha dicho que tenga nada que ver. Cálmese, se lo ruego. Solo quiero que me responda a una última pregunta: ¿estuvo toda la semana en Roma?

La mujer afirmó con la cabeza, esbozando algo que pareció un «sí», pero tan tímido que no podía asegurarse.

—La información que tenemos entre manos —dijo Jon Ander revisando unos papeles—, es que usted, nada más llegar a Roma, concretamente al día siguiente, tomó un avión hasta Ankara.

La mujer lo miró con cara de sorpresa contenida.

—¿Qué se le había perdido en Turquía? —preguntó el policía.

Silencio absoluto.

—Esta vez sea sincera conmigo, porque, como no lo sea, voy a empezar a pensar que usted sí tiene algo que ver en el asesinato de Asier. Cuéntemelo todo desde el principio —insistió—. Por favor, no me mienta.

La mujer miraba con atención y visiblemente nerviosa al policía.

—Asier Ruiz sabía que usted no se iba a quedar durante todo su viaje en Roma, ¿verdad?

Irene asintió con la cabeza.

—Bien. ¿Entonces?

—Fui por encargo de él. A buscar algo para poder encontrar a su hermano —respondió Irene—. Ahora lo necesito para encontrar a Txiki.

—¿Qué estaba buscando en Turquía?

Andoni Armendáriz se levantó del sofá que había en una de las dependencias de la central de Avocado. Se pasó la mano por la cara y notó la aspereza de su rostro sin afeitar. Su lengua tenía una textura parecida. Su cabeza no dejaba de imaginar cosas. Había dormido allí mismo, si es que a media docena de cabezadas se le pudiera denominar así. Y aquel era uno de los escasos domingos que no tenían eventos. De los pocos en todo el año que era así. No había querido dar ninguno ese día para intentar que el bolo de Lemóniz fuera perfecto. Sí, la boda en la central nuclear había salido perfecta. Perfectamente radioactiva. Desde la ventana de su despacho miró el *parking* vacío y todas las instalaciones de su empresa sin actividad. Su sensación de vértigo era absoluta. El odio lo estaba carcomiendo por dentro.

Se acercó a la mesa del despacho y observó varios de los papeles que, nada más llegar ayer —y después de discutir largo y tendido con todos, en especial con su hermano—, había esparcido por su mesa. La agenda abierta por el número de teléfono de su abogado. Los papeles con el listado de invitados ficticios a la boda. El número de la Ertzaintza apuntado en un pòsit, que aún permanecía en la mitad de la pantalla de su portátil. Ayer, cuando llegó de madrugada, no se atrevió a marcarlo. Hoy le estaba sucediendo lo mismo. Ese papel amarillo reinaba en su cabeza, pero no le estaba prestando atención. Los sueños que había tenido esa noche se habían apelotonado reduciendo las fases REM de su sueño a lapsos tan pequeños que el descanso había sido inexistente.

Bajó las escaleras hasta la cocina. Encendió las luces de la zona de los frigoríficos. En el estante de una de las esquinas había varias cajas cerradas

entre varias pastillas contra la humedad. Abrió una de las cajas y se comió dos galletas de chocolate y sandía. Después, un yogur del frigorífico contiguo. No paladeó ninguno de los dos alimentos. Sus pensamientos se empeñaban en no dejárselo hacer. Estaba muy lejos de la información que sus papilas gustativas le estaban transmitiendo. Susana y Manuela ocupaban por completo esos pensamientos.

Recordó los comienzos turbulentos de Avocado después del pleito para hacerse con el nombre original, Delicius. El juez le dio la razón a su exmujer después de los intentos de su abogado para demostrar que la idea del nombre había sido suya. «Y eso que el diseño y la idea en realidad había sido de Susana —dijo con una sonrisa para sí mismo—. A punto estuve de quitárselo», recordó. Por entonces ya llevaba unos meses saliendo con la jovencita. Una vorágine que jamás hubiera podido imaginar que pudiera llegar a ser tan absorbente. Nunca había sentido nada parecido con su exmujer. Ni siquiera cuando se casó con ella. «¿Enamorado?», pensó. Hizo un intento fallido de acordarse, pero tuvo la sensación de que aquello había desaparecido por completo del disco duro de su memoria. Ni siquiera estaba en su papelera de reciclaje.

La mente se le nubló con la imagen de aquellas dos mujeres, y la idea que ayer le rondó por la cabeza lo estaba obsesionando cada vez más. Quería que alguien le diera respuestas. Solo eso. Los nombres, en su cabeza, ya los tenía. Bien claritos. Susana y Manuela.

Fue entonces cuando, después de haber pasado en la oficina toda la mañana y casi toda la tarde, comprobó que tenía el móvil lleno de llamadas perdidas. Lo vio todo más nítido. No le importó el origen de esas llamadas. De varias extras, de su hermano, de Carlos, de su jefe de recursos humanos... El anochecer le hizo pensar en abandonar la empresa para ir a su casa. Pero pensó que antes tenía que ajustar cuentas de una vez por todas. La única manera de que su exmujer y la zorra de Manuela dejaran de molestarlo para siempre. La única.

Y, sobre todo, quién era el hijo de puta que se había presentado en su empresa para contratar el millonario *evento nonato* de Lemóniz. ¿Quién? ¿Qué relación tendría con las dos mujeres? Alguien que además era capaz de conseguir implicar en un asunto tan turbio a, por lo menos, otra persona más. La puta disfrazada de inspectora del Gobierno vasco. ¿Quiénes eran estos dos tipos? Tal vez solo dos enviados de su exmujer sin más relación entre ellos.

Pensó que, después del revuelo que había habido alrededor de la preparación del evento, la noticia saldría en la prensa como una gran estafa y el nombre de su empresa quedaría a la altura de la mierda: «Joder, la prensa hará sangre. La derrota vende mucho mejor que el triunfo en un país de envidiosos como este».

Todo aquello le estaba sobrepasando ahora mismo con la misma intensidad que ayer por la tarde, cuando se dio cuenta del engaño. Todo eran preguntas:

«Estoy seguro de que Susana tiene varias de las respuestas. Y me lo va a decir. Por mis muertos que sí», se convenció apretando con rabia un paquete de tabaco vacío entre los dedos de la mano derecha.

Tras bajar al *parking*, y una vez dentro del coche, pensó que el crepúsculo había llegado demasiado rápido, y repasó los últimos días allí, encerrado en aquel vehículo solitario aparcado en una esquina de la explanada de la empresa de su propiedad. Recreó su entorno y no le gustó nada. Tenía forma de cuadrilátero. En una esquina, su hermano, siempre enfadado y a remolque de lo que él diseñara. En el otro extremo, su exmujer, Susana, del brazo de la zorra de Manuela. Más allá, la imagen de Pedro, su hijo, se hizo palpable. Pareció sonreírle, pero no supo identificar qué cariz tenía la mueca. Y, en la esquina final del cuadrilátero, Txiki. Asier Ruiz lo miró con un gesto que no supo identificar.

Pero en el centro del ring había una quinta persona. Acompañándolo. La jovencita que había comenzado todo esto lo miró con la misma sonrisa angelical que lo cautivó desde el principio. Su piel, sutilmente pálida, de adolescente crecida, brillaba tersa junto con su melena rubia, muy larga y

sedosa. La estaba recordando desnuda. Acababa de descubrir que su personal ring de boxeo tenía cinco lados.

Arrancó el coche y, sin moverlo, recordó que su hijo Pedro ya se habría ido para Madrid para empezar las clases de mañana lunes.

Perfecto. Susana estaría en casa sola. Y Manuela en la suya. Tenía la vía despejada. Esa misma noche de domingo era tan adecuada como cualquier otra. Primero, a por Susana. Después, a por Manuela. Metió la mano en el bolsillo de su cazadora y palpó el cable que había cogido de la zona del taller hacía apenas cinco minutos. Un cable de antena de televisión. Flexible, largo y, sobre todo, muy resistente.

«Las tardes de los domingos tienen algo de melancolía anclada a sus horas, nada que ver con las de los sábados», pensó el subcomisario de la Ertzaintza Vicente Parra al salir de las salas del cine Príncipe. El viento cargado de agua fina que provenía del próximo Paseo Nuevo se lo recordó. Desde hacía un tiempo no muy largo, había descubierto que una forma de evadirse de esa languidez era introducirse en el mundo mágico de una sala de cine. Su mujer lo sabía desde hacía mucho.

Notó el bofetón de realidad fría que se recibe cuando se sale de la sala de proyección y el mundo exterior recuerda que es hora de dejar de soñar. El único lado malo de asistir a una sala de cine. La vuelta a la realidad. Cruda y descarnada. El mundo terrenal invadió su cuerpo con una pátina de pragmatismo. Se ató el abrigo y sacó el paraguas para intentar protegerse de aquella humedad tan real que caía de manera constante. Aquello era una buena manera de hacerlo caer en la certeza de que los cuentos se habían acabado y había que conseguir que la realidad volviera de manera más sosegada.

Françoise se refugió bajo el paraguas y agarró del brazo a Vicente, que sostenía en alto el artilugio. Sintió a su marido muy cercano. Sabía que, muchas veces, la acompañaba a los estrenos solo por hacerle compañía. Pero, después de las dos últimas películas, la mujer estaba sintiendo que aquello era otro detalle que estaba haciendo girar su vida de nuevo. Desde que aquella bala le había atravesado parte de un pulmón, una parte de su marido estaba volviéndose muy distinta. Más cariñosa. El proyectil se había vuelto su amigo y notaba su cercanía.

El policía estaba empezando a no perdonar, bajo ningún concepto, que,

cada domingo por la tarde, su cita con la magia del cine lo transportara e hiciera que olvidara durante un par de horas su trabajo. Sabía que su vida no era solo las investigaciones con sus compañeros de la policía y que existía un mundo alejado de la comisaría.

Comenzaron a andar bordeando la iglesia de San Vicente. El goteo rítmico de las gotas de agua que se escurrían por las varillas del paraguas daban un ritmo húmedo a su paseo. Françoise se mimetizó con todos los pensamientos de su marido e intentó rubricarlos. Lo paró casi en mitad del comienzo de la calle 31 de agosto y, bajo el manto de tela y varillas, lo agarró del brazo que tenía libre y lo besó. Con la delicadeza de saber que el susto y la bala pasaron. Y se lo estaba agradeciendo. El agua corría calle abajo de manera dulce. Brillaba el asfalto. La melancolía del crepúsculo del domingo fue desapareciendo por completo.

—Vamos, María, ¿no piensas decírmelo? —preguntó Alejandra.

La casa colonial, en el centro mismo de Mérida, olía al comienzo de la tarde tropical. Pierre acababa de salir en dirección a la casa de su amigo, donde estaba instalado desde que había llegado a México. Se oía al niño jugar en la habitación de al lado. La comida había sido distendida y el ambiente de la sobremesa, también.

—Desde que ha venido no has dejado de estar con él.

María sonrió desde su melena morena con una sonrisa pillina. Pero el matiz de su rostro denotaba también preocupación.

—Estoy muy mayor —insistió Alejandra—, y a veces chocheo, pero si las informaciones que me da el entorno son de mi única hija no las paso por alto. En tu cara veo varias cosas —añadió—, y hay una que no me está gustando y llevas con ella unos días.

María seguía sin pronunciar palabra, divertida con el juego de adolescentes que se había entablado entre ella y su madre. Por fin, se animó a hablar.

—Qué quieres que te diga, mamá, estoy confundida. Solo es eso.

—¿No podrías matizar más tus palabras? —preguntó su madre con ironía bajándose las gafas, que la ayudaban a leer el libro que tenía entre las manos. Alejandra dejó por completo la lectura y cerró el libro poniendo un dedo en la página que estaba leyendo.

María seguía sin entrar en materia, y su madre la provocó con suavidad.

—Te noto muy distinta. Y sé que Pierre tiene mucho que ver en ese asunto.

María se apartó el pelo de la cara.

—No creo que existan los flechazos. Pero Pierre me tiene enganchada —

dijo mirando el suelo de terrazo.

—Claro —añadió la madre dejando el libro sobre la mesa contigua—. Te crees que no me he dado cuenta de que ese hombre tiene la magia suficiente para hacerlo.

María bajó la cabeza y su rostro pareció desaparecer bajo su melena azabache.

—Mira, yo estuve trabajando para su padre hasta que lo asesinaron. Cuatro años, más o menos. Justo desde que nació Pierre. Y eso que apenas le veía, claro, pero lo poco que lo hacía era suficiente para saber cómo era. Y te puedo asegurar que durante ese tiempo aprendí de él muchas cosas. Me enseñó sin nombrarlo el cariño que tenía hacia los libros. Siempre estaba con uno entre sus manos. Me enseñó también algunas cosas de la cocina francesa. Pero, sobre todo, me mostró cómo se puede llevar una relación de pareja. Con elegancia. Y cómo se puede enamorar hasta las trancas a una persona. Claude era un francés que enganchaba, pero también sabía cómo hacerle llegar a Françoise esa sensación.

María parecía estar ausente mirando el suelo, aparentemente distraída, pero sus oídos no perdían ripio.

—En el poco tiempo que lleva aquí, he visto el mismo cariz en su mirada. Pierre es la viva imagen de su padre. Se parece muchísimo a Claude.

María resopló incrédula, pero no dijo nada.

—Y creo que, como su padre hizo con Françoise en su momento, Pierre te ha enamorado —aventuró la anciana—. ¿Me equivoco?

María tardó en levantar la cabeza pero, cuando lo hizo, la melena se apartó como quien corre el telón de un escenario.

—No sé. No sé —repitió mirando a su madre.

—¿Qué es lo que no sabes?

—Está pasando todo tan rápido que no sé qué pensar.

—Ya.

—Trata al crío de una manera tan especial... Juega con él en cuanto me doy

la vuelta. Es la primera vez que veo una cosa así. Nunca ningún hombre había jugado con mi hijo así. Y a mí me trata demasiado bien. No sé.

—Por fin te tratan como te mereces —rio la anciana.

—Es cariñoso, pero no empalagoso. Habla poco y lo que dice es siempre muy medido. Estoy hecha un lío. No sé.

—Tú estás clavada con él. Te lo veo en la mirada.

La mujer bajó la cabeza y volvió a desaparecer tras su melena. Solo se vio cómo el conjunto asentía con un movimiento leve de cabeza.

—Pero no te escondas para decirlo —le dijo Alejandra.

—Es que es muy complicado —respondió María volviendo a asomar la cabeza—. No quiero enamorarme de Pierre.

—Me temo que ya es tarde.

—Él no vive aquí. Un día se irá y nadie sabe si volverá.

—Me da la impresión de que el hijo del francés es algo muy especial. Yo no te voy a tener que decir lo que tienes que hacer. Pero sí te voy a aconsejar que lo que tengas que hacer, lo debes afrontar. Sea lo que sea. Solo hay una vida y hay que aprovecharla. Desde que Pierre ha llegado a esta casa se ha cruzado mi pasado con tu presente. A lo mejor, con tu futuro. Quién lo iba a decir, pero te puedo decir seguro que, si ha sido así, es por algo. Muchas veces pienso que las líneas de la vida las tenemos ya trazadas y que solo tenemos que darnos cuenta de cuáles son para seguirlas. Solo te puedo decir —agregó la anciana con seriedad— que encares las cosas si las sientes dentro.

—Sentía una cosa parecida con el padre de tu nieto —dijo María con cara extraña.

—Eras bastante más joven, y ese resultó ser un malnacido. No todos los hombres son así. Y a mí no me hace falta mucho para saber que Pierre es como su padre. Un francés íntegro. Lo huelo.

María sonrió ante aquella afirmación, que le resultó cursi. Tardó en contestar.

—Si me pide que me vaya con él, ¿qué hago?

Alejandra la miró fijamente.

Las dos mujeres callaron durante unos segundos. La música de fondo la ponía Pancho jugando en la habitación contigua.

—Creo que ya te lo ha pedido —dijo con una sonrisa la anciana—. Pues qué vas a hacer. Vivir tu vida.

—Mi vida es Mérida.

—Eso es decisión tuya, exclusivamente. Pero te recuerdo que la vida de una persona no la hace la tierra. Solo las personas que la rodean.

—Sí, mamá. Eso es muy bonito decirlo para el epígrafe de una novela, pero la realidad es bastante más cabrona. Mi hijo está aquí en un colegio. Yo tengo trabajo aquí. Y tú también estás aquí. Todo me ata a esta tierra.

—Trabajos hay en todo el mundo —respondió la anciana—. Y tu hijo irá contigo donde tú decidas, y en tus manos estará enseñarle que el mundo es muy grande y las naciones no significan nada que no sean fronteras. Que es tan digna una tierra como cualquier otra. Seguro que le vendrá de maravilla. En cuanto a mí, no tienes por qué preocuparte. Yo la vida ya la he vivido.

Aquella última frase hizo que María escuchara a su madre de manera muy especial.

—La tuya la tienes todavía por delante, casi entera, y está en tus manos aprovecharla.

La urna vacía que hasta hace unos días conservaba las cenizas de Txiki estaba sobre la esquina del aparador principal de la habitación de Irene. La mujer suspiró varias veces al verla. Había decidido tenerla en aquel lugar para estar más cerca de él. La imagen del policía preguntándole por su viaje a Roma, con extensión hasta Turquía, la había descolocado. Y le había proporcionado una buena dosis de vergüenza tener que explicar algo tan disparatado que nadie entendería. La confusión al recordarlo la invadió. Pero la fe mueve moles más grandes que montañas. Y ella creía en Txiki. Siempre estuvo dispuesta a ayudarlo. Ahora también.

Miró los papeles que estaban encima de su escritorio. Varios libros sobre la reencarnación estaban apilados en una de las esquinas. La mujer sintió la soledad de la noche cerrada mientras se sentaba a la mesa ante varios de los tratados.

Oyó la puerta de la calle abrirse y supuso que Maite, su compañera de piso, había llegado. Ella tenía la puerta de su habitación cerrada con llave. La luz se encendió y la claridad, aunque escasa, se filtró por debajo de la puerta. Primero se oyó la puerta del cuarto de baño. Un rato después, la de la habitación de Maite, que se cerró con suavidad. La casa volvió a sumirse en el silencio de la noche.

Sobre la mesa, la absenta, el agua de mar y una flor seca, la rosa negra de Halfeti. Volvió a mirar los tres elementos, que se hallaban colocados por separado, pero en el mismo plato dorado, sobre un pequeño tafetán negro. Esta vez, el olor la transportó fuera de la habitación.

El ruido de su compañera entrando en casa le había distraído unos

instantes. Se convenció de que su viaje a Turquía había sido efectivo. Poco importaba ahora que tuviera que haber admitido a la policía que había estado allí, en Turquía, y que el avión desde Roma lo había cogido sin más dilación para llegar hasta el lugar donde podía encontrar las rosas. La clave para contactar con el hermano de Txiki radicaba en ellas. Estas se habían vuelto fundamentales para encontrar ahora a Asier. Y todavía estaban muy frescas. El estado en el que resultaban más eficaces. La oscuridad de la noche y el pensamiento de la mujer estaban dando sus frutos. Volvió a hablar en voz muy baja con la rosa en la mano.

—Txiki, sé que estás aquí conmigo. Háblame desde donde estés. Estoy muy sola.

Las tres últimas palabras le helaron la sangre al darse cuenta de que su sensación era tal como lo había dicho. Pura soledad. Las luces del exterior de la calle parpadearon sobre el cristal cuando comenzó a llover tímidamente. La oscuridad era casi constante, y oscilaba con el reflejo exterior de las farolas de la calle.

—Solo quiero que me digas dónde estás. Solo eso.

La imagen de la rosa negra, mimetizada sobre el tafetán, se mantuvo intacta. Recordó la simbología que desde hacía unos años tenía esa flor en el mundo de la reencarnación. Sobre todo, el lugar mágico donde se daban. A las orillas de uno de los ríos más nombrados en la Biblia. El Éufrates. Su cauce manaba agua, misterio y virtudes extrasensoriales. La pequeña población de Halfeti, el único sitio en el mundo donde se podían encontrar, había desaparecido hacía tres décadas sumergida por la presa que retiene, en aquella zona, las aguas del río Éufrates. Y había renacido, reencarnada, a unos kilómetros de su primitiva posición. El propio pueblo había vuelto a nacer. Por eso aquellas rosas negras, únicas también por la textura de sus pétalos y el aroma que emanaban, mezcla de sándalo y nerolí, siempre habían tenido fama de poseer poderes sobrenaturales. Las rosas negras se habían transformado en algo más que una simple flor. Se habían convertido en el perfecto instrumento para lograr

información sobre el intento de materializar en otra persona a un familiar muerto. Y el encanto del lugar, bañado por el río bíblico, no hacía sino confirmar las creencias sobre su efectividad.

Irene conocía el carácter de amuleto que poseían aquellas flores. Creía en ellas. Pensó que no tenía otro asidero al que agarrarse. Su vida se sintetizaba en aquellos pétalos haciendo de su figura una sombra frágil y delgada. Cerró los ojos y tocó la rosa, rozándola con el dedo índice. Pareció una caricia. Repitió el roce con muchísima suavidad. La rosa apenas se movió. Volvió a tocarla con las dos manos. Fue entonces cuando la flor se activó.

—Me ha costado mucho encontrarlas. Viajé hasta allí para poder saber cosas de tu hermano Miguel, pero ahora son necesarias para encontrarte a ti, mi vida. Txiki, ¿dónde estás? ¿Qué te ha sucedido?

La mente de Irene habló en silencio.

—El fuego. Está cerca. Estás en peligro.

La mujer se estremeció al oír en su interior el sonido con tanta nitidez.

—El fuego. No los vi venir. Nunca lo imaginé. Ahora estoy bien, con mi hermano. Él también me ha contado su muerte.

Irene dejó la rosa negra sobre el recipiente como quien huye de una fiera. Muy despacio, intentando que no se diera cuenta de que se estaba moviendo. Pasados unos instantes, volvió a agarrarlas en un intento de no perder el hilo con el más allá. Las últimas palabras susurradas en su cabeza eran la clave para entender la expresión del rostro de Irene.

—No quería seguir con ellos. Un día se sabría todo el pastel. Intenté librarme de ellos, pero no pude.

Soltó las rosas con un gesto brusco. Como si la quemaran.

Andoni Armendáriz condujo por las calles desiertas de San Sebastián. La noche le pareció negra y sórdida. Los domingos se hacían terriblemente solitarios. Era medianoche. Apenas se cruzó por el trazado con unos cuantos coches taciturnos. Aquellos sonidos y pensamientos, que para él resultaban tan nítidos, solo estaban en su cabeza, y se resumían en uno muy concreto. Llegar cuanto antes a casa de su exmujer.

Llevaba la imagen de Susana y Manuela clavada en mitad de su cabeza.

Dudó hacia dónde dirigirse. Después de unos instantes, sintió en su interior que la imagen de su exmujer era bastante más fuerte que el resto. La mirada de Andoni al volante asemejaba la de una persona abatida y con ojeras.

Parecía que el coche cambiaba de marcha sin darse cuenta. Giraba por las bocacalles como si estuviera dirigido por control remoto. Andoni no sentía ser dueño de su destino, se limitaba a dejarse arrastrar. Al llegar al portal de la casa de su exmujer, observó que una de las farolas estaba apagada y daba un toque de oscuridad aún más pronunciado de lo habitual. Por increíble que pudiera parecer, en la mitad de la calle había un lugar para aparcar vacío a la espera de ocupante. Pareció guiñarle un ojo invitándolo a ocuparlo. Manióbró para dejar con rapidez el coche allí y apagó el motor. Solo se oía el camión de la basura pasar por la calle adyacente. Después, silencio.

Palpó el bolsillo de su cazadora y sacó la llave del portal, que todavía conservaba en su poder de cuando vivía con ella. Recordó que, nada más divorciarse, alguien le dijo que Susana había cambiado la cerradura, pero supuso que solo sería la de su casa. No la del portal. Él la había conservado

como un trofeo estúpido sin razón aparente. «Igual todavía funciona, seguro que sí», pensó.

Se bajó del coche y avanzó por el lateral de la casa, que daba a una calle peatonal. Desde allí observó que había luz en casa de su ex y, sin pensarlo dos veces, volvió sobre sus pasos. Con la mano derecha extrajo la llave y accedió al portal. Las luces automáticas se encendieron y apareció la lujosa entrada. En los mármoles claros había una indicación de que al fondo de la entrada había dos ascensores. A su izquierda, una puerta con llave que daba acceso a los garajes de los propietarios. Comenzó a subir las escaleras con intención de no usar los ascensores, pero se detuvo en el segundo escalón. Volvió sobre sus pasos e introdujo la llave de acceso al *parking* privado. La cerradura todavía era la misma. Pocas cosas habían cambiado en un lugar que conocía bien. Aun así, aquel lugar le estaba resultando ajeno.

La imagen de cuando compraron el piso y se fueron a vivir juntos apareció nítidamente en su memoria. Tanto como para detenerse. El recuerdo de aquellos días fue tan claro que le pareció oír las risas y la ilusión de cuando inauguraron el piso. Y de cuando nació su único hijo, y de las mañanas de trabajo para sacar todo aquello adelante. Nada quedaba de eso. Solo un recuerdo amargo y desubicado. Como si nunca hubiera ocurrido. Difícil imaginarse cómo una amante esposa puede convertirse en el enemigo más feroz de uno. Aquello era una cosa que apenas lograba controlar. En aquel momento, solo la imagen del terrible episodio del bolo de Lemóniz acaparaba su pensamiento. «Cómo se puede generar tanto odio donde una vez hubo el suficiente cariño para forjar una vida en común», pensó con la cabeza saturada.

Aquel pensamiento le resultó ajeno. La obsesión de ajustar cuentas era bastante más fuerte. Le hizo sentirse un justiciero poseedor de la razón más absoluta. Su mujer tenía que pagar todo aquel cúmulo de provocaciones que se habían ido amontonando en su cabeza. Y lo tenía que hacer ya.

Bajó por las escaleras y, de nuevo, las luces automáticas se encendieron.

Miró las dos plazas de garaje que disponía en propiedad Susana. Su coche estaba en una de ellas. La otra plaza estaba vacía. Imaginó que el coche de su hijo estaría en Madrid, como todos los domingos desde que empezó a estudiar allí. Salió del *parking* casi de puntillas y comenzó a subir hasta el cuarto piso. Según lo iba haciendo, se convencía de que aquello era lo que la zorra de su mujer se merecía y no había más opciones.

La puerta blindada de la entrada al piso de Susana era de color madera clara. Andoni observó la cerradura doble y enseguida supo que la única opción para acceder a su interior era la más lógica. Tocar el timbre. Miró la hora con recelo. Las doce y cuarto de la noche. Todo le pareció tan sensato que puso el dedo sobre el timbre y apretó decidido. La campanilla sonó con una melodía dulce, nada acorde al momento. Palpó el cable de televisión enrollado en el interior de uno de los bolsillos de su cazadora. Nada más hacerlo, su corazón se aceleró como quien intenta un adelantamiento *in extremis* en una carretera estrecha.

Susana, en el interior, se ató la bata que tenía puesta. Se levantó del sillón y se dirigió a la puerta de la calle. Al llegar a esta, se percató de que ambas llaves estaban echadas, así que no podía abrir solo con la que llevaba.

—Espera, Manuela —se oyó decir a Susana desde el interior del piso—. No encuentro la segunda llave. Espera un segundito, creo que está todavía en el bolso —agregó en voz alta.

Andoni no respondió, pero entendió perfectamente lo propicio de la situación. «Qué fácil», se dijo en silencio. La espera se le hizo tan tensa que miró a los lados nervioso, a pesar de saber que el rellano solo tenía una puerta y que, además, siendo el último piso, la posibilidad de que alguien pasase por allí era casi nula. El tiempo se le hizo eterno y muy denso. La luz del descansillo se había apagado. El hombre se había quedado tanto tiempo quieto que los detectores de movimiento del descansillo lo habían dejado de detectar y la habían apagado. La oscuridad se podía palpar.

Se oyó el tintineo de las llaves acercarse. Las dos cerraduras cedieron con

rapidez. La claridad de la entrada iluminó la escena.

—Empezaba a preocuparme, estabas tardan...

El golpe en la cara fue tremendo, e hizo a la mujer rodar por los suelos hacia el interior de la casa. Andoni entró como un torbellino y cerró la puerta de la casa tras de sí de un solo movimiento. El portazo sonó sordo.

Susana se levantó casi de inmediato. Todavía aturdida, corrió hacia el teléfono, pero no fue capaz de alcanzarlo. La figura de Andoni, que conocía bien la casa, se lo impidió bloqueando con su cuerpo el paso. El segundo golpe, sin darle opción a que pudiera decir nada, fue de nuevo en la cara, seco y muy violento, y proyectó a la mujer de nuevo al suelo. Cayó de espaldas. Andoni se sentó encima de ella y, en un movimiento increíblemente rápido, sacó el cable de televisión y lo enrolló en el cuello de la mujer con dos vueltas. Comenzó a apretar con fuerza.

Susana parecía estar ya inconsciente, pero, cuando notó la presión en el cuello, reaccionó e intentó desembarazarse de Andoni. Sin embargo, sus esfuerzos estaban siendo inútiles. La mujer arañó tímidamente el rostro de su atacante, pero enseguida sus manos volvieron hacia sí misma en un intento de retirar la increíble presión que el cable estaba ejerciendo sobre su cuello.

—¡Eres una zorra! Lo que me has hecho no tiene nombre, ¡eres una hija de puta! —chilló Andoni de corrido a escasos centímetros de su rostro.

La mujer intentó volcarlo hacia uno de los lados, pero la fuerza del hombre era muy superior. No había escapatoria.

—Te voy a matar, pero quiero que sepas quién lo va a hacer. ¡Mírame bien, malnacida! —exclamó en voz alta—. ¡Para que no te quepa la menor duda! —repitió vocalizando y acercándose ostensiblemente a la cara de ella sin dejar de apretar el cable alrededor de su cuello.

Las manos de la mujer aún intentaron desesperadamente aflojar la tensión metiendo ambas manos entre su cuello y el cable, pero la ausencia de aire circulando por su garganta estaba empezando a dejar sentir sus efectos. La niebla comenzaba a ocupar sus ojos mientras ella bajaba los párpados.

Manuela Cortázar tuvo la impresión de que una leve niebla nocturna estaba bajando. Entró en la plaza de garaje que ocupaba habitualmente el hijo de Susana. Aparcó el coche en paralelo al de su jefa. Miró el reloj mientras lo dejaba. Las doce y veinte de la noche. Su móvil la avisó, parpadeante, de que había actividad reciente. Un mensaje de Susana:

—*¿Por dónde andas? Ya es muy tarde.*

Y su respuesta, de hacía algo más de diez minutos:

—*En diez minutos estoy allí.*

No había habido respuesta posterior, pero el cambio de color del simbolillo del mensaje indicaba que lo había leído.

Cerró el móvil y salió del vehículo. Entró a través de las escaleras directas de acceso desde el *parking* al rellano de los ascensores. Observó distraídamente cómo la figura silueteada de un hombre de espaldas salía del portal con cierta prisa. Aprovechó que el individuo había dejado abierta la puerta de uno de los ascensores, entró en él y pulsó el botón del último piso. Empezó a sentirse bien. Dormir con la persona que quieres es abandonarte en sus brazos a otro mundo donde lo máximo que te puede suceder es que alguna extraña e inofensiva pesadilla te asalte.

Las puertas del ascensor se abrieron con suavidad al llegar al cuarto piso e hicieron que Manuela se cambiara de mano las llaves, haciendo que tintinearan levemente. Los detectores de movimiento iluminaron el descansillo al notar su presencia. Metió la primera llave en la cerradura superior y, al verla desbloqueada, cambió de llave e intentó abrir la que estaba a la altura de su cintura. Se extrañó de que tampoco estuviera con las dos vueltas de

seguridad dadas. Siempre que entraba daba la bienvenida nada más abrir la puerta, pero la visión de un recodo del *hall* le dio un vuelco al corazón e impidió que pudiera decir nada.

Su reacción fue muy rápida. De instinto de supervivencia. Nada sopesada. La reflexión pausada que da una décima de segundo.

El golpe fue violento y seco. Con las dos manos y sobre la misma cabeza del atacante. Con lo primero que vio en la repisa de la entrada de la casa de su amante. La pesada figura del Dios del Sol en obsidiana pulida y maciza dio luz diáfana mientras estallaba hecha añicos contra la zona derecha de la parte posterior de la cabeza de Andoni. Este cayó desplomado a la derecha de Susana. La alfombra de la entrada amortiguó su caída. Dos trozos de color azabache del objeto impactaron contra la pared.

Las manos de Manuela temblaban mientras sostenía entre sus manos el trozo más grande de su improvisada arma. Lo levantó para rematar al agresor, pero enseguida se dio cuenta de que, al partirse, el objeto romo se había convertido en un arma afilada con los cantos de obsidiana transformados espontáneamente en cuchillas. Bajó los brazos lentamente al ver que Andoni no se movía y apartó su arma dejándola sobre el suelo mientras se apresuraba a retirar el cable que oprimía el cuello de Susana. Su corazón latía como si fuera a despegar.

—¡Susana! ¡Susana! —gritó fuera de sí mientras le retiraba el cable anudado a su garganta.

El roce del cable la había hecho sangrar levemente durante el forcejeo, y el moratón que se veía a lo largo de su cuello era casi azul. Pero la mujer seguía sin reaccionar.

—¡Susana! ¡Por favor, Susana! —gritó aún más fuerte. Abofeteó su rostro intentando que volviera en sí, pero la mujer seguía inerte. Yacía inmóvil como un cadáver.

El silencio rasgaba la voz desesperada de Manuela, que intentaba que su amante se reanimara. Pero no estaba dando resultados. Su rostro tenía

tonalidad cianótica. El cuerpo de Andoni estaba muy cerca, casi paralelo a ella, y seguía inquietantemente inerte. La herida del golpe sangraba y goteaba sobre el suelo, pero no demasiado. Susana continuaba inmóvil, con la boca muy abierta, y Manuela pensó por un momento que por muy poco había llegado tarde. Que el malnacido de su exmarido había cumplido sus amenazas.

Manuela se acercó a la mujer. Cerró con los dedos la nariz de Susana y cogió todo el aire que pudo. Se lo introdujo a su amante por la boca sin dejar de mirar de reojo hacia el cuerpo de su atacante. No sabía cómo se encontraba con exactitud, pero no quería más sorpresas. Las manos le temblaban de manera incontrolada. Su cabeza solo pensaba a trompicones. Agarró la mano de Susana intentando cogerle el pulso, pero su estado de nerviosismo era tal que no fue capaz de hacerlo. Soltó el brazo de la mujer, que rebotó inerte sobre la alfombra.

Volvió a coger aire para que este llegara a los pulmones de Susana. Lo hizo con tanta fuerza que casi se marea. Nada más apartarse para intentarlo por tercera vez, se oyó una tos tan leve que hizo dudar a Manuela de dónde provenía. Si de Susana o Andoni. Manuela pensó en llamar a emergencias, viendo el teléfono al fondo, pero primero tenía que hacer reaccionar a Susana. Aquello tenía prioridad absoluta. Por lo menos antes de que Andoni volviera en sí. Y eso en caso de que su amante no estuviera ya muerta. La puerta de la calle seguía abierta. El fondo del descansillo era un pozo de oscuridad total.

Manuela cerró los ojos. La oscuridad era total en su mente. Respiró muy profundamente y volvió a meter aire en los pulmones de Susana. Notó que estos se hinchaban. Pero la mujer seguía sin reaccionar. La imagen de su novia medio muerta delante de ella, en sus propios brazos, fue tan fuerte que reunió todas sus fuerzas que le quedaban para hacerla reaccionar.

—¡Susana! —gritó desesperada mientras, de nuevo, abofeteaba el rostro de la mujer con violencia, en un intento impotente de hacer que su jefa volviera en sí.

Pero no lo estaba consiguiendo.

El nerviosismo de la situación alcanzó su grado máximo cuando Manuela, con el rabillo del ojo, observó con espanto cómo Andoni levantaba el brazo y se lo llevaba a la cabeza. Pero pronto cedió, y la articulación volvió a caer a peso mientras Andoni mascullaba palabras ininteligibles. La cercanía de los dos cuerpos inertes la estaba superando.

Miró el trozo de obsidiana rota a su vera con temor. Si Andoni volvía en sí tendría serios problemas. Aquella angustiada escena no la dejaba pensar con claridad.

Por un momento, razonó con claridad y realismo, y pensó que su novia estaba ya muerta y que si su agresor volvía en sí tendría que salir a escape escaleras abajo. No tenía más opciones. Le doblaba en volumen y fuerza. Y no tendría mucho tiempo para hacerlo. Tendría que abandonarla. La puerta de la calle seguía abierta, pero los detectores de movimiento seguían manteniendo el descansillo a oscuras al no notar actividad. Aquella visión fue un acicate.

Volvió a meter en el cuerpo de Susana la última y definitiva ración de oxígeno, en lo que temió que simplemente fuera un beso de despedida.

Sus ojos empezaban a llorar una muerte anunciada.

Unió todas sus fuerzas para cambiar la posición de su jefa y dejarla sobre un lado, pero aquel peso muerto era demasiado para ella, y apenas logró moverla.

Fue al volver a su posición original cuando, por fin, Susana tosió varias veces. Los gritos arreciaron.

—¡Susana! ¡Soy Manuela! ¡Haz un esfuerzo, levántate! ¡Por favor! —gritó despavorida.

Le pasó el brazo por debajo del cuello, pero Susana, por ahora, no sabía ni siquiera dónde estaba. A pesar de que la vida seguía en su interior, continuaba siendo un peso muerto. La mujer volvió a toser mientras la tonalidad cianótica de su rostro iba perdiendo intensidad. Abrió los ojos, pero sus pupilas seguían jugando al escondite en su interior. Solo el color blanco asomaba por las cuencas.

Entonces, Andoni volvió a levantar el brazo, y esta vez fue capaz de mantener la palma de la mano apoyada en la zona exacta del impacto que había recibido en la cabeza. Tosió varias veces. Después balbuceó algunas palabras inconexas levantando el otro brazo.

La mirada de Manuela rezumaba terror. Se dio cuenta de que no tenía tiempo de hacer nada más que enfrentarse al agresor. En un instante de lucidez, pensó que lo más sensato era inmovilizarlo, y la cinta americana de la cocina sería un buen método. Dejó el cuerpo de Susana abruptamente sobre el suelo y corrió hacia la cocina. Las toses de su amante le parecieron gritos de ánimo.

Buscó desesperadamente el rollo de cinta americana que sabía que Susana guardaba en uno de los armarios de la parte trasera. Desde el fondo de la cocina, no dejaba de observar con horror que Andoni estaba empezando a incorporarse apoyándose precariamente en un brazo mientras con el otro se agarraba la cabeza. Avanzó hacia la zona más profunda de la cocina. Andoni

desapareció de su campo de visión durante unos instantes que le parecieron horas. Tiró nerviosamente tijeras, tenedores y demás artilugios buscando la cinta americana. Rebuscó hasta encontrarla en una de las esquinas del armario.

El filo de un cuchillo sobre la tabla de cortar, con su afilada hoja, le llamó la atención. Sin pensarlo, lo cogió y se lo metió en el bolsillo trasero del pantalón. Parte del pequeño cuchillo rompió el forro. «Vamos, vamos, vamos —se dijo a sí misma— no tienes mucho tiempo. Puedes hacerlo. Tienes que inmovilizarlo antes de que sea demasiado tarde.»

Corrió de vuelta a lo largo del pasillo mientras intentaba, con la boca, sacar el extremo de la cinta americana, que se empeñaba en seguir pegada entre sus propias vueltas. La visión de la mitad del recibidor la hizo detenerse en seco. La cinta americana se le escurrió entre los dedos. Le dio un escalofrío. La figura solitaria de Susana ocupaba toda su visión. Tosía. Andoni había desaparecido.

Las toses de Susana le volvieron a sonar bien. El terror de no saber dónde estaba Andoni, en cambio, la paralizó. Miró a su alrededor y vio abiertas las puertas de las tres habitaciones. Le hicieron temblar de nerviosismo. Tuvo la sensación de hallarse en plena emisión de un concurso macabro: «Adivine dónde está su agresor».

Se dio la vuelta y encendió con rapidez todas las luces de las habitaciones. Su corazón latía con mucha fuerza. Solo el brazo de Susana dirigido a la entrada hizo que avanzara blandiendo el cuchillo que acababa de sacar de su bolsillo.

—Se ha ido... —dijo Susana, con un hilo de voz, señalando la puerta de la calle abierta. Después volvió a caer desmayada otra vez.

—Buenos días —dijo Jon Ander.

Vicente levantó la vista del ordenador y apuró su taza de café.

—Tenemos cosas nuevas —dijo sentándose—. Bastante guapas para ser lunes.

—Espera que venga Jaione, que está ordenando una cosa y me ha dicho que venía enseguida. Adelántame algo.

—Ya tenemos la comunicación del teléfono desde la casa de Asier.

—¿De quién era?

—Estaba hablando con Maite Abasolo. Los de telefonía me lo han confirmado hace media hora.

—Ya. Pero con eso no avanzamos demasiado. Solo nos confirmaría que la tal Maite sabía de la existencia del desván y que se reunían allí. Eso ya nos lo dijo ayer la propia Irene.

—Sí, pero hay otra cosa. La llamada siguiente es a otra persona. Es al teléfono móvil de Eduardo Armendáriz.

—Ya, pero pudo ser para algún tema de los dichosos extras. No sé si eso puede significar algo.

—Al no tener la certeza de la hora de la llamada y estar hechas tan juntas, ¿no podría ser que la mujer de la limpieza de la casa de Asier se equivocara o, simplemente, no supiera concretar la hora con exactitud y esa comunicación en la que se hablaba del desván fuera con Eduardo en vez de con Maite?

—Podría ser. O con los dos. Una detrás de otra.

—De esa manera tendríamos a otro más en los ejercicios espirituales del desván —respondió con sorna Jon Ander.

—Pero en las imágenes del ordenador no sale Eduardo.

—Te recuerdo que en el ordenador no aparece nadie.

—Sí, coño, sí.

—Otra cosa, la autopsia de Miguel dictaminó infarto. Tiene una observación referida a las dentelladas de perros, y dice que fueron *post mortem* pero con una distancia muy pequeña entre los dos sucesos, la muerte y las mordeduras. Ante lo cual, el forense no asegura al cien por cien que la muerte no hubiese sido por el ataque de algunos perros. Concluye que fue casi todo al mismo tiempo. Pero su teoría es que murió de infarto y que nada más desvanecerse los animales le atacaron. Debía de ser tan claro el infarto que no se investigó este detalle. Si solo hubiera el ataque de los perros, sí lo hubieran hecho.

—¿Un ataque de esta índole podría provocar un susto que diera lugar a un infarto?

—Podría.

—Joder, pues eso no nos ayuda mucho, porque el cadáver de Miguel se incineró, ¿no?

—Así es —corroboró Jon Ander.

Jaione entró en ese mismo momento en el despacho y cerró la puerta tras de sí. Su cara denotaba cierta aceleración.

—¿Qué pasa?

—Esta noche ha habido lo que de momento parece un caso de violencia de género, vamos, un intento del antiguo crimen pasional —añadió con retintín—. Me acaban de pasar el papeleo. Tengo un buen follón. Hay dos personas ingresadas. Una de ellas en la UVI. Y voy a interrogar a la única testigo. Está aquí. Acaba de poner una denuncia por una agresión a su jefa en su propia casa. Todo ha pasado en casa de la mujer. De madrugada.

—¿Tienen algo que ver con nosotros? No llevamos los casos de violencia doméstica. No está dentro de nuestras competencias.

—Este en concreto, creo que sí. Los ingresados son Andoni Armendáriz y

Susana Sánchez. La tercera, la que ha puesto la denuncia, es Manuela Cortázar.

Vicente y Jon Ander se miraron incrédulos.

—Según el relato de los paramédicos —continuó Jaione—, ha sido el caso más sorprendente que han tenido nunca. La ambulancia acudió a la casa de Susana Sánchez después de una llamada hecha a emergencias localizada desde su casa. Pero, alucinas, cuando entraron en el portal, encontraron a Andoni tirado en el suelo. Estaba desmayado. Y, claro, lo primero que hicieron fue atenderle pensando que él era el origen del aviso. Pero, en realidad, la llamada la había hecho Manuela para Susana, que estaba en el piso de arriba. Fue un follón hasta que se aclaró todo. Tuvo que venir otra ambulancia. Todo esto es el parte de los nuestros que llegaron allí a través de la comunicación del propio personal de la ambulancia.

Los tres policías leyeron los partes médicos, que se habían elaborado de madrugada. Como Jaione había advertido, habían acabado en el hospital. Andoni estaba ingresado en observación y Susana estaba en la UVI.

—Varios agentes nuestros se han hecho cargo de Manuela cuando ha abandonado el hospital a requerimiento de ella, que desde el primer momento ha querido denunciar los hechos.

Vicente y Jon Ander leyeron de manera rápida los partes médicos:

Fuerte contusión en el parietal izquierdo. Contusiones y abrasiones en el cuello. Edema cerebral por causa probable de estrangulamiento. Pronóstico de la paciente: muy grave dentro de la estabilidad. Próximo parte en veinticuatro horas.

Ese era el resumen para la situación de la mujer.

El varón:

Conmoción cerebral severa por supuesta agresión con objeto sólido en la zona posterior de la cabeza. Dos grandes hematomas craneales, el primero en la región occipital y el segundo en la región frontal. Situación del paciente: estable dentro de la gravedad. Ingresado en planta.

La última frase de ambas partes estaba puesta en negrita y hacía de epílogo: «Trasladar con urgencia los datos a los servicios jurídicos y policiales

competentes».

Después de debatir varios puntos, los tres policías decidieron acudir donde se encontraba Manuela. Jon Ander y Jaione entraron en la habitación donde se hallaba la mujer. Vicente permaneció fuera observando la acción de sus policías. Sus ojos miraron con atención.

El aspecto de Manuela delataba que había pasado la noche sin dormir.

—Necesito que se tranquilice. Si no, va a ser imposible poder sacar nada en claro —dijo Jon Ander—. Quiero que me explique, con pormenores, todo lo que sucedió ayer a la noche.

Jon Ander pensó que la imagen que ahora ofrecía Manuela era muy distinta de la que él se hizo de ella cuando habían desayunado juntos hacía unos días en la cafetería que la propia empresa Delicius tenía en el centro de San Sebastián.

La mujer relató los hechos de manera resumida. Tanto, que el policía necesitó preguntarle varias cosas. Y fue el propio tono de Jon Ander al solicitarle algunas aclaraciones el que hizo desconfiar a la mujer.

—¿Usted golpeó a Andoni?

Manuela afirmó con la cabeza.

—¿Con qué lo hizo?

—Con la figura que había a la entrada de su casa. Fue lo primero que vi. ¡Estaba matando a Susana! —dijo con la voz entrecortada al mismo tiempo que la elevaba.

Manuela estaba muy nerviosa, y de su imagen de mujer dura no quedaba absolutamente nada. Solo parte del ala del águila tatuada en su espalda asomaba tímidamente sobre su hombro intentando mantener la entereza, pero no lo estaba consiguiendo.

—Según el parte que tengo entre manos, usted dijo que llegó pasada la medianoche a la casa de Susana Sánchez. Y encontró a la mujer tirada en el suelo y con el agresor encima de ella intentando ahogarla.

La mujer asintió con la cabeza.

—¿Cómo abrió la puerta? —preguntó Jaione.

—Tengo llaves.

—¿Tiene usted llaves de la casa particular de su jefa?

—Desde hace muy poco. Ha sido providencial. Si no me las hubiera dado, no hubiera podido hacer nada.

Manuela respiró hondo antes de volver a hablar. La cara del policía seguía interrogándola.

—Desde hace un tiempo mi jefa es también mi novia.

Jaione, en un gesto instintivo, alargó la mano hacia Manuela, una reacción totalmente incorrecta en un policía. Nada más darse cuenta, desvió el movimiento con elegancia. Jon Ander la miró sorprendido de reojo. Vicente, desde fuera, observó la escena sin cambiar de expresión.

—La iba a matar. Andoni siempre ha querido hacernos daño —dijo con el rostro muy serio.

—Usted alega que la agresión fue en defensa propia, ¿verdad?

Aquella afirmación tenía una carga profunda de posible duda, y Manuela lo percibió así. A pesar de ello, pareció no inmutarse al afirmar con la cabeza.

—Pero usted lo golpeó repetidas veces.

—Solo una.

—Que nosotros sepamos, por lo menos dos.

—Solo una —insistió con cara muy seria.

—¿Creéis que esta mujer nos está diciendo la verdad? —preguntó Vicente. Jaione y Jon Ander se encogieron de hombros.

—Tengo demasiadas incógnitas en la cabeza —dijo el subcomisario.

—El asunto tiene algo que ver con el asesinato de Asier Ruiz, fijo —aventuró con una ligera sonrisa Jon Ander.

Vicente lo miró con interés.

—Espero que tengas algo más que contarme para confirmar tus

observaciones.

—No, por ahora no, pero puedes dar por hecho que pillaré cuál puede ser la relación. Te recuerdo que mañana mismo iba a hablar con la tal Manuela porque, según el relato de Andoni, ella fue la última, que sepamos, en hablar con Asier. Ahora no he querido decirle nada porque no me ha parecido oportuno en el estado en que estaba.

—Ya. Pero, por ahora, no tienes nada —insistió el jefe.

—Vamos, Vicente. Estos tres han tenido una reyerta barriobajera en casa de Susana que casi se matan entre ellos. ¿Qué es lo que se han dicho o echado en cara? No lo sabemos. Pero algo muy serio hay entre ellos.

—No te creas. A veces, el odio entre antiguas parejas suele estar sustentado en pequeñas tonterías acumuladas, que, en sí, no son nada grave. Ocurre casi siempre. Los hijos, el negocio o las antiguas amistades comunes suelen ser suficiente. Muchas veces, nimiedades. En ocasiones son solo silencios acumulados que generan un odio mutuo que se expande como si fuera un virus. Por no hablarlo y aclararlo, se va quedando ahí, como el polvo que se acumula. Cuando les preguntas por qué no se hablan, no son capaces de decirte nada coherente. Lo han olvidado. Aunque igual en este caso hay algo más. No lo sé.

—De acuerdo, no digo que no, pero yo quiero hablar con Manuela Cortázar mañana mismo y volver a intentar que me diga más cosas o, simplemente, la verdad. Espero que esté más tranquila.

—Y después habrá que hablar también con los dos hospitalizados.

—En caso de que salgan de esta —apostilló Jon Ander.

—No fastidies, espero que sí —comentó Jaione.

—Las opciones son amplias —añadió el jefe—. Podría ser que Andoni fuera a ajustar cuentas con las dos mujeres y le saliera mal.

—Pero también podría ser que Susana y Manuela hubieran urdido un plan para deshacerse del jefe de Avocado... y les saliera mal.

—Además, ella dice que solo lo golpeó una vez para quitárselo de encima.

Y eso no coincide con el parte médico —añadió Jaione.

La puerta sonó, y un agente de la Ertzaintza asomó por la puerta del despacho de Vicente.

—Jon Ander, tengo a una mujer que ha preguntado por ti. Ha dicho que viene a denunciar un crimen. Se llama Irene Arrizabalaga.

—Señora Arrizabalaga, haga el favor de esperar en los asientos del fondo, enseguida estará con usted el oficial instructor —le dijo el agente desde la ventanilla de entrada de la comisaría de la Ertzaintza.

Al poco rato, la mujer fue llamada a una de las dependencias privadas. Allí llegaron Jon Ander y Jaione.

Fue el policía el primero en hablar.

—Usted dirá, Irene.

La mujer estaba muy nerviosa. A pesar de ello, su hablar era pausado y sin fisuras. Tenía la melena recogida en una coleta, pero estaba destensada, y su jersey de cuello alto gris parecía protegerla. Un mechón de pelo cruzó distraído su rostro en el momento de empezar.

—Creo que ya sé quién asesinó a Txiki.

El silencio se hizo denso. Jaione abrió su carpeta.

—Díganoslo y podremos empezar a trabajar en ello enseguida. Cuántos más datos sepamos, más rápido iremos. Comience, por favor.

La mujer matizó con rapidez.

—Sé que fueron dos personas. Y que lo hicieron porque Txiki les amenazó con abandonarles.

—¿Abandonarles?

—No sé a qué se refería.

—¿Qué dos personas?

—Eso tampoco lo sé. Solo sé que son MA.

Los dos policías se miraron con incredulidad, pero su rostro no varió un ápice. Aquellas miradas, extremadamente serias, tal vez deberían haber

cohibido a Irene, pero no fue así. Esta prosiguió.

—Estoy segura de que es el comienzo de un nombre.

—¿Qué quiere decir con MA? ¿Qué es MA exactamente?

—No lo sé. Se cortó la comunicación varias veces.

Jon Ander resopló.

—¿Quiere explicarnos de dónde sale toda esa información? —preguntó Jaione.

La mujer tardó en contestar.

—De Asier.

—¿Asier Ruiz?

Irene afirmó con la cabeza.

—Asier está muerto —contestó con rapidez la policía.

—Hablar con Txiki no es fácil. Necesito que todo esté en su sitio, y mi casa no es el lugar más adecuado para hacerlo. Desde el desván de su casa lo hacíamos mejor, y era más fácil intentar hablar con su hermano. Pero, ahora, con las rosas negras, parece que todo es más fácil.

—Bien —dijo Jaione cambiando de táctica con empatía—. ¿Le dijo Asier qué sucedió con exactitud?

—Me dijo que ahora está bien y que tiene a su hermano a su lado. Y que a él también lo asesinaron.

—¿A quién? ¿A Miguel?, ¿el que murió en Oma?

Irene volvió a afirmar con la cabeza.

La mujer policía respiró profundamente. Su gesto se pareció más a un resoplido.

—¿Y por qué piensa que MA es el comienzo de un nombre? Y ¿a qué se está refiriendo con lo de «abandonarles»?

—Supongo que a algún trabajo que hacían juntos con Txiki. No sé. Tenía algo desde la muerte de su hermano. Eso es lo que yo creo. Pero solo me dijo eso: MA. Y que su hermano está con él.

Jon Ander, que se había mantenido bastante callado, sonrió por dentro, pero

no pudo reprimirse la siguiente frase, que sonó socarrona, pero tan medida que no molestó a Irene.

—Pues es muy sencillo. La próxima vez que hable con él se lo pregunta. Así nos lo aclara.

Jaione miró de reojo a su compañero y mantuvo la seriedad que la frase de su compañero no tenía.

—No es fácil hablar con los muertos —insistió—. Por desgracia, me han dicho que las rosas son eficaces sobre todo cuando están frescas. Después, cuando se secan, no son tan válidas. Van perdiendo eficacia lentamente. Eso quiere decir que no tengo mucho tiempo. Por eso viajé hasta allí, hasta Turquía. Para conseguir flores frescas. Las secas ya las teníamos. Ya se lo expliqué el otro día.

—Ya.

«Esta tía está como una regadera», pensó Jon Ander.

—Entonces, quiere usted poner una denuncia solo con un supuesto. ¿Es consciente de eso?

—No lo sé. Él me dijo que era MA, pero después se cortó. Me dijo con claridad que está con su hermano y que se encuentra bien —repitió.

La mujer pareció darse cuenta de que lo que estaba diciendo era tan inconsistente que sintió la misma vergüenza que al principio, cuando tuvo que negarlo todo para después reconocer que sí hacía sesiones de charla animada con los muertos, que creía en la reencarnación y que era capaz, siguiendo las recomendaciones de su novio, de coger un avión a la otra parte del mundo para conseguir unas flores que facilitaran el contacto con el más allá. Y hacer entender eso a unos policías tan científicos y pragmáticos como casi todos los del mundo era una quimera.

Bajó la cabeza y se sintió descolocada. Rompió a llorar. De su determinación de llegar hasta los policías a denunciar al presunto asesino de Asier no quedaba ni un atisbo. Permaneció callada intentando con su silencio dar más fuerza a sus anteriores palabras.

—Mire, no vamos a hacer una cosa tan delicada como denunciar a nadie por algo tan... —Jaione buscó con rapidez adjetivos para no herir a Irene, y eligió el término «inconsistente» para terminar la frase—. Y, sobre todo, ¿a quién?

La insistencia de Irene era delicada, pero al mismo tiempo firme, como la de quien es sabedor de la verdad. Se secó las lágrimas con un pañuelo.

—Lo entiendo, pero tienen que creerme, Txiki me lo ha dicho. Y nunca llegué a dudar de él. Jamás. Mi vida se ha deshecho, y ahora intento rehacerla. Y, desde la conversación que tuve con él ayer por la noche, quiero que se haga justicia. Solo necesito eso.

—Lo entendemos...

—Pero también me ha dicho otra cosa —añadió Irene de repente.

Los policías esperaron sin cambiar su expresión. La de Jon Ander denotó algo de hartazgo.

—Me dijo que estaba en peligro.

—¿Se refiere a usted? Le dijo que usted estaba en peligro. ¿Es eso? —preguntó Jon Ander.

Jaione anotó el extremo, pero no dijo nada.

—¿Desconfía de alguien en concreto? Alguien que pudiera estar involucrado de una manera u otra en la desaparición de su novio y que quiera hacer lo mismo con usted.

—No lo sé. Pero fue la frase que más clara pude percibir. Irene, estás en peligro.

Jon Ander insistió.

—Podría ser alguien relacionado con su entorno. Usted ha hablado antes de ciertas personas. ¿Desconfía de ellas?

—Yo me fío de todo el mundo. Soy así. Pero ahora, desde que Txiki desapareció, es al contrario. No sé.

Los policías sintieron que, por ahora, era suficiente.

—Esperaremos veinticuatro horas y volveremos a hablar con usted. Le

ruego que esté localizable en todo momento. Vamos a sopesar la situación entre nosotros —dijo Jaione cerrando la carpeta que llevaba abierta desde el principio—. Si valoramos que necesita protección o vigilancia, no dude que la tendrá —añadió.

Vicente abrió la carpeta y leyó los datos que la oficial instructora Jaione había recogido durante la entrevista con Irene. Jon Ander intentó intervenir, pero su jefe lo interrumpió con la mano levantada. Tardó medio minuto en leer las anotaciones. Después cerró la carpeta.

—¿Qué ibas a decir? —le preguntó a Jon Ander.

—A mí me parece interesante lo que ha contado esta mujer.

—Yo no he visto nada. Te recuerdo que está diciendo que charla con los muertos. Nos sería muy práctico que lo hicieran para resolver casos, claro, pero eso es imposible —añadió Jaione—. No son más que historietas de gente con una pedrada importante. Los muertos no dan ruedas de prensa. Y tampoco acusan ni resuelven casos. Vete donde un juez y cuéntale milongas como la que acabamos de oír, vete.

Vicente afirmó con la cabeza.

—¿A qué asuntos o relación de Txiki se refiere?

—Os lo dije —añadió Jon Ander—. Asier consiguió una buena cantidad al heredar los bienes que su hermano, a su vez, había recibido cuando se repartieron la herencia en vida de su padre. ¿Os acordáis?

Vicente y Jaione asintieron.

—No ha dicho nada de dinero —objetó Jaione—. Ha hablado de negocios, nada más.

—Y, en el fondo, qué son los negocios, sino dinero.

—¿Podría ser que alguien estuviera recolectando dinero para algo?

—Tenemos que averiguar eso. Con urgencia.

—¿Tiene esto algo que ver con el asunto de Andoni y Susana?

—Podría.

—Y MA, ¿qué es MA?

—Irene ha dicho que podrían ser las primeras letras del nombre de alguien.

—Eso es lo que parece que ha interpretado. El muerto parece que no ha dicho nada más. Son las primeras letras de Manuela, por ejemplo, y de la compañera de piso de Irene, Maite —añadió Jaione.

—Lo que me preocupa es que ella haya dicho que está en peligro —dijo Jaione.

—Ya, pero te recuerdo que no sé si esta mujer no tiene demasiadas lagunas.

—Vamos con un poco de calma, porque no sé si os dais cuenta de que estamos discutiendo la certeza de las declaraciones de un muerto. Y eso no puede ser —dijo el jefe.

—Sí, pero declaradas y matizadas por un vivo —recalcó Jon Ander.

Los dos policías sonrieron, pero Jon Ander continuó reflexionando.

—Además, esta mujer se contradice. Ha dicho que fueron dos. Si nos ceñimos a ese dato, MA pueden ser también las iniciales de dos personas, no de una. Por ejemplo, Manuela y Andoni. O Maite y Andoni.

—No os olvidéis que son las supuestas declaraciones de un muerto —insistió el subcomisario—, y de poco nos valdrían en un juicio. Necesitamos pruebas científicas para aclarar esto. Pedir el permiso a un juez para registrar un piso con semejantes motivos es inadmisibile.

—Pero lo que ha dicho de sentirse en peligro. Igual tendríamos que ponerle vigilancia. Eso nos podría llevar a descubrir algo —dijo Jon Ander.

—Podría ser. Déjame que lo sopesé —contestó Vicente.

Vicente llegó a su casa y la comida olía de manera seductora. Como si el olor fuera humano y acariciara la nariz de manera zalamera y sabedora de su placer.

Françoise dejó en el ordenador el sistema de corregir exámenes abierto. Lo recibió con una sonrisa y, sin mediar palabra, le avanzó que tenía buenas noticias. Le enseñó en la pantalla de su teléfono móvil un mensaje de su hijo Pierre.

—Mañana cojo un avión de vuelta.

—Fenomenal —dijo Vicente mientras besaba los labios de su mujer.

—¿No te has tropezado con Alberto?

—No.

—Acaba de irse con Martín. Ha estado aquí dándole el biberón. Y, de paso, ha venido a dejarnos un plato que preparó ayer. Lo estaba calentando.

—Huele de maravilla.

—Sí que es verdad. Son albóndigas de verdel. Bueno, él las llama redondas. No sé muy bien por qué. Reminiscencias de trabajar en restaurantes de élite, supongo. Lo hace con una salsa con mucha cebolla y le echa comino. Ese será el olor que dices. Están superjugosas. A la masa le añade un poco de pan untado en leche. Yo ya he probado una —dijo con sonrisa maliciosa.

Vicente sonrió.

—Estás contenta de que vuelva —afirmó.

Françoise tapó la cazuela que acababa de abrir.

—Claro. Pierre es una persona entrañable. Además, se trata de mi primogénito.

Vicente sonrió.

—Estoy descubriendo que se parece mucho a su hermanastro Alberto. Bastante más de lo que pensé al principio. Y eso se debe no solo a ti. También a la gente que los rodeaba mientras crecían —añadió la mujer con media sonrisa.

—Seguro que también.

—De primero he preparado un poco de sémola con fresas.

Vicente y Françoise se comieron los dos platos y rebañaron la salsa del pescado hasta sacar brillo al plato. El subcomisario estaba en camiseta, y la mujer observó que sus antebrazos y su cara se habían redondeado, y pensó que esa imagen de las redondas que se estaba comiendo el policía era un símil bastante acertado de su impresión. Eso confirmaba, además, lo que el día anterior le había dicho su marido. Que estaba en el mismo peso que el día que cayó gravemente herido por aquella bala. Y sintió, entonces, que su hombre estaba del todo recuperado. El resultado estaba a la vista. Desde aquel percance, su marido compartía con asiduidad la comida del mediodía con ella. Incluso, Françoise había modificado parte de su actividad en la escuela Kunsthal para no dejar que el policía comiera solo en casa.

La mujer sintió que su vida era cada vez más estable. Con un nieto recién llegado —que había heredado un nombre mítico en la familia, Martín, que había influido en todo aquel que se hubiera acercado a él, aunque fuera de pasada— y su hijo Pierre volviendo de su extraña *tournee* mexicana. Volvió a pensar en él, sabedora de que vendría con noticias. Era solo una intuición. Sintió que era más bien una premonición.

Su silencio la hizo viajar virtualmente a su adorada Mérida. En un bucle de escasos segundos de duración, entre sorbos de agua y las últimas migajas del pan impregnado en salsa, le dio tiempo a pensar en el que fue su primer marido. Y su imagen, clavada a la de Pierre, le hizo recordar aquella zona vedada de su memoria: su amor desmesurado por Claude y la muerte de este, provocada por unos desconocidos que lo echaron de la carretera destruyendo

una familia. Y la autocensura extraña que se había impuesto ella, agravada por la desazón que le produjo tener que huir de allí sin oponer resistencia a aquella injusticia.

En ese mismo momento, y pasados tantos años, supo que la muerte no puede matar porque ya está muerta, y que lo único que puede hacer, como muchas cosas sin vida aparente, es servir de semilla, de abono que acelere el crecimiento de una nueva vida. La de una persona que representaba en ella todo su pasado. Una segunda oportunidad para que Pierre se encargara de hacer lo que al muerto no le dejaron: vivir.

La respiración honda de su marido le hizo volver de un plumazo a la mesa.

—¿Quieres algo de postre? Ayer hice yogures de vainilla. Están supercremosos, les eché casi un veinte por ciento de nata y dos vainillas recicladas.

—Venga, uno a medias —respondió Vicente—. No quiero comer mucho. Tengo bastante follón en la comisaría.

—Yo hoy no vuelvo a Irún. Tengo los exámenes corregidos y he quedado con Alberto para recoger al bebé. Tengo la tarde libre —añadió.

Vicente sonrió antes de contestarle.

—El nieto ha sido...

—Mágico —le interrumpió Françoise—. Ojalá que Pierre también encuentre uno para él.

—¿Vuela usted solo? —le preguntó el empleado de facturación del mostrador de Aeroméxico al ver a tres personas delante de él mirándolo.

—Sí, sí —respondió Pierre.

El Aeropuerto Internacional Benito Juárez de la Ciudad de México estaba abarrotado de gente. El trasiego de personas era frenético. María se sintió aún más sola entre la multitud. Su expresión era seria. Las palabras del empleado del mostrador le eran indiferentes. Como si no existieran. Le confirmaban una realidad que se negaba a admitir.

—Esa maleta tan pequeña puede llevarla consigo si lo prefiere —le aconsejó desde el otro lado del mostrador—. No es necesario facturarla. Y, al llegar a Madrid, no tendrá que molestarse en recogerla —añadió.

Pierre asintió con la cabeza.

Pancho, en brazos de su madre, se mantenía atento a todos los detalles. Aquel ambiente le era tan nuevo que todo lo que veía le resultaba atrayente. Cuando acabaron, se acercaron juntos caminando a los controles de acceso a la terminal. La mujer dejó al niño en el suelo y se abrazó a Pierre.

No hubo palabras. Solo cercanía enlazada.

—No sé qué decirte —susurró la mujer al oído de Pierre—. Tengo miedo. Hay demasiada agua en el océano que vas a poner en medio para que el oleaje no termine borrando los días que he pasado en tu compañía —añadió de una forma poética mientras la intensidad del abrazo arreciaba.

Las palabras de María estaban al borde de las lágrimas. El niño, que miraba la escena, notó algo extraño en su madre y se quedó atento a aquel

abrazo. Pierre se percató de su mirada y dejó los brazos de María. Pancho lo miró en contrapicado hasta que Pierre se puso en cuclillas.

—¿A dónde vas? —preguntó con voz aguda.

—Me voy a mi casa en España.

—¿Y cuándo vas a volver?

—Pronto. Verás como estoy aquí enseguida.

—¿Me traerás un regalo?

—Pues claro que sí, Pancho. Dame un beso.

El niño sujetó a Pierre por el cuello mientras besaba su barba cortita.

—Pinchas —protestó Pancho.

A María le pareció muy sincera la sonrisa de Pierre cuando dejó al chaval. La mujer se acercó al hombre y pasó su brazo por el de él. Avanzaron cogidos del brazo hasta el mismo límite del comienzo del acceso a las zonas de embarque. María no pudo reprimir un último abrazo. La pregunta que ella le hizo a Pierre fue calcada a la que su hijo le había hecho hacía un par de minutos.

—¿Cuándo vas a volver?

—No lo sé.

—¿Eso es lo único que me puedes decir? —dijo la mujer al borde de las lágrimas.

—Te juro que no lo sé. Tengo que ver a mi madre y después pensar con calma en lo que ha sucedido aquí. Tú también has llegado a mi vida como un torbellino. Han sido unas semanas maravillosas, pero ahora tengo que hacer balance.

—Si no piensas volver, dímelo ahora —dijo María en un tono balbuceante.

Pierre sintió que aquella frase era más dura que la simple realidad palpable y que resumía un intento de no prolongar una agonía incierta.

—Te llamaré —dijo sin responder a su solicitud y dándole un sutil beso en los labios. Pancho no perdía detalle de lo que estaba sucediendo.

Pierre agitó su brazo mientras se unía a la cola del control de equipajes. El

niño le respondió agitando los suyos ya desde los brazos de María. La figura del hombre se fue diluyendo. Los ojos de la mujer se fueron aclarando mientras abandonaban la terminal.

Pierre sintió el avión alejándose y allí, sentado en el centro de la parte trasera del avión —y, a pesar de estar rodeado de gente—, sintió que estaba muy solo. Intentó ver a través de una alejada ventanilla la tierra que estaba abandonando. Solo vio el cielo de México.

María condujo el coche, con su hijo en la parte trasera, y sintió que tal vez había vuelto a quedarse sola. Miró por el retrovisor y observó a su hijo, que pareció quedarse dormido ajeno a todo.

—Manuela, sabemos que usted podría haber sido la última persona en hablar con Asier Ruiz antes de que encontraran su cadáver en el contenedor. ¿De qué hablaron y dónde fue el encuentro? —preguntó la *ertzaina* Jaione.

La mañana en la comisaría había empezado densa y el café se encargaba de poner a todos a tono.

—Yo creía que me habían citado para hablar del intento de asesinato de mi compañera —protestó.

—No se preocupe, que de eso también hablaremos —la interrumpió Jon Ander—. Pero, si es tan amable, respóndame primero a esa pregunta.

Jaione miró a la mujer. Tenía su carpeta abierta. Dejó que fuera su compañero el que continuara hablando con Manuela. El calor en la salita estaba por encima del nivel de confort.

—No lo recuerdo muy bien. Habíamos quedado un poco antes de comer. Yo no tenía mucho tiempo. Estuvimos hablando de la contratación de extras y de algunas personas nuevas que iban a empezar a trabajar para nosotros. Estuvimos en nuestra cafetería de Amara Viejo. La misma en la que estuve hablando con usted el otro día —añadió dirigiéndose a Jon Ander.

—¿Eso es normal? ¿Quedar para dar simples datos que se pueden pasar por correo o por teléfono?

—No, verá —respondió Manuela a la defensiva. Se detuvo. Tardó unos segundos en proseguir—. Nosotros, cuando contratamos gente nueva, nos aseguramos de quiénes son exactamente. No me basta con una ficha. Queremos saber a quién metemos en casa. Traernos referencias es clave. Funcionamos así.

—Referencias de otros *caterings*, supongo —dijo Jon Ander.

Manuela asintió bajando la mirada.

—De donde sea. También de restaurantes o de hoteles. De cualquier lugar donde hayan ejercido su profesión.

—Si son de por aquí, sería del otro gran *catering* que trabaja en la ciudad —sugirió el policía.

—Sí, claro.

—O sea, que Asier solo le pasaba las extras que funcionaban de verdad. Tenía un trato de favor para con ustedes.

Tardó en responder. Pareció mascar la respuesta.

—Eso lo está diciendo usted. Txiki era una persona muy cercana a nosotros. Nos llevábamos bien. Cada vez nos estaba dando más trabajo. No sé quién pudo matarle, pero sí le diré una cosa. El jefe de Avocado es un asesino, y espero que después de lo que le ha hecho a Susana no salga en la vida de la cárcel.

El policía miró a su compañera rápidamente, cambiando de posición y de asunto con sutilidad.

—Bueno, no vaya tan deprisa —respondió el *ertzaina*—. Lo único de lo que tenemos constancia por ahora es de que ayer hubo una fuerte pelea en el piso de su jefa. No sabemos mucho más.

La neutralidad del policía hizo saltar a la mujer. Pero de manera muy comedida.

—Eso es un eufemismo. Lo que ayer hubo allí fue un intento de asesinato en toda regla por parte de ese animal. Lo que les he contado es verdad hasta la última letra. Andoni estaba estrangulando a Susana. Si llego a tardar solo treinta segundos más Susana estaría muerta. Les recuerdo que ella sigue en la UVI. No sé qué más quieren —agregó tapándose el rostro con las manos.

—Entiéndanos. Solo tenemos las declaraciones de usted. Y eso, por ahora, es solo un tercio del total. Todo eso en caso de que no hubiera más personas involucradas.

—Le aseguro que no.

—Tal vez si nos diera alguna buena razón por la cual Andoni quisiera matar a su jefa, nos ayudaría. Cuando digo buena es *buena con mayúsculas*. No me hable de antiguas rencillas de competencia porque eso no me lo creo —afirmó.

—Siempre han estado haciéndonos la puñeta. Siempre. Su divorcio fue un trauma para Susana. Empezó engañándola con una niña a la que casi le triplicaba la edad.

Jaione apuntó ese extremo, hasta entonces desconocido para los policías.

—Ya, pero una cosa es disputarse el trabajo o que ella tuviera que soportar una infidelidad con otra mujer y otra muy distinta una agresión tan brutal como la de ayer. Todavía no sabemos quién empezó la pelea. Usted dice que Andoni intentaba matar a Susana, pero tal vez solo se estuviera defendiendo —aventuró.

La mujer frunció el ceño mientras se reubicaba en la silla, que parecía habersele quedado pequeña. Negó con la cabeza.

—Yo estaba allí.

—Sí, pero por lo que usted misma ha reconocido, no desde el comienzo de la disputa.

—Usted no conoce nada de la personalidad de mi jefa. No me imagino nada que no sea lo que le acabo de contar. Susana es incapaz de hacer daño a nadie.

El policía la miró con un escepticismo medido.

—Eso es así —repitió—. Se lo he contado varias veces. Yo actué en defensa propia —respondió con un poso de tristeza—. Ojalá, del golpe, lo hubiera matado —dijo posando la mirada en el suelo.

—Se refiere de los dos golpes.

—Joder, les dije, y me reafirmo, que solo le di uno. No sé por qué me dicen eso.

—El informe médico dice que fueron dos. No le estoy diciendo que fuera usted la que se los propinó. Pudo atacar primero su compañera.

La mujer dudó.

—Usted no conoce a Susana —insistió con cierto desprecio—. El informe podrá decir lo que quiera. Yo les digo la verdad.

Los dos policías se miraron antes de volver a hablar. Esta vez, fue Jaione quien lo hizo:

—Vamos —dijo—. Cuénteme más detalles de su conversación con Asier.

—Ya se lo he contado. Para el fin de semana que estábamos preparando teníamos extras nuevos, porque muchos de los habituales se los había llevado Avocado a un evento supergrande que ellos tenían en Bizkaia para esa misma fecha.

—Eso todavía no nos lo había dicho. ¿Un evento muy grande?

—Sí, Txiki me contó que Avocado debía de haber conseguido que les dejaran hacer un bolo en la central nuclear de Lemóniz. Estaba reservando las extras con mucha antelación.

—No sabía que se podían hacer ese tipo de cosas allí —dijo Jon Ander.

—Eso no es calidad de servicio. Es circo —dijo con desprecio—. Nosotros hacemos, en Delicius, cosas mejores sin necesidad de tanta parafernalia.

—O sea, que ese día iban a necesitar muchas extras.

—Sí. Pero las íbamos a conseguir sin problemas —añadió Manuela—. Me lo dijo así. Pero también le diré que, ese día, Txiki estaba triste. Preocupado. Pero por algo más que no me quiso decir.

—¿Alguna sugerencia de por qué se podía sentir así?

—Yo creo que Txiki quería cortar con Andoni.

—¿Y eso?

—Txiki tenía contactos en ayuntamientos y diputaciones. Él se llevaba una comisión por hacer que Avocado se llevara los eventos que organizaban y puede que, al final, le diera miedo. Demasiados tratos de favor. Y supongo que querría cortar con eso porque estaría demasiado involucrado.

—O porque usted se lo estaba pidiendo, quería... participar en el reparto

—añadió Jon Ander de corrido, sin pensárselo—. Vamos, sincérese. De qué tratos de favor está hablando. No tengo nada contra usted, solo intento aclarar esto.

Tardó en contestar.

—Eso es mentira —dijo con énfasis. Su mirada era de nerviosismo. Se tocó el *piercing* de la oreja y bajó la mirada.

—Este asunto de las comisiones, ¿lo puede confirmar? Lo que está diciendo es muy grave.

Manuela negó con la cabeza.

—Mire, aquí cada cual mira para su casa, y la mía es Delicius, y también Susana. Y porque funcione mejor hago lo que sea. ¿En qué mundo se cree que vivimos? Todos damos codazos. La clave está en esquivar los que te propinan y que lleguen a buen puerto los que tú das. Vamos, señores, no les resultará nuevo lo que les estoy contando.

Los *ertzainas* se apoyaron en el respaldo de su silla.

—¿Cuándo acabó usted su reunión con Txiki?

—A la hora de comer.

—¿Podría ser más exacta?

—Sería antes de las dos y media. Sí, porque, cuando llegué a la oficina, recuerdo que Susana ya había comido. Y yo comí un bocadillo rápido en nuestras cocinas.

—Tiene buena memoria.

Manuela notó cierta ironía.

—Simplemente me acuerdo de eso. ¿No es eso lo que me están pidiendo? Además, Txiki me dijo que había quedado con los de Avocado a la tarde.

Las miradas de los dos policías cambiaron.

—Eso es importante, porque esa tarde fue la del asesinato. Los de Avocado pueden ser muchos. ¿Quién? Andoni, Eduardo, su jefe de recursos humanos... ¿Quién?

El silencio de Manuela se prolongó durante unos larguísimos dos segundos.

—No lo sé.

—A las cinco y media del jueves usted estaba en su puesto de trabajo, ¿verdad?

Manuela asintió sin hablar. Se cruzó de brazos. Sus pantalones vaqueros negros y ceñidos marcaban sus piernas, que eran muy delgadas. Su cazadora, que estaba desabrochada, dejaba ver su camiseta granate de tirantes.

—Y, aparte de Susana, ¿tiene a alguien que pueda corroborar que estaba usted a esas horas en la oficina?

—Trabajo en mi despacho y me relaciono solo con mi jefa. No sé por qué me hacen estas preguntas. Tengo a mi compañera en el puto hospital y ustedes no hacen más que preguntarme cosas estúpidas —agregó Manuela con la voz entrecortada.

—Por ahora, no la molestamos más —dijo Jaione haciendo un gesto a Jon Ander para que cortara el interrogatorio—. Pero, por favor, esté localizable en todo momento.

Todos hicieron ademán de levantarse, pero fue Jon Ander el que hizo la última pregunta.

—Disculpe. Solo una pregunta más. La había olvidado. ¿Maite trabajaba estrechamente con Asier?

La mujer lo miró sorprendida.

—Ya se lo dije en su momento. Si Txiki faltaba por cualquier motivo, Maite se encargaba de todo. Y lo hacía casi tan bien como él. De hecho, desde que él falta lo está haciendo.

—O sea, que se llevarían bien entre ellos...

—Sí, supongo. Maite creo que es una buena persona. Desde que falta Txiki se encarga también de cuidar de Irene.

Eduardo Armendáriz recogió algunos papeles al ver aparecer en su oficina, enfrente de las cocinas centrales de Avocado, a Jaione y Jon Ander. Estaba terminando de hacer varias cosas. Llevaba la preocupación instalada en la cara. Acababa de salir de la oficina de recursos humanos de hablar con su jefe de personal y una de sus secretarias. Desde el mismo lunes estaba intentando solucionar los pagos que había originado el fallido bolo en la central nuclear. Al salir de aquella reunión, pensó que tal vez tendrían que pedir un crédito para pagar aquel desaguisado. A pesar de ello, los recibió con cortesía.

—Siéntense, por favor.

Jaione y Jon Ander se sentaron rodeando al cocinero.

—Necesitamos complementar la información que usted nos dio con respecto a la denuncia por agresión que interpuso contra Manuela Cortázar.

—No sé qué más añadir. Lo dije todo en los papeles. Entre esas dos casi matan a mi hermano. Creo que está claro, ¿no?

—Bueno, nosotros no lo vemos de esa manera. Podría ser, pero hay que confirmarlo. ¿Usted sabía que Andoni iba a ir a casa de Susana?

—No. Eso no. Mire, mi hermano campa a sus anchas y me informa de muchas cosas, y de esas, la mayoría a toro pasado. Pocas veces le he visto actuar de manera diferente.

Los policías lo miraron de tal modo que, inmediatamente, supo que aquella respuesta no iba a bastar.

—No lo sé. Andoni es muy impulsivo y, a veces, hace cosas sin meditarlas. Supongo que iría a hablar con Susana por alguna razón y...

—¿Qué iba buscando en casa de su exmujer?

—Desde que se divorciaron, siempre se ha llevado mal con mi excuñada. El sábado se convenció de que nos había boicoteado un evento muy importante. Y qué le voy a decir, en mi opinión, probablemente tuviera razón. Seguro.

—El de Lemóniz.

Eduardo se sorprendió al ver que los policías conocían esa información.

—Sí.

—Usted, por lo que veo, también lo cree.

—Siempre nos han estado menospreciando. Es normal, somos los dos principales grupos de *catering* que funcionan por la zona —respondió con amabilidad.

El tono sorprendió a los policías.

—Pero ¿qué sucedió exactamente el sábado en la central?

Eduardo pormenorizó los detalles del evento fallido de la central nuclear manteniendo un tono que parecía restar importancia a lo sucedido. Los dos policías se extrañaron al oírlo.

—Pero... vamos a ver. De todos los invitados al bolo, ¿no apareció ninguno? —preguntó Jon Ander.

—Ni siquiera uno de los más de quinientos que habían sido convocados. Fue todo un engaño.

—Pero, usted, supongo que pondrá una denuncia por este hecho —afirmó la *ertzaina*.

—Bueno, sí, cuando recopile los datos, que no son pocos.

—No le veo a usted muy preocupado por el incidente —se atrevió a aventurar Jon Ander.

—Sí que lo estoy. El enfado que tenía el sábado a la noche era del tamaño de la central. Ahora hay que hacer balance de lo que ha pasado. Que la gente te reserve mesas y no aparezca, por desgracia, es normal.

—Esto era algo más que una mesa.

—Sí. Ya verá como lo solucionamos —remató Eduardo.

—Tenemos una denuncia de agresión contra su hermano interpuesta por una de las personas que estaba en la casa.

—¿Cómo?

—Sí, no solo se ha interpuesto su denuncia. Hay otra hacia su hermano.

—Le voy a hablar claro. Yo solo sé que a mi hermano Andoni le han golpeado hasta casi matarlo en el portal de la casa de su exmujer o donde sea. Nada más. Y, si fue allí, estoy seguro de que estas dos pájaras lo estaban esperando. Con toda seguridad.

Su tono había cambiado, y los policías fueron conscientes de ello.

—¿Usted sabe por qué se divorciaron?

—No sé qué tiene que ver el divorcio con esto —protestó el cocinero.

—Respóndame, si es tan amable.

—Incompatibilidad de caracteres —añadió con una sorna medida—. Susana es una cabeza de chorlito. No sé cómo pudo engatusar a mi hermano. Una sinsorga.

—Los extras que utilizaron para el evento de la central nuclear se los pudo conseguir Asier, ¿verdad? Pero, claro está, la fase final no la remató él.

Eduardo tardó en responder.

—No. Claro.

—Y ¿le importaría decirme quién se encarga de los extras ahora? —preguntó Jon Ander.

—Las propias extras nos llaman. Ya veremos cómo nos arreglamos.

Jon Ander abrió su propia agenda.

—Parece que les interesa más el trabajo de un *catering* que el intento de asesinato de mi hermano —protestó Eduardo.

Los dos *ertzainas* notaron que el curso que tomaba la conversación lo estaba incomodando.

—Según nuestras anotaciones, sabemos que una tal Maite Abasolo se encargaba de eso a veces. No me dirá usted que no la conoce.

—Bueno, sí, Maite, a veces. Nada serio —dijo distanciando sus palabras.

—¿Usted siempre está aquí por las tardes? —preguntó el policía.

—Mi territorio son las cocinas. Y, por la tarde, casi siempre estoy aquí — insistió.

—¿Incluido el jueves en el que apareció incinerado Asier?

—Ese día estábamos en un bolo en Torre Satrústegui. Se lo dije y se lo repito. Hay muchos testigos.

—Maite entre ellos, ¿verdad?

—Sí. Ya se lo conté.

Eduardo Armendáriz arrancó el coche. De sus manos todavía emanaba cierto aroma de cebolla. Era tan habitual tenerlo que a veces lo pasaba por alto. Antes de comenzar la marcha miró la última llamada que tenía en el móvil. Se quedó pensativo durante unos segundos y, dejándolo encima del asiento del copiloto, comenzó la marcha.

Al llegar a la altura del estadio de Anoeta, aparcó el coche en batería y esperó la hora. Transcurridos cinco minutos, apareció a lo lejos una figura menuda envuelta en un vestido azul oscuro con florecitas en el bajo. Un pañuelo a juego rodeaba su cuello. Entró en el coche sin dudarle. El portazo sonó con una extraña dulzura.

—¿Qué pasa? —preguntó la mujer después de darle un pequeño beso en los labios.

Eduardo arrancó el coche sin contestarle.

—¿Para qué me has llamado? ¿Adónde vamos? Tengo un montón de cosas que hacer. ¿Qué era tan importante que no me lo podías decir por teléfono?

—La Ertzaintza ha estado conmigo y me han freído a preguntas —dijo el hombre con gesto adusto—. Escucha bien lo que te voy a decir. De ahora en adelante no vamos a hablar ni una sola palabra por teléfono de nada que no sea exclusivamente algo del currelo. ¿Me has entendido bien? —dijo vocalizando en extremo al pronunciar esas últimas palabras.

La mujer asentía con cara de sorpresa. Pero su contestación fue muy dura.

—¿Qué te crees?, ¿que esto iba a ser fácil?

—No descarto que tengamos los teléfonos intervenidos. Hay que mantener la calma.

—Todo iba perfectamente hasta que tu hermano la ha liado. Si no llega a ser por él, esto estaría más controlado.

—Igual eso nos ha allanado el camino —respondió Eduardo.

—¿Te han preguntado sobre lo de tu hermano o sobre lo de Txiki?

—Lo de mi hermano me importa un pimiento —respondió casi de corrido—. Ha hecho una de sus clásicas. Y no lo han matado de milagro. Estas dos son duras de roer. Me han preguntado sobre lo de Txiki, y eso me da miedo. No sé qué es lo que tienen. Tenemos que andar con mucho ojo. Y, de todas maneras, joder, nadie nos puede implicar en lo de Txiki. Tenemos coartada.

—Sí, pero confirmada por nosotros mismos. No sé... Ya te lo dije yo. Te precipitaste, como siempre.

—Sí, claro. Te recuerdo que nos amenazó con desmontarlo todo. Lo del ayuntamiento y también lo de la Diputación. Nos iba a dejar fuera de circulación. Y lo estaba empezando a hacer y pasándoselo todo a Delicius. Manuela lo estaba convenciendo de que ellas lo trataban mejor. Ella fue la instigadora. Esta hija de puta...

—Eso fue culpa vuestra por ofrecerle comisión por todos los eventos que hacíais. No era difícil darse cuenta de que un día eso saltaría y nos salpicaría de lleno. No puedes mantener durante mucho tiempo ese tinglado si no es untando a gente que nunca sabes si se va a cansar o, simplemente, descubrir el pastel cuando les dé la vena decente.

—Por eso había que hacer algo...

—Sí, pero hay que pensar más las cosas. No hacerlo así.

—Joder, pero él era nuestro enlace en las instituciones para que nosotros pudiésemos trabajar a nuestras anchas. Y te recuerdo que el montaje para amañar la concesión de los eventos se lo estaba pasando a la competencia. Nos amenazó con pasarlo del todo si no le aumentábamos su porcentaje. En los últimos meses había empezado a hacerlo. El trabajo estaba bajando y yo no lo iba a permitir. Incluso nos dijo que descubriría el pastel.

—Tendríamos que haber esperado. Yo lo tenía casi bebiendo de mi mano.

—No seas ingenua. Txiki era un faldas que intentaba tirárselas a todas.

Maite Abasolo se calló, y recordó sus intentos de enrollarse con él, que nunca habían dado los frutos deseados.

—Ahora, lo que nos ha complicado la vida ha sido lo de tu hermano. Porque están asociando la agresión de Andoni con lo de Txiki, aunque no tiene nada que ver. Y lo de Lemóniz... ¿quién os ha podido hacer una cosa así? —preguntó ella.

—Ha sido demoledor. Todo el tinglado que habíamos montado en Lemóniz... Algún hijo de puta malnacido. No quiero ni pensar en el dineral que hemos perdido. Igual mi hermano tenía razón. ¿Adónde estaba empezando a pasar todos los bolos el hijo de puta de Txiki? Manuela lo había conseguido. Lo sabíamos de primera mano. Hacia ellas. Estoy convencido de eso. Eso está claro. Txiki te contaba cosas, pero solo lo que le interesaba. Cada día que pasa, me convenzo más. La zorra de Susana pudo haberlo organizado todo.

—No digas bobadas. Susana es una persona muy diferente. Es una ingenua. Es casi imposible que haya sido ella. Yo veo a Manuela detrás. Eso te lo puedo garantizar.

—Claro, ¡qué cojones te estoy diciendo! Susana dirigida por Manuela. No sé, hostia, no sé —dijo Eduardo con desesperación.

—¿Y cómo llegó mi carnet al contenedor? No sé cómo se me pudo caer dentro... Pero hay otra cosa que te quería decir. Es muy importante. Hay una persona que igual nos puede hacer daño, un cabo suelto —dijo la mujer.

—¿Quién?

—Irene.

—Eso ya te lo dije en su momento, te lo dije —repitió el cocinero—. Esa es una chalada que habla con los muertos. Sabíamos que iba a ser una parte complicada del plan, pero no pensábamos que tanto. ¿Qué hacemos? Joder, ¿qué hacemos?

La mujer permaneció en silencio unos segundos.

—No lo sé. ¿Qué puede decir esta de nosotros?

—Irene es una sin sangre, de acuerdo. Pero está hablando con la policía, te lo recuerdo.

—Ahí quería llegar. También está intentando hablar con Txiki. Y eso me preocupa bastante más que lo que hable con la policía.

—Joder, no digas bobadas, ¿nos estamos volviendo todos locos o qué cojones? Txiki está muerto —dijo Eduardo vocalizando mucho al pronunciar esa última frase—. Los muertos ni hablan ni testifican en juicios ni hacen declaraciones a la prensa.

—No me refiero al muerto. Hablo de la viva, que puede enredarlo todo y hacer que alguien haga alguna cosa o diga algo que nos convierta en sospechosos. A mí me dijo una vez, no hace mucho, que sabía que Miguel, el hermano de Txiki, había sido asesinado, y que eso demostraría...

Nada más empezar aquella frase, la mujer calló.

—Yo qué sé lo que le pasó al hermano de Txiki. Me importa una mierda —interrumpió Eduardo.

Ambos permanecieron en silencio durante unos segundos. Maite recordó lo que pasó en el Bosque de Oma, con sus pastores belgas. Sus tejemanejes para lograr que su exmarido sacara a los animales de la protectora y entrenarlos con su ayuda. Cuando los devolvió se había llegado a encariñar de ellos, recordó. Deshacerse del hermano de Txiki y conseguir que su herencia fuese a parar a este para luego intentar liarse con él resultó ser un plan fallido que no llegó a buen puerto, aunque por muy poco. Era un plan descabellado pero, a la vez, calculado al milímetro. Con lo que nunca contó fue con que Txiki fuera bastante más fiel que la fama que sin razón aparente había cosechado. A veces, la amabilidad o un coqueteo sin importancia pueden confundirse con algo más serio.

Los pensamientos de Maite volaron a la magia del Bosque de Oma. Miró al cocinero y se sintió derrotada. Su plan B tampoco estaba funcionando como esperaba. Ahora estaba con Eduardo, pero, desde lo de Txiki, se sentía prisionera de él. No terminaba de fiarse.

Ella tenía la mirada tan perdida que Eduardo chascó los dedos delante de sus narices al verla así de ida. La mujer reaccionó. Su tono de voz fue lánguido, aunque firme:

—Irene ha ido a hablar varias veces con los polis y no sé qué les está contando. Yo, las veces que he hablado con ellos, he intentado desacreditarla, pero no sé seguro qué es exactamente lo que les está diciendo.

—Tenemos que buscar una solución —dijo Eduardo—. Con rapidez. Irene es una persona inestable que es capaz de muchas cosas. Ahora ya no tenemos otra que seguir hacia delante. Las personas así, no es extraño que se suiciden. Que se peguen un tiro, por ejemplo. Si está en una situación así, con la muerte de su novio tan reciente...

—O que se tiren por un balcón —añadió Maite hablando de soslayo.

Jon Ander miró con una sonrisa maliciosa el papel que Jaione sostenía entre las manos. Hacía unos minutos que él mismo lo había leído. El policía tenía otro entre las manos.

—Hay veces que no sé cómo eres capaz de conseguir estas cosas. Te lo juro. Todo esto está basado en meras suposiciones. Tú tienes enchufe con este juez —dijo Jaione.

—Solo hay que trasladarle tus dudas y verlo en persona. Las solicitudes no son más que papeles de mierda. Impersonales. Lo que importa es plantarse y mirar a los ojos a la gente. Aunque sea un juez. Te garantizo que eso cambia mucho las cosas. Esa es la clave. Y sabes que no me importa hacerlo. Disfruto con los retos difíciles, y que otra persona me permita seguir investigando para hacer mi trabajo es uno de ellos —repondió Jon Ander.

—Tienes razón. La clave radica en que te reciba. Si estás delante de él, lo consigues. Pero me sigue sorprendiendo que puedas llegar a él. No es nada fácil hacerlo. Conoces perfectamente los trámites.

—Es una buena persona, y también es un buen compañero de colegio de mi padre. De los que me pregunta por el *aita*. Le he explicado todo.

Jaione negó con incredulidad.

—Además —prosiguió él—, un asesinato y un intento de asesinato son razones de peso para actuar.

—Lo sé.

—Siempre me dice lo mismo: si no tiene nada que ocultar, por mirar qué tiene ese individuo en su casa no le va a pasar nada.

Jaione dejó la orden de registro de la casa de Eduardo sobre la mesa.

—Joder, esto lo cuentas en una novela y no se lo cree nadie —añadió levantando la mirada.

Jon Ander tenía esa mirada inteligente de quien sabe que puede controlar parámetros que para otros sería imposible.

—Eso cualquier otro no te lo hace —insistió Jaione.

—Lo sé, lo sé.

—Pero me extraña que solo hayas solicitado orden de registro de la casa de Eduardo.

Jon Ander le enseñó el otro papel, el que tenía en la mano. Su sonrisa pícaro volvió a asomar.

—¿También has conseguido la de la casa de Andoni?

—No me gusta hacer las cosas a medias. Voy a hacerlo ya. Necesito que me acompañes. No quiero que ninguno de estos dos limpie nada de su casa.

—¿Por qué sospechas de ellos? —preguntó Jaione—. En realidad, no tenemos nada.

—Puede que Eduardo esté detrás de un intento de asesinato de su hermano.

—¿Y eso? Estás empezando a desvariar.

—Puede que Eduardo haya preparado el evento ese que tenían tan importante en Lemóniz para que, al saber que todo había sido una burla, y conociendo bien a su hermano, aquello desembocase en una reacción de odio hacia su ex tan desmesurada que acabara con alguno de los dos muerto o en la cárcel. De esa manera, podría quedarse él con todo el negocio y llevarlo a su manera. Con la dueña de la competencia muerta y su hermano en la cárcel. Todo encajaría —aclaró Jon Ander.

—¡Buf! Eso suena cogido por los pelos. Y, claro está, en ese entramado que te has inventado, ¿dónde dejamos a Asier?

—No lo sé. Puede que Manuela esté metida en la trama para hacerse cargo de todo en confabulación con Eduardo.

—¿Manuela? ¿Y para qué iba a hacer eso? —exclamó Jaione.

—Por el dinero, joder, por el dinero. Te recuerdo que Asier tenía dinero.

Aunque fuera en posesiones, era dinero. Además, Manuela está liada con Susana. Podría ser que fuera un engaño, un montaje. Liarse con la jefa para conseguir algo. Se llevan entre ellas un porrón de años. ¿De qué van a estar juntas si no es por interés de alguna de las dos? Todo esto sería una unión entre Manuela y Eduardo para borrar de un plumazo una de las dos empresas y para que ellos dos se hicieran cargo de una empresa de *catering* sin competencia.

—Creo que estás desvariando —dijo Jaione—. Y, además, sus nombres no coinciden con las iniciales MA. Solo el de Manuela.

Jon Ander la miró con sonrisa socarrona.

—¿Te estás refiriendo a las iniciales que nos han facilitado los muertos? —añadió casi riéndose.

Jaione también sonrió al pensar en lo que acababa de decir.

—Me pones nerviosa. A veces tu entusiasmo barre hasta la lógica —agregó su compañera.

—Déjame que te lo demuestre. Verás que entre las cosas que te acabo de contar hay más de una verdad. Te lo aseguro.

—No sé qué te hace pensar todo esto. En realidad, no tenemos nada más que suposiciones —añadió Jaione con el gesto serio—. Declaraciones de muertos contadas por vivos que parecen estar más cerca de la luna que de este planeta.

—Lo de Manuela es una pieza que tengo que encajar, pero que enseguida va a salir. No te preocupes.

—¿Lo sabe el jefe?

—Me acaba de desear suerte por teléfono. Llegará más tarde.

—El jefe ha cambiado mucho desde lo del tiroteo.

—Tienes razón. Antes me hubiera dicho que a ver si estaba loco.

—¿Dónde vive Andoni?

—Desde que se divorció, parece ser que Susana se quedó con el piso que ambos compartían y él se fue a un pequeño apartamento en Ayete. Está a cinco

minutos de aquí.

El trayecto hasta la casa de Andoni fue rápido. Un pequeño piso muy bien situado. Un tercer agente los acompañaba. Este preguntó:

—¿Alguna pista de qué es lo que estamos buscando?

Los dos oficiales tardaron en responder.

—Cualquier cosa que pueda relacionar a Andoni con Manuela. Papeles o datos. Incluso el arma del crimen: la famosa barra con la que posiblemente agredieron a Asier, ese instrumento en forma de uve que todavía no ha aparecido. O cualquier cosa que nos haga pensar en cualquier dirección. Conoces bien el caso.

—Solo ha cambiado una cosa. La agresión entre los dueños de los *catering* Avocado y Delicius, que igual tiene algo que ver en el asunto del asesinato de Asier Ruiz —añadió Jaione.

El agente asintió sin hablar.

El piso de Andoni se encontraba justo enfrente del colegio alemán. Aparcaron delante. Estaba ordenado, y parte de la ropa estaba tendida.

Cuando terminaron, tuvieron la sensación de no haber encontrado nada relevante. Publicidad de su *catering*. Armarios llenos de ropa de hombre. Ni atisbo de ropa de mujer. Libros de todo tipo. Una tableta. Ningún detalle relevante a primera vista. Parecía un piso de soltero. Los tres agentes que habían llevado a cabo el registro abandonaron el lugar.

Al salir, los dos *ertzainas* tuvieron la sensación de estar dando manotazos en la oscuridad.

El registro en casa de su hermano Eduardo, en la misma zona, les dio un palpito parecido. Tuvieron la sensación de que seguían un camino equivocado. La casa era mucho más grande, y una de las habitaciones en concreto se parecía al almacén que la empresa Avocado tenía en su sede. Estaba llena de cachivaches variopintos sin utilidad aparente. A la derecha, una mesa de trabajo con taladros, tornillos de sujeción y una sierra caladora.

Eduardo se mantuvo serio y muy poco colaborador durante todo el registro.

—No sé qué están buscando —les repitió a los policías en varias ocasiones. Jaione le contestó en el mismo tono.

—Buscamos esclarecer el intento de asesinato mutuo entre su hermano y su excuñada. Nada más. Le ruego que no interfiera en nuestro trabajo.

El camino a la comisaría fue silencioso. Solo se rompió al llegar al despacho de Jaione.

—No creo que tengamos nada —dijo ella con una sensación de abatimiento.

Jon Ander miraba las fotografías que habían sacado de todos los rincones de las dos casas sin despegar los labios. Las estaba pasando distraídamente. Miró en el contador de las fotografías y observó que había sacado más de doscientas entre las dos casas. La pantallita de la cámara seguía mostrando instantáneas. La número cuarenta y seis, una del interior de la residencia de Eduardo, lo hizo detenerse. La amplió con los dedos hasta que los píxeles le dieron una imagen borrosa, pero lo suficientemente grande como para intuir qué era lo que estaba viendo.

Se levantó como accionado por un resorte.

Jaione se giró hacia Jon Ander al oír a su compañero hablar.

—Volvemos a casa de Eduardo.

—¿Qué sucede? ¿Qué has visto?

—¿Qué crees que puede ser lo que has visto? —preguntó Jaione.

—Estaban en esa habitación, la que parecía un cuarto de los trastos o un taller —respondió Jon Ander—. ¿Te acuerdas? Son como barras de acero. Me da la impresión de que tienen forma de uve. Mira —agregó enseñándole la foto desde la pantallita. Jaione desvió la mirada un segundo.

—Yo creo que son pequeñas —dijo ella sin dejar de conducir por la cuesta de Aldapeta en dirección, de nuevo, a la casa de Eduardo Armendáriz—. Y, además, tenemos la orden de entrar en la casa una vez. No cada media hora como si fuera la nuestra.

—Lo sé. Pero eso él no lo sabe. No dirá nada. Date prisa. Espero que todavía esté allí —añadió Jon Ander.

Llamaron. La puerta se abrió de manera brusca.

—¿Qué sucede? —dijo Eduardo—. ¿Qué es lo que han olvidado?

—Mirar una cosa —respondió Jaione.

El dueño de la casa acompañó a los dos policías hasta la habitación taller. La luz dio paso a las preguntas.

—¿Qué es esto? —preguntó la mujer con seriedad.

Se refería a una caja de cartón en la que había unas veinte barras pequeñas de hierro.

—Barras de hierro.

—Eso ya lo veo. ¿Para qué las utiliza?

Eduardo contestó con displicencia.

—Son alargadores de mesa. Las ponemos de guías para ampliar las mesas de trabajo dependiendo del número de comensales. Encima ponemos tableros

que encajan ahí.

—¿Tan pequeñas?

Jon Ander calculó que cada barra tendría poco más de veinticinco centímetros de longitud, pero la forma en uve era lo que más le llamaba la atención. Dudó un instante al ver la longitud, pero fue una duda pasajera.

—Nos las vamos a llevar —dijo el policía.

Eduardo puso cara de extrañeza.

—En cuanto las hayamos analizado, se las devolveremos.

En cuanto los policías salieron de su casa, Eduardo empezó a murmurar un discurso amargo justo en el umbral de la puerta.

—No sé qué vienen a hacer aquí. Mi hermano está en el hospital y su agresora está por ahí tan campante. No veo por qué no detienen a esa tipeja de Manuela.

Jaione se paró en seco, se giró y le respondió. Su contestación fue extremadamente seria:

—Le ruego que cuide sus palabras. Hacemos nuestro trabajo. Y le aseguro que no es fácil limpiar de indeseables las calles de esta ciudad.

Eduardo no respondió, pero le sostuvo la mirada.

El laboratorio de genética forense de la policía autónoma vasca estaba lleno de artilugios. El experto en huellas genéticas y materiales era muy mayor. Pablo tenía una barba blanca muy cuidada y aspecto bonachón.

—No habléis conmigo, porque, como no sea muy evidente lo que me traéis, mejor será dárselo a otro. Me jubilo a fin de mes —dijo con ironía al ver a los dos policías entrar en sus dominios.

Jon Ander sonrió y dejó la caja de cartón en una de las mesas auxiliares.

—¿Podría ser lo que buscamos? —dijo el policía.

El experto forense miró la caja sin parpadear.

—Veremos qué pinta tiene. Tendría que volver a mirar los datos del cadáver de Asier Ruiz y compararlos con lo que me habéis traído. Si no recuerdo mal, la marca en su cabeza era parecida a esto.

Para cerciorarse, se acercó ostensiblemente a la caja.

—Tengo que asegurarme de que esto coincide —añadió poniéndose unos guantes de látex antes de tocar las barras—. Forma de uve sí que tienen, pero, en caso de que encajaran, son pequeñas para que esto sea el arma del crimen. Es lo que más me está llamando la atención a primera vista. Miden unos veinticinco centímetros.

Agarró una con dos dedos y la miró de cerca.

—No es posible. Con esto no se puede generar un momento de impacto violento suficiente para hundir el cráneo de una persona. Podría ser, pero es muy difícil. No, esto no tiene nada que ver —murmuró.

Los policías escuchaban en silencio.

—Tendría que ser bastante más larga. Por lo menos, el doble —dijo

girando una de ellas con cuidado.

Los *ertzainas* miraban la barra con preocupación.

—Sí —dijo el experto—. Mirad, os explico. Si yo intento atacar a una persona con un hierro de estas dimensiones no genero momento de impacto por la escasa longitud del artilugio. Eso quiere decir que el impacto que puedo llegar a producir es muy débil. Cuanto más largo es el artefacto, más fuerza de impacto voy a generar.

—O sea, que con esto no se podrían haber hecho las famosas marcas que tenemos en el cadáver de Asier Ruiz.

Pablo resopló antes de responder. No dejaba, en ningún momento, de mirar el trozo metálico.

—Buf... Yo pienso que no. Creo que estáis equivocados. Pero no lo sé.

Los policías no dejaban de mirar al forense.

—Pero es una pieza interesante porque, a simple vista, antes de cotejarla con las marcas que tengo archivadas, sí te puedo decir que el ángulo es muy parecido a las marcas. Me atrevería a decir que casi igualito. Y esa coincidencia me interesa. Si cotejo ese dato y coincide, me va a interesar aún más. Pero espera. Creo que esta pieza, definitivamente, sí me interesa. Sí, creo que sí —añadió rectificando con ello sus teorías.

Ambos policías lo miraron sorprendidos por su enigmática frase.

—¿Qué has visto?

El forense se levantó de su silla y extrajo de un cajón cercano una funda negra. De su interior sacó una clásica lupa. Aquella imagen del forense mirando la barra de hierro hizo pensar a Jon Ander en una escena de una antigua película, y así se lo hizo saber.

—Pareces Sherlock Holmes. Te fías más de eso que de todos los microscopios electrónicos que tienes alrededor.

—A veces sí —respondió.

—¿Ves algo?

—Sí —respondió mirando uno de los extremos—. Tengo que confirmarlo

con el microscopio electrónico, claro —respondió en un tono socarrón—. El que tengo aquí no es el de los cincuenta nanómetros inglés, no —añadió risueño—, pero será más que suficiente para ver lo que quiero.

Tardó unos instantes en montarlo y enfocarlo sobre la barra de hierro.

—No os vayáis —dijo el forense.

El laboratorio de materiales permaneció en silencio un buen rato. Después, el silencio se rompió.

—Bingo —dijo el experto—. Estas barras han sido cortadas recientemente. Originalmente tenían casi el doble de su longitud actual. O, si me apuras, incluso podría ser el triple. Con eso sí podrías generar un momento de impacto suficiente para agredir a cualquiera.

Jon Ander sonrió de manera ostensible. Pablo le paró los pies.

—No cantes victoria. Ahora, lo primero es intentar averiguar si esto coincide con la marca encontrada en el cadáver de Asier Ruiz y, lo más importante...

—... si hay alguna huella genética impregnada en la superficie como consecuencia de la agresión a Asier —interrumpió Jaione.

—Efectivamente —añadió el forense—. Eso, si no lo han limpiado o, simplemente, si no es lo que buscamos.

Maite sintió que la oscuridad de la calle era cómplice de sus pensamientos. Al llegar al portal observó desde abajo la casa que compartía con Irene. «Esta idiota se ha metido con sus tonterías del inframundo donde nadie la llamaba», pensó. Vio luz en la habitación de su compañera, y la sola visión de la claridad reflejada en las cortinas le aceleró el pulso.

Al entrar en el portal sintió algo muy extraño. Lo que se disponía a hacer era algo que la estaba superando. Pero, después de hablar con Eduardo, había decidido que no había otro camino. Había que solucionar este inesperado inconveniente con rapidez.

Ella había previsto quedarse con todo el dinero de Txiki, y lo había intentado. Primero, matando a Miguel para, después de que Txiki hubiese heredado, acabar también con este y quedarse con todo. Pero lo que no había logrado era apartarlo de Irene. La amabilidad de Asier la había confundido hasta el punto de hacerle pensar que estaba todo controlado. Pero Txiki era fiel a Irene. Eso sí que había sido una sorpresa.

«Qué importan ahora Txiki y su familia —pensó—. Todo está en nuestro poder. Estuve a muy poco de conseguirlo. Una especie de seguro de vida en forma de pisos en la ciudad de los ricos —pensó Maite mientras subía los escalones de acceso a su casa—. Los verdaderos diamantes de esta maldita ciudad. Nunca pierden valor. Más estables que el oro.»

Pero la actuación de Eduardo le había hecho cambiar de planes. Ahora estaba centrada en Eduardo y todo estaba más claro. El cocinero la había convencido de que Irene se había convertido, al igual que Asier, en un estorbo que había que limpiar. Y de forma rápida. Las escaleras de madera crujieron

al compás de sus pisadas y sus pensamientos hasta que llegó al cuarto piso del antiguo edificio. Aquel crepitar la acompañó como una delicada música de percusión. Desde arriba, el hueco que formaban las escaleras parecía una garganta. Lo miró desde arriba y sintió vértigo. La altura era considerable, y el hueco de aquel ascensor inexistente, aunque siempre prometido por la dueña del piso, daba a la casa una pátina de antigüedad vieja.

Las llaves de la casa flotaron en sus manos. Y su cabeza volvió a temer que la hiciera pensar demasiado. Su efímero compañero Eduardo le estaba pidiendo demasiado. Eduardo solo sabía pensar en el dinero y en el poder de ser los números uno. Ella prefería no creer en eso. «Cómo he podido matar para conseguir dinero», pensó mientras atravesaba el umbral de la puerta haciendo el menor ruido posible. Aun así, no sintió ningún remordimiento. Txiki y Miguel eran agua pasada de un plan que podría haber salido bien. El de ahora, con el dueño del mayor *catering*, tal vez fuera mejor.

Pero la imagen de Eduardo era muy potente. A pesar de llevarlo en secreto, le había prometido casarse con ella. Eduardo confiaba en ella. El dinero de Txiki, que ella había previsto quedarse si lograba casarse con este, había desaparecido y, con él, se había esfumado un plan pormenorizado que no llegó a salir bien porque, a pesar de las apariencias, Txiki seguía con Irene. Más de dos millones de euros en cuanto vendieran los pisos. La desesperación de Eduardo cuando se dio cuenta de que Txiki le estaba pasando el trabajo a la competencia —y el hecho de haberse visto acorralado por él y su amenaza de desmontar el tinglado que tenía para los eventos con el ayuntamiento y la Diputación— lo había echado todo al traste. La puta de Manuela lo estaba consiguiendo.

«Txiki era una persona insulsa. Tampoco es tan grave que desaparezca. No sufrió», pensó. Ahora Eduardo era su príncipe azul. El que nunca había llegado a tener. Y también sería el dueño de una potente empresa de *catering* cuando se separase de su hermano Andoni. Eso le había prometido. Y, después

del incidente con su ex, seguramente Andoni no saldría con vida y, si lo hacía, sería para ir directo a la cárcel.

Maite sonrió al recordar aquella oportunidad añadida que les había llegado fortuitamente. Algún descerebrado había montado a los de Avocado un teatro falso que, de rebote, les había ayudado a ellos dos en sus planes. Ese alguien podía ser perfectamente Manuela. Un evento así puede tirar por la borda toda una empresa.

El *hall* de su casa estaba oscuro y la luz de la habitación de Irene se colaba por debajo de la puerta. Pensó que había llegado tan lejos que solo quedaba hacer desaparecer a la incómoda Irene y sus absurdas historias del más allá. Al fin y al cabo, no era más que un estorbo. Una persona ajena hacia la que, en todo el tiempo que llevaba compartiendo el piso con ella, no había sentido de verdad ninguna empatía.

«Además, será una buena manera de que deje de sufrir por la pérdida de su novio —pensó Maite—. Ella cree profundamente en el más allá. Lo único que voy a conseguir es hacerle un pequeño favor, enviarla en su compañía. Tendría que agradecermelo.»

Avanzó enredada en sus pensamientos hasta la puerta de su habitación. La abrió, encendió la luz y dejó su abrigo. Al hacerlo, un haz de luz iluminó la puerta de Irene. El silencio era absoluto. Apagó y salió. El foco del teatro solo iluminaba el lugar del siguiente acto. La habitación de su compañera.

La promesa de irse de una vez con Eduardo y dejar el piso de mierda donde habitaba a medias la animó. También lo hizo la idea de abandonar la rutina mensual de una casera malhumorada y vieja que todos los meses venía pidiendo el alquiler de una mísera habitación de un cuarto sin ascensor como si fuera un palacio. La imagen la hizo sonreír al imaginarse la cara de la anciana cuando le dijera que se marchaba y que se podía meter su piso por donde le cupiera. Pensó que a lo mejor debía denunciar a la casera por obligarla a pagar el alquiler en negro.

La mujer se acercó a la puerta de la habitación de Irene. Respiró hondo y

golpeó con los nudillos la puerta. El silencio más absoluto fue la respuesta. Repitió la llamada, pero el resultado fue el mismo. Miró la parte inferior de la puerta y confirmó la claridad que salía de dentro. La tercera vez golpeó un poco más fuerte.

—Sí.

—¿Irene? Soy yo.

Al respirar, de su boca emanaba un calor incómodo.

—¿Qué quieres?

La mujer se sorprendió de que su compañera no abriera la puerta.

—Hablar contigo. ¿Te encuentras bien? —respondió Maite con voz melosa.

—Sí. Estoy metida en la cama. Mañana hablaremos.

—¿Tan pronto? Me gustaría contarte un par de cosillas.

—Hazlo.

—Si abres la puerta. No quiero que se entere nadie más, y con una puerta en medio tengo que subir el tono de voz.

—Me duele la cabeza. Me lo cuentas mañana.

—Vamos, mujer, serán solo un par de minutos. Es sobre Txiki —improvisó.

El silencio del interior se le hizo largo. Se oyó una silla moverse y sonidos de pasos acercarse a la puerta. Se escuchó un llavero tintineando, pero la puerta siguió cerrada.

—¿Qué sucede?

El tono de voz de Irene fue muy bajo. Maite intuyó que su compañera estaba muy cerca de la barrera de madera que las separaba. Sus cabezas debían de estar a menos de media docena de centímetros. Ambas se intuyeron. Sus respiraciones parecían querer atravesar aquella escasa frontera. Ambas recordaron los días que habían pasado juntas. Un nuevo golpe suave en la puerta con los nudillos desde el *hall* la hizo reaccionar.

—Vamos, abre la puerta —insistió Maite.

—No puedo.

—¿Por qué?

La respuesta fue concisa y cortante.

—Déjame, mañana hablamos —insistió Irene.

—¿Estás bien?

La frase sonó fría.

—Estoy hablando con Txiki.

Maite suspiró pensativa y tardó en responder. Cuando lo hizo, cambió de estrategia.

—Déjame entrar y así te podré ayudar. Sabes que alguna vez ya lo he hecho.

—No quiero que estés aquí. Déjame.

—¿Qué te está diciendo Txiki?

—Nada.

La respiración entrecortada de Irene se podía oír con cierta claridad a través de la barrera de madera.

—Déjame pasar y así te podré ayudar a que hables mejor con él.

—Vete. No te necesito.

Maite bajó la manilla y notó que Irene, desde dentro, la sujetaba con fuerza. El pestillo estaba puesto.

—Déjame pasar. Te podría ayudar.

El tono irónico de aquella solicitud rezumaba maldad.

—Sí, ya veo cómo lo has hecho. Txiki me lo ha terminado de contar todo. Vete.

Maite imaginó a Txiki contándole a Irene lo que había sucedido cerca del contenedor de basura, y cómo entre Eduardo y ella se habían deshecho de la pequeña figura de su novio.

—Irene, los muertos no hablan. Deja de decir bobadas.

—Tú te crees que solo hay un mundo. Qué ingenua. Yo tengo línea directa con otros.

—Irene, abre la puerta, quiero ayudarte. No quiero que hagas ninguna tontería.

—Sé lo que le hicisteis a Txiki —se oyó desde el interior de la habitación. Los sollozos, nada más acabar la frase, arreciaron.

—Me lo acaba de contar todo. Las rosas negras son muy eficaces. Le engañasteis llevándolo allí, donde el contenedor. Txiki era un buenazo —oyó decir a Irene con la voz entrecortada.

«Los muertos no hacen ruedas de prensa», se dijo Maite cuando oyó el relato de Irene, un resumen pormenorizado de todo lo que había sucedido junto a aquel contenedor de basura.

—Eso no es verdad —respondió Maite—. Deja de decir cosas raras. Los muertos no hablan.

—Txiki sí. Y ahora quiero ir en su compañía. Lo sé todo.

La última frase hizo que Maite cambiara de estrategia con rapidez.

—Te está esperando. Eso sí es verdad. Todo lo anterior es mentira. Una patraña que se está inventando Txiki. Tu novio está muy cerca de ti. Eso sí que es verdad. Tienes razón. Solo tienes que abrir la ventana del balcón. Él está abajo esperándote. Es así de simple —susurró Maite a Irene a escasos centímetros de la puerta de su habitación—. Verle de nuevo sería maravilloso —insistió Maite con su mejor tono de voz.

Se oyó a la mujer soltar la manilla.

Maite hacía unos instantes que ya lo había hecho. Pensó que estaba siendo más fácil de lo que había imaginado. Si conseguía convencerla para que saltase, el pestillo echado desde dentro iba a ser su coartada perfecta. Pero todavía tenía que conseguirlo y, al no oír pasos, insistió.

—No hay sitio mejor que donde esté tu novio. Txiki te está esperando, se pondrá muy contento de verte. Está muy cerca. La ventana te está esperando. Será un segundo, y estarás en su compañía enseguida.

—¡Por favor, hagan uso del cinturón de seguridad! —La voz mecánica de la azafata tenía cierto aire tenso que, sin desearlo, se había transmitido a través de sus palabras a los pasajeros. Pierre Miraud lo sintió así.

El pequeño avión se zarandeaba de un lado para otro violentamente. Algunos pasajeros se aferraban a su asiento con fuerza y cerraban los ojos. Otros, en cambio, más habituados, leían distraídos el periódico de la tarde. El bache fue grande, y se oyeron dos gritos en la parte delantera que hicieron levantar la vista a Pierre tras la última sacudida. Las nubes negaban cualquier posibilidad de paisaje. Todavía faltaban un par de minutos para que el telón se abriera.

El avión cabeceó con viento lateral y descendió inesperadamente casi una docena de metros. Al hacerlo, la ladera exterior del monte Jaizquíbel mostró una belleza y una cercanía preocupantes. El estómago de Pierre se encogió de nuevo. El mar Cantábrico estaba muy alborotado. El color gris lo inundaba todo. Apenas dejaba ver las olas explotar con fuerza contra las rocas cercanas. Las gotas de lluvia golpeaban con violencia sobre el cristal. El anochecer se había adelantado restando luz al escenario.

Un nuevo y brusco giro de la aeronave hizo que enfilaran la bahía de Txingudi, en la frontera con Francia. El agua estaba muy cerca. Cuando los más novatos pensaron que se trataba de un amerizaje, el avión planeó los últimos metros, ostensiblemente escorado por el viento del norte, hasta lograr posarse en la pista de aterrizaje del aeropuerto de Fuenterrabía. Se oyó una cerrada ovación a la pericia de los pilotos. «Dios mío —pensó Pierre—, creía que no lo contábamos.»

La azafata sonreía mientras despedía a los pasajeros que, en cuanto pisaban tierra, corrían por la pista del pequeño aeropuerto a guarecerse de aquel potente aguacero.

Pierre se sacudió el agua nada más llegar a la terminal. Arrastró su pequeña maleta hasta llegar a la parada de taxis. No había ninguno en ese momento, así que decidió esperar. Sin embargo, no fue necesario. La figura de su madre, en un rincón de la terminal, lo hizo reaccionar. Le pareció que Françoise estaba más guapa que nunca, y también que tenía un aire a María. Una gabardina ceñida de color gris atada con estilo a la cintura le daba un aspecto muy seductor. Los zapatos negros de medio tacón que llevaba estilizaban su figura. Se acercó despacio.

—¿Cómo sabías que venía en este vuelo? Lo he cogido por casualidad. No tenía enlace. Me han dejado entrar en Madrid de chiripa. No tenías que haberte molestado.

—Existen fuerzas que no están directamente relacionadas con la ciencia —dijo—. Y la intuición es una de ellas —agregó abrazando a su hijo. Este le mantuvo el abrazo. Parecieron dos amantes.

—Has encontrado el final de la historia, lo sé. La traes en tus ojos —le susurró Françoise al oído.

No hubo dudas. Ambos lo sabían. Pierre bajó la cabeza y besó a su madre en la mejilla sin dejar de abrazarla.

—No ha habido ningún final, *maman* —respondió el joven—. Si yo estoy aquí, contigo, es que lo intentaron, sí, pero no lo consiguieron del todo.

Los ojos humedecidos de su madre no respondieron.

—Siempre te he admirado, siempre. Pero después de este viaje has pasado a ser mi heroína.

—Calla —respondió ella con la voz firme—. No me siento orgullosa de lo que hice. Una simple foto no debería haber sido suficiente para dejar de luchar por la memoria y la dignidad de tu padre. Aquello lo tengo clavado. Y solo había estado en mi memoria y en la de nadie más. Hasta ahora.

—Papá estaría orgulloso de ti.

—No sé, no sé.

—Hiciste lo que tenías que hacer —dijo Pierre—. Eres la mejor madre que nunca hubiera deseado —añadió cogiéndola de la cintura mientras abandonaban la terminal.

El coche de Françoise avanzó por la salida en dirección a San Sebastián. La mujer condujo de vuelta a casa y, en el semáforo de salida, miró de perfil a su hijo.

—Con esa barbita tienes un aire a tu padre, eres clavado a Claude.

Pierre agradeció sus palabras con una sonrisa. Françoise se sintió acompañada por la grata e inequívoca presencia de su primer marido.

—Tengo una cosa que contarte. En realidad, son dos.

—Igual ya las sé.

—Esta creo que no.

—Explícate.

—Tienen nombre propio. Se llaman María y Pancho. Son la hija y el nieto pequeño de Alejandra.

Los pendientes de Françoise se movieron de manera apenas perceptible en el lóbulo de su oreja, sin que la mujer cambiara un solo milímetro su posición. Al oscilar, las dos pequeñas pirámides de la Danta, de plata fina, parecieron afirmar sabiendo de qué hablaba su hijo.

Los discretos pendientes de Jaione oscilaron sobre el informe provisional del técnico forense. Era muy conciso. Una de las treinta y seis barras encontradas en casa de Eduardo Armendáriz tenía sangre, y otra, restos biológicos con ADN. A pesar de que todas ellas habían sido limpiadas a conciencia, el hecho de ser un material poco pulido y de baja calidad les había dado ventaja. La limpieza no había sido todo lo eficaz que parecía. Además, todas habían sido cortadas por la mitad. Y el dato más importante coincidía: la escasísima sangre pertenecía a Asier Ruiz. Pero el ADN, por ahora, no tenía dueño.

Jaione le pasó el informe a Jon Ander para que lo leyera. Jon Ander lo leyó con atención.

—Es importante el dato de que la huella genética y la sangre no sean de la misma persona —dijo el oficial instructor.

Se oyó la llamada del teléfono interior de la comisaría e interrumpió la conversación. El experto en huellas genéticas requería su presencia en el laboratorio.

—Cuando se comete un crimen, la posibilidad de estar nervioso y sudar más de lo normal es un patrón casi inamovible, y el riesgo de que el ADN se arrastre por el sudor en forma de huella genética es una consecuencia lógica. Más aún si el individuo está ejerciendo fuerza sobre ese objeto. Por supuesto, dependerá de qué tipo de material sea y de mil detalles más, pero la posibilidad real existe. Y, con los métodos de análisis actuales para la identificación de huellas genéticas, necesitas algo más que jabón para hacer desaparecer su rastro. Y estas barras son muy toscas, al microscopio se ve

muy bien que son una auténtica chapuza —agregó Pablo señalándola—. Material de baja calidad, sería su definición exacta.

Jaione y Jon Ander lo miraron sin decir palabra.

—Pero el detalle más importante es que la huella no está en la barra de la sangre.

—¿No? ¿Y eso?

—No. Está en otra, pero al microscopio se puede observar sin lugar a la más mínima duda que ambas, hasta no hace mucho, formaban parte de la misma barra. Una rotaflex o algo parecido pudo servir para separarlas. Pero la marca de ambas coincide. No eran treinta y seis barras. Eran solo dieciocho. Me ha costado casarlas, pero ahí están.

Todas las barras estaban alineadas y emparejadas encima de la mesa del laboratorio. Su nueva longitud les daba un aspecto más firme.

—Entonces sí puede ser el arma del crimen —resumió la policía.

—Dureza tenía, eso es evidente. Le faltaba longitud para provocar momento de impacto suficiente. Y acabamos de descubrir que no hace mucho tenía la longitud necesaria para generarlo.

Los dos *ertzainas* miraron con atención la barra señalada en medio de las demás.

—¿Qué lógica tendría cortarlas?

—Hacernos creer que no pudieron usarse como arma. Creo que está claro. Pero lo que no pensaron es que yo puedo decir a nivel microscópico si esas dos barras pertenecen a la misma sección. Es parecido a la marca que dejan las pistolas en el percutor. Se puede saber y, de hecho, se hace.

—¿No sería más lógico hacerlas desaparecer?

—Igual lo tenía pensado y os habéis adelantado. Las investigaciones son una mezcla sabia de trabajo y un pelín de suerte. No me digáis que eso no lo sabíais —añadió socarrón.

Al salir del laboratorio, Jon Ander habló.

—Avisa a Vicente de que volvemos a casa de Eduardo Armendáriz.

—Son casi las nueve de la noche. Y, además, ¿qué te hace pensar que es suyo el ADN? —preguntó Jaione.

—Este es un caso muy extraño desde el principio. Nos estamos dejando llevar por declaraciones de muertos. A estas alturas, no sé por qué no voy a fiarme de una intuición.

—Él dijo que esa habitación la tenía llena de cosas que a veces usaban en los *catering*. Dirá que tiene su huella genética porque trabaja con ellas. Eso en caso de que sea el suyo.

—Vamos a dejar que él mismo nos lo explique.

El coche camuflado de la Ertzaintza atravesaba la ciudad con cierta prisa. Jaione, que iba al volante, desvió la mirada cuando el teléfono móvil de su compañero sonó a un volumen bajo. El origen de la llamada era desconocido. Jon Ander la atendió con el altavoz de manos libres.

Pasados unos instantes, Jon Ander obligó a la conductora, con voz tensa, a cambiar de rumbo. El vehículo aceleró por encima de los límites de velocidad de la ciudad. Los semáforos en rojo iban quedando atrás. Los segundos se habían convertido en una cuenta atrás. Jaione llamó a la central por la radio del vehículo. Pidió refuerzos con extrema urgencia. Jon Ander no dejaba de hablar con su interlocutor dándole instrucciones precisas.

Se oyó el sonido de la ventana de la habitación de Irene abriéndose. Sonó metálico. Como quien abre una jaula. Irene pensó que afuera se encontraría con la libertad. La distancia desde la puerta de la habitación hasta el balcón era escasa, y desde el pasillo de casa se podía perfectamente intuir lo que estaba sucediendo.

El timbre, en forma de campanita estúpida, sonó interrumpiendo el momento. Maite corrió a abrir con gran sigilo. Eduardo apareció con seriedad.

—¿Qué cojones pasa? —preguntó en voz baja—. ¿Por qué no lo has hecho? ¿Dónde está?

—Lo va a hacer ella sola, es más fácil de lo que habíamos imaginado —le respondió en un tono de voz apenas perceptible—. Está a punto de hacerlo. Déjame a mí. Falta muy poco. Tiene el pestillo echado y no quiere abrir. Va a ser nuestra coartada. El pestillo.

Ambos se acercaron al límite de la puerta y escucharon el silencio del interior.

—Ha abierto la ventana —dijo casi por señas Maite. Eduardo negó con la cabeza al oír pasos suaves muy cerca de ellos.

—Irene, Txiki te está esperando. Volveréis a reencarnaros en alguien y pronto os volveréis a ver —insistió Maite al oírla caminar delicadamente sin aparente rumbo.

—Cómo se ha podido enterar esta tipa de que nosotros hicimos desaparecer al cabrón de Txiki —dijo casi en voz alta Eduardo.

—Baja la voz, joder. Dice que se lo ha dicho el mismo Txiki.

—Hostia, voy a tirar la puerta abajo —dijo el cocinero—. Esta va a

descubrir todo el pastel. Joder, que estamos hasta aquí de mierda por esta gilipollas. Te dije que nos iba a dar un susto. Y, como no lo arreglamos antes, lo tenemos que hacer ahora. Hostia, voy a tirar la puerta abajo —repitió.

Maite sujetó al hombre por el brazo al oír la ventana de la calle oscilar.

—Espera.

El sonido de una persona en el balcón se podía notar con claridad. La barandilla, si se tocaba, hacía un ruido muy particular. Después, el estampido sordo y brutal sobre la calle atravesó, con un sonido seco, la puerta cerrada de la habitación de Irene. El silencio ahora era absoluto.

Eduardo y Maite se miraron con una complicidad no exenta de nerviosismo. Ambos, detenidos en una sola imagen: Irene estampada en la acera.

—Ya está. ¿Ves lo que te decía? Ya está solucionado. Vete, alguien llamará a la policía en cuanto vean el cuerpo. Yo tengo que prepararme para la representación —dijo la mujer con una sonrisa irónica.

El timbre de la puerta interrumpió el momento. Los dos giraron la cabeza al unísono.

—¿Qué ha sido ese ruido? —dijo Maite en ostensible voz alta mientras se acercaba a abrir la puerta.

Se oyó la voz de una mujer que, desde fuera, decía:

—Hagan el favor de abrir. Somos la Ertzaintza.

De fondo, se escuchaban las sirenas de dos patrullas de la policía, que se acercaban a la casa como respuesta al requerimiento que Jaione había realizado hacía unos minutos desde el coche patrulla. Los oficiales entraron en la casa con la pistola reglamentaria en las manos.

—Ustedes dos, contra la pared —gritó Jon Ander apuntándolos con su arma.

Eduardo y Maite estaban paralizados.

—¿Qué parte no entienden? —gritó la agente enfatizando las órdenes de su compañero—: ¡Contra la pared!

Maite reaccionó deprisa.

—Hemos llegado tarde —dijo Jon Ander.

—No puede ser. Le dije que aguantara. Que llegaríamos en unos segundos. No puede ser —dijo con seriedad Jaione.

—¿Cuál es la habitación de Irene? —gritó Jon Ander.

Maite señaló la puerta cerrada.

—Está cerrado por dentro, no sé qué pasa. Antes le he dicho que abriera y no ha querido. El pestillo está cerrado —insistió—. Pero ahora se ha oído un ruido grande. No sé qué pasa.

—¡No se mueva de donde está y cállese! —ordenó el policía sin dejar de apuntarle.

Jaione se acercó y puso la oreja contra la puerta. No se oía nada en el interior.

—¿Irene? Somos la Ertzaintza, abre por favor.

Maite miraba con el rabillo del ojo. Eduardo también. La puerta no se abría.

—¡Vamos a ver si podemos tirar la puerta abajo!

Las caras de Eduardo y Maite cambiaron de manera radical.

La patada de Jon Ander fue muy violenta y atinada. Justo a la altura de la cerradura. El pestillo saltó con un sonido seco y tintineó por el suelo junto con un par de astillas del marco. Un teléfono móvil cayó por los suelos casi al mismo tiempo. La tapa de la batería se soltó. Jaione entró y corrió hacia el balcón abierto.

—Lo que tú hayas decidido estará bien hecho —dijo Françoise dirigiéndose hacia su hijo Pierre, que estaba sentado en el sofá de casa.

—Dejarlo todo por la persona que amas es lo más bonito que se puede hacer. Y si ese sentimiento sale de las tripas, a veces es más fiable que si sale del corazón. Te lo aseguro.

Pierre miró a su madre después de levantar la cabeza. Aquella frase se le quedó enganchada en el pensamiento, y su cerebro, de manera automática, al ver el calado de esta, la rebobinó e hizo que la escuchara de nuevo.

—Además, eso no significa que tengas que estar a su servicio. Para nada. Solo crecer como persona en su compañía. Yo a Claude lo quise como nunca he querido a nadie. Fue visceral. Estoy segura de que, con el paso del tiempo, acabé idealizándolo. Fue un amor a primera vista. Y a Vicente, en cambio, lo quiero con el corazón —añadió la mujer con la voz entrecortada—. Y en los dos casos me entregué al cien por cien. También noté que ambos hicieron lo mismo conmigo. Vicente aún lo hace. Tuve suerte, no siempre pasa.

Pierre permaneció en silencio.

—A pesar de todo lo que sucedió allí con Claude, algo que casi se repite aquí con Vicente, no me puedo quejar. La vida me ha dado una familia maravillosa.

Respiró hondo y, de nuevo, animó a su hijo.

—Pero no te preocupes. Lo que tenga que ser, será. Si te equivocas, no pasa nada. Los benditos errores son gasolina para mejorar. En la retaguardia, hasta que estemos, siempre te quedaremos nosotros. Eso, te aseguro que será

así, como bien te puedes imaginar. Y esta es la casa que en un futuro compartirás con tu hermano Alberto. Vuestro *txoko*.

La sonrisa de Pierre, perfilada por su barba bien recortada, le daba un aspecto de joven maduro extremadamente atractivo.

—A papá se lo tendrías que haber contado. No tiene sentido habérselo ocultado.

—Lo sé —respondió la mujer casi de inmediato—. Lo sé. Tienes razón. Cada uno apechuga con sus males como buenamente puede. Es ilógico habérselo ocultado. Tengo la sensación de que pronto se lo contaré.

Pierre le cogió la mano con extrema dulzura.

—Te agradezco que hayas venido a contármelo en persona. Me gustaría conocer a mi nuevo nieto. Pero tendrás que traerlo de visita hasta aquí. Si aquella tierra no pesara tanto para mí...

—Sé que lo harías... —dijo con una sonrisa su hijo—. La historia de pap...

—Shhhhhhh —interrumpió su madre poniendo un dedo sobre sus labios—. Fue la que fue y la tengo guardada en mi interior como un agridulce tesoro que, desde hace unos días, comparto contigo. Pero quiero que siga ahí. Debí comportarme de otra manera. Lo sé. Con el paso del tiempo, me reafirmo en mis pensamientos. Pero ya es tarde para enmendarlo. Han pasado demasiados años. Aquello ocurrió de esa manera y mi reacción fue la que fue. Algún día se lo contaré a tu padre. Se lo debo. Sí que se lo debo. No sé por qué no lo he hecho todavía. Solo te pido que, si ya has cogido el billete de vuelta para ir en compañía de María y Pancho, me prometas que, en cuanto puedas, volverás aquí con ellos para que yo los pueda conocer.

Pierre volvió a coger la mano de su madre.

Vicente, tras haber dejado las llaves en el recibidor, entró en la habitación. Abrazó a Pierre efusivamente.

—Disfrútalo —le dijo la mujer a su marido—. Se nos vuelve a ir dentro de una semana de nuevo a México.

Los tres se sentaron, y Françoise escuchó de nuevo la historia del viaje de

Pierre —sus vivencias con Alejandra, María y Pancho—, relatada esta vez a su padrastro. Al oírla de nuevo, Françoise tuvo la sensación de que el destino estaba jugando con ella.

Jaione Egia llegó a su caserío, en las afueras de Andoain. Aparcó la moto en el garaje. La Yamaha pareció resoplar cuando desconectó y retiró la llave del contacto. Se desabrochó la cazadora, que tenía defensas en los hombros y los codos, y la dejó sobre la repisa. La mujer acarició el depósito de gasolina de la moto como quien pasa la mano con suavidad por la crin de un caballo. El brillo de la pintura metalizada parecía un espejo.

Nada más dejar el casco sobre uno de los enganches preparados a tal efecto, sintió náuseas, lo que hizo que tuviera que parar en el pequeño baño del garaje. Respiró profundamente intentando controlar las arcadas. Levantó la tapa de la taza del baño. No llegó a vomitar. Un par de minutos más tarde, aquella desagradable sensación desapareció como había llegado. Con rapidez.

Al llegar a la cocina, aspiró el olor de la cena calentándose. Pello se giró al oírla entrar. Su hijo corrió a sus brazos. Llevaba ya puesto un pijamita de flores y setas rojas punteadas de blanco. Al subirlo a sus brazos, le llegó su aroma reconfortante a bebé.

—¿No pensarías irte a la cama sin estar con tu madre? —le dijo mientras le hacía cosquillas en la espalda.

El niño sonreía y la cogía por el cuello. Después lo dejó en el suelo con suavidad. Sin decir nada, y con cierta habilidad, se subió a la trona.

—¡Tengo hambre! *Gose naiz!* —reclamó desde su atalaya.

Pello se limpió las manos y se acercó a su mujer. El abrazo que le dio fue delicado, y su único testigo observó la acción con atención y curiosidad. Aquella escena parecía una lección escolar dirigida a su vástago. Una que tendría que repetir cuando fuera mayor.

La mujer se mantuvo abrazada a Pello. Sintió que, en sus manos, era como las teclas de su instrumento, que él presionaba en un adagio delicado. Él la besó en el cuello. Su hijo mantenía la mirada en silencio como quien asiste al final de una obra de teatro. Sin perder detalle y asimilando lo que pasaba. Una lección de humanidad simple.

Todo aquello desembocó en un intento de Pello de mirarla, pero ella no dejó. Ocultó su rostro en el jersey de su marido y su hombro hizo de trinchera. Seguía aferrada a aquella verdad anónima suya y no quería mirar a nadie. Solo sentir la proximidad de su cuerpo. El niño fue el primero en intuirlo y se bajó de la trona y se abrazó a las piernas de sus padres. Su cabecita de niño pequeño seguía sin entender, en realidad, nada. Solo imitaba la acción. El aprendizaje más básico.

La madre agarró de nuevo al pequeño y lo levantó del suelo.

—Sí, os lo quiero decir a los dos —dijo Jaione—. Al mismo tiempo.

Pello la besó en la mejilla. Su hijo hizo lo propio desde el otro extremo del rostro.

—Dentro de unos meses va a llegar un hermanito.

Pello reaccionó apretando a su mujer contra él. El pequeño fue el primero en preguntar.

—¿Será un chico o una chica?

Jaione sonrió poniendo cara de ignorancia.

—Por ahora no lo sé.

Pello apartó del fuego el guiso de bacalao que acababa de preparar. El olor a salsa de tomate recién hecha llenaba la estancia. El tono de la cebolla pochada, dulce y delicada, se hizo patente. Jaione tuvo la sensación placentera de imaginar el rostro alegre de su hermana cuando se lo dijera.

La cama del Hospital Universitario de San Sebastián tenía la blancura anónima de las camas sanadoras. En la sección de la planta general del cuarto piso había un tráfico de personas habitual para la hora.

Manuela levantó la vista al ver entrar a la doctora por la puerta. Iba acompañada de una enfermera. Miró a Susana, que permanecía tumbada en la cama. Estaba profundamente dormida. Casi de puntillas, Manuela se acercó al médico. Venía sonriente y con papeles en la mano. La mujer lo interrogó con la mirada. La doctora responsable de la planta le hizo un gesto de que no la despertara.

—Tengo buenas noticias —le dijo la galena en voz baja—. Todas las pruebas que le hemos hecho han salido normales. Vamos a darle el alta mañana mismo. Una semana de reposo en casa le vendrá fenómeno. Se lo recomiendo. Pero todo está bien. Las heridas y las marcas del cuello desaparecerán con el tiempo y con un poco de Trombocid un par de veces al día. Si quiere, con un cuello alto, lo disimulará —añadió con complicidad—. Ya sabe, el tiempo lo cura casi todo.

Manuela suspiró aliviada.

—Lo que nos preocupaba, la hipoxia a la que fue sometida su cerebro durante un tiempo, no ha resultado tener el alcance que nos temíamos. Todo ha quedado en un enorme susto.

La mujer recogió los partes y el papeleo de las manos de la doctora con una leve sonrisa.

Antes de retirarse, la doctora se volvió hacia Manuela y le habló en voz extremadamente baja.

—Y esto se lo digo a título personal —añadió muy seria—. Yo creo su versión. Se lo veo en los ojos. Tuvo usted mucho valor en hacer lo que hizo. Enhorabuena. Ojalá encierren a ese —añadió despectiva.

Manuela no respondió. Solo sonrió mientras la doctora se alejaba fuera de la habitación.

La enfermera se volvió y le dijo:

—Traeremos la cena enseguida. Intente que se lo tome todo.

La puerta se cerró con suavidad. Sobre la cama, una pequeña pizarra blanca señalaba dos extremos de su presencia allí. Su nombre: Susana. Su dieta: basal.

Al cabo de media hora, Susana despertó. La cena la tomó en la silla de la mesita de al lado. Se comió la tortilla de champiñones y el yogur de fresa con cierto apetito. El consomé, lo dejó a medias. Después, unas magdalenas de casia y jengibre de su propia tienda que le había traído su hijo Pedro a media tarde. Manuela recordó el momento exacto en que se cruzaron las miradas y la cortesía con la que las trató a ambas. Parecía que nunca hubiesen tenido aquella maldita conversación por teléfono.

Al volver a la cama se quedó mirando a su jefa. La arropó y se sentó a su lado en una silla. Apoyó la cabeza en una esquinita de su almohada. Acarició el pelo de Susana. Aquella distancia tan escasa entre sus cabezas pareció reclamar palabras. La voz apenas audible de Susana era como un hilo muy fino.

—No le hiciste nada a Andoni, ¿verdad?

Su voz era delicada, pero sus palabras rezumaban dureza. Manuela tardó en responder. El tono de su voz le sorprendió.

—No creo que eso importe ahora.

—No recuerdo nada. Tengo una laguna enorme de aquel día. Pero no soy idiota. Sé perfectamente lo que venías haciendo desde hace un tiempo.

Manuela se mantuvo en silencio.

—Ya.

—No lo sabía seguro.

—Te he librado de una buena. Eso es lo que de verdad interesa. Por muy poco. Solo eso. Cuando estés mejor, ya hablaremos.

Susana pareció acercarse.

—¿Por qué estaba subiendo tanto el trabajo? Colaborabas estrechamente con Txiki para que trabajase en exclusiva para nosotras, ¿verdad? No soy ciega.

Manuela no se atrevió a responder. Solo se levantó e intentó que la conversación se acabara apagando la luz de la habitación. Quedó solo una penumbra, la de la luz de la cama, que hacía el momento un poco más íntimo. Se recostó en un lado de la cama, aunque a una distancia no tan corta como antes.

—Subía porque hago bien mi trabajo. Nada más que por eso. Por eso había subido el curro. Estaba, y estoy, cuidando de la empresa, y lo seguiré haciendo. No te parecerá raro que lo haga, ¿verdad?

—Txiki nos estaba pasando gran parte de los eventos, ¿verdad? No creas que estoy fuera de este mundo. Me entero de muchas cosas, y si no las digo es porque no me importa que sucedan. Solo por eso. Dejar hacer no es estar ausente de este planeta. Me di cuenta de cómo funcionabas desde el primer momento. No me parece mal.

Silencio.

—Yo me llevaba bien con él y las cosas habían empezado a cambiar. Nada más. Estaba a gusto con nosotras, tal vez porque no quería seguir con Avocado.

—Pero tú habías conseguido revertir la situación a la baja que llevábamos desde hacía un tiempo. Eso es loable.

—Miraba por el negocio. Nada más —respondió Manuela cortante—. Pierde cuidado que lo seguiré haciendo. Y ahora, duérmete.

—Tú preparaste el bolo de Lemóniz. Hiciste bien, tal vez se lo merecía —susurró Susana.

—Eso no es verdad, no elucubres —dijo categórica—. No es mi estilo saltarme la ley. Yo no hice nada. Además, eso, ahora, no tiene importancia. Los de Avocado van dejando amigos por todos los lados —añadió mordazmente—. Alguno de ellos se la tenía bien guardada.

La imagen del águila ardiendo de su espalda quedó a la vista a través de sus sempiternas camisetas de tirantes. Pensó que, a pesar de todo, aquella noche, aunque fuese sentada en la silla contigua, compartiría la cama con su novia. Por lo menos, una esquina.

El olor de la cena se había disipado. Se mantenía el del hospital.

Dos semanas más tarde

«—Cómo se ha podido enterar esta tipa de que nosotros hicimos desaparecer al cabrón de Txiki.

—Baja la voz, joder. Dice que se lo ha dicho el mismo Txiki.

—Hostia, voy a tirar la puerta abajo. Esta va a descubrir todo el pastel. Joder, que estamos hasta aquí de mierda por esta gilipollas. Te dije que nos iba a dar un susto. Y, como no lo arreglamos antes, lo tenemos que hacer ahora. Hostia, voy a tirar la puerta abajo...»

El subcomisario paró la grabación de la conversación entre Eduardo y Maite que Irene, con el teléfono móvil, había realizado desde el interior de su habitación. A pesar de que tenía la puerta en medio y del bajo volumen al que hablaron, se podía escuchar con claridad cuáles eran las palabras y el tono.

Miró el reproductor y pensó que era una suerte que Irene hubiera sido capaz de dejar constancia de eso con la grabadora del teléfono. Y, sobre todo, salir indemne por los pelos del intento de suicidio provocado por su compañera de piso. Vicente Parra pensó que llevaba ejerciendo de persona bastantes más años que de policía. Y la sensación era extraña. Como si su profesión se estuviera diluyendo lentamente.

Levantó la mirada después de terminar de leer el informe de lo que había pasado en el caso de Asier Ruiz. Acababan de llegar sus dos colaboradores, y su sensación de tristeza volvió a ganar a la de satisfacción por la resolución de un complicado caso. Volvió a pensar que el disparo había cambiado por completo su percepción de las cosas. En su casa y en el trabajo. Se tocó la cicatriz del pecho. Apenas un punto.

Jaione y Jon Ander, en cambio, estaban exultantes. Vicente sonrió y empatizó por un momento con ellos. Dejó los papeles sobre la mesa.

—Solo puedo daros la enhorabuena. Buen trabajo. Pero hay una pregunta que no habéis aclarado en vuestro informe. Algo más que una.

—¿El hermano de Asier? —preguntó Jon Ander.

—Uf, no sabemos a ciencia cierta si el hermano de Asier, Miguel, murió por causas naturales o fue asesinado en el Bosque de Oma —añadió la mujer—. Lo único que podemos asegurar es que, con su hermano muerto, Asier reunía una cantidad de bienes muy grande.

—No sé. Y como el cadáver de Miguel fue incinerado, igual no lo sabremos nunca.

—Asier tenía mucho dinero y mucha gentuza a su alrededor.

—No tenía tanto —insinuó el subcomisario.

—En forma de pisos, sí. Maite y Eduardo lo tenían todo planeado, y, de no ser por la ayuda que nos prestó Irene, el plan les podría haber salido perfecto. Pero Eduardo también estaba preparando librarse de Maite, a su vez. Te recuerdo que hace unos días ha reconocido que fue él quien echó el DNI de Maite con su cartera al interior del contenedor de basura en un claro intento de implicarla en el asesinato por si el asunto se torcía. Les dio tiempo a los dos de ausentarse del bolo de Torre Satrústegui, recoger a Asier, asesinarlo y volver sin que se notara su ausencia. La distancia desde allí hasta donde estaba el contenedor era de apenas diez minutos en coche. Durante los eventos la gente va y viene, y puedes ausentarte sin levantar sospecha. Y cuanto más grande es el bolo, más desapercibido pasas. En un evento los espacios son muy grandes, estás en muchos sitios y, cuando acaban, la gente se relaja. Unos recogen, otros siguen sirviendo cafés... Casi todos hacen un alto en el camino. Se suelen tomar un bocata para recuperar fuerzas. Muchas veces, el jefe habla con los organizadores. Eso, durante el evento, no sucede. Cada uno está en su puesto sacando bebida y comida. Pero cuando están con el café, y si hay mucha gente, puedes ausentarte sin levantar sospechas.

—El resto de las cosas encaja. Nos ha costado, pero al final Eduardo ha terminado confesando el entramado que tenían organizado con las instituciones para llevarse los eventos a través de Txiki a cambio de un porcentaje jugoso. Había involucrados también altos cargos del ayuntamiento y la Diputación. Aunque, de hecho, había empezado a pasárselos a Delicius. Por los datos que tenemos, poco a poco pero constantemente. Estamos trabajando el asunto en colaboración con la Diputación.

—Manuela, desde Delicius, solo se estaba dejando querer. Esa es la conclusión a la que hemos llegado.

—Con el beneplácito de Susana, su jefa, ¿no?

—Supongo. Pero estas dos creemos que solo luchaban por sobrevivir. ¡Que no es poco!

—Podría ser —afirmó Jaione.

—El mundo está lleno de gente buena —dijo Jon Ander.

—También de hijos de puta —apostilló Vicente.

El subcomisario leyó parte de las transcripciones de los interrogatorios del informe.

—¿Siempre lleva un depósito de gasolina de dos litros aparte?

—Desde que una vez me salvó de quedarme tirado, sí.

—Eso es absurdo. Su coche tiene marcador de gasolina —preguntó el policía con reticencias hacia lo que le había dicho el hombre.

Jaione hizo un gesto con la mano diciendo que cambiara de tercio.

—¿Por qué querían deshacerse de Txiki?

Eduardo bajó la cabeza pensativo.

—Lo sabemos todo, usted mismo nos lo ha dicho en una buena grabación —insistió Jon Ander con un tono irónico—. Un tráiler perfecto para que nos cuente y detalle toda la película. Enterita, si es tan amable.

El silencio de Eduardo era patente. Cuando pensaron que no podían sacarle más fue cuando, contra todo pronóstico, empezó a hablar. Su tono de derrota

era total.

—Txiki estaba pasando todos los eventos poco a poco a Delicius. Y nosotros seguíamos pagándole como si los hiciera casi en exclusiva para nosotros. Yo le había descubierto el pastel y él, al principio, lo negó y terminó amenazándome con hacer saltar por los aires todo el entramado que teníamos con las instituciones. Y yo eso no lo podía permitir. Txiki y Manuela eran más amigos de lo que decían que eran.

—¿Qué más? —preguntó el policía.

—El día antes, empezó a contarme que su hermano había sido asesinado por Maite para que ella, si lograba enrollarse con él, pudiera hacerse cargo de su herencia y manejarla a su antojo.

—¿Y eso era verdad? Me suena disparatado. Eso también se lo habría contado un muerto —ironizó el policía.

—Tal vez. Cuando se lo conté a Maite lo negó y decidimos ir a por él enseguida. Era un estorbo muy grande. Yo me calenté.

—Vamos, ¿no pensará que me voy a creer eso? —añadió el *ertzaina*.

Vicente dejó los folios sobre la mesa. El informe pormenorizaba todos los detalles de la declaración de Eduardo. Miró a sus dos oficiales.

—Al final lo de MA...

—Sí, era verdad. Las letras iniciales de uno de los nombres de ellos, sí, no de dos personas, como se barajó en una de las muchas hipótesis que habíamos sopesado. Igual los muertos saben más de lo que nosotros creemos. O, simplemente, fue una casualidad.

Los tres policías se miraron con escepticismo.

—¿De quién fue la idea de que Irene grabase con el móvil lo que pasaba fuera?

—Del creativo, ¿de quién si no? —Jaione hizo un gesto simpático señalando a su compañero—. Y tiene mérito —prosiguió—, porque se le ocurrió casi sobre la marcha. De verdad, con una rapidez increíble.

—Se me ocurrió nada más oír a Irene —intervino Jon Ander—. Estaba hecha un flan. Tartamudeaba. Estábamos convencidos de que no sería capaz de hacerlo. Pero Irene tiene un punto de frialdad que no concuerda con las cosas que a veces cuenta.

—Pasamos un rato cabrón cuando entramos en aquella casa. Oímos un ruido muy fuerte y pensamos que Maite había conseguido que Irene se tirara por el balcón. Por fortuna, no fue así —dijo Jaione.

—Pero eso hizo que esos dos pájaros se relajaran unos instantes, los justos para evitar que tiraran la puerta abajo como pensaban hacer. Lo dicen en la grabación.

—Cuando corrí al balcón y la vi agachada allí, hecha un ovillo, en una esquina entre la barandilla y la pared... Uf, Irene pegó un grito pensando que eran Eduardo y Maite, que venían de verdad a por ella. Luego, incluso reconoció que no se había creído los gritos que dimos antes de hacer saltar la puerta diciendo que éramos la poli.

—La llamada que Irene hizo al móvil de Jon Ander fue providencial. Todo dependió de ella. De no haberla hecho, estaría muerta. Me lo explicó todo en un estado de nervios muy grande. Pero me dijo que, como no nos diésemos prisa, la iban a echar por la ventana.

—Sí. Llegamos por los pelos.

—Supisteis reaccionar con rapidez. Os felicito —añadió el jefe.

Ambos sonrieron con cierto orgullo.

—He visto en el informe lo que tiró por la ventana.

—No sé cómo pudo hacerlo. Sacaría fuerzas de donde no las tenía. En determinados momentos de la vida la lógica no existe. En condiciones normales le hubiera sido imposible levantar semejante peso.

—Es cierto. El macetero debía de pesar por lo menos veinte kilos.

Vicente sonrió.

—Hay otras dos preguntas que todavía no me habéis contestado.

—Sí, ya sé lo que vas a decir. El segundo golpe que Manuela niega haberle

dado a Andoni.

—Eso es.

—Los médicos nos dijeron que bien podría haber sido consecuencia de un impacto contra el suelo al desmayarse. No lo sabemos a ciencia cierta, pero podría ser. Tal vez Manuela diga la verdad cuando dijo que solo le propinó un golpe. ¿Y cuál era la otra pregunta?

—La que te estás imaginando —respondió el subcomisario—: ¿Quién encargó el evento que habían preparado en la central nuclear de Lemóniz? Fue una venganza entre ellos, ¿No? Eso está claro.

Los oficiales instructores resoplaron y se encogieron de hombros.

—Por ahora lo desconocemos. Pero no incumbe al caso. Aunque, de rebote, precipitó los acontecimientos y nos ayudó a centrarnos en ellos —respondió Jon Ander—. Podría haber sido cosa de la propia Manuela para contrarrestar los ataques de ellos. O de Eduardo, en un intento de hacerse cargo de la empresa él solo. Todos los interrogatorios que hemos hecho en esa dirección han dado resultados negativos. Nadie lo ha admitido. Por ahora. Aparte de eso, yo no tengo ninguna otra hipótesis de trabajo.

—Eso son motivos demasiado nimios para montar algo así, y no coinciden mucho con lo que pasó, ¿no os parece?

—Solo tenemos a dos personas que nadie sabe quiénes son exactamente. El que acordó el evento y la falsa funcionaria. Las llamadas fueron hechas por el que contrató el evento. Las cámaras de seguridad de la central no han sido capaces de identificar al hombre, ni sabemos quién hizo el ingreso por la sencilla razón de que no se llegó a hacer. El único pago que se hizo en concepto de adelanto fue en *cash*. Las identidades que dieron eran falsas. Eso ya lo hemos comprobado.

—Son solo dos rostros sin identificar —respondieron casi al unísono los oficiales.

—Lo más importante —añadió Jon Ander— es que nadie ha puesto una denuncia por este asunto.

—Eduardo y Maite niegan ser los responsables y, como en principio no tiene relación con nuestro caso, lo hemos dejado pasar. Por ahora.

—Probablemente no lo sepamos nunca.

El joven Pedro Armendáriz se detuvo en un recodo del camino. Justo en el borde de la entrada lateral a la central nuclear de Lemóniz. Manióbró el coche hasta dejarlo por completo fuera de la calzada. Se podía observar cómo, al fondo, el mar batía con dureza sobre el muro que la protegía. El edificio estaba casi igual que antes de que comenzaran los preparativos del evento. Apenas si se notaba el desbrozado de plantas en la zona lateral izquierda de la central. El dibujo en la pared del muro de la misión San Juan Bautista era el único testigo del fallido evento.

En el interior del joven muchas cosas habían cambiado. Su sensación sobre lo que había vivido era confusa y extremadamente complicada. Aun así, su percepción era de calma. Su padre estaba detenido con una denuncia encima por el intento de asesinato de su madre. Su tío Eduardo, detenido también, y acusado además de un crimen que él desconocía por completo. Y su madre, a punto de salir del hospital.

Rafael González giró su cabeza al oír el sonido del motor, y enseguida volvió su mirada hacia los enormes reactores. Se apoyó en el bastón y caminó los escasos metros que lo separaban del límite de la barandilla. Desde allí, la visión de aquel teatral escenario seguía siendo tan seductora como el primer día que lo vio.

—Hubiera sido una buena central —dijo para sí mismo el ingeniero con la mirada perdida en el escenario y ante la atenta mirada de Pedro, varios pasos por detrás de él—. Fue bonito ver cómo casi se vuelve a poner en marcha este tinglado —murmuró en solitario.

Pedro observó lo que al principio le había parecido un punto amarillo en el

tocado de su acompañante. Resultó no ser eso. El anciano mantenía bien ceñida su boina. Un diminuto *lauburu* bordado en ese color, en una esquina de la parte trasera del tocado, recogía su escaso pelo blanco, que se mecía desordenado al ritmo del viento racheado sobre la cabeza de Rafael. Este se ajustó la boina pensando que podía salir volando.

El joven se acercó al anciano y se mantuvo apoyado en la barandilla sin mirarlo. Observando aquel escenario teatral, respiró profundamente. Al cabo de unos instantes le extendió un sobre sin girar la cabeza.

—Tome, sus diez mil euros.

El anciano se metió el sobre en el bolsillo sin responder.

—Por el amor de una mujer se hacen verdaderas locuras —le dijo el anciano sin dejar de mirar al frente—. Conseguiste tu objetivo.

Pedro lo miró a la cara y, al ver que Rafael le sonreía, correspondió a su gesto con una mezcla de tristeza e ironía.

—Mi objetivo real, no. Recuperar el amor de mi novia. Ese no. El otro objetivo, sí. Esto no era más que un ajuste de cuentas —añadió el joven—. Y estoy comprobando que la venganza, como buen plato frío, no sabe tan bien como debería. Desconocía que tuviera este regusto amargo.

—Sí, a veces pasa, y, por lo que veo, en tu caso es así. Me lo decía mi padre siempre, de broma —dijo Rafael cambiando el bastón de mano—. No te fíes ni de tu padre. Pasado un tiempo, me doy cuenta de que esa frase, en algunos casos, es muy cierta.

—Esa frase ya la había oído —respondió el joven con acritud y desánimo—. Muchas veces, pero nunca hubiera pensado que mi propio padre me robara delante de mis narices a la mujer de la que estaba enamorado.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis saliendo juntos?

—Más de medio año. Estaba muy colgado de ella. Fue el amor de mi vida. Mi primera novia formal. Mira cómo terminó todo. El cabrón de mi padre no me dio opción.

—Mi nieta es una persona muy especial —dijo Rafael—. La quiero con

locura, pero a veces hace unas cosas que me hacen flaquear.

La afirmación del antiguo jefe de ingenieros lo revolvió por dentro.

El anciano lo miró en silencio.

—He provocado un daño colateral que no tenía controlado. Mi madre es una persona maravillosa. Acabo de venir del hospital, espero que le den el alta enseguida. Parece ser que todo está yendo a mejor. No me he atrevido a contarle nada. Por ahora no. Igual más adelante. Creo que patiné y fui demasiado lejos. Una cosa sí he sacado en claro. La visita de mi padre a casa de la *ama* no confirma nada más que un hecho cierto. Mi padre es un bastardo. Menos mal que estaba con Manuela.

—Al principio no pensabas nada bueno de la novia de tu madre.

El joven, al recordar la imagen de Manuela, sintió una punzada en su interior y bajó la cabeza sin responder. Su orgullo le negaba las palabras.

—Veo que no lo tenías todo tan controlado como pensabas. Los débiles pagan muchas de las cosas que los fuertes e inconscientes como tú se arriesgan a hacer —dijo el anciano.

Pedro, con gesto muy serio, seguía sin articular palabra.

—Pero te diré una cosa —prosiguió el anciano—. Cuando me enteré de que mi nieta te había dejado y de que, aprovechando que tú estabas en Madrid estudiando, había empezado a salir con tu padre, a mí también se me revolvió el estómago. Desconozco cómo fue capaz de engatusarla. Por eso, y solo por eso, te ayudé. Fue un alivio saber que después de un tiempo mi nieta había entrado en razón y lo había abandonado. Y tu plan no me pareció malo. Ver este tinglado en marcha, aunque fuera de esa manera, supongo que también ayudó a decidirme —se contradijo—. Además, era relativamente sencillo. Pero tengo una pregunta: ¿por qué en concreto la película *Vértigo*?

Pedro tardó en responder.

—Quería jugar con la reencarnación. Era una opción al azar. Ya sabe usted que soy muy cinéfilo. Además, creo en ella.

Rafael sonrió al borde del acantilado.

—¿Un futuro ingeniero con uno de los más brillantes expedientes universitarios de este país piensa esas cosas tan poco científicas?

—El futuro es de los soñadores. De los que desafiamos las leyes de la naturaleza. Al final, eso es parecido a lo que usted intentó hacer aquí. La naturaleza nunca nos dio la energía nuclear —dijo el joven—. Nosotros la descubrimos. Se la arrebatamos a la tierra. Trabajamos muy duro para ello. ¿Acaso no podemos volver a hacerlo con algo tan increíble como la reencarnación de una persona en otra?

Rafael lo miró con suficiencia. Resopló con escepticismo antes de responder.

—No, claro, la evolución y la alimentación variada nos hizo desarrollar la inteligencia. El arma más mortífera jamás diseñada por ser viviente alguno. La inteligencia —repitió con la mirada perdida en el paisaje nuclear—. Con ella se podrán hacer cosas que hoy en día nos parecen imposibles.

El joven y el anciano se miraron con complicidad.

—Sus textos de ingeniería todavía son de lectura obligada en la universidad.

El anciano le sonrió.

—Eran textos buenos. Pero ahora, con los nuevos materiales, las cosas han cambiado mucho. Eso es lo bonito de la humanidad. Cada día que pasa se reinventa, innova por placer o por necesidad. Descubre nuevas cosas. Es parecido a lo que estabas hablando.

El joven lo miró con admiración mientras la brisa del Cantábrico se empeñaba en despeinarlos.

—Ya no va a dar clases a la universidad... —dijo el joven.

—La enseñanza fue mi refugio desde que la central se detuvo. Al final solo daba conferencias puntuales, pero ya ni siquiera eso.

—En la facultad le aprecian mucho.

—Lo sé...

—Y, bueno, allí fue donde le conocí...

—Entonces yo ya estaba jubilado. Seguía vinculado a la universidad por placer. Y, desde el primer momento en que te conocí, supe que tú eras alguien muy especial. Me llaman mucho la atención las personas extremadamente inteligentes. Sin embargo, espero que nunca llegues a ser la reencarnación de tu padre.

Pedro miró la figura alta y poderosa del anciano.

—Espero que no.

El viento se estaba transformando en brisa constante.

—¿Y el que contrató el evento? Recogí el dinero que me dejó la supuesta inspectora del Gobierno vasco en el apartado de correos, pero... ¿y el que contrató el evento? —preguntó el joven—, ¿y la inspectora? ¿Quiénes eran?

—No te preocupes por ellos. Hice lo que hablamos en su momento. Solo eso. No hizo falta más que dos actores. Suficientes para una representación con tan poco público. Extras. Ya ves que son gente honrada. Extras anónimos que trabajan y cobran por eventos. Nada más. Después desaparecen en el más puro anonimato. Nadie se acordará de ellos. Currantes de gran humanidad y nombres pequeños, tan necesarios como invisibles. Y trabajar en eso, en ciertos lugares, te obliga a tener amigos vecinos del mismísimo Lucifer. Ni siquiera son de aquí. Hicieron su papel y lo hicieron bien. Unos buenos actores ignorados por el gran público. Fantásticos extras sin los cuales ni las películas ni los teatros podrían existir. Ayudaron a hacer la representación bastante más entretenida. Pero no eran más que eso, comparsas, figurantes. Nadie se acuerda de ellos cuando las funciones de teatro, de cine, de *catering*, o de lo que sea, acaban. Anónimos en el sentido más amplio de la palabra. ¿Para qué te voy a decir sus nombres? No los conoces. Por unas cuantas apariciones en escena que hicieron y otras tantas llamadas por teléfono, cobraron razonablemente bien. Lo más costoso fue alquilar un coche lo suficientemente lujoso para que las apariciones en el *catering* de tu padre fueran creíbles. El traje de chaqueta de la supuesta inspectora de Gobierno vasco no fue barato, pero tampoco oneroso —dijo con una sonrisa—. No me

importó pagar algo por ver una buena obra de teatro. Y la suya fue excelente. En ningún momento dudaron. Desde el patio de butacas hasta el anfiteatro más alejado, todo el público se tragó el anzuelo hasta el fondo. Se creyeron el mundo irreal que fabricamos.

Silencio.

—Y en el *backstage* no estábamos más que tú y yo. Moviendo los escasos hilos que debíamos mover. Un director de orquesta y un primer violín. Más que suficiente. Fue una buena idea, y la logística, muy sencilla. Un poco de dinero, que luego recuperamos —dijo palpándose el bolsillo—, unos novios que no existían, una holgada lista de personas ficticias para la supuesta boda, y un par de actores que apenas salieron a escena tres veces. No tuvieron que aprender mucho texto —dijo con una sonrisa—. Tu padre se encargó del resto —remató el anciano con cinismo.

El joven lo miró con complicidad.

—Pero no te preocupes, al final, no hicimos nada con excesiva maldad. Simplemente reservamos una mesa y después se nos olvidó aparecer —añadió el anciano en tono socarrón—. Tampoco es tan grave —añadió.

La central nuclear se silueteó entre las nubes del atardecer. El color del cemento irradiaba pliegues de memoria rotos. Los reactores se erigían intactos. Parecían querer desafiar las leyes de la naturaleza.

Alberto Parra estaba preparando una tortilla de patata en su casa del paseo de la Zurriola. Los aromas de la cebolla con la patata en el aceite de oliva estaban friéndose a fuego muy suave y dando al ambiente un tono entrañable.

Al llegar, Vicente se acercó a Françoise, que estaba sentada al lado de su nieto, y la besó en la oreja por detrás. Jugó con su melena corta, y Françoise se dejó hacer sin dejar de observar al bebé.

Amaia tardó unos minutos en poner la mesa para cenar. El pequeño Martín observaba el conjunto desde la trona. Parpadeaba atento a todo lo que allí sucedía. Parecía querer aprenderlo todo. Su padre miró al niño desde la distancia, y supo con certeza que, además de observar, también estaba oliendo los aromas de la cocina. Los estaba interiorizando. La impronta que dejaban estaba haciendo efecto. El ciclo perduraría. Parecía como si el rumor de los ruidos de la cocina fueran los únicos que le hablasen.

Por la ventana se veía una ciudad de San Sebastián gris. La fina lluvia hacía varios minutos que había vuelto a comenzar. El mar se mimetizaba con la línea del horizonte. Era casi de noche.

El teléfono de Françoise sonó requiriendo su atención desde el interior del bolso. Al abrirlo, se quedó quieta. Se emocionó al ver la imagen. Vicente se dio cuenta y se acercó. Pasados unos segundos, enseñó al resto de los presentes la fotografía que acababa de llegar. Todos los congregados se acercaron y sonrieron al ver la simpática instantánea. En ella, se podía distinguir con claridad cómo Pierre agarraba a Pancho por la cintura y, a su izquierda, María y su madre Alejandra sonreían. La primera apoyaba su cabeza en el hombro de Pierre. Solo hacía un rato que la instantánea había

sido hecha. Al fondo, se podía observar el humear de una cazuela. Françoise tuvo la sensación de estar oliendo a pozole. Después, se quedó mirando fijamente a Pancho. Los demás se alejaron.

—Ojalá encuentre su camino —susurró para sí misma la francesa.

Alberto observó que su madre tenía los ojos brillantes. Volvió sobre sus pasos y la besó en la mejilla. Ella lo cogió unos instantes de la mano. Vicente miró la escena desde el sillón de enfrente.

Al volver a la cocina Alberto, comenzó a batir los huevos con la sal y los mezcló con la patata y la cebolla bien escurridas. Vertió la mezcla sobre la sartén y se escuchó un crepitar suave.

El pequeño Martín Parra miraba la escena con curiosidad. Sus ojos se abrieron como platos. Alberto lo observó, y en su rostro intuyó los ojos de su abuelo Martín mirándolo. Le pareció una especie de reencarnación.

Lentamente, todo se fundió a negro.

Dos meses más tarde

El sol se estaba ocultando por la línea del horizonte. El espectáculo desde la terraza era grandioso. El mar Cantábrico parecía un océano.

La mujer de ojos zarcos sintió frío sobre la hamaca de la inmensa terraza y se levantó. Agarró el albornoz que tenía a un lado y recogió la crema solar que tenía encima de la mesa junto al vaso de zumo de naranja que acababa de tomar. Las gafas de sol se las puso encima de la cabeza. El escueto bikini que llevaba puesto era de color amarillo pálido con ribetes azules. Un cachorro negro se acercó moviendo el rabo. La mujer lo acarició distraída.

Al entrar en la villa, Irene Arrizabalaga encendió el pequeño *jacuzzi* para darse un baño. Su perro no dejaba de observarla. Su pelo azabache brillaba. Mientras el *jacuzzi* se llenaba, se fue a la habitación contigua. Desde allí se podía observar el pasillo con entrada a las demás habitaciones a la izquierda. A la derecha, el desván, que seguía bajo llave. Se detuvo un instante. Su mirada fue pensativa. El sonido de la bañera llenándose se mezclaba con el aroma de las sales de baño de moringa y coco que acababa de verter en ella. El perfume lo invadió todo.

Antes de desnudarse por completo, guardó varios papeles que estaban encima de la carpeta que había estado ordenando antes de ponerse a tomar el sol. Facturas de basuras, gas y electricidad junto con publicidad formaban un pequeño cúmulo sobre la mesilla de noche. Las metió en un clasificador. En otro, el testamento de Asier Ruiz a su favor. El sello y la firma del notario, que confirmaban su veracidad, parecían estar en relieve. Una agradable sorpresa

de última hora que nunca se hubiera podido imaginar. Una muestra de amor que conoció al poco de desaparecer Asier de su vida.

Al meterse en la bañera, notó la sensación agradable de la temperatura del agua burbujeante. La espuma flotaba divertida e inerte sobre la superficie. Durante más de media hora se abandonó al relax más absoluto. El perro se mantuvo fuera observando a su dueña con algo de descaro.

Desde el baño se podía observar también el final del gran salón. Encima de una balda, las rosas negras. Secas y guardadas en un bote hermético de cristal. A un lado del salón, y en mitad de la biblioteca, varios libros sobre la reencarnación. Las rosas negras le hicieron recordar su fugaz paso por Turquía, y pensó que todo había ido muy rápido. Que el tiempo que había tenido para pensar fue tan escaso que casi no existió.

Cogió el bote de cristal, lo destapó y volvió a oler el perfume seco de las rosas negras. Había sido un viaje sin retorno. La figura de su novio fue muy nítida. Varias lágrimas salieron tímidamente de sus párpados al pensar en la soledad que la rodeaba. Pensó que su novio Txiki era una muy buena persona, por lo menos con ella, y que nada de aquello debería haber ocurrido. Un final así era injusto. Se sintió muy sola, pero la casa recogió sus pensamientos oscuros y los hizo positivos. Aún tenía toda la vida por delante.

—Y la voy a vivir. Por Dios que lo haré —se dijo a sí misma con un hilo de voz que hizo girar la cabeza al perro. La ladeó interrogante.

Sintió que el desván la estaba llamando. Con voz clara. Le aterró pensar que cualquiera que en aquel mismo instante la pudiera ver se imaginara que ella pudiese haber montado todo aquel tinglado y le hubiese salido bien. Que las rosas negras no valiesen para nada. Y que todo hubiese sido fruto de una compleja trama urdida por ella misma para, después de matar a Miguel, arrebatarse todos los bienes a su hermano Txiki. Y que ese plan la hubiera llevado a su actual posición. Sola, con dinero y en el más absoluto confort. Aquel pensamiento hizo que la carne de gallina le recorriese el cuerpo. Solo

con pensarlo sintió una vergüenza interna muy intensa. Respiró unos instantes intentando retirar esos inconexos espejismos de su mente.

Después se mantuvo quieta imaginando lo que una vez le había dicho Asier antes de morir. Que ella misma era la reencarnación de Miguel. Que le estaba dando el cariño y la amistad que le faltaba desde que su hermano gemelo desapareció. Que no había que buscar en flores extrañas ni en complejos rituales. Estaba allí mismo.

Era Irene.

«La reencarnación siempre ha existido. Otras personas sustituyen el amor perdido. Siempre», pensó. Siempre. La imagen de su novio seguía apareciendo ante ella nítidamente. Recordó su expresión de manera clara. Cerró los ojos durante unos instantes.

Al levantarse, se ató el albornoz y percibió una brisa inexistente. Pareció decirle que, más temprano que tarde, las rosas negras le contarían dónde poder encontrar a su amado Txiki. Se convenció, en los escasos metros que la separaban del desván, que hoy mismo bien podría ser ese día. El día en que se le comunicara qué aspecto tenía el nuevo Txiki. Después, solo tendría que encontrarlo. Disponía de toda la vida por delante para hacerlo. Aquello la hizo sonreír y le dio ánimos. La esperanza positiva de aquel pensamiento se pareció a un resorte. Avanzó en la dirección correcta.

La llave del desván tintineó en su mano. La cerradura cedió a sus requerimientos. Chirriaron las bisagras, pero fue un ruido tan sutil que pareció música. Sintió el perfume de rosa negra anclado a sus recuerdos. Al fondo, el sonido del *jacuzzi* era constante y armonioso.

Agradecimientos

A la memoria de mi hermano Juan Miguel Gutiérrez, que afianzó lo que nuestro padre Rafael nos enseñó a lo largo de su vida: el amor por la lectura y el cine.

A todos los extras. Su trabajo es tan importante como su nombre.

A todos los atrecistas anónimos que se encargan de crear universos paralelos de ilusión.

A Mikel Alonso Moral y su imaginación desde el obturador de una cámara de fotos.

A mi hermana Ana Gutiérrez, mi novia Lola Campos, mi primo hermano José Antonio Márquez y mi cuñada Kany Peñalba por ser las primeras personas en analizar los textos.

A todo el equipo de Destino, Anna Soldevila, Emili Rosales, Juan Vera, Alba Fité y Alba Serrano, por seguir de cerca este *noir* gastronómico.

A Antonia Kerrigan por estar al acecho de nuevas oportunidades.

A Maribí Otaegui, una persona extra.

A Ángel Palacios por enseñarme a cocinar y leer cerrando los ojos.

A la empresa Bokado por enseñarme la magia del *catering* y su extraordinario trabajo para crear mundos distintos.

A Vicente Parra y Françoise Clavert. Les debo bastante más yo a ellos que ellos a mí.

De entre el humo
Xabier Gutiérrez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Xabier Gutiérrez, 2019

© de la imagen de la cubierta, Andreiuc88

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2019

ISBN: 978-84-233-5560-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA NEGRA



¡Síguenos en redes sociales!



